



TESORO
DE ORATORIAS
SAGRADAS
VI

ANOTACIONES
DE
LOS SANTOS

BV4217
T4
v. 21
1871-93

Q08551



EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080015289



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA;

TOMO XXI.

TERCERA PARTE.

TESORO
DE
PANEGÍRICOS

en honor de los

SANTOS.

TOMO II.





TESORO
DE
ORATORIA SAGRADA;

Ó SEA:
BIBLIOTECA ESCOGIDA

DE
PREDICADORES;

COLECCION ESCOGIDA

de Sermones, Pláticas y otros Discursos sagrados, sacados de los más sobresalientes autores nacionales y extranjeros, en especial modernos.

TERCERA PARTE

TESORO

DE
PANEGÍRICOS

en honor de los

SANTOS,

cuyo culto es tan popular y universal en el seno de nuestra santa madre la Iglesia católica:

COLECCION

formada con materiales sacados de los oradores contemporáneos más distinguidos y adicionada con discursos originales.

POR EL

D. F. Ramon Buldú,

Provincial Franciscano.

Laudem coram multis Ecclesia.
(ECCLES. XLIV, 16.)

TOMO II.

Capilla Alfonso

Biblioteca Universitaria CON LICENCIA DEL ORDINARIO.

BARCELONA.

FONS Y C.^a EDITORES CATÓLICOS, CALLE DE PETRITXOL, NÚM. 9.
1886.

Con reserva de todos los derechos según los tratados.

45182

BV4213

T4

V. 21

1871-83



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de los Sucesores de N. Ramírez y C.^a - Barcelona.

PANEGÍRICO DE SAN ESTANISLAO DE KOSTKA.

Invenit eum... in loco horrida... docuit eum et custodivit quasi pupillam oculi sui. Sic et aguilis... circumspexit eum sicut portavit in humeris suis... Constituit eum super Iezababai terram, ut comederit fructus agrorum, ut sugeret mel de petra.

Hállóle en un lugar de herra; le adocrinó, y guardóle como la rifa de sus ojos. Como el águila le tomó, y trasportó sobre sus hombros. Hizole dueño de una tierra excelente para que chupára la miel de las peñas.

(DEUT. xxxii, 10 et seq.)

Las anteriores palabras, hermanos míos, ponen de manifiesto la providencia de Dios para con su pueblo, pueblo escogido por Él para anunciar su nombre á las naciones extranjeras; pueblo esclarecido por sus magnánimas empresas ó insignes victorias; y mucho más aún por los santos varones que le rigieron, por sus esforzados capitanes que ordenaron los combates, por sus venerables pontífices que fueron los custodios de la religión, y, especialmente, por los singulares prodigios y milagros que siempre le defendieron. Extrañáreis tal vez, hermanos míos, que aplique hoy esta alabanza á un jóven de corta edad y de apacible índole, que vivió pocos años, y que para defender el brillo de la religión de sus padres no vistió la coraza, ni el yelmo, ni los pacíficos ornamentos del sacerdocio. Empero, en la vida de Estanislao de Kostka brillan tan preclaras acciones, tan admirables prodigios, que no es posible dejar de admirar su robusta sanidad y reconocer, que Dios renovó en Estanislao las pruebas de amorosa providencia, que mucho ántes habia dado á su pueblo predilecto. Hállóle en un lugar de horror; le adocrinó, y guardóle como la rifa de sus ojos. Como el águila le tomó y trasportó sobre sus hombros. Hizole dueño de una tierra excelente para que chupára la miel de las

Tomo II.

008561

BV4213

T4

V. 21

1871-83



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

Imprenta de los Sucesores de N. Ramírez y C.^a - Barcelona.

PANEGÍRICO DE SAN ESTANISLAO DE KOSTKA.

Invenit eum... in loco horrida... docuit eum et custodivit quasi pupillam oculi sui. Sic et aguilis... circumspexit eum... alique portavit in humeris suis... Constituit eum super Iacobum terram, ut comederit fructus agrorum, ut sugeret melle de petra.

Hállóle en un lugar de herra; le adocrinó, y guardóle como la rifa de sus ojos. Como el águila le tomó, y trasportó sobre sus hombros. Hizole dueño de una tierra excelente para que chupára la miel de las peñas.

(DEUT. xxxii, 10 et seq.)

Las anteriores palabras, hermanos míos, ponen de manifiesto la providencia de Dios para con su pueblo, pueblo escogido por Él para anunciar su nombre á las naciones extranjeras; pueblo esclarecido por sus magnánimas empresas ó insignes victorias; y mucho más aún por los santos varones que le rigieron, por sus esforzados capitanes que ordenaron los combates, por sus venerables pontífices que fueron los custodios de la religión, y, especialmente, por los singulares prodigios y milagros que siempre le defendieron. Extrañáreis tal vez, hermanos míos, que aplique hoy esta alabanza á un jóven de corta edad y de apacible índole, que vivió pocos años, y que para defender el brillo de la religión de sus padres no vistió la coraza, ni el yelmo, ni los pacíficos ornamentos del sacerdocio. Empero, en la vida de Estanislao de Kostka brillan tan preclaras acciones, tan admirables prodigios, que no es posible dejar de admirar su robusta sanidad y reconocer, que Dios renovó en Estanislao las pruebas de amorosa providencia, que mucho ántes habia dado á su pueblo predilecto. Hállóle en un lugar de horror; le adocrinó, y guardóle como la niña de sus ojos. Como el águila le tomó y trasportó sobre sus hombros. Hizole dueño de una tierra excelente para que chupára la miel de las

Tomo II.

008561

peñas. Este paralelo, obra, al parecer, de la comovedora fantasía, si bien se examina, puede ser considerado como concepto verdadero de evangélica alabanza. ¡Ah, hermanos míos! gobernar reinos, cuidar de la dirección de su familia, acometer heroicas empresas, ser modelo de acciones privadas, son cosas y nombres que entrañan gran significación para con los hombres; pero que carecen de valor ante Dios, á cuyos ojos todo es pequeño y deleznable, porque con una sola mirada lo abarca y gobierna todo. En este concepto creo no tomareis á mal, que á la luz de la anterior historia, os presente la del jóven Estanislao con iguales rasgos y las mismas circunstancias, que tanto entusiasmó á la salida de Egipto del pueblo hebreo. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

Considero, primeramente, á Estanislao, establecido en la casa que tuvo que habitar en Viena por orden de su hermano Pablo. A la sazón éste estudiaba en aquella ciudad por mandato de su padre, y era mayor que Estanislao: ambos se hospedaban en casa de un luterano, quien les ofreció lujos y bien amueblada estancia. Hé ahí, hermanos míos, donde nuestro Santo estuvo como cautivo en Egipto, y donde no le faltó, como veremos luego, un Faraón en la persona de su propio hermano. Cierto es que se distinguía Estanislao, desde su más temprana edad, por la pureza de sus costumbres, rezando frecuentemente, multiplicando los ayunos y practicando las más rígidas penitencias; bien que todo esto debiera hacerlo ocultamente como comprendereis. En esta angustiosa situación le vió Dios, situación verdaderamente horrible; y aquella solicitud que tomó á favor de su pueblo instruyéndole en una tierra infiel, y defendiéndole de sus enemigos, la toma también por Estanislao cual si fuese la niña de sus ojos.

Y observad de qué manera le enseñó, inculcándole celestiales doctrinas. ¡Oh, qué amoroso magisterio! Dios atraía á Estanislao con el olor de sus místicos aromas, hasta en las más solitarias iglesias y en los más apartados aposentos; y aquí, conversando con él, le inspiró tal desprecio de las cosas del mundo, que á los que le consuraban este desprecio, á los amigos que le invitaban á compartir sus diversiones; al hermano que le estimulaba á distinguirse en los banquetes, recordándole que estaba en la flor de su edad y que había nacido para las cosas de la tierra: Solo aspiro, contestaba, á las cosas y dulzuras del Cielo, del cual en vayo tratáis de desviarme. Dibanse en aquella casa fiestas suntuosas y opípros banquetes; mas nuestro Santo nunca se dejó arrastrar por estos placenteros y seductores objetos.

Su gusto hubiera sido huir enteramente del trato de los hombres; mas, no pudiendo conseguirlo, se sustraía á lo ménos con el espíritu, que se recreaba pensando en el Paraíso. Este era uno de los divinos secretos por el cual, en medio del bullicio y de la algazara, gozaba las dulzuras de la soledad y del silencio. Dios se lo había enseñado en aquellos maravillosos éxtasis; en los cuales le llamaba de vez en cuando á las instrucciones familiares que él mismo se complacía en darle. Postrábase algunas veces el santo jóven, puestos los brazos en cruz, ya extendidos, ya sobre el pecho, y se le veía, primeramente, mudar el color, luego volverse su rostro encendido, y por último, brillar sus ojos al fijarlos en la imagen de la Virgen ó de Jesús. Entre tanto corrían de sus ojos dos ríos de dulces lágrimas, que bañaban el sitio donde se hallaba Estanislao; y levantábase su cuerpo poco á poco como para seguir al alma, que parecía querer abandonarle para ir á unirse con Dios. El angustio no sentía ninguna impresión en su cuerpo; y ya fuese la noche larga, ya el tiempo crudo, no sentía ni sueño ni frío, pasando largas horas escuchando y meditando la doctrina de su Maestro.

Imbuído, pues, en estas doctrinas, que con avidéz aprendía Estanislao, no debe maravillarnos si en aquel lugar de horror no le hacían mella los ejemplos del luterano, ni lo vencían las sugerencias de Pablo; quien, seguramente, no solo deseaba que su hermano fuese ménos devoto y piadoso, sino discípulo y libertino. Pablo no cesaba de repetir, que él asistía siempre á la iglesia y ayudar muchas misas, que el ayunar á menudo y vestir humildemente, presentándose desaliado, eran cosas que le acarrearán el desprecio y debían ruhorizarle. Puede vivirse, solía decir, como se vive generalmente, vistiendo con elegancia, dando y aceptando banquetes, y solazándose en los años juveniles; añadiendo, que esto lo decía en bien de su hermano, porque no estaba dotado de una complexion robusta para dormir pocas horas, orar mucho, y disciplinarse con frecuencia. Estas indignas amonestaciones se repetían todos los días; y me atrevo á decir, que esta persecución contra un jóven de catorce años, era más temible que la que sufrió en Egipto el pueblo de Israel. ¡Dios mío! la poca edad, la suave índole, el amable trato, y aquellos estímulos ponían á dura prueba la constancia de Estanislao. Se quiere, sin embargo, á todo trance que no se entregue Estanislao á la soledad, y que frecuente el trato de los hombres; y esto se lo recomienda con insistencia, no un extraño, sino su propio hermano. Y cómo no escucharle, si él le ama como no á sí mismo? No obstante, Estanislao no dá oídos á sus reconvenções, no le contesta, y prefiere tenerlo por

contrario y enemigo ántes que faltar á su Dios y Señor. Con efecto, Pablo ya no habla á su hermano sino injuriándole; y lo que es más aún, ensañándose con él hasta la crueldad. Conmovia profundamente el corazón, hermanos míos, ver al imberbe jóven arrastrado por los cabellos, pisoteado y ahofeteado por su feroz hermano. Pero más de admirar era verle levantarse sin proferir una sola queja, ni aún una palabra destemplada, y mirando al cielo y á su hermano á la vez, inspirar compasión, ántes que por sí, por su cruel hermano. Maravilla y piedad que se renuevan frecuentemente, sin que en el transcurso de cerca de dos años, la implacable saña de Pablo pudiese desviar á Estanislao de la senda que se había trazado. ¡Oh divina doctrina! ¡de cuánto no eres capaz en el alma fiel que te escucha!

Ciertamente fué grato y consolador ver á Estanislao salir airoso y triunfante de tan ruidas pruebas; y bien es lícito exclamar aquí, que Dios lo custodió como cosa suya. En vano fué que el demonio se le presentase delante, y cual fiero le asaltase por tres veces, á la sazón que Estanislao estaba gravemente enfermo y postrado en el lecho. Parece, sin embargo, que Dios casi temiera que la ténica imagen del infierno hubiese turbado la razón de la amable niña de sus ojos; pues, no se contenta con enviarle al punto los ángeles para ministrarle el viático, que en vano había sollicitado de los domésticos, háto temerosos del luterano en cuya casa se hospedaba, siqé que desciende visiblemente en brazos de su divina Madre á consolarle. Levanta Estanislao sus lánguidos ojos, sorprendido con la luz de aquel objeto divino; al verle se reanima su enfermó espíritu, y se incorpora repentinamente sobre su lecho. Entonces el divino Niño, despidiéndose de los brazos de su santísima Madre, descansa en los de su querido discípulo. No me atrevo con humanas palabras á describir las gracias de aquellos colormos, la suavidad de aquellos ósculos, la ternura de aquellos afectos; solo diré, que hasta despues de haber la Virgen tomado en sus brazos á su divino Hijo, no se convenció Estanislao de que aún no se hallaba en el Paraíso. Por esta razón os he dicho, que, verdaderamente, Dios le guardó como la niña de sus ojos; no tan solo porque le colmó de insignes favores y le dió la salud: x la vida, sino porque lo hizo mediante tan extraordinario prodigio, viviendo en un lugar de horror, en una tierra de esclavitud.

En la órden que recibió Israel para salir de Egipto y encaminarse hácia la tierra de promisión, vea la órden que dió Dios á Estanislao de abandonar el siglo para entrar en la Compañía de Jesús. Fué la Virgen la que le intimó la voluntad divina; y nuestro Santo obedeció, pues, al pensar en su ingreso en la Compañía de Jesús, pide á los en-

periores ser admitido en ella; sin que lo supieran, sin embargo, ni su hermano; ni ménos su padre, quienes hubiesen acogido con sumo enojo la noticia de la santa resolución de nuestro héroe. Sin embargo, el consentimiento de su padre era circunstancia esencial para ser admitido Estanislao; y este consentimiento no debía esperarlo. Suplica, suspira, llora, se angustia y atormenta; pero todo es en balde. ¿Qué hará, pues, el desventurado para obedecer? No tiene un Aaron que le aconseje, ni un Moisés que le dirija; al contrario, se encuentran solo y aislado. Finalmente, adopta el partido de huir de Viena, y hace voto de no detenerse hasta que se cumpla la voluntad divina. Ciertamente que en esta fuga no os presento sino á un jóven de génio vivo y que frisa apenas en la edad de diez y ocho años, pobremente vestido, desgredado, y con el semblante encendido, y cubierto el rastro de sudor y polvo, el cual, apoyado en un toso palo, solo piensa en hacer mucho camino. Verdad es, que en este cuadro nada veis aparentemente grande, nada magnífico ni guerrero. ¿No sucedió acaso lo mismo con el que nos presenta á la esposa delicada y hermosa de los Cantares, cuando para librarse de los rayos abrasadores del sol busca la sombra dó encuentra á su amado?

Pues esta esposa de Dios se asemeja al guerrero de Israel, que sumergió los carros de Faraon; y no con ménos razón puede ser comparado al guerrero de Israel el jóven Estanislao. ¿No reflexionais cuántas pruebas de lúbrica virtud dió nuestro Santo? En todos sus pasos se admira el vigor de la oracion, el ardor de la guerra y la nobleza del triunfo, el cual, si querais, carísimos hermanos, contemplar con vuestros propios ojos, y admirar visiblemente el paragon, observad cómo sale de Viena el carruaje de su implacable perseguidor. Sabedor Pablo de la fuga de su hermano, emprende la marcha precipitadamente, y está ya á punto de alcanzarle; mas un caudaloso rio le detiene. ¡Oh pueblo de Israel! A la vista del mar Rojo tiembblas de pavor oyendo el estridor de las armas del ejército enemigo; tú promueves en quejas contra tu Dios; mas tranquilízate, pues las aguas se dividen para franquearte el camino. En igual peligro se halló Estanislao; tiene delante un rio que no puede atravesar, al propio tiempo que desehbre á poca distancia el carruaje de su hermano; en tal apuro pone su confianza en Dios, se lanza al rio, y ¡oh portanto! lo pasa á pié enjuto. Había alcanzado ya la opuesta orilla cuando llegó su hermano; quiere éste tambien cruzar el rio, mas no puede; y Estanislao, á imitación de los hebreos al verse libre de sus enemigos, entona un sublime cántico de acción de gracias al Señor por el singular beneficio que acaba de dispensarle.

Pablo vuelve en sí, pues iluminado por Dios, detiene el curso de sus satélites, los cuales, abatidos y confusos, se quedan extáticos, y solo recobran el aliento cuando Pablo les ordena que retrocedan. ¡Ah Pablo, Pablo! reflexiona en lo que haces, y abre tu pecho al dolor por haber perseguido á tu inocente hermano; pues éste, si acaso lo ignoras, se dirige hácia Roma, en donde se le preparan altares: tú regresa á Viena, y á Polonia, tu pátria, en donde venerarás dentro poco su imagen. ¿Qué cuadro tan elocuente contemplar al hermano, que tan duramente habia maltratado á nuestro Santo, postrado á los piés de éste! ¡Oh dulce hermano! exclamaba Pablo; ¡cuán bárbaro y cruel fui contigo! Y recordando luego los carinos, que Estanislao le habia prodigado en recompensa de los ultrajes recibidos, oprimiase el corazón; y no pudiendo contener sus lágrimas y sollozos, exclamaba: ¿Cómo he podido tan bárbaramente tratarte? ¿Y cómo pudiste tú amarme tan tiernamente? ¡Ah! ¡piedad de mí, pobre pecador; santo hermano, piedad! perdón por lo que hice, santo hermano, perdón! Esto decía; y profesando la misma religion, anhelaba el momento de abrazar á Estanislao, con el pensamiento fijo en el Cielo; y ordenando, que despues de muerto descansase debajo del altar del Santo sus cenizas. De esta manera se vengó Estanislao, y por decirlo mejor, de esta manera triunfó mejor que Israel, escudado con la protección divina; aún más: como el águila le tomó y trasportó sobre sus hombros. Esto que se ha dicho ya del pueblo de Dios puede aplicarse á Estanislao, recordando su largo viaje de mil doscientas millas que hay de Viena á Roma. ¡Dios inmortal! siendo nuestro Santo tan jóven, de complexion tan delicada, siempre solo y á pié, sin otro alimento que el que se procuraba por medio de la limosna, ¿cómo puede creerse que hubiera podido hacer frente á tantos trabajos y fatigas; si Dios no hubiese velado por él con el cuidado del águila por sus polvuelos?

Pero ántes que el santo viajero llegase al término de su viaje, observad, hermanos míos, que no le faltó el celestial maná con el que pudo alimentarse prodigiosamente; porque este favor, que fué dispensado á Israel en el desierto, no fué negado á Estanislao durante su peregrinacion. No creais que me refiero á aquel supremo consuelo con que Dios le alimentaba dulcemente el espíritu, ni á aquellos transportes de amor divino con que le favorecia; nada de esto: hablo de lo que le pasó á Estanislao cerca de Augusta, donde descubrió una iglesia que estaba abierta, y en cuyo recinto habia multitud de gente. Penetra en ella nuestro Santo para oír misa y comulgar; pero al punto repara que se hallaba en una iglesia luterana. Prorumpo en llanto al

considerar la profanacion del sagrado templo, y acrecientanse los deseos de recibir la sagrada Comunión. Este, amados oyentes, éste es el maná celestial y verdadero, del que fué figura el otro que llovió sobre el peregrino hebreo, pero que éste lo llovió á Estanislao visiblemente del Cielo. Ardía nuestro Santo, conforme hemos dicho, en deseos de tomar el alimento de vida eterna, cuando de repente ve un grupo de ángeles cual blanca nube, en cuyo centro despedia mil brillantes rayos la sagrada hostia que uno de los serafines llevaba con trémula mano y suma veneracion. Estremécose Estanislao, y fija en tan sublime y hermoso cuadro la vista, contemplándolo, no sé si os diga con maravillosa sorpresa, ó con amorosa ansiedad. Algunos ángeles se le acercan, y los otros le rodean, y todos se arrodillan reverentes á adorar la sagrada forma que Estanislao recoge en sus ávidos y cáudidos labios. Luego se agrupan de nuevo los espíritus celestiales, y se elevan poco á poco hácia la divina mansion.

Confortado con este prodigio Estanislao, ¿quién podrá seguirle en la fatigosa vida, á la que se consagra con mayor ánimo aún que ántes? Desafía impávido y sereno el frío, las escarchas, la lluvia y todos los elementos, para seguir la senda trazada por su divino Maestro. Pero consolaos, hermanos míos, que los dias de prueba han pasado ya; ya llegó nuestro Santo al término de tan laborioso camino. Las siete colinas y los elevados muros de Roma albergan ya á este tierno peregrino. Dios, el mismo Dios, lo ha conducido á su casa, como el águila conduce á su nido á sus pequeñuelos. Penetra felizmente Estanislao en el umbral del noviciado, postrándose á los piés del santo general Francisco de Borja, y observad las tiernas y sentidas palabras que le dirige. Padre, exclama Estanislao, no creo que haya dado fin á mi viaje, pero si á mis deseos. Del mismo modo que me has visto venir de Viena, así me verás partir á las regiones más bárbaras y remotas, si tal es tu voluntad. Mi ardiente anhelo es el ser otro de tus Religiosos; así, por piedad, padre mio, admírame entre ellos, y sirvanme de mérito las lágrimas con que te lo suplico. Y diciendo esto presenta á Francisco de Borja las cartas que trata de Viena y de Bzinga, las cuales demostraban quién era el que hoy veneramos en este templo. Miróle el santo general con sorpresa y admiracion, y abrazándole dulcemente, le dice: No más, hijo mio, no más: tu viaje queda aquí terminado, y tus deseos van á quedar satisfechos. Estanislao prorumpo en copioso llanto; y no era preciso ser santo, como lo era él de Borja, para sentirse conmovido con las tiernas palabras del noble jóven recién llegado á Roma, no atraído por la esperanza de la gloria, ni por el deseo del oro ó de la púrpura, sino solamente por

el amor de los que deponen en el claustro las mayores fortunas y las más lisonjeras esperanzas del siglo fascinador. ¡Oh ejemplo, amados oyentes, que debe causarnos compuncion y ternura! Desde este momento Estanislao quedó admitido en la Compañía de Jesús, y podemos decir, que Dios le hizo dueño de una tierra excelente para que chupára la miel de las peñas.

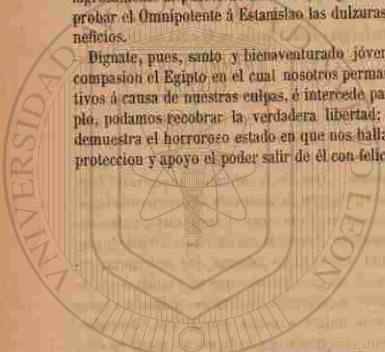
La tierra prometida á Estanislao fué el ingreso en la Compañía de Jesús, cuya tierra le fué prometida desde el nacer, como lo indica el nombre augustísimo de Jesús, que se vió impreso en el vientre de la madre de nuestro Santo; tierra, sin embargo, nuevamente prometida por expreso mandato de la Virgen. No estuvo seguramente más contento Israel al verse, después de mil trabajos y penalidades en la tierra de Canaán, que Estanislao al contemplarse dentro del suspirado claustro, en donde el Omnipotente le hacía experimentar más suavemente el fruto de su gracia; en donde Dios mezcla á la más rigida penitencia las dulzuras del Paraíso. Efectivamente; quien quiera ver á Estanislao derramar lágrimas de júbilo, no tiene que hacer sino pedirle que describa su vida religiosa. Esta, exclama, esta vida, si que me satisface; no así la que tenía ántes, pues era miserable. ¡Ah! no puedo contentarme, oh ángel immaculado; no puedo dejar de volverte á preguntar: ¿qué más podías desear en este mundo para estar contento y satisfecho? Tú fuiste visitado por la virgen Sta. Bárbara; tú le comunicaste varias veces con los ángeles; tú fuiste confortado con la presencia de María Virgen; tú, en fin, agraciado con los ósculos y caricias del Niño Jesús. Tu vida fué vida de ángel, y luego has sido venerado como santo. Y si todo esto aún no te satisface, ¿qué juicio deberemos nosotros formar de nuestro modo de vivir? Cuando oramos nos asaltan mil distracciones, cosa que tú ni siquiera conociste. Tenemos á veces distraída nuestra mente en pensamientos impuros, de los cuales tú ni siquiera sentiste el hábito.... Nuestra lengua se mueve á veces algo libremente, cosa que tú no oías sin estremecerte; y en fin, nosotros estamos tal vez en pecado, del cual tú ni el nombre supiste. ¡Dios mío! exclamo; ¿qué vida era pues la de Estanislao? ¡Ah! hermanos míos, harto lo declaran aquellos extraordinarios trasportes que tenía en el claustro, que dejaba señalados con rayos de viva luz. Harto lo declaran aquellos improvisos asaltos de amor de Dios, que le hacían palpitar el corazón en términos, que casi no podía respirar, siéndole preciso desabrocharse el pecho. ¡Ah! si hubiera vivido yo en aquellos tiempos, hubiese sido más feliz, pues mi corazón, ángel santo, se hubiera inflamado con el contacto del tuyo. Es indudable que Estanislao, al entrar en el claustro, no lo

hizo por querer experimentar la aspereza y la soledad, que son inherentes á aquel sitio, sino para gozar de las delicias que en esta aspereza y soledad encontró, y que á él le fueron otorgadas de una manera especial, sin embargo de ser el más pobre y humilde de todos.

Pero ¿qué más os puedo decir en elogio de la santidad del héroe á quien consagramos hoy estos solemnes cultos, sino que encontró delicias y placeres aún en las agonias de su misma muerte? Con efecto; penetró por un momento en el aposento de Estanislao, y le veis que yace en una reducida cama. Frisaba en la edad de diez y ocho años, y su semblante y sus maneras revelan dulzura y bondad. Habla, sonríe, y se regocija. Y ¿sabelis cual es el motivo de tanta alegría? El juzgar que le quedan pocas horas de vida. Al ménos así lo cree Estanislao, pues habla de una carta que ha dirigido á la Virgen, la cual le será entregada por el mártir S. Lorenzo, su protector; concluyendo por decir, que estará en el Cielo el día en que se celebrará el triunfo de la Asuncion. ¿Qué decís, atónitos anacoretas? Pero aguardad un poco, que su espíritu de penitencia vá mucho más lejos. Suplica Estanislao, que se le traslade sobre el duro suelo, y después de las más vivas instancias lo obtiene de sus superiores. Veidle, pues, en el humilde pavimento; escuchad las palabras que pronuncia, palabras más bien propias de un gran pecador que va á morir; se recomienda á las oraciones de sus compañeros novicios, pidiendo á todos perdón de sus faltas; y dió dulces y tiernas gracias á la Compañía, que le acogió en su seno, proclamándose indigno de morir en ella. Ya no habló más; conociéndose que deseaba únicamente conversar con Dios. Despuntó el alba del día de la Asuncion, y no se velan en el rostro de Estanislao ninguna de las fatales señales que anuncian la proximidad de la muerte. Sin embargo, al aproximársele su vista la imagen de la Virgen, permanece nuestro Santo extático, y no articula palabra alguna. Y ¿cómo podía ser esto? ¿cómo podía Estanislao mostrarse apático á la vista de la imagen de la Virgen? ¡Ah! ¡ya no existía! Estaba en el Cielo... Veíase, sin embargo, que el santo jóven movía dulcemente los labios contestando á María, que había descendido personalmente á acoger bajo su divino manto al bienaventurado espíritu. ¡Ah! ¡hija! la vista en este cuadro, Hilarios y Macarios, y entrámeceos al considerar á un jóven en la flor de su edad, agraciado, amable, de talento precoz y de prendas nada comunes, que muere de un modo raras veces visto entre los eremitas de la Tebaida. Estanislao, al morir en el seno de un Orden religioso, que era su tierra de promision, experimentó el colmo de la felicidad.

Es de creer, que también admirarán la dichosa muerte de nuestro Santo el fiel Moisés, el valiente Finees, el venerable Aaron, y el guerrero Josué, quienes no pudieran dejar de ver en nuestro jóven las huellas de la predileccion que Dios tuvo hácia aquel pueblo, del cual fueron aquellos insignes varones guías y sacerdotes; destellos de divina sabiduría en instruirle, y defenderle, cual si fuese la niña de sus ojos; esforzado valor en libertarle de sus enemigos, y conducirlo milagrosamente al puerto de salvacion; raso de amor divino, el hacer probar el Omnipotente á Estanislao las dulzuras de sus mayores beneficios.

Dignate, pues, santo y bienaventurado jóven, mirar con ojos de compasion el Egipto, en el cual nosotros permanecemos todavia cautivos á causa de nuestras culpas, ó intercede para que, con tu ejemplo, podamos recobrar la verdadera libertad; pues, si aquel lugar demuestra el horroroso estado en que nos hallamos, sea debido á tu proteccion y apoyo el poder salir de él con felicidad. Así sea.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE CULTURA Y EDUCACIÓN

PANEGÍRICO I

DE SAN ESTEBAN PROTOMÁRTIR.

Esperanza! Stephanus, virum plenum fide, et Spiritu Sancto.

Non fuerat á Esteban, varia lleo de fe y del Espíritu Santo.

(Act. Apóst. vi, 5.)

Aunque nuestra santísima Iglesia militante, placentera y justamente ufana, cuente en el número de sus buenos hijos muchos millones de gloriosísimos héroes, que lleno el pecho de noble sangre atestiguan con valor la divinidad, y corresponden fieles á los beneficios de su supremo y amorosísimo Libertador, parece que se exalta y brilla más de lo ordinario en el invicto capitán de todos los mártires, S. Esteban, cuya triunfal memoria celebramos hoy, y con justicia. Porque no podemos honrar mejor la Natividad de Nuestro Señor, trémulo y envuelto en pobres pañales entre los mayores rigores de la fría bruma, que presentándole en su virginal y adorada cuna la victoriosa sangre del pacientísimo Levita; y meciéndolo reverentemente en su divino llanto, colocar sobre los altares, á la vista de Cielos y tierra, unidas con hermoso misterio, las princiapas de nuestra redencion y las de nuestro reconocimiento: los vagidos de un Dios, que comienza á padecer por nosotros; y las últimas boqueadas de un hombre, que fué el primero que murió por él; la obra más insigne del brazo omnipotente, y el esfuerzo más heroica que es dado alcanzar á la virtud humana enaltecida por la divina gracia. Y en verdad, hermanos míos: ¿qué corazón, por salvaje y duro que fuere, no se conmoviera á la vista de la sangre del Protomártir, como en acto de aplaudir y festejar al Salvador recién nacido, y como decirnos en su habla: Aprended, fieles, de la sangre de un mártir, lieuada por un milagro de amor; aprended á celebrar la Natividad, y á corresponder á la inmensa y ardentísima caridad de un Dios, que por vosotros se hizo

pasible y mortal? Y si os falta la suerte ó el valor de verter por Él vuestra sangre, deseado al ménos, y admirad con santa envidia el heroísmo de aquel, que con tanta abnegacion y fuego derramó la suya, y que en pós de tantos siglos todavia conserva su ardor. Estas palabras parece que nos está diciendo, hermanos míos, la sangre de San Estéban. Y mucho más podria manifestarnos esta sangre venturosa, puesto que es sangre de un mártir, que entre cuantos tuvieron la gracia y la dicha de morir por Jesucristo, se distinguió de tal manera en su virtud, que no solo es llamado el primero por razon de orden, sino tambien de mérito. El primero, en confundir con su celestial sabiduría la supersticion del hebraísmo; el primero, en demostrar con su muerte magnánima la verdad de nuestra naciente religion; el primero, en ilustrar con su divina caridad la altísima ley evangélica. Hé ahí porque mereció ser enalzado por la pluma apostólica; y tan colmado de sabiduría, gracia, fortaleza y de todos los dones del Espíritu criador, que al mover su majestoso semblante, no parecia hombre mortal y terreno, sino inteligencia celeste é inmortal.

Increado y sumptuoso Verbo, fortaleced mi lengua para que pueda hablar dignamente de un mártir, cuyos sangrientos triunfos coronan tambien estos dias, y nos hacen dulce y amable, vuestra carísima y dulcísima Natividad: A. M.

Nuestra divina Religión, que entraña tanta luz para ser creída, cuanta le comunica la Verdad eterna, de la cual dimana, sobrepaja y excede á nuestro flaco limitado entendimiento con sus profundos misterios. ¿Quién es capaz de comprender el cúmulo de portentos que con veneracion adoramos en Jesucristo? Hijo de Dios é hijo de mujer; inferior al Padre é igual á Él; nacido en el tiempo y en la eternidad; débil y omnipotente; siervo y señor; gloria é ignominia; patibulo y corona; cruz y bienaventuranza; muerte y divinidad! A estas cosas, justamente, que tanto desagradan al entendimiento humano, doblaron tan pronto y tan felizmente el corazón y la frente, la creencia y los afectos, tantos pueblos de carácter y costumbres muy diversas, bárbaros y civilizados, feroces y mansos, cultos y salvajes, dóciles é indómitos; no por el atractivo de placeres sensuales, ó por temor á las armas, ó por anhelo de especiosas novedades, ó por acatamiento á respetables autoridades, sino al contrario, por una moral tan austera y tan rígida, que toda ella es mortificacion y penitencia; y eso á despecho de la filosofia pagana, que la afeaba como ilusion y locura; y de la tiranía coronada, que la castigaba como sacrilegio y maldad. Y lo que más

enaltece este hecho es, que fué difundido por la sencilla predicacion de unos pocos hombres inermes, desconocidos, pobres, despreciados, sin distinciones, sin fama, sin crédito y sin nombre. Mas aquel Dios, que con fuerte y suavísima providencia dispone y rige todas las cosas, como no pide una fé estúpida y grosera, sino racional y perspicaz, ni quiere un culto tumultuoso y forzado, sino amoroso y libre, con tal sabiduría enriqueció la muerte, y tal gracia concedió á las palabras de los encargados de enseñar al mundo las verdades eternas, que el no humillarse ante sus divinos y victoriosos razonamientos fuese más bien delito inexcusable de un corazón empedernido en su malicia, que de un entendimiento delicado y celoso.

Mas, si el Espíritu criador fué generoso en repartir ese don de sabiduría y de lenguas entre todos los apóstoles, es de suponer que fuese generosísimo con S. Estéban, puesto que debía distinguirse desmintiendo y confundiendo la indomable incredulidad de los judíos. ¡Qué árdua y terrible empresa fué ésta, Dios eterno! No se trataba ya, hermanos míos, de impugnar como entre los gentiles, errores y engaños, que nacidos del infierno, de la politica, del capricho y de la fábula, descubrieran su vanidad y su inconexion á la voz de la naturaleza y de la razon; no se trataba de apelar á la vergüenza y al pudor para reprimir el culto de dentades torpes y nefandas, labradas por el vicio y la libertad de pecar; tampoco se trataba de leyes tiránicas y bárbaras, que recompensaban igualmente delitos verdaderos y falsas virtudes, leyes contra cuya injusticia é iniquidad se sublevaba la conciencia. Tratóbase, hermanos míos, de desacreditar á un culto celestial por su origen, de abolir una ley comprobada con milagros, santa é inmaculada en sus ritos, justa y recta en sus preceptos, casta y sincera en sus obligaciones. De sus incensos habian brotado muchas flamas gratas al Señor; sobre sus altares habia tajoado más de una vez fuego del Cielo para consumir los sacrificios; muchos de sus sacerdotes habian sido oráculos; su Templo, lleno con frecuencia de la majestad del Señor, casi diríamos que competia con el Paraíso en gloria y en belleza. Religión esclarecida y famosa por dilatada serie de santísimos patriarcas, en cuyas piadosas tiendas, en más de una oracion, se hospedaron ángeles; por iluminados profetas, que en los acontecimientos remotos que revelaron, pusieron de manifiesto los más recónditos arcanos de la divinidad; por esforzados capitanes, bajo cuyas banderas militaron más de una vez los astros y los elementos; por incultos reyes, en fin, cuyo cetro vio florecer con tanto laurel la bondad y la clemencia, la equidad y la justicia. Esa religion, de tamaña grandeza, no solo habia de derro-

caría S. Estéban, sino que, además, con la pompa y magnificencia de aquel Dios que le había confiado tan sublime misión, debía el Santo levantar gloriosamente hasta el Cielo, sobre sus ruinas, la humildad del Evangelio, los oprobios del Calvario, la ignominia de la cruz, de la pasión y muerte de Jesucristo.

Imagina ahora, hermanos míos, si podeis, cuánta sabiduría, cuánta grandeza de conocimiento, cuánta dulzura y eficacia con la palabra habría menester al esforzado Levita. Bien es verdad, que todo lo sublime, heroico y pomposo que celebraba en sus anales la Sinagoga, todo se dirige al Hombre-Dios, como convergen los radios de la circunferencia al centro; todo era sombra é imagen de la nueva Iglesia que había fundado sobre la justicia y la santidad. Mas cómo conseguirlo, si preocupados los perdidos judíos con el deseo de un reino mundano y caduco, estaban tan listantes de creer, que la persona del Salvador fuera el prometido Mesías, que se habían vengado de Él tratándole como si fuera un vil impostor? Para anonadar, pues, á aquellas culpables y perdidas gentes, ya que no fuese posible convertirías é instruirías, necesitaba el santo diácono aquella plena inteligencia que Dios le comunicó, de las visiones y oráculos de los profetas, de los misterios y mandamientos de la ley, de los ritos y ceremonias de los sacrificios, de los prodigios, portentos y vicisitudes comprendidos en la divina historia; y todo con una minuciosa percepción de la oculta y natural relación de tantas cosas, ya entre sí, ya con Jesucristo, su único principio y principal fin. Convenía también para predicar á tan pertinaz auditorio esas odiosas é ingratas verdades, aquella firmeza y constancia de ánimo que tuvo, sólido é inmutable, á despecho de todas las preveniciones y sorpresas de la costumbre; aquella alteza y señoría de genio inflexible é igual ánte todas las seducciones y amenazas del siglo; elevación de ánimo inalterable y sereno ánte el terror y espanto de la muerte. Necesitaba, para predicar con dignidad, prontitud de entendimiento, viveza de imágenes, dulzura y sultura de palabras; orden, calor, evidencia de argumentos; pruebas y razones. Necesitaba, en fin, una elocuencia como la suya, grande, magnífica, virtuosa; elocuencia tal, que quien intentase resistir á ella quedase derrotado y confundido, ya que no convencido, debiendo mirársele como uno de los entendimientos más contumaces y rebeldes.

Con efecto, hermanos míos: colmado de tantas y tan raras prendas el sapientísimo Levita, no es fácil relatar todo lo grande, heroico y maravilloso que dijo y emprendió en defensa de la divinidad y gloria de Jesucristo. Predicóla y exaltóla, no ocultamente y en

reuniones particulares, sino públicamente á la faz de Jerusalén; predicóla, no á la gente humilde y de fácil persuasión, sino á toda clase de personas; no en circunstancias propicias, sino en toda ocasión por encontrada que fuese. Predicóla sin rodeos, sin reserva y sin lisonja; predicóla con libertad, ardor y celo, resonando siempre su voz en las plazas más concurridas, en los umbrales más frecuentados del Templo, en presencia de los príncipes de los sacerdotes, en las mayores solemnidades de la Sinagoga, entré el humo de las víctimas y del incienso. Y en su predicación nunca se le vió conmovido por la actitud de las turbas, ni arredrado por las amenazas de los magistrados, ni amedrentado en lo más mínimo por la contradicción y la ira de aquellos á quienes venía. Mientras brillaba la fama con el nombre de Estéban y de su heroica é invencible sabiduría, no solo en Jerusalén sino en toda la Palestina, sorprendida y avergonzada la celosa política de los pontífices y sacerdotes, recelando justamente la completa ruina de su religion, dorando la violencia con el celo, obligaron al santo diácono á que diérase cuenta de su nueva doctrina en plena asamblea. Aquí sería menester, hermanos míos, un destello de la sabiduría y de la elocuencia de Estéban para pintaros dignamente la grandeza de este acto. Absortos quedaron á primera vista los doctores de la ley, aquellos altivos sátrapas de Israel, al presentárseles aquel jóven, que con la dignidad de su hermoso semblante semejava más bien un juez, que había ido á combatir los errores de los que le escuchaban, que un reo condenado á confesar y llevar la pena por los suyos. Pero, cuando el santísimo Levita, con un valor, un fuego y una gracia angelical, explicando parte por parte la historia divina, desde la vocación de Abraham, hubo probado, que Jesús Nazareno, á quien hacia poco habían muerto injustamente, era sin duda alguna el verdadero Dios de sus padres; el deseado de las gentes, el esperado de los pueblos, el Rey prometido, Señor y Salvador, no solo de Israel, sino del mundo entero; Aquel, por cuya venida se habían formado tantos votos, vertido tantas lágrimas y exhalado tantos suspiros; Aquel, cuya llegada había sido precedida de tantos signos y misterios; Aquel, cuya suerte fué anunciada por los profetas en tantas formas y con tantas señales; que en Él y por Él se había cumplido la ley, disuelto la Sinagoga, abolido las víctimas, cancelado el delito, sellado el gran pacto, y enteramente consumado la redención del humano linaje; cuando Estéban, hermanando la invectiva con el raciocinio, hubo explanado todas esas cosas en plena asamblea; ¿quién lo pensara? no hubo siquiera uno en aquel la orgullosa é imponente asamblea, que osara

resistir y oponerse al esforzado joven, quedando todos atónitos de su ciencia y hermosura celestiales. Solo que, más y más obstinados en su nefanda y detestable incredulidad, llenos de vergüenza y de despecho, tramaron desde aquel día su desapiadada muerte. Y ¡qué muerte! hermanos míos. Una muerte, que cubrió de luto y tristeza los corazones de todos los fieles; que mereció que se acogojáran los santos apóstoles; una muerte, que fué honrada con amargo y perpetuo llanto por toda la Iglesia; evidente prueba del crédito y estimación grandísima en que era tenido el esforzado Levita, y del fruto que de su incomparable elocuencia recogía la religión cristiana. Y, con efecto; hubiera quedado inconsolable por tamaña pérdida la Iglesia, si, por otra parte, no hubiese hallado una compensación en el valor que infundió en todos los creyentes, para menospreciar la vida y la muerte por la gloria de Jesucristo. Y ¡cuán eterno y envidiable triunfo ha de ser éste para S. Estéban! Haber sido el primero, en presentarse á las gentes á dar testimonio con su sangre de la verdad del Evangelio; el primero, en ponerse á prueba del horror de los suplicios para sustentar la hora de la fé; el primero, en encontrarse frente á frente con la muerte, para dar fé del culto y de la religión de su crucificado Dios y Señor.

Bien veo, hermanos míos, lo mucho que amengua el esplendor de este clarísimo argumento de la virtud y del mérito de Estéban, la justa y elevada prevención que nos merecen los santos mártires. La costumbre que tenemos de sublimar el alma hasta el entusiasmo, maravillados y gozosos en vista de la portentosa multitud de hombres, mujeres jóvenes, niños y aún tímidos infantes, que, esforzados y alegres, y como jugando entre la sangre y la muerte, corrieron por Jesucristo tan envidiable suerte, parece que aparta nuestro ánimo de la importancia y mérito que le cabe, de haber sido el primero en dar el ejemplo de tan heroica prueba. Para ponernos en la razón, diremos, hermanos míos, que sea lo mismo seguir un camino trillado, que abrir camino nuevo y desconocido? Tendremos por igual prueba, desplegar las velas para el nuevo mundo ahora, que la náutica ha soñado á su jurisdicción las aguas, las estrellas y los vientos, que cuando bramaban los vientos, ardían los astros y se ensorbercaban las tempestades, sin que fueran conocidas sus leyes? Todos los mártires fueron valerosos y magnánimos, y merecedores, por lo tanto, de la gloria y los honores de que gozan los bienaventurados. Pero encontraron abierto el camino y quien les sirviese de guía y ejemplo en tamaña empresa; y todos sabemos cuánto valor infunde en nuestros pechos el ver, que hay quien camina delante de nosotros en el árduo

y laborioso sendero de la virtud. Solo Estéban, Estéban, únicamente, fué el primero, que, sin guía ni ejemplo, puso la planta en aquel terrible camino, el primero en despreciar la muerte; y el primero, en fin, en hacerse destrozarse y matar por Jesucristo. Lo cual hasta y aún sobra para entender, de que corazón habia menester aquel pecho, cuánta sería su bravura, y cuánta la virtud de su alma.

Bien sé, y no podemos en manera alguna dudar de ello, que la admirable fortaleza con que supieron acometer y sufrir tanto y tan felizmente los héroes de nuestra fé, la debieron á Jesucristo, cabeza y rey de todos los mártires. Él fué el divino Señor, que, con la alteza de su ejemplo; les hizo agradables las penas y tormentos. Él fué quien les hizo la muerte, no solo fácil y ligera, sino también risueña. Pero ¿quién nos impide el afirmar, que, merced á Jesucristo, contribuyeron mucho al glorioso triunfo de los mártires el valor y la fortaleza de Estéban? No califiquéis de atrevida la alabanza, pues luego vereis las razones en que me fundo. Habiendo resultado el Señor en sus inmutables designios, romper, por fin, las cadenas que por tanto tiempo habian agobiado á Israel, llamando á su esforzado y fiel ministro Moisés; Anda, le dice, y arrancando de la servidumbre á tu amado pueblo, condúcele inmediatamente al desierto, y levanta allí altares, ofrece víctimas y quema incienso en mi eterno nombre. Así lo quiero: anda, que solo mi voluntad te dará bríos para tamaña empresa. Con efecto, hermanos míos; apenas conocieron los hebreos el divino mandato, cuando con la presteza que el amor á la libertad les infundía, y con la diligencia necesaria para burlar la perspicacia de un tirano, se encaminan precipitadamente, á favor de la noche, al punto donde les guía el taumaturgo profeta. Mas al día siguiente toman muy triste aspecto las cosas. Tienen á sus espaldas al enemigo, que anhela destrozarse y pasar los fugitivos á cuchillo. Estrechados los índices israelitas entre el furioso amago de las armas, y el vasto y terrible golfo del mar Rojo, no les quedaba otra alternativa, que la desesperada de arrojarle al agua en busca de la muerte, ó permanecer en la playa á merced de la implacable ira de sus enemigos. Pero ¿quién podrá burlar los decretos de Dios? Levanta Moisés su prodigiosa vara, y como si tuviesen sentido las aguas, al punto se separan, abriendo ancho y seguro camino á los desesperados israelitas. Y ¿veréis que á pesar de esto, ni la alteza de este milagro, ni los ruegos de Moisés, que desde el enjuto seno del mar llamaba á los demás para que le siguiesen, pudo ser vencido el miedo de aquellas aterradas gentes, y que no hubo uno que osara pasar en pós de Moisés? Pase él horrorabena, dirían, ya que manda á los elementos,

que seguro vá. Pero ¿quién nos asegura, que nos suceda á nosotros, lo mismo? Pase uno de los nuestros, que no sea Moisés, y en tal caso, los demás seguiremos sin temor. En efecto, hermanos míos; apenas se hubo adelantado á pasar Aminadab, cuando impulsados de su ejemplo, hasta los corazones más madrosos, hombres y mujeres, viejos y niños, entraron todos en tropel en el arriesgado camino.

Hermosas almas de los santos mártires, que descansáis en sempiterna y bienaventurada paz, si desde aquel sitio, si desde el seno de la Divinidad, donde todas las cosas mortales se ven con clara luz, os fuere dado oír este humilde y desaliñado discurso, no permita Dios que, para alabar á uno de los que forman vuestro inclito coro, llegue yo á empuerquecer un punto de vuestra gloria. Yo bendigo y desearía poseer mil lenguas para bendecir á aquel Señor, que es principio y fin, premio y corona de aquella divina fortaleza, con que vencisteis el dolor y la muerte tan ostensible y felizmente. Séame licito, empero; añadir con el profundo y humilísimo respeto debido á los Santos; si para cruzar el mar Rojo y el horrible y sangriento golfo del martirio, además del ejemplo del Hombre-Dios, demasiado grande para el hombre, se necesitaba para robustecer la humana flaqueza el ejemplo de un mero hombre, este hombre, bien lo veis, y en ello os gozais, este hombre escogido por Dios fué S. Estéban. Pasó Celso, pero, atendido que era Dios, quizás le quedaba á la debilidad humana algún motivo para titubear en seguirle. Mas, cuando hubo pasado Estéban, hombre como los demás hombres, ya cesa el temor en todos los corazones; ya pasan millares de fieles en pos de él, y por él en pos de Jesucristo, como si poseasen alegres y triunfantes por un risueño prado. ¡Oh gloria de S. Estéban, de quien dimana, en cierta manera, la de todos los mártires juntos! Vaya á maravillarse el que quisiera, si, abiertos los Cielos, sentado Jesucristo al lado del Padre, contemplase, y con Él toda la corte de los bienaventurados, la fortaleza y valor de su invicto mártir. Yo no puedo hacerlo, que para tan grande y espléndido cuadro, no conviene teatro ménos digno que el propio Cielo.

Si he de confesáros, hermanos míos, con sinceridad, lo que yo opino, creo que más bien fué del agrado del Hombre-Dios la ardentísima caridad de Estéban, con la cual, sucumbiendo, rogaba por sus enemigos, que no volverle á ver imposible y constante resistiendo á sus crueldades. Aquellas palabras del inocente Levita, con que en medio de la tormenta de piedras que caían sobre su cuerpo, en medio de la sangre que manaba por mil heridas, postrado de rodillas y fijos en el Cielo sus amorosos ojos, se dirige al Señor entre suspiros

y llanto, diciéndole: Perdona Jesús á los que me matan; perdónales, no sea que este pecado atraiga sobre ellos un castigo eterno; perdónales; si, Dios mío, pues estos desdichados no saben lo que hacen; y profiriendo estas palabras, cerrados sus ojos llorosos, como arrobado de placidísimo sueño, termina su gloriosa carrera; este grandioso cuadro de la heroica caridad de Estéban debió de atraer á sí las miradas y el corazón de Jesús, y la contemplación y el amor del Paraíso. ¿Y cómo podría dejar de ser así, cuando por él viene á ser ilustrado, ó ilustrado con grandeza, el más noble precepto de la ley evangélica, el triunfo más esplendente de la gracia redentora, la más cara divisa de los seguidores del Salvador, y la mejor prueba de la divinidad del Crucificado? Para llegar á tanto como rogar, y rogar muriendo por aquellos que nos dan la muerte, es menester nada ménos que ser hijo de Dios, ó por naturaleza como Jesucristo, ó por adopción como S. Estéban.

Y después de esto, hermanos míos, ¿quién quisiera oír más sobre la sabiduría, entereza y caridad de Estéban? Pero nó, que sería interminable mi discurso y vuestra devoción insaciable. Meditemos más bien la distancia, ó por decirlo mejor, la oposicion que media entre su heroica virtud y nuestra suma flaqueza. Joven y casi imberbe, demuestra ardoroso celo por defender, sustentar y promulgar una ley á la sazón naciente, resistiendo al furor y la crueldad de un pueblo, que se había declarado ya enemigo cruel é implacable de la nueva doctrina! ¿Y nosotros nos dejamos ver tibios, indiferentes por la misma ley, que hemos mamado con la leche, que hemos heredado de nuestros abuelos, que está en el medio de su esplendor y en la plenitud de su gloria! Estéban, en la primavera de su vida, valiente y esforzado, sin gula y sin ejemplo, es el primero en arrostrar la muerte para enaltecer la fe; y nosotros, á pesar del ejemplo de innumerables héroes, que por honra de la misma fe despreciaron valerosos la ira de los tiranos, tememos la critica de los libertinos! Estéban, solicitado por el bien del prójimo, que muriendo suplica y llora por sus verdugos; y nosotros, frios y olvidados de nuestra propia salvacion, ni aún queremos llorar ni rogar á favor de nosotros mismos! Por Dios, hermanos míos; arrojemos ya la malhadada venda que nos impide contemplar la deliciosa luz; salgamos del mortal letargo que nos mantiene adormecidos á los golpes y á las voces de la gracia. Entremos de una vez en nosotros mismos; y llenos de santo pudor al considerarnos tan opuestos y disformes con el glorioso héroe cuya fiesta hoy celebramos, rogémosle que nos alcance luz y valor para cumplir los cargos y obligaciones de nuestra vocacion.

Ilustre Protomártir, desde el trono que ocupas cerca de tu dulce Maestro, dirígenos una mirada benigna. Derrama en el seno del Omnipotente tus fervorosas plegarias á favor de los que todavía militamos en este valle de quebranto, centro de miserias y campo de guerra interminable. Alcanza para nosotros tu fe viva y robusta, tu fortaleza invicta, tu caridad ardentísima, para que podamos conquistar la corona inmarcescible que ciñen tus gloriosas sienes en el reino venturoso de la inmortalidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PANEGRÍCO II

DE SAN ESTÉBAN PROTOMÁRTIR.

Jerusalem, Jerusalem, quae occidis profetas et lapidas eos qui ad te missi sunt. Quoties volui congregare filios tuos, quemadmodum gallina congregat pullos suos sub alas et non vult!

Jerusalem! Jerusalem! que matas á las profetas y apedreas á los que son enviados á ti. ¡Cuántas veces quisiera recoger á tus hijos, como la gallina recoge á sus pollitos bajo las alas, y tú no lo has querido!

(MATT. XXIII, 37.)

Una de las consecuencias mayores que ha traído á nuestra naturaleza humana la ley de gracia es, un espíritu de convicción y de fe en las materias que sobre ella se aprenden; que el hombre, penetrado de ellas, desoña con ánimo sereno los mayores peligros; y nada, por penoso que sea, existe de modo que le distraiga de la confesion de las verdades de que se halla lleno su entendimiento.

Este dominio que ejerce en la conciencia la predicacion de Jesucristo, es la revolucion más completa que ha sufrido la naturaleza humana, desde que fué criado Adán, hasta nuestros dias; y llamo revolucion moral á este acontecimiento, porque los beneficios de la ley nueva no se han limitado á nadie; y así el más rudo como el más sábio adquieren, por medio de la fe en sus doctrinas, esa independencia de espíritu, que, engrandeciendo el individuo, le prepara á desahallar los trabajos y el martirio, para mejor ensalzar el nombre de su Dios.

No es el espíritu de rebelion de las asonadas, ni el estilo amenazador de un pueblo congregado para discutir los negocios políticos de su país, la independencia que el hombre aprenda con los preceptos del Evangelio; es más y ménos que esto. Es más, porque la con-

ciencia de uno solo es la que, decidiendo de lo justo y de lo injusto, resuelve la cuestión á favor de lo que es conforme á la voluntad de Dios, y resiste con la misma firmeza el poder de los tiranos, que el de los pueblos amotinados; y es ménos, porque á nadie amenaza, á nadie ofende, y la caridad cristiana se resiste á la destrucción y ofensa aún de sus propios enemigos.

Las consecuencias, pues, del gran sacrificio que hizo Dios viniendo al mundo y muriendo por nosotros, son beneficiosas á cada hombre en particular; y este beneficio, que parece aislado, resultaría general á la humanidad entera: si todos, igualmente, poderosos é impotentes, cumplieren los mandatos de Jesucristo.

En la ley antigua hubo mártires, porque Dios, según las necesidades morales del pueblo judío, á quien había privilegiado, infundió su divina gracia á algunos santos varones, para que tuviesen el don de profecía y la firmeza propias del verdadero cristiano; pero estos casos eran muy excepcionales en comparación de los innumerables que nos presenta la Iglesia católica, siempre que la persecucion, que se ha hecho contra ella, exigió mártires, que sellasen con su sangre la confirmación de su verdad y de su origen divino.

Si al presente vemos desviados los pensamientos del hombre de esas escenas de violencia, que se ejecutaban para conseguir, que un fiel cristiano reuniese á su Dios y consagrarse é incensase á los ídolos, debido es á la influencia de las doctrinas evangélicas, y á la sangre de los infinitos mártires que han muerto por la fé; enseñando, que son inútiles los tormentos para desterrar las convicciones de la religion, que derrama consuelos en la vida del huérfano abandonado, de la viuda desconsolada y del hombre, á quien las desgracias y las enfermedades han reducido á una misera existencia.

Entre los santos mártires que han imitado á Jesucristo en la consagración de su vida humana, aparece el primero S. Esteban, cuya festividad celebra la Iglesia en este día, y cuyas virtudes me propongo demostrar en honor suyo, y de nuestro divino Redentor, que le prestó su gracia.

Para llenar debidamente el objeto que me propongo, no bastan las escasas luces de mi entendimiento, si Dios, por su bondad infinita, no me presta una pequeña parte de la abundante sabiduría con que dotó muy especialmente al protomártir S. Esteban. Para conseguir este beneficio nos dirigiremos ántes á la Virgen Santísima: *A. M.*

Si yo consiguiese, amados oyentes míos, presentándoos el ejemplo de las virtudes y padecimientos del glorioso mártir S. Esteban,

infundir en vuestros corazones el deseo de acercarse á ellas, ya que no pudieseis imitarlas, el objeto de mi discurso quedaría cumplido, y nada sería más grato á la memoria de tan santo varón. No se necesita en verdad, ahora como entónces, desafiarse los peligros del martirio para practicar las verdades evangélicas; pero bien se necesitan en este tiempo de corrupcion grandes ejemplos, para sacudir la indiferencia con que se miran las cosas de la religion, alentos como están hoy todos los hombres más á la ganancia y lucro de los bienes terrenales y perecederos, que no á los de la gloria y de la inmortalidad, más grandes y más dignos; porque nuestra estancia en la tierra es un tránsito, y nuestra vida del otro mundo es la eternidad.

Así lo pensó el glorioso protomártir S. Esteban, cuando victima de su celo por la fé de Jesucristo, se expuso á las angustias de una persecucion, y á los dolores del martirio. Para que forméis una idea de sus servicios á la causa de la fé, y de las altas dotes con que estaba adornado su carácter, os manifestaré el estado de Jerusalén; de esa Jerusalén, á cuya ciudad enviaba Dios sus profetas y los mataba, y apedreaba á los enviados del Señor. Os daré á conocer las santas ocupaciones de nuestro protomártir, y la sabiduría con que las desempeñaba; y cómo estas circunstancias, que debieron servir para que fuese reverenciado y aplaudido, excitaron el odio de sus perseguidores, y le acrearon un glorioso martirio. Muerto nuestro Redentor, y habiendo quedado los apóstoles en Jerusalén, hacían estos cada día nuevos prosélitos con su predicacion, llegando hasta el punto de serles imposible á ellos solos administrar á los nuevos cristianos. Entónces fué cuando dirigiéndose á los mismos cristianos les dijeron, que eligiesen de entre ellos siete varones llenos de fé y de sabiduría, para que les ayudasen en la administracion de los fieles. En la eleccion que entónces se hizo, fué designado el primero S. Esteban con otros seis compañeros, llamados Felipe, Procoro, Nicano, Timon, Parmenas y Nicolás. Estos distinguidos discípulos de los apóstoles fueron presentados á sus maestros, quienes imponiéndoles sus manos; les hicieron diáconos, estableciendo este orden mayor inmediato al presbiterado ó sacerdotio.

Dedicados al desempeño de su ministerio los nuevos diáconos, se distinguió entre ellos S. Esteban, ostentando una sabiduría singular y el poder sobrenatural de obrar prodigios y milagros. Por esta razon le seguían muchos; y su fama se extendió por Jerusalén, excitando la odiosidad de la Sinagoga llamada de los Libertinos, Cyrineos y Alejandrinos. Como nacido todavía la nueva Iglesia, habiéndose convertido á ella alguno de los sacerdotes de la ley antigua, no ha-

había una línea divisoria y marcada entre los judíos y cristianos, como la que existe al presente á los ojos del vulgo de los fieles: y solo cuando algun varón sabio y lleno de divina gracia, como S. Estéban, inculcaba en los demás la diferencia que mediaba entre la ley que privilegiaba y favorecía á los escribas y fariseos, y entre la ley que igualaba todos los hombres ante Dios, era cuando se hacían notar las diferencias, y padecían persecuciones iguales á la que se suscitó para martirizar á S. Estéban. En estos casos era cuando los que especulaban con las ofrendas del Templo y con la autoridad que les daba el sacerdocio, sacando la ley de Moises por texto, ó interpretándola á su placer, llamaban blasfemos á los que con las palabras de Jesucristo anunciaban la ruina del Templo de Jerusalén y la destrucción del pueblo judío.

Las primeras hostilidades que se practicaron contra nuestro santo mártir, fueron las provocaciones con que le estimulaban á comparecer en las sinagogas, con el objeto de disputar con él, convencerle de su ignorancia y desacreditarle; pero estas armas, empleadas repetidas veces contra nuestro Santo, se volvian contra sus enemigos. Dotado S. Estéban de un carácter firme, cual lo tiene todo hombre de fé, y conciliando con su sabiduría, que nunca serviría mejor á Dios que ostentando sus doctrinas y la verdad de ellas al frente de sus enemigos, convenciéndolos de la verdad y divinidad de la nueva ley, y haciendo de ellos unos nuevos discípulos de Jesucristo, aceptaba los retos que se le dirigían, y disputando con ellos, salía siempre victorioso; porque nadie podía resistir su sabiduría; y porque lleno de gracia y fortaleza obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo. *Stephanus, plenus gratia, et fortitudine faciebat prodigia, et signa magna in populo*, como dice S. Lucas en el capítulo sexto de los hechos de los Apóstoles.

Viendo, pues, sus enemigos, que no podían por este medio conseguir la ruina de S. Estéban, trataron de suscitarle un juicio, y al efecto buscaron testigos falsos que declarasen, le habían oído decir blasfemias contra Moisés y contra Dios; excitando así los ánimos de los escribas y de los ancianos, y alborotando al pueblo contra él. Por este medio inicuo, de que se valen siempre los malvados para herir de muerte al infeliz, que por espíritu de bondad se opone á sus fines, ó al justo que los contraria, consiguieron reunir el Concejo, y conmovier el pueblo con el objeto de acabar con S. Estéban. Las leyes y costumbres de aquel tiempo permitían estos medios, porque los sacerdotes y ancianos de Jerusalén juzgaban los delitos de religion, como pudieran al presente los tribunales que conocemos en nuestros

días. Aprovechando, pues, este tumulto los Libertinos, Cyrincos, Alejandrinos y otros judíos de Asia que se hallaban en Jerusalén, prendieron á Estéban, y le llevaron ante el Concejo, prevenido de antemano contra él, y circundado de la plebe que habían conmovido y levantando contra su predicacion. Presentado en juicio, y hecha la acusacion por sus enemigos, los testigos depusieron: que S. Estéban habia predicado, que *Jesús Nazareno destruiria el Templo de Jerusalén, y mudaría las tradiciones ordenadas que dejó Moisés*. Grandes murmullos se agitaban al rededor del Santo con el fin de intimidarle y conseguir de él victorias; mas ninguna de estas amenazas mudó en lo más mínimo el propósito de S. Estéban; y cuando el príncipe de los sacerdotes le preguntó, si eran ciertas las acusaciones que se le hacían, él contestó de esta manera.

Mucho deseára yo, al trasladar la magnífica reseña que de la historia antigua del pueblo de Dios hizo S. Estéban, tener la elocuencia con que el santo mártir se expresó en aquellos momentos, en que dirigiéndose á todos los circunstantes, les dijo: Varones, hermanos y padres, escuchadme: cuando el Dios de gloria que habita en las alturas se dignó aparecernose á nuestro padre Abraham en las llanuras de la Mesopotamia, y le dijo: Sal de tu patria, deja tus parientes, y vén, á habitar los campos que yo te mostraré; Abraham obedeció la voz del Señor; y abandonando la tierra de los caldeos, se dirigió á la de Canaán, donde habitó sin darle en ella posesion, y prometiéndole solo que pertenecería á sus descendientes, cuando aún no tenía ningun hijo. Entónces fué cuando Dios le anunció, que su descendencia moraria en tierra estraña, que seria esclavizada, y muy mal tratada por espacio de cuatrocientos años; pero que él juzgaría á sus opresores; y al cabo, saldría ella de la servidumbre, y adoraría á Dios en la tierra prometida. El signo de este concierto entre el Señor y Abraham fué la circuncacion, que Abraham hizo de todos los descendientes de su casa, en Isaac su primogénito á los ocho dias de nacido. Isaac la hizo en Jacob, y Jacob en los doce patriarcas sus hijos. Éstos, movidos de envidia contra José, el predilecto de Jacob, le vendieron á unos mercaderes que lo llevaron á Egipto, donde consiguió por la gracia y sabiduría que Dios le habia concedido, ser, en nombre de Faraon, gobernador de su reino. Entónces fué cuando experimentada el hambre en la tierra de Canaán, acudieron á Egipto los hermanos de José, y le reconocieron, y le pidieron perdon; y cuando éste les dió para habitar la tierra de Gessen á ellos y á todos los descendientes de Jacob, donde permanecieron multiplicándose, hasta que se iba acercando el tiempo, en que se habia de cumplir la promesa que hizo Dios á Abra-

hán, de dar la tierra de Canaán á sus descendientes. Cuando este tiempo se acercaba fué cuando Moisés, enviado por Dios al pueblo judío, para libertarle de la dura esclavitud á que le habían reducido los reyes Faraones que no conocieron á José, le sacó de Egipto por medio de prodigios y milagros, atravesando á pie enjuto el mar Rojo, permaneciendo en el desierto cuarenta años, donde Moisés dió leyes al pueblo judío, y estableció el tabernáculo y ceremonias del Templo, según Dios le había prevenido.

Después fué cuando los judíos conquistaron la tierra de Canaán, y en ella, el rey Salomón edificó el Templo, que tanta fama dió al pueblo judío entre las naciones de la tierra. Mas el Altísimo no habita en templos hechos de mano de los hombres, como dice el profeta, hablando en nombre del Señor: «El Cielo es mi trono, y la tierra es el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificareis, ni cuál es el lugar de mi reposo? ¿No luto mi mano todas estas cosas? Duros de cerviz, incircuncisos de corazón y de oídos, vosotros resistis siempre al Espíritu Santo como lo hicieron vuestros padres: ¿á qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos mataron á los que anunciaron la venida del Justo, que vosotros acabais de entregar y matar.» De este modo S. Esteban, echándoles en cara la persecucion hecha á nuestro divino Redentor, y manifestándoles su ceguedad con no dar crédito á la venida del Mesías, daba una prueba evidente de su fé y su sabiduría, y excitaba el odio de sus perseguidores, que le contradecian con ademanes descompuestos, y excitaban á que le acometiera al pueblo amotinado. Negaban los judíos la venida del Hijo de Dios; grande tumulto trataba de oscurecer la voz de S. Esteban; mas él, estando lleno del Espíritu Santo, volvió los ojos al Cielo, y vió á Dios en todo su esplendor, y á Jesús, que estaba á su diestra sentado. En estos momentos de confusion por parte de sus perseguidores, y de divino éxtasis por parte del mártir, que estaba dispuesto á exhalar hasta el último suspiro por dar fé y testimonio de la venida del Mesías, fué cuando exclamó: «Estoy viendo ahora los Cielos abiertos y al Hijo del Hombre sentado á la diestra de Dios.» Al oír estas palabras todos los circunstantes daban grandes voces, tapaban sus oídos, y llenos de ira acometían á S. Esteban, que sin enojo y con compasion contemplaba su ceguedad y extravió; mas ellos, insistiendo en acometerle, le llevaron fuera de la ciudad con el objeto de acabar con su vida. De este modo principió en Jerusalén la persecucion de los que creían en Jesucristo.

Echado S. Esteban fuera de la ciudad, principiaron todos los judíos á apedrearle sin compasion y sin piedad, para concluir de una vez con

su vida. ¡Ah ciegos y miserables pecadores! ¿Cómo desconocéis el gran crimen que perpetráis, asestando á un hombre indefenso, cuyo delito se reduce á amaros, y á tratar de proporcionar á vuestras almas empedernidas los beneficios que el Hijo de Dios os legó con su Pasión y muerte? ¿Por qué en lugar de apedrear al santo mártir no le imitais en caridad, cuando puesto de rodillas recibia vuestros golpes, y exclamaba en alta voz diciendo: «Señor, no pongas en la balanza de tu justicia este pecado á mis enemigos.» De esta suerte, aquel divino mártir, ejemplo de ministros del santuario, ostentaba una caridad semejante á la que Jesucristo demostraba, cuando, muriendo por mano de los hombres, buscaba su salvacion. Pero la bondad que nuestro Santo demostraba en aquellos momentos no mitigó el encarnizamiento de sus enemigos, quienes, continuando en apedrearle, le hirieron en todo su cuerpo, hasta que, sintiendo que iba á morir, se incorporó de rodillas y pidiendo al Señor por sus perseguidores, murió para la tierra y para los hombres que no le merecian, volando su alma á disfrutar en mejor morada de los gloriosos goces de la vida de los justos.

En este suceso, del que fué héroe el protomártir S. Esteban, podemos aprender dos cosas de muchísimo interés, para merecer con nuestras obras en esta vida, y llegar á obtener gloriosos premios en la otra. Una es, conocer los extravíos á donde nos conduce el olvido de la fé y de la religion, como se demuestra en la conducta de los judíos, que no perdonaron ningun medio de concluir con el glorioso S. Esteban; y otra es, la firmeza que presta la fé para resistir con ánimo fuerte y sereno las persecuciones de nuestros enemigos. Con la primera conseguiremos, si nos penetramos bien de ella, no pertenecer á esa nueva turba de reformadores y monopolizadores de las cosas santas, alabando la religion en lo que ellos quieren, no para lo que Jesucristo enseñó; y evitaremos hacer el papel de testigos falsos, deponiendo á favor de los perseguidores de sus semejantes. Por huir del conocimiento de esta verdad, los escribas, los fariseos y los de la sinagoga de los Libertinos Gyrineos Alejandrinos, unidos á los testigos falsos, se acarrearón la perdicion eterna, promoviendo la persecucion y muerte del primer mártir de la Iglesia.

Con la segunda se nos ofrece un ejemplo que imitar, desafiando en cualesquiera circunstancia al falso testimonio y la injusticia, aunque ahora, por ser diferentes los tiempos, sea más fácil el cumplimiento de nuestros deberes, si se tiene por lo más dificultoso morir con el objeto de acreditar la fé de Jesucristo. Si en estos tiempos no nos amenazan esta clase de peligros, no por eso dejan de existir muchos otros,

que es preciso evitar, persuadiéndose como S. Estéban de la verdad de la fé. Ahora nos vemos acometidos por un indiferentismo para con la religion que es preciso combatir, si no queremos pertenecer á ese número de réprobos, cuya ocupacion constante se reduce á inventar cada dia nuevas persecuciones, ya con un pretexto, ya con otro, para conseguir la posesion de los beneficios sociales que obtenian ú obtuviesen sus víctimas. Harto necesitan los nuevos perseguidores de los hombres justos encontrar quien resista á sus iniquidades, y demostrarles, que Jesucristo ha venido; y que al tiempo de explicar en la tierra las verdades de la moral evangélica, ha ofrecido castigo á los malos y premio á los buenos.

Procuremos, amados oyentes, pertenecer al número de los premiados imitando á S. Estéban; y para conseguirlo más fácilmente, solícitemos su interesion y la proteccion que nos dispensará con el espíritu de bondad con que lo hizo á favor de los enenigos que le apedraron hasta concluir con su vida. El que tan caritativo se mostró con que le maltrataban, ¿desechará las súplicas de los que le bendicen? aquellos Seguramente que nó: la fama de su bondad y de sus virtudes, que la Iglesia celebra desde sus primeros tiempos, considerándole el primero de sus diaconos y el primero de sus mártires, es una garantia de que acogerá nuestras invitaciones é impetrará del Señor, por los abundantes méritos que contrajo en su glorioso martirio, la gracia que necesitamos para aproximarnos á la imitacion de sus virtudes, mereciendo bien á los ojos de nuestro Redentor. La comunidad de méritos que establece la Iglesia, entre los que pertenecen á la parte militante que habita en la tierra, y la parte triunfante que goza de la presencia de Dios en el Cielo, nos debe de animar á seguir el buen camino; para que, cumplidos por nosotros los preceptos de la religion, los méritos de los santos mártires, como S. Estéban, nos sirvan de apoyo para continuar en la gracia, y con ella obtener los beneficios que nos dispensa en esta vida, y esperar el premio prometido á los justos en la otra. *Amén.*

DIRECCIÓN GENERAL

PANEGÍRICO

DE SAN EUGENIO, ARZOBISPO Y MÁRTIR.

In Christo Jesu per Evangelium ego suo genii.

Yo he engendrado en Jesucristo por medio del Evangelio.

(I Cor. IV. 45.)

Las naciones entonan himnos de alabanza á aquellos que se distinguieron un dia en las artes ó en las ciencias, ya en la pericia militar, ya en los difíciles secretos de la politica; la Religion celebra las glorias de aquellos aguerriados campeones, que, ora con las armas de la palabra evangélica conquistaron para Dios algun pueblo victima del error, ora con sus virtudes y grandiosos servicios la ilustraron y engrandecieron. Entre éstos brilla el héroe que hoy vengo á elogiar á nombre de la Religion y de la Fé. Toledo, ciudad antiquísima, silla un dia imperial y corte de nuestros más augustos monarcas, vacía envuelta en las sombras tinieblas del paganismo, cuando el siglo II de la era cristiana comenzaba á recorrer su primer periodo. El Señor no habia olvidado esta importantísima porcion de su heredad; en sus amorosos designios teniale designado un apóstol, á quien comelió la sublime al par que difícil mision de anunciarle la buena nueva. Tal suerte cupo al insigne y nunca bien elogiado Eugenio, cuyas glorias recordamos hoy entusiasmados de un justo júbilo. Instruido en la fé por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ordenado despues de obispo por el papa S. Clemente, acompaña á S. Dionisio hasta Paris: de allí parte, con la celeridad del relámpago, atraviesa las montañas, y llega por fin á Toledo. ¡Oh dia de ventura para este pueblo hasta entonces desgraciado! Tu nombre quedará impreso con caracteres eternos en los pechos de unos habitantes, á quienes trajiste aquella aurora, que desde entónces jamás se ha visto oscurecida.

St. oyentes: Eugenio, lleno de celo por la gloria de Dios vino á

que es preciso evitar, persuadiéndose como S. Esteban de la verdad de la fé. Ahora nos vemos acometidos por un indiferentismo para con la religion que es preciso combatir, si no queremos pertenecer á ese número de réprobos, cuya ocupacion constante se reduce á inventar cada dia nuevas persecuciones, ya con un pretexto, ya con otro, para conseguir la posesion de los beneficios sociales que obtenian ú obtuviesen sus víctimas. Harto necesitan los nuevos perseguidores de los hombres justos encontrar quien resista á sus iniquidades, y demostrarles, que Jesucristo ha venido; y que al tiempo de explicar en la tierra las verdades de la moral evangélica, ha ofrecido castigo á los malos y premio á los buenos.

Procuremos, amados oyentes, pertenecer al número de los premiados imitando á S. Esteban; y para conseguirlo más fácilmente, solícitemos su interesion y la proteccion que nos dispensará con el espíritu de bondad con que lo hizo á favor de los enenigos que le apedearon hasta concluir con su vida. El que tan caritativo se mostró con que le maltrataban, ¿desechará las súplicas de los que le bendicen? aquellos Seguramente que nó: la fama de su bondad y de sus virtudes, que la Iglesia celebra desde sus primeros tiempos, considerándole el primero de sus diaconos y el primero de sus mártires, es una garantia de que acogerá nuestras invitaciones é impetrará del Señor, por los abundantes méritos que contrajo en su glorioso martirio, la gracia que necesitamos para aproximarnos á la imitacion de sus virtudes, mereciendo bien á los ojos de nuestro Redentor. La comunidad de méritos que establece la Iglesia, entre los que pertenecen á la parte militante que habita en la tierra, y la parte triunfante que goza de la presencia de Dios en el Cielo, nos debe de animar á seguir el buen camino; para que, cumplidos por nosotros los preceptos de la religion, los méritos de los santos mártires, como S. Esteban, nos sirvan de apoyo para continuar en la gracia, y con ella obtener los beneficios que nos dispensa en esta vida, y esperar el premio prometido á los justos en la otra. *Amén.*

DIRECCIÓN GENERAL

PANEGÍRICO

DE SAN EUGENIO, ARZOBISPO Y MÁRTIR.

*In Christo Jesu per Evangelium ego sus
geni.*

*Yo he engendrado en Jesucristo por
medio del Evangelio.*

(I Cor. IV. 45.)

Las naciones entonan himnos de alabanza á aquellos que se distinguieron un dia en las artes ó en las ciencias, ya en la pericia militar, ya en los difíciles secretos de la politica; la Religion celebra las glorias de aquellos aguerriados campeones, que, ora con las armas de la palabra evangélica conquistaron para Dios algun pueblo victima del error, ora con sus virtudes y grandiosos servicios la ilustraron y engrandecieron. Entre éstos brilla el héroe que hoy vengo á elogiar á nombre de la Religion y de la Fé. Toledo, ciudad antiquísima, silla un dia imperial y corte de nuestros más augustos monarcas, vacía envuelta en las sombras tinieblas del paganismo, cuando el siglo II de la era cristiana comenzaba á recorrer su primer periodo. El Señor no habia olvidado esta importantísima porcion de su heredad; en sus amorosos designios teniale designado un apóstol, á quien comelió la sublime al par que difícil mision de anunciarle la buena nueva. Tal suerte cupo al insigne y nunca bien elogiado Eugenio, cuyas glorias recordamos hoy entusiasmados de un justo júbilo. Instruido en la fé por los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, ordenado despues de obispo por el papa S. Clemente, acompaña á S. Dionisio hasta Paris: de allí parte, con la celeridad del relámpago, atraviesa las montañas, y llega por fin á Toledo. ¡Oh dia de ventura para este pueblo hasta entonces desgraciado! Tu nombre quedará impreso con caracteres eternos en los pechos de unos habitantes, á quienes trajiste aquella aurora, que desde entónces jamás se ha visto oscurecida.

Si, oyentes: Eugenio, lleno de celo por la gloria de Dios vino á

España, y con su palabra santificó la ciudad y provincia de Toledo, henchida entonces de supersticiones; la iluminó con la doctrina del Evangelio; la levantó de la postracion en que la tenia sumida el politeísmo; erigió en ella altares al Dios verdadero sobre los escombros de los ídolos; y á costa de fatigas, de virtudes, de milagros, de ejemplos, la ganó para Jesucristo. Él fué su primer sacerdote, su primer obispo, y puede decir á este pueblo grande é illustre: Tu mayor gloria consiste en ser cristiano, en haberte sometido al yugo suave de la verdadera religion, que te ha colocado en la altura en que hoy estás; pero esta gloria me la debes á mi. Gloriense otros de haber levantado tus muros, de haberte embellecido con palacios, de haber hecho prosperar en tu seno las ciencias y las artes, y de haberte transmitido con la sangre un génio emprendedor, una nobleza proverbial, y grandes cualidades naturales; no olvidés, empero, que yo he hecho en tu obsequio más que todos ellos, porque te arranqué de la misera esclavitud, te descubri el misterio de la Redencion, te tracé el camino de la verdadera vida; en una palabra, te engendré en Jesucristo por medio del Evangelio. ¿Qué más necesitamos para celebrar con el mayor regocijo, y tributar los obsequios de la más piadosa veneracion á la memoria de este héroe de la religion cristiana? Engriase España de este campeón de la fé, más de lo que se engrie por haber sido cuna de sábios ó de conquistadores intrépidos. Porque, ¿qué comparacion cabe entre dilatar los limites de una nacion, sacrificando á sus semejantes, y ensanchar el reino de Jesucristo sacrificándose á sí mismo? Aquí la inmolation propia, desinteresada, tiene que realzar lo que allí rebaja ó desvirtua la ambicion personal, que no puede satisfacerse sin victimas. Eugenio, fundando la insignie Iglesia toledana, adquirió una gloria eterna, y se hizo, en todas conceptos, digno de la veneracion de los españoles. Esto es lo que vamos á ver, despues de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

Pocos son, por desgracia, los que saben dar toda la importancia que se debe al celo de aquellos héroes, que en los primeros tiempos del cristianismo acometieron la empresa de regenerar unos pueblos, que de largo tiempo venian siendo victimas del error y de las supersticiones paganas. Avezados por lo comun los hombres, á no mirar las cosas sino en su superficie, no meditan toda la extension del sacrificio que demandaba una mision tan árdua. Contemplan á sus semejantes cuales son ahora, y no cuales les hacia entonces la barbarie de sus costumbres, junto con unas creencias, que, fascinando sus

inteligencias, lisonjaban altamente sus pasiones; y por eso miran con indiferencia las grandes acciones de unos héroes, que son acreedores á la más justa admiracion, porque con la mayor generosidad y una perseverancia superior á todos los contratiempos, lograron cambiar la faz del mundo, aboliendo sus envejecidas preocupaciones, y substituyendo nuevas verdades, á errarres, que los siglos parecian haber sancionado para siempre.

¿Queréis, oyentes, apreciar en su justo valor el heroísmo de Eugenio y dar la debida importancia á su apostólico celo? Así como para poder formar una idea exacta de un objeto, menester es que le contemplemos á una distancia proporcionada, no de otro modo, para juzgar rectamente del mérito de un héroe, hácese preciso colocarse en un punto, desde donde pueda descubrirse lo grandioso de sus sacrificios. Remontemos, pues, nuestras ideas diez y siete siglos, para colocarnos en el verdadero punto de vista, desde donde nos sea dado contemplar con claridad sus acciones. Figúraos una ciudad populosa que se enrañe con su origen fabuloso, y que cuenta entre sus reyes á los Hércules y Nalucos. En ella se levantan algunos templos consagrados á falsas divinidades, á las cuales rinden un culto entusiasta sus habitantes. Los juegos del circo, los espectáculos del anfiteatro, la pompa de los sacrificios, quanto es capaz de halagar la imaginacion y cautivar el espíritu de los ídólatras, hállase allí reunido. Todo contribuye poderosamente á arraigar la supersticion, y á dar una fuerza irresistible á los mil errores del paganismo, y á impedir la entrada á la religion del Nazareno. Tal era la ciudad de Toledo cuando Eugenio, separándose de S. Dionisio, vino á anunciar entre nosotros el Evangelio. ¿Qué mision tan difícil emprende este nuevo conquistador! ¿Qué heroísmo tan sobrehumano revela el ardor con que se encamina hácia un pueblo bárbaro, y que descuelga entre todos por su tenacidad en defender su culto! ¿A qué encaminas tus pasos, ángel de paz? ¿Cuáles son tus miras? ¿Has medido la enorme grandeza, la dificultad inmensa de tus propósitos? ¿Con qué recursos cuentas para llevar á cabo tu mision? Recuerda que los hombres á quienes vés á evangelizar son los más tenaces en defender sus envejecidas preocupaciones. ¿Y juzgas empresa fácil, reducir á esos hombres á adoptar una nueva ley, á someterse á un culto, que pugna de frente con el que siglos y siglos vienen practicando; á tolerar una moral, contra la cual claman mil preocupaciones hondamente arraigadas en sus aimas; á cambiar las brillantes ficciones de su mitologia por los graves misterios del Calvario; á despedazar sus dioses de oro y plata ante la cruz del Redentor; á substituir, en una palabra,

una religion que crucifica al hombre y refrena todas las pasiones, á otra que lisonjea prodigiosamente sus sentidos, y sanciona sus más infames placeres? Tal es la mision sublime de nuestro Santo: tan colossal y difícil es la empresa que acomete. ¿Y con qué elementos cuenta para llevarla á cabo? ¿Posee, acaso, una elocuencia encantadora capaz de cautivar los corazones más obstinados? No; Eugenio no conoce otra retórica que la del Evangelio. ¿Está adornado de un vasto saber y de una ciencia profunda para atraerse á todos? Tampoco: nuestro héroe no conoce otra ciencia que la de Jesucristo crucificado. ¿Confía, tal vez, en el apoyo de algun poder temible que secunde sus proyectos? Menos aún: Eugenio está convencido, que todo el Olimpo vomitará anatemas contra él por el órgano de sus sacerdotes, de sus angures, y de sus bárbaros sacrificadores, y que tendrá por enemigos á todos los poderes de la tierra. Si á lo ménos pudiese alucinar á la muchedumbre ciega con promesas lisonjeras; pero á los que abrazan su doctrina no puede prometerles sino privaciones y sacrificios, que repugnan altamente á la naturaleza.

Sin embargo, no por eso teme, ni se acobarda á vista de los peligros que se oponen á la realizacion de sus designios. Ve ante sí un valladar de errores, que obstruye el paso á la verdad; ve en pós de sí preocupaciones, que ensordecen los oídos de los idolatras para que no escuchen el lenguaje de la fé; ve á su alrededor las pasiones todas de un pueblo, que se levanta contra él; mas no por eso se detiene; declara guerra al error; predica, ora en público, ora en secreto; desenvuelve los luminosos dogmas de la unidad de Dios, de la redencion de los hombres; de la vida eternamente feliz destinada á los que, reengendrados por el bautismo, abrazan la virtud; y lo hace con tal fervor y con una uncion tan admirable, que la nueva religion comienza bien pronto á cautivar los corazones; sus dogmas excitan el asombro; al asombro sucede el convencimiento; al convencimiento la simpatía; de la simpatía se engendra el amor, que hace correr á muchos á prosternarse ante la cruz, y á rendir homenaje al que en ella quiso reinar sobre el universo. A medida que van debilitándose las preveniciones, Eugenio redobla su celo; ora, como Jesafat, derriba los altares consagrados á las falsas deidades; ora, como Finees, truena contra sus sacrilegos adoradores. Aquí es un Salomon prudente y sábio en sus juicios, que esclarece la verdad y la hace amable aún á los más obstinados. Allí es un Isaías, cuyas palabras parecense á una espada de dos filos, que taladra las médulas del alma é infunde en ella el horror del vicio. Donde quiera muéstrase una antorcha, ante cuyos resplandores huyen las sombras de

la idolatría, y aparece el astro refulgente de la religion salvadora del Calvario. Al eco de su voz, crujen los cimientos de la idolatría: el orgullo, la ambicion, las pasiones más vivas é indomables del corazón humano ceden á una fuerza desconocida; los más incrédulos abrazan la fé; los más soberbios se humillan; los más viciosos adoptan las virtudes austeras del Evangelio; los émulos más encarnizados de la Cruz adoran al Crucificado. ¡Triunfo admirable, insigne victoria, que excede en méritos á cuantas han conseguido aquellos géneos emprendedores, cuyas conquistas, frutos del valor y de las armas, llenan las páginas de la historia profana! Cuenten aquellos, en buen hora, las naciones que sojuzgaron, los pueblos que dominaron, y los ejércitos que vencieron. ¡Ah! al lado de los trofeos de su gloria se levantan, igualmente, monumentos de oprobio; las sombras de las victimas inocentes que sacrificaron á la venganza, la sangre de los vencidos con que eurojecieron sus laureles, y ruinas y escombros mil que dejaron en pós de sí en su veloz carrera. No así nuestro glorioso vencedor: las palmas que consiguió en el combate son puras, sus triunfos inocentes, frutos preciosos de la fé y del amor. Si hizo la guerra al paganismo, si atacó al error en todas direcciones, si jamás contemporizó con la supersticion, tambien es cierto, que no empleó otras armas que la palabra divina y sus admirables ejemplos. Sus palabras se asemejaban á unas teas ardientes, que consumian y devoraban los ídolos, derritándolos de los altares, hechos menudos pedazos. Sus ejemplos hacían la más honda impresion en los corazones de los idolatras. Toda la perfeccion cristiana, estaba retratada en sus edificantes costumbres: su humildad era la más profunda; su mansedumbre heroica; su desprendimiento universal; su caridad la más ardiente; su celo por la grey que le estaba encomendada no conocía límites. Con estas armas conquistó muchísimas almas para Jesucristo, y arrebató al infierno ricos despojos; pero no atranéó lágrimas de los ojos del inocente, ni sacrificó victimas, ni dejó tras sus huellas tristes ruinas. ¡Loor y préz al ilustre vencedor del paganismo! ¡Gloria inmortal al primer arzobispo de Toledo! Cuenten los telegrafos las alabanzas del héroe que echó los primeros cimientos de su Iglesia, hoy día tan floreciente y bella, y que dejó en pós de sí una série de prelados ilustres que la han honrado con sus virtudes, y que con tanto celo han llevado á cabo la grande obra de la civilizacion cristiana. Celebren cuantos sientan circular por sus venas la sangre española, y arden en su pecho el sagrado fuego del patriotismo; celebren las glorias de este varon apostólico, que servicios de tan gran valía prestó á nuestra nacion y al mundo todo, engendran-

do para Jesucristo un pueblo de adquisición, una estirpe santa, que tan poderosamente ha contribuido á embellecer á la Esposa del Cordero sin tacha. Su celo permanecerá siempre vivo en las páginas de la historia y en el corazón de todos los hombres de sana inteligencia y de corazón recto.

Mas no se reduce á esto solo el mérito de Eugenio: fáltanos aún considerar su firmeza en llevar á cabo su misión evangelizadora, la cual debe proporcionarle la aureola de mártir. Cuando un rayo lanzado por la tempestad en medio de un espeso bosque, llega á incendiar las ramas secas de una vieja encina, no hay medio de contener los efectos del fuego: impusado éste por el viento, propágase de un modo horroroso, y en un instante las llamas lo reducen todo á cenizas. Del mismo modo, cuando el fuego divino del celo por la gloria de Dios se apodera de un alma, á la cual el amor celestial sirve de alimento, imposible es poner límites á sus grandes deseos de comunicar á todo el mundo sus propios sentimientos. Dios habia arrojado al corazón de Eugenio un rayo abrasador que le consumía: por eso, nada deseaba tanto como propagar su augusto nombre. Ya habia provisto lo necesario al sostenimiento de la Iglesia que formara, dejándola suficiente número de presbíteros que la alimentasen con el pan de la doctrina y de los santos sacramentos, cuando parte de España para ir á continuar su misión de evangelizar á otros pueblos, y al propio tiempo visitar á su maestro S. Dionisio. Dirigese hácia las riberas del Sena y llega á Biolo, cerca de la capital de Francia. Allí le esperan peligros sin cuento, y amargura, y tribulación, y desprecio, y persecucion, y tormento, y muerte cruel; nada empero le acobarda, por nada teme; está dispuesto á sacrificarse víctima de su santo celo. Él deseaba ver á su maestro Dionisio, y sabiendo que habia ya alcanzado la palma del martirio, suspira más que nunca por el momento, en que podrá trocar esta mansión de llanto por la eterna mansión de la felicidad. Por lo tanto, apenas ha pagado á su digno maestro el justo tributo de su afecto filial, continúa la obra que éste comenzara, durante su permanencia en aquel país. Ora se le ve animando á los cristianos, amenazados de una próxima tormenta, que les pone en el mayor conflicto; ora disputa con los principales idólatras, y los confunde, los vence y los convierte. Aquí... Mas ¿qué es posible reducir á guarismo los triunfos que consiguió Eugenio, ni los laureles con que oró las sienes de la Esposa del Cordero? Decretado, empero, está en los eternos Consejos, que Eugenio sea una víctima inocente. Ya el prefecto de las Galias ha convertido contra él todo su furor; ya rodeado de satélites se encamina al tribunal

del tirano para responder de su fe. Nunca se habia advertido tanto gozo en su semblante, ni tanto valor en su corazón. ¡Cuánto no trabaja Sisino para obligarle á renunciar á Jesucristo y á su divina religion! ¡Qué de recursos no agota para ablandar aquel pecho de bronce! Ora intenta insinuarse en él con lisonjeras promesas; ora pretende aterrorizarle con feroces amenazas. ¡Vanos esfuerzos! Eugenio, que con tanta constancia ha luchado con el paganismo, ¿iria ahora á prosternarse ante las obras de la mano del hombre? Eugenio, que ha dado á Jesucristo un pueblo de adquisición, ¿podrá desmentir su carácter con una vergonzosa apostasia? ¡Imposible! No le conocen los que juzgan poder triunfar de su constancia. En afecto; el santo confesor prueba en presencia de un juez ávido de sangre, que no debe reconocerse más Dios que el que extrajo el mundo del informe caos, y conserva á toda la naturaleza, y dá el movimiento y la vida á todos los seres. Y hay tanta elocuencia en sus palabras, tanta majestad en sus acciones, tanta valentia en su corazón, y una persuasión tan irresistible en el modo de expresar sus ideas, que todos sus enemigos se convencen, de que la muerte es el único recurso para libertarse de un adversario tan formidable. ¡Oh religion cristiana! ¡qué grande es el hombre cuando pelea bajo tu égida! ¡Dichoso el que escucha tu voz! ¡Feliz mil veces el que está lleno de tu espíritu! Tú le conduces á las grandes acciones, tú le impulsas á las empresas heroicas, tú le haces invencible en la lucha, tú le das la victoria y le proporcionas los laureles más preciosos. ¿Quién sino tú inspiraste á Eugenio una energía tan singular? ¿Quién sino tú fortaleciste su pecho para burlarse de las promesas, despreciar las amenazas, é insultar los tormentos, cuando desconcertado el paganismo en sus ensayos de seducción; apeló al rigor, á fin de obtener un resultado más favorable? ¡Ah! impotentes de todo punto son los esfuerzos del hombre contra Dios. Por más que el error luche con la verdad, ésta queda siempre victoriosa. Sus armas, que nada participan de la carne, sino que están templadas en el fuego del espíritu divino, no necesitan de extraño auxilio para triunfar de los designios mejor combinados. Toda la energía de los verdugos se embota contra un corazón á quien la fe sirve de escudo.

Eugenio sufre los tormentos con una tranquilidad admirable. En su semblante se descubre una alegría divina; entre las angustias de la muerte levanta al Cielo sus manos puras para pedir por su amada grey; hasta que, nadando en un mar de sangre, lanza su último aliento, y vuela á ceñir la doble aureola de apóstol y de mártir de Jesucristo. ¡Lodr perpetuo á la religion de Jesucristo! ¡Confusion

eterna á la superstición pagana! ¿Qué puede esperar ésta después de semejante derrota? Eugenio ha desmentido heroicamente los falsos principios del error; ha dejado burlados los proyectos de la tiranía; ha confundido en fin la orgullosa temeridad de la ciencia pagana, obligándola á sucumbir ante los testimonios más auténticos de la divinidad del cristianismo. ¿Puede darse triunfo más completo? El furor pagano césase en el sagrado cadáver; pero las aguas del lago Marcasio, en donde es arrojado, le sirven de urna, que conservan tan precioso depósito hasta que la Providencia dispone sea descubierto, para que reciba los honores y el culto que el cristianismo decreta á sus héroes. San Dionisio aparece á Hercolto, le cura de una dolencia que padecía, y le ordena que saque del lago el cuerpo de Eugenio. Hercolto obedece, y los sagrados restos del insigne arzobispo son colocados en una iglesia de diablo, de donde más tarde son trasladados á París; y por último, llevados á España, se los ve entrar por las puertas de la imperial Toledo, conducidos en triunfo sobre los hombros de los más poderosos monarcas, y en medio de las aclamaciones de unos habitantes, que se honran con la posesión de las reliquias de su primer arzobispo y padre en Jesucristo, más sin comparación que con la de todos los tesoros de la tierra.

¡Oh! con razón puedes gloriarle una y mil veces, ciudad insigne, de poseer ese precioso tesoro. Haz subir hasta las nubes el humo puro del incienso, y el armonioso acento de los himnos en alabanza de aquel que te dió una nueva vida por medio del Evangelio, trayendo al recinto de tus muros la esplendorosa antorcha de la fé, cuando aún estabas envuelta en una negra noche de errores y extravagancias sin cuento. Jamás se entibó tu gratitud para con ese venerable pastor, que de lejanas tierras vino á evangelizarte la paz. No olvidéis nunca, felicitados, que por Eugenio sois lo que sois; y que á él debéis el mayor beneficio que habéis recibido. Si hoy día os envanecéis con el nombre de católicos, si veis florecer en vuestro suelo esa religión, foco del verdadero progreso, fuente de positiva ilustración y manantial fecundo de ventura estable y duradera, fruto es todo del celo incansable de Eugenio. Enseñad á las generaciones futuras á apreciar dignamente esta gloria que os cabe, y á honrar cual se merece la memoria de vuestro apóstol. En sus reliquias os ha dejado un paladín que os defiende en todos tiempos. Pero no esperéis merecer su protección sino en cambio de vuestra fidelidad en continuar la obra que él comenzó. Solo siguiendo sus huellas podreis haceros dignos de experimentar los favores del Cielo, que hará llover á torrentes sobre vosotros. Solo imitando su fé y su he-

róica constancia os será dado lograr el glorioso destino á que estais llamados. Y nosotros todos los españoles, que nos honramos con el sobrenombre de católicos, no debemos pasar desapercibidos los ejemplos de los que fundaron nuestras primeras iglesias. No abandonemos las sendas que ellos nos marcaron, y de esta suerte conseguiremos sus laureles. Demos al suelo que nos vio nacer el espectáculo de un pueblo, que sabe apreciar sus creencias sobre cuanto hay de más caro en el mundo. Ocasiones mil se nos presentarán para manifestar nuestras convicciones. Donde quiera, encontraremos enemigos visibles ó invisibles con quienes habremos de luchar. Si salimos victoriosos, daremos gloria á nuestra patria, engrandeceremos nuestra religión, y Eugenio, desde la alta cumbre del Cielo, tendrá fijos sobre nosotros sus ojos, y con su poderoso influjo nos alentará á caminar siempre en pés de sus huellas, y nos colmará de bendiciones.

Santo glorioso, miradnos propicio y dispensadnos vuestra protección. Nada nos es más dulce, suave y consolatorio en este lugar de peligros, que el cantar vuestras alabanzas, y dirigiros nuestras súplicas. El nombre del que ilustró á nuestra patria con la luz de la fé, resonará siempre con gusto y se entonará con placer en nuestros templos. Su memoria y su nombre será dulce, como dulce es el nombre de la libertad en los lábios de los cautivos. ¡Ea pues, apóstol illustre! dispensadnos vuestra ayuda para que sepamos imitar vuestros ejemplos, y merezcamos un día ser con vos recompensados en la feliz eternidad de la Gloria.

unen á vosotros con la esclarecida virgen y gloriosa mártir Sta. Eulalia de Mérida.

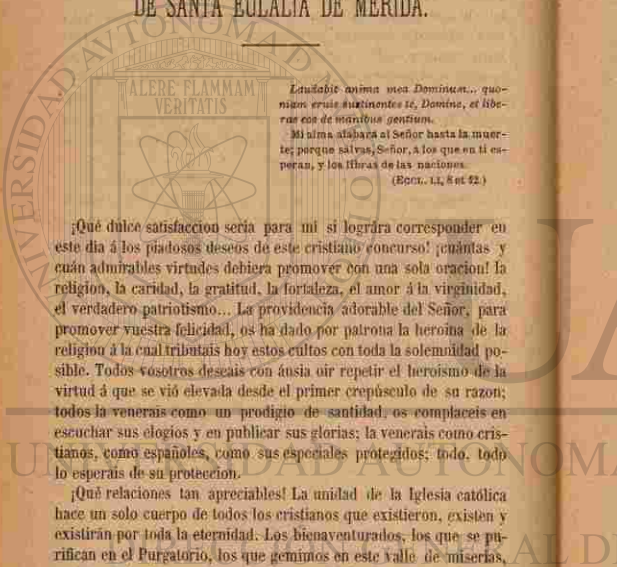
Recibió ésta su vida y la sacrificó despues en el territorio español; y los españoles todos se glorian de tenerla por compatriota. Vosotros la miráis como patrona, y deseáis noticias exactas, individuales, completas de su prodigiosa vida. Mas, ¿qué extraordinarios acontecimientos podeis esperar de una niña de solos doce años de edad? Sin embargo, en un tiempo en que difícilmente damos nosotros los más leves indicios de racionales, y en que nuestros lábios ballucientes aciertan apenas á pronunciar las verdades de la religion, que ni entendemos, ni sabemos si tienen influencia alguna en el arreglo de nuestra conducta; en esa edad, os presentaré á Eulalia como un prodigio estu- pendo de la gracia.

¡Señor! dignaos dispensarme las luces y la energía que para ello necesito, y que os pedimos por la intercesion de vuestra Madre santísima: A. M.

Si la fé, la razon y la experiencia nos demuestran, que en el estado de degradacion en que nos hallamos, no somos capaces de un solo pensamiento que sea conducente á nuestro bien sin el auxilio de la gracia sobrenatural; del mismo modo nos evidencian, que todos los esfuerzos del mundo y del Infierno son insuficientes para derrillar de su feliz estado á una alma fortalecida con ese don del Cielo. De ese don se halló asistida de un modo especial y extraordinario nuestra memorable niña, Eulalia. Pero, ¿qué intento es el mio? ¿en qué tenebroso é intrincado laberinto voy á introducirme? Despues de mil quinientos treinta y cuatro años, ¿qué noticias podrán conservarse de sus admirables virtudes, ejercidas en un tiempo, en que solo al abrigo de las tinieblas y de los subterráneos podía el cristiano entregarse al ejercicio de su religion; en que el hablar del cristianismo, como no fuera para escarneecerle, era un delito imperdonable; y en que los adoradores del Crucificado cifaban toda su felicidad en hacer obras dignas de la divina aceptación, sin pensar siquiera en transmitir á la posteridad las admirables virtudes de sus hermanos, por la suma dificultad, ó imposibilidad de hacerlo? ¿En dónde hallaré un director seguro, que me proporcione la salida de este lugar? ¡Ah! nada puede frustrar los designios de la Providencia: entre tantos ingenios perjudiciales que consagraban sus desvelos á la entera corrupcion de las costumbres, y al fomento de las pasiones más infames y vergonzosas con los deliriosos encantos de la poesia, la Providencia nos depara un poeta cristiano que los consagra á enaltecer las glorias de su religion.

PANEGÍRICO

DE SANTA EULALIA DE MÉRIDA.



Laudabit anima mea Dominum... quoniam eras sustinens te, Domine, et liberans eos de manibus gentium.

MI alma alabará al Señor hasta la muerte; porque salvarás, Señor, á los que en ti esperan, y los libras de las naciones.

(ECCLES. LI, 8 et 9.)

¡Qué dulce satisfaccion sería para mí si lograra corresponder en este día á los piadosos deseos de este cristiano concurso! ¡cuántas y cuán admirables virtudes debiera promover con una sola oracion! la religion, la caridad, la gratitud, la fortaleza, el amor á la virginidad, el verdadero patriotismo... La providencia adorable del Señor, para promover vuestra felicidad, os ha dado por patrona la heroína de la religion á la cual tributais hoy estos cultos con toda la solemnidad posible. Todos vosotros deseais con ansia oír repetir el heroismo de la virtud á que se vió elevada desde el primer crepúsculo de su razon; todos la venerais como un prodigio de santidad; os complacéis en escuchar sus elogios y en publicar sus glorias; la venerais como cristianos, como españoles, como sus especiales protegidos; todo, todo lo esperaréis de su proteccion.

¡Qué relaciones tan apreciables! La unidad de la Iglesia católica hace un solo cuerpo de todos los cristianos que existieron, existen y existirán por toda la eternidad. Los bienaventurados; los que se purifican en el Purgatorio, los que gemimos en este valle de miserias, cuantos fieles haya en el mundo hasta su disolucion, todos formamos un solo cuerpo; procedemos de un mismo origen; usamos un mismo alimento; nos dirigimos á un mismo fin; y no podemos menos de tomar un verdadero interés por el bien de los otros miembros á que estamos unidos. Pero esto no impide que medien entre algunos relaciones particulares, que estrechen más aquella union, y hagan mayor aún la participacion reciproca de sus bienes. Tales son los que os

Apénas empieza á rayar la aurora, que anuncia un venturoso día de paz y de libertad á la Iglesia de Jesucristo, un español célebre, el poeta Prudencio, se dedica á indagar, reunir y publicar los hechos memorables, con que ilustraron á la nacion española sus mejores hijos en la horrenda persecucion de Diocleciano y Maximiano. Prudencio, nacido en el mismo siglo y en el mismo reino en que padeció nuestra heroína, publica su historia al mismo tiempo, en la misma nacion en que se realizaron los sucesos que refiere; la publica en presencia de los festigos oculares y auriculares, y nadie le contradice. Nada más pudiera exigir una severa crítica para dar por indudable su relato; así es, que la Iglesia ha tomado de su célebre himno en honor de Sta. Eulalia, no solo las noticias, sino las palabras mismas, para componer el oficio eclesiástico en celebracion de esta ilustre española.

Segun el testimonio de ese escritor, Eulalia vino al mundo en la ciudad de Mérida, hácia el año de 291; debió, por la bondad infinita del Señor, á unos padres ricos y nobles, pero más esclarecidos por su religion y piedad. Estos, lejos de inspirarla en la niñez las máximas del mundo, la enseñaron á mirarlos con desprecio; y en lugar de encomendarla á aquellos maestros, que se proponen más bien corromper que formar las costumbres, la proporcionan en Donato, sacerdote muy recomendable, un prudente preceptor, que la inspiró unas ideas sólidas; unas ideas, no superficiales y demasiado escasas, como por lo común se suelen enseñar á los niños en nuestros dias, sino las que constituyen el fondo y la esencia de la verdadera religion. La hace comprender en el modo posible, que hay un solo Dios verdadero, creador omnipotente del universo, absoluto dueño y Señor de todas las obras de sus manos, sin exceptuar al hombre; y á quien en reconocimiento le debe este hasta su propia vida. Repite sin cesar en su presencia; que habiendo caído por su culpa todo el género humano en la más cruel, insupportable y desventurada esclavitud, de la que le era imposible librarse por sí solo, el mismo Dios, que le había sacado de la nada, y contra quien tan impiamente se había rebelado, éste mismo se ofrece á rescatarle; y no siendo suficiente para obtener su libertad el valor de todos los tesoros de la naturaleza, con el mayor asombro, por un prodigio inconcebible del amor y de la misericordia, se hace hombre; y muriendo cruel y afrentosamente en un infame patibulo, le libra de una muerte infinitamente miserable con el sacrificio de una vida infinitamente preciosa; le rescata con el precio de su sangre, adquiriendo un nuevo é inviolable derecho á que el hombre derrame tambien la suya, sacrifique su propia existencia por defender la honra y promover la gloria de su divino Reparador. A estas sábias

reflexiones añade la poderosa de que Dios, en recompensa de tan doloroso sacrificio, nada exige de él sino su amor y reconocimiento; cuando el hombre, sacrificándose por su Dios, espera, adquiere un derecho, se asegura la bienaventuranza completa de toda la eternidad.

Esas sublimes ideas son el objeto de todas las consideraciones de Eulalia; ocupan enteramente su razon, sin dar lugar á ninguna de las diversiones pueriles; hacen las delicias de su tierno corazón; son la materia de todas sus conversaciones. Al oír la historia de tantos mártires, como en aquellos tiempos ofrecían con generosidad el sacrificio de sus vidas por la causa del Señor; su corazón se inflama, se abrasa, la hace envidiar la suerte de aquellos venturosos cristianos; manifestar una ánsia santa por imitar su fé y participar de sus tormentos. ¡Oh! si no se la presenta ocasion favorable de padecer y morir por Jesucristo, ella misma buscará la muerte, porque nada, nada en este mundo es capaz de entibiar el fuego de su caridad, el ardor de su celo, y el decidido empeño de poner en ejecución su deseo; de manera, que apénas empieza la España á sufrir la horrosa persecucion de Diocleciano, los prudentes padres de esta niña, recelando que la ferocidad de los tiranos y la crueldad de los tormentos, muy superiores á la debilidad de sus fuerzas, la pusieran en peligro de rendirse, y movidos de la piedad y cariño natural, se ven precisados á retirarla del peligro. Al efecto, la conducen á una casa de campo distante de la ciudad; y sin perderla de vista, espian con el mayor cuidado sus acciones, para impedir los males á que pudiera precipitarla el ímpetu de un celo, que tienen por indiscreto y falta de reflexion.

Peró ¿de qué sirven los consejos de la sabiduria humana contra los designios de la divina Providencia? Apénas fija en Mérida su residencia el vice-presidente Calurniano, hace promulgar el edicto que convoca á todos los ciudadanos sin distincion, á ofrecer adoraciones á los ídolos. Eulalia se horroriza, se siente arrebatada de un celo irresistible por la gloria del Dios verdadero, á quien tan atrozmente injuria el edicto; y desatendiendo las reflexiones y aún las súplicas de sus padres, frustra su vigilancia, aprovecha el tiempo en que éstos estaban entregados al reposo, se franquea con el mayor sigilo las puertas de la quinta, y al abrigo de las tinieblas de la noche, sin otros preparativos, sin más auxilio que su heroica intrepidez y su ilimitada confianza en las promesas del Señor, se dirige á la ciudad.

¿A dónde te conduce tu fogosidad, jóven incauta? Vuélvete la vista por un momento á las comodidades; á la opulencia, al regalo que dejas en la casa de tus padres... pero Eulalia desprecia todo esto: no ve más que á su Dios maltratado, escarnecido, crucificado é inhumana-

mente muerto. Escucha los gemidos, atiende á las tiernas lágrimas de tus cariñosos padres; recuerda cuánto les debes, y la horrible consternación en que vá á sumergirlos tu precipitada fuga... pero Eulalia á nada atiende sino á su divino Maestro, que la dice allí en su interior: «Si no renuncias á los amigos, á los parientes, á los hermanos, á los mismos padres, no mereces ser amada de tu Dios.» Considera la ventajosa colocación que te preparan, y en que cifra sus más lindas esperanzas los autores de tus días... pero Eulalia no puede amar sino al Esposo celestial, que la espera impaciente para unirse á ella con el vínculo más delicioso é indisoluble. ¿No darás al ménos algunas treguas para reflexionar sobre tu resolución, para adquirir alguna robustez...? Pero Eulalia ve pintada en su imaginación con los colores más expresivos la desventurada suerte de las vírgenes nécias, y como si temiera que la menor detención la cerraría las puertas de los palacios celestiales, no quiere perder un momento; está decidida: se acelera, camina presurosa por unas sendas inusitadas, desconocidas, ásperas, escabrosas; sus piés delicados se resienten, se lastiman, se hieren por todas partes; sus huellas quedan marcadas con sangre inocente; pero su espíritu se inflama, se fortalece, se hace superior á todas las dificultades; y á pesar de todas ellas, arrojando peligros, atravesando desiertos, halitados sólo de fieras, atropellando escabrosidades, que arrostrarían al varón más robusto y atrevido, en el espacio de una noche hace un viaje de diez leguas. ¿Quién no descubre en esto sólo un prodigio nada común de la gracia del Señor? ¿Podiera sin este auxilio superar con tanta prontitud, con tal firmeza y alegría los obstáculos que la oponían el sexo, la edad, el hábito á gozar de todas las comodidades, la sangre, la naturaleza? No se me oculta, que algún otro jóven atolondrado, impelido del deseo de entregarse á los excesos de una ruinosa libertad, ó de una desenfrenada licencia, al ímpetu de una pasión violenta, es capaz de una resolución que, en algún modo, se asemeja, que nunca iguala á ésta en todas las circunstancias; mas lo que demuestra hasta la evidencia, el influjo de una gracia infinitamente superior á toda la naturaleza, es el objeto que exige de ella tantos y tan dolorosos sacrificios. Porque ¿cuál es éste? ¡Ah! Eulalia no busca en este mundo sino una persecución espantosa, unos tormentos horribles, una muerte gloriosa, pero inhumana.

Entra en Mérida; y sin tomar el menor descanso, sin detenerse á reparar con un escaso alimento las fuerzas en extremo debilitadas de su cuerpo, se dirige con intrepidez al palacio del tirano, se presenta en su íncubo tribunal; y sin esperar á que nadie la pregunte: «¿Qué imprudencia, le dice á Calurniano, qué insensatez es la tuya, en pre-

tender que los hombres formados á imagen del verdadero Dios, doblen la rodilla en presencia de un puñado de tierra, de un metal despreciable, de un tronco diseccado, sin más figura que la que le ha dado el mismo que ha de adorarle? ¿Una vil estatua sin movimiento, sin sentido, sin razón, sin vida, ha podido formar el hombre dotado de todas éssas prerrogativas? No ha sabido ni podido darse á sí misma la figura que tiene; y habrá sido capaz de dar al hombre la vida y los talentos necesarios para formarla? Incapáz de una vida momentánea, ¿ha podido merecer al hombre la eternamente bienaventurada? No solo ese vano simulacro, el ímpio que lo ha formado, el insensato que lo ofrece á la vista de los hombres para que le tributen sus cultos, el emperador mismo, que, plenamente confiado en su poder, ha dictado una ley tan ajena de la razón; todo, todo, sin excepción alguna, es ménos que un átomo invisible; ménos que un vapor que se disuelve al tiempo mismo de formarse; es nada, infinitamente ménos que nada, si se compara con el Dios verdadero. ¿Y tendrás la insensatez de pretender degradar á todo el linaje humano, obligándole á que se arrodille en presencia de un ser tan despreciable?

Sorprendido el monstruo, y disimulando su confusión y su rabia, finge atribuir aquella osadía á la irreflexión propia de la niñez; y halagando y haciendo las más sibonjiras promesas á Eulalia, ordena que la pongan en las manos el incienso, la sal y las tortas, ofrenda que debía presentar á los ídolos; más ella, llena de una santa indignación, lo arroja al punto al suelo, lo pisa con el mayor desprecio, y se dirige con resolución al ídolo para tratarle del mismo modo. Calurniano, no pudiendo disimular su furor á vista de tal descasto: «yo te haré conocer, le dice, lo que pueden los dioses y los hombres de quienes así desprecias.» Al punto se presentan los verdugos, se preparan los instrumentos, se disponen los cadalsos. Miserable! tú, que has militado bajo las banderas del imperio; tú, que has cooperado con el esfuerzo de tu brazo á la conquista de tantas naciones; te degradarás hasta el punto de empuñar tus armas y servirte de tus aguerriadas huestes, para entrar en lid con una niña inerte, desfallecida al rigor del hambre, oprimida del cansancio, destituida de todo auxilio; con una niña, que se entrega voluntariamente en tus manos, y que, lejos de oponer la menor resistencia, cifra toda su gloria en padecer los tormentos y la muerte? ¿Esperas que Roma te conceda los honores del triunfo luego que pongas en su noticia, que has conseguido semejante victoria? Miserable! vuelvo á decir; tal vez te engañas, suponiendo que vencerás en ese combate; tus fuerzas comparadas con las de Eulalia son demasiado débiles. Tú podrás atormen-

taría, herir, despedazar, quemar su cuerpo, y acabar con su vida mortal; y esto es, precisamente, lo que ella desea; pero la fé, la religión, la virtud, que es lo que tú persigues, y ella defiende, triunfan completamente de ti, de todo el imperio romano, de todo el furor del Infierno; y los esfuerzos de todos venidos solo servirán para acrisolar, robustecer, hacer aquéllas más heroicas y gloriosas.

Así es, un efecto: los satélites de la impiedad desnudan enteramente á Eulalia; desbarajan sobre su delicado cuerpo innumerables y fieros azotes con látigos armados de bolas de plomo; la tienden sobre el potro; desgarran inhumanamente sus carnes con agudos garfios, abriendo profundos sarcos en sus huesos apenas formados; pero ella, lejos de alterarse, manifiesta en su semblante el júbilo más puro y la más deliciosa satisfacción. Me es indispensable abreviar una descripción tan horrorosa, pues la naturaleza se resiente, la lengua rehúsa pronunciar las palabras, y la imaginación no puede soportar imágenes de esta especie. Si un tigre, que hubiera devorado los hombres á millares, se ofreciese á mi vista en tan deplorable situación, no tendría espíritu para soportar su presencia. Sin embargo, para cumplir con el deber de panegirista, continuaré del modo posible. En este estado, desollado su cuerpo, descubiertos por muchas partes los huesos y aún las entrañas... en un estado en que por necesidad movería á compasión á las fieras más crueles, los verdugos, incomparablemente más feroces que ellas, la sepultan en una poyeta de cal viva, que humedecen para excitar toda la actividad de su fuego, y después la sumergen en un baño de plomo derretido. Viendo que con estos recursos no consiguen otra cosa que avivar más su fé, endurecer en gran manera su espíritu, acrecentar hasta lo sumo el delicioso fuego de su caridad y de su religión, la arrojan, por último, en medio de unas llamas, cuya voracidad solo podría ceder á la del Infierno. ¡Inmensos! el Dios que la ha fortalecido para resistir á los azotes, al potro, á los garfios, al fuego de la cal y del plomo, ¿no podrá debilitar, apagar del mismo modo las llamas? Estas rodean por todas partes su cuerpo, pero no hacen en él la más leve impresión. ¿Y aún así no os confesareis vencidos? ¿no os veis cubiertos de confusión? ¿aun podéis dudar del prodigio extraordinario que por tantos medios se os hace palpar? Pues atended, y veréis, que lo que no han podido vuestros esfuerzos, vuestras tentativas, vuestros furtores, lo consigue con la mayor facilidad, para aumentar vuestra confusión, una sola voz de su divino y amado Esposo.

Este le habla en su interior: «Vén, la dice, amada mía, vén á re-

cibir la corona que te tengo preparada; deja ese áspero desierto y vén al Paraíso de las delicias: bastante has padecido; justo es ya que recibas el galardón de tus trabajos; vén.» Al punto, aquella alma santa, que no había cedido al rigor de tantos tormentos, cede á la más leve insinuación de su Dios; sale del cuerpo en que tanto había padecido; pero sale triunfante, bañada de los resplandores de la gloria, y en figura de una inocente paloma, más blanca que la misma nieve; dejándose ver de cuantos se hallaban presentes, se levanta sobre los aires, se dirige al Cielo, dando el último, pero el más irrevocable testimonio de la divinidad de su religión. Así confunde á todos sus enemigos, y hace que huyan avergonzados los verdugos; admira, atrae, edifica á todos los cristianos. Éstos, desde aquel instante, miran sus restos como la joya más preciosa; recogen, sin hallar en él la más leve lesión aquel mismo cuerpo, que pocos momentos antes vieron cubierto de llagas; le custodian con esmero; le veneran con devoción; le oran altares; y el Señor manifiesta su aprobación con una multitud de milagros, que por lo limitado del tiempo de que puedo disponer no me es posible referir. Diré, sin embargo, que san Gregorio de Tours, que escribió tres siglos después de la muerte de Eulalia, asegura como hecho notorio, y que estaba patente á la vista de todos, que en su tiempo se conservaban todavía junto á su sepulcro tres árboles, que en lo más riguroso del invierno, brotaban una multitud de flores del mismo color y de la misma figura de la paloma que se vió salir del cuerpo de la virgen con dirección al Cielo; que estas flores eran un presagio seguro de la fertilidad del año siguiente; que los habitantes de Mérida las recogían con la avidez y el regocijo que se deja conocer, que llevándolas en sus manos, acudían procesionalmente al templo, cantaban las alabanzas, publicaban las glorias, y celebraban con la mayor solemnidad el triunfo, la protección y el poder de su celeberrima compatriota; que dicha flores se conservaban con exquisita diligencia como una joya inapreciable, pues en ellas tenían una medicina segura contra todas las dolencias, y el remedio más eficaz contra todo género de males. Bien sé, que algunos críticos censuraron á ese Santo de demasiado crédulo en tales materias; mas para mí es muy respetable su autoridad, que está además confirmada con varios otros milagros.

Pero, ¿qué necesidad tenemos de ellos? Enlaja es la admiración de toda España. Todo el cristianismo se le reconoce dador de uno de los más interesantes beneficios; de la paz que se concedió á la Iglesia después de tres siglos de horrosas persecuciones. Todos

los historiadores convienen, en que los feroces Diocleciano y Maximiano, no pudiendo soportar el oprobio de que se veían cubiertos con las completas victorias de una Eulalia en Mérida, de otra en Barcelona, de una Leocadia en Toledo, de unas Justa y Rufina en Sevilla, de unos Justo y Pastor en Alcalá, mártires de las cuales puede decirse, que adquirieron su fortaleza en la escuela de nuestra heroína; convienen, digo, los historiadores, en que, avergonzados, luego de confusión Diocleciano y Maximiano, renunciaron la corona imperial que nunca debieran haber ceñido, y que vino poco después á adornar las sienes del gran Constantino; de este piadoso emperador, que concedió á la Iglesia la suspirada libertad de entregarse pública y seguramente al ejercicio de su religion, y de erigir en todos los pueblos altares y templos para ofrecer continuados sacrificios al verdadero Dios.

¡Qué gloria, qué satisfacción para los que os habeis acogido á la proteccion de esta niña tan esclarecida! ¡qué confianza debéis tener en su patrocinio! ¡Ah! jamás ceséis de venerarla, de invocarla, y de imitar sus virtudes; en ella tendréis un asilo seguro en todas vuestras necesidades. Invoquémosla con fervor, despreciemos á imitacion suya la imprudente censura de los mundanos, sus insultos, sus amenazas, sus tormentos; puesto que el Señor, á quien servimos con nuestra fe, nos sostiene en los combates, nos asegura la victoria, y nos libra gloriosamente de las manos de nuestros enemigos.

Amén.

PANEGÍRICO

DE SANTA EULALIA DE BARCELONA.

*Hæc est victoria quæ vincit mundum,
fides nostra.*

Lo que nos hace alcanzar victoria sobre
el mundo, es nuestra fe.

(JOANN. V. 4.)

La Europa, noble hija del Calvario, mientras se alimentó de las doctrinas sanas y vigorosas del Catholicismo, rebosó de paz y felicidad; descollando entre sus hermanas; mas ahora presenta á la consideracion del hombre pensador, el triste espectáculo de una anciana llena de achaques; que apenas halla sostén en sus trémulas piernas, á pesar del báculo en que se apoya. Padece convulsiones frecuentes, unos espasmos horribles; y lo que más me estrémeca, á una repugnancia mortal de todo alimento reparador; junta un apetito estragado de sustancias deletéreas, y unos hábitos viciosos que acaban de aniquilar sus fuerzas. «Desesperaremos, empero, de su salud y de su vida? No, hermanos míos; hay todavía quien puede devolverla las fuerzas perdidas, cicatrizar y curar sus llagas. ¿Y quién es este médico? El catolicismo, ó antes, el solo catolicismo. Arrángen en buen hora su frente aliva los filósofos, los políticos, los guerreros de cierta laya; oigan con desdén este lenguaje; nosotros, que de fe vivimos; nosotros, que hemos oído la palabra del espíritu del Señor: «maldito el hombre que en el hombre fia; no nos cansaremos de repetirlo: el mal que aqueja á la Europa es muy hondo; desconfiamos de la eficacia de todos los medios humanos para su curacion completa y permanente. Una filosofia orgullosa y bastarda, que, gloriándose de haber postrado al monstruo del materialismo y ateismo, adopta, sin embargo, sus más fatales consecuencias, deificándolo todo para desconocer al verdadero Dios y negarle los debidos homenajes, ha extraviado lastimosamente muchas inteligencias; y el veneno de la in-

moralidad corroe los corazones. En estos últimos años, por delante de nosotros, han desfilado numerosos ejércitos con sus banderas, los diplomáticos con sus soberbios trenes, los nuevos regeneradores con sus utopías, los tribunales con su romanesca exageración, y lejos de curar el mal, lo han empeorado. ¿Qué recurso queda, pues, á una sociedad, que vá perdiendo la vida por momentos? No nos ensemos: gran parte de los ilustres descendientes del Gólgota se han avergonzado de su noble origen, olvidaron á Dios y á su Cristo; y han de ver para su dicha ó desventura, que la heredera de las bendiciones no puede pasarse sin Cristo y sin Dios. Es necesario que ésta vuelva sin tardanza sus ojos á la Cruz, como el antiguo pueblo á la Serpiente de metal elevada en el desierto, si es que quiere curar de las mordeduras de mil otras serpientes que han envenenado sus entrañas.

¿Y quién es capaz de comunicar á unos seres ignorantes y excesivamente propensos de suyo al vicio, la sabiduría, la firmeza de ánimo y el valor sobrehumano que se necesitan, para oponerse al torrente devastador de errores y vicios sin cuento, que ahora como nunca se desbordan é intentan arrastrar en pos de sí la inteligencia y el corazón humano? La fé católica, aquella fé, que, si bien saltando sobre ruinas, y atravesando lagos de sangre inocente y pura, que el pagamismo derramaba con profusión, cambió la faz de la tierra, y estableció en ella el reinado de la verdad y de la virtud. Aquella fé, que de una tierna virgen supo formar la heroína, cuyo nombre pronuncia hoy con entusiasmo esta ciudad; la heroína, ante cuyo sepulcro, con llanto mezclado de placer, se postran el rico y el pobre, el noble y el plebeyo, el niño y el anciano; la heroína, que por sí sola bastaría para engrandecer sobrehumana el suelo ibero y llenarle de un justo orgullo.

Si, hermanos míos; Eulalia, esa preciosa víctima, que la religión ofreció al Eterno en oloroso holocausto, cuando la tiranía pagana se empeñaba á todo trance en llevar á cabo su insano proyecto, de someter á todo el mundo al culto de las deidades del Capitolio, es y será siempre una prueba viva y elocuente de la sabiduría y valor que nos inspira la fé, para desmentir la ciencia y el poder de un mundo carnal enemigo de Dios y de su Verbo eterno. Hé aquí porque debiendo yo tejer la mística corona de esta virgen y mártir, gozo de Barcelona, gloria de nuestra pátria, y envidia del órbe católico, he adoptado aquellas palabras del amado discípulo, que con el mayor loconismo, pero con inimitable propiedad, reasumen su más positivo elogio: *«Hec est victoria que vincit mundum, fides nostra.»*

Con efecto, hermanos míos; el mundo diviniza las pasiones y los vicios, les ofrece sus incienso, les tributa sus homenajes; el mundo menosprecia las sublimes verdades católicas, y corre precipitado tras los más funestos errores. Pues bien: Eulalia luchó de frente contra esos desórdenes, y sin otras armas que la fé del Crucificado, salió de ambos victoriosa. Triunfó del vicio con su vida pura é inocente; triunfó del error con su heroica y gloriosa muerte: aquella fué una prueba ostensible de la santidad de la religión, inaugurada en el Calvario con la sangre del Nazareno, y del valor que ella nos inspira para luchar contra el vicio; ésta fué un rasgo brillante de su divinidad. Quiera el Cielo que acierte yo á desenvolver dignamente un asunto tan interesante. A. M.

La saeta con que el Dios de los ejércitos traspasara el corazón del vicio y del error; la espada que habia de postrar á los enemigos de la cruz, era la fé. ¡Cuántos triunfos consiguió en los primeros siglos del cristianismo! ¡Qué de laureles no arrebató en los diversos y multiplicados combatos que sostuvo contra la prepotente y supersticiosa ciudad de las Siete colinas! Frjémosos, empero, en el que reportó nuestra invicta heroína, digno en todos conceptos de nuestra admiración y asombro. Escogida para ser una prueba viva y ostensible de la ciencia y valor que nos comunica la fé, parece que la virtud habia nacido con ella; y no bien su corazón es capaz de dirigirse á algun objeto, se fija en aquel Hombre Dios, en quien halla toda su complacencia y los elementos todos de labrar su felicidad. Un valladar de abrojos se empeña á porfia en impedir que la virtud penetre en su alma tierna é inocente; pero en vano, pues no llega á ser víctima del vicio. A manera de la rosa, que, á pesar de las punzadoras espinas que la rodean, abre su capullo, extiende sus hojas y embalsama el ambiente con su grata fragancia, así Eulalia hermosa el ameno jardín de la Iglesia con su rara virtud, y exhala el más delicado perfume de santidad, rodeada por todas partes de las espinas del vicio, y en un suelo fecundo entonces en infames supersticiones. ¡Qué importa, que el politeísmo ofrezca á sus ojos una turba casi inmensa de divinidades? Ninguna llama su atención, en ninguna encuentra simpatías su alma; la fé la inspira el más alto desprecio para con todas. Solo aquel Dios, que contempla blasfemado y perseguido, es de quien al instante se enamora, con quien íntimamente se une, y á quien exclusivamente se consagra. ¡Mirad con qué fervor le dirige de día y de noche sus inocentes súplicas, pidiéndole se digno ser el protector de sus tiernos años! ¡Con cuánta efusión reitera en su presencia sus

constantes votos, de no querer vivir más que para su gloria! ¡Con qué gozo le hace donación de su alma, de su corazón y de todo su ser!

Ángel celestial, que hacías subir al aire el humo sagrado de la oración de Eulalia; tú, que constante á su lado, oías sus gemidos y los trasladabas como sentas encendidas al tabernáculo del Dios de los ejércitos; tú podrías explicarnos cuán preciosa era aquella alma á los ojos del Señor, cuán digna de las delicias del Cielo, cuán acreedora á la admiración de los ángeles y de los hombres. Yo solo puedo decirlo, hermanas mías, que ella lleva retratado en su semblante el candor, que sus ojos son la expresión verídica de su modestia, que de sus labios está como pendiente la clemencia, que la piedad, el amor filial, la obediencia, la dulzura son como la corona de su virginidad. Separada enteramente de las cosas del tiempo, embargan su atención los intereses de la vida eterna. Es bella como un ángel, y desdena su hermosura; su único deseo es agradar á Dios, y no á ojos humanos: es de sangre noble, y ni una sola vez acude á su nobleza para humillar, y mucho menos para despreciar á sus inferiores; posee bienes y riquezas en abundancia; y lejos de envanecerse con su posesión, para mirar con desvío al pobre, al desvalido, nunca está más contenta como cuando trata con ellos y despliega en su obsequio rasgos de beneficencia. Inocente como la paloma, ajena á las ilusiones que la rodean, vive en el mundo como si no viviese en él; todos sus pasos se encaminan á Dios; su ocupación continua es el estudio de las sagradas letras, la oración y el ejercicio de la virtud; se complace en el retiro, ama la soledad, porque allí aprende á precaverse contra los asaltos de la seducción; allí su Esposo la habla, allí encuentra pábulo el fuego sagrado que la consume. Y este fuego vá tomando cada vez tales creces, que no tardará en producir un incendio, que será imposible apagar. Heo así como el fuego aprisionado en las entrañas de la tierra, busca con vehemencia una salida, causa terribles sacudimientos, abre muchas bocas, y, reventando al fin, vomita lava, arroja llamas, consume y devora cuanto encuentra á su paso; no de otro modo el que arde en el corazón de Eulalia intenta quebrantar las prisiones que le contienen; y no tardará á salvar con una explosión extraordinaria todos los obstáculos que se le ofrezcan, para extenderse á cuanto hay de más difícil y heroico en la virtud.

Así lo temen los autores de su existencia, y por eso quieren moderar su fervor, trasladándola al efecto á una casa de campo no distante de la ciudad. ¡Impotentes designios! Retrada del trato del

mundo, se le brinda con más frecuencia la oportunidad de contemplar las bellezas de aquel Sér por quien está enajenada su alma, y al contemplarlas escucha una voz interior que la llama al combate; el pensamiento del martirio la persigue por dó quiera; ya vele, ya cierra el sueño sus virginales párpados, está viva en ella la idea de derramar su sangre por su Divino Esposo. ¡Y con qué anhelo suspira por el cruento desposorio! ¡Con qué ardor desea ofrecerse como hostia preciosa en aras de su amado! El navegante naufrago, en una oscura noche, no llama con tanta impaciencia la luz que le señala la vecina playa, como nuestra fervorosa virgen llama aquel día que debe proporcionarle el logro de sus ardientes votos. Consuélate, virtuosa niña, ya se acerca el día que tanto apetece.

Detengámonos, empero, hermanos míos, antes que amanezca ese día, á reflexionar un momento sobre una vida tan edificante; en medio de tan peligrosas ocasiones y de ejemplos tan depravados, que conspiran contra su inocencia. Todo en torno de Eulalia es un abismo de iniquidad; donde quiera que fije su pié, no halla más que precipicios; aquí, la sensualidad convertida en un dios; allí, la venganza erigida en ley; ora el egoísmo más glacial fomentado por las preocupaciones absurdas de los filósofos; ora la ambición más desenfadada encubierta con el barniz de un cinico desinterés; en todas partes abominación y escándalo, por dó quiera desórdenes y corrupción. Sin embargo, ella, á la edad de catorce años, en la época de las ilusiones, cuando todo la sonríe y halaga, cuando las pasiones hablan al corazón el lenguaje más seductor, cuando el porvenir fascina, las esperanzas alucinan, y en nada se piensa sino en gozar; ella, repito, hace frente á tantos vicios, á tantos encantos, y se muestra rica en virtudes y agraciada con todas las bellezas de la religión. ¿Y quién la reviste del espíritu de fortaleza para combatir los vicios reinantes, é imponer silencio á los impulsos de una naturaleza corrompida? La fé católica. Esta fé la granjea la victoria. Si, alma virtuosa, el mundo ha quedado vencido á tus piés. Tu vida intachable desmiente las máximas de este mundo seductor, demuestra que el cristianismo derrama en nuestro corazón una energía de sentimiento y acción capaz de triunfar de todos los vicios.

Es verdad, hermanos míos, que nosotros vivimos en una atmósfera contagiada por el crimen; cierto es, que hoy se lleva hasta el exceso la molición; que se hace gala de un cinismo insensato hácia todo lo que se opone á los goces materiales; se confunde con los usos de urbanidad lo que no es sino duplicidad é hipocresía; es indudable, que todos los crímenes, por enormes que sean, hallan al presente su

apología, su teoría, su modelo y su héroe en alguna de las obras dramáticas, novelas, libelos, periódicos, estampas y canciones, tan multiplicadas en Europa como los átomos en el aire; pero no es inencomiable, que la fé, que de una virgen tierna hizo un ejemplar perfecto de todas las virtudes en medio de un mundo henchido de perversiones, nos comunica valor para poder triunfar de tamaños desórdenes. Si Eulalia, pues, triunfó de ellos con la fé, ¿por qué no podremos nosotros alcanzar igual victoria? ¿Pueblos de Europa! Si no queréis que todas las edades y todos los sexos sean arrehatados por el impetuoso torrente que amenaza acabar con vuestra existencia, llamada á esta fé sublime, á esta fé omnipotente: ella sola os puede salvar y labrar vuestra ventura.

Pero vá ya á amanecer, señores, el día feliz en el que Eulalia, victoriosa de la corrupción del mundo, triunfa tambien de sus errores. El grito de guerra á muerte lanzado desde Roma contra los cristianos, bajo el imperio de Diocleciano, llega á nuestra España, sujeta entonces á la dominación de la hidra del Capitolio. Un hombre cruel, feroz é inhumano, cuyo nombre está escrito en caracteres sangrientos, Daciano, hermanos míos, preséntase en esta ciudad, y publica en el acto un decreto para exterminar á cuantos se resistan á ofrecer incienso á los ídolos. Todos temen: el terror impera por dó quiera, y no se oyen más que lamentos y tristes gemidos. En medio de esta general consternación que ha sembrado aquel bando homicida, una doncellita cristiana, en cuyo semblante sourien las gracias, déjase ver agitada de un santo entusiasmo, que llama la atención de cuantos la conocen; es Eulalia, que medita salir á defender públicamente el honor ultrajado de su Esposo. Mas, ¿cómo burlar la vigilancia de sus padres? ¡Ah! no temáis, ya ella lo tiene premeditado: aguarda que la noche extienda su cubilado manto sobre la naturaleza, y cuando se la cree entregada al sueño, abandona el lecho, sale silenciosamente de la techumbre paterna, y sola, sin otra compañía que la de su ángel tutelar, sin más recursos que su fé, sin otras armas que su virtud, henchida de placer y brillante de hermosura, camina hacia la ciudad. Apenas llega á sus muros, oye la horrible voz de la trompeta, que convoca á todos los vecinos á ofrecer sacrificio á los vanos simulacros; apresura el paso, se dirige al tribunal del tirano, atravesada por medio de las guardias, llega á su presencia; y sin palidecer, sin inmutarse, le reconviene con energía, le dá en rostro con su impio proceder, y con sólidos racionios desenvuelve los dogmas de la unidad de Dios y la divinidad de su unigénito Jesucristo.

No rugé tan espantosamente el león de los bosques herido, por el

venabio del diestro cazador, como Daciano al oír las palabras de la valerosa virgen. Arde en su pecho la llama de la venganza, como el fuego en las entrañas de un volcán; el cráter arroja la lava; y así el tirano, sin más dilacion, manda que la despolacen con crueles azotes, descoynten sus huesos en el ecúleo, y rasguen sus costados con uñas aceradas. ¡Vanos esfuerzos! Nada es capaz de infundir en Eulalia la menor debilidad. Ella ve surcadas con el hierro sus blandas é inocentes carnes; y ve como la sangre corre de sus heridas á borbotones; ve molidos y quebrantados sus huesos; y con una serenidad sobrehumana engrandece á Jesucristo, y contesta al tirano, que ella jamás adorará las deidades que nada son y nada valen, y que está decidida á sufrirlo todo antes que abandonar sus creencias. El despecho de Daciano ya no conoce limites á vista de este portento de constancia, é inventa nuevos tormentos ¡Insensato! ¿No adviertes, que un géneo superior al humano propósito es el que peca y triunfa en esa barcelonesa fervorosa, que tan mal párado deja el culto de tus ídolos? ¿No ves, que multiplicando en ella los tormentos, hacias laureles para adornar su frente victoriosa? ¡Háste visto ignominiosamente humillado por una tierna virgen en los suplicios que hasta ahora has ordenado, y piensas que esos nuevos que vas á ensayar tengan mejor éxito, y te den el resultado que apetece? Desengáñate, no lo conseguirás.

De hecho: friegan con tientos sus carnes, vierten aceite hirviendo sobre sus llagas, la envuelven en viva devoradora cal, derraman sobre ella plomo derretido; mas nada la consume, nada la debilita. La aplican hachas encendidas á los costados; pero la llamarada, volviéndose contra los bárbaros ministros y cebándose en ellos, hace el más horroroso estrago. La pasan desnuda por la ciudad; pero el Cielo envía copos de nieve, que cubren su desnudez como si fuera un caudalísimo velo. ¿Dios eterno! ¿Y es posible que aún persista el paganismo en su ciega obstinación? ¿Y no le convienen estos prodigios? ¿Qué es lo que espera en lucha tan desigual? ¿Triunfar del Cielo? ¿Locura! ¿Cansar la constancia de su victima? ¡Oh! bien puede agotar invenciones diabólicas, pues nada le bastará para salir airoso de la lucha. El implacable Daciano, siendo un prodigio de heroismo tan singular, y calculando los funestos resultados que podría producir en el pueblo, determina que, pendiente nuestra heroína en una cruz, remate allí sus heroicos días. Barcelona, feliz Barcelona, prepara palmas, dispón ramos de olivo, apresúrate á recoger flores para coronar el último esfuerzo de tu heroína. Contéplala en el patíbulo que la recuerda el amor de su Esposo: ¡con qué fervor

celebra sus glorias! Mas, es hora ya que cese el combate; el Cielo se abre, baja veloz el ángel de la victoria: la virgen magnánima inclina la cabeza, despliega sus purísimos líbios, una blanca paloma sale de su boca; su alma cruza el espacio y sube al solio del Eterno, á ceñir la diadema debida al triunfo de la fé contra el vicio y el error. ¡Mundo perverso! Una tierna niña ha burlado tus ensueños, y ha dado un golpe mortal á tu orgullo. La bastarda filosofía, los enemigos de la cruz, no pueden explicar sin el concurso de una influencia superior al hombre, un valor tan heroico, una fortaleza tan incontrastable, una resistencia tan firme y tan constante en confesar la fé. Demasiado lo sabemos: la criatura es débil, el halago la ablanda, los placeres la seducen, lo presente la arrastra, los dolores la abaten, los padecimientos la acobardan, el temor de la muerte la horroriza. Sin embargo, Eulalia se hace superior á todo, lo desprecia todo, lo sufre todo, por no faltar en nada á lo que debe á su Dios. ¿Quién elevó su natural debilidad á ese grado de heroísmo tan asombroso? La fé católica. Luego, la fé que obra esos portentos es divina; luego, todo lo que se le opone es falsedad; y hé aquí como nuestra fé, no solo triunfa del vicio, sino del error.

Ciudad ilustre, noble y religiosa Barcelona, gloriote, rebose en júbilo, y alzando tu voz, ensalza las glorias y canta los triunfos de esa esclarecida hija tuya, que prér y lauro tanto te dió. No te contentes, empero, con admirar su fé heroica; aspira á algo más, esfuerzate á imitarla; trabaja por participar de su triunfo. Ella fué fuerte, no seas tú débil; ella fué fervorosa, no seas tú tibio; ella fué leal, no seas tú inconstante; ella fué pródigo de su vida y de su sangre á trueque de conservar ilesas sus creencias, y sin mancha su conciencia; jamás, hagas tú traición á ésta, ni renuncies á aquéllas. Escucha la voz que sale de su sepulcro glorioso: ¡Barceloneses! os dice, la fé os abrió la senda de la civilizaci6n; la fé es la única que, al través de los siglos, viene siendo entre vosotros el móvil de todo lo bueno y heroico; la fé es la que marcha á la cabeza del verdadero progreso; sin la fé esta ciudad no sería tan ilustre, tan envidiable. Pero entendid, que á mis virtudes, á mi valor y constancia en padecer y morir por Jesús, es debido, en gran parte, el triunfo moral que alcanzó en esta ciudad el principio civilizador, fuente perenne de vuestra felicidad. ¿Desconoceréis el origen de vuestra grandeza? ¿Desmentiréis mi fidelidad á la fé, mi constancia en conservarla pura en medio de los suplicios...? Así nos habla nuestra heroína, hermanos míos: levatémonos, pues, de la postracion en que nos tienen sumidos las modernas doctrinas, de la indiferencia que engendra

la impiedad filosófica. Animados con los ejemplos de Eulalia, triunfemos del vicio, ofreciendo en nuestra vida una prueba de la santidad del Evangelio; triunfemos del error, confesando siempre los dogmas de nuestra santa religion.

¡Virgen y mártir ilustre, que desde el resplandeciente solio que ocupas en la region feliz de la inmortalidad, nos incitas á pelear á ley de valientes contra el poder del abismo! alcánzanos de tu Esposo celestial una fé pura, una fé viva, una fé heroica, para que triunfando tambien nosotros de los vicios y errores de este mundo falaz, lleguemos á conquistar la palma reservada á los fieles adoradores del autor de nuestra fé en la mansión de la felicidad eterna. Amén.

PANEGÍRICO

DE SAN FELIPE, APÓSTOL.



*Nemo venit ad Patrem, nisi per me.
Ninguno va al Padre sino por mí.
(JOANS. XIV, 6)*

Hoy nos recuerda el Evangelio á Jesucristo hablando á sus apóstoles, y diciéndoles para su instrucción: Ninguno vá á mi Padre sino por mí. Ninguno puede llegar á la posesion de la bienaventuranza, que consiste en gozar de la presencia del Padre celestial, sino por medio de su enviado Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida; sin que crea en Jesucristo y le imite con sus obras. Inútiles son todos los esfuerzos, las más rigurosas austeridades y penitencias, las mayores limosnas y obras de caridad con los necesitados y afligidos, la vida más honesta y honrada, segun el mundo, si no tenemos la fé en Jesucristo y creemos y confesamos, que él es el Hijo y enviado de Dios Padre y en todo igual al Padre, que quiso redimirnos y salvarnos. Y es inútil tambien nuestra fé; no basta que confesemos y creamos en Jesucristo, Hijo de Dios vivo, si no acompañan las obras y se conforman con nuestra creencia; si no imitamos los ejemplos de Jesucristo, y vivimos segun la ley que nos señaló para que merezamos la gloria. Esto es lo que hoy protesta Jesús á sus apóstoles y lo que nos enseña á todos diciéndonos: Ninguno puede ir al Padre celestial sino por mí.

El glorioso apóstol, cuya memoria celebramos y recordamos hoy con nuestra madre la Iglesia, San Felipe, reina ahora con el Padre celestial y está lleno de gloria y de poder en el Cielo; triunfó de los enemigos de su alma y entró glorioso en posesion de la patria de los Santos; porque se grabó profundamente en su alma esta máxima fundamental de la religion de nuestro divino Maestro: creyó con una fé viva en Jesucristo, y fijó todos sus deseos y sus esperanzas en imitar sus ejemplos.

¿Qué más podré decir para formar su elogio, y para que nos esforzemos todos á creer y acercarnos á Jesucristo, como conviene, para llegar al Padre celestial por su medio, para que renazca y se vivifique en nosotros la fé, que tenemos tan amortiguada, y produzca frutos de vida eterna? ¿Para que nos encendamos en el celo de la honra y gloria de Dios y de la religion de Jesucristo como el apóstol que veneramos en este dia? A este fin encamiaré mi discurso, que será un sonido que pasa y se disipa, si Vos, Señor, no os dignais acompañar mis palabras con los auxilios de vuestra gracia. Reconociendo mi indignidad y miseria, os la pido, Señor, con confianza, por la intercesion de la Reina de los apóstoles, á la cual saludamos con el ángel: A. M.

Mundo corrompido y seductor: ¿qué son tus promesas, tus glorias, tus diversiones, tu ciencia y todo lo que ofreces á tus seguidores, entre los deleites llenos de amargura, con que los brindas? ¿En qué paran tus grandezas, tus brillantes, y esos anchurosos y desahogados caminos, que abres á los necios que no conocen su bien? Sin Jesucristo, sin ir guiados por Jesucristo, sin entrar por la puerta del redil, que es Jesucristo; sin creer y confesar á Jesucristo por nuestro Salvador y Redentor, podremos disfrutar placeres, diversiones, riquezas, comodidades, los bienes aparentes y caducos del mundo; pero no podremos conseguir la dicha de unirnos al Padre celestial, de llegar á Dios y entrar en la posesion de la Gloria. ¡Dichoso aquel que cree y confiesa á Jesucristo y sigue en pos de Jesucristo! Su felicidad será inamisible y eterna, y sus bienes y consolaciones sobre todo encarecimiento.

Así lo hizo el apóstol san Felipe. Simon, que despues se llamó Pedro, y Andrés su hermano, oyeron al Bautista, que Jesús era el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, el Mesias prometido, y le siguieron inmediatamente. Pasa Jesús á Galilea; encuentra á Felipe, y le dice: *Sígueme*; y sin más exámen, sin más dilacion, sin más consejo, sin más precedente, todo lo abandona y sigue á Jesucristo. Pero qué ve en Jesús, ó qué reconoce en Jesús, para resolverse tan decididamente á seguirle? Sus ojos no ven sino á un hombre como los demás. Y, sin embargo, le reconoce por el verdadero Hijo de Dios. Sus ojos no descubren sino á un pobre, descalzo, mal vestido, sin ostentacion, sin séquito, sin grandeza, despreciado del pueblo y reputado por hijo de un artesano; y su alma, no obstante, ve y reconoce en Jesús al Mesias verdadero, anunciado de tantas maneras, y suspirado por tantos siglos: al que ha de ser el Reden-

tor y la salud de todas las naciones y de todos los pueblos. Ve á un hombre desvalido, sin autoridad, sin apoyo, de quien nada puede prometerse en este mundo, y todo lo abandona. Pide licencia para ir á enterrar á su padre, y Jesús le dice: *Que dejó á los muertos que entierren á sus muertos*; y bastan estas palabras para que inmediatamente deje á otros el cuidado de dar sepultura á su padre, y siga en pos de Jesucristo. Pero es poco para Felipe seguir constantemente á Jesucristo; desde que le halla y confiesa y reconoce por el Mesías prometido, se llena de gozo su alma, y nada desea, por nada suspira, sino porque todos los hombres le conozcan y confiesen. Encuentra poco después de estar en la escuela de Jesús á Natanael, y le dice: *Ha tenido la dicha de hallar á Aquel, de quien tanto ha hablado Moisés en los Libros de la ley, de quien tanto nos han anunciado los profetas: ya hemos encontrado y tenemos entre nosotros al Salvador; y este es Jesús, conocido por el hijo de José el de Nazareth. Aún no es apóstol; todavía no le ha confiado Jesús el encargo de predicar su nombre á los demás; y ya llama á Natanael, y quisiera que todos los hombres reconociesen á Jesús por el enviado de Dios para salvarlos.*

El mundo se asombrará al ver un prodigio de fé tan viva y eficaz, ó mirará esta conducta como una temeridad y locura; pero el cristiano reconoce un don de Dios, una providencia singular: la virtud del Espíritu santo, que es el autor y dador de la sabiduría y conocimiento verdadero, de la gracia del Señor, tan poderosa y tan suave, que ilumina y atrajo al conocimiento y seguimiento de Jesús á san Felipe; y de un honrado y respetado artesano de Betsaida, ciudad de Galilea, formó un ilustrado y celoso apóstol. Nosotros, como cristianos, alabaremos y engrandeceremos á san Felipe, porque tuvo la dicha de crear en Jesucristo y llegar por su fé al Padre celestial.

Vamos también como miró todos sus deseos y empleó sus esfuerzos en imitar á su Maestro. ¿Podría dejar de encender á los demás el fuego en que este apóstol estaba inflamado? Después que descendió sobre él el Espíritu santo, guvo, acaso, otro empeño, qué el de llevar la luz del Evangelio á todo el mundo? Felipe corre por regiones desconocidas y distantes, recordando á todos los hombre el aviso que dió á Natanael: *invenimus Jesum*. Ya ha venido el Salvador de los pueblos, y es preciso derribar todos los ídolos y vivir según su religión. Predica en Francia, en las dos Frigias, en la Escitia. En Hierápolis, ciudad de la Frigia Capaciana; hizo pedazos la estátua de una monstruosa víbora á la cual adoraban; convirtió á la fé á aquellas gentes, y fundó allí una floreciente iglesia. En toda el Asia superior ganó innu-

merables almas para Jesucristo; siendo esto tanto más de admirar, cuanto que la Escitia, en la que fué el pregonero del Evangelio, se reputaba por el pueblo más bárbaro, más intratable y más inhumano. En la misma ciudad de Hierápolis estableció su metrópoli; y desde allí hizo, que todas aquellas regiones se convirtiesen á la verdadera fé y abrazasen con ella el fervor y la piedad cristiana.

Pero ¿de qué medios se valió este ministro del Señor para sus prodigiosas conquistas? ¿Ya provisto, por ventura, de grandeza y poder, de recursos humanos, de la protección de los grandes y poderosos; ofrece ventajas á sus prosélitos; les anuncia una religion cómoda, conforme á sus inclinaciones, á sus placeres, á sus delicias, á sus usos y costumbres? No, hermanos míos, no tiene, ni quiere, ni reconoce otras armas ni recursos que la imitación de Jesucristo. Cree en Él con fé viva, y emplea todos sus esfuerzos en imitar sus ejemplos. La pobreza, la humildad, la paciencia, la oracion, aquella dulzura afable, que sabe ganar los corazones para Dios; aquel fervor para emprenderlo todo, propio del celo que viene de Dios; aquella fortaleza para resignarse con todo género de tribulaciones y trabajos; hé ahí los medios de que se vale para extender el reinado de Jesucristo. Preciso era que él imitase á Jesucristo para poder inculcar á las gentes que le imitasen, y sin sus ejemplos hubieran sido inútiles sus palabras. Felipe le profeta con constancia, hasta dar su vida por Él en una cruz, en la cual espiró á manos de los enemigos de la nueva religion, encomendando á Dios su alma y su pueblo, y rogando, como su Maestro, por sus mismos verdugos y perseguidores.

Felipe, imitando á Jesús en su vida y en su muerte, se hizo semejante á Jesucristo; y por eso llegó por Él al Padre celestial, y goza de la felicidad eterna que prometió el Señor á sus ministros.

También nosotros creemos en Jesucristo; nosotros también, amados míos, hemos tenido la dicha de ser alumbrados con las luces de la fé y de reconocer y confesar á Jesucristo por el Mesías verdadero, por nuestro Salvador y Redemptor. Pero ¿es nuestra fé tan viva, tan fervorosa, tan pronta y tan llena de celo como la de nuestro santo apóstol? ¿Encuentra en nosotros un amor á Dios, un desapego y desprecio de los bienes terrenos tal, que estemos prontos á dejarlo todo para seguirle por los caminos que nos señale? ¿Ardeamos en deseos de que las naciones y los hombres todos reconozcan y adoren á Jesús por el Hijo verdadero de Dios? ¿Qué aprecio hacemos de nuestra fé, de este don inestimable, que es el principio, el fundamento de nuestra justificacion y nuestra dicha, y sin la que es imposible que agradecemos á Dios? Creemos en Jesucristo, le conoce-

mos y confesamos por nuestro Dios: ¿pues, por qué inconcebible contradicción con nosotros mismos, no le amamos, no le servimos, y no imitamos sus ejemplos? ¿Creemos que para llegar al Padre celestial nos basta creer en Jesucristo, aunque nuestras obras sean contrarias á las de Jesucristo? Entonces no tendrán que temer los que viven en la disipación y corren sin freno en la satisfacción de sus pasiones. No tendrán que temer los que desprecian la ley de Jesucristo, y se entregan á la disolución y los escándalos; los que desacreditan con sus costumbres criminales á Jesucristo; los que no tienen de cristianos más que el nombre, y son la deshonra del cristianismo. Entonces no será vanidad, que la fé sin obras es una fé muerta, como los apóstoles nos lo enseñaron con sus escritos y sus ejemplos. Creer en Jesucristo, y no vivir según Jesucristo, es una fé estéril, inútil, una fé que servirá para mayor tormento, una fé semejante á la de los demonios, que creen y se estremecen.

Conozcamos y apreciemos el don de la fé con que nos ha favorecido el Señor, separándonos por su bondad de tantas naciones bárbaras, que no le conocen ni le adoran; este don, sin el que seríamos eternamente desgraciados, porque no podríamos llegar á uniros al Padre celestial, que es en lo que consiste la felicidad verdadera y eterna. Hagamos que viva en nosotros esta fé por la vida que la da la caridad, por las obras de virtud, por unas costumbres conformes con la fé que profesamos, imitando á Jesucristo y siguiendo sus ejemplos como nuestro santo apóstol. Este creyó en Él, le imitó, le siguió; y nada deseó tanto como extender su fé y la religión entre los hombres, anunciando su doctrina, y practicando en sí mismo sus preceptos. Si se hubiera contentado con creer, ni gozaria hoy de la Gloria, ni le veneraríamos como santo. Sigamos, pues, sus ejemplos, avivemos nuestra fé y si creemos en Jesucristo empecemos por amarlo, y si le amamos, tendremos también el celo de su apóstol: suspiraremos, trabajaremos, haremos cuanto esté de nuestra parte con nuestros ejemplos, nuestras exhortaciones y consejos, con nuestra autoridad, para que los demás le amen y confiesen por el Hijo verdadero de Dios. Así nos acercaremos á Jesucristo, y por Él llegaremos al Padre, en donde hallaremos el descanso, la salud y la felicidad.

Nuestro deber, nuestro oficio de cristianos, nuestro propio interés no es otro que creer en Jesucristo, é imitar sus ejemplos: nuestra obediencia y el apego á los placeres del mundo nos extravía, y no nos deja ser consiguientes en nuestra fé, de que tanto nos gloriamos. Pero, desde ahora, nos resolvimos á atender con seriedad á

ajustar nuestra vida á la ley de Jesucristo que profesamos, y á procurar que todos los hombres le confiesen y adoren.

Favoreced, ilustre apóstol, favoreced nuestra resolución; interceded con el Señor para que nos asista con sus auxilios; dispensadnos vuestra protección, y sirvan vuestros ejemplos para encendernos en vuestro celo. Rogad por nosotros, para que llegádonos á Jesucristo en esta vida por una fé viva, y por la imitación de sus ejemplos, nos unamos después con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo en la Gloria, y cantemos todos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. *Amén.*

ANL

MA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO

DE SAN FELIPE BENICIO.



*Accede, et adjuuge tunc currum istum.
Dile peisa, y arrimale á ese carruaje.
(ACT. APOST. VIII, 24.)*

Admirable se muestra en gran manera la bondad de Dios y su benéfica providencia, en los medios de que se sirve en la conduccion y guía de las almas en su Iglesia. Todo lo dispone de un modo conveniente al orden y conjunto general de ellos, y análogo á la naturaleza, inclinaciones y libre albedrío del alma, que ha predestinado para realizar sus planes providenciales. Si en alguna cosa se muestra la omnipotencia de Dios y su sabiduría infinita, de una manera en alto grado sorprendente á la humana capacidad, es en las relaciones místicas del alma para con El. Dios deja al alma enteramente libre; contentándose con enviarle socorros, más ó ménos abundantes, luces más ó ménos brillantes, y espera que ella obre. Muy lejos de coartarle su libertad, muy lejos de hacer la menor violencia á sus inclinaciones, parece que, al contrario, jamás goza el alma de mayor libertad que cuando se abataza al seno maternal del amor divino, al regazo de la divina Providencia.

Razon tiene, pues, católicos, nuestra santa madre la Iglesia, de exclamation con santo transporte de admiracion: «¡Oh Sabiduria increada, >que procedente de la boca del Altísimo, todo lo abrazas y arreglas de un cabo de la creacion al otro, disponiendo todas las cosas con suavidad, que nada hace de violento, pero con fuerza indefectible, que todo lo alcanza y obtiene infaliblemente.» Y en efecto; recorred la historia de la santa Iglesia, esposa del Cordero. Al principio, nada vereis de más sencillo, de ménos complicado: comparad sus primeros años de vida pública con los últimos siglos en que nos hallamos. ¡Cuántas nuevas instituciones, cuántas y cuán diferentes leyes, ordenanzas, prácticas y ceremonias! La fé, la doctrina, el dogma, el Evan-

gelio son los mismos; pero las necesidades y las conveniencias sociales han exigido ese crecimiento, ese aumento de la economia y administracion de la Iglesia. No hay una sola institucion eclesiástica, que no haya sido, ó revelada, ó dictada por la más exquisita y prudente sabiduria, ó bien por la más imperiosa necesidad.

Pero, en donde se ve más patente esta marcha divinamente sabia y prudente, es en la fundación ó en la reforma de las Órdenes regulares. No hay una, que no haya sido divinamente inspirada; no hay una sola, que no haya correspondido á una necesidad mística de nuestra santa Iglesia. Sin embargo, á pesar de esta real y efectiva necesidad, la Sabiduria divina ha dejado obrar al hombre. El Santo, encargado de Dios para tan altas funciones, ha obrado con tan entera libertad, que puede muy bien decirse, que Dios, al parecer, se oponia á su discrecion en la ejecucion de los designios que sobre él tenia. Admiremos la infinita bondad y dignacion amorosa de Dios, que tan propicio se muestra á favor de sus criaturas.

Grande habia sido en todos tiempos la tierna devocion de los fieles á la santísima virgen Maria: se habian venerado en todos tiempos sus Dolores; los más mínimos pormenores de su sagrada vida se celebraban con la más interesante piedad. Sin embargo, todavia no habia un cuerpo público, un Instituto religioso, que estuviese especialmente consagrado á la continua veneracion de los acerbos dolores, que nuestra amantísima Madre padeció en su corazon sagrado durante la vida, pasion y muerte de su divino Hijo Jesucristo nuestro Señor. Estaba reservado á siete patrios honrados de Florencia, el ser los instrumentos de que la divina Providencia se valió para la institucion de un Orden de Siervos de Maria, cuya ocupacion y ejercicio principal fuera el de venerar sus sagrados Dolores. El Orden santo estaba fundado; todo iba bien; sin embargo, se notaba que faltaba algo para dar alma á tamaña empresa. Pero hé aquí que un jóven noble, rico, que habla estudiado con fruto la medicina, entra en una capilla que pertenecía á un pequeño hospicio de los nuevos Siervos de Maria. Este jóven es Felipe Benicio; entra á oír misa, y sale de ella movido interiormente: pide el hábito; como se sabe que no tiene carrera eclesiástica, se le admite como lego. Felipe admite gozosísimo, y se cree en alto grado dichoso porque es admitido á ser siervo de los Siervos de Maria.

Pues bien, católicos: este humildísimo siervo de los Siervos es el destinado por Dios para obrar grandes maravillas. Para vuestra edificacion, hé aquí la proposicion, objeto de vuestra piadosa atencion. La santísima virgen Maria escoge á Felipe para gloria del Orden de sus

Servos, y para ornamento de la Iglesia universal. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

Desde que nuestro divino Redentor nos hizo el precioso legado de su Madre, constituyéndola Madre nuestra en el árbol sacrosanto de la Cruz, por aquellas misteriosas palabras: *Mulier, ecce filius tuus*, los fieles todos no han cesado de tributar á Maria el culto que la es debido como Madre de Dios-Hijo, y como Madre nuestra. La Iglesia misma desplegó la mayor poñpa siempre que se trataba de honrar á nuestra divina Madre; y no se ofrecia ocasion ó circunstancia oportuna que no aprovechase, para manifestarle la tierna piedad de que debia ser objeto por parte de los cristianos. Allá, en el Oriente, habia ermitaños santos y fervorosos para con la augusta Madre del Salvador á la cual veneraban, y á cuyo culto se dedicaban en el monte Carmelo. Falta, sin embargo, una Orden especial, que canónicamente establecida, estuviese principalmente consagrada al culto y veneración de la santísima Virgen, en la piadosa memoria y contemplación de sus sagrados Dolores. Y con efecto, católicos: si Jesucristo nuestro Señor nos engendró en la Cruz á fuerza de dolores; si lleno de misericordia para con nosotros quiso que su santísima Madre fuese tambien como una Corredentora del hombre caido; si quiso que su santísima Madre padeciese dolores, y dolores amarguissimos, para elevarlos al grado de merecimientos por nosotros pecadores; ¿no era muy justo y natural, que cuando la Iglesia hubiese echado raíces en el seno de la humanidad, hubiese en ella una Orden especial, cuyo objeto fuese el de ejercitar la piedad cristiana en la meditacion de las angustias y dolores de nuestra amantísima Madre?

De esta suerte, y solo de esta suerte, parece llenarse cumplidamente la tierna solicitud filial del hombre redimido para con la Madre augusta del Redentor; las miras de la Iglesia en su solicitud por el culto de Maria. El año mil doscientos treinta y tres, Siete patricios de entre los más nobles é ilustres de la ciudad de Florencia, miembros todos ellos de la célebre cofradia de los Laudiosos ó Alabadores, dirigian sus alabanzas y súplicas á la santísima Virgen, su abogada y patrona, en el día de su gloriosa Asuncion á la Gloria, cuando hé aquí, que, repentinamente, se les aparece la misma santísima Virgen á cada uno en particular, ordenándoles abandonen en seguida los honores del siglo y todas sus riquezas, y se retiren del mundo para servirle con mayor fervor y pureza. Apenas hubieron terminado sus ejercicios, se comunicaron mutuamente esta aparicion tan sorprendente: en el espacio de veinte y tres dias venden sus bienes, cuyo producto

distribuyen entre los pobres y en obras pias, renuncian á todos los cargos públicos que ejercian, y se retiran á vivir en una casita pobre no léjos de la ciudad? Ciertos prodigios obrados á su favor, dieron á conocer al pueblo que este proyecto venia de lo alto, y que la santísima Virgen tomaba la empresa por su cuenta. En cierta ocasion en que estos santos fundadores solitarios entraron en Florencia á unas solemnidades piadosas, el mismo Felipe Benicio, de solo cinco meses de edad, prorumpió milagrosamente á vista de aquéllos: «¡Estos son los Siervos de Maria! ¡Estos son los Siervos de Maria!» Milagro, preludio de lo que un dia seria este santo niño.

La humildad de estos santos ermitaños se contentó por entónces con vivir retiradissimos en su soledad; la santísima Virgen, sin embargo, que todo lo iba preparando convenientemente, inspiró al bienaventurado obispo Ardingo, el ceder á los nuevos ermitaños todo el monte Senario, que era una soledad vasta y retirada, y que podia ofrecer recursos para el cultivo y trabajo manual. Trasladados los siete santos ermitaños al monte Senario, se entregaron con nuevo ardor á los rigores de la vida solitaria; pero sin atreverse ni aún á pensar en establecer un Orden regular, ó una Congregacion, contentándose con santificarse más y más. Pero los prodigios fueron tales y tantos, que por fin, su profunda humildad tuvo que ceder á las órdenes del Cielo: porque en un dia de viernes santo, que en aquel año caia en el veinticinco de marzo, cuando los santos ermitaños estaban meditando sobre la Pasion del Salvador y los dolores de su santísima Madre, se les apareció esta Señora, mandándoles fundasen una Orden en su honor, llamándose sus Siervos, bajo la regla de S. Agustin, y adoptando el santo hábito que la Virgen santísima les mostró. Este prodigio tan claro y evidente desvaneció toda incertidumbre, toda pusilanimidad; y conociendo que era voluntad del Cielo la fundacion de un Orden de Siervos de Maria, y que ellos habian sido los escogidos para tan árdua empresa, se conformaron á tan celestiales disposiciones.

Mientras todas estas cosas se pasaban en Florencia, el jóven Felipe, después de haber concluido en aquella ciudad el estudio de las humanidades, fué enviado por sus padres á Paris para estudiar medicina. El jóven estudiante, sin faltar en nada á sus devociones diarias, adelantaba mucho en sus estudios; y sus padres, lo enviaron despues á Padua, célebre universidad en aquella época, en donde terminó los estudios de la facultad de medicina, y recibió todavia muy jóven, la bota de doctor. Terminados pues, sus estudios, regresó á sus hogares paternos, con el corazon tan puro y santo como habia salido de ellos en el principio de su carrera.

Apénas regresó de Pádua, se puso á meditar seriamente sobre el camino que debía emprender. Temeroso de Dios, celoso por su gloria, y solícito de su propia salvacion, queria saber qual era el camino por el que Dios queria conducirle; queria conocer qual era su santísima voluntad acerca de si mismo. Leccion muy útil y llena de instrucciones. El virtuoso jóven se constituyó en la más perfecta indiferencia: camino seguro para no errar. Sabía que su corazón experimentaba una extrana repugnancia por el mundo, sus pompas, riquezas y honores; y así, decretó huir de él por todos los medios que estuvieran á su alcance. Muy pensativo andaba nuestro Santo en su importante resolución futura, cuando un día, jueves de Pascua, entró á oír misa en una capillita de los hermanos Servitas, ó Siervos de Maria, delante del altar de la Anunciaci6n. Suplicaba nuestro piadoso jóven á la santísima Virgen con el mayor fervor, le dijera á conocer el Orden religioso que debía abrazar. En esto principiá la santa misa, que nuestro Santo se puso á oír con la mayor devocion. En ese día, debéis saber, católicos, que la epístola de la misa contiene la historia de la conversion y bautismo del eunuco de la reina de Candacia, por el apóstol S. Felipe.

Cuando el sacerdote, celebrante, llegó á este pasaje de la epístola: «Felipe, vén, y acércate á este carro;» la santísima Virgen se le apareció sentada en una carroza dorada, presentándole un escapulario negro con estas palabras ó inscripci6n: «De los Siervos de Maria;» y llamándole hácia la carroza. En la noche siguiente una segunda aparicion vino á confirmarle la primera. Pítese el Santo en oraci6n al anochecer, y permaneció en ella hasta más allá de media noche, con el mayor fervor, pidiendo á la santísima Virgen le hiciese conocer la voluntad de su Hijo santísimo de una manera clara y decisiva. Estándole en oraci6n, tuvo el Santo una vision, en la que se le representó hallarse en unos vastos tñmpios desiertos, en donde por todas partes no vein sino precipicios, rocas escarpadas, peñascos, guijarros, lodazales, animales venenosos, sierpes, luzos peligrosos, caminos sin paradero. Atemorizado con tal vision, se puso á clamar: «¡Soacorro, socorro!» y en el momento mismo se le presentó la santísima Virgen Maria, como por la mañana, en ademán de llamarle, y de acercarse á su carroza. La Virgen se le apareció en esta ocasi6n rodeada de ángeles y bienaventurados, y le dirigió las siguientes palabras: «Felipe, vén, y acércate á este carro; y entra en la nueva «sociedad de mis Siervos, de la cual es figura este carro.»

Apénas el día siguiente, viernes de Pascua, amaneció, nuestro Santo se fué inmediatamente á la iglesia de Sta. Maria, en donde re-

silian unos padres Servitas, para recibir de estos venerables Siervos de Maria la explicacion de la vision que habia tenido en la mañana y noche del día anterior. Dirigióse al superior Monñis Monaldó, ante quien se postó humildísimamente, pidiendo le aclarase las apariciones ocurridas y la voluntad del Señor. El santo var6n, inspirado proféticamente, le predijo, que estaba destinado á propagar y encarecer el culto de la santísima Virgen en este nuevo Orden de sus Siervos: que se preparase inmediatamente á ello, y vistiese el santo hábito de la Virgen dolorosa: que ésta era la voluntad de la Santísima Madre de Dios. Tomó, pues, el santo hábito nuestro bienaventurado Felipe en clase de lego, porque su profunda humildad le impidió tomarse el de los padres de coro destinados al sacerdocio. Los Religiosos, sea que no conociesen todo el mérito y capacidad de Felipe, sea que Dios lo permitiese así para probar la humildad de su siervo, le destinaron á la cultura del campo en el monte Senario. Nuestro Santo recibió con gozo indecible el humilde oficio á que le destinaba la obediencia; y lo llenaba tan cumplidamente, como si toda su vida hubieran manejado el azadon, la azuela y el arado unas manos delicadas, que solo habian manejado y abierto libros; acostumbrando de tal manera su espíritu á las modestas ocupaciones del campo con tanta facilidad y alegría, como si jamás hubiera leído libro alguno, ni hecho ningún estudio; y en fin, como si desde la primera niñez estuviera acostumbrado á aquel género de vida.

Pareciále á nuestro Felipe hallarse en el Paraiso desde que entró en Religion. En medio de los trabajos de la cultura del campo y de las tareas ajenas á su cargo, su mente y corazón estaban unidos á Dios por medio de una meditacion fervorosa, y una presencia de Dios no interrumpida. Destinaba los ratos de desahogo ó recreacion á rezar en una gruta situada detrás de la capilla y que le servia de oratorio. Hacía todos los esfuerzos, y tomaba todas las precauciones para ocultar su ciencia; y se requecaba interiormente en extremo cuando los demás lo tenían por necio. Pero se acercaba el momento en que la Providencia divina habia de darle á conocer á la faz de la Iglesia, y permitió que, en cierta ocasi6n, unos religiosos Dominicos, hospedados á la saz6n en la humilde casa del monte Senario, entablasen una conversaci6n con nuestro humildísimo lego Felipe: la conversacion paró en controversia escolástica; y de controversia vino á ser una polémica muy bien sostenida entre los padres Dominicos y nuestro santo lego. Las respuestas y soluciones que éste dió á las dificultades propuestas por aquéllos, fueron tan oportunas, sábias y prudentes, que los padres Dominicos no pudieron ménos de quedar

admirados sobremanera; y dirigiéndose al religioso superior de la Orden de los Servitas, le dieron á conocer la santidad, ciencia y sabiduría encerradas en el lego Felipe. Los superiores de la Orden, justamente conmovidos de este interesante relato, y viendo en esto la mano de Dios, sin decir nada á nuestro lego Felipe, alcanzan del Papa les permita elevarle á la dignidad del sacerdocio. Pero no fué tan fácil vencer la humildad de nuestro Santo: se resistió cuanto pudo; y sólo consistió cuando se le impuso lo fuese en virtud de santa obediencia. Y así fué elevado al sacerdocio.

Apénas ordenado de sacerdote, fué nombrado definidor general de la Orden; y á los pocos años general de la misma. Su celo, su prudencia y su santidad fueron tales, que su Orden admiró en él un prelado otorgado por el Cielo más bien que elegido por sus Religiosos. Fué celosísimo en la propagacion del culto de María santísima y en la de su Orden; y el Señor dió á conocer la santidad de su siervo obrando milagros por su mediacion. En cierta ocasion tuvo que hacer un viaje el Santo, y encontró en el camino á un pobre leproso cuya vista espantaba: pidió éste limosna al Santo, y no teniendo que darle, se quitó su túnica ó hábito interior; y se lo dió al leproso. Apénas el pobre se puso el manto ó túnica, su lepra desapareció, y quedó repentina y milagrosamente curado de ella. La fama de su santidad y de su prudencia era tal, que cuando la silla de S. Pedro vacó por muerte del papa Clemente IV, el sacro Colegio de cardenales pensó muy sóricamente en elegirlo Papa; lo cual, habiendo sabido nuestro Santo, se ocultó en una gruta. Llevando una vida la más áspera y solitaria, para que se le juzgase como muerto, hasta que tuvo noticia de la eleccion del nuevo pontífice Gregorio X. «Baro y sublime rasgo de humildad!

Una vez se vió libre de esto lance, ó eleccion, nuestro Santo promovió con mayor celo y caridad misiones, sermones, establecimiento de cofradías, y diversas prácticas de devocion á la santísima Virgen María. En su carrera apostólica extinguió los odios; reconcilió á los enemistados más rebeldes; apaciguó las facciones que trastornaban á la Italia, aligian á la santa Iglesia y hacian desgranar lágrimas á los verdaderos fieles; componiendo las desavenencias que habia entre aquéllas, y que tanto lastimaban á la Iglesia como á la sociedad. Lleno de méritos y de virtudes, que todos conocian ménos él, nuestro Santo se fué á presentar al concilio general de Leon de Francia, que á la sazón se celebraba, para pedir á Su Santidad y al Concilio universal la confirmacion de su Orden, que todavia no estaba confirmado. El Papa aprobó solemnemente en el dicho Concilio ge-

neral el Orden de Siervos de María, concediéndole muchos privilegios y gracias. Nuestro Santo, así que obtuvo lo que desde tantos años hacia formaba el objeto de sus ansias, regresó á Italia, y como si presintiese que la hora de su muerte no estaba lejos, quiso visitar todos los conventos de su Orden. Cuando llegó al de Todi, postrado á los piés de un altar, lleno de un celestial alborozo, exclamó diciendo: «Este es lugar de mi descanso para siempre.» Predicó en el mismo día un sermón sobre los bienaventurados, en que dejó electrizados á los circunstantes, y manifiesta que él ya lo era en efecto; tal era la uncion santa, el fuego sagrado con que hablaba, y la elevacion de pensamientos que en el discurso manifestó.

Cayó enfermo de una fiebre maligna, que se le declaró en el siguiente día de la Asuncion de nuestra Señora. La enfermedad hizo tales progresos, que el 22 de agosto, día de la octava de la Asuncion, estaba ya en laagonia; y próximo á morir, pidió un crucifijo para meditar en la pasion. Principió á implorar el auxilio del Señor, la proteccion de la santísima Virgen, y la intercesion de todos los Santos, rezando fervorosamente las letanias. Cuando llegó al *Peccatores te rogamus, audi nos*, perdió los sentidos, y se creyó muerto por los circunstantes durante cerca de tres horas; al cabo de las cuales rezó el cántico de Zacarías, y en seguida el salmo *In te, Domine speravi*. «En ti esperé, Señor, y no seré confundido.» Y al llegar al versículo: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu», fijando los ojos hácia el Cielo, salió su alma venturosa del cuerpo, dejando á éste como vivo, tal era la dulce emocion con que murió. Los venerables padres y hermanos no pudieron contenerse al ver tal maravilla, y prorumpieron como por un movimiento superior é involuntario, en cantar salmos é himnos, como para celebrar su tránsito, y no respuestas como para llorar su muerte. El convento apareció iluminado como al mediodía; un perfume celestial llenó no sólo su aposento, sino toda la casa; y la ciudad toda, así como la santa comunidad de los Siervos de María, no cesaban de verter lágrimas de alegría y de pena. De pena, por lo tanto que perdian de alegría, por lo que ganaban. De pena, porque perdian la presencia de un Santo; de alegría, porque tenían un protector más en el Cielo. Así concluyó la vida del grande Felipe Benicio.

Amados míos en el Señor: no puedo terminar este discurso en honor de tan gran prodigio de santidad, sin epilogar sus virtudes y comenzar la marcha de la divina Providencia en la conducta de nuestro héroe. Quiso nuestro Señor Jesucristo, que su santísima Madre fuese honrada en lo que la hizo compañera de su sagrada Pa-

sion, de un modo especial, y por medio de un Orden regular, cuyo instituto tuviese por objeto especial la santísima Virgen en sus sagrados Dolores. Escogió, primeramente, con este objeto, á los Siete primeros fundadores, y quiso que nuestro Felipe Benicio les sirviese de propagador de un Orden tan santo. Habiéis visto que por medios tan suaves, y al mismo tiempo admirables, condujo Dios al joven Felipe, hasta que por inspiracion y aparicion de su santísima Madre, lo introdujo á hizo compañero de sus Siervos. Os he manifestado los medios de que se valió la divina Providencia para darle á conocer á la Iglesia, y ponerle á la cabeza de Orden tan ilustre. Sabido tenéis, las maravillas y milagros que el Señor obró por medio de su siervo para dar á conocer su santidad. En todo este interesante relato habéis estado viendo la mano del Señor, que todo lo conduce de un modo suave, pero seguro, al cumplimiento de sus designios; en segundo lugar, habéis observado la divina sollicitud de nuestro Señor Jesucristo para honrar á su divina Madre. Pues bien, católicos: ¿qué más podré deciros para interesaros á favor de un culto tan tierno, para excitaros á una piedad tan justa, puesto que es la piedad filial más sublime y acendrada para con nuestra santísima Madre? Demos gracias y bendigamos eternamente al Espíritu Santo, porque se ha dignado inspirar en su Iglesia sentimientos tan tiernos, tan celestiales y tan dignos de la augusta Madre de Dios-Hombre, y porque se ha dignado esparcir por toda la Iglesia universal la devocion á nuestra santísima Virgen dolorosa.

Y vos, héroe santo, objeto noble de estos cultos que nuestros corazones os presentan, bienaventurado Felipe, que desde el Cielo nos estáis viendo reunidos aquí en derredor de nuestra Madre dolorosa, y en derredor vuestro; dignaos mirarnos con amor y predileccion; alcanzadnos del divino Espíritu, el que contemplamos dignamente la Pasion sagrada de nuestro Señor Jesucristo, y los Dolores de nuestra santísima Madre; alcanzadnos, sobre todo, el que grahiéndolos en nuestros corazones, solo vivamos para Jesús, para Maria, y para gozar con vos de los inefables gozos de la Gloria. Amen.

PANEGÍRICO
DE SAN FELIPE DE JESÚS,
PROTOMÁRTIR MEXICANO.

*Gratia Dei sum et quod sum, et gratia
ejus in me operari non fuit.*
Por la gracia de Dios soy lo que soy, y
su gracia no ha sido esteril en mí.
(1 COH. XV, 10.)

El vastísimo continente americano estaba condenado á la esterilidad para el Cielo. Muchos siglos, lo decimos con dolor, aquellos pueblos yacieron sumidos en las tinieblas de la idolatria; pero, desde que llegaron allí los españoles, la luz del Evangelio lució sobre tan hermosos continentes; los Franciscos Solanos, los Luises Bertranes, los Toribios de Lima, enseñaron á los americanos las virtudes más sublimes con sus palabras y con sus ejemplos; y la América produjo las Rosas de Lima, las Azucenas de Quito, los Felipes de Jesús, y otras muchas y muchas almas santas, que ha transmitido al Emipreo. Hermosas regiones de ambas Américas, que habéis merecido la dicha de formar una parte muy escogida de la santa católica Iglesia, erguid con santa emulacion vuestras nobles cabezas, y mostrad con cristiano orgullo, esos frutos de bendiccion con que el Cielo os ha favorecido. En ningun pais de los antiguos continentes del mundo se ha propagado con mayor rapidez la sagrada Religion que en vuestras inmensamente dilatadas comarcas; en ninguna parte ha echado tan hondas raices en ménos tiempo. Es un fenómeno nunca visto en la historia del mundo vuestra pronta civilization, vuestra prodigiosa transformacion religiosa.

Amados míos en el Señor, la solemnidad del bienaventurado Felipe de Jesús, protomártir mejicano, nos presenta la materia más dulce, más consoladora y más llena de cristianas esperanzas, de

cuantas pudieran reunidos en este augusto santuario. Cristiana educación; infancia y niñez pasada en una santa sencillez; juventud extraviada, más por ligereza en la voluntad que por perversidad en el corazón; un retorno sincero; un arrepentimiento heroico; una áspera penitencia y un martirio cruelísimo, aceptado no solo con resignación, sino hasta con una alegría celestial, que el heroico y magnánimo espíritu del glorioso mártir no podía disimular; hé ahí lo que suministra caudalosa materia á una vida corta, pero muy llena de útiles enseñanzas.

Me propongo haceros ver en el jóven Felipe de Jesús un campo de batalla, en que á brazo partido luchaban la naturaleza corrompida y la gracia reparadora para disputarse un alma tan preciosa. La gracia triunfó en fin, y logró hacer de un jóven disipado, un ilustre penitente y un heroico mártir. Hé ahí el objeto de mi discurso. En su primera parte, os presentaré á Felipe inocente, extraviado, convertido; en la segunda, os lo haré ver un ilustre penitente, un heroico mártir. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

La vida del hombre en la tierra no es otra cosa sino un combate, y un combate continuo, encarnizado, sin descanso, un combate á muerte. El campo de batalla es nuestra flaca naturaleza. Los combatientes son, de un lado, aquel que lleva escrito en su armadura: «Rey de los reyes, Señor de los señores.» En su compañía millares de ángeles asisten reverentes y obedecen sus órdenes. Sus armas son la fé, la esperanza, la caridad, la humildad, el desasimiento de sí mismo y de todo lo que no sea Dios; la castidad, la mortificación. El alférez real de este ejército es el arcángel Miguel, que lleva escrito en su estandarte: «¿Quién como Dios?» Su divisa es: «El amor de Dios llevado hasta el desprecio de sí mismo.» Hé ahí el ejército de Jesús, nuestro Dios, nuestro Redentor, nuestro Salvador. En el otro lado se halla el soberbio Lucifer, espíritu celestial, que ofuscado con su grandeza y beldad, se rebeló, ingrato, contra su Criador, conspiró contra su gloria eterna. Siguiendo legiones numerosas de demonios, ciegos satélites ó instrumentos suyos, que, agitados por las furias de la desesperación, ciegos de orgullo y no respirando sino destrucción y muerte, le obedecen con horrible fidelidad; y si en algo traspasan los planes satánicos de su caudillo, es para añadir crueldad, malicia é intensidad en la ejecución del mal. Sus armas son el orgullo de la vida, el amor propio, la codicia, la sensualidad. Luzbel es el alférez de estas infernales legiones. En su estandarte lleva escrito: «¿Quién como yo!» Es su divisa: «El amor de sí mismo

hasta al desprecio de Dios.» Disafiado tanets el campo de batalla; dos campeones con sus dos ejércitos: Jesús y los buenos á un lado; Lucifer y los protervos al otro. Una presa ván á disputarse; la batalla vá á comenzar; veamos cual es el objeto, el blanco de este combate.

Por los años 1560, nació en Méjico un niño de padres cristianos y de prosapia españoles; llamábanse éstos: Alonso de Las Casas, y Antonia Martínez, distinguidos por ilustre alcurnia y por sus bienes de fortuna. Puséronle por nombre Felipe, y fué bautizado en una de las capillas de la iglesia metropolitana. El niño Felipe, lleno de la gracia bautismal, era un angelito, que no solo llenaba de gozo el corazón de sus padres, sino que regocijaba á los mismos ángeles por su candor, su simplicidad y su pureza. Sus padres hacían de su hijo todas sus delicias, y se esmeraban en educarle cristiana y santamente. En aquel corazoncito tierno solo moraban la dulzura y el encanto; era una viva mansion de las gracias. ¡Ah, tiernecito y candoroso niño! tu alma pura é inocente desconoce los cuidados; tú duermes tranquilamente en el regazo de tu virtuosa madre, y te dejas hacer sonriendo en los brazos de tu amoroso padre. Lejos de tí la turbación y la congoja; una dulce sonrisa anima tus labios, sonrosas tus mejillas, y te hace un ángel de paz, de ventura, de delicias. Infantil é inocente, ignoras que esta era de paz, de ventura y de delicias no será de mucha duración.

Poco á poco, el niño Felipe vá entrando en el uso de la razón. Sus padres le enseñan los rudimentos de las primeras letras; pónenle en seguida en el colegio máximo de San Pedro y San Pablo. Alma cándida del inocente Felipe, tú no sabes, que esperándote está en los umbrales de la razón el pérfido Satanás, con sus satélites; el mundo y la carne ván á hacerse sus confidentes formidables, y todos tres se van á conjurar contra tí para hacerte presa del averno; ¡Ah, corazón tierno y puro, lástima tengo de tí al ver los peligros que te cercan! ¡ah, cuántos lazos van á tenderte!

Nuestro jóven Felipe, inexperto y demasiado crédulo á las sugestiones del maligno enemigo, no resiste por largo tiempo. Es atacado á un tiempo por todos lados; temp, vacila, duda; su corazón se deja seducir, y el pecado entra en su alma. Funesta caída que entristece á los ángeles y á los santos, porque ha sido una ofensa á Dios. Lucifer se regocija con esta victoria; sus satélites se sienten envalentados con el primer triunfo, y no contentos con éste se preparan á conseguir otros. En una palabra, la caída del inocente jóven Felipe ha llenado de infernal alegría al campo de Satanás, y de tristeza al campo de Jesús.

Apénas el jóven Felipe cayó de su estado primitivo de pureza y de inocencia, su espíritu se turbó, su corazón se contristó; una guerra viva y abierta de pasiones sucedió á la paz y candorosa calma de sus primitivos años; sentía dentro de sí dos géneos que se disputaban el imperio de su corazón: el géneo del mal, y el géneo del bien. Aquel le impella á todo lo malo, y lo repella de todo lo bueno; éste le inspiraba el amor al bien y el horror al mal. Aquel le arrastraba en pos de los sentidos; éste le hacia conocer con santa rigidez de principios el horroroso precipicio á que éstos le conducian. Aquel le cerraba los ojos para que nada viera sino sus propias ilusiones; le cerraba los oídos para que no oyera las santas y austeras palabras de la verdad, y solo se los abría para lo que le complacía; éste, tomando en su mano el tímido y terso espejo de la verdad, le daba á conocer santas y severas máximas de moral cristiana, le abría los oídos para oír la doctrina evangélica, y le inspiraba un fastidio asqueroso y una repugnancia severa contra las conversaciones sensuales. El géneo del mal trataba de precipitarle en lo más profundo de los inmundos lodazales de la sensualidad; el géneo del bien le representaba al vivo la imagen del Crucificado, que expió en un patibulo nuestros carnales extravíos. En una palabra, el géneo del mal queria arrebatárselo á Dios y entregárselo al mundo; el géneo del bien tendia sin cesar á arrancarlo del mundo, á libertarlo de las garras del leon infernal, y entregarlo á Dios. ¡Atroz lucha! ¡época de congojas y de perplejidades! Tal fué el estado de nuestro jóven Felipe durante los primeros años de su juventud; y ya podeis figuraros, católicos, cual se hallaría una alma que era el blanco de tan encontradas sensaciones.

Yo me figuro á nuestro jóven agitado atrozmente en su espíritu y en su corazón. De un lado, el amoroso Jesús lo está disparando á su cotazon sietas de amor y de dulzura; le dá á conocer sus yerros; recuérdale su antiguo estado de pureza é inocencia; muéstrale sus brazos acardenalados, su sagrada piel desollada en la columna... sus espaldas ensangrentadas hechas arroyos de sangre... su cuerpo sacrosanto todo salpicado de cruces... sus manos y sus piés taladrados, y á una cruz clavados con duros clavos...; su cabeza y frente lastimadas, atravesadas por agudas espinas...; su costado abierto con el hierro de una lanza...; su sangre divina vertiéndose á torrentes por sus abiertas venas. Y este amoroso Jesús, mostrando desde la cruz sus llagas, dice á nuestro jóven: ¡Felipe! mi amigo, ¡mira cuánto me cuesta tu alma! Después de esto, ¿me queda algo que hacer por tí?

A tales demostraciones de la gracia enmudece Felipe; el silencio

se apodera de todos sus sentidos; las pasiones callan. El alma suya comienza á verse libre de los lazos que la tenían apegada á la sensualidad, y ya no siente las molestas impresiones de los sentidos. Al través de las luces de la fé, va á Dios, que lo llama á sí, irrevocablemente; conoce á su amado Jesús, que tan amorosamente le habla; renace la esperanza, y sin saber cómo, hallase su alma encendida en vivas llamas de amor divino; y estas llamas, abrasando su corazón, lo derriten en celestial caridad. Lágrimas de sincero arrepentimiento asoman por sus mejillas; el dolor se apodera de su corazón.

Padre mio, dice, pegué contra el Cielo, y pegué delante de Vos. Fuí un tiempo vuestro hijo de predileccion; Vos me acariciabais con amor; asentábaseis á vuestra mesa paternal á vuestro lado; asistía á vuestros banquetes, y me alimentaba de Vos; Vos aliviabais mis penas, aligerabais mi carga; yo era el objeto de vuestras delicias, y yo era dichoso en vuestro amor. Seducciones infaustas de un corazón inexperto me han alejado de Vos y privádome de tanto bien. Vos habeis mezclado de ajenjos mis placeres, y acibarado mis sensuales delicias para obligarme á volver á Vos; largo tiempo he resistido á vuestro llamamiento. Padre amantísimo de este hijo pródigo, vedme ya á vuestros piés; admitidme, no ya como vuestro hijo, sino como á uno de vuestros siervos y criados. Miradme propicio, y con esto me hareis dichoso. Usad conmigo de vuestras antiguas misericordias; salvadme, sanadme, y quedaré salvo, quedaré sano. Mis méritos son el no tener ninguno propio; pero, ¡oh Padre Eterno! me ofrece los suyos el infinitamente misericordioso Jesús, mi Salvador y vuestro hijo; nada le podeis recusar; y con santo y reverente atrevimiento os los presento á Vos, Padre suyo y Padre mio; me escudo con su pasión; me cubro con el manto de su púrpura. El Eterno Padre recibe la ofrenda del Hijo, y Felipe entra de lleno en la gracia del Señor. Desde este momento lo vereis enteramente transformado; lo que nos resta decir de su vida es la historia de un penitente santo, que se prepara á ser un dia un santo mártir.

¿Habeis reparado católicos, los fenómenos que se pasan en una comarca cuando la aflige una tempestad, y el estado en que queda pasada ésta? Cuando nada en el ambiente hace prever un trastorno, aparecen en un punto de la atmósfera ciertas manchas al parecer de poca trascendencia; poco á poco, de todas partes del hemisferio ván subiendo y agregándoseles nubes blancas en formas de copos oscuros ó cenicientos; una niebla espesa las condensa; y por instantes se vá formando un inmenso nubarrón, que muy pronto cubre al sol, espar-

ciendo negras sombras por los valles. El nublado vá tomando proporciones inmensas, y ya se siente á lo lejos el eco de multiplicados truenos; que se suceden con rapidéz. La tempestad está ya sobre nuestras cabezas; un furioso huracan pretende arrancar de enajo los árboles y sacar de quicio los edificios. Un torrente de aguas se precipita desde las nubes á la tierra. El rayo y la centella caen sobre las altas cimas; la tormenta amenaza acabar con todo... el espanto se espanta por todas partes... y solo del Cielo puede venir socorro. Pero el Dios, que ha criado la naturaleza y la conserva, envía un céfiro suave, que en un momento disipa las nubes; el cielo se muestra placentero; la atmósfera recobra su pureza; las aves vuelven á poblar el aire; y la tierra, como si la borrásca y el trastorno de los elementos no hubieran sido sino un amago de correccion amorosa, un castigo de emienda, se presenta más halagüeña, más fértil, más dócil al cultivo del agricultor. Amados míos en el Señor, cuando despues de haber pasado nuestros primeros años en la inocencia y pureza de vida, viene á oscurecer el horizonte de nuestra alma y á sembrar la desolacion en el campo de nuestro corazón la negra tormenta de las pasiones, todo parece descajarse de quicio en nuestro sér; el huracan impetuoso de las pasiones arroja al desmantelado bajel de nuestra alma á la alta mar, y parecemos estar á pique de ser anegado en una inmensidad de profundas aguas. Cuando todo parece perdida en el bajel de nuestra alma, el soplo de la divina gracia trasmonta á lejanas regiones los dañinos nubarrones, y hace desaparecer la tormenta. Nuestra alma se serena é inundada de gozo, conoce los peligros en que se ha hallado, y los escollos en que se hubiese precipitado sin remedio; si una mano todopoderosa no la hubiera libertado. Entónces entrégase toda sin reserva en las de su divino bienhechor, júrase suya; y sabiendo que á El y solo á El le debe una vida, que hubiera perdido sin remedio, se la consagra entera á El.

Así procedió nuestro Felipe. Apenas los rayos de la divina gracia penetraron en su corazón, infundiendo en él esa divina llama, que alumbrá y que calienta; ese santo arrepentimiento, que tan dichosamente trasforma las almas; resolvió consagrar toda su vida á Dios, y ofrecióle sin reserva todas sus acciones, todas sus palabras, todos sus pensamientos. Empezó una vida penitentísima, y ejercitábase en todo género de prácticas de perfeccion cristiana. Tocado de Dios, se sintió vivamente impulsado á ser Religioso de la Orden de S. Francisco de Asis. Hallábase á la sazón nuestro Santo en Manila, y pidió el hábito de esta seráfica Orden. Admitido, pasó su noviciado siendo la admiracion de todos por su santidad; en su profesion solemne, emitida en

22 de máyo de 1594, mudó su apellido de *Las Casas* por el nombre sacrosanto de Jesús. Desde entónces, no era ya Felipe, sino Jesucristo quien vivía en él; en todas sus acciones, en todas sus palabras re-trataba á Jesús; su interior era el interior de Jesús. Su fervor se aumentaba cada día; su caridad se manifestaba de más en más; y su humildad fué tal, que no contento con los superiores que la regla le señalaba, elegía como fiscal de su conducta á un compañero fiel, que le reprendiera con aspereza y castigara con dura penitencia sus meritos faltas.

Imposible nos es, amados míos en el Señor, el conocer todo lo que se encerraba de grande, de asombroso, de sentimental y de sublime en la heroica conversion del beato Felipe de Jesús. Para ello seria necesario que estuviésemos animados de su espíritu, y enardecidos de su divino amor, y penetrados como él de tan verdadero arre-pentimiento. Con lo poco que os llevo dicho podéis columbrar algo de lo mucho que decir podria; pero, deseando referiros la circunstancia más notable de su vida, á saber; el martirio glorioso que la coronó, me veo bien á mi pesar en la necesidad de pasar por alto muchas acciones gloriosas, que le hicieron tan grande en los pocos años que mediaron entre su conversion y su martirio, que apenas llegaron á tres.

Los ilustres progresos que nuestro Felipe de Jesús habia hecho en la carrera, no ya de la perfeccion de la vida religiosa ordinaria, sino de la heroica santidad, llamaban la atencion de todos los fieles; y la noticia de ellos, venciendo distancias y atravesando mares, llegó desde Manila hasta Méjico, con una rapidéz increíble, á pesar de lo escaso y difícil de las comunicaciones en aquel tiempo. Cuando los ancianos y virtuosos padres de nuestro Felipe tuvieron conocimiento de la prodigiosa mudanza de su tan llorido como querido hijo, quedaron sus corazones tan inflamados de ser testigos de la santidad de éste, que no dejaron piedra por mover para que Felipe viniese á ser conventual de un convento de su Orden en Méjico. El Comisario general de la Orden expidió una patente á Manila, por la cual mandaba, que Felipe viniese á Méjico para recibir los sagrados órdenes. Llegó este despacho á Manila, y Felipe, sometiéndose inmediatamente á la orden de su superior, se embarca desde luego en el primer buque que se ofreció, el cual, dedicado á S. Felipe, parecia pronosticar la felicidad que le aguardaba. Hizose á la vela el 12 de julio de 1596, en el puerto de Cavite, con varios pasajeros. Iba Felipe en la nave con tal fervor, caridad y recogimiento como si estuviera en su celda; ejercitábase en todos los más heroicos ofi-

cios de la cristiana caridad, ya reconciliando á unos, ya consolando á otros, ya socorriendo á los inenfermos, ya cuidando á los enfermos. Catorce días llevaba nuestro Felipe de navegación, cuando se levantó la mar en deshecha borrasca: rompióse el timon, abrióse el casco, y la gente toda, sumergida en la pena más amarga, consultaba incierta si se regresaría á Manila, ya demasiado lejana, ó si arribaría á las costas del Japon, distante cosa de ciento y cincuenta leguas. En medio de esta conternion general, nuestro Felipe, magnánimo é imperturbable, sereno y alegre, alentaba á todos; y exhortaba á la santa resignacion á la voluntad de Dios, y á la confianza en El. Tomó en fin la tripulacion el partido de dirigirse al Japon; y mientras seguian aquel rumbo con el agua á la garganta, y sustentándose los contristados pasajeros con el pan de la tripulacion, vino de nuevo á turbarlos un prodigio. Dejose ver en el cielo una cruz blanca y resplandeciente por espacio de un cuarto de hora; la cual, mudando de color, se puso roja como sangre, y por fin desapareció cubierta con una nube negra. Después de algunos días de muchas penas y trabajos, aportó el desmantelado bujel al puerto de Hurlando en el Japon. Nuestro Felipe fué nombrado por los pasajeros embajador cerca del emperador de este imperio. Mas apenas sentó el pié nuestro Felipe en la isla, cuando principió á experimentar los más groseros y crueles tratamientos. Sufriólos, no solo con paciencia, sino hasta con alegría; y ya desde entónces tenia el dulce presentimiento de la suerte que la divina Providencia le tenia deparada.

Pudo, sin embargo, llegar á Meaco, donde se hallaba el comisario de la Orden de S. Francisco, que le recibió con amor, y á quien instruyó de lo que pasaba en su desgraciada tripulacion. Luego que nuestro Felipe acabó su relato, y cuando se disponia á dejar el convento para ir á visitar al emperador, se observó cerca del repentinamente todo el edificio por órden del mandarin, quedando así presos nuestro Felipe, el comisario, tres religiosos franciscanos, y doce japoneses cristianos que vivian en el convento. En tal estado permanecieron durante el mes de diciembre; los compañeros todos, y en especial el padre comisario, rogaban á Felipe se libertase, gozando de la inmunidad que tenia por leyes ó costumbres del país; y que, además, su nombre no estaba inserto en la lista de los presos. Nuestro Santo, que deseaba ardientemente el padecer por Jesús, y aún más el dar su vida en su defensa, escandalizado como Jesucristo cuando S. Pedro quería persuadirle á que no muriese, respondió á todos con admirable entereza y resolucion: «No permita Dios que mis hermanos estén presos y yo en libertad; de mí será lo que de ellos

fuere.» Caritativa respuesta, que no permite separarse de sus hermanos ni en vida ni en muerte: ¡Oh hermosa caridad fraterna! ¡Oh celestial y santa hermandad, que prefiere la muerte cierta con sus hermanos á una libertad sin ellos! El día 30 de diciembre, cuando nuestro Santo y los demás religiosos estaban en el coro rezando vísperas, se presentó un comisionado con mucha gente armada para conducirlos á la cárcel, algo distante de la ciudad. Nuestros generosos atletas, con el padre comisario delante, que tomó el Crucifijo del coro para ir de guia como capitán de aquella piadosa tropa de mártires, fueron con ducidos á la iglesia, en donde se les dejó atados con crueldad, en medio de las mayores afrentas y desprecios. Nuestro Felipe, con sus ilustres compañeros, entonó delante del altar el *Te-Deum*; y para solicitar la proteccion de la Reina de los mártires, entonó, además, el himno: *O gloriosa Domina*. Otros santos confesores estaban ya en la cárcel, entre los cuales habia varios religiosos y japoneses cristianos.

Apénas se reunieron en aquel lugar de penas los santos confesores, cuando todo se convirtió en alegría. Animándose mutuamente cada uno con las virtudes de los otros, no se oían sino bendiciones y cánticos, con que todos se preparaban á un sacrificio voluntario. Pasados de esta manera seis días, trasladaron á nuestro Felipe y sus santos compañeros de la cárcel al cadalso, para dar principio á la ejecucion de la sentencia, con cortarle, ántes de sufrir la última pena capital, la oreja izquierda y la nariz en señal de infamia. Conociendo este primer sacrificio, y habiendo comenzado á derramar su sangre por tan justa causa, los volvieron á la cárcel, de donde los sacaron en breve para conducirlos por penosos caminos, durante treinta días, desde Meaco á Nangazaqui, á consumar su oblation. Atravesaron populosas ciudades y lugares, predicando siempre con las voces y con la alegría de sus semblantes la verdad de la religion por la cual iban á morir. Nuestro Felipe no cesaba de agradecer á Dios este tan señalado beneficio, de ofrecerle su vida en satisfaccion de sus pecados, en honra de la fé, y en mayor gloria de Dios. Proporcionósele muchas veces ocasion de separarse de la comitiva destinada á la muerte; más nunca quiso admitir tal oferta, ni condescender con las súplicas que se le hacian para librarlo.

Al cabo de unos treinta días de fatiga y de dolor, llegó nuestro Santo con sus ilustres compañeros á Nangazaqui, con más ánsia de perder la vida por Dios, que la que tenian sus tiranos de quitársela. Destinóse una loma ó cerro bajo para la ejecucion del suplicio, y habia ya en el prevenidas veinte y seis cruces, en que habian de

quedar pendientes los cuerpos; preparadas estaban además agudas lanzas, con que habían de atravesarse sus costados. Cuando nuestro Felipe vió su cruz, se arrodilló delante de ella, y deshecho en lágrimas, la saludó con el mayor entusiasmo, exclamando en alta voz: «¡Oh dichosa nave! ¡Oh feliz galeón de S. Felipe, que te perdiste para que se ganase este Felipe! ¡Oh pérdida, no pérdida para mí, sino la mayor de las ganancias!...» Iba á continuar su tierno y santo coloquio; mas los duros tratamientos del verdugo se lo impidieron. Para que no pudiese continuar hablando, ni exhortar así á los demás, amarraron su cuerpo con cinco argollas á la cruz, colocando una de ellas al cuello, dos á los brazos y dos cerca de los pies en las espinillas. Empero, fuera descuido ó fuera refinada malicia, las medidas se erraron de manera, que al levantar el cuerpo en el aire, corrió el cuerpo hácia abajo por su peso natural, y se arrolló el cutis de las espinillas hasta descubrirse los huesos; desunieronse las coyunturas; y quedó tan apretada la garganta, que se iba sofocando por momentos. El cruel tirano, para no ahorrir ningún género de dolor á nuestro Felipe, dió orden para que con dos lanzas le atravesaran los costados, haciendo salir las puntas por los hombros del lado contrario; y en medio del cuerpo de Felipe, únicamente, hizo clavar una tercera lanza que suspendiera el cuerpo hasta dejarlo en su lugar. Traspasado de esta suerte con tres lanzas, invocó tres veces el dulce nombre de Jesús, y le entregó su dichoso espíritu. Así acabó su vida el ilustre protomártir mejicano; el beato Felipe de Jesús, gloria de su patria, prinicias de las Américas, honra del seráfico Orden del gran Francisco, y portento de penitentes.

Su ejemplo nos muestra, católicos, que jamás es tarde para nuestra conversión, ni que jamás nos falta el tiempo necesario para santificarnos. Muéstranos además el ejemplo del bienaventurado Felipe de Jesús, que una vez convertidos sinceramente á Dios, y arrepentidos de nuestra pasada vida, es indispensable el emprender otra nueva, caminando de virtud en virtud, hasta llegar á la cumbre del monte santo, ya que por nuestros extravíos habíamos ido de vicio en vicio, hasta ponernos al borde del eterno precipicio, de que solo nos ha salvado la misericordia divina. Una vez convertidos, no volvamos la espalda, porque no es apto para el reino de los Cielos el que habiendo una vez puesto la mano en el arado, vuelve la vista atrás. Animo, pues, católicos; no hay que desmayar. Si el tentador os sugiere el pensamiento de que es tarde, respondedle con lo que la gracia hizo en nuestro héroe.

Y vos, augusto mártir, prinicias de la santidad del martirio que

Méjico pagó al Cielo, bienaventurado Felipe de Jesús; vos, que arrojado providencialmente sobre las costas del Japón, fuisteis á recibir la corona de púrpura celestial, con que el misericordioso Señor quería honraros y hourar á vuestra patria; desde ese trono que ocupais en el Empero, miradnos con amor, con ternura, con piadoso interés. Pedid por nosotros; pedid por la prosperidad pública y privada; pedid para que, despues de haber amado y servido á Dios, y venerado vuestra memoria en la tierra, merezcamos la gracia de poseerle en vuestra compañía en la Gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN FELIPE NERI.

VALERE FLAMMAM
VERITATIS

*Optavi, et datus est mihi sensus; et tu-
corat, et venit in me spiritus sapientie.
Desee yo la inteligencia, y me fue con-
cedida; invoqué el espíritu de sabiduría,
y se me dió.*

(SAP. VII, 7.)

El siglo XVI fué el siglo de los Santos, fué el siglo de la santidad ilustrada, de la virtud alegre y hermosa. A la cabeza de tantos denodados atletas de la fé y de la piedad que brillaron en aquel siglo, figura como director, jefe y padre un venerable anciano, porque anciano fué desde niño; un prodigio de sabiduría, un gigante de virtud, casi desde la cuna; el asombro de los siglos por su amor á Dios y al prójimo; un serafín ardiendo en caridad, la misma caridad y el espíritu de Dios personificado; el gran Felipe Neri! Su nombre, celebre por sus obras, de que no se encuentra semejanza en la larga serie de los tiempos; hasta y sobre para tener formado su panegirico. No marchó Felipe Neri por las sendas comunes de la virtud, nó; todo en él fué heroico, grande, extraordinario. Tocó desde luego en la cuspide de la perfeccion; se unió con Dios intimamente, y le fué su amigo, el idolo de su alma; Concibió y tuvo un gran deseo, el de la sabiduria divina, y se le comunicó su inteligencia; pidió é invocó la ciencia de Dios, y le fué concedida.

Como hombre particular, fué modelado de honradez, desprendimiento y virtud; como sacerdote, fué el mejor ejemplo, la imagen viva de Jesucristo; y á todos nosotros puede con razon decirnos como el Apóstol: «Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo.» Con una fé más pura é iluminada que la de Abraham y Moisés, con una caridad más ardiente que la de David, con celo más decidido que el de Finaes, con un interés tan constante por la santificación de las almas como el de un apóstol, su vida toda fué para Dios y para sus prójimos. En todos

sus pasos resplandeció y preside un no sé qué de divina inteligencia, que, en verdad puede decirse, que fueron todos dirigidos por la sublime ciencia de Dios; y que desde luego le ilustraba la luz de la Gloria. Grande con los grandes del mundo, pequeño con los pequeños, siempre dulce y amable con todos, se hacia todo para todos, para ganarlos á todos en Jesucristo. Sus grandes pensamientos de honor y gloria para Dios, de provecho y virtud para sus hermanos, de engrandecimiento y decoro para la Iglesia, se desplegaron en la fundacion de santos institutos, que serán siempre la admiracion de los ángeles y de los hombres. Entendió, pues, mejor que nadie los profundos arcanos de la eterna sabiduria; en premio de su inteligencia se le comunicó el espíritu de la misma sabiduria, y con él obró en el establecimiento de monumentos eternos, que revelarán siempre lo sublime de su misma ciencia. *Optavi, et datus est mihi sensus.*

Vasto es, señores, el plan que me propongo, más acomodado para desarrollarlo con dignidad en una obra de teología mística, que en los reducidos límites de un discurso. Sin embargo, yo procuraré estrecharme á mi mismo, y rebajar la altura de las ideas hasta que se proporcionen á la inteligencia de todos. Proharé, que las virtudes de Felipe Neri fueron animadas por la divina sabiduria; y que en premio de ellas, el Señor le comunicó la sabiduria misma; más claro: primero, lo que hizo Felipe por su Dios; segundo, lo que Dios hizo por Felipe. A. M.

El que se ha de dedicar á la ciencia de Dios debe desprenderse de todas las cosas de la tierra; para eso es preciso seguir á Jesucristo, precediendo la renuncia de todo y hasta de si mismo, segun el Evangelio. Arrastrarse por el polvo, envolverse en el fétido lodazal del mundo, implicarse en sus negocios, apreciar lo que él ama, y sentir lo que él siente, está en manifiesta oposicion, y destruye la ciencia de Dios; ó, al ménos, intercepta las sendas que á ella conducen. Así, hermanos míos, yo paso en silencio todas las vanas ó ilusorias grandezas que por aqui halagan á los hombres, cuando hablo de un justo, que sin haber subido como S. Pablo al tercer Cielo, penetró desde la cuna los profundos arcanos que no puede explicar el hombre. Felipe Neri, desde niño, no se contentó con ser bueno, quiso tambien ser perfecto. Él pedía y deseaba de Dios la sabiduria, y su verdadera inteligencia, para aprovecharse á si mismo y para aprovechar á sus prójimos, y le fué otorgada. Él, aunque niño, ya desplegó conocimientos admirables y profundos en la virtud, que apenas otros han podido obtener al cabo de fatigas y largos años. Yo encuentro en los prodigios

de la divina gracia ciertos arcanos ó misterios, que se refieren bien siempre, pero nunca se explican, así como los veo en más humilde escala en las obras de la naturaleza. Que el ímán tenga una vehemente atracción á los metales; que en ciertos parajes del globo haya volcanes perpetuos; que las aguas del mar conserven una amarillez imperdible, son misterios que se ven y que los físicos no explican ni conocen las causas. Del mismo modo, que Felipe Neri en tierna edad rompa el árbol de su linaje, genealogía, que abandone la herencia de su tío en S. German, y que sin dar el último adiós á sus padres, se vaya á Roma para vivir pobre y desconocido, son prodigios de la gracia, que solo Dios, que los obró, nos explicaría las causas.

Con efecto, así sucedió: á Felipe Neri le cupo en suerte una alma buena, que se elevó sobre sí misma al sumo ápice de la perfección. Para él no hubo nunca más que Dios y su amor. Al mismo tiempo que entró en Roma despojado de todos los afectos terrenos, y dado un libelo de repudio á ese mismo mundo falso, engañoso y perverso, reducido á una estrecha, pobre y humilde habitación, que le dieron de limosna al que despreciaba una rica fortuna, contento por espacio de muchos años con el mísero alimento de pan y agua, nada más, se dedicó á nutrir su alma con el sólido manjar de la ciencia divina. Ya estaba bien informado en la literatura y humanidades; ya podía con despejo enseñar la retórica, lenguas y filosofía; pero, llamado, como lo era, indudablemente, al ministerio sacerdotal, procuró estudiar teología y ciencias eclesiásticas; y le hizo con tanto esmero y aplicación, que en breve salió el más aventajado. Entre tanto no se desentendía ni excusaba del cuidado de su alma: las noches las invertía en la visita de las siete iglesias; y el resto de los días despues de sus estudios, en la iglesia de S. Jerónimo de la Caridad, siempre en oración, en cuyo santo ejercicio se formó como una segunda naturaleza. El estudio he dicho, ¡Ah! á los pies de Jesús crucificado era donde lo hacia! Éste era su gran libro; y en la fuente perenne é inagotable de las misericordias de este Señor, en la meditación de los años eternos, aprendía aquella sublime ciencia, que despues desplegó para la salvacion de las almas. Sus virtudes le hacían tan dulce, sencillo y amable, que entró sus compañeros mereció el honoroso título de Felipe el bueno.

Cansado de la compañía de los vivos, se retiró á aprender á morir con los muertos, en las catacumbas de los Mártires y en la iglesia de S. Sebastian. Allí, desabogando á solas con su Dios todas las ternuras de su amor, y olvidándose hasta de sí mismo, derramaba su alma anegada en espirituales delicias, de que el Señor le inundaba y absorbía como en un mar intrinseco é insoundable. Enemigo por instinto de todo

lo que podia balagar la vanidad y el orgullo, vendió todos sus libros y repartió su precio á los pobres; y para socorrerlos, no solo pedía para ellos, sino que los escasos fondos que le destinaba su padre y le proporcionaban sus conocidos, se los alargaba su mano benéfica y generosa. Á un tiempo mismo parecía como que Felipe se multiplicaba, no faltando un solo momento ni á la continua oración, ni á los públicos ejercicios de piedad, ni á la asistencia de los enfermos en los hospitales, ni al cuidado de los menesterosos y pobres. Á la práctica cristiana de la visita de las siete iglesias conducía en pós de sí una inmensa comitiva de jóvenes, á quienes dirigía su voz de vez en cuando; los instruía en las verdades eternas, y los aficionaba á la virtud y pureza de costumbres. En las plazas, en las calles todas de Roma, en los paseos, en las tiendas, y hasta en los teatros, se hallaba siempre Felipe, reprendiendo los vicios, inspirando las virtudes, sin otra autoridad ni misión que la que le daba el buen olor de las suyas y su ejemplar conducta. En los hospitales servía y consolaba á los enfermos, los limpiaba y daba alimentos y medicinas, insinuándose dulcemente en las oportunidades para instruirlos en los deberes cristianos y en la necesidad de reconciliarse con Dios. Muchos de esta clase hubo, que se aprovecharon de sus consejos en estos lances, de tal manera, que de pecadores perdidos, salieron cristianos ejemplares y justos. En el cuidado de los pobres ponía tanto esmero y vigilancia, que nise le ocultaba necesidad alguna por desconocida que estoviese, ni le faltó nunca el medio de socorrerla. Cuán grato fuese á Dios este servicio lo acreditó aquel inaudito prójio, que refiere la bula de su canonización. Felipe iba de noche, según costumbre, á llevar el preciso alimento á familias pobres, al huir de un corche cayó sin verlo en una zanja profunda, en la que sin remedio hubiera perecido, si Dios no le enviara un ángel, que, asiéndolo por los cabellos como al profeta Habacuc, lo sostuvo y pusiese fuera de peligro.

En la oración era tanta su ternura, su emoción y piedad, que puede decirse sin temor de exagerar, que se unía á Dios tan intimamente como los bienaventurados en el Cielo. El Señor le colmaba de dulzuras, de gracias y de fuego de amor celestial, en falsos términos, que se le veía rendido caer en el suelo atargado y exclamando: «Basta, Señor, basta; no me abruméis más con vuestros favores; retiraos de mí, porque sino moriré.» Otras veces prorrumplía como el profeta: «Mi corazón se ha guardado dentro de mí, y en la meditación de las bondades de mi Dios, se abrasa de fuego.» Ocupado en este santo ejercicio continuamente, revolviendo en su imaginación el gran pensamiento de ser útil á Dios y á sus prójimos, y no hallándo-

lo compatible con el retiro y vida solitaria á que se inclinaba, el Señor le instruyó con dos admirables visiones de la manera con que podría ser anacoreta en medio del mundo. Se le presentó el Bautista predicando penitencia, á pesar de que su destino era para el desierto; y además, otro penitente con los símbolos de tal, pero en medio de una plaza. Con estas visiones, y el precepto expreso de su confesor, trató de elevarse al sacerdocio, aunque lo había evitado con todas sus fuerzas.

Desde esta época, señores, veo yo á Felipe Neri, no como un santo privilegiado, á quien Dios instruyó en los sublimes arcanos de la divina sabiduría, y el sentido verdadero para agradar al Señor, para santificarse á sí mismo, y consagrarse todo entero al bien de sus prójimos; veo más todavía: veo lo que aún no se había visto en ningún santo: veo á la misma Sabiduría y su divino espíritu descender sobre Felipe, obrar sobre Felipe, é inspirarle las cosas y santas instituciones que tanto le honran y hacen memorable: veo, en fin, para hablar claro, lo que Dios hizo con Felipe y por medio de Felipe.

«Si alguno me ama, observará mis mandamientos, y mi Padre le amará y vendrémos á él y haremos mansion.» Esta sentencia luminosa y divina, que envuelve una promesa tan dulce y consoladora, y que la hizo Jesucristo á sus Apóstoles ántes de apartarse de ellos para subir al seno del Padre, fácil es ya conocer si se verificó en S. Felipe Neri, por los antecedentes sentados hasta aquí; fácil es conocer el cúmulo de consecuencias y estupendos resultados, aunque no se puedan explicar todos; porque no es fácil penetrar todo su valor, y mucho ménos hallar términos con qué expresarlos. Porque, hermanos míos, si ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni jamás cupo en el corazón del hombre la abundancia de bienes y delicias que Dios prepara á los que le aman, sin penetrar nosotros en lo interior del alma pura de Felipe, y aún asimismo, sin ir alumbrados de la luz de la Gloria: ¿cómo es posible comprender cuánto fué lo que obró en él la divina Sabiduría, ya para premiar su amor y deseo, ya para que redundase en beneficio de sus prójimos y para bien de las almas? Me parece que el mismo Santo, puesto en un caso igual al de los amados discípulos del Tabor, caería atónito y abrumado en un dulce deliquio, sin poder soportar el enorme peso de tanta gloria. La historia nos lo dice, y la bula de su canonización lo testifica: parece como que andaban á porfía Dios y Felipe; Dios, para premiarle su amor; Felipe, para amarle más. Cierta día de los de la Pascua del Espíritu Santo estaba en oración: su corazón encendido se enervó en dulces coloquios, pidiendo al divino Espíritu le llenase de sus dones; y

hé aquí que de repente se siente abrasado con una llama de encendido fuego; y se halla inflamado en tan noble incendio de amor divino, que sin poderse contener á sí mismo, salta de pié inmediatamente como el que se abrasa; trata de descubrirse el pecho, y se halla con una alegría tan singular, que le llena y embriaga su alma. ¡Oh prodigio inaudito, nunca concedido á ningún mortal, después de los Apóstoles! El Espíritu Santo descendió sobre Felipe también en forma de fuego, y dilató su pecho para que le sirviese de morada, rompiéndosele dos costillas, pero sin que sintiese dolor. Ahora si que puedes decir ¡oh Santo mío! que te se han cumplido tus deseos, que ha sido tu oración oída, y que el fuego de lo alto ha descendido y ha penetrado tus huesos, y te ha enseñado el divino amor! Si, sacerdote santo, más privilegiado que todos, porque más que todos amas á tu Dios.

Felipe Neri, señores, vive ya solo en Dios y para Dios, en cierto sentido, divitiado; sus proyectos, en adelante, sus obras gigantesas y portentosas son obras de la divina Sabiduría. Como el Apóstol puede Felipe decir: «Vivo yo, pero no yo, porque vivo en mi Jesucristo;» vive en mi su sabiduría, su divino espíritu. De tan glorioso principio, de fuente tan limpidísima saltan las aguas de gracia, sabiduría é ilustrada caridad con que riega y fertiliza la iglesia de Jesucristo. La primera de sus memorables y santas fundaciones la tenemos á la vista: en la vela y oración continua ante el augusto Sacramento. Acostumbrado toda su vida á la oración, hallando en ella y solo en ella las delicias anticipadas de la Gloria, luego que juntó cierto número de seguidores y discípulos, estableció una confraternidad, cuyos individuos oraban hasta cuarenta horas en presencia de Jesús sacramentado. Esta devoción vino muy pronto á ser autorizada por los sumos pontífices Clemente VIII y Paulo V, y á propagarse en Roma por todas las iglesias, y después por todo el mundo católico. ¿Lo ignorabais piadosos congregantes del Jubileo de las Cuarenta horas? Pues sabedlo: sois hijos del gran Felipe Neri.

Su encendido amor á Dios era seguido y hermanado del amor al prójimo: sus visitas á los enfermos, sus cuidados para con los menesterosos, y su afición á socorrer á los desamparados, peregrinos y convalecientes, le inspiraron el gran pensamiento de abrir un asilo para todos; y lo hizo, primero, en la iglesia de S. Salvador, en campo y casas contiguas; y después, en la de la Santísima Trinidad de Puente Sixto, en donde hoy subsiste la famosa Cofradía llamada del Peregrinos, confirmada por Pio IV. La caridad tierna é insinuante

de Felipe atrajo á varios compañeros que le ayudasen, y á toda la nobleza romana, que contribuyó con sus caudales para sostener muchos miles de peregrinos, que se juntaron ya en el jubileo del pontificado de Julio III. Felipe, no solo admitía los que se presentaban, sino que los buscaba por toda la ciudad y los campos, para que no sufriesen incomodidad de ningún género.

Observad, hermanos míos, y vereis cómo la divina Sabiduría sella y caracteriza los actos de nuestro Santo, de una manera particular, y con formas privilegiadas, no conocidas todavía. Norma de virtuosos y sábios sacerdotes, Felipe Neri coronó sus obras, y dió pasmosa cima á sus grandes proyectos, y asombró á los venideros siglos, con la ilustre y distinguida fundación de la Congregacion del Oratorio; corporación la más sabia y piadosa con que se embellece la Iglesia católica romana; corporación distinguida por su escuela, por su objeto y por sus circunstancias todas. En ella se cumplió la profecía que hizo el Señor á Felipe, cuando quiso marchar á las Indias en lugar de San Francisco Javier, diciéndole: «Tus Indias están en Roma:» en esta ciudad tuvo ya efecto aquella otra vision misteriosa, en que se le demostró, que sería anacoreta en medio del mundo; porque esta su santa institución heredó por completo su espíritu (duplicado, como Eliseo el de Elias; y su destino en la tierra era y es, el de predicar á las gentes, y el de ganrarlas para Dios con el saludable ejemplo de la virtud libre, alegre, pero modesta de sus hijos.

Bien sé, hermanos míos, que las comparaciones y paralelos de virtud y virtud entre los Santos, son malsonantes y prohibidas; pero sé también, y es de fé, que para la hermosura y grandeza de las obras de Dios, la sabiduría y justicia eterna han designado á los justos diversos oficios, y repartiéndoles diferentes grados de gracia tambien para su fiel desempeño. Así, pues, no puedo ménos de conocer, que si á otros santos indicó el Señor un camino común y trillado, á Felipe señaló otro, por el cual ninguno habia aún andado. Los fundadores de institutos religiosos tomaron todos por tipo y regla comun el retiro del mundo, y la observancia por votos de los consejos evangélicos. Felipe lo entendió de otro modo: Felipe quiso que sus hijos viviesen en medio del mundo, y en él fuesen perfectos; que comiesen y bebiesen, como Jesucristo con los publicanos y pecadores; que se acercasen á los comerciantes y gente del mundo; que admitiesen á las meretrices arrependidas; y que tratasen con todos, para ganarlos á todos, cual el Apóstol. Y todo hecho libremente, sin votos ni compromisos. Los demás fundadores, en medio de su abstraccion, allegaron exenciones y privilegios para sus Órdenes, acaso preciso lo uno y lo

otro por las especialidades de sus institutos. Felipe y los de su Oratorio fueron siempre, son y serán presbiteros seculares, y no más, sometidos al derecho comun de la Iglesia; pero tan ejemplarmente humildes, que desde los primeros dias se vieron á los cardenales Baronio y Palavicino, hijos de Felipe, llamarse, aquel, cocinero perpetuo; y éste, ir tres veces al dia á tomar órdenes de Felipe.

San Juan de los Florentinos y Santa María de la Vallicella serán monumentos eternos del saber virtuoso y humilde de Felipe Neri. Las virtudes de Felipe, su humildad alegre y jovial, su angelical pureza, su ardiente celo por la salvacion de las almas, su continua y fructuosa asistencia al confesionario, y aquel anhelo constante y decidido por el decoro y magnificencia del culto; aquellos tan devotos y continuados ejercicios, siempre animados con la solemne exposicion y presencia augusta del Santísimo Sacramento, y siempre gratos y variados con las melodias y bellos episodios de la música, le acreditaban de un finísimo tacto y de una discrecion y prudencia exquisitas. Si el espíritu de la Sabiduría divina brillaba en sus obras, y sus obras se han perpetuado en sus hijos, ¿discrecion, he dicho! ¿Si el Señor le dió ese don! ¿Si conocia y comprendia los secretos del corazon humano! ¿Cómo, pues, no buscaría los naturales y más propios resortes para ganarlo? Angel en carne humana, ñ hombre sin carne, obtuvo tambien el privilegio de no sentir tentaciones en sí, y el de conocer por el ollato á los que estaban contagiados con el vicio impuro. ¿Cuántas almas no ganó á Dios con estos dones preciosos! ¿A cuántos no arrancó de las garras del demonio!

Pero, ¿y cuándo no fué la virtud perseguida? ¿Cuándo el mérito recompensado? ¿Y más cuando el Inferno perdía con Felipe sus diarios prosélitos? ¡Ah! Los hombres perversos, y los demonios irritados, declararon eruda guerra á Felipe. ¡póquie Felipe, á su vez, se la tenía á todos ellos declarada: la tendieron lazos, para probar y hacer succumbir, si posible fuese, su inocencia; le accecharon, le infamaron, le persiguieron, más en vano; su pureza, su honor y su virtud quedaron más brillantes y acreoladas con el fuego de la persecucion y la calumnia. Dios permite que las obras buenas experimenten obstáculos, para que vencidos, hagan ostentar su valor y su mérito. Felipe los superó todos; y en su Oratorio se dió principio á la frecuencia de sacramentos, que ya no usaban los cristianos tibios y descuidados; se llevó al más alto punto de decoro la suntuosidad en los divinos oficios; y se hizo casi continua la oracion y ejercicios devotos. Él perpetuó una generacion de sacerdotes santos, sábios y celosos del bien de las almas; pero desinteresados, mo-

destos, humildes y libres. Su vida toda, en fin, fué dirigida por la Sabiduría divina, que le inspiró la verdadera inteligencia y sentido con que se habla de santificar á sí mismo y á sus prójimos. En premio de su grande y seráfico amor á Dios, el Señor obró en él y por él los prodigios más inauditos y portentosos. Deseó la sabiduría, y se la dió; pidió é invocó al Señor; y le envió su espíritu.

He concluido lo que prometí: falta sólo que nosotros imitemos al gran Felipe Neri; que deseemos como él la sabiduría; que la invoquemos y la merezcamos, amando mucho á Dios y al prójimo. No será poco adelanto la devoción á este distinguido Santo; yo os la recomiendo, para obtener la pureza, la devoción y la caridad perfecta, y, sobre todo, la salvación eterna. ¡Ojalá que el Señor nos la conceda! Y tú, Santo mío, pide y alcanza para nosotros el don de inteligencia en el sentido de la sabiduría celestial: ruega, pide al Señor, que se digne, clemente y pió, echar desde el Cielo una mirada amorosa sobre tu viña, plantada con la virtud de la diestra del Excelso; sobre tus buenos y virtuosos hijos los sacerdotes del Oratorio; sobre todos los cristianos: en fin, sobre la Iglesia de Jesucristo; y que la consuele, la dé paz y conjuge sus lágrimas. No te olvides, Santo mío querido, de este sacerdote, el menor y más imperfecto de todos; y que el Señor me mire con misericordia, acepte mis pobres trabajos y padecimientos, y me perfeccione, como debo estar y ser á sus divinos ojos: sí, Dios de bondad, te lo pedimos todos y te lo pide Felipe. Confiemos todos, hermanos míos; Dios nos ve y oye; nos perfeccionará, si lo ganamos, como á Felipe Neri; y nos llevará también, como á Felipe, á la morada eterna de los justos, que es la Gloria.

PANEGÍRICO

DE SAN FELIX AFRICANO,

DIÁCONO Y MÁRTIR, APÓSTOL. DE GERONA.

*Qui victricis dabo et sceleris memora in libro
hinc meo.*

*Al que venciere le haré sentar conmigo
en mi trono.*

(APOC. II, 21.)

¡Vencieron! Esta palabra ha formado en todos tiempos el elogio de un sin número de hombres aguerridos, que, luchando en diversos sentidos en defensa de intereses más ó ménos dignos, lograron contra sus enemigos victorias, que les valieron un nombre ilustre en las páginas de la historia; ¡Cuántas veces, empero, el dictado de vencedor se ha atribuido á personajes, cuyas acciones les merecían el de tiranos y verdugos! Vencieron los Jerjes, vencieron los Alejandro, vencieron los Césares, vencieron otros mil en la dilatada serie de siglos, que han trascurrido desde que el genio de la guerra inculcó su mortal veneno á los hombres; pero ¿cuál fué el resultado de sus victorias? La tierra empapada en sangre inocente, los campos cubiertos de cadáveres; las provincias assoladas, los pueblos devorados por las llamas, la virtud violada, y los gritos de la humanidad desatendidos; hé ahí el fruto de los triunfos de esos hombres á quienes el paganismo, sobre todo, prodigaba el nombre de héroes, y ofrecía laureles, y grababa sobre sus sepuleros la inscripción: ¡Vencieron!

El cristianismo cambió las nociones de las cosas que el error y las pasiones habían trastornado; y dando á los hombres verdades positivas, en cambio de las extravagancias que sustituyeran á las primitivas tradiciones, evocólos á sentimientos más dignos de su origen. Era la luz que estaba llamada á alumbrar el mundo; y á medida que ha extendido por la sobrehaz de la tierra sus esplendentes rayos, los hombres se han persuadido, de que no es vencedor admirable el que sabe ven-

destos, humildes y libres. Su vida toda, en fin, fué dirigida por la Sabiduría divina, que le inspiró la verdadera inteligencia y sentido con que se habla de santificar á sí mismo y á sus prójimos. En premio de su grande y seráfico amor á Dios, el Señor obró en él y por él los prodigios más inauditos y portentosos. Deseó la sabiduría, y se la dió; pidió é invocó al Señor; y le envió su espíritu.

He concluido lo que prometí: falta sólo que nosotros imitemos al gran Felipe Neri; que deseemos como él la sabiduría; que la invoquemos y la merezcamos, amando mucho á Dios y al prójimo. No será poco adelanto la devoción á este distinguido Santo; yo os la recomiendo, para obtener la pureza, la devoción y la caridad perfecta, y, sobre todo, la salvación eterna. ¡Ojalá que el Señor nos la conceda! Y tú, Santo mío, pide y alcanza para nosotros el dón de inteligencia en el sentido de la sabiduría celestial: ruega, pide al Señor, que se digne, clemente y pió, echar desde el Cielo una mirada amorosa sobre tu viña, plantada con la virtud de la diestra del Excelso; sobre tus buenos y virtuosos hijos los sacerdotes del Oratorio; sobre todos los cristianos: en fin, sobre la Iglesia de Jesucristo; y que la consuele, la dé paz y conjuge sus lágrimas. No te olvides, Santo mío querido, de este sacerdote, el menor y más imperfecto de todos; y que el Señor me mire con misericordia, acepte mis pobres trabajos y padecimientos, y me perfeccione, como debo estar y ser á sus divinos ojos: sí, Dios de bondad, te lo pedimos todos y te lo pide Felipe. Confiemos todos, hermanos míos; Dios nos ve y oye; nos perfeccionará, si lo ganamos, como á Felipe Neri; y nos llevará también, como á Felipe, á la morada eterna de los justos, que es la Gloria.

PANEGRÍCO

DE SAN FELIX AFRICANO,

DIÁCONO Y MÁRTIR, APÓSTOL. DE GERONA.

*Qui victricis dabo et sceleris memora in libro
hinc meo.*

*Al que venciere le haré sentir conmigo
en mi trono.*

(APOC. II, 21.)

¡Vencieron! Esta palabra ha formado en todos tiempos el elogio de un sin número de hombres aguerridos, que, luchando en diversos sentidos en defensa de intereses más ó ménos dignos, lograron contra sus enemigos victorias, que les valieron un nombre ilustre en las páginas de la historia; ¡Cuántas veces, empero, el dictado de vencedor se ha atribuido á personajes, cuyas acciones les merecían el de tiranos y verdugos! Vencieron los Jerjes, vencieron los Alejandro, vencieron los Césares, vencieron otros mil en la dilatada serie de siglos, que han trascurrido desde que el géneo de la guerra inculcó su mortal veneno á los hombres; pero ¿cuál fué el resultado de sus victorias? La tierra empapada en sangre inocente, los campos cubiertos de cadáveres; las provincias asoladas, los pueblos devorados por las llamas, la virtud violada, y los gritos de la humanidad desatendidos; hé ahí el fruto de los triunfos de esos hombres á quienes el paganismo, sobre todo, prodigaba el nombre de héroes, y ofrecía laureles, y grababa sobre sus sepuleros la inscripción: ¡Vencieron!

El cristianismo cambió las nociones de las cosas que el error y las pasiones habían trastornado; y dando á los hombres verdades positivas, en cambio de las extravagancias que sustituyeran á las primitivas tradiciones, evocólos á sentimientos más dignos de su origen. Era la luz que estaba llamada á alumbrar el mundo; y á medida que ha extendido por la sobrehaz de la tierra sus esplendentes rayos, los hombres se han persuadido, de que no es vencedor admirable el que sabe ven-

cor reinos y sojuzgar naciones, sino el que sabe vencerse á sí propio y sujeta sus afectos al yugo de la razon; que no es un héroe el que rodeado de satélites, lleva la muerte por todas partes, sino el que humilde y modesto en todo, tiene bastante firmeza para sufrir los tormentos y la muerte ántes que faltar á sus deberes para con Dios; finalmente, que no es hombre grande el que puede hacer y hace daño á sus semejantes, sino el que sabe derramar toda su sangre por su Criador, y por sus hermanos los demás hombres. ¡Cambio admirable! feliz revolucion! Mártires de Jesús, vosotros comprendisteis perfectamente esta doctrina, y tuvisteis valor para practicarla. Superiores á las miras mezquinas de lo terrestre, y á los halagos de la naturaleza corrompida, vosotros marchasteis en pos del eterno Vencedor del mundo; y mirando con indiferencia una vida, que no podiais conservar sin hacer traicion á vuestra fé, preferisteis morir entre los tormentos ántes que amancillaros con una cobarde apostasia. Á vosotros, pues, que triunfasteis de tiranos henchidos de preocupaciones funestas y enemigos declarados de la verdadera religion; á vosotros, si os cumple el dictado de vencedores ilustres; y con razon la Iglesia os teje guirnaldas que siempre reverdecen, y sobre vuestros sepulcros esculpe con caracteres indelebiles este sublime elogio; ¡Vencieron!

Mercedor por todos conceptos es de esta gloria el héroe, que luy arranca las oraciones del cristianismo, ¡Oh! ¡qué admirable se presenta á los ojos de la religion el glorioso diácono S. Félix, apóstol de Gerona! Él se venció á sí mismo, haciéndose superior á los dulces lazos de la sangre y de la patria, por ir á defender en tierra extraña los intereses de la religion; venció á la idolatría, predicando sin temor la divinidad de Jesucristo; venció á los tiranos, muriendo generosamente ántes que abjurar sus creencias; y como vencedor en todos los combates, fad digno de sentarse en el trono que tiene Dios preparado para los que se sacrifican gustosos en las aras de la religion. Esto es lo que me propongo demostraros: para hacerlo con fruto, imploremos los auxilios de la gracia: A. M.

La vida del hombre en la tierra es un continuo combate, pues por todas partes estamos rodeados de enemigos, que procuran vernernos. Jesucristo no quiere darnos totalmente de balde su eterna gloria; exige de nosotros que la conquistemos peleando con valor. Pero ¿cómo triunfar de los innumerables peligros con que está siempre acosada nuestra vida? Basta la divina gracia para alcanzar el triunfo: con ella combatió y venció el glorioso mártir S. Félix. Singular ejemplo de fortaleza, de constancia, de amor y celo nos dió este héroe,

en la más terrible y dilatada persecucion que padeció la Iglesia, la de los emperadores Diocleciano y Maximiano, que excedieron en crueldad á los Nerones, Décios, Domicianos, Trajanos, Valerianos, Severos y demás emperadores. Parecia que en esta persecucion se habian hermanado todo el poder del Infierno, todas las fuerzas del mundo, y todas las furias del abismo, para acabar del todo con la religion, y borrar de la faz de la tierra hasta el nombre de cristiano. Empero, en aquellos tiempos de tribulacion suscitaba precisamente el Señor almas grandes, espíritus sublimes, héroes capaces de burlar el enojo de los tiranos, y dignos de la corona y palma del martirio. Solo en un mes de esta persecucion, cuenta el verable Beda, diez y siete mil mártires; y en el año 307, seis mil seiscientos sesenta y seis, todos soldados, que trocaron su milicia alistándose en las banderas de nuestro Salvador crucificado, y las sellaron con su sangre (derramada por sus enimigos, en odio á la fé católica. Entonces fué cuando previno la divina Providencia un campeon de los más fuertes, para contrarrestar los primeros encuentros de la persecucion de Diocleciano y Maximiano en España.

En la ciudad de Scilitis, en Africa, nace un héroe de la religion, y en otra parte nace un móstruo de la idolatría; Félix el uno, y Rufino el otro; éste será un perseguidor del cristianismo, y aquél un defensor de la fé católica. Félix, educado en las máximas del Evangelio, adornado con todas las gracias, y prevenido con las bendiciones de luzura, es de carácter dulce, piadoso, de honestas costumbres y ejemplar en las virtudes. Rufino, imbuido en los errores de la idolatría, es de carácter feroz, de costumbres depravadas y ejemplar en los vicios. Félix es enviado con su hermano Coculfate á la célebre entonces universidad de Cesarea, donde se profesaban todas las ciencias. En ella aprendieron perfectamente la ciencia más importante, la ciencia de los Santos, la ciencia de salvarse. Sus adelantamientos en las otras ciencias les otorgan las honras, las cátedras, los honores, las dignidades, el fausto, la opulencia, el humo de una gloria vano; pero miran con desprecio las conveniencias que se les proporcionan. Pelean contra la ambicion, y la vencen con la divina gracia. Saben que Diociano, el más tenaz perseguidor de los cristianos, es enviado á España en calidad de presidente por los emperadores, para ejecutar los planes de la persecucion fulminada. Encendido Félix en el amor del prójimo, en el celo de la religion, en los deseos de morir por Jesucristo, determina pasar á España. ¡Qué caridad tan ardiente! ¡qué celo tan generoso! ¡qué resolucion tan heroica! Así lo expresa, diciendo á su hermano Coculfate: «Ya es tiempo de buscar otra vida que no tenga fin, porque ésta es de poco momento.»

Quiere Felix llegar á Cataluña, ántes que Daciano fije este terrible decreto: «Nadie adore á Jesucristo; y el que contraviniere á los mandatos de los emperadores, será castigado públicamente con suplicios de muerte los más atroces.» La precision de embarcarse y sufrir la pesadez de la nave, entregado á la discrecion de las aguas y de los vientos, ataban las alas de su ardiente amor, por no llegar tan pronto como sus deseos. Estos deseos le obligan á emprender un viaje tan precipitado, que casi no le dán tiempo para consultar con sus pensamientos, y lo dispone sin despedirse de sus padres y amigos. Á Dios, *Saluta*; á Dios, *Cesarea*; á Dios, *Africa*; á Dios, padres de Felix y de Cucufate; á Dios para siempre, que vuestros hijos y discipulos se destierran voluntariamente de su patria, sujetando á la religion todos sus afectos, y siguiendo los impulsos poderosos del amor á Dios y al prójimo, del celo de la religion, de los deseos de morir por Jesucristo en defensa de la católica fé. ¡Oh Religion cristiana! ¡qué espíritu no formas tan fuertes y sublimes! Antes de tu establecimiento no iban en busca de la horrosa muerte, ni la deseaban ignominiosa á los ojos del mundo sino los desesperados, para salir de su penar insufrible. Solo la insaciable codicia del oro, de las ganancias, hacia cruzar los golfos peligrosos. Solo la ambicion de reinos, de presas y despojos, forzaba á entrar en combates peligrosos con la esperanza de la victoria. ¡Héroes del siglo, que no conocéis otros intereses en vuestras decantadas empresas, llenaos de admiracion, sino de asombro! Dos jóvenes robustos dejan en las costas de Africa á sus padres, patria, y todas las comodidades apetecibles para consumir tranquilamente su vida, y se embarcan para España, porque saben que aquí les esperan los trabajos, las tribulaciones, los horrores de la hambre, de la sed, de las cárceles, de las suplicios, de la misma muerte. ¡Oh Dios mío! ¿quién lo creyera, si no hubiese precedido vuestro singular ejemplo! Sí, oyentes míos: desde que Jesucristo quiso y deseó padecer la más ignominiosa pasion, humillándose El mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, dejándonos ejemplo para que sigámos sus huellas; ¡cuán sin número han sido sus imitadores! ¡cuán deseada la corona y palma del martirio, aun de aquellos héroes que no necesitaban añadir á su santidad este nuevo triunfo, para coronarse eternamente en el trono del glorioso Vencedor!

Entre tantos millares de héroes desea numerarse Felix, y quiere ser de los más ilustres vencedores. Ya, Rufino cruel, comisionado en Cataluña por el feroz Daciano, puedes prevenir todos los instrumentos de tortura y suplicios de muerte, inventados por el odio y la

venganza contra los cristianos inobedientes, que ya salió de Africa tu primer competidor, el invencible en las peleas de espíritu; ya llega Felix con su hermano Cucufate á Barcelona. Se une á los cristianos, predica el santo Evangelio, y es, en sus principios, un predicador apostólico. Deja á su hermano en Barcelona, y corre á Gerona, como deseo de oponerse á los primeros encuentros de la persecucion. Enseña á los ignorantes el camino de la salvacion, arguye y convence á los herejes, convierte á los gentiles, conforta á los débiles cristianos, consueta á los fugitivos, y socorre á los miserables. ¿Qué no haria un doctor como Felix, encendido en el amor y celo de la honra de Dios y de la salvacion de las almas? Confines de Cataluña, y tambien *Gerona* y *Barcelona*, vosotros immortalizareis al héroe africano, al apóstol de Gerona. De sus heroicas acciones, de sus ilustres triunfos llena vuestra memoria, hará que la generacion presente las refiera con entusiasmo á las generaciones futuras. Sí, oyentes míos; oyeron en Felix la voz de los apóstoles, del óptimo doctor, del terror de los felices. Vieron en Felix el caracter amable de la virtud, el bello génia de la religion santa, el dechado del amor de Dios y del prójimo. No tardó Rufino en hallar al astro que no se oculta, y que tanto resplandece en la esfera del catolicismo. Le intimó el decreto de los emperadores, capaz solamente de intimidar á otro cristiano ménos armado con el incontrastable escudo de la fé, caridad y esperanza de alcanzar en todas las peleas el triunfo. Felix ha de acreditar con las obras la doctrina que enseña. Para esto le llenó el Señor de espíritu de inteligencia y sabiduria. Aún me parece que oigo de su boca, en medio de sus fervorosas exhortaciones á los fieles, repetidas aquellas palabras: «¿Qué cosa más gloriosa para los cristianos, cuando por divina vocacion caen en poder de los tiranos, como el mantener la fé á su Dios hasta el último aliento? ¿Qué cosa más admirable, que subir al Cielo, triunfar entre los ángeles, gozar de la divina presencia, y poseer eternamente el trono glorioso destinado para quien venciere? El que ha preparado á los cristianos catalanes para los combates de la persecucion, no solo no teme á los enemigos de la verdad, sino que les sale al encuentro, y los provoca al combate. Hace inútiles los decretos que le intima Rufino, los pone bajo sus piés, y con no ceder, vence. El furor de Rufino se irrita para castigar, como la caridad de Felix se inflama para derramar su sangre en defensa de la católica fé. Vereis en Felix la roca firme, que no pueden contrarrestarla los ímpetus constantes de las más furiosas olas. Vereis al cedro, que colocado en la cumbre, se mantiene erguido con sosiego en medio de los huracanes. En fin, vereis-

el combate, y admirareis la crueldad del tirano Rufino y la invicta paciencia del mártir Felix, cuya victoria anuncia desde el principio el espíritu, que está pronto, y ha de ganar con la carne enferma. Vereis confirmado aquello de: pelear y vencer, fué todo uno.

Una lluvia continua de azotes caiga sobre las espaldas de ese insolente profanador é inobediente súbdito; rasgad su cuerpo y atad de pies y manos, sea puesto en hediondo calabozo, hasta que el hambre y la sed lo consuman, si no adora á nuestros dioses. Ese es el lenguaje de la venganza y enojo de Rufino. ¿Y quién podrá separarme del amor de Dios? Esa sería, sin duda, la respuesta de Felix, repitiendo las palabras del Apóstol: «La tribulación, el encierro, el hambre, la desnudez, el peligro, la persecucion, el cuchillo? Estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes; ni lo presente, ni lo futuro, ni la fortaleza, ni la violencia, ni otra criatura podrán separarme del amor de Dios, que está en Jesucristo Señor nuestro.» Se sostiene Felix en este propósito; se ejecuta la sentencia; es azotado con crueldad, y atado de piés y manos metido en el calabozo. Y cuando juzgaba Rufino hallar á Felix vencido, ó muerto, le encuentra resobrado, y tan valiente como en el principio del combate. Quiere Rufino que su castigo sea público, tan atroz y extraordinario, que escarmentase totalmente de una vez á los demás inobedientes cristianos. Manda que atade á las colas de caballos, sea arrastrado por la ciudad de Gerona. Las bestias azotadas corren velozmente, y lastiman, dislocan y despedazan el santo cuerpo. ¿Y después de tan acerba pasión? Vuélvenle á la cárcel misma tan constante en la confesion de la fe como ántes. Sus heridas son mortales, y en la tierra no hay confortativo: su curacion solo podia ser milagrosa: Y lo fué. Un celestial médico baja á visitarle, confortarle y curarle. ¡Qué alegre compañía! Los tormentos ya pasaron, y el dulzor celestial de que ya participaba, le anima para ofrecerse á otro sacrificio, que le depare otro tan singular consuelo, ó la suma alegría. Desata Felix la pelea, los tormentos, para vencer y lograr el eterno gozo que empezaba á sentir. La crueldad de Rufino y el esfuerzo de los ejecutores multiplicaban los méritos del fiel diácono, y lo acrecentaban como el oro en el fuego, para sentarse en el trono que dará Dios á quien venciere. Temía ya el tirano no recabar la colardia del que se manifiesta en lo más fuerte del combate tan valeroso como al principio, y quiere dilatar su muerte y atormentarle con una lentitud cruel. Todo un día se emplea en tenerle colgado de los piés, abriéndole nuevamente las carnes con peines de hierro. ¡Qué cruel es el hombre! ¡y qué despoído de sentimientos humanos por el in-

terés de ganar un jornal, atormentando á su semejante, que no le ofende! Admiro en ellos el exceso de cruel inhumanidad; pero, más admiro como prodigiosos la fortaleza del paciente. La constancia y la alegría de Felix en lo sublime de los dolores, confunde la furiosa tiranía del cruel Rufino y la insensibilidad de los verdugos.

Vuélvenle vivo al calabozo, al mismo lugar donde probaba los anticipados favores y dulzuras de la Gloria. Un celestial concierto de música, y un raro esplendor que oyeron y vieron hasta las centinelas, que habian de ser testigos más fieles, convertida al tenebroso sitio en celestial Paraiso; y Felix participa más de los bienes del Cielo que de los males de la tierra. Ya no prodiga lágrimas en este valle de miserias, pues cerca está de las puertas eternas; más es cortesano del Cielo entre los ángeles, que viador miserable entre los hombres. La cárcel para Felix es la entrada, y las puertas de ella lo son del Paraiso, donde le dió el Señor la claridad eterna y le coronó. La cárcel para Felix es ya aquel lugar donde Dios enjugará las lágrimas de los ojos de los Santos, donde no habrá más llanto, ni clamor, ni dolor alguno. ¡Ah! Rufino no sabe cuán cerca tiene Felix la eterna dicha, la corona y el trono en que ha de reinar eternamente. No entiende que ya solo le martirizan los deseos de poseer tantos bienes, de recibir tanto premio y el amor de Jesucristo, que multiplican las ansias de gozarle visiblemente en la Gloria; que á entenderlo, no intentara disolver de un golpe los vinculos, los impedimentos de la vida, que solo retarda para más atormentarle, ya que no podia vencerle. Nada atormentaba ya á Felix, sino la caridad que arde en su corazón; y llega ésta á tal extremo, que no podrán apagar la multitud de las aguas en que quiere Rufino sumergirle, y acabar de una vez con quien tantas veces le venia. Mandó que echasen á Felix en alta mar, atado de piés y manos. Ejecutase esta, al parecer de Rufino, última sentencia contra Felix. Mas, cuando juzgaba que aquel bendito cuerpo habia sido pasto de los peces, desatado por el ángel, sale del insondable profundo, y caminando con toda la fe sobre las aguas, llega á la costa. Sale enjuto, y se presenta al tirano, para confundirle más, y más vencerle. Este prodigio, bastante para alumbrar al más obstinado ídólatra, ciega más con sus rayos á Rufino; y apartando la vista del objeto resplandeciente, firma la última sentencia contra Felix, que la anhelaba. Sea decapitado secretamente en el calabozo. Rufino ya no halla otro arbitrio que el de dar la muerte á Felix, quien diéramil vidas por lograr la eterna vida. Acompañémosle; presenciemos el ovissimo combate del vencedor más ilustre. Con las manos cruzadas al pecho se somete á la voluntad de Dios;

en cuyas manos encomienda su espíritu. Con los ojos elevados y alegres, y con la sonrisa en los labios, parece que dice con S. Esteban: *Veo á los cielos abiertos y á Jesús sentado á la derecha de Dios.* El verdugo levanta la cuchilla que ha de dividir el cuerpo. ¡Ay! vuestra piedad diría al verlo: no, no cortes en la flor temprana la mejor vida; pero el animoso Felix os respondería como el apóstol S. Andrés: *No impidiáis la esperanza alegre de la gloria del martirio.* No es clemencia retardar á los mártires la corona. Caó la cuchilla sobre la cerviz de Felix, y el cuerpo separado de la cabeza cae en el suelo, y su alma vuela á su Criador. Contemplada cómo sube acompañada de las virtudes heroicas, que le ponen la corona y le dán la palma de los vencedores más ilustres; y cómo hollando soles entra victoriosa, haciéndose lugar entre los cortesanos de la Jerusalén triunfante.

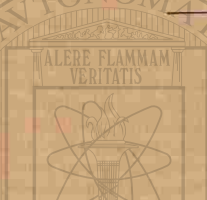
¡Oh muerte! ¿dónde está tu poder y tus derechos? ¿Qué transformación tan bella has hecho en el difunto Felix, que su sangre derramada le hermosea? No, no verá la tierra restituirle esta presa, que la piedad y el culto le arrebatan. Monumentos magníficos, altares ricos, templos suntuosos conservarán el bendito cuerpo, del cual huye la corrupción, y á cuya presencia, en este mismo sitio, temblarán de temor reverencial, y se posturarán las rodillas de los fieles adoradores, que ofrecerán y depositarán para adorno de su sepulcro las diademas con que se coronaron reyes de la España goda. No se leará en estos muros aquel mote funesto que dicta la piedad; sino el más alegre que escribe la fé con caracteres grabados en láminas de oro: «aquí alcanzó el diácono y doctor Felix de Scilla el último triunfo en defensa de la fé católica, y de aquí su alma subió á sentarse en el merecido trono de la gloria, donde ruega á Dios por nosotros.» ¡Michosos padres de Felix! añadid á los trofeos de vuestra esclarecida ascendencia, el nuevo y más ilustre timbre de la corona y palma del martirio, que acaba de ganar vuestro hijo vencedor. Su cabeza, colocada en la iglesia colegial dedicada á su nombre, y su cuerpo en la catedral iglesia de la misma Gerona, obrando maravillas, harán que su nombre glorioso viva para siempre. Los nuevos templos que le dedicará Cataluña, serán el argumento más convincente de la devoción y gratitud á tan glorioso mártir. Los continuos favores del Cielo, que maravillosamente logrará Gerona por su intercesion poderosa, los llevará la fama fuera de los confines de Cataluña; y en Francia, y en Alemania, por todas partes, será admirado, y resonarán las alabanzas del verdadero discípulo de Jesucristo, por cuyo amor dejó á sus padres y hermanos; del celoso doctor, que enseñó y predicó con la voz de los apóstoles; del operario del Evangelio, que

cruzando los mares, se presentó á los riesgos para triunfar de los peligros, oponiéndose á los primeros combates de la cruel persecucion de Diocleciano y Maximiano en España; del verdadero mártir, que menospreció la vida del mundo, y peleó por la ley de Dios hasta la muerte; del que conoció la justicia, vió grandes maravillas, y á quien Dios acompañó en la cárcel, y no desamparó en los tormentos; á quien dió la claridad eterna, y coronó á las puertas del Paraíso, y puso en su cabeza la corona de preciosa pedrería, sentado ya en el trono reservado al que viene.

Hermanos míos; la santa Iglesia, en este día del glorioso martirio de S. Felix, nos lo propone como ejemplo para seguir sus huellas. Cuantas veces celebramos las festividades de los mártires, esperamos por su intercesion conseguir los beneficios temporales; así como imitando á los mismos mártires mereceremos recibir los bienes eternos. Pero nosotros queremos alegrarnos con los Santos, y no queremos sufrir, como ellos, las tribulaciones del mundo. Pasa quien no quiere imitar en cuanto puede á los santos mártires, no podrá llegar á la bienaventuranza de que ellos gozan. Imitemos, pues, á S. Felix.

Y vos, Santo dichoso, desde el encumbrado trono de gloria de que fueron dignos vuestros triunfos; derramad sobre todos estos vuestros devotos la más piadosa mirada, que nos haga sentir el poder de vuestro patrocinio, para encendernos en aquella ardiente caridad que os animaba á padecer por Jesucristo. Alcanzados las bendiciones que necesitamos para ser constantes en la fé, en la caridad y en la esperanza de cantar con vos eternos victores en la Gloria. Amén.

PANEGÍRICO
DE SAN FELIX DE CANTALICIO.



Confiteor tibi, quia abscondisti haec & sapientibus, et prudentibus, et revelasti in parvulis.

Yo te glorifico, Padre mío, porque mientras has tenido encubiertas estas cosas a los sabios y prudentes, las has revelado a los pequeños.

(MATEO. XI, 25.)

Cuanto más se registran las obras de la adorable providencia del Señor en el establecimiento de su Iglesia, tanto mejor se perciben en ellas ciertas señales, que desde luego la distinguen de las opiniones y sectas de los hombres. Y á la verdad; elegir los medios proporcionados para conseguir los fines que se pretenden; valerse de la fuerza para triunfar, de la elocuencia para persuadir, de la grandeza para confundir, y de los deleites para corromper, es el primer plan de la prudencia de los hombres, en que nada se halla de admirable y prodigioso; pero, que la flaqueza en manos de Dios, haya sido más poderosa que la mayor fuerza de los hombres, más que la política del siglo de Augusto, que el Injo de Asia, que la fuerza de los romanos, que la sabiduría de los egipcios, que la ferocidad de los bárbaros, que la vanidad de los filósofos y las supersticiones de los pueblos; y, finalmente, que todo lo grande, lo sábio, lo poderoso del mundo, se deshaga y amigue á la presencia de la rusticidad, flaqueza ó ignorancia de doce pobres pescadores, esto es, hermanos míos, un asombro, es una maravilla, es un prodigio propio y peculiar de la mano del Omnipotente. Grande se manifiesta, Dios mío, vuestra providencia con vuestra Iglesia en el cuidado que habeis tenido de ella, no solo en plantarla con unos medios tan admirables, sino en sostenerla y dilatarla venciendo las herejías, combatiendo la infidelidad, y desterrando los vicios por medio de los excelentes doctores de que la habeis adornado; pero este cuidado aparece mayor cuando elegis para

los mismos fines, no doctores sábios, no grandes, no reyes ni emperadores, sino hombres rudos, ignorantes, sin nobleza y sin poder. Entónces, si, que os confosamos admirable cuando elegis á Felix, lego capuchino, para las mayores obras de vuestra omnipotencia; cuando despreciando la nobleza elegis un Felix de humilde linaje; y despreciando las altas dignidades, poneis los ojos en un Felix, que á lo pequeño de menor, añadió lo mínimo de lego. Éste es aquel pobre levantado del polvo de la tierra hasta el sólio de la gloria; éste aquel fraile simple, que con su vida ejemplar confundió al hebreo, pasmó al gentil, convenció al hereje, y avergonzó al mal cristiano: éste es aquella nada prodigiosa puesta en las manos de Dios, que es el todo para el remedio de las calamidades, el alivio en los desconsuelos, la conformidad en los trabajos, la humildad en las elevaciones, y la sabiduría en las dudas. Hé ahí, hermanos míos, en pocas palabras, el carácter del gran Santo á quien tributamos estos cultos: S. Felix es la nada, mirado á los ojos del mundo; S. Felix es el todo, visto con los ojos de la fé. No extrañeis la idea, porque es la misma que el Santo formó de sí mismo, cuando preguntándole lo que había de ser, respondió: Yo he de ser ó César ó nada. Venid por tanto, pecadores, venid á oír á Felix, que con su nada os desengañará de las falsas ideas que os dá el mundo de un nacimiento ilustre, de la superioridad de talentos cultivados por la ciencia, y de las más brillantes dignidades: lo vereis en la primera parte. Justos, escuchad en el todo de Felix el heroico grado de virtud á que puede llegar una alma fiel á las impresiones de la divina gracia, para que os esforceis á corresponder á las misericordias del Señor: lo oireis en la segunda parte. Justos y pecadores, admirad las maravillas de la divina Providencia, confesad su santo nombre; porque las oculta á los sabios y prudentes del mundo, y las revela y manifiesta á los pequeños. A. M.

Las cosas que acá en el mundo nos parecen envidiables; los encantos que nos alucinan, hasta el punto de que perdamos de vista los bienes internos; los objetos que engañan al entendimiento, y constituyen el todo de la felicidad humana; son el resplandor del nacimiento, la estimación que nos adquieren las ciencias y los talentos, el regalo que se sigue á los deleites, y, finalmente, la opulencia que acompaña á las grandezas y dignidades. Ésas son las ocultas causas que hacen mover y obrar á los hijos de Adán. A eso aspiran sus proyectos, sus movimientos, sus deseos y sus esperanzas. Un hombre adornado de esas aparentes prendas es el todo á los ojos

del mundo; un hombre que carece de ellas es la nada á la vista de las gentes; y ved aquí á San Felix pura nada á los ojos del mundo, pues fué un hombre á quien no condecoraba lo ilustre del nacimiento, á quien no adornaban las ciencias, de quien estaban muy distantes los placeres, y que jamás ascendió á la altura de los grandes empleos y dignidades. Así lo vereis si me escucháis con atención.

La nobleza de la sangre y la vanidad de las genealogías, es el error más universalmente establecido entre los hombres. Todos saben, que es un tronco mismo el origen de todas las familias, y un tronco inficionado, manchado y corrompido por el pecado. El bárbaro y el escita, el griego y el romano, el judío y el gentil, el moro y el cristiano, el esclavo y el libre, el noble y el plebeyo, el rey y el súbdito, subiendo de generación en generación, hancarán descender todos por línea recta de un mismo padre. Todos encontrarán el barro por su origen y principio; y todos conocerán, que lo que distingue los vasos, haciendo que unos sean vasos de ignominia y otros de honor, no es la masa de que han sido formados sino la voluntad del alfarero que les dió el destino. Estas verdades eternas, no ménos olvidadas del mundo que importantes para la salvacion, hizólas patentes el Señor con el nacimiento de Felix. Cantalicio, aldea pequeña situada á las faldas del Apenino, fué su cuna. Nada aparece en su nacimiento á los ojos del mundo, que no fuese oscuro y despreciable. Sus padres y humildes padres, comían el pan con el sudor de su rostro, labrando con fatiga la tierra ingrata desde el primer pecado. Felix careció de un nacimiento ilustre, según la gloria mundana; pero tuvo por su cuna á la virtud; en la que fundó su verdadera nobleza y segura felicidad. Acaso, ¡oh Dios mio! un nacimiento más distinguido le hubiera hecho inútil para el cumplimiento de vuestros designios y para el aumento de vuestra gloria. Porque, á la verdad; ¿qué cosa es un nacimiento ilustre? Es nacer un hombre destinado á seguir las modas, las costumbres, los errores, los abusos de su siglo; es un derecho para transpasar impunemente las leyes, y es, muchas veces, un pronóstico de reprobacion en los impenetrables y ocultos juicios de Dios. No os dejéis, pues, hermanos míos, arrastrar de la corrupcion del siglo en que vivimos. Imitad á Felix, colocando vuestra felicidad sobre la nada de la grandeza humana, sobre el todo de la virtud.

Las ciencias son el segundo escollo de los mortales, y por cuya adquisicion sudan, se fatigan los hombres, viajando por naciones, curando universidades, manejando libros, y pasando en las vigiliás y desvelos de un penoso estudio lo más florido y apreciable de la edad; y

cuando despues de un afán inmenso se han adquirido una lijera tintura de algunas artes ó facultades, se tienen por oráculos, se estiman por unos hombres de otra especie, y establecen su grandeza en el mundo sobre unos fundamentos tan poco sólidos. Porque, á la verdad, cristianos oyentes; ¿qué es lo que sabe el hombre? ¿Sabe, por ventura, con cierta ciencia, alguna cosa dentro ó fuera de sí mismo? ¿Sabe el hombre cómo su alma informa y vivifica el cuerpo, cómo le dá vida y movimiento? ¿Entiende siquiera el hombre, el principio, aumento y compositon de un solo cableto de su cabeza? ¿Pensáis, acaso, que fuera de sí mismo tenga más segura ciencia? Nada ménos. Nada hallaréis más comun en todas las facultades, que poner uno por sólidos é incontrastables principios, lo que otro niega y tiene por delirios y extravagancias. La verdad anula entre sistemas opuestos; cada uno pretende atraerla á su partido. El mundo está entregado á las disputas y opiniones de los hombres, y grande sería la ciencia del que supiese que nada sabía; pero la posesion de esta nada dichosa estaba reservada para ornamento de nuestro glorioso Felix; hombre tan ignorante á los ojos del mundo, que ignoró hasta las primeras letras. ¿Qué quereis que haya aprendido un pobre labrador, decía el Santo, criado en los bosques, guiando bueyes al pasto, creciendo entre los arados, zepas y azcondes, sin dejarlos en todo el día de la mano; y que despues de capuchino solo ha tratado las alfornas, y tal vez la azada en los trabajos propios de lego? Persuadios, añadia, de que yo no conozco otra cosa que la santa Cruz, y con su inteligencia deseo y procuro entender solamente seis letras, las cinco coloradas, y la una blanca; y si yo obtuviere la gracia de comprender estas letras perfectamente, no pediría esta Sabiduria por la de los teólogos y maestros de primera clase. Y preguntándole: ¿qué letras eran aquellas? Respondia: las cinco letras rojas son las cinco llagas de mi Salvador; y la letra blanca su Santísima Madre. ¡Oh ignorancia sábia de Felix, más feliz que todos los sábios del mundo! Venid, hombres ilustrados é instruidos; venid á la escuela de Felix, que con seis letras solas enseñó todas las ciencias; y si no tomáis su leccion os quedareis con toda vuestra sabiduria envueltos en la más culpable ignorancia. Y vosotras, gentes pobrecillas, no os desconsoleis con no saber leer, escribir, contar ni otras ciencias; tampoco Felix las sabía; pero las cinco llagas de Jesús y la amable persona de Maria santísima le servian de libro, el cual está igualmente patente para vosotros; solo resta que os apliqueis á meditar en Jesús y Maria, y que trabajéis como Felix por imitarlos: de esta suerte quedará confundida toda la sabiduria del mundo á presencia de la nada de vuestra ciencia.

Los placeres y deleites de los sentidos son el tercer tropiezo de los hombres; pero el mundo, léjos de hurtirlos como tropiezo, aspira con ansia á conseguirlos. Los placeres forman la mayor parte de la felicidad del siglo; á ellos se dedican las horas, los días, y aún los años; para disfrutarlos se despoja á los mares de sus peces, á los vientos de sus aves, y á los campos de sus flores, de sus frutos y animales. Las músicas, los juegos, las galas, las visitas, los bailes, los espectáculos, todo concurre á formar el idolo brillante del placer, que logra casi tantos adoradores como el universo tiene el universo. Bien pudieran conocer su error, si atendieran á que al paso que los sentidos fueran saciarse con esas exterioridades, padecen los corazones mil sustos, temores y sobresaltos; porque no son los deleites del sentido los que constituyen la felicidad del alma, antes ella se lamenta, viéndose sentenciada á padecer tantos grados de tormento cuantos haya permitido á sus sentidos de placer y de deleite. Bien pudieran entender los del mundo, que el camino de la verdadera felicidad es el camino de la Cruz, y que no es licito á la criatura racional obrar sin algún fin honesto y virtuoso; pero estos útiles y santos conocimientos estaban reservados para nuestro Félix, que, desde su juventud, presentó al mundo un modelo de la más rigida y austera penitencia. No sólo no constituyó su felicidad en los deleites y regalo de los sentidos, sino que les declaró una guerra tan viva y permanente, que duró hasta el último aliento de su vida. Aquellos santos rigores con que empezó á martirizar su inocente cuerpo en sus primeros años, perseveraron sin intermisión hasta su mayor ancianidad. Su vestido en el siglo servía más para cubrir su desnudez que para abrigar su cuerpo. Su hábito en la religion era el más áspero y más usado: su comida el ayuno, su cama unas toscas y desnudas tablas, su sueño las viglias, y su descanso las fatigas; su cuerpo, ceñido con un horrible cilicio, estaba acardenalado con varias y asperisimas disciplinas que tomaba cada noche; y, finalmente, en Félix nada se hallaba que tuviese visos de placer y de regalo. Desengañados, delicadezas del mundo, que no consiste vuestra felicidad en conceder á vuestros sentidos los peligrosos gustos que les concedéis: imitad á Félix, que aunque inocente, se mortificaba para ser discípulo de aquel Señor que dijo: El que quisiere tenerme por maestro ha de negarse á sí mismo, tomar su cruz y seguirme.

Las grandeas y dignidades son el último precipicio á que corren apresurados los hombres. Para conseguirlos dirigen sus pretensiones, ponen en movimiento todos los resortes de la amistad, del parentesco, de la adulacion y otras artes malignas ó indocorosas.

Para conseguir las dignidades se inquieta á los grandes, se interesa á las señoras, se hacen regalos, presentes, obsequios y promesas. ¡Destrichado afán de los mortales! Porque á la verdad, hermanos míos; qué nos las dignidades más eminentes y los empleos más brillantes? Si quereis hablar de buena fé os vereis precisados á confesar, que son unas verdaderas cargas, y las más veces insuportables ó insufribles á los homitres que las pretenden. ¡Dichoso nuestro Félix, cuyos únicos cargos fueron el de inocente pastorcillo cuando niño, de labrador cuando mozo, y de limosnero del convento de Roma cuando anciano! En estas ocupaciones nada se divisa de aquel fausto tan inseparable de las dignidades del mundo. La humildad fué su carácter; y á pesar de las honras que le tributaban en Roma los grandes, los principes, los cardenales, los papas, y aún los mismos santos, como fueron S. Carlos Borromeo y S. Felipe Neri; Félix, repútase no por hombre, sino por la humildad personificada. ¡Oh gran Dios! y si un ejemplo tan poderoso fuera capaz de desengañar á los mortales infatigados con lo ilustre de su nacimiento, con la estimacion de las ciencias, con el regalo de los placeres y con el fausto de las dignidades! El mundo tiene á un hombre condecorado con esas sobresalientes calidades por el todo de la felicidad humana; pero Félix demuestra con su nada, que las dignidades, los deleites, las ciencias, y los nacimientos ilustres, son, cuando se hallan en un angeto sin virtud, unos precipicios verdaderos, unos escollos ciertos, unos tropiezos infalibles, y unos errores manifiestos. La virtud, hermanos míos, la virtud es la que dá el precio, la solidez y el esmalte á todas esas cosas. Sin virtud todas son nada; y la virtud, aún sin ellas, es el todo. Félix os ha convencido de lo primero, y Félix vá á convenceros de lo segundo.

Achamos de ver á Félix sin ninguno de aquellos adornos que forman la felicidad de los mundanos, y sin ninguno de aquellos atractivos que arrebatan las estimaciones del siglo. Escuchad ahora, y le vereis, colocado en las manos de Dios, oír prodigios y maravillas, decidir en los puntos de la ley, ejercer un divino imperio sobre todas las criaturas, penetrar el secreto de los corazones, hacerse el oráculo de su siglo, y gozar con grande plandia en la tierra las dulzuras de la gloria. Yo lo veo sanar todo género de enfermos con solo formar sobre ellos la señal de la cruz; sosegar las irritadas fieras, amansar los embravecidos brutos, mandar á los elementos, y arrancar á la misma muerte sus despojos, restituyendo la vida á los difuntos. Yo le advierto elevado en el aire, contemplando de hito en hito como águila misteriosa el divino Sol de justicia, pasando los

días y las noches en oración, sin dejar jamás la presencia de Dios, y recibiendo sin interrupción regalos, favores, ilustraciones y visitas del Cielo. Yo le veo penetrar los misterios más ocultos de la religión, explicarlos con la mayor energía y caridad, resolver con acierto los puntos más difíciles, y aconsejar con prudencia sobre las materias más profundas. Yo le oigo descubrir los movimientos más ocultos de los corazones, entrar hasta el secreto de las conciencias de aquellos que le trataban, y aplicarlos con rigor ó con dulzura los remedios de sus enfermedades, según la interior disposición de los que habían de recibirlos. El era un hombre justo en su trato, prudente en sus resoluciones, fuerte contra las tentaciones, y templado en los honestos placeres de la vida; sus ojos, sus pasos, sus palabras, sus acciones, sus movimientos todos, respiraban modestia y honestidad. En suma, su cuerpo y su alma eran un acabado modelo de perfección.

Yo no tengo tiempo para individualizar algunos casos que evidencian lo que os acabo de insinuar, ni dejaría de hacerme molesto si tratara de referirlos. Examinadlos vosotros con la más escrupulosa reflexión. Yo os invito á que penetreis su inalterable paciencia cuando, atropellada su venerable persona en una calle por un hombre que iba á caballo, y no pudiendo levantarse por su ancianidad y el daño que había recibido, suplica al religioso su compañero, que ayude al juumento de los Capuchinos para que se ponga en pié, y luego, hincándose de rodillas, pide al ginete le perdone el habersele atravesado en el piso. Romerazdo bien este lance, y pasad después á examinar su penitencia. Arrancado del cuerpo aquella horrible cota de mallá llena de agulnissimas puntas con que se ceñía; miradle bien sus sangrientas disciplinas; no os olvidéis de las grietas, abiertas en los pies por los hielos, las nieves y las escarchas; y veréis como las cosas con un cabo, como si fueran sus carnes insensibles. Dad otro paso, entrad en su celda, y le oiréis con una prudencia cabal y ciencia infusa responder á S. Carlos Borromeo y á S. Felipe Neri, que han ido á consultarle negocios de grandísima importancia, y tomar sus resoluciones como de un oráculo en quien hablaba el Cielo. Pasad después á la iglesia, y le admirareis, no una voz sola, inmóvil, bañado en lágrimas, lleno de resplandores, y como otro santo viejo Simeon con el niño Jesús en sus brazos, regalándose con Él, besándole tiernísimamente, abrazándole afectuosísimamente, y entregándole el alma en cada ósculo y en cada abrazo, especialmente al devolverlo á su Madre santísima, que también estaba presente, alegrándose de ver gozar á Felix los dulces cariños de su Hijo. En fin,

tomad vosotros el tiempo que os agrade para hacer una completa anatomía de sus virtudes; registradlas todas muy bien, dadlas aquel peso y aquella estimación que se merecen; yo sé que no le falta alguna; y por más que mireis con los ojos de la fé, no habeis de hallar sinó un alma fiel á las impresiones de la gracia, que, subiendo de grado en grado por la mística grada y escala de la perfección, llegó á aquella altura, á aquella elevación en que una alma se halla íntima y perfectamente unida con Dios.

Y bien; ¿qué hemos conseguido con ver á Felix confundir con su nada toda la grandeza mundana? ¿Qué hemos logrado con mirar á Felix animar con su todo á las almas en el camino de la perfección? ¿Hemos tomado la resolución de poner el capital de nuestra verdadera grandeza en la virtud, y no en la nobleza, las ciencias, los deleites y las dignidades? ¿Hemos determinado pasar adelante en el camino de la perfección á pesar de todas las contradicciones del demonio, de todas las tentaciones de la carne, y de todos los silbos y menosprecios del mundo? Si es así, dichosos vosotros, y dichoso yo. Yo, por haberos inspirado estas resoluciones santas, que os conducirán derechamente á la vida eterna; y vosotros, por haber sido dóciles á mis palabras. Pero ¡ay! que á la primera ocasión de dar un desahogo á vuestros sentidos, de tomar satisfacción de un agravio, de manifestar la distinción de vuestros talentos, y hacer valer lo ilustra de vuestros antepasados, todos vuestros propósitos se desvanecerán como el humo, todos se aniquilarán como si jamás hubieran sido; volverán las pasiones á tomar el dominio sobre vuestro corazón, os entregareis á los deleites; y con una vida toda sensual llegareis hasta las puertas de la misma eternidad! Gemiréis entonces viendo pasados vuestros años en formar unas torres de vanidad, que se dispararán repentinamente á vuestros ojos, por no estar edificadas sobre el cimiento sólido de la virtud. Os acordareis entonces, de que Felix os enseñó á ser felices, y vosotros no le quisisteis imitar; os acordareis de que con su nada desahó cuanto brillaba en el mundo, y un desengaño tan patente os serviría de tormento eterno.

Y vosotros, ¿oyentes míos, si ya os determinasteis á servir á Dios, ¿qué es lo que os detiene en la prosecución del bien comenzado? ¿Es acaso la pobreza? ¿Pues, qué, Felix era rico? ¿Es vuestra ignorancia? ¿Por ventura Felix sabía leer? Sois frágiles, es verdad; pero Felix no era de vuestra misma frágil naturaleza? Teneis tentaciones, no lo dudo; pero Felix ¿dejó de experimentar la tentación? El mundo os burla y menosprecia; pero ¿acaso el mundo ha usado jamás de otro lenguaje con los siervos del Señor? No os detengais, cristianos, en

el camino que habeis emprendido: el mismo Dios adorais que Felix: en el mismo mundo vivis. Luego, si Felix llegó á ser un todo de virtud á los ojos de la fé, la misma fé nos enseña, que todo lo podemos en El que nos conforta; y que ni la tribulacion, ni la angustia, ni el hambre, ni los peligros, ni las persecuciones, ni la muerte misma podrán separarnos, si no queremos, de la caridad de Jesucristo. Solo resta el que nosotros eficazmente queramos salvarnos, como lo quisieron los Santos. Y pues vos, ¡oh gran Felix! lograis en la bienaventuranza eterna la dicha de ver á Dios y gozarle, pedidle, ¡oh Santo mio! que aparte nuestro corazón del amor desordenado de todo lo temporal, que fortifique nuestra voluntad en el bien, y nos conceda una preciosa muerte en su divina presencia.

PANEGÍRICO

DE SAN FELIX DE VALOIS.

*Sectantini Charitatem.
Cœrent para alcançar la caridad.
(I Cor. xiv. 1.)*

Religion santa y divina, heredera del espíritu sublime de tu fundador! tú sola eres la que, ciertamente, puedes gloriarte de que en ti se halla la verdadera beneficencia, la beneficencia evangélica; solo entre tus verdaderos hijos se encuentra esta virtud celestial. En vano un espíritu novador, un trastorno general de ideas ha pretendido sustituir á la caridad más ardiente, al heroísmo más puro en su ejercicio, la filantropía más insuficiente como interesada. En vano, encomiando esta filantropía, quiso eclipsar el origen divino, el principio eterno en que se funda la caridad, para establecer la beneficencia, que solo se apoya en brazos de carne, en juego de palabras y voces que nada significan. En vano de este modo y con tan sofisticado lenguaje, ha pretendido atraer hacia sí multitud de incautos, que palpando por fin la falsedad y el artificio se han desengañado prácticamente; porque una beneficencia puramente humana no es otra cosa que un sentimiento natural del corazón del hombre; y este sentimiento encuentra en el mismo corazón una multitud de otros afectos naturales que le restringen y le limitan, como la venganza, el odio, el orgullo... De ahí, los hombres que quisieron guiarse por solo los inciertos y vagos principios de su decantada filantropía, lejos de poseer un amor general y sin restricción para con todos sus semejantes, no pudieron ocultar su aversión y odio contra aquellos, cuyo genio, interés, y aún muchas veces simples opiniones, fueron contrarias á las suyas. Para evitar tan injustos procedimientos necesitaba que dimanasen de un principio, que, de una parte, fuera infinito ó sin límites; y de la otra, superior á todos los sentimientos naturales del corazón humano y capaz de dominarlos á todos.

Mas, este principio no puede ser otro que la caridad divina, ni en-

contrarse fuera de la religión cristiana. La caridad, ó el amor de Dios, eleva á la criatura sobre sí misma, le comunica los sentimientos del Sér perfecto que ella ama, la hace mirar á todos los hombres como á sus hijos, como una imágen suya, como los objetos de su ternura; y por estos títulos la hace amar á sus semejantes, le inspira un deseo sincero y ardiente de hacer el bien á todos, sin excepción alguna, naturales y extranjeros, conocidos y desconocidos, buenos y malos, amigos y enemigos; la dispone á sacrificar su fortuna, su crédito, su reposo, y, si es necesario, su vida misma, para salvar al desventurado, al afligido que gime en la tristeza y el dolor, en la persecucion y en la injusticia, sin esperar por ello recompensa alguna, y sin otras relaciones que las de la humanidad.

¡Ah! y qué ejemplos hallaremos de esta verdad en tantos héroes del cristianismo! Y ¿qué modelo más perfecto podré presentaros que el que nuestra madre la Iglesia nos señala en este día? Sí; ella pone delante de nuestra vista la grata memoria del gran patricarca san Felix de Valois, aquel pequeño Moisés, suscitado por la Providencia para volver la libertad á los cautivos cristianos; aquel ilustre fundador de una Orden tan esclarecida, que tan grandes y señalados bienes ha hecho á la Iglesia y á la sociedad; aquel varón santo, que, abrasado de un amor puro y desinteresado, supo dar los testimonios más claros de una beneficencia verdadera, de un amor tan puro y tan ardiente para con su Dios y con sus prójimos, dispuesto á perder su libertad y hasta su misma vida por conservar ambas cosas á sus hermanos afligidos y cautivos, sin otro fin que el de tributar gloria á Dios y sacrificarse en las aras de la caridad; sin hacer alarde de ella, sin pretender otro premio que el que está reservado en la inmortalidad. Bajo estos rasgos pretiendo en esta mañana, cumpliendo mi honroso encargo, daros á conocer el héroe de los presentes cultos. Quiera el Cielo satisfacer mis deseos, que no podrán efectuarse si tú, divino é increado amor, que procedes del Padre y del Hijo, no despides uno de tus rayos que abraze y encienda mi alma. Hazlo así, por aquella afortunada criatura en cuyo purísimo y virginal corazón celebraste tus inefables desposorios: *A. M.*

Aunque, según el Apóstol, no hay delante de Dios excepción de personas; aunque solo se diferencian los hombres en el juicio divino, según la diversidad de sus obras; es menester, sin embargo, confesar, que el nacimiento, la nobleza, los bienes de fortuna y otras calidades externas, dan cierto realce y brillantez á la virtud y santidad, que la hacen más recomendable al mismo Dios, y más admira-

ble á los hombres; ó bien porque es más difícil y raro, que los afortunados en el mundo sean santos por los muchos obstáculos que se les presentan, ó bien porque la constante práctica de las virtudes en estos héroes verdaderamente extraordinarios, confunde los vanos pretextos y frívolas excusas de los que se quieren persuadir de que no solo no es posible alcanzar la cumbre de la perfeccion, sino que aun ésta es inaccesible en sus principios. Así es; que Dios, con su infinita sabiduría dispone, que la virtud de su gracia resplandezca más y más en esos acabados modelos, y que se descubra maravillosamente en ellos lo que parece más árduo y dificultoso.

Dispúsole así en el perfecto modelo de santidad que hoy tenemos á nuestra vista, y en el que no podemos ménos de admirar una virtud en lo sumo del heroísmo, una caridad que jamás se extinguió, desde el momento que se encendió á los resplandores de la gracia y llenó su espíritu en el día de su regeneracion. Yo no hablaré de lo que el nacimiento de Felix tuvo de ilustre, según el mundo: no necesitamos para nuestro intento saber, que este héroe, muchas veces noble y no pocas grande, pertenecía á la real casa de Valois, y que era el heredero de la corona real de Francia, y poseedor de cuantiosas riquezas; de lo que si debemos por todos los medios penetrarnos, es, de aquel abrasado amor, de aquel amor purísimo á su Dios en todos los estados de su vida; porque en cuál de ellos le podemos considerar en que no se descubra esta ardorosa llama? Veámoslo. Animado é impellido de aquel amor purísimo, aprendió de buena voluntad y practicó todas las virtudes: la humildad, la mortificación, la misericordia para con los pobres, y otras muchas. En el palacio de Luis VII de Francia, es decir, en donde se anidan el orgullo, la envidia, la vida regalada; en donde se respira un aire corrompido; la inocencia de Felix se conserva como el lirio entre las espinas.

¡Ah! ¿Quién pudiera hacer una breve reseña de aquel valor heroico que muestra en la conquista de la Tierra santa en compañía de su tío el santo rey Luis!... Los muros de Damasco dirán á la calumniadora impiedad, que la virtud cristiana no es cobarde, que es conforme á la magnanimidad, que el hombre virtuoso es valiente, pero sin presuncion y sin arrogancia. Felix es el primero en el combate, no porque le mueva la ambicion de la gloria mundana, sino por cumplir con su deber. Porque ¿qué hay ya para Felix en el mundo, si el mundo no le pertenece, si ha renunciado cuanto posee y puede corresponderle; si ya no vive, sino exclusivamente para Dios; y si elevado ya al sacerdocio se encamina á las soledades de Galvese y á la montaña de Brodeña?

Hé ahí, hermanos, el teatro donde quiero que con la detención posible le contempléis. En la soledad es donde pretendo haceros testigos de aquel amor puro y abrasado con que se dirigió hacia Dios y hacia sus prójimos, porque, ¿en dónde, cristianos, se aprende más seguramente la ciencia de la caridad que en el retiro y en el silencio? ¿Dónde se fija más el entendimiento en las ideas de la bondad de Dios, de su liberalidad, de su omnipotencia? ¿Dónde se adquiere una idea más clara de la insuficiencia de las cosas criadas para llenar el corazón, criado únicamente para amar el mismo Bien? ¿Dónde se advierte más la necesidad de aborrecer las riquezas, los honores y las dignidades, que tanto nos separan del amor que debemos poner en nuestro Dios? ¿Dónde se goza de aquella paz del espíritu, que produce sola los ordenados deseos del corazón racional? Hablad sinó vosotras, almas afortunadas, que vivís en el retiro y en el claustro: ¿es tan fácil en el tumulto de la Babilonia, entre los placeres del siglo, entre las diversiones del mundo, entre los halagos de los parientes, entre los negocios de la sociedad, aprender la ciencia de la caridad como en la soledad de los claustros, entre las luces de la oración, entre la libertad del espíritu, entre los ejercicios de la mortificación, y entre la fuga de las ocasiones? Decid, ¿no se facilita en nuestra soledad la resolución de abandonar todas las cosas en obsequio de Aquel, que no sufre divisiones en su amor? Pues esto es lo que puntualmente practicó nuestro glorioso Patriarca: vió el mundo y huyó de sus peligros; vió y contempló á su Señor, y se acercó á Él en el silencio y en la soledad, para que allí le hablase al corazón con aquella voz que inflama el espíritu de los que le invocan con afecto y verdad.

¿Qué extraño será, pues, que Felix de Valois se mantenga constante en el amor de su Dios en el resto de su vida, si ha bebido en el desierto aquella agua divina que salta hasta la vida eterna? ¿Qué admiración debe causar, que nada pueda separarle de su Dios, si se ha embriagado en el amor divino mientras ha estado conversando con Él? Herido de este amor su corazón, siente la llaga que no puede ser curada sinó por la mano de Aquel que la ha causado, le busca incansablemente; y después que le ha encontrado, siente que muere á todos los deseos terrenos. Unida su alma á Dios en fuerza del amor, ya su imaginación se halla sin ideas, su entendimiento sin discurso, su corazón sin deseos, sus pasiones sin ruido y sus sentidos sin operación. Entonces todas las criaturas desaparecen de delante de sus ojos como las sombras á la presencia del sol; no siente más que la fuerza del amor que enciende su corazón; no escucha más que la voz de su

Dios, ni gusta más que de la dulzura de su retrato y de su compañía; se admira, se asombra, no alcanza á comprender, como se puede amar y buscar otra cosa que no sea Dios. Gusta, hermanos míos, nuestro Santo en el desierto, unos placeres tan puros y unas consolaciones tan extraordinarias, que no sabe si está en el Cielo ó en la tierra; y si en este estado permaneciese mucho tiempo, sin dudar se rendiría la naturaleza á los violentos latidos del amor.

Después de estas infabes y divinas comunicaciones, desciende de la montaña Brodella resplandeciente de luz, todo abrasado de amor, todo penetrado de Dios, exhalando aromas celestiales, que embalsaman el corazón de cuantos tienen la dicha de acercarse, resuelto y determinado á seguir á su Dios donde quiera conducirle; pronto está á manifestarle su amor, ó por la vida, ó por la muerte; resuelto está á sacrificarse por su amado. ¿No es así, glorioso héroe de la caridad? ¿No sacrificaréis generosamente vuestro reposo y las delicias de la soledad en obsequio del que tan ardientemente amais? ¡Oh! ¿cuán ardorosos son los impulsos del amor! ¡Oh! ¿y á qué pruebas no expone la caridad! Mirad, mirad, glorioso héroe, lo que deseais: mirad que es lo que ofreceis: á mucho os expone vuestro amor... Pero no temais, cristianos, no temais que las pruebas á que puede ser expuesto Felix de Valois, entibien su caridad; no temais que le arrollen los peligros; nada hay incómodo para el verdadero amante: donde hay amor no se encuentra trabajo; y si le hay, se ama el mismo trabajo.

Palpado, cristianos. Una visión maravillosa, aunque oscura, indica al insigne doctor Juan de Mata, que la Providencia le destina para una grande empresa: se ve agitado del deseo de saber la voluntad de Dios, y el Señor le dá á conocer, que el medio más apto es el retiro. Parte presurosamente á él y halla un varón amado de Dios: uno y otro se abrazan, y sin conocerse se saludan por sus nombres. Juan de Mata halla en el desierto á Felix de Valois; una providencia oculta ha unido á estas dos columnas para grandes designios. Bendita sea, ¡oh Dios mio! vuestra sabiduría, alabada sea vuestra providencia. ¿Quién creyera, Señor, al retirarse al desierto nuestro Santo, que había de salir de él para el ejercicio de la mayor caridad? ¿Quién creyera, que un hombre retirado á un bosque, había de ser el destinado para resistir á la sociedad los individuos que tan alejados se veían de ella? ¿Quién juzgara, que un solitario, derramando lágrimas de amor y de penitencia, se preparaba sin advertirlo para enjugar las de miles de infelices perseguidos y maltratados? ¿Quién creyera, que las manos de un solitario, que solo manejan los instrumentos de la mortifica-

cion, estaban disponiéndose para romper las cadenas de los detenidos injustamente en las mazmorras? ¿Quién se persuadirá, que entre dos hombres solos, sin riquezas, sin autoridad, sin compañeros, sin favor, se habian de concebir altos proyectos para los que no eran suficientes los multiplicados recursos del ingenio y del poder? Así es, cristianos; Félix de Valois y Juan de Mata en el desierto, tan humildes y caritativos, conocen los designios del Señor, y se someten á ellos; Dios los destina al árduo empeño de redimir los cautivos de la infeliz servidumbre que padecean bajo el yugo sarraeceno. Desde este punto, nuestro Santo ya no trata más que de cumplir con su ministerio; el amor que hasta ahora le ha hecho colocar todo su corazón en su Dios, le hace desde esta época dividirlo con sus prójimos. Oídle exclamar entre los éxtasis de su caridad: Yo, Dios mío, habia fijado mi espíritu en solo Vos, para amaros á Vos únicamente: si os he de amar con toda mi corazón, ¿qué parte he de dejar en él á mi prójimo? Si mi alma, mi corazón, mis fuerzas han de emplearse en vuestro amor, ¿qué me queda, Señor, para amar á los necesitados? Si todo lo quería yo para Vos, ¿por qué me obligáis á mirar por los hombres? Pero ¡ah! Dios mío, ya conozco que cedéis misericordiosamente una parte del amor que os debo á favor de mis prójimos; pues pronto estoy á cumplir con vuestra voluntad: hablad, Señor, que vuestro siervo os escucha, y está dispuesto á ejecutar vuestros designios.

Tan generosa es la disposición de nuestro Santo para emprender los primeros pasos de la grande obra que empezó á idear. Consolados, cautivos infelices, un nuevo orden de cosas se establece para vuestro rescate; ya se han consolidado los primeros proyectos de vuestra libertad: un pueblo nuevo va á formarse que acudirá á todas partes para socorreros. Félix y Juan de Mata son el alma de esta empresa, más firme y más estable y más feliz en sus efectos y resultados, que cuanto idea la humana sabiduría su caridad, su verdadera beneficencia, como una lluvia oportuna; hará que á vuestros días de tristeza sucedan días de prosperidad y de alegría; saldréis alegres de vuestras oscuras mazmorras, y seréis llevados en paz al seno de vuestras familias. Para efectuarlo, abandona nuestro héroe el lugar de sus dehesas, cual es la soledad; acude al Vicario de Jesucristo, para que confirme su determinación; reúne nuevos compañeros para la feliz ejecución de la empresa; toma á su cargo el cuidado de su recién nacida Orden; interesa á los principes y poderosos del siglo; recoge cuantiosas limosnas para los rescates, sacrifica su reposo, su salud, su vida misma, ¡Ah! ¡y en qué vivos deseos arde de darla en beneficio de sus hermanos alligidos! ¡Cómo suspira porque llegue el

momento deseado de libertarlos á costa de su sangre! ¡Cuántas veces deseó ir en persona á tratar los negocios de la redencion de cautivos con los mismos reyes bárbaros y tiranos, por ver si se le ofrecia ocasion de padeecer el martirio! Pero ¡qué cruel debe ser el que tortura su corazón, viendo que no puede desahogar la llama de la caridad que le abrasa, atendida su avanzada edad! Mas ¡cuán ingenioso es el amor! Ya que por sí no pueda, constituido prelado de la primera casa del orden de la santísima Trinidad en Ciervo-Frígido, sabe inspirar á sus hijos el mismo espíritu de caridad que no puede ménos de admirar, y que atrae sobre ellos las benéficas miras de todos los soberanos de Europa. Los Alonso's, Fernando's, Enrique's, y Felipe's católicos de España; los Manuel's y Juanes de Portugal; los Augusto's y Luises de Francia; los de Alemania, Rusia y Polonia; los de Inglaterra y Escocia han sido testigos de su caridad y de su beneficencia verdadera.

Los actos heroicos con que se señalaron sus hijos, se palparon en las treinta provincias de su extension, se conservaron en más de veinte monasterios, que poblaron más de seiscientos doctores, y de donde fueron elevados al episcopado y á la púrpura cardenalicia; y mil y mil mártires, que dieron testimonio de su ardiente caridad con su misma sangre; caridad tan ardiente, que mereció el dictado de heroica, con que la apellidó el famosamente famoso Voltaire, jefe de los incrédulos y ateos; caridad tan ardiente, que tales ventajas reportó á la Iglesia y al Estado en cerca de cuatrocientas redenciones, en las que se dió libertad hasta á cuarenta mil desdichados caufivos. Estos fueron los frutos y efectos admirables de la caridad, del amor y beneficencia, que no solo ardia en el pecho de Félix de Valois, sino que supo infundir á los individuos del utilísimo instituto, que, inspirado del Cielo y para bien de la humanidad, fundó en union de S. Juan de Mata. ¡Que nos pinte ahora la impiedad, como lo há de costumbre, con los colores más denigrativos esta religion, en que solo se halla la verdadera beneficencia, tan amante de los hombres y tan misericordiosa; que nos la represente como antisocial é intolerante; que la trate de fanatismo bárbaro y sanguinario!... Pero Vos, Dios mío, habeis tenido á bien justificarla por los hechos y hacerla triunfar de sus enemigos, presentando de vez en cuando en vuestros siervos, las señales ciertas de una caridad y de un amor verdadero á los hombres. Que nos presente ahora la impiedad en todas las asociaciones que ha constituido para esclavizar á los hombres y hacerlos infelices, si en una sola de ellas se hallan los verdaderos principios de esa tan decantada beneficencia, y si les ha proporcionado tantos bienes; cuan-

do, por el contrario, esta religion sacrosanta, animada del espíritu de Jesucristo, su fundador divino, en las diferentes asociaciones religiosas que la embellecen, puede dar los testimonios más irrefragables de su amor puro, desinteresado; de sus miras benéficas, y de las ventajas reales y positivas consignadas en una y mil páginas de la historia de la Iglesia y de los Estados. Y concretándose á la que se gloria de tener por su fundador á S. Felix de Valois, ¡qué de conquistas no hicieron sus hijos en la India, bajo la dirección de un Pedro de Corvillanes, sucesor de Sto. Tomás apóstol y antecesor del grande y siempre memorable S. Francisco Javier, cuya venida anunció con trescientos años de anticipación! ¡Ah! la política y la historia recordarán muy ufanas las luces de que es deudora la Francia á un Roberto Gaguino, desempeñando el espinoso empleo de primer ministro de Estado. La sagrada púrpura se envanece y con razon, por haberse unido al toscó sayal del hábito trinitario. El sexto devoto no tuvo su ejemplar y modelo en una Laura, honor de la estirpe real de Castilla, la cual, en union de setenta y dos hijas suyas, juntó en Constantinopla la palma de la virginidad á la del martirio? Trescientos mártires sacrificados al furor del insaciable, del cruel tirano y perseguidor de la Iglesia, Enrique VIII de Inglaterra, tuvieron con su sangre el hábito honroso de Felix de Valois en las islas Británicas. Los apreciadores de la ciencia divina, consignada en la teología dogmática, moral y mística, no podrán ménos de recordar con agradecimiento y respeto la memoria de un Juan Bautista de la Concepcion, de un Beltrán, de un Leonardo, y aún de un Ildefonso del Espíritu Santo. Todos ellos, en fin, herederos del espíritu de Felix de Valois, darán testimonio de la mayor caridad, cual es, según el divino oráculo, el dar la vida por su amado, á que estuvieron prontos y dispuestos en la redencion de los desdichados cautivos.

Hábeis visto, cristianos, con cuánto fundamento os anuncie á Felix de Valois como un varón santo, que abrasado de una caridad ardiente y desinteresada, supo dar los testimonios más terminantes de una beneficencia verdadera, de un amor tan puro y generoso para con su Dios y para con sus prójimos; dispuesto á perder su libertad y hasta su misma vida por darla á sus hermanos afligidos y cautivos, sin otro fin que el de tributar gloria á Dios y ser victima sacrificada en las aras de la caridad, sin hacer alarde, sin pretender otro premio que el que está prometido y reservado en la inmortalidad. Todo lo hábeis visto comprobado en la generosa resolucion de abandonar al mundo, sus pompas y vanidades, en obsequio de Aquel que era todo el objeto de su amor y cariño; y que á pesar de las castas

delicias de que el amor divino le inundaba en la soledad, luego que se penetró de los designios del Señor, se apresuró á obedecerlos, manifestando en ello su pronta voluntad, su acendrada caridad para con los hombres, perpetuándola, si me es licito hablar así, en los individuos de una Orden religiosa tan esclarecida, que ha reportado á la Iglesia y al Estado incalculables é importantes beneficios. Aprendamos la ley del amor, por la cual estamos obligados á amar á nuestro Dios y Señor sobre todas las cosas, y á nuestros semejantes como á nosotros mismos.

Esta ley os empeñe, ilustre y glorioso fundador, esta ley os mueva á tender una mirada de compasion hácia vuestros devotos, que os consagran estos cultos para tributarlos la gloria y el honor que os son debidos; elevad hasta el trono del Altísimo sus súplicas y ruegos; y no os olvidéis de las nuestras, dirigidas á vivir abrasados en los purísimos incendios de su amor en esta vida, y despues gozar de los premios y los frutos de este amor en el lugar del casto amor, que es la Gloria. *Amén.*

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO

DE SAN FERMIN, OBISPO DE PAMPLONA Y MÁRTIR.



*Ipsa est directus in penitentium gentes,
et cunctis abominaciones impeditote.*

El fue destinado por Dios para la conversión de su pueblo, y quitó las abominaciones de la impiedad.

(Ecc. xlix. 3.)

El nombre del justo se hace superior á los siglos, y se perpetúa de generacion en generacion; produce en las almas una emocion agradable, como el olor de aromas preciosos que recrean el olfato, como la miel deliciosa que halaga el paladar suavemente, ó al modo de un concierto armonioso entre los placeres de un espléndido banquete. Con estas similes expresa el Espíritu Santo las alabanzas de Josias, admirable entre los principes de Judá. En los años de su infancia empuñó el cetro con mano robusta, y dirigió sus pasos por las sendas de David. Consagró á Dios los principios de su reinado, purificando á Judá y Jerusalén de los lugares que hacia vituperables la presencia de los idolos; sus templos execrables cayeron al impulso de su celo, y sus aras fueron demolidas juntamente con los simulacros á quienes se dedicaban. Personalmente quiso ver destruidos los altares sacrilegos de Bbal, y dispersas sus reliquias sobre los sepulcros de sus viiles adoradores. No se limitó su eficacia á solo Judá, purificó tambien á Manasés y Efraim. Ni aún cesó con esto su ardoroso celo, sino que se extendió á Simeón y Nefali. Sus fatigas solo tuvieron término cuando, destruida la impiedad, restituyó el templo de Dios á su antiguo culto, comisionando ministros cuidadosos de su esplendor y su gloria. Alabemos la preciosa elevacion de un corazon dócil, que supo despreciar los abusos licenciosos de su siglo. Benignamos el alma generosa de un rey sábio, que abominó los ejemplos de sus predecesores injustos. Un varon tal es un don de Dios para la penitencia de su pueblo, porque aparta de su vista las abominaciones impias.

En este original de Josias habreis conocido, oyentes, el retrato del varon apostólico, cuyas glorias hoy celebramos. El siglo III tocaba ya á su fin, y algunas ciudades de España no habian todavia visto desaparecer los monumentos consagrados á la supersticion. Entre los innumerables defensores de la fé que entonces engendró nuestra patria, suscitó el Cielo al gran Fermin, para que fuese el apóstol de Pamplona, el batarde de la religion en aquella ciudad, manchada aún con el infame culto de los ídolos, y el Josias celoso, que debia llevar á cabo la conversion de su pueblo y lanzar de él las abominaciones de la impiedad. Mision sublime, mision honrosa, pero que demandaba un carácter especial, un alma de temple extraordinario, un celo infatigable, una constancia superior á todo evento. ¡Oh! regocijate, ciudad venturosa! la Providencia te envia á Fermin para tu dicha; él es la antorcha que ha de alumbrarte, el candelero de oro que ha de esclarecerte, el sol benéfico que ha de fecundarte, el ángel del gran Consejo, que retrándote del extraviado sendero del error pagano, te mostrará el camino de la verdad y de la vida. Ponderemos, oyentes, lo difícil y arriesgado de la mision de Fermin y su firmeza en llevarla á cabo; considerémoslo como apóstol y como mártir, pues por ambos títulos es digno de nuestros más sinceros y cordiales homenajes. ¡Ojalá sepa yo trazar, cual deseo, el elogio de un Santo, tan digno de figurar entre los primeros que honran nuestra católica nacion! Dignaos, Señor, favorecerme con los auxilios de vuestra gracia, que os pido por la intercesion de la Virgen santísima á la cual saludamos con el ángel: A. M.

Predicar la verdad, anunciar la fé de Jesucristo, exponerse á los mayores peligros, y sufrir los mayores tormentos y hasta la misma muerte por defenderla, era la mision de los varones apostólicos, de aquellos héroes, que destinó el Señor para disipar las tinieblas del paganismo, y ser los maestros y doctores de los pueblos. Dios, que tenia reservado á Fermin para desterrar de Pamplona, su patria, las abominaciones paganas, se aprestura á extraerle del seno de la iniquidad. El gran Saturnino de Tolosa envia desde allí á España, y particularmente á Navarra, para que anuncie las verdades evangélicas, á un presbítero llamado Honesto. Firmo y Eugenia, padres de nuestro héroe le oyen detenidamente, y con deseo de ser mejor instruidos en la fé, le piden que vuelva á Tolosa, y persuado á Saturnino, su obispo, que venga á predicar en Pamplona. Saturnino atraviesa los Pirineos, predica en Pamplona, y en pocos dias convierte millares de personas, que siguen el ejemplo de Firmo, Fausto y Fortunato,

los tres senadores y primeros magistrados de la ciudad. Preciso era que hubiese un maestro que cuidase de esta nueva Iglesia, un pastor que dirigiese al nuevo rebaño de Jesucristo; Saturnino, regresando á Tolosa, deja el cuidado de ella á su presbítero Honesto; pero bien pronto del suelo mismo de Pamplona saldrá el que ha de hacerla fecunda en virtudes y convertirla en hermoso vergel digno de la Esposa del Cordero.

Fermin contaba diez años cuando se publicó el Evangelio en su patria. Apenas hubo nacido á la gracia, sus padres le pusieron bajo la dirección del santo presbítero Honesto. Su rara inocencia, sus costumbres graves y en todo infaltables, el celo que manifestaba por la religión, llamaban la atención de cuantos le conocían. Al verle como al profeta de Silo, morando casi siempre bajo la techumbre del santuario, y escuchando las palabras de un nuevo Heli, bien podía esperar su patria, que llegaría á ser un día el apoyo más firme de su religión y el baluarte inexpugnable de su fé. A los diez y ocho años suple á su santo maestro, Honesto, agobiado por sus dolencias y más por su avanzada edad, no puede ya distribuir á su rebaño el saludable pasto de la doctrina, ni atender cuál conviene á los demás deberes pastorales; por eso comete á Fermin esta árdua misión, que él llena con un éxito el más feliz. Donde quiera se le ve ocupado en arrancar de los ojos de los idólatras aquella venda que les impide ver la luz de la verdad; y unas veces arguyendo, otras enseñando, ora entablando conferencias, ora evocando públicas discusiones, desmenua los sagrados dogmas del cristianismo, y anuncia la doctrina que eleva al hombre y le conduce al fin sublime de la creación. Empero, esto no era más que un ensayo del heroísmo, que más tarde había de desplegar. Deseoso de perfeccionarse, pasa á Tolosa á ponerse bajo la dirección y recibir las instrucciones del obispo Honorato, sucesor de S. Saturnino. La Iglesia de Pamplona queda sumida en el más profundo dolor, porque en él fundaba toda la esperanza de su porvenir; pero consuélese, porque bien pronto le verá volver investido del carácter pastoral para darle largos días de paz y ventura.

Con efecto; conociendo Honorato los extraordinarios méritos y eminentes virtudes de Fermin, resuelve conferirle los sagrados órdenes; mas él, que conoció la alta dignidad del sacerdocio, teme, se asusta, se tiene por indigno, y pide con lágrimas no ser elevado á ella, porque no la merece, ni es capaz de desempeñarla. Sin embargo, ora, suplica, derrama su espíritu en la presencia de Dios, para conocer si es su esta su voluntad; y cuando la conoce, es ordenado

de presbítero, y después fué consagrado obispo de Pamplona. Vuelve á tu patria, humilde y virtuoso jóven, para acabar de romper las cadenas de los que aún gimen en la opresión bajo el yugo del error, para llevar la luz á los que todavía palpan las tinieblas de la idolatría, para consolar y fortalecer á los débiles en la fé, para cimentar más y más en sus creencias á los que perseveran constantes en la doctrina del Evangelio; para ser, en fin, el faro de los que aún navegan en el agitado mar de la superstición, y el apoyo de los que han entrado ya en el seguro puerto de la religión verdadera. Tu pueblo te espera, y el Señor te ha preparado un dilatado campo en que emplear tu celo y tu prudencia.

Fermin regresa á Pamplona, y ni un solo momento dá tregna á su ardoroso celo por la propagación de la fé de Jesucristo. Viéraisle declamar con santa intrepidez contra el culto de las falsas deidades, opuesto á la suprema majestad de aquel Ser eterno, á quien únicamente debe el hombre rendir vasallaje y ofrecer sus adoraciones. Viéraisle detestar y condenar enérgicamente los ritos supersticiosos, y á veces sanguinarios, de los sacrificios gentílicos, como injuriosos en alto grado á aquel Dios, que, haciéndose hombre, ofreció su propia sangre en holocausto expiatorio por todo el género humano, y á quien no pueden complacer sino los sacrificios puros del corazón. Aquí, como otro Elías, lleno de un santo enojo, derribaba las aras inmundas; abatía los altares, destrozaba los ídolos de madera y de bronce, y procuraba por todos los medios posibles desterrar aquellas lúbricas festividades, en que la naturaleza misma se veía ofendida en lo que tiene de más sagrado. Allí, como otro Nehemías, trabajaba sin cesar en levantar los fundamentos de un nuevo templo al Dios del Calvario, sobre las ruinas de otro dedicado ántes á las divinidades del Capitolio. Todo para todos, no reconocía distinción alguna entre el rico y el pobre, entre el sabio y el ignorante, entre el señor y esclavo, entre el cristiano y el idólatra; su caridad se extendía á todas las condiciones; pero no buscaba sino su salud espiritual. Él no veía en los hombres sino almas redimidas por Jesucristo, á las cuales estaba encargado de ganar para Jesucristo; por eso las buscaba, sin que le entubiese la indigencia, pobreza y miseria que sufrían, ni le acobardasen la opresión y el cansancio, los peligros y los rigores de las estaciones, los caminos y las continuas molestias, la falta de descanso y de alimento; ni le detuviesen las calumnias, las burlas, los insultos, los desprecios, las contradicciones, que la falsa sabiduría del mundo y el Infierno irritado le levantaba por todas partes. A manera de exhalación eléctrica recorrió toda la Na-

varra, persiguió en todas direcciones á la idolatría, que parecia haberse atrincherado en las faldas de los Pirineos; y donde quiera que se presentaba, su voz era una voz de virtud, que hacía balancear las fuertes columnas del error, y obligaba á los oráculos á enmudecer. Sus palabras, como las de Elias, eran ardientes teas, que al par que inflamaban á los fieles en el amor de Jesucristo, llevaban el terror y la consternación á los pechos de los adoradores de Baal. Eran como la honda de David, con que derribaba los soberbios gigantes del error, y ponía en derrota á los enemigos del Arca santa. Eran como los cabellos de Sansón, que burlaban los proyectos del sacrilego filisteo, y derribaban las fuertes columnas en que se sostenía la superstición. Eran... Vos lo visteis, Dios mío, con que ardor defendió los derechos de vuestra soberanía ultrajada; con que decisión se opuso á los desmanes del proselitismo pagano, empeñado en inculcar sus falsos principios en los que ya eran vuestros; con que heroísmo hizo frente á los peligros por conservar intacta la honra de vuestra Esposa, cercada por todas parte de émulos decididos á amancillarla con la calumnia y la blasfemia. Y quién no sabe las innumerables conquistas que hizo entre los idólatras? (Quién ignora, que hasta los más entusiasmados por las antiguas supersticiones, no pudiendo resistir á la fuerza de la verdad, que Fermín les presentaba bajo las formas más seductoras, desertaron de las banderas del politeísmo, y se hicieron ardientes defensores del culto de la cruz? Bien pronto la Navarra, que hasta entonces no habia sido más que un terreno inculto que solo brotaba errores, superstición y vicios abominables, se vió trasformada en un paraíso delicioso, en donde cada día se multiplicaban de un modo admirable los más preciosos y abundantes frutos de honor y de honestidad.

Pero la Navarra es estrecha para el celo de Fermín; por eso, cuando ya no se ven humear en su patria los altares con la sangre de víctimas impuras, sino que solo se adora sobre las sagradas aras la sangre adorable de la gran víctima del Calvario, Fermín escoge un número suficiente de sacerdotes instruidos por él mismo, y llenos de celo, les encarga el cuidado de su amada grey; y, empujado por el espíritu divino, se dirige á Francia, teatro que el Cielo le destina para reportar los más gloriosos triunfos. Guiado por la Providencia llega á Agen, y luego exhorta á los unos á perseverar constantes en la fé, fortalece á los otros en medio de los peligros, sostiene al débil, anima al medroso; y es para todos un génio providencial, en quien hallan consuelo, valor y cuanto han menester en los mas apurados lances. Pasa en seguida á la Auvernia y á Angers. En todas partes

predica á Jesucristo con una intrepidez admirable; disputa con los gentiles, les demuestra la locura y los errores del paganismo, y pone de manifiesto la divinidad de nuestra religion. No es posible reducir á guarismos ni los triunfos que consigue, ni los laureles con que orná las sienes de la Esposa del Cordero. No bien ha conquistado un pueblo para Jesucristo, cuando ya vuela á otro. Los peligros son grandes, las molestias sin número; Fermín camina desprovisto de todo socorro humano, no experimenta sino malos tratamientos de los paganos, á todas horas lleva expuesta su vida; así en los pueblos como en los caminos, no puede prometerse sino morir á manos de los enemigos de Jesucristo; sin embargo, ningún estorbo es capáz de detener su celo, nada es bastante para poner límites á su fervor; sucumbir gloriosamente en la liza, ser anatema por Jesucristo, esto será para él su mayor felicidad.

Sabe que en el Beauvais son cruelmente perseguidos los fieles; allí se dirige, empujado por un movimiento irresistible. Apenas entra en aquel suelo, ve comensarse sobre su cabeza la más horrible tormenta. Persigúele inclemente la calumnia; grita contra él el odio; las pasiones todas se mancomunan para atizar el fuego de la persecucion; mas no por eso deja Fermín de predicar la fé y combatir el error. Delatado ante el tribunal de Valerio como sacrilego y perturbador, se le prohibe predicar la nueva religion; vanos esfuerzos; á despecho del Infierno Fermín predicará, ora en público, ora en secreto, segun le sea permitido por las circunstancias; no es posible anudar la lengua del que cifra su gloria en la cruz. En vano le sepultán en una horrenda cárcel; secas sus fauces con la ardiente sed, exhausto de hambre, rodeado de tinieblas, afligido de dolores agudísimos, su alma permanece siempre la misma, siempre invencible, siempre heroica; porque su fé gigantesca, sus robustas convicciones, y, sobre todo, su amor sin límites hácia Jesucristo, le infunden una esperanza vivísima de aquellos goces eternos, con los cuales ninguna comparacion tienen las delicias todas de esta tierra que habitamos, y por cuya asercion son nada los padecimientos del tiempo. En vano despedazan sus carnes con multiplicados azotes; su fé se afirma más con los padecimientos; su celo adquiere mayores proporciones desde que se ha visto digno de sufrir por el nombre de su divino Maestro.

Muere al fin el presidente Valerio, y los ciudadanos ponen á Fermín en libertad. Á la manera que la saeta sale del arco con mayor ímpetu, y toma más rápida velocidad cuanto más oprimida está en la ballesta, así nuestro Santo, saliendo de aquella tóbrega cárcel, en donde le ha oprimido la tiranía pagana, toma un vuelo más prodigi-

gioso; y despues de haber visto con indefinible consuelo multiplicarse de dia en dia los cristianos, que le aclaman unánimemente su padre en Jesucristo; despues de haber levantado muchos templos al Señor, parte de allí, atraviesa toda la Picardía, y recorre los Países Bajos; dejando en todas partes los más preciosos monumentos de su heroísmo. Por último, entra en Amiens, en Tierra feliz! saluda con entusiasmo á ese huésped que viene á visitarte. ¡Ciudad dichosa! tú recogerás los postreros frutos del celo de Fermín, y serás enriquecida con su preciosa sangre. Tan luego como nuestro Santo entra en Amiens se pone á predicar, y en tres dias convierte tres mil personas. Su vida, enteramente celestial, hace una honda impresion en los corazones de los idolatras. La idolatría, desechada por su derrota, arma contra él las pasiones más feroces, y cargado de hierros, Fermín es conducido delante del representante de los Césares. Preséntase al gobernador con toda la intrepidez de un alma grande y generosa, llena de Espíritu de Dios y de la ciencia de los santos; desmenuza los sofismas del paganismo con las palabras de vida eterna que el Cielo pone en sus labios; menosprecia las mentidas promesas de la impiedad y burla sus engaños; desafia á los tormentos, y demuestra que no hay fuerza, ni poder, ni artificio, que pueda oponerse á los designios del Omnipotente. ¡Oh fuerza mágica de la verdad! El gobernador vacila en sus creencias, y deja libre á nuestro Santo; pero, en la plaza misma, á las puertas del pretorio, predica de nuevo la ley de Jesucristo, y el gobernador se ve precisado á encarcelarle; y al dia siguiente, temeroso de que el pueblo se alborotase, y deseoso de complacer á los gentiles, manda que le corten la cabeza en la cárcel. Llegado es el momento del triunfo de Fermín. El verdugo penetra en aquella lóbrega estancia armado del acero homicida; al ver á Fermín puesto de hinojos como una víctima, y con las manos levantadas al Cielo, palidece, vacila su ánimo, titubea; mas, al fin, descarga el golpe, y el santo mártir, como hostia preciosa, vuela al altar del Eterno, que acepta su agradable olor de suavidad, y la corona con laureles inmortales.

¡Llor y préz al héroe español! ¡Honra y gloria al ilustre vencedor del paganismo! Gloríese la Iglesia de España de este ilustre hijo suyo, que con triunfos tan gigantescos embellece su corona. La nación vecina pronuncia su nombre con ardiente entusiasmo, y le reverencia, y le ama, y celebra sus grandezas con un culto entrañable, porque le prodigó sus sudores apostólicos. ¿Qué no debemos, pues, hacer nosotros, que le aclamamos con santo orgullo hermano y compatriota? La historia perpetúa en sus páginas las acciones de aquellos

hombres, que, justamente celosos por la gloria é independencia del suelo que les vió nacer, trabajaron por defender sus límites contra la invasion de pueblos extraños; las artes consagraron un recuerdo precioso á aquellos génius, que con heroica abnegacion se sacrificaron á sí propios por conservar á su país un puñado de tierra que le pertenecía; los siglos transmiten á los siglos la memoria de los sábios, que, reconociéndose deudores de sus talentos á su nación, los emplearon en fomentar en ella el gusto de las letras, el amor á las artes y cuanto puede ser beneficioso á la sociedad. ¡Justa recompensa! Merecido galardón! Pero, si reclamamos el justo reconocimiento de unas acciones que tienden únicamente á mejorar la especie humana en la parte física ó intelectual, ¿con cuánto mayor derecho debemos reclamarlo respecto de aquellas, que tienen por objeto mejorar los pueblos en la parte moral y religiosa? ¿Qué hay de comun entre los que trabajan por el bien material de su patria, por su independencia, ó por su engrandecimiento en cualquier ramo del saber humano, y entre aquellos que consagraron una vida entera de penosos sacrificios á abrir el camino de la civilizacion por medio de la doctrina católica, afanándose por conservarla intacta en medio de un pueblo henchido de los más vergonzosos errores, luchando para esto con rivales poderosos, haciendo frente á todo un mundo empeñado en sofocar este precioso gérmen, y teniendo que marchar por salvarle entre cadalsos y sangre? No puede imaginarse heroísmo más sublime que el de esos génius providenciales, que establecieron los cimientos de la civilizacion con que ahora nos envanecemos, y que tanto hicieron por dar el impulso posible al sentimiento regenerador del catolicismo, cuando éste no veía á su alrededor sino desgracias que llorar y enemigos que combatir. Por grande que sea el reconocimiento de los pueblos á esos hombres admirables, no podrá nunca juzgarse extremado. Honre, pues, Pamplona, y la España entera no cese de tributar homenajes al gran Fermín, á quien es dender aquel pueblo del mayor bien con que pudo enriquecerle. Grabe su nombre entre los de sus primeros héroes; eternize su memoria como una de sus primeras glorias; y jamás cese de reconocer, que es digno de todo su amor y acreedor á su más cordial agradecimiento, porque le enseñó la doctrina católica, fuente perenne de su más positiva felicidad.

Y nosotros, oyentes, cooperemos con nuestras costumbres á llevar á cabo esa mision tan sublime. Trabajemos, por cuantos medios estén á nuestro alcance, en fomentar el principio civilizador de la fé, reanimando el sentimiento religioso, tan débil por desgracia en estos

tiempos de indiferentismo. Sepamos apreciar los inmensos bienes que la fé católica ha proporcionado á nuestra patria, y no nos hagamos indignos de ellos para lo futuro. Viven todavía los ejemplos de Fermín: aquella caridad ardiente, aquel generoso desprendimiento de los bienes de la tierra, aquella abnegacion de sí mismo, aquella humildad profunda, aquella oracion continua y fervorosa, aquel conjunto de virtudes, á cuya elocuente persuasion es tan difícil resistirse; que si bien todas estas virtudes son propias de los varones apostólicos, podemos y debemos procurar poseer todos los cristianos. Sigamos pues las huellas de nuestro Santo, para despues ser como él dignos de la felicidad eterna.

Santo glorioso, recibid estos obsequios en prueba del amor que os profesan nuestros corazones. Nosotros cantaremos vuestras alabanzas; haremos públicas vuestras grandes obras, transmitiremos vuestra grata memoria á las generaciones venideras, para que los hombres os bendigan y alaben hasta la consumacion de los tiempos. Emplead vuestra poderosa intercesion con el Todopoderoso, para que derrame sobre nosotros las bendiciones del Cielo, los dones de la gracia, con los cuales merezamos ser un dia felices con vos en la region del triunfo en perpetuas eternidades.

PANEGÍRICO

DE SAN FERNANDO, REY DE ESPAÑA.

Mellior est qui dominatur animo suo, quam qui imperat corpore.

Melior es, si tunc dominis tua passione, que tuu conquistator de civitate.

(FRAY. XVI, 32.)

El panegirico del gloriosísimo rey S. Fernando, III de Castilla, ofrece el más particular interés. Siempre á la verdad debia interesarnos las acciones de los grandes heroes de la Religion; en su conducta vemos la que nosotros debemos seguir; sus tentaciones nos enseñan cómo hemos de vencer las nuestras; sus trabajos y tribulaciones nos animan, esfuerzan y consuelan en medio de los que nosotros padecemos; su vigilancia para evitar los peligros, su fervor en la oracion, su correspondencia á las gracias del Cielo, son una enseñanza viva de lo que nosotros debemos practicar. El premio, en fin, que vemos han recibido por sus virtudes, la gloria y el honor que obtienen aún en el mundo y tantos años despues de su muerte, son un poderoso estímulo para que nosotros sigamos sus huellas, á fin de merecer semejante gloria y ser partícipes de su inmensa felicidad. Tales son los saludables frutos que produce en nuestras almas el conocimiento y contemplacion de las vidas de los Santos. En cada uno de ellos se nos muestra Dios admirable, cada uno de ellos nos ofrece un particular documento de virtud. (Con qué ansia debemos procurar informarnos de las vidas de los Santos, no ya solamente para bendecir á Dios en ellos, y celebrar los portentos de su gracia, si tambien para aprender nosotros y estimularnos á corresponder á ella con fidelidad! Empero, sobre este interesante y grandioso objeto, á que debemos atender y proponernos por fin al escuchar el panegirico de cualquiera de los siervos de Dios que venera la Iglesia nuestra madre, nos ofrece hoy otro particular y de más general interés el gran príncipe

de nuestra nación y fiel discípulo de Jesucristo, á quien tributamos estos cultos. Si, católicos; vosotros sabéis, que entre las diferentes calumnias con que los impíos han combatido la Religión católica, es que ésta enerva los espíritus y los incapacita para las grandes empresas. Segun ellos, un verdadero cristiano no puede acometer cosas extraordinarias; no puede ser militar esforzado ni político prudente: un príncipe educado en las máximas de la Religión sería un iluso, sin consejo, sin ciencia, sin prudencia; inútil para el gobierno; bajo su dominación ni florecerian las artes, ni prosperaría el comercio, ni brillarian las letras; solo se enriquecerian algunos fanáticos e hipocritas, y lloraria el resto de la nación sumida en la mayor estupidez. Tan perjudicial suponen que es la Religión á la sociedad; tan enemiga la hacen de los hombres; tan repugnante y opuesta á la prosperidad pública; tanto dicen que abate y degrada el corazón humano. ¿Si pudieran probar con hechos ciertos la calumnia; pero ¿qué hechos, ciertos pueden citar? La Religión, por el contrario, les puede presentar multitud de reyes y emperadores de las naciones más esclarecidas, que dirigidos por sus principios, y gobernando segun ellos, elevaron á la mayor gloria los pueblos que tuvieron la dicha de prestarles obediencia. No es mi ánimo, católicos, citaros aquí los Rodulfos y Fernandos de Austria; los Eduardos de Inglaterra, los Wenceslaos de Polonia, los Canutos de Dinamarca, los Carlo Magnos y Luisos de Francia; los Pelayos, los Alfonsos, los Felipe y Carlos de nuestra España; fuera esto hacer una apologia muy larga de nuestra Religión, quando solo estoy encargado de encomiar los virtudes del incito Fernando III de Castilla. Y aunque fuese aquella mi comision, no quedaria bien desempeñada con solo el panegirico de este santo rey? Si fué grande y excelente príncipe: si fué glorioso su reinado y la España le recuerda con placer y con envidia; si su nombre ha pasado de una en otra generacion siempre lleno de gloria; ¿cuál fué la causa de su elevacion? ¿Quién inspiró en su pecho las régias virtudes que le adornaron? ¿De donde provino la gloria que siempre circundó su trono? La Religión, católicos oyeses, la Religión sola fué el fundamento de la grandeza de Fernando. Fué un príncipe verdaderamente religioso: este es todo su elogio: este es su más grandioso panegirico. Continúa prestándome vuestra atencion, y os haré ver palpablemente, que las máximas del cristianismo, por las cuales se gobernó siempre el santo rey Fernando, fueron, precisamente, las que le hicieron tan glorioso. Pero imploremos ántes los divinos auxilios por intercesion de la Santísima Virgen, saludándola con el arcángel: *A. M.*

Si repasamos con atencion la historia, y nos detenamos á reflexionar acerca del carácter, acciones y virtudes de aquellos príncipes que hicieron memorable su reinado, veremos que cada uno edificó su gloria sobre distinta base; y pocos encontraremos que la adquirieran al mismo tiempo por diversos títulos. Si Salomon pone su gloria en gobernar con prudencia á sus pueblos, Alejandro la cifra en subyugar á su imperio toda la tierra. Si Asuero la constituye en la multitud de sus riquezas, Tito la establece en los repetidos beneficios que dispensa á sus súbditos. Levanta el uno soberbios y suntuosos edificios, funda ciudades que conserven su nombre; el otro destruye las más formidables fortalezas, cuyas ruinas atestiguarán eternamente su valor. Éste se desvela por mantener en perpetua paz sus dominios y mantenerla con sus aliados; aquél declara la guerra á todos los pueblos para que todos le obedezcan. Y en esta variedad de medios con que han procurado los reyes y príncipes merecerse gloriosos dictados, ¿quién no advierte, que el resorte de sus empresas era la pasion que los dominaba? ¿Quién no los reconoce esclavos de su propio corazón? Quando despues de considerar vencedor á Alejandro de casi toda la tierra habitada, y dueño en la flor de sus años de casi todos los pueblos del mundo, le vemos deshacerse en lágrimas creyendo había más mundo que conquistar; ¿quién no ve la pequeñez de su corazón y la debilidad de su espíritu? ¿Quién no advierte, que aún no era rey de sí mismo el que se gloriaba de tener tantos súbditos? Pero preguntemos más: ¿se limita la gloria de un monarca á lo que la han reducido la mayor parte de los que apellido gloriosos el mundo? Si escuchamos al orador de Roma, son muchas las virtudes que debe poseer un monarca; virtudes que no encontramos reunidas sino en aquellos solamente que se han dirigido por las máximas de la Religión. ¿Quién sino la Religión puede juntar en un mismo corazón la justicia y la clemencia, la gravedad y la afabilidad, la fortaleza y la mansedumbre? ¿Quién sino la Religión puede hacer á un monarca justo sin ser cruel, amable sin lujeria, generoso sin prodigalidad, sabio sin orgullo, conquistador sin ser opresor, amante de la paz sin perjuicio de sus Estados?

¿Quién sino la Religión hizo á Fernando III de Castilla fuerte en las batallas, templado en la victoria, amable á sus súbditos, terrible con sus enemigos? ¿Quién le dió la corona de Castilla y de Leon? ¿Quién sujetó á su imperio los reinos de Murcia, de Jaen, de Baeza, de Córdoba y Sevilla? ¿Quién le hizo señor de los moros, padre de los españoles, rey de su propio corazón? Porque, no lo dudeis, católicos; los moros miraron á Fernando como á su señor; unos se le

sonelieron, otros le pagaron tributo. Los españoles le amaron como á padre, y solo fué rey de sí mismo dominando sus pasiones. Pero todo esto fué efecto de las máximas religiosas que le gobernaban; máximas en que se habla formado desde su niñez por los desvelos y solícitud de su piadosa madre Berenguela. Yo no quisiera entristecer vuestros ánimos trayendo á la memoria las sangrientas escenas que se preparaban en los campos de Castilla y de Leon, cuando apenas su madre trasladára á las sienes de Fernando la corona de Castilla. ¡Oh! con cuánta razon temió este reino verse bañado en la sangre de sus hijos? Pero no, no temas, fiel Castilla; has colocado en el trono un príncipe religioso; su religiosidad suple sus cortos años. ¿No sabeis que dice el Espíritu de Dios en las sagradas Escrituras, que el rey justo que se sienta en el solio, disipa todos los males con una mirada? Pues justo, virtuoso es Fernando. Enhorabuena que su ambicioso padre, Alfonso IX de Leon, le declare la guerra por usurpar el cetro que tú has entregado á su hijo; enhorabuena que el sedicioso Lara fomenté tumultos y alborotos; Fernando, jóven en los años, anciano en la prudencia; Fernando religioso, sabrá sostener sus derechos contra la ambicion de su padre sin faltar á la sumision de hijo; sabrá calmar las sediciones economizando la sangre de sus castellanos. Mirale al frente de tus tropas caminar intrépido á la batalla, disponerse á morir el primero por conservar el reino que Dios le ha dado; pero mirale tambien con que entereza y sumision al mismo tiempo, despues de humillar á su enemigo en dos combates, repre-senta á su padre la injusticia de su pretension; mirale cual vence con prudencia y con valor, sin sangre y sin perdida. Préstale ya tu homenaje; ya posee pacíficamente tu corona. La Religion del rey que has elegido, te ha proporcionado la paz. Así fué, católicos, Fernando sabia, que era obligacion suya defender como rey á sus pueblos, respetar como hijo á su padre; y aunque éstos extremos parecian incompatibles en aquellas circunstancias, su virtud sabe conciliarlo todo. Es valiente y no teme la pelea; pero es hijo de quien le hace guerra, y no quiere venir á las manos con su padre; quiere sostener en sus sienes la corona que es suya; pero no quiere empañar su brillo con la sangre de sus súbditos. Por esto, al mismo tiempo que empuña la espada, toma tambien la pluma; se viste de fortaleza sin desnudarse de la piedad; dirige juntamente ejércitos fieles y aguerridos, mensajes enérgicos y respetuosos; por tales medios asegura á sus pueblos la paz y con ella la felicidad.

Pacífico ya Fernando en el trono de Castilla, ¿pensais, católicos, que se aplicaria á satisfacer las pasiones de su ánimo, se entregaria

á los deleites de la sensualidad, se daria á pasatiempos ó diversiones, trataria de multiplicar sus caballos y carrozas, y de allegar sumas inmensas de plata y oro? Sin duda lo hubiera ejecutado si no hubiese regulado todas sus obras por los principios de la Religion. Pero Fernando, que no dejaba de la mano las sagradas Escrituras; Fernando, que mirando como precepto general impuesto á todos los reyes, el que habia intimado á los de Israel; leia diariamente los Libros santos, y aprendia en ellos el temor del Señor, y á guardar todas sus palabras y ceremonias y no ensoberbecer su corazon; Fernando, vuelvo á decir, que en todo consultaba á la Religion, no ignoraba, que ésta le prohibia el atender solo á sus placeres y comodidades, y descuidar las necesidades de sus pueblos. Sabia, por el contrario, lo que la Religion prescribe á los encargados de gobernar los pueblos, y se aplicó con toda intencion á practicarlo. Si lee en la Escritura santa, que es de Dios el reino, la potestad y el imperio; que por Él reinan los reyes y de Él reciben la autoridad los soberanos; apenas le juran las Cortes de Valladolid, marcha con indecible piedad á postrarse á los pies de los altares y ofrecer allí al Señor el reino que confiara á su cuidado. Si ve elogiado en el libro del Eclesiástico el celo de Josias, porque quitó las abominaciones de la impiedad y dirigió su corazon hácia el Señor, y en los dias de los pecados fortificó la piedad; Fernando, como aquel piadoso rey, se dedica á extirpar de sus dominios la herejia, conduce él mismo la leña con que han de ser quemados los herejes pertinaces en su error, se mantiene inexorable en que se cumpla la sentencia pronunciada contra una mujer infame, que solicitó al pecado á un Religioso. Él es el primero en los ejercicios de piedad y devocion; su ejemplo alienta á los demás á la práctica de la virtud: se ven desterrados del ejército los vicios; brillan entre sus soldados y entre los grandes de su corte la fé, la templanza, la honestidad y todas las virtudes. Si advierte reprendida en los Libros sagrados la imprudencia de Roboam, que siguiendo el consejo de los jóvenes de su tiempo, porque halagaba á su corazon, se enajenó el amor de sus vasallos y se malquistó con ellos; Fernando, para no incurrir en semejantes imprudencias, para atender siempre al mayor bien de sus súbditos, no solo tiene al frente del gobierno al sábio y celoso arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jimenez, sino que establece el Consejo real de Castilla, compuesto de íntegros y doctos magistrados, para que le aconsejen y quien en los asuntos graves. Si lee que á Samuel le amonesta su madre, que abra la boca al mundo, es decir, al que no tiene defensor, y en las causas de los que están en peligro de perecer, decida lo que es justo, y juz-

que al desvalido y al pobre; Fernando se constituye abogado de los pobres, da frecuentes audiencias, y oye con benignidad á los más miserables y desvalidos; examina detenidamente las causas, y protege con toda su autoridad al injustamente perseguido. ¿Qué extraño que fuese tan amado de sus pueblos, cuando éstos no veían en su rey sino un defensor de la inocencia, un protector de la horfandad, un vengador del crimen, un padre de todos sus súbditos fieles? Tales son los monarcas que forma la Religión.

Esta les enseña á juntar la majestad de un ánimo real con la humildad de un corazón cristiano: así, de esta suerte, concilia á los monarcas, junto con el temor que infunde la espada, que no sin causa cifien, el amor al cetro que empuñan con clemencia. ¿Con qué asombro y amoroso afesto veían los soldados heridos á su rey acercarse al lecho de ellos, informarse de su estado, consolarlos y socorrerlos, y aún aplicarles por sus reales manos los medicamentos! Esta caridad puede ser efecto de la orgullosa filosofía? ¿Acá ésta la que se la inspiró á Fernando, ó la eterna idea, de que todos los hombres somos hijos de Dios, y mutuamente hermanos por naturaleza y por gracia? ¿Son tan frecuentes estos rasgos de compasión, estas humillaciones en los encomiadores de la igualdad absoluta? ¿Con qué admiración vió también entonces España, por vez primera, á un monarca poderoso arrodillado á los pies de sus ínfimos súbditos, para lavárselos con sus propias manos y besárselos! ¿Con qué respeto le contemplaba sirviendo á estos infelices una comida por sí mismo, y extendiendo después su regia mano para alivio de la miseria que los aquejaba!

Pero, pasemos adelante, y examinemos si la misma Religión que dirigió á Fernando para avanzar la paz en sus dominios, para mantener en orden sus Estados, para establecer en ellos la recta administración de justicia, para atender á las necesidades de sus súbditos, para desterrar la impiedad y fomentar las virtudes, fué también la que le dirigió en sus empresas militares, y le hizo glorioso en los campos de batalla. Mas ¿quién puede dudarle? ¿Quién no sabe cuán enemigo era de verter sangre este religioso monarca? Testigo la conducta que observó con su padre en el principio de su reinado; testigo la amnistía general que publicó después de la muerte de Lara á favor de todos sus enemigos; testigo el exhorto que hizo á todos sus súbditos, para que perdonaran generosos cualesquiera particular ofensa que hubiesen recibido de los rebeldes; testigo la afabilidad con que recibió á Lopez de Haro, después de rendido, á pesar de la porfiada resistencia que le había hecho en la ciudad de Leon.

¿Quién, pues, hizo meditar continas guerras á un príncipe tan

enemigo de derramar sangre? ¿Quién movió á conquistar tantas ciudades á un príncipe tan ajeno de ambición? La Religión seguramente. Veía en los sagrados Libros, que Dios sometió á Salomon todos sus enemigos para que edificase un santuario magnífico; veía que Dios, igualmente, había humillado á sus enemigos y le había dado la paz. Creyó que los desiguos del Eterno eran, que, á imitación de Salomon, edificase templos á su honor y erigiese altares á su nombre. Empreñe, por lo tanto, la conquista de aquellas ciudades, que, dominadas por los moros, gemían bajo su pesada tiranía, donde era profanado el nombre de Dios y violados sus santuarios. No se propone Fernando otro objeto que el de abatir el orgullo de los enemigos del nombre de Jesús, hacer que triunfe en todas partes la Religión santa, que sean honrados sus misterios, y ondee la enseña insigne de la Cruz en todos los puntos de la Península, predicando la gloria del Crucificado. Consiguiente á estos principios de Religión, que le mueven á los santos fines que se propone, no tanto cuenta para la victoria con las armas y el valor de sus tropas, como con la protección del Altísimo; no tanto se cubre de brillantes armaduras, que exciten la avaricia de sus contrarios, como de interiores ásperos cilicios que muevan á piedad el Cielo; no tanto anima á sus ejércitos con patéticas alocuciones, como les adquiere valor sobrenatural con sus oraciones humildes. Si queremos saber cuales fueron las consecuencias de su confianza en Dios, de sus fervorosos ruegos á la Santísima Madre de Jesús, cuya imagen llevaba siempre consigo en todas las batallas, de sus penitencias y austeridades con que se prevenía para entrar en combate; preguntemos á todos los reinos de Andalucía: sus más famosas ciudades nos responderán, que jamás entró Fernando en batalla que no ganase, no bloqueó castillo que no rindiese, no sitió plaza de que no se apoderase, no invadió reino de que no se hiciese dueño. Si el rey moro de Sevilla se empeña en oponerle obstinada resistencia, y soberbio con su poder pretende, cual Senaquerib, alzar su mano contra Sion; Fernando, émulo de Ezequias, invoca al Señor misericordioso; Dios escucha benigno su voz y le concede un triunfo admirable. Pero ¿triunfará Fernando? Atribuirá á su valor la gloria de sus conquistas? A la verdad, era el capitán más esforzado, el soldado más intrépido, el más sábio y experimentado general; pero era un príncipe religioso, sabía que la victoria es solo de aquel á quien Dios se digna concederla; por lo tanto, ordena y decreta un solemne triunfo, mas no para sí, sino para la Madre inmaculada del Verbo, protectora de sus armas. ¿Qué espectáculo, católicos! Entre las músicas mi-

litares, entre los repetidos aplausos de millares de soldados aguerridos, entre las concertadas voces de los sacerdotes y religiosos, es conducida en magnífica carroza de plata á la que fuera mezquita de los moros, una imagen de la Virgen Sma. Maria, á la cual sigue con devoto paso el poco ántes vencedor de las formidables huestes agarenas; el piadoso monarca de Castilla y de Leon, el denodado y religioso principe Fernando. ¿Qué dirán de este acto los filósofos de nuestros dias? ¿Calificarán á Fernando de iluso? Pero en buen hora lo fuera. ¿Cuándo fué la España más feliz? ¿Cuándo reportaron sus ejércitos más victorias? ¿Cuándo gozó de más paz interior? ¿Cuándo se administró la justicia con más rectitud? Si lo que ellos denominan fanatismo produce tales efectos, dejen á los reyes ser fanáticos, supuesto que es un medio tan á propósito para que hagan felices á sus pueblos y cubran de gloria á su nación.

Nosotros, entre tanto, reconozcamos y confesemos, que Fernando fué un principe verdaderamente religioso; reconozcamos y confesemos, que los principios y máximas de la Religion, por las que constantemente se gobernó en todas sus empresas, fueron las que le sublimaron á la gloria de ser el monarca mejor de nuestra España. Reduzcamos de ahí, la influencia de la Religion en los Estados y en las naciones; no esperemos ser felices sino gobernándonos por sus máximas, cumpliendo sus preceptos. Inculquemos esta verdad á todos los que dependieren de nosotros; los padres de familia inspírenla á sus hijos, y arrojen sus casas según las máximas de la Religion; cada uno en particular regule su conducta conforme á los mismos principios, y no dudemos, que esta cristiana filosofia nos proporcionará todas las felicidades de que es capaz la presente vida, y nos abrirá paso para la bienaventuranza eterna. Así se verificó en Fernando. Después de haberle hecho glorioso en la tierra, le ha coronado de inmortalidad en la patria de los justos; ¡Oh! desde ese trono brillantísimo que disfrutas en la Corte celestial, dirige compasivo una mirada hácia tus amados pueblos. Hazlo, rey santo; compadécete de tus españoles; intercede con esa Sma. Virgen poderosa, nuestra amantísima Madre; interésala á nuestro favor; y logremos por tus súplicas y las suyas, que reine entre nosotros la Fé y la Religion de Jesucristo, la Caridad fraternal, la union más íntima y la verdadera paz; para que sirviendo fielmente á nuestro misericordioso Dios, merezcamos disfrutar eternamente de su vista y amarle por siempre en las deliciosas mansiones de la Gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO DE SANTA FILOMENA, VÍRGEN Y MÁRTIR.

*Erít sepulchrum ejus gloriosum.
Su sepulcro será glorioso.*

(ISAÍ. 57, 10.)

Diez lustros han trascurrido ya desde el faustoso dia, en que los restos mortales de santa Filomena atravesaron las fértiles llanuras de la Campania, provincia de Nápoles, en cuyo territorio se halla Capua; y desde entónces Dios ha manifestado con tantos prodigios su bondad para con el pueblo depositario de tan precioso tesoro, que cada uno se ve precisado á abrir los ojos al esplendor de tales maravillas, y á preguntarse en lo interior del corazon: ¿Quién es esta heroína celestial? ¿á qué pueblo pertenecía? ¿Por qué fin la ha decorado Dios de tanto poder y gloria? Empero, este nombre no ha resonado solo en esa provincia, sino que tambien su eco se ha extendido á lo léjos. Este astro nuevo, no se ha limitado á brillar con su luz benéfica sobre toda la Italia, sino que sus resplandores han llegado hasta los países más remotos, y han movido á los pueblos á rendirle su culto por una dulce influencia.

Así como una estrella, que aparece nuevamente en el firmamento, fija las miradas de todos los hombres, y parece que hace olvidar por un momento las otras que giran á su alrededor; así esta habitadora de los Cielos, sorprendiéndonos con su ruidosa luz, nos obliga á preguntarla: ¿De dónde eres? ¿A qué pueblo perteneces?

Si preguntásemos á los monumentos subterráneos de los siglos pasados, en los cuales yacian ignorados sus despojos mortales, su voz llenaria en gran parte nuestra curiosidad. Los lugares, en donde estaban depositadas sus cenizas, colocadas en torno de las tumbas de los confesores de la fé, prueban, que Roma idolatra la contó, á lo ménos durante algun tiempo, en el número de sus habitantes, y reci-

bió después su postrer aliento. Los cristianos fieles de aquella época nos dieron á conocer, por medio de pinturas misteriosas, la santidad de su vida y el género de su muerte. Aquí es una flor de lis, símbolo gracioso de su virginidad, junto con una palma, emblema de su inocencia. Allí, para manifestar el camino de dolores que corriera en este mundo, se ven trazadas una áncora, signo de su inmersión, y varias flechas, indicios ciertos de los tormentos que sufrió. Más allá está figurada la espada que cortó aquella hermosa cabeza, para indicar su glorioso martirio, y el género de muerte por medio de la cual plugo á Dios llamarla á su seno. A todos estos testimonios se añade el vaso que recibió su sangre, monumento irrefragable de su triunfo. En una palabra, para que las generaciones futuras conociesen á la que adquirió la posesión del Cielo por medio de tantos sacrificios y padecimientos, se ve grabado sobre la piedra sepulcral aquel nombre, de día en día más dulce y glorioso, el nombre de Filomena. Sin duda fuera una temeridad mía querer penetrar los fines secretos y misteriosos, que ha tenido la divina Providencia en glorificar tan de repente á su sierva fiel, ignorada de los hombres durante una larga sucesión de siglos. Las minas sagradas de las catacumbas nos han proveído siempre de semejantes tesoros; empero, la mayor parte de ellos, no tienen otro precio que el que los dá la fe; reservado pues quedaba á las reliquias de Sta. Filomena el ser reveladas por medio de un lenguaje, que los sentidos han comprobado hasta la evidencia. ¿Y cuál ha podido ser en esta revelación el designio del Altísimo? El Señor ha querido con los sagrados restos de esta virgen excitar y promover la fe y la piedad en unos días, en que más cuando la impiedad y el libertinaje de las pasiones. Las glorias de su sepulcro son las glorias del cristianismo; ocupémosnos pues en ellas. Pero ántes pidámos los auxilios de la gracia por la intercesión de la Sma. Virgen, saludándola con el ángel: *A. M.*

Se lee en las divinas Escrituras, que, á su vez, los muertos profetizaban. Así es como está escrito de *Eliseo*: muerto su cuerpo, profetizó; así está escrito del patriarca José: los huesos del mismo han sido visitados, y después de la muerte profetizaron. De este modo de profetizar, de que los Padres han dado una larga explicación, nos valdremos nosotros sólo en lo que concierne á nuestro objeto. Los milagros son considerados como una virtud profética de los muertos, que consiste en revelar las cosas ocultas; los muertos, pues, ¿no nos hacen saber por este modo, que son los amigos y siervos de Dios? ¿No nos manifiestan, que Aquel por quien fueron santificados

durante la vida, obra según sus designios para manifestarnos su gloria? Un muerto, colocado fortuitamente, volvió de repente á la vida por solo este contacto. ¿A qué fin, pues, ha obrado Dios este milagro? Para manifestarnos de qué precio era á sus ojos, no solamente el alma de su siervo, sino también la parte material de su cuerpo que destinaba á la inmortalidad: bien que sería un absurdo creer, que se pueda comunicar á otro lo que uno no posee por sí mismo.

Es costumbre en los Libros sagrados llamar también profetas á los que proclamaron las alabanzas de Dios, y condujeron á otros á la piedad. En este sentido se dice, que los huesos del patriarca José profetizaron. Porque ¿de qué lenguaje usaron los israelitas religiosos, que visitaron la tumba de este santo personaje? Ellos recordaron sus virtudes y sus acciones, les aseguraron en la verdad de sus predicciones sobre la tierra prometida, y en la fidelidad de Dios en mantener su palabra: este lenguaje mudo, el más elocuente, les confirmó en la religión de sus padres, y les obligó á abandonar sin pesar el país ingrato de los Faraones. Así se responde á la pregunta que nos dirigimos á cada instante, á saber: ¿por qué fin el Altísimo nos ha revelado esta gloriosa mártir? Dios ha dado á sus huesos un sentido profético, para confirmar la santidad de sus dogmas atacaos por la malicia del siglo, y para justificar la celebridad del culto dado á la Santa, el mérito de unas virtudes que la sabiduría humana trata de despreciar. En una palabra, hace triunfar de la incredulidad las verdades eternas, vengar del desprecio y de la irrisión del mundo las virtudes más notables: tales son las fines de Dios en la misión profética de las reliquias de Sta. Filomena. Por otra parte, Dios, nos muestra igualmente su bondad y su poder. ¿Cuáles son, en efecto, las verdades que osaba negar el mundo? Las que ni los herejes, ni los infieles, ni los mismos pueblos salvajes se habían atrevido á poner en duda, las que pertenecen á la inmortalidad del alma. Pero, para refutar las doctrinas perversas de los incrédulos, ó para confirmar las pruebas de su infinita caridad, la omnipotencia de Dios se manifestará por medio de los milagros.

Hacia más de mil y quinientos años, que el cuerpo de Filomena yacía oculto en tumbas húmedas y tenebrosas. Estos huesos estaban destinados para la resurrección. Los milagros obrados, después que se han extraído estos huesos de las profundidades silenciosas de las catacumbas, ¿no anuncian en ellos un principio de vida, que es imposible desconocer? Milagros que se admiraron en el modo con que

fueron halladas aquellas cenizas por el virtuoso sacerdote, guarda de aquellos subterráneos; milagros en su traslación de las tierras del Lacio á las de Campania; milagros, en fin, en el alto grado de veneración que han inspirado tan rápidamente á los pueblos de esas comarcas sus prodigios. Y se han sucedido con tanta continuación, que el nombre de Filomena se ha extendido á lo léjos, y es invocado por millares de bocas. Ved á nuestra Santa semejante á la nube milagrosa que apareció en los tiempos del profeta Elias; apenas aparece en el horizonte, y bajo un cielo de bronce, que durante tres años habia prolongado una triste sequedad, se desenvuelve, ocupa todo el imperio del aire, y se resuelve en lluvia benéfica, derramando en las tierras de Israel la fertilidad que perdieran. En una palabra, Dios ha obrado por su mediación tan gran número de prodigios, y han honrado tanto á esta gloriosa mártir, que se pueden repetir en esta ocasión las palabras del Evangelio: Los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los muertos vuelven á vida. Santa Filomena, revestida de tanto poder como de generosidad en el destino que desempeña, parece, pues, que grita á los cristianos con el lenguaje de los milagros: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo tendréis endurecidos vuestros corazones? ¿Hasta cuándo los tendréis cerrados á los sentimientos más consoladores de la religión y de la fé? ¿Por qué los tenis aferrados en la vanidad y en la mentira? ¿Ved, admirad cómo el Señor ama glorificarse en sus Santos, y con qué prontitud escucha á los que le invocan! Tal es su bondad, y el interés que se toma de mis huesos, que no ha permitido se peritiese uno solo; porque su designio no es abandonar eternamente á los estragos del tiempo y de la corrupción los restos de sus especiales servidores.

MI Redentor vive, decía Job, y sé que al fin del mundo he de resucitar, y ser de nuevo vestido en mi piel, y he de ver á Dios con mi propia carne, la he de admirar con mis propios ojos; y esta esperanza consoladora llena mi corazón. La Providencia ha deparado esta nueva heroína para confirmar en la fé á los débiles, y reanimar la de los tibios, anunciando, por medio de los prodigios, la beatitud de que goza, la resurrección que espera, y la suerte de todos aquellos que durmieron en la paz del Señor. Me parece que la veo en toda la extensión de los lugares donde su nombre es invocado, señalar con el dedo las tumbas de los piadosos finados, y léjos de derramar lágrimas sobre sus cenizas repetir con bella sonrisa: Dichosos los muertos que mueren en el Señor! Yo quiero verla recorrer las catacumbas, saludar aquellas santas cavernas, donde encontró el reposo, y visitar, sucesivamente unos á otros, á aquellos que esperan la hora

del Juicio. Mi imaginación, movida de estos pensamientos, se lanza á aquellos santuarios tenebrosos en alas de la fé, mi espíritu encantado se entrega allí á las meditaciones más sublimes y piadosas, y mi boca murmura estas palabras: ¡Oh Roma! ¡Oh verdadera metrópoli del universo! ¡Cuán se extasa uno á la vista de los monumentos magníficos, que te hacen superior á todas las ciudades populosas de la tierra! ¡Cuán se sorprende á la vista de los soberbios mausoleos de los dominadores del mundo! cuán se prosterna ante las estatuas de esos hombres poderosos, que desde lo alto del Capitolio imponían leyes á los monarcas y sujetaban á su yugo á las naciones vencidas! ¡Y cómo cautivan la admiración del artista y del viajero esas obras de los géneos más grandes, que jamás parecen! El misterio silencio de las soledades subterráneas eleva mi alma á los pensamientos más sublimes. Tus pirámides de mármol, tus masas gigantescas no ocultan sino obras de la muerte, y de todos los célebres escultores, que se han aplicado á embellecerlas, ninguno ha tenido poder para dar un soplo de vida á esas maravillas del arte. Sin embargo, un día, en el gran día de la destrucción, tus edificios experimentarán la misma suerte que todas las demás obras humanas: serán envueltos y reducidos á polvo; y hasta las catacumbas tendrán acaso otros destinos: el espíritu creador del Altísimo descenderá á esos sombríos laberintos para dar la vida á los cuerpos de los justos que encierran. Revestidos de gloria y de inmortalidad, cercados de torrentes de luz, se alzarán de sus fúnebres moradas; y más ligeros que el viento, volarán á unirse con las almas destinadas á gozar de la suerte feliz que se les tiene preparada; presentándose al Excelso, en medio de su gloria y su poder, rodeado de toda la milicia celestial, sin cesar de repetir con su inefable alegría: Se ha confirmado sobre nosotros su misericordia, y la verdad del Señor permanezca para siempre. Si la eterna verdad se despojara entonces de sus velos misteriosos, y sus rayos vengadores aniquilarán á esos hombres de error y de mentira, que se han esforzado constantemente en desfigurarla y oscurecerla.

¡Generosa Filomena! Vos habéis contribuido poderosamente á confundir el orgullo de esos soberbios, practicando con todo el ardor de vuestra fé los preceptos divinos, cuya creencia estaba fija en vuestro corazón. Ni los prestigios de la juventud, ni los atractivos del mundo, ni las ofertas más seductoras del himeneo, pudieron seduciros, ni haceros quebrantar el voto de virginidad que habíais consagrado á Dios. ¡Qué virtud! ¡Qué tesoros de méritos se hallan en los sacrificios de vuestra vida dedicada á una causa santa! Sostener en la ocasión la religión de Jesucristo con el precio de su sangre

y de su vida, es un deber de todo cristiano; mas, confirmar esta creencia con el martirio, es el cúmulo del heroísmo. Todas esas virtudes no son más que las auxiliares de ésta, exceptuando siempre la virginidad, que el mismo Espíritu Santo llama una virtud angélica, porque cuando se ve uno obligado á hacer el sacrificio de su vida para hacerse semejante á un Dios, que dió el ejemplo de la virginidad, ésta es la virtud que combate, que resiste y que triunfa; y ésta es, pues, á la que se le deben dar los honores de la victoria. No es digna de alabanza la virginidad porque se halla en los mártires, sino porque esta virtud produce á los mismos mártires. ¡De qué valor heroico, de qué sentimientos celestiales debía estar, pues, animada nuestra heroína, para resistir á un emperador, cuando éste la brindaba con su poder á la par que con la mano que regia el universo! ¡De qué desprecio de sí misma y de los dones naturales debía estar adornada! Porque no se puede pensar, que Diocleciano pudiera dispensar sus miradas á un objeto indigno de él. La Santa se distinguía por su beldad, por la nobleza de sus sentimientos y por el esplendor de su familia; y estas prendas brillantes la obligaron á sostener muchos asaltos, á sufrir muchas violencias, á vencer la obstinación y á tolerar muchos desdenes. Tal vez se nos diga, que la religion, que prescribe el fausto y pompas del mundo, le dió fuerza para resistir á los votos de un monarca, cuyas manos se hallaban siempre manchadas de sangre cristiana. ¿Y acaso no podía tambien, como otra Esther, concebir la esperanza de salvar á sus hermanos? ¿Qué vasto campo no se ofreció á su imaginación, inflamada del deseo de ser útil á otros y de precaver grandes males? Mas esta heroína habia escogido su esposo en el Cielo, y para unirse con Él se habia elevado en espíritu, á través de las nubes, de las estrellas y del coro mismo de los ángeles, para lanzarse en el seno de Dios Padre, é inflamarse con un ardor más vivo. No nos maravillemos, pues, si supo despreciar las grandezas humanas y desdenar el amor de un monarca poderoso; si vió, sin commoverse, convertirse en sentimientos de furor y de venganza su ternura seductora; si prefirió á la diadema imperial uná corona de espinas, y verse cubierta, en vez de vestiduras ricas y suntuosas, de una nube de flechas; y si, en fin, ofreció á la espada del verdugo una cabeza, que no podía sostener las perlas y diamantes.

Las inteligencias celestiales, que la recibieron en coro, podrían solo decir con qué júbilo fué aceptado su noble sacrificio. Pero sea dado á la inteligencia humana formar de ello una idea, por el modo brillante con que Dios hasta el día ha tenido á bien glorificar á esta jóven virgen. Otras heroínas que la precedieron, y cuyos sufrimien-

tos comparó nuestra mártir, tales como las Ceclias, las Aguedas, las Lucias, han obtenido igualmente los homenajes religiosos, pues se ha conocido la historia de su triunfo, las poblaciones que de él fueron testigos, las actas conocidas en otras naciones, y extendida su noticia de generacion en generacion. El Cielo, empero, ha dispuesto extraordinariamente el descubrimiento de Sta. Filomena. Las oscuras catacumbas, donde yacian depositados sus sagrados despojos, debían encerrar su nombre hasta tanto que el Todopoderoso lo revelase al mundo, y lo hiciese sonar con toda su gloria. No entra en nuestro plan detallar las circunstancias que acompañaron este descubrimiento. ¡Con qué prontitud inspiró esta nueva santa devoción á los pueblos! ¡Con qué fervor no se extendió á lo léjos esta devoción! ¡Qué madre no se apresuró á imponer á su hija recién nacida el nombre de Filomena! ¡Qué virgen no se consagró á Dios viendo en la Santa un motivo poderoso de emulacion! Los pintores se regocijan al ver producidas de diferentes maneras las facciones de la Santa: cada iglesia quiso tener un cuadro ó una imagen que la representase; y todos los fieles la invocaban. ¿Y en qué tiempo se manifestó tanto celo? Cuando el órden social estaba trastornado; cuando las vicisitudes de los Estados ofrecian la imagen de un mar en agitacion, cuyas olas tumultuosas arrastraban consigo los pensamientos, los intereses, las esperanzas y los temores de los hombres. Tales fueron, sin embargo, las circunstancias que Dios eligió para hacer resplandecer la gloria de su electa, á fin de que cada uno buscase á los piés de la Santa ó de sus altares la esperanza. Multiplicó sus prodigios á favor de los devotos y desgraciados que la invocaban, y de todos los que la honraban. Su omnipotencia obró sin esfuerzo las más grandes maravillas, como su sabiduría increada se complació en la formacion del universo.

Se dirá acaso; por qué el Criador ha tardado tanto en glorificar á su sierva, dejando tantos siglos su memoria envuelta en la oscuridad? ¡Débiles mortales, á nosotros se hace semejante pregunta, que medimos el tiempo por la corta duracion de nuestra efimera existencia! Solo el que posee la eternidad cuenta los siglos como un punto. Además, ¿no se sabe que el Eterno suele reservar la manifestacion de ciertas cosas para el momento que le parece favorable? Porque ¿en qué época más bien que la en que vivimos pudo parecer más conveniente glorificar á Sta. Filomena? ¿Qué vemos nosotros pasar á nuestra vista? ¿Dó quiera se apresura hoy la impiedad á destruir el edificio de nuestra religion, y convertir en objetos de burla los preceptos que prescribe. Si alguno se muestra

cristiano con sus acciones y su creencia, se le llama ridículo, débil, supersticioso, fanático é intolerante.

Ha habido siglos, en que la ignorancia ha producido el desórden y la confusión, mas en que la fé no estaba muerta: entónces suscitó Dios á los hombres apostólicos, que dispusieron poco á poco las tinieblas, marcaron la senda perdida del órden y de las costumbres. En otros tiempos se vió á los pueblos no tener otra regla que el doloite, pero que conservaban el respeto á la santidad; el Señor hizo aparecer sábios de una vida austera é irreprochable, que por medio de sus ejemplos y sus palabras se granjearon la estimacion de las naciones. En otras épocas en que han levantado su cabeza los espiritus orgullosos, que abusando de su ciencia destiguaron los dogmas de la religion católica, el Todopoderoso derramó sus luces sobre las doctrinas de su Iglesia, haciendo brillar la santidad en sus escritos; y disipado el error, la verdad pudo destruir las dudas de los que vacilaban todavía. Cuando no han bastado estos medios de dulzura, ha derramado el Altísimo la copa de su indignacion; y envió pestes y otras plagas; y los que tenían ser sus victimas, llenos de pavor, se arrepintieron de sus pecados, porque el temor de los divinos juicios y la suerte afrentosa que se les preparaba, movió sus corazones al arrepentimiento.

Pero, ¿qué medios empleará con este siglo, que marcha orgullosa con sus luces, que desprecia todas las verdades que no pueden estar subordinadas al cálculo y sorprendidas por los sentidos? ¿Qué infringe todas las leyes establecidas para no poner coto á sus pensamientos desarreglados? ¿Qué se muestra insensible á las amenazas que le hacen los ministros de Dios, porque piensa que el fin del hombre es semejante al del bruto? Dejemos este cuidado al Altísimo. En el número de cuerpos que llenan las catacumbas de Roma, se contaba é hizo descubrir el de una niña, oculta en aquellos lóbregos laberintos, para hacerla algún día el instrumento de sus maravillosos designios. Reveló el nombre de esta niña que triunfó por la virginidad, y que mereció la corona del martirio por no renunciar á este estado. Tales son los títulos por los cuales reclama que se le tributen los homenajes de los pueblos, y por los que concedió durante mucho tiempo una virtud profética á sus santas reliquias. Y vos aquí, que éstos anuncian por los honores que reciben, por el celo con que inflaman los corazones, y por la profusion sorprendente de gracias y de milagros, cuán grande es á los ojos de Dios la firmeza de la fé, y la resolucion de vivir en la castidad; pues que el mismo Dios se complace en manifestarlo de un modo tan evidente. Los santos huesos

de esta gloriosa mártir han sido visitados por el Altísimo, que jamás los habia perdido de vista; el esplendor de la gloria con que se mostraban, anuncia más elocuentemente que con palabras, que la virtud virginal es una verdadera emanacion de la santidad divina. Admirable lenguaje hecho para confundir á aquellos cuyo corazon está depravado, y para reanimar el espíritu religioso de los que, sin ceder á la corrupcion de los siglos, se han esforzado en guardar este precioso tesoro.

Empero, la mision principal de Sta. Filomena es, libertar á los corazones jóvenes de los lazos que se les tienden, de la sednccion que les circunda, y de mantenerlos por medios suaves en los caminos de la razon y de la fé. ¿Podria Dios escoger para los jóvenes una providencia mejor, y más conveniente á su edad? ¿Son amigos de la novedad? El descubrimiento de Sta. Filomena es un verdadero prodigio. ¿Desean entender las voces proféticas? Esta virgen por el esplendor de su gloria les manifiesta, que tendrán con ella parte un día en la gloria, si se hacen dignos del título de hijos de Dios, que es el fundamento de su inmortalidad. ¿Los sorprende el esplendor y la brillantez del poder? En todos los lugares en donde ha penetrado el nombre de esta gloriosa mártir, ha recibido los obsequios debidos, derramando los favores celestiales sobre los que la invocan. Tan cierto es, que Dios nada ha escaseado para atraer hácia El, en estos tiempos desgraciados, la parte del rebaño del Redentor más expuesta á extraviarse.

Proseguid, pues, ¡oh generosa mártir! proseguid, bajo los auspicios de Dios, vuestra admirable mision. Que vuestro sexo sea el primer objeto de vuestros cuidados. Sostened el valor y la esperanza de estas virgenes, que se consagran á Jesucristo; elevad sus pensamientos hácia esa órden celestial, donde crecen las rosas y los lirios, que deben un día orlar sus sienes. No os olvideis jampeco de estas esposas y de estas madres destinadas para el Cielo: obtenedles la gracia de estar siempre cubiertas con el velo precioso del pudor, prenda preferible á toda la riqueza del oro, al brillo de los diamantes, y sin la que no son más que unos sepulcros blanqueados. Echad, en fin, una mirada compasiva sobre las personas del otro sexo, principalmente los que buscan su ilustracion en las ciencias; que no hallen en ellas en vez de las flores que buscan, una ponzoña mortal para ellas y para las demás. ¡Oh gloriosa mártir! vos podeis oír nuestras demandas, prosiguiendo en la mision celestial que Dios os ha confiado. ¿Qué más bello modo se podrá escoger para hacer triunfar la verdad y las virtudes divinas que practicasteis, y confundir á los falsos sa-

híos de la tierra? Entre todos los títulos que la devoción de los pueblos os ha conferido, el más glorioso es el que, para exaltar vuestro nombre, me limito á inscribir sobre vuestra urna en este epítafio: *Después de muerte, su cuerpo hizo milagros. Sus huesos profetizaron después de su muerte* (1).

(1) *Eccl. XLVIII, 12—XLIX, 18*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL D

PANEGÍRICO

DE SANTA FRANCISCA, VIUDA ROMANA.

*Accurrit fortitudine invidioz suoz.
Revelatioz de varonil fortaleza.
(PROV. XXII, 17.)*

Mujer admirable fuera de todo término, colmada de fortaleza varonil, llama el sagrado texto á la madre de los Macabeos; y éste es justamente el elogio que, á mí entender, corresponde con toda justicia, quizás más que á nadie, á Francisca, notabilísima matrona romana. Con efecto; mujer en extremo admirable manifestóse en todo tiempo y estado á que plugo á la divina Providencia conducirla. Admirable en extremo se mostró en la fácil adquisición y ejercicio continuo de las virtudes más raras, más árduas y sublimes: Admirable en extremo pareció en los dones de contemplación, de arroboamiento, de revelación, de conocimiento de corazones, y de cosas ocultas, remotas ó futuras; de apariciones angélicas, de curación, de conversión, y de muchas otras extraordinarias y rarísimas gracias, que brillaron en la vida y fama de las almas grandes. Y lo que es más, por admirable en extremo fué considerada en aquella ciudad donde tuvo la cuna y el sepulcro: en aquella ciudad, donde á causa de ser tan frecuentes las maravillas pienten su linde y valor. Coscha de inmensa oración se me presentaría si quisiese penetrar en tan vasto y fértil campo. Mas, porque los portentos que de la Santa podría referir son de suyo más propios para excitar la admiración que para instruir y servir de ejemplo á los oyeses, dejando á un lado los portentos como cosa ménos útil y provechosa, y dirigiendo mi discurso á la fortaleza varonil que ostentó en las delicadas pruebas que tuvo que sustentar, y en los gloriosos triunfos que alcanzó, me limitaré á hablar de la fortaleza que desplegó contra los enemigos, aplicándole el encomio que dió el Sábio á la mujer fuerte: *Revisióse de varonil fortaleza*. A daros á conocer quienes fuesen los

enemigos contra los cuales se distinguió nuestra heroína romana, y se hizo renombrada en el mundo, está ordenado mi breve y desaliñado discurso. Pidámos antes los auxilios de la gracia; interponiendo para alcanzarlo la intercesion de la Sma. Virgen, saludándola con el ángel: *A. M.*

Así como la vida humana es, según dice el Profeta, una guerra continua, á la cual estamos expuestos sobre la tierra, tampoco hay don tan necesario y tan provechoso al hombre como la fortaleza. Ésta es la armadura que hemos de vestir constantemente, para defendernos de nuestros enemigos, que á todas horas nos acechan ó combaten. Mas, este don tan necesario al que combate, es rarísimo, especialmente en el sexo inofensivo; y tanto, que el Sabio llegó á poner en duda la existencia de la mujer fuerte. Empero, aquella fuerte heroína, que dudó hallar en las comarcas de Palestina el prudente rey de Israel, apareció en las comarcas romanas en el siglo XIV, en Francisca, á la cual está dedicada la festividad de este día. Paso en silencio la cruda, horrible y constante guerra suscitada por permiso divina, por el príncipe de las tinieblas y otros espíritus malignos contra la Santa; guerra de la cual salió vencedora, y cuyo relato exigiría un dilatado discurso; me limitaré, por lo tanto, á indicar los combates más familiares, como lo son los de la triple concupiscencia, que dividió el apóstol S. Juan, comun á todos los hombres; para que así todos podamos aprender la manera de combatir y triunfar.

En esas guerras se presentó Francisca armada de gran fortaleza, y dió muestras de sí de una manera singular. Mostróse fuerte contra la concupiscencia de los sentidos; fuerte contra la concupiscencia de la vista; y fuerte contra la concupiscencia del orgullo y del fausto. Cuan noble, cuan fuerte é invencible guerrera habia de ser para triunfar de los halagos de los sentidos, lo mostró bien claramente Francisca desde la infancia. En dicha edad nunca consintió este amabilísimo ángel, que la besase hombre alguno, aunque fuese pariente cercano, ni aún á su amantísimo padre, de cuyas caricias, á falta de otro medio, se defendía con el llanto, y dejaba de llorar la inocentísima criatura cuando cesaban las caricias de su padre. Cuando hubo soldado los pañales, vivió la interesante niña en un perpétuo é inviolable retiro, sin que nadie la viese ni conociese, con la esperanza de mantenerse de esta suerte apartada del tálamo, y de conservarse siempre pura en medio de las espinas de una vida austera y oculta. Y si bien por mandato de su padre, á quien tenia por un represen-

tante de Dios, la obediente Francisca no pudo lograr su propósito; contradiccion que solo sirvió para que, entre las poderosas pruebas del estado conyugal, resplandeciesen más la pureza y el valor de esta fortísima matrona.

No puedo decir que á Francisca le cupiese la suerte de las Cecelias, Cunegundas ó Bellinas, que mercacionaron el asentimiento de conservar su virginidad en el matrimonio; antes diré, que, deseoso su esposo de dar un sucesor á su nobilísima estirpe, no pudo conceder aquel asentimiento á los ruegos ni á las lágrimas de su suplicante consorte. Mas por lo mismo que no pudo la Santa alcanzar este consentimiento, hubo de ser mayor el peligro y mayor la fortaleza que tuvo que oponer á los sentidos. Considerad, hermanos míos, que obligada Francisca por mandato paterno, á dar contra su voluntad la mano de esposa á uno de los más ilustres mancebos de la ciudad de Roma, fué tal el aturdimiento y el dolor que sintió por ello, que estuvo durante muchos meses enferma y próxima á la muerte. Y si después de su restablecimiento se vió, tal vez obligada por el vínculo conyugal, á vivir unida con su marido, ¿con qué pena se sometió á la ley! ¡Oh pureza admirable! ¡Oh virtuosísima é ingeniosísima continencia, que puede servir de ejemplo al celibato conyugal y de vituperio á las personas sensuales! Pero dejemos en su triste estado á las almas impuras, y volviendo á la Santa notaremos, que, además de sujetar los sentidos, se mostró fortísima contra la concupiscencia de la vista; y contra el amor á las riquezas estuvo siempre firme y constante.

No es que Francisca rechazase ó condenase el oro á causa de su pobreza y de la ninguna esperanza que tuviese de poseerlo. Nació la Santa de la noble y opulenta familia de Bosa, y con su enlace habia entrado en la de Ponciano, aún más opulenta que la suya. Pero, rodeada de tantas riquezas, no llegó á deslumbrarla su esplendor, ni dejó entrar en su corazón el menor afecto á los caudales que poseía. ¿Qué afecto á las riquezas podía abrigar aquella alma, que habia declarado y sostenia la guerra contra el mundo y los halagos de la vida? ¿Qué afecto á las riquezas podía entrar en aquella grande alma tan enemiga del placer? ¿Qué apego á las riquezas podía tener aquella alma, que en medio de los espléndidos banquetes de su opulentísima casa, practicaba la abstincencia y el ayuno como el más rigido y austero anacoreta? ¿Qué apego al oro podía tener aquella alma, que no le daba más valor que al barro, que nunca cogió en sus manos el oro ó la plata sino para derramarlo todo en el seno del mendigo, para vestir al desnudo, para socorrer al débil, y para salvar la honestidad peligrosa de la doncella? ¿Qué apego podía tener á

las riquezas aquella alma, que mantenía abiertas las puertas de su casa á los pobres, y que la tenía frecuentemente convertida en hospital para toda clase de enfermos? Bien lo sabe Roma, que vió transformado el vasto palacio Ponciano en asilo de necesitados, y nunca contempló á Francisca más alegre que cuando agotaba sus cofres y graneros, ó cuando se vió despojada de sus bienes por Ladislao rey de Nápoles. Entónces Francisca, en medio de tan considerables pérdidas, y del disgusto universal de la familia, levantó rogocíjala su voz para bendecir con el santo Job al Señor, por haberle quitado lo que antes le había concedido, dándonos á todos un hermoso ejemplo de perfecta resignación á las disposiciones divinas, y de heroico desasimiento de los bienes mundanos y caducos.

Y esto es, hermanos míos, lo que cumpliría hacer á todo cristiano, así en las prosperidades como en la adversidad. Mas ¡ah! que la mayor parte practican todo lo contrario: ¿Qué cristiano deja de atender con todo estudio á adquirir fortuna, y deja de emplear todos los medios de acrecentarla, usando con frecuencia hasta de engaño y fraude, ó valiéndose de otros arbitrios injustos é ilegítimos para acumular riquezas? ¿Y cuántos hay, que para conservar su caudal privan á los pobres del sustento, y en sus necesidades los dejan abandonados sin piedad, contraviniendo bajo mentidos pretextos al importante precepto de la limosna! ¿Cuántos hay, que por apego y amor al dinero retardan los pagos á que están obligados, y buscan razones para suspender y disminuir á los operarios y criados el justo y convenido salario! ¿Cuántos hay, que á la menor pérdida y á la más ligera desgracia se impacientan, se enfurecen, prorumpiendo en maldiciones, injurias y escándalos! Estas á otras parecidas, y otras aún más graves iniquidades, que dejo de indicar en gracia, no sé si digna, de la brevedad, ó porque no lleve trazas mi oración de parecerse á una amarga censura; éstas, decía, y otras parecidas son las proezas más comunes en nuestros tiempos entre los que profesan la ley de Cristo; y este es el desaliñado retrato, que con sus descompuestas costumbres oponen gran parte de los modernos cristianos al virtuoso y heroico desapego á los bienes del mundo, que alimentó en su corazón nuestra santa matrona, hácia la cual vuelvo á llamar vuestra piadosa atención.

No satisfecha Francisca con haber triunfado de la concupiscencia de los sentidos y del oro, pasó más allá, y se preparó para vencer la del orgullo y del fausto. ¿Y con qué valor y fortaleza acometió y llevó á feliz término tamaña empresa! No bien le hubo negado su padre el permiso para entrar en el claustro, cuando al punto pensó la noble

doncella en hacer guerra al siglo y á la humana soberbia. De manera, que al poner por primera vez los pies en casa de su esposo, á pesar de ser tan jóven, prohibió á la numerosa servidumbre de ambos saxos que le diesen el tratamiento de señora; y Francisca no usó para con ellos otro nombre que el de hermanos. En aquella edad, ora que las mujeres acostumbraban ser esclavas de la moda y del lujo, menospreciando ella con levantado corazón los magníficos vestidos de novia, púsose á usar con admiración de toda Roma, vestidos comunes de lana, indignos ciertamente de su alta prosapia y señorial condición, gozándose en la irrisión que le hacían, las gentes: Y lo que es más; en las fiestas solemnes, vestida humildemente y confundida con las mujeres pobres, poníase á veces á pedir limosna á la puerta de los templos donde mayor concurrencia había. Iba frecuentemente por la ciudad con humilde traje, ora sirviendo á los enfermos en los hospitales, y desempeñando los oficios más bajos y repugnantes; ora pidiendo á las puertas un pedazo de pan como una infeliz mendiga. Y tanto pudo Francisca con su palabra y con su ejemplo contra el orgullo y el fausto mundano, que ganó á su partido, segregándolas de las pompas del siglo, á las más ilustres matronas de Roma.

Entónces fué cuando aquella heroína, con el séquito de muchas nobles señoras, abrió la casa á la Congregación del monte Olivete bajo la regla del patriarca S. Bento; casa que, por espacio de tres siglos, ha sido un frecuente retiro de la primera nobleza romana, y un jardín de virtud y de santidad. Entónces fué cuando se vió á la matrona Ponciano ostentar su ilustre insignia por los arrabales de Roma, y á despecho de la altivez mundana, dedicarse á trabajos pesados y mecánicos, aprobados é ilustrados por el Cielo con evidentes milagros. Vióse á esta insigne señora volver de la viña, llevando en las espaldas un grande haz de sarmientos, ó bien guiar un vil jumento cargado de leña. Vióse, en fin, vencido y derrotado por obra de Francisca el orgullo y fausto del Lacio.

¿Dónde están aquellas, que si la fortuna ó su propia industria llega á levantarlas un tanto sobre la humilde condición en que han nacido, se manifiestan altivas y soberbias y aun intratables é inhumanas con los criados y familiares? ¿Dónde están aquellas, que huyen de tratar y mezclarse con los pobres y presentarse desaliñadas á la vista de las gentes? ¿Dónde están aquellas, á quienes ofende el olor de los andrajos, y no pueden sufrir la vista de un andrajoso? ¿Dónde están las que tienen horror á las llagas y heridas ajenas, y cierran su corazón y apartan sus ojos de la miseria del prójimo? ¿Dónde las que revelan

que se las tenga en poco si se las ve ocupadas en trabajos manuales? ¿Dónde las que se complacen en ir adornadas y visten de una manera superior á su condicion, presentándose en público con tales galas que forman todo su capital? ¿Dónde las que se afanan en pús de la moda, no vacilando contraer deudas para seguirla? Vengan todas esas mujeres á contemplar la vida y las virtuosas acciones de nuestra nobilísima dama. Y si carecen de valor para declarar la guerra al mundo, al lujo y al fausto mundano, aprendan á lo ménos á vestir y á presentarse segun las reglas de la moderacion cristiana. Aprendan de la Santa á temer y huir de la blandura de los sentidos, á reprimir el anhelo desenfrenado de riquezas, y á poner á raya la altivez y el orgullo, que son la principal causa de nuestras ofensas á Dios, y el terrible escallo en que nos estrellamos.

Mas, puesto que mi voz es una débil censura contra el formidable poder de la carne, de las riquezas y de la soberbia, para que mi discurso no resulte infructuoso á los que con tanta benevolencia lo han escuchado, á vos me dirijo, fortísima y victoriosa Francisca; á vos, que durante vuestra vida mortal fuisteis un dechado perfecto de virtudes, y disteis continuadas y admirables pruebas de humildad, de pobreza y mortificacion; á vos, que en todas las pruebas triunfasteis noblemente de los sentidos, de la codicia, del oro, y de las asechanzas del orgullo, y ahora disfrutáis en el Cielo del premio de vuestras señaladas victorias; sed á todos nosotros maestra de virtudes tan importantes y necesarias á la vida cristiana. Enseñadnos la manera de combatir contra nuestros enemigos, y con vuestras súplicas impetrad del Señor el valor y la gracia que habemos menester para vencerlos, á fin de que podamos todos ser partícipes con vos de aquel bienaventurado galardón, que en méritos de vuestra heroica fortaleza estais gozando en el Cielo. *Amen.*

PANEGÍRICO I DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Inventusque est in caetera pauper et sapiens et liberavit urbem per sapientiam suam.

Se encontró en ella un varón pobre y sabio, y este libertó la ciudad por su sabiduría.

(ECLES. IX, 15.)

No es Dios ménos fiel á su Iglesia en unos tiempos que en otros, ni jamás varia el acertado plan que su sabiduría adoptó para confundir la soberbia, y que ella misma nos aclara por boca de Jesús, nuestro Salvador y Maestro, cuando dá gracias á su Padre porque abatió el orgullo y prudencia falsa del mundo, admitiendo á los humildes y sencillos á la revelacion, y participacion de sus grandezas. Burló el Criador el primero y más nocivo triunfo de la soberbia con la humillacion inconcebible de su Unigénito; reformó el mundo y edificó luego su Iglesia sobre las ruinas de la Sinagoga carnal, de la Filosofía orgullosa, y de la Idolatría irracional; sirviéndose para ello de humildes pescadores, de pobres ignorantes y tristes desvalidos; y en el siglo trece, reparó el deterioro de este edificio excelsó por medio de la pobreza, la sencillez, la humildad, el desprendimiento, la abnegacion absoluta; virtudes reunidas en un héroe, discípulo fiel del Evangelio y viva imagen de su Autor; en un héroe, cuya vida toda hace brillar los grandezas de su Dios; cuyas acciones renuevan sus maravillas; cuyo cuerpo presenta el retrato ensangrentado del Redentor; cuya alma arde en el fuego sagrado que abrasa á los serafines; cuyo corazon abraza la inextinguible llama de la caridad; cuyos sentidos, cuyas potencias, cuyos miembros, todo él, en suma, está crucificado con Cristo... Yo le nombraré, para que no le equivoqueis con Pablo; yo nombraré á Francisco de Asís; y, nombrándole, no temeré parezcan sospechosos en boca de un hijo sus elogios; por que la historia, cuyas páginas llenan las hazañas de su virtud; los sumos Pontífices, cuya autoridad las recomienda; la Iglesia, que las admira y celebra; las na-

que se las tenga en poco si se las ve ocupadas en trabajos manuales? ¿Dónde las que se complacen en ir adornadas y visten de una manera superior á su condicion, presentándose en público con tales galas que forman todo su capital? ¿Dónde las que se afanan en pús de la moda, no vacilando contraer deudas para seguirla? Vengan todas esas mujeres á contemplar la vida y las virtuosas acciones de nuestra nobilísima dama. Y si carecen de valor para declarar la guerra al mundo, al lujo y al fausto mundano, aprendan á lo ménos á vestir y á presentarse segun las reglas de la moderacion cristiana. Aprendan de la Santa á temer y huir de la blandura de los sentidos, á reprimir el anhelo desenfrenado de riquezas, y á poner á raya la altivez y el orgullo, que son la principal causa de nuestras ofensas á Dios, y el terrible escallo en que nos estrellamos.

Mas, puesto que mi voz es una débil censura contra el formidable poder de la carne, de las riquezas y de la soberbia, para que mi discurso no resulte infructuoso á los que con tanta benevolencia lo han escuchado, á vos me dirijo, fortísima y victoriosa Francisca; á vos, que durante vuestra vida mortal fuisteis un dechado perfecto de virtudes, y disteis continuadas y admirables pruebas de humildad, de pobreza y mortificacion; á vos, que en todas las pruebas triunfasteis noblemente de los sentidos, de la codicia, del oro, y de las asechanzas del orgullo, y ahora disfrutáis en el Cielo del premio de vuestras señaladas victorias; sed á todos nosotros maestra de virtudes tan importantes y necesarias á la vida cristiana. Enseñadnos la manera de combatir contra nuestros enemigos, y con vuestras súplicas impetrad del Señor el valor y la gracia que habemos menester para vencerlos, á fin de que podamos todos ser partícipes con vos de aquel bienaventurado galardón, que en méritos de vuestra heroica fortaleza estais gozando en el Cielo. *Amén.*

PANEGÍRICO I DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Inventatus est in caetera pauper et sapiens et liberavit urbem per sapientiam suam.

Se encontró en ella un varón pobre y sabio, y este libertó la ciudad por su sabiduría.

(ECLES. IX, 15.)

No es Dios ménos fiel á su Iglesia en unos tiempos que en otros, ni jamás varia el acertado plan que su sabiduría adoptó para confundir la soberbia, y que ella misma nos aclara por boca de Jesús, nuestro Salvador y Maestro, cuando dá gracias á su Padre porque abatió el orgullo y prudencia falsa del mundo, admitiendo á los humildes y sencillos á la revelacion, y participacion de sus grandezas. Burló el Criador el primero y más nocivo triunfo de la soberbia con la humillacion inconcebible de su Unigénito; reformó el mundo y edificó luego su Iglesia sobre las ruinas de la Sinagoga carnal, de la Filosofía orgullosa, y de la idolatría irracional; sirviéndose para ello de humildes pescadores, de pobres ignorantes y tristes desvalidos; y en el siglo trece, reparó el deterioro de este edificio excelsó por medio de la pobreza, la sencillez, la humildad, el desprendimiento, la abnegacion absoluta; virtudes reunidas en un héroe, discípulo fiel del Evangelio y viva imagen de su Autor; en un héroe, cuya vida toda hace brillar los grandezas de su Dios; cuyas acciones renuevan sus maravillas; cuyo cuerpo presenta el retrato ensangrentado del Redentor; cuya alma arde en el fuego sagrado que abrasa á los serafines; cuyo corazon abraza la inextinguible llama de la caridad; cuyos sentidos, cuyas potencias, cuyos miembros, todo él, en suma, está crucificado con Cristo... Yo le nombraré, para que no le equivoqueis con Pablo; yo nombraré á Francisco de Asís; y, nombrándole, no temeré parezcan sospechosos en boca de un hijo sus elogios; por que la historia, cuyas páginas llenan las hazañas de su virtud; los sumos Pontífices, cuya autoridad las recomienda; la Iglesia, que las admira y celebra; las na-

ciones, que cogen todavía los frutos de su celo y piedad: las cinco partes del mundo, que, al cabo de tantos siglos, presentan monumentos indelebiles de su gloria; las generaciones, que renuevan la memoria y atestiguan por propia experiencia sus beneficios; el Cielo mismo, con públicos prodigios renovados en nuestra edad y en estos mismos días, convencerán la incredulidad, presentando en el flagado y humilde fundador de los Menores un testimonio irrefragable, un hecho visible, un monumento eterno, que comprueba la verdad del Oráculo divino, y que debe animar nuestra esperanza en los aciagos días que tanto desfigurán y afligen el rostro hermoso de la hija de Sión. *Invenit est in ea vir pauper et sapiens, et liberavit urbem per sapientiam suam.* Yo os doy gracias, Señor, porque habeis revelado á los pobres y humildes los recesos inmensos de vuestra gracia, para vencer al mundo y santificar á sus culpables habitantes; porque habeis confundido y confundireis siempre, por medios tan imprevistos como eficaces y oportunos, esa vana soberbia, que tantas veces quiso colocar el ídolo asqueroso de la razon humana en vuestro santuario, y apropiarle sacrilégamente la gloria de vuestro nombre.

Francisco de Asís es una prueba visible de esa sublime economía de la Providencia, que, desde los principios, ha elegido lo débil para confundir lo firme, lo humilde para abatir lo soberbio, lo que el mundo aborrece y desprecia para destruir sus ídolos y reformar el espíritu y el corazón del hombre. Tal es, mis amados oyentes, el plan que he preferido; porque en el mar inmenso de tantas virtudes, en el cielo interminable de tantas gracias, en vano pretenderia yo caracterizar á mi gran Padre y Patriarca, buscando una que, particularmente, le distinguiese; porque siendo el objeto y fin único de sus ansias imitar á Jesucristo, crucificándose con Él; habiéndole el Señor concedido tan plenamente este favor; qué virtud no fué en él igualmente heroica que perfecta? ¿qué gracia no fué tan fructuosa como brillante? ¿qué don recibió del Cielo que no le multiplicase? Cifámonos, pues, para comendarnos este grandioso cuadro á esas dos solas ideas: Vida de Francisco en Dios por su completa abnegación; Vida de Dios en Francisco por su gloria. En una y otra veremos y admiraremos aquel varón pobre y sábio, de quien el Espíritu Santo nos dijo: que libertaria á su Esposa de todo peligro, por su sabiduría.

Imploremos ántes los auxilios de la divina gracia, interponiendo la mediación de la immaculada Reina de los ángeles: A. M.

Los apóstoles de la incredulidad se atrevieron, no hace mucho, á fijar la época en que el cristianismo acabaria. La impiedad se ha regocijado muchas veces, creyéndose ya á punto de desmentir el Oráculo divino, que anunció la perpétua duracion de la Iglesia y sus gloriosos triunfos contra el Inferno. Sus ciegos deseos no la han dejado ver, que la barca misteriosa de Pedro, mil veces al parecer á punto de anegarse, ha dominado siempre las encrespadas olas de las pasiones, ha hablado por los escollidos traidores de la política mundana, y el impetuoso huracán del vicio y la herejía; y majestuosamente conducida por la mano de Aquel que la prometió su asistencia hasta el fin de los siglos, lejos de zozobrar, fortalecida y más purificada, ha arrojado de sí las aguas cenagosas con que se pretendió sumergirla. La historia atestigua fielmente esta verdad, de la cual nosotros mismos hemos sido testigos; y una de las más insignes épocas que la confirman, está enlazada íntimamente con la vida de mi gran Padre, y la existencia de sus hijos. La relajacion, la herejía, el cisma, la discordia y los vicios; el choque entre el sacerdocio y el imperio, siempre peligroso, nunca útil, las más veces igualmente nocivo al trono que al altar, y en todas ocasiones obra de la ambicion y del error; tralan revuelta y en desórden la Europa, amenazada tambien del fanatismo musulmán, tan enemigo de la civilizacion como del Evangelio á quien se debe. El Padre de familias saca del tesoro inagotable de su sabiduría el remedio. ¿Y cuál es? El mismo que opuso á la cuchilla sanguinaria de los Césares, á la falaz soberbia de la Filosofía, y á la dura cerviz de la Sinagoga. Una arena sítil que mueve el viento es el dique invencible que contiene las furias del Océano embravecido, y un hombrecillo, como se llamaba á sí mismo el humilde Francisco, es el que va á renovar la faz del mundo y los triunfos gloriosos del Erappeilo.

Nacido en una ciudad, que su nombre solo hizo luego famosa, medianamente versado en las letras humanas, impelido primero hácia la vanidad, hisonjeado por la naturaleza, la nobleza y la fortuna, crecido con sus prendas naturales y los aplausos del mundo... ¿quién creyera que con tan débil instrumento se habia de conseguir lo que el poder, la dignidad y la ciencia pretendieron en vano! Mas la gracia vela sobre este nuevo apóstol, que, por circunstancias maravillosas ha nacido en un establo, como su divino Maestro, cuyo padrino en el bautismo ha sido un ángel, en cuyo cuerpo aparece grabada por una mano divina la cruz que ha de sellar su corazón, cuya santidad es profetizada por un simple, y temida por los demonios. La naturaleza le hisonjea con sus dones, la fortuna con plaze-

res, la sociedad con aplausos y esperanzas. No, no habría sido perfecto su sacrificio, si él mismo no hubiese sabido apreciar lo que inmolaba; mas apenas ha aplicado á sus lábios la copa de Babilonia, cuando rechazándola con desdén, vuelve su corazón á Aquel que le llenará exclusivamente, en quien vivirá siempre, á quien amará más que á sí mismo, más que á su propia vida y que todos los bienes. La gracia le vibra sus saetas; y visiones tan multiplicadas como maravillosas deciden de una vez al nuevo Pablo. Como éste, rinde á los pies del Crucificado sus armas. Y le dice: Señor, ¿qué quieres que haga?

El desprendimiento absoluto que le hace odioso á su padre, hasta atraerle la prisión, golpes y una persecución violenta; la piedad emprendedora, que, sin reparar en medios, le hace dedicarse á la reedificación y culto de los templos; la caridad limitada, que le desuena tantas veces en público para vestir al pobre; y vence su natural repugnancia para servir, abrazar y aún besar los leprosos; son, aunque tan heroicos, tan solo meros ensayos del amor á su Dios. Al verle á los pies del Obispo de Asís, renunciando solemnemente los derechos más sagrados de la naturaleza, para no depender, no amar, no seguir, no conocer ni llamar á otro *Padre* que á su Dios, creería que Francisco, á los veinte y seis años de edad, había cumplido ya aquella regla sublime de perfección prescrita á la penitencia; *incende quod adorasti, adora quod incendisti*. Pero, no es ésta para mí la prueba más relevante de la generosa abnegación de Francisco.

Practicar el bien, aún sin testigos, es solamente ser virtuoso; obrarle, huyendo de la aprobación y el aplauso, es perfección que la Filosofía no conoció, y que solo el Evangelio pudo exigir y conseguir del hombre; conservarse justo, arrojando la persecución y el odio, es heroicidad cristiana... ¿Qué será, empero, si á esta persecución y odio se añaden la desestimación, el menosprecio y la burla? ¿Qué, si recayeren sobre la juventud, nobleza, sensibilidad y hermosura? ¿Qué, si atacaren la delicadeza y la beneficencia? Pues hé ahí las primeras víctimas que Francisco ha inmolado al Señor, abandonando cuanto lisonjaba su amor propio á la irrisión y mofa de aquellos mismos que antes le celebraban.

Los hospitales y los templos son su única morada; la oración y mortificación su ocupación constante; el desengaño de los pecadores y el consuelo de los pobres el objeto de sus ansias; la gloria de Dios el término de sus deseos; y su propia nada la materia de su meditación continua. Mas, aquella alma verdaderamente de fuego que abraza el amor divino no ha alcanzado su fin. Pobreza, penitencia, ayu-

nos, lágrimas, desnuidez, abstinencia, desprendimiento del mundo y de sí mismo, he aquí las sendas por donde busca á su Amado. Tras Él vuelta á la soledad; y en la pequeña iglesia de la Porciúncula, teatro algún día de tantas maravillas, le pide con amorosas ansias se digne revelarsele. «Si quieres ser perfecto, se le dice, vende lo que tienes, dalo todo á los pobres, y luego vrn y signeme.» No se detiene este jóven, no titubea como el del Evangelio, porque decidido á vivir y morir con su Dios, nada le ocupan los vivos ni los muertos de este mundo.

Al verle vestido de una túnica grosera, descalzo, macilento, ¿quién creyera, que el mundo mismo, que así le despreciaba, tardaría poco en emudecer pasmado en su presencia; que las naciones, edificadas, le llamarían; que la Iglesia y sus príncipes fijarian en él sus ojos para tributarle respetos, escuchar sus doctrinas, consultar su dictamen, honrar su desnuidez, recibir sus consejos, elogiar sus virtudes, imitar sus ejemplos, pedir su intercesión, y admirar sus milagros? Apenas en la iglesia de S. Damiano se le explica el oráculo evangélico que oyó su espíritu en la Porciúncula, el mismo que llamó á Antonio en la Tebaida para poblarla con los imitadores de su espíritu: «no lleveis oro ni plata, ni sacco, ni dos túnicas, ni sandalias, ni báculo; si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dáselo á los pobres; cuando, embriagada su alma en alegría, exclama: esto es lo que yo busco; esto es lo que desea y llena mi corazón. El Evangelio sin gloria, hé aquí el método de vida que propone á sus hijos y la regla que adopta.

Poco es para Francisco haber sacrificado á su Dios su corazón y espíritu; el fuego que le abrasa busca pátilo á un amor insaciable; y como Jesús, no lo halla suficiente si no logra incendiar el universo: Ancona, Asís, Emilia, el valle de Espoleto, son los primeros teatros de su celo. Y maestro de perfección cuando él mismo apenas se creía principiante, presenta el espectáculo más asombroso que la Iglesia ni el mundo habían visto desde el nacimiento del cristianismo; hombres que adoptan la desnuidez, la pobreza, y el abatimiento por gloria; la renuncia de todo bien terreno por única posesión; la privación absoluta de todo recurso humano como medio de perfección; y en una palabra, el Evangelio con sus consejos por regla rigurosa é invariable: personas de toda complexión, estado y calidad, que emprenden bajo la dirección del humilde Francisco ese método de vida, que forma un martirio dilatado, en que el mundo no ve más que la ridiculez y el oprobio, cuyo insulto se mira como el exceso de la temeridad, y su observancia constante como un milagro continuo.

En vano la naturaleza abatida se estremece á vista de tanta austeridad; la prudencia suscita y pondera obstáculos: la autoridad, recelosa, examina, observa, titubea; el Cielo se declara con milagros; y en un siglo de corrupción é ignorancia, aparece un nuevo apostolado. El Vicario de Jesucristo aprueba á nombre de éste, y por un mandato expreso, lo que la sabiduría de la carne reprochaba á nombre del mundo y á favor del Infierno.

¡Qué vasto teatro se abre aquí al celo de Francisco! Su amor á Dios no le deja ver lo grande de los obstáculos, ni lo agigantado de la empresa, y ni siquiera examina sus fuerzas. Cuenta con Dios, vive solo para Él; y si muriese en la lucha, copiaría sus deseos y su triunfo. Pero, Francisco, advierte, que el estudio no te ha enseñado á manejar las armas de la elocuencia; que vés á herir la vanidad opulenta, engreída y poderosa; que tu pobreza previene contra ti; que la mendicidad procurará la desconfianza y el oprobio; que tus compañeros y discípulos, humildes, desconocidos, y el mayor número ignorantes, son débiles apoyos. ¡Ah! si estas dificultades valiesen algo en un pecho cristiano, el Salvador no dijera á sus apóstoles, que no escogiesen palabras para anunciar sus verdades, ni el Evangelio hubiera abatido el orgullo de la Filosofía y triunfado del poder de los Césares. El Patriarca de los pobres dice: *si Deus pro nobis, quis contra nos?* Hé ahí el grito de guerra, hé ahí la voz de alarma, que, apenas articulada en un rincón de Italia, resuena en los cuatro ángulos del mundo, y en todas partes atrae víctimas á la penitencia, profesores al Evangelio, soldados á la Iglesia. Emilia, Arezo, Florencia, Roma, el Piemonte, España, Portugal, la Alemania, la Francia, á Inglaterra, tienen ya raíces y frutos de aquella palma misteriosa, que anunció al pontífice Inocencio III la grandeza futura de esta pequeña grey. Ni los fragosos Alpes, ni el helado Apennino, ni el alto Pirineo, ni el inmensurable Geranio, ni el Mediterráneo borrascoso contienen su fervor; ni los herejes, ni los infieles, ni los bárbaros, ni los tiranos le arredran... Francisco solo ve á Dios, solo con Él consulta, y desaparecen los obstáculos. Su amor no quiere defensa; desprecia las armas; insulta á los peligros, se ríe de la muerte; mas en ese momento mismo en que su valor glorioso pasma y sorprende al universo, abatido por la consideración de su nada, exclama y dice á sus hijos: Comencemos, porque hasta ahora poco ó nada hemos hecho.

Humilde en el cúmulo de los honores; pobre, elevando tantos santuarios, asilos de la piedad y de toda virtud; abstraído en medio de las cortes y las bendiciones de los pueblos; súbdito, gobernando tantas provincias; recogido, cuando su nombre vuela por Italia, pene-

tra en España, y discurre por el Asia... ¿qué piensa de sí mismo? Oídle llamar con el Apóstol: *nó, yo no veo, no busco, no pienso, no quiero otra cosa que á Jesús, y éste crucificado*. Tan inútil se juzga sobre la tierra, que el martirio, su sangre, es el obsequio único que piensa puede hacer al objeto eterno de su amor. Solicito le busca por cuantos veces; pero el Cielo no le admite, porque exige de él más grandes sacrificios; y á qué tanto aún por derramar su sangre? Francisco, la muerte es poco para tu amor, y menos para lo que se promete Dios de ti. La espada del tirano terminaría con un golpe tus padecimientos, tus méritos y tu vida, y el Amado no se daría por contento. Te reserva para que, sosteniendo el honor de su Esposa, pelees las batallas del Señor, confundas la heresia, destruyas el vicio y, al fin, caigas oprimido por los impulsos del amor y el peso de los laureles. ¡Ah! si Pablo decía, que ya no vivía por sí, sino en su Amado, ¿Francisco no podía decir lo mismo, y añadir, que no solo vivía en Él y para Él, sino que gustosamente renunciaba al descanso y á la gloria que el martirio pedía proporcionarle para dilatar este martirio mismo, para identificarse en la cruz con su Amado, para... basta; yo me dilato, y con todo sé, que para los que conocen al Seráfico llagado digo poco; para los que no le conocen, si es posible que haya quien no conozca este portento de la gracia, digo demasiado; porque el tiempo no me permite, ni alcanzarían muchas horas para aclarar debidamente cada una de esas ideas.

¿Y quién supo mejor que el templar en la fragua del amor divino la proporción exacta, el medio justo, que condeñando los excesos, conserva á la virtud toda su fuerza? Humilde, sin dejar de ser fuerte, íntima á los grandes de la tierra sus deberes, como al conde Orlando, á Otón, á Federico emperadores, y al sultán Saladino, en el instante mismo que se conuesa siervo inútil, que publica en presencia de sus mismos hijos sus defectos, y, teniéndose por inepto, rehúsa el sacerdocio, y renuncia repetidas veces el gobierno de su Orden. Dulce en su trato, es más que un superior una madre compasiva, que atrae y consuela, que disimula y perdona al hijo extraviado, sin que por eso deje de reprender al relajado y discolo. Abstraído por las dulzuras en que la union con su Dios le extasia, no por eso olvida los deberes de Marta, buscando con ansia alivio al prójimo, devoción al culto y desengano al pecador. Simple y sencillo en sus discursos hasta ocultar el fuego de su imaginación, la penetración de su talento y la cultura de su espíritu, no por eso deja de manifestar su sabiduría y doctrina, su prudencia y política, unas veces exhortando y dirigiendo otras, persuadiendo ahora y luego costigando; ya al de-

fender delante de los príncipes las verdades de la fé y los derechos de la Iglesia; ya sosteniendo con entereza y cópia de razones en presencia de los Obispos, Cardenales y del Pontífice mismo, la santidad de su profusion evangélica; bien sea cuando instruye á sus discípulos con preceptos, ejemplos, escritos y discursos; bien cuando asombra á los siglos con instituciones, cuya conservación y permanencia atestiguan, tanto la penetración sublime de su espíritu, cuanto la asistencia particular con que Dios guía, favorece y corona su celo por los intereses de la Iglesia.

Pero, hermanos míos, yo confundo la humildad y abnegacion de Francisco con sus glorias. ¿Y quién podría separarlas, cuando el mismo Dios se empeñó con tanto esmero en corresponder á cada humillacion de mi gran Padre con un don visible de su diestra; cuando, para confundir la vana sabiduría y prudencia de la carne, dió por premio á esta generosa y completa abnegacion la revelacion y participacion de sus grandezas? Si Francisco se ha empeñado y consiguió no vivir sino en Dios y para Dios, Dios ha completado su deseo uniéndole á sí de tal manera, que su gloria toda vive y resplandece en él. En ambos casos él es aquel varon pobre y sabio, que defiende, ilustra y engrandece la Iglesia por su sabiduría.

No hubiera hallado un digno panegirista Pablo, si la Sabiduría divina no hubiese formado para este fin un Crisóstomo; ni Francisco fuera elogiado dignamente si un hijo, heredero de su espíritu, promotor de sus virtudes, imitador de sus ejemplos y doctor de la Iglesia, no se hubiese encargado de diseñar el cuadro de sus grandezas. Nadie mejor que Buenaventura pudo darnos una idea de la profusion generosa con que Dios le prodigó sus dones. En su siervo Francisco, dice el doctor Seráfico, apareció la gracia de Dios nuestro Salvador para confundir la impiedad y vanidad del siglo. Ilúmale estrella de la mañana; que ilumina con su doctrina; Precursor, nuevo Elias, Ángel de la verdadera paz, semejante á aquel otro de quien nos dice San Juan, que llevaba en sí la imagen del Dios vivo. Á poca costa llenaria yo mi objeto, y con más perfeccion, si me fuese dado copiar los rasgos con que este hijo de su espíritu y honor de su familia nos le pinta. Pero en los que he citado encuentro los necesarios para hacer ver en Francisco la imagen viva de la Sabiduría eterna, de Jesucristo mismo, que en él se ha transformado, y ha venido á morar con su Padre, para pagar su amor y engrandecer su Iglesia.

¿Por qué medios, con qué armas hacen la guerra á Jesús y á su Esposa la impiedad y vanidad del siglo? Mirando los cimientos de aquella autoridad visible, depositaria infalible de la verdad... más

claro: separando á los fieles del centro de la unidad, que es el Papa, el Vicario de Jesucristo, el Obispo de Roma. ¿Y quién más celoso que el Fundador de los Menores en condenar esa impiedad? En todas sus empresas vuelve á Roma los ojos, coloca á sus hijos bajo la autoridad y proteccion de la Sede eterna y santa, los liga á ella con toda clase de vínculos, quiere que á solo ella recurran y obedezcan; en una palabra, que existan por Pedro y para Pedro, ó que no existan.

¡Oh leccion tan necesaria como útil en todos tiempos, y, singularmente, en el nuestro! ¡Oh ejemplo hereditario en los hijos de Francisco, que forma y formará su mayor gloria! Enseñados su Padre; y cuando no observaron su doctrina? ¿qué guerra se suscitó á la Iglesia en la cual sus plumas, sus corazones, su sangre no estuviesen al servicio y defensa del Romano Pontífice? ¿qué error levantó su cabeza contra él, que no contase primeros enemigos á los hijos de Francisco? Para no hablar de otras, y porque ninguna tubo ni tan tenaz ni tan astuta, esa secta hipócrita, aliada de la impiedad, que hace años indispone entre sí el sacerdocio y el imperio, para derribar con más seguridad los tronos y el altar; ¿de quién recibió los primeros y más terribles golpes? Díganlo las Universidades de Lovaina, la humillada Sorbona, y la celebre Escuela Complutense, que se gloria de ser hija de un hijo de Francisco.

¿Quién no ve en esta adhesion al centro de unidad, tan recomendada por Francisco á sus hijos, uno de los rasgos más sublimes de aquella celestial sabiduría que le iluminaba, y obligó á Buenaventura á llamarle Estrella de la mañana por su doctrina? Jamás la filosofía orgullosa, es verdad, lo hubiera llamado sabio, porque su soberbia no la deja penetrar la distincion evidente que existe, y que S. Pablo establece entre la sabiduría y la ciencia: *alii datur sermo sapientie, alii verbum scientie*; y que S. Agustín explica diciendo, que la ciencia es el conocimiento de las cosas humanas; pero, que la sabiduría es el conocimiento de las cosas humanas y divinas, reunido y ordenado con el estudio y práctica de la virtud. ¿Y á qué grado no se elevó este conocimiento en el Serafín llagado? Díganlo el Apólogo perfecto, segun todas las reglas, que formó ante el Papa Inocencio para alcanzar la aprobación de su Regla, y defender y hacer interesante y amable la pobreza; díganlo sus *Cánonicos* llenos de rasgos fogosos, patéticos y vehementes; díganlo sus *Cartas* á los monarcas, obispos y hombres de toda clase y condicion; díganlo sus *Admoniciones*, su *Regla* y *Testamento*; sus *Oraciones*, su *Paráfrasis* del Padre nuestro; sus *Colaciones*, sus *Apologos*, sus *Coloquios*, sus *Sermones*, sus *Sentencias*, su *Opúsculo de las diez perfecciones*... ¡Cuántos dijeron y es-

cribieron ménos, y no tan bien escrito, ni tan útil, y se alzaron y conservan con el nombre de sábios y de autores! Pero donde su sabiduría, su penetración de espíritu, no solo brilló, sino que se perpetuó y conservará siempre, es, sin duda, en esa institución religiosa y altísima, cuya alabanza omitiría, por no parecer parcial e interesado, sino hallase panegiristas entre maestros mismos enemigos, que son los de la Iglesia.

¿Quién pudo imaginar posible la creación y permanencia de una milicia, que, sin más salario ni posesión que la pobreza, sin más armas que la humildad, sin más apoyo que el de la virtud, llenase el mundo con la rapidez misma que admiró Tertuliano en la propagación del cristianismo, se conservase al través de los siglos, sin perder nada de su antiguo vigor, creciendo en robustez con la edad, fortalecida con la persecución, más poderosa cuanto más abatida? Pues he ahí el Orden de los frailes menores, tan fecundo en varones eminentes en ciencia y en virtud, tan identificado con el Evangelio y con la Iglesia, tan vigoroso y lozano al cabo de tantos siglos. ¿Cómo he de citar yo, ni aún en compendio, sus servicios á la Religión y al Estado? ¿Cómo he de enumerar sus cardenales, sus obispos, sus doctores, sus héroes? ¿Quién reducirá á guarismo sus mártires y santos? ¿En qué género de gloria se distinguieron los hombres que no presente portentos?

En medio de tanta gloria un espectáculo asombroso fija mi imaginación. La Europa Cristiana, diez veces se precipita armada sobre el Asia, para arrebatársela al musulmán fanático y valiente la presa sagrada, que la perdida griega y la discordia latina le cedieran. ¡Ay! en vano se derramó tanta y tan ilustre sangre. La conquista de los lugares santos de nuestra Redención, su conservación permanente, su culto fervoroso, ¿quién los logra, á quién se deben? Á aquel humbre cillo humilde, que, con la libertad misma, reconviene á los Cruzados por sus desórdenes; que á Saladino, á quien por su crueldad y errores le predica y hace conocer á Jesucristo, solicitando de él con ansia su conversión ó el martirio; y si no alcanza lo segundo, y lo primero está en duda, es evidente que el Señor ha premiado sus deseos; porque como á Abrabán y Calab, le ha hecho ver por sus ojos la tierra apetecida que ha de dar á sus hijos. No tardaron en poseerla, y hasta el presente la conservan.

Yo me extendiendo demasiado, y tal vez me distraigo, y nada he dicho aún debiendo decir tanto, de la inteligencia superior de Francisco en las Santas Escrituras, del don de profecía, de sus éxtasis frecuentes, de la eficacia de su predicación, de su trato familiar con los santos

apóstoles Pedro y Pablo, con los ángeles, y con su Reina purísima; de su poder sobre los espíritus malignos, de la obediencia y amor con que le distinguen, como al hombre inocente, los animales y seres insensibles; mas me atrevo á esperar que estas gracias aparecerán reunidas, porque son inferiores, aunque tan singulares, en el último y más grande favor que le caracteriza entre todos los santos.

¿Cuál de ellos llevó visiblemente en sí la imagen de Jesús? Diga en buen hora Pablo, que vive crucificado con Él, que no vive sino en Él. Francisco le ha imitado; pero el Apóstol, como éste, mostrarse en su carne misma á los hombres, impresas, no por humana mano sino por la divina, las señales de sus llagas? Nada, en efecto, faltaba ya á este serafín mortal, tan abrasado en el amor de Jesucristo, tan unido á Él por los trabajos de su cruz y la participación de su pasión santísima, sino llevar en su cuerpo la imagen de Aquel en quien se había ya transformado tan altamente su espíritu. Conducido á la soledad del monte Alverne, como á un dulce Calvario, ó como á un Tabor amargo, suavemente embriagado, y más que nunca, en las dulzuras del amor inefable, entre éxtasis y delirios, con la vista de su Amado transformado en Serafín, recibe en sus pies, en sus manos y costado los sellos mismos de nuestra redención. ¡Oh hombre divinizado! viviendo, imitaste á Cristo vivo; muriendo, te parecerás á Él moribundo; muerto, te asemejarás á Él muerto. ¡Oh prodigio! que, como dice S. Bernardino de Sena, no hallará semejante, ni ántes en la Historia sagrada, ni después en la eclesiástica.

Triunfa, atleta vigoroso, y entregando tu espíritu, extendido sobre ceniza en la tierra, cubriendo con tus manos la llaga del costado desnudo para vencer de un todo al enemigo á quien desuado humillaste, sube.... Mas, no; este nuevo Jacob, ni en el momento de la lucha ni en el de la victoria puede olvidar á sus hijos; extiende sus manos sobre ellos, los bendice, y pronuncia aquel testamento grande, que, sin dejarles más propiedad que el Cielo, les lega en la profesión de una pobreza altísima la posesión del mundo. Nada faltaba ya á este humano serafín para lograr su deseo de vivir solo en Jesús; y nada más podía hacer ya su Amado para satisfacerle. Vivir todo en su Dios por el amor, y su Dios vivía en él por la participación de sus grandezas.

Pero la Sabiduría eterna, cuya generosidad jamás se dió por vencida, quiso verificar más completamente sus oráculos, elevándole en el Cielo de su Iglesia tan cuanto él quiso abatirse en la tierra; uniéndole tanto á sí cuanto él huyó de sí mismo, ensalzándole tanto á los ojos de los hombres cuanto él quiso vivir pobre, oscurecido y

despreciado en obsequio de su Dios. Francisco no puede ya merecer, y su Amado, de día en día, aumenta su gloria con los bienes que por medio de él ha proporcionado y prodiga á la Iglesia. Hoy, como en los días de su vida, nos presenta en él aquel varón pobre y sábio, que defiende, ilustra y engrandece la ciudad de Dios por su sabiduría. *Invenit est in ea vir pauper et sapiens, qui liberavit urbem per sapientiam suam.* Héroes, sábios, prudentes, altavos del siglo, que miráis la humildad como bojeza, la sencillez como ignorancia, la abstracción como ociosidad, la pobreza como oprobio; venid y admirad los honores acumulados en redor de este pobre evangélico. Un Pontífice, testigo ocular de sus virtudes, profetas y milagros, panegirista más que juez de sus méritos, le canoniza á los dos años de su muerte; con los cardenales compone el oficio y rezo con que hoy celebramos su memoria. Le llama ángel, emplea con tison su autoridad y poder en erigirle un templo, en propagar su culto, en solemnizar su traslación; y los años, los siglos que le suceden ven aumentarse estos honores con los que los pueblos, las naciones, la Iglesia, sus Pontífices á porfia le prodigan.

Y vosotros, fieles, aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oír; imitad á este prodigio de la gracia en el valor con que despreció las pompas del mundo; aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais, con el divino auxilio, vivir en Jesucristo acá en la tierra, para vivir eternamente con Él en el Cielo. *Amén.*

PANEGÍRICO II DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

*In diebus illis derobavit et templum.
En sus tiempos fué el restaurador del templo.*

(Ecc. 1, 4.)

Dios nuestro señor, que crió todas las cosas con un poder admirable, y que las mantiene con una providencia digna de su inmensa sabiduría, há querido manifestar en todos los siglos, que en su mano omnipotente está todo el poder sobre la tierra, que trastorna los reinos, que destruye ó afianza los imperios, y que en Él vivimos, nos movemos y somos. El Señor dirige unas veces para estas grandes obras instrumentos débiles, que parecen desproporcionados para el fin á que los destina, como á una Judith para degollar á Holoférnes, una Débora para arrollar el ejército de Jabin, rey de los Cananeos, y una Jael para clavar contra la tierra las sienas y el poder del soberbio Sisara. Otras veces se vale su Majestad de hombres extraordinarios y admirables, á quienes reviste de valor, industria y prudencia, para que lleven á efecto sus providencias: como de un Jidas Macabeo para la defensa de su pueblo israelítico, de un Josué para espantar de Jericó, de un Gedeon para derrotar á los madianitas, y de un Sansón para ruina de los filisteos; para que todos conozcamos su poder, temámos sus juicios, adoremos sus disposiciones, obedezcamos á sus preceptos, y esperemos sus recompensas.

Á este modo, carísimos oyentes, podemos discurrir en el orden de la gracia. ¡Á quién no admira ver cómo confunde la idolatría y aterra á los emperadores, que la sostenían con todo su poder; á los sábios, que la defendían con toda su astucia; y á los magistrados, que trataban de mantenerla con todo el rigor é inhumanidad de los tormentos, por medio de unos hombres tan poco proporcionados, como doce pescadores, pobres, rudos, sin el estrépito de las armas, sin el lustre de la nobleza y sin el encanto y brillantez de la elocuencia?

despreciado en obsequio de su Dios. Francisco no puede ya merecer, y su Amado, de día en día, aumenta su gloria con los bienes que por medio de él ha proporcionado y prodiga á la Iglesia. Hoy, como en los días de su vida, nos presenta en él aquel varón pobre y sábio, que defiende, ilustra y engrandece la ciudad de Dios por su sabiduría. *Invenit est in ea vir pauper et sapiens, qui liberavit urbem per sapientiam suam.* Héroes, sábios, prudentes, altavos del siglo, que miráis la humildad como bojea, la sencillez como ignorancia, la abstracción como ociosidad, la pobreza como oprobio; venid y admirad los honores acumulados en redor de este pobre evangélico. Un Pontífice, testigo ocular de sus virtudes, profetas y milagros, panegirista más que juez de sus méritos, le canoniza á los dos años de su muerte; con los cardenales compone el oficio y rezo con que hoy celebramos su memoria. Le llama ángel, emplea con tison su autoridad y poder en erigirle un templo, en propagar su culto, en solemnizar su traslación; y los años, los siglos que le suceden ven aumentarse estos honores con los que los pueblos, las naciones, la Iglesia, sus Pontífices á porfia le prodigan.

Y vosotros, fieles, aprovechaos de las prodigiosas acciones que acabais de oír; imitad á este prodigio de la gracia en el valor con que despreció las pompas del mundo; aprended á crucificar vuestros cuerpos, para que desasidos del siglo, separados de las criaturas y muertos á vosotros mismos, podais, con el divino auxilio, vivir en Jesucristo acá en la tierra, para vivir eternamente con Él en el Cielo. *Amén.*

PANEGÍRICO II DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

*In diebus illis derobavit et templum.
En sus tiempos fue el restaurador del templo.*

(Ecc. 1, 4.)

Dios nuestro señor, que crió todas las cosas con un poder admirable, y que las mantiene con una providencia digna de su inmensa sabiduría, há querido manifestar en todos los siglos, que en su mano omnipotente está todo el poder sobre la tierra, que trastorna los reinos, que destruye ó afianza los imperios, y que en Él vivimos, nos movemos y somos. El Señor dirige unas veces para estas grandes obras instrumentos débiles, que parecen desproporcionados para el fin á que los destina, como á una Judith para degollar á Holoférnes, una Débora para arrollar el ejército de Jabin, rey de los Cananeos, y una Jael para clavar contra la tierra las sienas y el poder del soberbio Sisara. Otras veces se vale su Majestad de hombres extraordinarios y admirables, á quienes reviste de valor, industria y prudencia, para que lleven á efecto sus providencias: como de un Jidas Macabeo para la defensa de su pueblo israelítico, de un Josué para espantar de Jericó, de un Gedeon para derrotar á los madianitas, y de un Sansón para ruina de los filisteos; para que todos conozcamos su poder, temámos sus juicios, adoremos sus disposiciones, obedezcamos á sus preceptos, y esperemos sus recompensas.

Á este modo, carísimos oyentes, podemos discurrir en el orden de la gracia. ¡Á quién no admira ver cómo confunde la idolatría y aterra á los emperadores, que la sostenían con todo su poder; á los sábios, que la defendían con toda su astucia; y á los magistrados, que trataban de mantenerla con todo el rigor é inhumanidad de los tormentos, por medio de unos hombres tan poco proporcionados, como doce pescadores, pobres, rudos, sin el estrépito de las armas, sin el lustre de la nobleza y sin el encanto y brillantez de la elocuencia?

¿A quién no asombró el considerar cómo peleaban unos tiernos niños, unas delicadas doncellas, unos ancianos débiles; contra las espadas, las ruedas, las catastas, las parrillas, planchas, hogueras, y las fieras más bravas que les oponían los perseguidores del Cristianismo; y cómo sallan vencedores de estas peligrosas y terribísimas batallas con la fe de Jesucristo? ¿A quién no hará levantar el corazón á Dios y bendecir sus misericordias, si reflexiona que el Señor, por su bondad infinita, dispuso que naciéramos en el seno de la santa religión revelada al mundo por Jesucristo, predicada por sus apóstoles, sostenida por los santos mártires; enseñada y practicada por innumerables hombres ilustres, que en la ley de gracia ha visto y admirado el mundo? Adoremos, amados oyentes, los justísimos designios del Señor, que si permite herejías, rismas, y otros males en la Iglesia, nunca la desampara, y siempre la proporciona medios de salir triunfante de sus enemigos, para que todos veamos que ella es obra de Dios y no invención de los hombres.

El siglo xiii, tumultuosísimo por la obstinación de los príncipes, formidable por el orgullo de los herejes, y espantoso por la relajación de las costumbres, es una brillante prueba de esa asombrosa verdad. Es un punto indefectible de nuestra fe, que la nave de san Pedro no naufragará jamás: es un artículo invariable de nuestra religión, que las puertas del Infierno no prevalecerán contra la Iglesia; pero es también verdad indisputable, que la nave puede padecer borrascas, y que la Iglesia puede experimentar quebrantos. En realidad, amados míos, el gran pontífice Inocencio III vió en un misterioso sueño, que el magnífico templo de Letrán, en que está figurada toda la Iglesia universal, se venía al suelo. Pero, aquel Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, que mortifica y vivifica, que humilla y ensalza á sus criaturas, le hizo ver también un hombre pobre-cillo, que arrimando sus hombros á la sumtuosa fábrica, la sostenía para que no se arruinara. Con efecto, hermanos míos; en aquel infelicísimo siglo sacó de la nada al gran Francisco de Asís, para ajar la vanidad, humillar la soberbia, desterrar el interés, convertir la disolución en modestia, los juegos en soledad, las ciudades en desiertos, y los teatros en casas de oración. Mi seráfico padre san Francisco es destinado del Cielo para transformar los publicanos en apóstoles, los inmundos en espejos de honestidad, los usureros en limosneros, los homicidas en anacoretas, los disolutos en recogidos; y en una palabra: Francisco es destinado por Dios para reparar la Iglesia que estaba á punto de desplomarse. Este es el carácter con que apareció en el mundo san Francisco. Yo no os le debo pro-

poner bajo otro aspecto. Dios le eligió para reparador de su Iglesia: y yo os haré ver cuán dichosamente desempeñó el Santo esta árdua comision; y así aprenderemos todos á cumplir las obligaciones de aquel estado en que nos colocó el Señor. Pidamos la gracia, interponiendo la intercesion de la Reina de los Angeles, á la cual saludamos con las palabras del Arcángel: *A. M.*

Quien no haya visto las ruinas de un edificio, no podrá conocer exactamente los trabajos que se dedicaron en reparar su fábrica. Quien no vió abrasadas las puertas del templo santo de Jerusalén, arruinado su altar, destrozados los vasos sagrados que servían al sacrificio; deslucido todo su magnífico adorno, y nacida la yerba en sus mismos atrios, como dice la Escritura, no podría formar una cabal idea de la grande empresa de Judas Macabeo, que, sacándole de aquella ignominia, le restituyó á su antigua gloria. Así, para que vosotros podáis comprender el difícil ministerio para que elige Jesucristo á mi seráfico padre san Francisco cuando le manda reparar la Iglesia, y las grandes virtudes que practicó el Santo en la ejecución de este mandamiento del Señor, tengo por indispensable hacer un breve relato del estado de la Iglesia en el siglo xiii.

Parecía, amados míos, que en aquel siglo había el Infierno sacado fuera sus negros humos para oscurecer la Iglesia, desatado sus furias para hacerla guerra, y vomitado sus monstruos para destruirla. Por todas partes la combatían, y eran sus mortales enemigos sus mismos hijos. Los Waldenses tenían puesta su mira en envilecer la autoridad de la santa Sede, por unos los concilios más venerables, y se burlaban de los cánones más justos. Los Fratricelos profesaban la ignorancia y la soberbia, reduciendo á un nuevo uso la detestable doctrina de los Nicolaitas. Los Albigeneses adoptaban los errores de los Maniqueos y Origenistas, amasados con novedades escandalosas, con que hacían licitas las relaciones más abominables. Gemía España oprimida del yugo mahometano; Francia miraba oscurecida su fe con los errores de los Albigeneses y Almaricos; Italia se lamentaba por las horribles hostilidades que cometía en los estados del Papa el emperador Otón; Inglaterra suspiraba con las violencias de su rey Juan, perseguidor sacrilego de las iglesias y obispos. Por todas partes cundía la iniquidad: todo era desorden, todo confusion, todo impiedad: parecía haber llegado ya los últimos días de la Iglesia. La voz del Vaticano se oía con desprecio, sus decisiones eran recibidas con risa, su soberanía era blasfemada con libertad. Unos, dominados de la arrogancia, y otros, de un celo fin-

gido, interpretaban el Evangelio según su antojo, y el nombre católico era un nombre reducido á la exterior apariencia para ofender al Criador sin temor del castigo; en una palabra, estaba toda la Iglesia á punto de arruinarse.

¡Oh Dios altísimo! clamaré yo ahora todo atónito. ¿Quién será, Señor, el Noé, que prevenga tablas á tantos miserables naufragios? ¿Quién la paloma, que anuncie serenidad en tan gran diluvio? ¿Quién el Onías, que restituirá su esplendor á tan magnífico templo? ¿Quién, hermanos míos? Ya lo he dicho: el seráfico padre san Francisco tiene esta comisión conferida por el mismo Jesucristo.

Pero esperad un poco, amados míos, que aún se hace más difícil y más árdua esta comisión con los nuevos y terribles enemigos que se presentaron á Francisco. Es un hecho constante en los autores que han escrito su vida, que apenas nació Francisco en un establo, imitando en esto, como en otras muchas particularidades de su vida, á nuestro amable Redentor, cuando el Infierno, temeroso de las pérdidas que ya presentaba le había de causar aquel niño, destacó multitud de demonios, que le hiciesen formidable guerra en todos los pasos de su vida. Vosotros sabéis muy bien, que un solo demonio es enemigo temible, y que suscita no pequeños embarazos á las almas que pretenden obedecer los mandamientos de Dios. ¿Qué dificultades, pues, no tendría que vencer nuestro seráfico padre san Francisco, teniendo que luchar contra tantos demonios, determinados á perderle y arruinarle? Añadid, si os parece, que gastando Francisco con su juventud el dinero de su padre, ya en vanidades con otros mozos, y ya en limosnas para remedio de pobres y reparo de iglesias, le encierra su padre en casa, le ata, y furiosamente le castiga.

Añadid, que soltándole su madre, y saliendo Francisco por la calle tan descolorido y macilento por los malos tratamientos de su padre, juzga la gente que ha perdido el juicio, y le tiran piedras y lodo como á loco. Añadid, que persiguiéndole todavía su padre, le hace comparecer ante el obispo de Asís, y pide le reintegre los daños que ha causado á su casa, renunciando la herencia á favor de su mismo padre; lo cual, no solo ejecuta su hijo Francisco, sino que, además, quitándose todos los vestidos delante del obispo, se los dá á su padre quedándose desnudo. Aplicad ahora, amados oyentes, toda vuestra atención. ¿Es posible, Dios eterno, que á un joven semejante deis el encargo de que sea el reparador de vuestra Iglesia? ¿A un joven criado en vanidades, tenido por loco, castigado de su padre y burlado de sus parientes? ¿A un joven sin literatura, sin fuerzas, sin

riquezas y enteramente desnudo, mandáis, Señor, arruinar las pompas del mundo, reformar la disolución del siglo, destruir los ritos profanos, llenar de saludable terror á los pecadores, y reformar toda la universal Iglesia? Si, hermanos míos; Francisco atemorizado al Infierno, comunicará la luz del Evangelio al gentil, predicará al mahometano, convencerá al judío, ilustrará las tinieblas del hereje, y dirigirá santamente los costumbres de los cristianos. Á su presencia se humillarán los monarcas, vestirán su pobre hábito los mayores principes, entrarán los sabios en su escuela, y escucharán con agrado sus palabras todas las gentes.

¡Oh, bendita sea la eterna sabiduría de Dios, y alaben todas las gentes y generaciones su poder infinito, porque elige la ignorancia para confundir la sabiduría, la debilidad para vencer el poder, lo contentible y despreciable para supeditar lo grande y lo magnífico, y la nada para arruinar y destruir el todo! ¡Oh poder grande el de una alma acompañada de la gracia del Señor! ¿Visteis ya aquel joven desnudo, aquel hombre tenido por loco, aquel Francisco despojado de cuanto estimable posee la tierra? ¿Escuchasteis la voz de Dios, que por tres veces le intimó reparar las ruinas de su Iglesia? ¡Reflexionasteis sobre la impropiedad de los medios que Dios elige para tan árdua empresa? Pues mirad ahora como Francisco la ejecuta y lleva hasta la última perfección; á pesar de toda la contrariedad de sus parientes, de toda la rabia de los demonios, y de toda la relajación de los costumbres del mundo.

¿Visteis alguna vez una insignificante tubecilla, que apenas dá otra idea de sí misma que la de un ligero vapor que sube de la tierra; pero, que agitada después de los vientos se viste de pardas sombras, oscurece todo el horizonte, y engrasando sus hálitos, ya rompe en horribosos truenos, ya hace estremecer las gentes con sus rátaupagos, ya inundada toda la tierra con sus aguas? Pues á ese modo aquel pequeño Francisco, que dejamos desnudo en casa del obispo, sale cubierto de un capote pobre, atada la cintura con una cuerda; y llevando una cruz en la mano y el Evangelio en el corazón, predica como un nuevo apóstol en las plazas de Asís á aquellas mismas, que habían sido sus compañeros poco ántes en las vanidades del siglo. En breves días escuchan ya como oráculo al que ántes reputaban por necio; vueran como santo al que graduaban de loco, y le juran obediencia como á padre al que tenían por mal hijo; su voz es temida como un trueno de la indignación divina; y no solo consigue de los pecadores la observancia de los preceptos evangélicos, sino que les persuade que abrazen los más sublimes consejos.

Á su imitación renuncian muchos de ellos las propiedades, y viven gozosos con la pobreza voluntaria. De todas partes acuden á él los pecadores, y parten de su presencia convertidos en unos nuevos hombres. Todas las cosas van mudando de semblante. Las damas más ricas, más delicadas y hermosas, llenas de un saludable pavor con la vista de Francisco, abandonan las galas, dán de mano á los placeres, y muriendo enteramente al mundo para vivir en Jesucristo, siguen las instrucciones del Santo, y se encierran para siempre en los monasterios. Los tratantes dejan las usuras; los artesanos evitan en sus talleres los engaños; los jueces administran justicia con equidad y desinterés; en las familias entra á reinar la piedad, en la juventud la disciplina, y en el templo la veneración; el que antes no perdonaba á la sangre ajena, ahora tiene su gusto en derramar por amor de Dios la sangre propia; el que aspiraba soberbio á las dignidades, ahora las renuncia ofrecidas, y aún poseídas le sirven para humillarse; el que tenía su placer en las peligrosas licencias de los teatros, ahora le logra en el profundo silencio de las cuevas; el que miraba con horror las llagas de los pobres, ahora busca en los hospitales las más asquerosas y corrompidas para manosearlas y curarlas. ¡Que prodigio, hermanos míos, de la gracia del omnipotente Dios! ¿Quién no se llenará de asombro al mirar convertida la disolución en recogimiento, las casas de juego en congregaciones de piedad, los teatros en oratorios, las conversaciones impuras en conferencias de espíritu, los conventículos de Satanás en juntas de devoción, y la disolución de las costumbres en ejemplos heroicos de la mayor santidad?

Peró ¿por qué nos hemos de asombrar de que Francisco empezase á hacer tanto en beneficio de la Iglesia de Dios que padecía sus ruinas? ¿Y cómo podía ménos de causar tal mudanza en las costumbres el ejemplo de un hombre en quien brillaban las más heroicas virtudes? ¿Habrá valor, hermanos míos, para resistir á un hombre, en quien resplandecía la penitencia de los Estilitas, la abstinencia de los Pablos, la oración de los Ambrosios, el poder de hacer milagros de los Taumatúrgos? Yo no sé si alguno de vosotros dejaría de rendirse á la predicación de Francisco, viéndole seguir á los apóstoles en el deseo de amplificar la religion, imitar á los mártires en la ánsia de derramar su sangre, acompañar á los confesores en las fatigas de su ministerio, y poseer con las vírgenes la purísima azucena de la castidad. Tengo para mí, sin duda, que por más protervas que fuereis, le seguiriais á todas partes, le obedeceriais en todas las cosas y enmendaríais la vida.

Peró no os figuréis, amados míos, que estas victorias de Francisco le costáran pocas fatigas y desvelos. Nada ménos: viajó el Santo repetidas veces por Italia, atravesó la Francia, anduvo gran parte de España, y en todas partes dejó eternos monumentos de sus trabajos por la conservación de la fé. Predicó á toda clase de gentes: á moros, á judíos, á herejes, á cristianos. Predicó á sábios, á ignorantes, á grandes y á pequeños. Predicó al mismo Papa y á los cardenales: anunció el Evangelio al Soldán de Egipto, atravesando por todo el ejército de los moros, expuesto millares de veces á la muerte. Le tentó Satanás de vanidad con el aplauso de las gentes; peró el Santo se humillaba hasta la tierra. Le tentó de interés, ofreciéndole riquezas; peró el Santo las reputaba por estiércol. Le tentó de gula, ofreciéndole manjares; peró el Santo le vencia ayunando con el mayor rigor. Le tentó de la ambición, proporcionándole dignidades; peró el Santo las despreciaba valerosamente. Le tentó tambien, y muy porfiadamente, en los montes solitarios y en los poblados, con el espíritu de la deshonestidad; peró el Santo se abrazaba, unas veces desuado con la nieve, otras se revolvía entre las zarzas, y otras se arrojaba intrépido sobre carbonos encendidos.... ¿Venemos nosotros así las tentaciones? ¿Cumplimos con el ministerio á que Dios nos destinó á cada uno en nuestro respectivo estado, como el Santo cumplió con el que Dios le destinó de reparar la Iglesia? ¡Ay, hermanos míos! ¿qué excusa daremos de nuestra flojedad? Vosotros, pensaréis, y con razon, que ha desaparecido ya enteramente aquel primitivo estado de Francisco, en que le vimos como un jóven para nada, como un hombre reputado por insensato. Creeréis sin duda, que ya se divisa como un santo de primera magnitud, en que brillan á competencia la fé más viva, la esperanza más cierta, la caridad más heroica, la fortaleza más invencible, la castidad más pura, la prudencia más justa y el celo más extendido de mantener la religion. Peró ¡ay! oyentes míos muy amados, que es tal y tan prodigiosa la vida de Francisco, que apenas hemos dado las primeras pinceladas en su retrato: aún faltan los colores más vivos á su imagen; aún faltan prodigios estupendos, maravillas superiores á todo el alcance del entendimiento humano. Escuchad algunas, ya que todas podrán saberse solamente en el Juicio universal, en donde nada quedará oculto.

Viendo Francisco que le seguían las gentes, y que todo el mundo iba tras él, atraído de su virtud y de sus milagros, medita un famoso proyecto para perpetuar en el mundo su espíritu, y sus ejemplos. Retírase á un monte solitario, y allí, enardecido en el amor de Dios y de sus prójimos, se dedica todo á la oración y penitencia. Lloro

clama, suspira, se abraza, se consume, se derrite con la llama del divino fuego que arde en su pecho. Allí los éxtasis, los raptos, las elevaciones de su espíritu eran tan vigorosas, que arrebatando también su cuerpo por los aires, le subían sobre los árboles más elevados; allí era el estruencarse los más robustos troncos al duro golpe de sus crueles disciplinas; allí era matizarse las flores y las yerbas con el carmin de su inocente sangre; allí, finalmente, después de un prolijo ayuno de cuarenta días, recibió de la mano de Dios la santa Regla, y la orden de publicarla. ¡Pero qué Regla, señores? Una Regla celebrada de los sumos Pontífices con magníficos elogios; una Regla, que ha santificado millones de almas, que ha establecido la observancia del Evangelio ya amortiguada, que ha despoblado el Egipto del siglo para poblar el desierto, y que ha llenado de santos los altares; una Regla, finalmente, que ha convertido el suelo de la Iglesia en el bello recinto de una Jerusalén santificada. Tal como ésta, amados míos, es la Regla que recibió Francisco del Señor para sus frailes. Tal como ésta es la otra Regla, que dictó asimismo el divino Espíritu para sus monjas. Pero viendo todavía Francisco que todo el mundo le seguía, que no todas las gentes podían ni debían abandonar sus estados, empleos y ocupaciones, forma un tercer proyecto para reducir á una disciplina más exacta las costumbres de los pueblos, y escribe otra tercera Regla para una Tercera Orden, en la cual, sin salir cada uno de su estado, entre en la clase de los hijos de san Francisco, y consiga, observándola, la vida eterna. ¡Qué prodigio éste, señores, tan nunca visto desde el tiempo de los apóstoles! ¡Qué transmudaciones éstas tan asombrosas! Los monarcas más poderosos, sin abandonar el cetro ni la administración de sus reinos, corren á ser hijos de san Francisco en esta Tercera Orden. Los príncipes, los duques, los condes, los marqueses, se apresuran á tomar el Cordón de san Francisco. Las damas más ilustres, las princesas más poderosas, las reinas mismas, las emperatrices, se inscriben en la Orden de san Francisco. Los viudos, los casados, los solteros, las solteras, las viudas, las casadas, el mundo todo, digámoslo en una palabra, se renueva, se reforma, se mejora con la vida, con la predicación y las Reglas de Francisco.

No será difícil creer, con lo que acabo de decir, que consternado el Infierno con pérdidas tan estrepitosas, é irritados los monstruos del abismo contra Francisco y sus hijos, pretendieran acabar con él y con su Religión á toda costa. Con efecto, oyentes míos; juntáronse en el Infierno los demonios en un tumultuoso conciliábulo, y apuraron sus diabólicas astucias aquellos espíritus malignos, esco-

gitando medios y arbitrios para exterminar de la tierra á los que tantos daños les acarrearban. Reveló Dios á su siervo Francisco éstos perniciosos acuerdos del abismo, para que previniése á sus hijos, asegurándole al mismo tiempo de su protección, y diciéndole estas formales palabras: «Esta Religión es mía, y tomo de mí cuenta el defenderla.» Á la verdad, la persecución del Infierno fué tan terrible después de muerto el Santo, que ha sido bien necesario el amparo del Señor para no acabarse enteramente. ¡Ay de mí, hermanos míos! de solo pensarlo se me estremecen las entrañas. Suponed que al fin hubiera logrado el demonio acabar con esta Religión, y que el Señor, siempre venerable en sus juicios, le hubiera dado licencia para arrancar hasta las raíces más profundas de este árbol, que era ya desde sus principios el gozo y la alegría de la Iglesia: ¿cuántos pérdidas hubiera padecido la religión y la piedad? ¿Quién hubiera llevado el Evangelio al Africa, al Asia, á la América? ¿Quién hubiera santificado tantas millones de almas en el Nuevo mundo? ¿Quién hubiera dado tantos pontífices á Roma, tantos cardenales, tantos patriarcas, arzobispos y obispos á las iglesias; tantos mártires á la fé, tantas vírgenes al Paraíso, tantos intérpretes á la Escritura, tantos celosos proclamares á los pueblos? Si el demonio hubiera cortado en flor esta hermosa planta, ¡pobres universidades! defraudados hubierais quedado del esplendor y gloria que os dieron los Ales, los Buenventuras y otros innumerables. ¡Pobre España! ¡pobre Francia! ¡pobre Italia! cuyos herejes y pecadores, sentados en las tinieblas de la muerte, no hubieran visto amanecer aquella luz que excedió delante de sus ojos un san Antonio de Pádua.

¡Pobre Hungría! ¡pobre Bohemia! ¿Quién hubiera animado á sus príncipes para promover la empresa de atajar las rápidas corrientes del furor otomano, si no hubiera habido en el mundo un Capistrano? ¡Pobres griegos del siglo XVII! vuestros errores y división se hubieran perpetuado en el mundo, si no os trajera desde Constantinopla á Ferrara para uniros con la Iglesia latina el beato Alberto de Sarciano. El nombre dulcísimo de Jesús no tendría hoy en la Iglesia la veneración que tiene, si hubiera faltado un Bernardino de Sena, quien sufrió hasta el punto de ser acusado de hereje por esta causa. ¿Cuándo hubiera llegado el misterio de la purísima Concepción á la gloria de ser tan venerado en la Iglesia, si un Scoto no desatara de su lengua en París un río de sagradas persuasiones, para inundar á cuantos sentían con menor piedad de la original pureza de María? ¿Cuántas veces hubieran sido profanados por los bárbaros los lugares santos de Jerusalén, si no fuera por los hijos de san Francisco,

que los mantienen con veneración á costa de sus fatigas y su sangre? ¡Pobre pesebre donde el amable Jesús dió los primeros suspiros sobre el heno! sobre él se apacientarian los brutos, si no hubiera hijos de san Francisco que lo defendieran. ¡Triste Sepulcro, donde fué depositado el destrozado cadáver del Salvador! ahora sería el escarnio y la burla de los mahometanos. ¡Pobre reino del Congo, desdichados reinos de Nepar y Angola! pobre Mesopotamia, infeliz Persia, pobre mundo, si...! Pero á dónde me lleva la verdad de unos hechos tan constantes? ¿Prétendo yo acaso contar las estrellas del cielo, las arenas del mar, las hojas de los árboles? Tan imposible como esto sería sin duda, referir los frutos que esta Religión ha producido en la Iglesia; y es tan evidente lo que acabo de decirlo, como que san Francisco llenó exactamente su ministerio de reparar la Iglesia con su vida, sus ejemplos, sus virtudes, su predicación, su regla y sus hijos.

Y bien, amados míos, qué nos manda Dios, y qué hacemos nosotros para obedecer al mandamiento de Dios? Dios nos manda renunciar con el afecto todas las cosas que posemos para ser discípulos suyos; y en lugar de desprendernos de ellas como san Francisco, buscamos acrecentarlas, sin satisfacerse jamás la avaricia de nuestro pobre corazón. Dios nos manda huir de la deshonestidad, y nosotros, en vez de huir de los malos pensamientos como san Francisco, buscamos las ocasiones de perder la castidad, damos libertad á los sentidos, y vivimos con frescura en medio de los peligros. Dios nos manda dar buen ejemplo al prójimo en todas las cosas, y nosotros, en vez de manifestarnos como san Francisco, humildes, mansos, modestos, laboriosos y aplicados, escandalizamos al prójimo con nuestra ira, nuestra soberbia, nuestra ociosidad y nuestra disolución. ¡Ay, amados de mi alma! Mirad lo que haceis, mirad como vivis; tened siempre en vuestro espíritu estas admirables palabras; que san Francisco tenía frecuentemente en sus labios: «El deleite es breve, la pena perpétua, el trabajo poco, la gloria infinita: muchos son á los llamados y pocos los escogidos.» Con ellas exhortaba el Santo á sus hijos, y con ellas os exhorto yo á vosotros; para que consigais la gracia y para que alcancéis la Gloria. *Amén.*

PANEGÍRICO

DE LAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO DE ASÍS.

Vulneratus est propter iniquitates nostras... et liore ejus sanati sumus.
Por causa de nuestras iniquidades fué el llagado... y con sus cardenales fulmos nuestros sanados.

(GAL. III, v. 5.)

Si la diferencia evidente que media entre un retrato y su original impide, que los que discurren bien atribuyan al primero los caracteres esenciales del segundo, y excluye todo pie de igualdad; sin embargo, es positivo, hermanos míos, que entre el original y la copia ha de existir siempre una semejanza de imitación, por la cual en la una se refleja de tal manera la fisonomía del otro, que dé al espíritu una idea exacta de él, ó renueve en la mente su recuerdo. Bien conoció que un espíritu grosero, hondamente impresionado por los lineamientos que se le presentan, no pasa más allá de la efigie; y como si fuese el prototipo mismo que le comunica vida y movimiento, la invoca, la interroga y le responde; y entregándose al ciego engaño derrama ante ella toda la plenitud del sentimiento y del afecto. Este y no otro es el funesto origen de la execrable idolatría, ó hizo que un simulacro de oro ó plata, cuya pupila no ve, cuya oreja no oye, cuyas manos carecen de sentido, así como sus piés de movimiento, obra vana de un artífice mortal, alcance la adoración y los homenajes del vulgo ignorante. Mas, porque la ignorancia abuse de todo y lo convierta en veneno, deben condenarse las rarezas del arte, la magnificencia de la naturaleza y los dones admirables de la gracia? Deberá culparse al Criador por la fábrica del sol y de las estrellas, porque de estas imágenes de una belleza encantadora hicieron sus dioses las naciones idolátras?

Aceptado que fuese este exagerado principio, en vano os hubierais hoy juntado para escucharme, hermanos míos; y el gran milagro que

tanto interesa á vuestra piedad, ántes que el de suministrar un poderoso argumento para mi discurso, debería ser contado entre aquellos desórdenes que tan solo pueden reparar, ó bien un severo desprecio, ó el olvido desdenoso de los siglos ilustrados. Con efecto: cuando para librar de ciertos obstáculos á la devoción ignorante fuese necesario apartar de su vista los bronceos, los mármoles y los cuadros; cómo exporcionaríamos á la vista pública, cómo celebraríamos con las pompas de la elocuencia las prodigiosas Llagas de Francisco, y la viva y abatida imágen de Jesús crucificado? En realidad de verdad, se necesita un esfuerzo de circunspección y de prudencia para no caer aquí en una ilusión. ¿Cómo! ¡aquel Francisco, que nace en un pesebre, que crece entre las zozobras de una pobreza angustiada, que rico en obras y en doctrina retorre evangelizando las tierras infieles de la Decápolis y del Jordán, y trepando á una eminencia queda traspasado de pies, manos y costado, ¿no es el hombre del dolor, el herido y humillado de Dios? ¿No es aquel gran profeta, que, en premio de los agravios que ha sufrido y de la sangre que ha derramado, verá crecer en torno suyo una posteridad numerosa? No, hermanos míos, no es él, y es menester guardarse bien de trasformarlo en una divinidad monstruosa. Pero ¿no os sorprende la uniformidad de aquellos rasgos? ¿no veis cómo brilla el misterio? No pienso traer de lejos el particular elogio que habeis tenido á bien confiarme, puesto que las santas llagas de Francisco son tan semejantes á las preciosas heridas del Redentor, y las poderosas razones de tan incomparable portento tienen, una afinidad tan grande con los motivos conocidos de nuestra redención, que subordinando la semejanza mortal al divino modelo, pueden señalarse sus mutuas proporciones; y con feliz correspondencia de idiomas puede trasladarse lo que se dijo de aquellas milagrosas impresiones á lo que se dijo de las mismas llagas del Salvador: *Por causa de vuestras iniquidades fué Él llagado... y con sus cardenales fuimos nosotros sanados.*

Gran cosa es un prodigio; mas no todo prodigio es fecundo en cosas grandes. Destinados á fortalecer la confianza de los hombres y á dar testimonio de la mano del Señor, siempre robusta y benéfica, parecieron casi superfluos después de la solemne promulgación del Evangelio; por lo cual su misma rareza indica, que no tienen ya las miras elevadas que en los antiguos tiempos; y para decir todo lo que puede decirse, nos contentamos confesando con el Profeta, que es obra de Dios, y que es admirable á nuestros ojos. Pero vosotras, escarpadas peñas de Alvernia, que con vuestras horribles grietas y rotos peñascos traéis á la memoria del atónito peregrino las veredas

del Calvario, vosotras visteis un prodigio harto parecido al de aquel monte dolorido, cuya sublime razon y gloriosos efectos son un compendio de los vastos designios que tenía en el pensamiento el Verbo eterno hecho carne, mientras exhalaba su bellissima alma en la cruz: las llagas de Francisco, de las cuales fuisteis mudos testigos, no son un milagro particular que comience y acabe en él, sino que interesan á toda la república cristiana: de tal suerte, que ha llegado su fama á los pueblos más apartados. ¡Ah! exclamaron éstos, Francisco lleva el peso de nuestros pecados; y con el lastimero cuadro de una nueva crucifixion reclama para nosotros los perdidos senderos de salvacion y de vida: *Por causa de vuestras iniquidades fué Él llagado; hé ahí el origen de aquellas llagas; y con sus cardenales fuimos nosotros sanados; hé ahí sus consecuencias.* A. M.

Del extremo remedio del cual la gracia hizo ministro á Francisco, podreis inferir sin esfuerzo, hermanos míos, los extremados males y la consumada depravacion que en aquellos días de desórden y de horror cubrían cual negro noche la tierra. Nada diremos del Asia, donde el látaro conquistador, juntando el valor á la barbarie, y la audacia á la fortuna, llevando al combate una tropa compuesta de gente advenediza, veia quebrantado el orgullo de formidables imperios, destruía las provincias, desrocaba los troncos, y con su vara de hierro heria igualmente la religion y las leyes; mientras por otra parte, las tumultuosas Cruzadas, despreciando los cuerdos avisos y las reprensiones del mismo Francisco, sembraban desórdenes y delitos por las santas regiones, que intentaban arrancar de las manos de los tiranos para volverlas á la libertad de la fe. ¡Ay de la desgraciada Europa, en cuyas horrosas calamidades se vislumbraba claramente la culpa y la corrupcion general! ¡Oh reunion infame de todos los monstruos! Tan estúpida era la ignorancia que entónces dominaba, que la autorizada palabra del Evangelio era desconocida á la idolátra Prusia y á la Livonia! ¡Tan descarada se sostenia la avaricia, que los beneficios de la Iglesia eran pujados públicamente en el mercado; y los mismos Sacramentos no estaban libres de contratacion y de precio. Pasébase tan libremente la irreligion, que las fiestas cristianas servían para dar suelta á una licencia pagana; y las preciosas reliquias de los mártires eran prostituidas con el uso abominable de los encantamientos mágicos. Las costumbres y las máximas que dominaban, no ruborizaban ménos á la ley del Evangelio que á la supuesta cultura de aquellos hombres incivilizados. De ahí las rebeliones y estragos de la turbulenta Bretaña; la nueva fuerza que ad-

quirió el indocil cisma, torpemente autorizado por la orgullosa Alemania; la hidra siempre renaciente de los albigenses, valdenses y demás impíos sectarios en la borrascosa y velleidosa Francia; de ahí, finalmente, el espíritu de discordia en la equívoca Italia, que, invadida por las armas extranjeras y quebrantada por halagüeñas herejías, renunciaba con pavoroso continente á la piedad de sus mayores, satisfiecha tal vez viendo profanados sus templos, encarecelados sus obispos, y vacilante la sucesión apostólica en el Capitolio.

Horrorízase Francisco al contemplar el inmenso diluvio de tantos desastres; y el dolor, la compasión y el celo, ora le rasgan el corazón, ora le hacen prorumpir en llanto, ora encienden en él una santa indignación. Mas ¿qué podía hacer el nuevo Elias contra el naufragio voluntario del pervertido Israel? En vano tiende la mano á sus hermanos que están en peligro y nadando por el proceloso mar; seguido de pocos imitadores, que, como él no quieren doblar la rodilla á Baal, se salva en las ásperas cimas del Apenino. Desde este sitio fija sus miradas en las peligrosas ondas; y al contemplar de lejos las extenuadas gentes próximas ya á la muerte: ¡Dios! ¡Dios! exclama, ¿no veis ya encendido el rayo que amenaza vuestras cabezas? ¡Ay de mí! que está ya para pronunciarse una funesta sentencia: los Cielos se mueven sobre sus quicios, la misericordia asustada aparta su vista, y los ángeles de la venganza corren á las armas... ¡Deteneos por un instante, Dios mío! si no se han agotado aún los tesoros de vuestra bondad, dignaos hacer de ellos un nuevo don á la culpable tierra; y si es necesaria una víctima para aplacar vuestro enojo, aquí tenéis un siervo inútil que se os ofrece en expiación.

¡Oh fuerza admirable de una oración afectuosa! Ella habla penetrado en el Empíreo, y del trono excelso de Dios bajaba destallando viva luz un Serafín, para hacer de Francisco el blanco de una amable cólera ó de un amor airado. Relámpagos, que brillan en la espaciosa atmósfera, las hayas del bosque rodeadas de llamas, y las cúspides de las rocas, que reflejan en mil partes aquella claridad sobrenatural, anuncian al exótico Patriarca la venida cierta del Señor, ó de su más noble embajador. Con efecto: deténesse delante de él la estupenda visión; y abriéndose de improviso las dos grandes alas que cubren al mensajero, manifiesta divinamente esculpida en el seráfico regazo la efigie del Redentor crucificado. ¡Ah! aquellas llagas aún recientes, aquella sangre, que hace poco corría á torrentes, abogan en el alma de Francisco el dulce júbilo que empezaba á experimentar por la suspirada presencia de su Dios. ¡Qué vista tan cruel, quería decir sollozando, qué escena tan trágica!... Pero reanimán-

dose de repente la celestial figura, y soltando en suaves acentos sus amortecidos labios: ¡Ingratos! exclama, vosotros os olvidasteis de mí, y sin la fuerza de mi brazo omnipotente hubierais caído ya otra vez en el funesto abismo de la nada; sin el fuego vigoroso de mi amor se hubiera apagado ya el calor que prolonga vuestra vida; sin mis paternales cuidados hubierais desfalocado desnudos y famélicos en el desolado universo: yo, que he sido vuestro artífice, cuando en él como material compuse vuestros huesos; yo, que soy vuestro guarda, cuando abro vuestras pupilas para que os apartéis de los peligros, y cuando os las cierro para dormir en mis brazos; yo, que soy vuestro médico, que os preparo en las aguas y en las plantas los remedios para reanudar el delicado hilo de vuestros días... ¡yo, me veo olvidado de vosotros! ¡Y qué memoria resta de mi larga peregrinación entre los hombres, de mis palabras de vida, de mis milagros, de mi cruz, de mis llagas y de mi muerte? ¡Almas de poca fé! ¿por qué mi vista no atrae vuestras miradas? ¿Ou trivales pretextos os olvidáis de amarme... ¡Ah! ¡dejan por fin, toda excusa cuantos me desconocen; hoy me volveréis á ver; hoy sabreis la manera humana como me trata vuestra negra perfidia: miradlo á lo ménos en ese á quien habeis traspasado.

Acércase el Serafín al trémulo Francisco, lanza contra él cinco rayos vivísimos como agudos dardos, y desaparece. Ya me habeis entendido: la espada vengadora de Dios se había transformado en aquellos rayos; y así como una vez hirió por nuestro amor al inocente, así ha impreso ahora sus propias llagas en el inocente para atestiguar á un tiempo su cólera y su perdón. Mirad, contemplad pues las señales visibles de la salvación eterna; contemplad las gloriosas heridas que triunfaron del Infierno: ¿quién no diría que revive en Jesucristo Francisco, cuando en éste tovíen tan manifiestas y verdaderas sus amorosas llagas? Bien concebido, hermanos míos, que podría regocijarnos el curioso exámen de aquellas manos y de aquellos piés, donde desgarrada la carne, atraviesan de una parte á otra los sangrientos clavos, y abren por una parte y repliegan por otra el admirable tejido de nervios y de fibras; concebido qué tal vez os gustaría registrar aquel costado abierto, y preguntar al generoso penitente de los Alpes, si es verdad ó ilusión aquella vida, que conserva despues de los estragos de tan desapaidado martirio. Pero ¿no os parece mejor que, sin escudriñar por ahora la forma sensible ni las propiedades ocultas de las milagrosas llagas, dediquemos los pocos instantes que nos quedan á manifestar sus consecuencias?

Que la voz confusa del gran milagro se propague por la Toscana

y la Umbria, que llene la Italia de mar á mar, que trascienda el Apennino, que se extienda más allá del Mediterráneo y de los Pirineos; ¿podrá por ventura atribuirse á fanatismo popular, ó á aquel inquieto deseo de lo maravilloso que atormenta tan fuertemente los ánimos, cuando al ocio se le une una pequeña dosis de sentido común? Sin embargo, no dejaron los incrédulos de atribuirlo á fanatismo. ¿Qué son esas llagas? decían con aire maligno de desprecio y de burla; ¿de dónde y cómo vinieron? ¿Y á qué? ¿por ventura quedó imperfecta la redención, ó tal vez hay establecido en el Cielo el periodo de doce siglos para dar de ella una nueva manifestación á la tierra...? Encontrar defectos en Dios es la blasfemia más estúpida; imaginar que el hombre fuera capaz de repararlos, sería el más ridículo de los errores; y atribuir á Francisco esta vanidad quimérica, la más vil de las imposturas. Así iba acumulando sentencias y discursos la destinada incredulidad; y tributando un falso honor á la divina Sabiduría, degradaba la omnipotencia; ultrajaba á la misericordia, y erigía en consejos del Cielo sus preocupaciones y caprichos. Bastaba S. Pablo por sí solo para convencerla de su soberbia y ceguedad; S. Pablo, que se gloriana de completar la pasión con la frecuencia de las ignominias y con la multitud de los tormentos. Cuando una nube de irrecusables testimonios vino en apoyo de la fama siempre incierta; cuando se supo que, no solo los más parciales del célebre suceso sino áto los suspicaces y descreídos, reconocidas ya por nuevos prodigios, ya por evidencia inmediata las adorables llagas de Francisco, confirmaban á porfia su existencia, y manifestaban públicamente su verdad; cuando, en fin, la autoridad de la Cabeza de la Iglesia, y la Iglesia misma, con completo acuerdo de todos sus miembros, apreciaron el hecho y le pusieron el sello de la certeza, se obtuvo cortesmente la portación del entendimiento, y la religiosa simplicidad de la fe volvió á recobrar sus derechos sobre la razón vencida. Un sagrado horror, un profundo silencio de asombro, un sentimiento de ternura llenó los entendimientos, y todas las gentes de Europa alzaron acordes su voz, y preguntáronse unas á otras: ¿qué son esas llagas?

¿Qué son estas llagas? decía Francisco á sí mismo. ¡Ay de mí! ¡tan preciosa imagen en una tela tan ruin y abyecta! ¡Ah! ¿qué fruto os prometéis, Dios mío, del árbol ingrato en el cual osculpisteis vuestra cifra? Sin duda se hubieran encontrado millares de almas mejor dispuestas, y que hubieran encarecido mejor su precio y sostenido su decoro!... Derretase su corazón en estos trasportes como en una vasta hoguera; y la sola vista de los piés traspasados y el

tacto de las manos heridas bastaban para sumergirle en un éxtasis victorioso, que lo transformaba siempre en un hombre nuevo; porque salía de aquella contemplación altísima con tan rara fuerza de pensamientos y de afectos, que sus palabras no se distinguían del impetuoso rayo; ¡tan poderosas eran para conmovir el infecundo desierto y hacer pedazos las más duras piedras! En suma, justo y santo como era Francisco, logró con sus llagas una medida de justicia y una corona de santidad igual, si no mayor, que la de los mayores modelos. ¿Qué son esas llagas? decían, agrupándose en torno suyo sus hijos enternecidos. ¿Son argumento de indignación? ¡Ah! apláquese ya el Cielo irritado, y amargos gemidos de arrepentimiento quiten de las manos del Eterno su tremendo azote. ¿Son argumentos de amor? ¡Ah! no tardemos en mostrarle la correspondencia; viértase nuestro sudor y nuestra sangre para aumentar su gloria. Pueblense en un momento las solitarias cavernas y las erizadas selvas; cúbrense unos de ceniza y de cilicio; sacrifiquen otros á la oración y al silencio los más justos deseos de la naturaleza; consúmense unos con ayunos; muchos atormentan sus miembros inocentes; y la horrible Alvernia, no ménos gloriosa que la Telhada ó el Carmelo, enviaba á Italia desde sus cumbres incultas un aire santificado, que iba serenando á cada instante el turbado horizonte. Entretanto, un escuadrón escogido de magnánimos atletas recorría el África y el Asia, desafiando abiertamente á la idolatría, al Alcorán y al cisma. Vióles la Libia y el Egipto vestidos con un saco, y con los piés desnudos pisar la ardiente arena de sus desiertos, sembrar entre las llamas el Cristianismo, y darse por contentos cuando en cambio de enseñanza y de fe recibían la cárcel y la muerte. Viéronles el Boristenes, el Volga y el Ganges suavizar la fiereza del tártaro, animar la timidez del indio, y escribir el nombre de Cristo en la frente de los despotas más temidos del Oriente. ¡Ah! aquellos hijos incomparables, separándose de los brazos del padre, habían chupado de sus ricas heridas el generoso espíritu del Evangelio y la virtud de obrar y padecer por el grandes cosas.

¿Qué son esas llagas? repetan de lejos las ciudades asombradas: Cristo impassible, nuevamente crucificado en un hombre, ¿no indica nuevos crucificadores? Demasiado grande y ruidoso es el prodigio, para que nos figuremos que el número de los malvados sea corto. Y qué locura, qué piedad tan vituperable, ir todos los días en peregrinación á Palestina, adorar allí el sepulcro del Redentor, pasar de Jerusalén á Belén, ó del Gólgota al monte Olivete, y traer nuevamente á la patria la misma alma malvada, para cuyo remedio hubie-

ron de acontecer las terribles maravillas de un Dios crucificado y muerto! Turbáronse con tales ideas, y temblaban de saludable espanto las Ninivas y Babilonias de Europa; creían ver en Francisco otro Jonás ó Jeremías, que, mostrando las sangrientas llagas en comprobación de su misión, intimaba al mundo extraviado la penitencia ó el exterminio. ¡Cuántos suspiros se dirigieron al Cielo, cuántas enemistades se compusieron, cuántas pasiones se ocultaron en los más íntimos pliegues del corazón! No debo detenerme aquí á enumerar los trofeos que aquellas llagas levantaron sobre las abominaciones del siglo XIII: basta saber que persuadieron á los libertinos, convencieron á los incrédulos, y atacaron á los herejes; que disipadas con admirable fortuna las sediciosas intrigas que había entre güelfos y gibelinos, aseguraron por algun tiempo la paz al sacerdocio y al imperio; que fueron la conquista del grande Antonio en Portugal, del famoso Háles en Francia, de un Rodolfo en Inglaterra, de un Buenaventura en Italia. ¿Y no sois algunos de vosotros, hermanos míos, una de sus más bellas conquistas? Vosotros manteneis vivas en este siglo de indiferencia las débiles chispas del fervor cristiano, con vuestra frecuencia á los ejercicios devotos, vuestro apartamiento de las reuniones profanas, la decente sencillez de vuestras fiestas, y la afable compostura de vuestros trajes; distinción gloriosa, claramente debida á las augustas llagas del privilegiado Francisco.

¡Ah! proseguid intrépidos en la gloriosa é ilustre carrera que emprendisteis, estimulados prodigiosamente para seguir las huellas de vuestro padre, así como él seguía las del Crucificado; y contemplando con santa amargura el funesto origen de sus llagas, multiplicad sus felices consecuencias en el seno de vuestra patria. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO DE BORJA.

Mortificatus quidem carne, vivificatus autem spiritu.

Estaba muerto según la carne, pero vivía según el espíritu.

(I. PARR. II, 18.)

Siempre que medito, católicos, en la vida de S. Francisco de Borja, duque que fué de Gandía, pareceme que comprendo todo el sentido de aquel precepto, que de tantos modos diferentes nos manda hacer de ésta vida una especie de muerte: precepto en que se nos dá á entender, que debemos morir al mundo y á nosotros mismos, y vivir crucificados con Jesucristo. La mortificación puso á S. Francisco de Borja casi en el mismo estado á que reduce la muerte á todos los hombres, y aún parece que, ó le arrancó el alma del cuerpo, ó solamente se la dejó para sentir y padecer. Bien sé, señores, que esta penosa y austera virtud es muy poco conocida en nuestro siglo; y que aún aquellos que en el mundo gozan fama de santos y virtuosos, no se conforman con que la santidad consista en aborrecerse el hombre á sí propio, y tratar su cuerpo como á su más mortal enemigo; la mayor parte de estas personas consideradas virtuosas, se hisonjean de observar un justo medio, que, sin ser molesto á la naturaleza, no perjudica á la gracia; se figuran haber hallado el modo de conciliar el amor propio con el amor á Dios, y de imitar en el seno de una vida pacífica y cómoda la vida de Jesucristo crucificado.

¿Qué diferencia tan notable media entre el modo de pensar de San Francisco de Borja, y esa falsa idea de perfeccion cristiana! En nuestro Santo hallareis un hombre, que aborrece cuanto puede halagar á la naturaleza; un hombre, á quien las más pesadas cruces le parecen ligeras y deliciosas; un hombre, que, lejos de rechazar los dolores y trabajos, los busca y apetece; un hombre, que constantemente está resistiendo todos los deseos é inclinaciones del hombre viejo, ó por

decirlo mejor, que ha nacido al parecer con inclinaciones contrarias á las de los demás hombres; en una palabra, os presentará la imagen de un hombre muerto; y si esta imagen es poco agradable, á lo ménos no podreis dudar de que es muy saludable: la vista de un cadáver medio corrompido, despertó en el corazón de nuestro Santo el deseo de morir al mundo.

La muerte no destruye el alma ni el cuerpo del hombre, solamente los separa; pero esta separacion produce en estas dos partes, que constituyen nuestro ser, efectos muy opuestos: precipita al cuerpo en el sepulcro, y al mismo tiempo liberta al alma de una prision molesta, ó de un funesto sepulcro en que estaba como encerrada; imposibilita al cuerpo para ejercer sus funciones, y dá poder al alma para que obra conforme á su naturaleza: en una palabra: apenas hace la muerte esta cruel division, quando el cuerpo pierde el sentido de los dolores y el gusto de los placeres; empero el alma, libre entónces, empieza á tocar los objetos espirituales y las cosas más distantes de la materia.

Ésta es la más alta idea que se puede formar de S. Francisco de Borja; esto fué lo que hizo en este grande hombre la mortificación, muerte voluntaria y anticipada; y esto mismo me obliga á representárosle hoy como un hombre muerto, porque la mortificación le habia desprendido de sí mismo; y separando, en algun modo, su espíritu de su carne, habia hecho á ésta casi insensible á los rigores de la penitencia, y á aquél capaz de unirse con Dios; y de elevarse á la sublime contemplacion de los objetos sobrenaturales. Dividiré en dos puntos este discurso: en el primero os manifestaré que la mortificación redujo el cuerpo de Francisco de Borja á padecer sin quejarse; y en el segundo, que libró á su alma de la esclavitud de su cuerpo: primero vereis cómo se hallaba insensible á todo quanto puede halagar los sentidos; y despues las disposiciones que en él habia para recibir los objetos sobrenaturales; por una parte admirareis el más generoso desprendimiento de todos los objetos criados; y por otra, la union más íntima con Dios; en una palabra, vereis á Francisco de Borja habitando en un cuerpo, en algun modo sin sentidos, y con un alma que parece vivia separada del cuerpo. ¡Dichoso yo, si á vista del estado de muerte en que hoy he de pintar á nuestro Santo, se moviera mi auditorio á penitencia, como él se movió á la vista de un cadáver! Mas, ante todo, imploremos los auxilios de la divina gracia, por la intercesion de la Santísima Virgen: *A. M.*

Sin duda, señores, que fué un honor insigne para el duque de

Gandia, el encargo que le hizo el emperador Carlos V, de conducir el cuerpo de la emperatriz Isabel al sepulcro de sus mayores; pero Dios, que mira con especial amor á sus escogidos, se vale de los medios humanos para la ejecucion de sus impenetrables decretos. Yo habia oido muchas veces, que luego que llegó á Granada el cuerpo de aquella princesa, se abrió el ataúd para examinar si era efectivamente su cadáver el que allí estaba encerrado; y que al verle S. Francisco de Borja tan desfigurado, temió cometer un perjurio, si aseguraba ser aquel el mismo cuerpo que se le habia confiado. Esta mudanza tan súbita causó en su corazón una revolucion igualmente súbita y singular: como vívido á vista de aquel horrible cuadro, concibió tal desprecio de todas las falsas grandezas del mundo, que desde entónces determinó abandonar la corte y renunciar para siempre las vanas esperanzas que, aún quando se consigian, las desvanecen el tiempo y la muerte. Ya estoy resuelto, exclama; ya no tributaré más incienso ni prestaré más servicios á la corte, ni serviré á un dueño, sujeto como yo á las leyes de la muerte. Ved, pues, señores, como desde este dia su increíble mortificación y su incomparable desprecio de los bienes terrenales, empiezan á hacerle insensible á los rigores de la penitencia, superior á los honores, y sorrió á la voz de la sangre.

El primer efecto que produjo en el corazón de nuestro Santo la vista del cuerpo de la emperatriz, fué un ódio irconciliable contra su propio cuerpo; continuamente se estaba contemplando en el mismo estado en que acababa de ver el cuerpo de aquella princesa, que poco ántes era la admiracion de la Europa por su belleza; se consideraba como un cadáver, que por su infeccion y horror era insostenible en el mundo. Poseído de esta idea, se priva del uso de los manjares delicados, se abstiene de los más comunes; y aún muchas veces se tinga los necesarios para alcanzar el Cielo, destruyendo poco á poco una carne que sabia habia de ser pasto de gusanos, si ántes de lo la consumia por medio de la penitencia. Para demostrarnos mejor el celo con que desde luego abrazó la mortificación cristiana, los escritores de su vida nos refieren un hecho, al parecer increíble: apenas habia pasado un año en esta nueva vida, quando ya parecia, no solo un nuevo hombre, sino un hombre absolutamente distinto; sus mismos criados no le conocian, segun lo mucho que habia enflaquecido; el mismo aseguraba, que en la piel que le sobraba, la que solamente servia para cultir los nervios y los huesos, podia envolver todo su cuerpo. Me parece, señores, que no es necesario relataros por menor los rigores que en tan poco tiempo produjeron tan extraor-

dinaria mudanza: ésta fué efecto de sus ayunos, de sus vigiliias, de sus cilicios, y de otras muchas sangrientas austeridades, invenciones saludables del amor divino.

Luego que por la muerte de su esposa quedó en libertad para poder disponer de su persona, pensó en contraer nuevos empeños con su Dios, y abandonar por completo el mundo. Con este propósito resuelve abrazar el estado religioso, no tanto con el fin de morir á sí mismo, pues había mucho tiempo que solo Jesucristo vivía en él, como para formarse allí su sepulcro: el mundo no podía ser mucho tiempo la mansion de un hombre que no gozaba de la vida humana: estando muerto, debía habitar entre los muertos, y su morada debía ser un sepulcro. No puedo menos de admirarme, católicos, al contemplar el extremo rigor que usó consigo después que dejó de ser dueño de sí mismo: cuando todavía vivía ocupado en los cuidados del mundo, llevaba casi siempre sobre su extendido cuerpo un áspero cilicio, el que ya nunca se quitó después que salió del mundo; no bastando á que mitigase este rigor, ni los excesivos calores del verano, ni los rigores de sus largos viajes, ni las enfermedades casi continuas, ni las penosas llagas de que estaba cubierto: dos horas de sueño que concedía á su fatigada naturaleza, le parecían excesiva condescendencia; y aún interrumpía este corto espacio de tiempo para imponerse nuevas mortificaciones, no teniendo otra causa en que dormir sino unas tablas ó el duro suelo.

Casi no me atrevo, católicos, á referir los crueles rigores que usaba consigo mismo, pero tampoco creo justo el ocultarlos: confieso que apenas me atrevía á creer lo que en este particular se cuenta de nuestro Santo; juzgué por algun tiempo, ó que el historiador se había engañado en los relatos, ó que exageraba demasiado los sucesos que habían llegado á su noticia; no contento con el testimonio de un solo autor, en punto que consideraba tan superior á las fuerzas de la naturaleza, leí hasta cuatro, y encontré que todos convenían, en que nuestro Santo, no obstante hallarse tan debilitado con las enfermedades, tan consuendo con las vigiliias, ayunos y demás austeridades, castigaba su cuerpo con tanta crueldad, que á los primeros golpes brotaba la sangre de varias partes, ó de las nuevas heridas que se hacía, ó de las antiguas que renovaba. No obstante estar nadando en su propia sangre, continuaba las disciplinas hasta quedarse sin fuerzas. Y no faltó quien tuviese la curiosidad de contar los golpes, mientras duraba esta terrible mortificación; y asegura que llegaban á ochocientos ó novecientos: penitencia que practicó todos los dias por espacio de muchos años. ¡Ah, católicos! ¿qué es lo que nosotros practicamos por

merecer el Cielo? ¿qué hacemos por expiar los pecados de nuestra vida y para parecernos al ejemplar de todos los predestinados, Jesucristo nuestro Redentor, azotado con la mayor crueldad y espirando en una cruz?

Ya no me admira, señores, de que S. Francisco de Borja adelantase su muerte con las austeridades de su vida: su cuerpo despedazado y llagado, se asemejaba á un cadáver casi corrompido: si algunas veces aplicaba paños á sus heridas para restañar la sangre, inmediatamente sucedía á este socorro algun nuevo instrumento de penitencia, con el que se abrían de nuevo las llagas mal cerradas; las disciplinas armadas con garfos de hierro descargaban sobre las heridas, que todavía estaban ensangrentadas. Mas ¡oh juicios precipitados de los hombres! nosotros graduamos de demasiado lo que solamente puede autorizar la inspiracion del Espíritu Santo. La obediencia puso á S. Francisco de Borja en el cargo de provincial de su Orden en España y Portugal; pero al mismo tiempo, S. Ignacio de Loyola, cabeza principal de ella, le mandó que obedeciese á un director sábio y prudente, á quien encargó reglamentase sus austeridades, sin permitirle aquellos excesos que pudiesen ser perjudiciales á su salud; empero estas precauciones fueron inútiles, pues halló medio para proseguir en sus austeridades sin faltar á la obediencia. Es verdad que nuestro Santo no podía resistir á los preceptos de aquel director encargado de la conservacion de su vida; mas cómo había éste de resistir tampoco á los ruegos y lágrimas de nuestro Santo? Mandábale el director que moderase el rigor de las penitencias, lo señalaba el tiempo de su oracion, de sus mortificaciones; empero este precepto tan justo le parecía tan riguroso y expresaba su sentimiento con palabras tan eficaces, que la compasion concedida lo mismo que la razon negaba, y parecía mayor crueldad no condescender con sus ruegos, que abandonarle á su fervor. ¿Qué os parece, católicos, de este amor tan extraordinario á los trabajos? ¡Oh gracia de Jesucristo! gracia divina y poderosa, digno precio de la sangre y de la vida de un Dios! ¿qué no puede nuestra flaqueza cuando está animada de vuestra fortaleza infinita? Partíceme, católicos, que os he dicho aún más de lo que os prometí: la mortificación hizo en S. Francisco de Borja más de lo que en él pudiera haber hecho la muerte; no solamente le hizo insensible al sufrimiento, sino que le inspiró un insaciable deseo de padecer; y aún más, pues le comunicó una ansia imponderable por los desprecios, y un horror indecible á cuanto puede lisonjear la vanidad ó ambicion de los hombres.

Es indudable que el amor á la gloria y el temor de los desprecios,

subsisten en aquellos mismos corazones que casi son insensibles al dolor y al placer: las personas espirituales conocerán muy bien la verdad de esta doctrina, pues saben que éste es uno de los principales escollos que detiene á aquellos á quienes Dios llama á la virtud, y que es necesario pelear mucho tiempo contra ese enemigo, aún después de haber vencido á los demás. S. Francisco de Borja, en quien concurrían todas las circunstancias que acumulan los más distinguidos empleos á un nacimiento ilustre, debía sin duda estar muy expuesto á las aschanzas de este enemigo; pero hé aquí, señores, cómo se defiende y cómo se burla de él. Apenas se ve el duque de Gandia con el hábito religioso, cuando ya se considera como un hombre entregado al servicio de otro hombre, Barcelona, que antes había visto á su virey rodeado siempre del esplendor y magnificencia que acompañan á esta dignidad, le ve después en plazas públicas, llevando el ramal de un horrible cargado de provisiones para él sustento de sus hermanos. Valladolid, corte entónces de España, que tantas veces había visto á este jólico cargado de honores, le vuelve á ver hecho un humilde siervo de los pobres. Llevándoles él mismo los víveres que mendigaba para alimentarlos, y sufriendo en este caritativo ejercicio no pocos insultos de hombres brutales y libertinos.

Para manifestar empero claramente, las disposiciones de su corazón acerca de los honores y de los abatimientos, era necesario que yo pudiera abrirlos ese mismo corazón, y pintaros la aflicción y la congoja que padecía cuando recibía alguna muestra de respeto, aún de las personas más abatidas, y la alegría que experimentaba con los desprecios, las injurias que le proporcionaba su trato humilde, sencillo y apartado de toda ostentacion. Pudiera referiros muchos ejemplos dignos de la atención con que veneráis á nuestro Santo; pero, además de no permitirlo el tiempo, muchas veces me vería precisado á callar por no lastimar la delicadeza de nuestro siglo; por eso no me atrevo á relatar lo que pasó en aquella noche, en que la excesiva paciencia de nuestro Santo, ó por mejor decir la divina Providencia, que se complacía en conceder á las almas grandes unas victorias que parecen únicas en su clase, permitió que estando descansando sin más cama que el duro suelo, según su costumbre, recibiese sobre su rostro por espacio de muchas horas, las flechas que una lós importuna hacia arrojár al compañero que le asista y dormía en su mismo aposento; léjos de quejarse, se decía á sí mismo: á lo ménos una vez soy tratado como merezco.

Una sola prueba del amor que tenía á los desprecios referiré; por que ella sola me parece suficiente para confundir nuestra ambición,

y movernos á despreciar las grandezas de la tierra, y aún á los que con tanta ansia ánhelan por ellas. Bien sabéis cuánto suelen apetecerse las dignidades eclesiásticas, sobre todo, cuando su ascecion no se mira como imposible; tambien sabéis los artificios y ardidés que suelen emplear los que las desean, y sus artificios por alcanzar unos honores, que solamente se pueden merecer huyendo de ellos; pues sabed que parecia que todo el mundo conspiraba para élevar á esos honores á S. Francisco de Borja. Dos grandes monarcas, y cuatro sumos Pontífices del mayor mérito, trataron de poner á nuestro Santo en lo sumo del honor; pero jamás quiso él consentir en sus deseos. Apenas llega á su noticia que el Pontífice piensa en élevarle, cuando sale huyendo de Roma y se oculta en lo más retirado de la Vizcaya, hasta que se disipa la tempestad; cada vez que ésta se renueva, pide á Dios con lágrimas que lo envíe la muerte; hasta siete veces rehusa con inaudita constancia la púrpura romana; y es tal su heroísmo, que poniéndole en la mano uno de los Papas referidos el capelo, para que dispusiese de él á favor de uno de sus hijos, el que él quisiese, tampoco acepta esta gracia: sordo á la voz de la sangre, insensible á los más tiernos impulsos de la naturaleza, parece que se olvida de que es padre.

Ese es, católicos, el estado á que la mortificación redujo á nuestro Santo; pero cuando después de haberle considerado detenidamente reparo en nuestra flaqueza, ó por mejor decir, en aquella fuerte pasión nuestra por el mundo, no hallo términos para expresar mi admiracion. San Francisco de Borja era hombre como nosotros, y nosotros somos cristianos como él; tenia como nosotros un cuerpo flaco y ocasionado á mil enfermedades; y nosotros tenemos como él una alma inmortal, capaz de poseer ó de perder á todo un Dios, y nos hallamos con la obligación de salvarla; vivimos en la misma religión, y esperamos las mismas recompensas; con todo eso, se advierte una prodigiosa oposicion entre su conducta y la nuestra, entre sus deseos y nuestras pasiones, entre sus temores y nuestra seguridad. Nosotros creemos que los santos abrazaron el partido que debian seguir; juzgamos que fueron dichosos por haber caminado por las sendas que les señaló la gracia; y no obstante estas ideas, corremos al precipicio por unos caminos reprobados. Esta mortificación de que se nos habla, cuando se nos señala el camino para la vida eterna, no debe asustarnos, ni es tan terrible como nos parece; ántes bien tiene muy poderosos atractivos, pues mitiga y hace deliciosas las mismas asperezas que abrazamos. Tened presente, señores, lo que dije al principio de este discurso; esto es, que la mortificación

es semejante á la muerte; porque pone en libertad al alma y sujeta el cuerpo á su imperio; y así dá con usura á nuestro espíritu lo que quita á su sentidos. San Francisco de Borja nos subministrará pruebas convincentes de esta verdad: la mortificación le desprendió de tal modo de los objetos sensibles, que parecía no tener sentidos; esta misma mortificación, empero, le facilitó de tal modo el ejercicio de la contemplación, que parecía ser puro espíritu enteramente separado de la materia.

La libertad que goza el alma después de la muerte, no solo consiste en librarse de la estrecha cárcel que Dios le fabricó por sus propias manos, á la que estaba sujeta por lazos invisibles, sino, principalmente, en quedar independiente de todas las cosas criadas; en este estado ya no há menester socorro alguno para elevarse á su Criador, ni hay cosa que pueda impedirle el unirse con su Dios, si ha pasado de esta vida unida á Él. Esta santa libertad consiste, en que aquella natural inclinación que tiene el alma de volver á su principio, no se halla ya impedida por el influjo de la carne, y así recobra toda su actividad. Entónces esta inclinación impule al alma hácia este objeto con tanta fuerza, que la violencia que padece cuando es detenida por la justicia divina es el más cruel suplicio que experimenta en el Infierno.

San Francisco de Borja, no solamente no recibe ya las impresiones de objeto alguno material y terrestre, sino que su alma, libre de la esclavitud de los sentidos, camina sin tropiezo hácia Dios, recibe las luces celestiales, y mira sin repugnancia su próxima separación. Elévase á Dios mediante la oración, sin tener que violentarse. Y sin que objeto alguno pueda detener los suaves movimientos que le ligan al centro de su reposo; no puede ya separarse de este centro sin sentir honda pena; mira como átroz tormento el obedecer todavía á las necesidades de la naturaleza, y el tener que pensar en otra cosa que en su amado. Me parece que puedo asegurar sin exageración, que toda su vida fue una oración continua; jamás hubo objeto, ocupación ni fatiga que pudiese hacerle olvidar de que se hallaba en la presencia de Dios. Además de esta continua presencia del Criador; además del tiempo que empleaba dos veces al día en hacer un riguroso exámen de conciencia; además de siete visitas practicadas todos los días á Jesucristo en el altar donde permanecía oculto, sin hablar del oficio divino, el que rezaba con tanta atención y respeto, ni de la celebración de los santos misterios, en la que empleaba tres horas particularmente cuando no celebraba en público; todos los días invertía en la meditación seis horas continuas, teniendo el ros-

tro pegado contra el suelo, y permaneciendo en la postura más humilde. Si me preguntais cual era su atención durante una oración tan prolongada, os responderé; que habiéndose desplomado cierto día el techo del aposento en que estaba orando, y haciéndole una de las vigas una muy ancha herida, ni el ruido del desplome, ni el dolor de una herida tan peligrosa, ni la sangre que de ella corría fueran capaces de distraerle; os responderé, que caminando entregado á la oración en un carruaje, se desbocaron los caballos, y llevaron el coche por entre unos peligrososos precipicios; los que le acompañaban saltaron en tierra para salvar sus vidas, y él solo, sin advertir el peligro, permanecee tranquilo, continuando su oración en medio de las terribles sacudidas del coche y de los gritos de los compañeros, que le avisaban el inminente riesgo. En el aposento en que oraba entraban y salían varias personas, y hablaban en alta voz con la misma libertad que si él estuviera ausente, por estar persuadidos de que en esta ocasión perdía el uso de todos sus sentidos.

Las luces que recibía en esas conversaciones con su Dios, se manifestaban muchas veces exteriormente de manera, que producian una claridad tan extraordinaria, que no solo iluminaban los más oscuros aposentos, sino que algunas veces no se podía soportar su resplandor. Repetidas veces fué visto nuestro Santo en este estado: ¿cuántas, empero, estaría rodeado de esos celestiales resplandores sin que nadie lo viese? ¿Para qué esogería siempre la noche, para qué buscaría los lugares más apartados, para qué se encerraría con tanto empeño, siendo así que tan poca necesidad tenía de la soledad para orar, sino para evitar por estos medios el ser visto muchas veces en sus éxtasis? El mismo solia decir, que un cuarto de hora de oración le recompensaba muy superabundantemente de todas las delicias que habia abandonado por el amor de Jesucristo. De eso se quejaba con su compañero, cuando éste le avisaba que ya habian discurrido las seis horas, pues le parecía que entónces comenzaba á orar; de suerte, que cuando aquel se olvidaba de avisarle, él tambien se olvidaba de comer y de todas las cosas de este mundo; de tal manera, que hubo ocasión en que á la entrada de la noche le hallaron en su oración en el mismo lugar y en la misma postura en que la habia empezado por la mañana. Pasaré en silencio el don de profecía de que le dotó el Cielo, la divina Providencia permitió que, sin notario nuestro Santo, manifestase poseer esta gracia; y la historia fiel de su vida refiere muchas de sus predicciones. Tampoco hablaré de aquellos privilegios tan singulares y propios de los puros espíritus, de aquellos privilegios de penetrar los más ocultos secretos de los corazo-

nes, de saber lo que pasa en los lugares más remotos, y de ver los objetos invisibles y espirituales. ¿Os parece que cuando permanecía tanto tiempo con los ojos fijos en el Cielo, solamente reparaba en lo que se ofrece á este sentido, y que no veía unos misterios de los cuales no le es lícito al hombre hablar?

¿Qué más puedo deciros para que conozcáis la venturosa libertad de que gozaba esa alma santa, después que la mortificación, á nuestro juicio, le había desprendido enteramente de su cuerpo? Creo inútil referiros aquí la facilidad, el consuelo y el júbilo con que se separó de su cuerpo. Estaba ya para terminar un largo viaje que había emprendido por orden de S. Pio V, cuando se vió acometido del mal de la muerte: hallábase en esta ocasión cerca de Roma, y ordenó que le trasladasen á la ciudad para tener el consuelo de respirar entre los suyos. El soberano Pontífice, la corte y todo el inmenso pueblo dan señales del dolor que les aflige al oír el peligro que le amenaza; solamente nuestro Santo derrama lágrimas de alegría; é imitando al justo Simeón, cuando en el Templo vió con sus ojos y tuvo en sus brazos al Desendo de todas las naciones, exclama: *Nunc dimittis seruum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace.* Finalmente, acaba su vida dando á Dios solemnes gracias por algunos señalados beneficios que había recibido de su misericordia; y este agradecimiento es, en mi sentir, la circunstancia más propia para poner punto al panegírico de S. Francisco de Borja, que, á mi parecer, debe ordenarse á la edificación de las almas. ¿Queréis saber, señores, cuáles fueron los beneficios que en este trance lo movieron á explicar de un modo tan enérgico su agradecimiento? Escuchad.

En el trance de la muerte no dá gracias á su Dios, ni por sus talentos, ni por lo ilustre de su cuna, ni por las pasadas riquezas, ni por el favor de los grandes de la tierra, aunque mira todos estos bienes como dones de la Providencia; lo que más aviva su agradecimiento es la felicidad que ha tenido de vivir pobre, y la que tiene de morir en la pobreza: dá gracias al Señor, no por los galardones que ha poseído, sino por las fuerzas que le concedió para renunciarlos; y por el singular favor que mereció á la Providencia, en no consentir que le sacasen del estado de mortificación y humildad en que le cabe el consuelo de acabar sus días. Es verdad que no debe causar mucha admiración, el verle en esa última hora con las mismas ideas que había tenido en la flor de su edad, y dar gracias en la hora de su muerte por unos beneficios, que siempre había estado deseando durante su vida; vosotros mismos, cuando os halléis en aquel terrible trance, no tendréis tampoco otras ideas: puede ser que hoy, sola-

mente, pidáis á Dios el establecimiento ó la conservación de vuestra fortuna; puede ser que todos vuestros ruegos y todas vuestras oraciones se encaminen á conseguir varios proyectos de vanidad, de ambición y de codicia; á libraros de los males que padecéis; á defensores contra los que os amezpan, y á llenar vuestras casas de prosperidades: no puedo deciros si Dios oirá vuestros ruegos; pero bien sé, que en la hora de la muerte no serán tales favores el asunto de vuestro agradecimiento.

¡Dios mío! nosotros no tenemos el valor de un S. Francisco de Borja para pedirnos cruces, enfermedades, desprecios y pobreza; pero Vos, Señor, sabéis mejor que nosotros los bienes que habemos menester; usad de misericordia con nuestra ceguedad y flaqueza: estos son los bienes que os pedimos, porque estos son los únicos, verdaderos y sólidos: no dáis, Señor, oídos á nuestros ruegos, cuando no os pedimos unos bienes que puedan ser objeto de nuestro agradecimiento en la hora de la muerte, y con los que merezcamos gozar de vuestra presencia en la Gloria, que á todos os deseo.

Virgen purísima, alcanzados, á mi Lucas celestiales para hablar dignamente de tan dulce y amable Santo, y á estos mis oyentes gracias copiosísimas para que mis palabras fecunden sus corazones. Así os lo pedimos. A. M.

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO CARACCIOLLO,

FUNDADOR DEL ORDEN DE CLÉRIGOS REGULARES MENORES.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Sic nos cristinet homo sicut ministrus
Christi.

À vosotros nos ha de considerar el hom-
bre como á sus ministros de Cristo.

(I Cor. iv. 1.)

¡Cuánto placer experimenta mi corazón en este momento, al verse tan dulce y sabrosamente empeñado! Me habéis invitado á venir á haceros el panegirico del gran Francisco Caracciolo: si bien se considera, el objeto es muy superior á la humana fragilidad; necesario sería hallarse situado en las elevadísimas alturas de la cristiana perfección. Si, por otra parte, me considero á mi mismo, por demás es decirlo mi inutilidad, y mi notoria flaqueza para emprender tan noble y santo empeño. Pero si vosotros, y yo el primero, levantamos al Cielo nuestros ojos, la fe nos enseña, que de allí, del mismo solio del Eterno, desciende todo lo que es bueno, todo lo que es perfecto; nos enseña, además, que el Omnipotente se complace en colmar de sus dones á los que, menesterosos, se los imploran y piden; nos enseña, por último, que debemos pedir, y pedir con filial confianza. Pidámos, pues, vosotros y yo, y no dudemos alcanzar lo que justamente pidiéremos.

Vastísimo campo nos presenta la vida de nuestro Francisco Caracciolo: imposible nos sería reducir á pequeño cuadro la pintura de tan ilustre vida, el diseño de tamañas virtudes. Aunque todo es grande, todo es digno de nuestra mayor admiración en Caracciolo, para acomodarnos mejor á nuestra pequeña comprensión y al mayor fruto de nuestras almas, voy á concretarme á probar en este breve rito, que S. Francisco Caracciolo se mostró verdadero ministro de Jesucristo. Primeramente, por su humildad; en segundo lugar, por su celo; y por último, por el fervor de su caridad. Ved, católicos, el objeto de vuestra atención y de mi discurso.

Uno de los grandes misterios del corazón humano es su propensión natural á la imitación de lo que juzga conveniente, ó de lo que le es simpático. La doctrina ejerce, en efecto, una grande y feliz influencia en el entendimiento; pero de ninguna manera comparable al ascendiente del ejemplo sobre nuestro corazón. Nuestra naturaleza se muestra tan dócil á la imitación, digo más, se siente tan arraigada por el ejemplo, que se podría muy bien decir, que éste es el primitivo maestro, el natural pedagogo de la naturaleza humana. Constanos esta verdad por la cotidiana experiencia de cada uno de vosotros, inútil es detenerme en demostraros este hecho constante, universal, evidente. Luego, consecuencia que deseo tengáis muy presente; luego, esta propiedad de nuestra alma á inclinarse, á propender á la imitación, es una propiedad nativa, ingénita, que le ha sido comunicada y como esculpida en el fondo de su ser al hombre por el autor divino. Nada tiene, pues, de extraño, que cuando nuestro divino Redentor y Maestro vino al mundo para enseñarnos una nueva moral, se hubiese propuesto ser nuestro modelo; modelo cuya imitación, nos santifica en la mayor de las perfecciones.

A pesar de que la doctrina que venia á enseñarnos era divina, se dignó desde luego confirmarla con milagros que hablasen á nuestros ojos, para convencer mejor así á nuestro entendimiento; y para más obligar á nuestro corazón, su dignación llegó hasta el punto de practicar primero Él, lo que queria que nosotros practicasemos despues de Él. ¡Bondad! inefable de nuestro benignísimo Salvador, que tomó sobre sí todo el trabajo, para no dejar á nuestro cargo sino el provecho! ¡La imitación de Cristo! Ved ahí compendiada toda la doctrina divina; ved resuelto el gran problema de la salvación de nuestras almas; ved reunido y concentrado en un solo punto, eminentemente práctico, todo el conjunto de preceptos, leyes y consejos que nuestro divino Salvador se ha dignado prescribirnos y declararnos. Los Santos, inspirados de Dios, cuando han querido ser santos, no han hecho sino imitar á Cristo; Cristo ha sido su modelo; Cristo ha sido su guía; Cristo ha sido su camino. El bienaventurado S. Francisco Caracciolo, cuyos solemnes cultos celebramos, lo hizo así. Tomó á Cristo por su maestro, y se lo propuso como un modelo á quien imitar en todas sus obras y pensamientos. Su vida no fué sino una imi-

lacion continua de Jesucristo. Así lo ireis viendo en el discurso de ella, por el bosquejo que para hacer este panegírico más interesante á vuestro corazón, os expondré en este breve rato.

Nació nuestro Santo en el reino de Nápoles; fué hijo de don Francisco Caracciolo y de doña Isabel Baratucci, de las principales familias de España y de Italia, ambos á dos piadosísimos, y que criaron al niño Ascanio, éste era el primer nombre de nuestro Santo, cristianamente, incluyéndole desde su más tierna edad el santo temor de Dios. El hacer de padres nobles, acomodados, y más que todo, y sobre todo, cristianos, es un don de Dios; don muy grande y que ha concedido á muchos de sus santos. Esta solicitud con que Dios proporciona padres piadosos y constituidos en los altos rangos de la sociedad, exige de parte de éstos el esmerarse en la cristiana y santa educación de los hijos que Dios les ha dado, y que tiene destinados á hacer sus santos. La Iglesia, digno intérprete de las voluntades del Altísimo y de su inefable Providencia, ha juzgado ser un gran don del Señor el que nos hace, cuando de familias ilustres en santidad, virtudes y consideración social, surgen los santos. La sabiduría divina lo dispone todo suave y convenientemente; y dignándose aceptar benévola y misericordiosamente nuestras instituciones sociales, siempre que no sean opuestas á su eterna Providencia, ni contrarias á su sagrada voluntad, nos enseña con su divino ejemplo á respetar las consideraciones sociales, fundadas en derecho, tradición y necesidad.

Criado cristianamente por sus padres, manifestó nuestro Santo, desde niño, las más bellas inclinaciones, una tierra y fervorosa piedad, y una gran caridad para con los pobres. A los siete años estudió latinidad y retórica; emprendió despues la carrera de las armas, sin que su piedad se resfriase ni disminuyese en un estado que se juzga, muy erróneamente por cierto, como contrario á la práctica asidua de los deberes cristianos. Nuestro jóven Ascanio, aunque military supo de tal suerte combinar el exacto cumplimiento de la disciplina del soldado con el de las obligaciones del cristiano, que logró ser á un tiempo perfecto soldado y mejor cristiano. Los santos, católicos, no conocian esas pretendidas incompatibilidades inventadas por la malicia y sostenidas por una culpable indiferencia religiosa. En todos los estados ha habido santos, y santos muy ilustres; santos, que se han santificado cumpliendo exacta y religiosamente los deberes de su estado respectivo. Cierto, que hay estados más perfectos que otros; cierto, que hay estados que proporcionan más medios de salvacion que otros; cierto, que hay estados que alejan más que otros las ocasiones de pecar; cierto, en fin, que los hay llenos de escollos,

y que dejan abiertas las puertas á toda suerte de tentaciones. Pero, cuando la necesidad nos coloca en ellos, ó bien cuando la Providencia parece destinarnos á ciertos estados ménos perfectos, ó que ofrecen ménos recursos que otros para la perfeccion cristiana, el Señor nos auxilia con su brazo omnipotente; y si nos entregamos enteramente á Él, nos saça ilenos de en medio de los mayores peligros, y nos santifica en el cumplimiento de nuestro deber. El estado militar no fué, pues, para nuestro Ascanio, una ocasion de ruina, sino una prueba de su fidelidad.

La divina Providencia dispuso un sencillo acontecimiento, que decidió á nuestro virtuoso jóven á separarse enteramente del mundo. A los veinte años de su edad, y cuando todavia era soldado, tuvo una enfermedad en que se vió cubierto de lepra: apenas se declaró ésa, sus amigos todos le desampararon, lo cual le afligió sobremanera. La enfermedad se agravó tanto, que los médicos lo desahuciaron; y convencido él del riesgo inminente que corría, y aún de su próxima muerte, ofreció al Señor abrazar el estado religioso y entregarse á su servicio si recobraba la salud. Su curacion fué repentina y milagrosa. Una vez restablecido de su enfermedad, se sintió tan torzado interiormente de la gracia divina, que se determinó á consagrar su vida al servicio de Dios, al ministerio de su Iglesia y á la salvacion del prójimo. Su fervor fué tal, que su obispo le juzgó en breve apto y maduro para el santo sacerdocio. Cada paso que nuestro Caracciolo daba en el santuario de la Iglesia, era un adelantamiento espiritual para su alma; y ya no podía contentarse su corazón con el alimento ordinario; le era necesario un campo más vasto en donde dar ensanches á su caritativo y fervoroso corazón. Meditaba en sí mismo los medios de agradar más y más á Dios; buscaba las ocasiones de hacerse útil en el ejercicio de su ministerio sacerdotal. Con esta disposicion, se dedicó con ardor á asistir á los moribundos, y, especialmente, á los que estaban judicialmente sentenciados á muerte, á quienes exhortaba á la penitencia y al dolor de sus pecados, á la resignacion cristiana, y al espíritu de sacrificio en expiacion de sus crímenes, acompañándoles en fin hasta el mismo patíbulo.

Mucho era el celo de nuestro santo Caracciolo, y toda la ciudad de Nápoles era testigo de sus virtudes apostólicas; por todas partes se le tenia por un santo y ejemplarísimo sacerdote. Sin embargo, todo esto parecia todavia poco para nuestro Santo, y no cesaba de pedir al Señor le llamase á un género de vida más perfecto todavia. En cierto dia púsose en oracion como de costumbre, pero con mu-

cho mayor fervor que de ordinario; y cuando se hallaba en lo más subido y como extático en su meditación, fué interrumpido, llamándole para entregarle una carta. En efecto; recibió una, que Juan Agustín Adorno enviaba á don Fabricio Caracciolo, y que por equivocacion entregaron á nuestro santo jóven, Ascanio Caracciolo. Leyóla éste y la devolvió; pero teniendo lo ocurrido por una disposicion de Dios, vióse con Adorno, le refirió todo lo acaecido, y se ofreció á trabajar con él en el establecimiento de una nueva Orden de Clérigos menores, segun Adorno habia sido inspirado de Dios. Amados míos en el Señor, para Dios no hay acaso; todo entra en el plan de su divina providencia. Nuestro Caracciolo se juntó, pues, al venerable Adorno, y de consuno formaron las Reglas para su nueva Orden; pasaron de Nápoles á Roma para pedir la aprobacion del papa Sixto V; con la cual, de regreso á Nápoles, hicieron su profesion en el oratorio de la Virgen del Socorro, en 9 de Abril del año de 1589; en cuyo acto mudó nuestro Caracciolo su nombre de Ascanio en el de Francisco, á causa de la grande devoción que tenia al santo patriarca de Asís. Desde este momento una nueva era se abre para nuestro Santo; hasta ahora se habia mostrado, es verdad, un digno ministro de Jesucristo. En él la humildad era igual á su celo, y su celo se igualaba con el fervor de su caridad. Asistía á los sentenciados á pena capital; en esto, demostraba á la vez su humildad, su celo y su caridad.

Su humildad, porque tenia que abajarse á un criminal, ponerse, por decirlo así, á sus piés, para pedirle una confesion sincera de sus pecados, un verdadero arrepentimiento de ellos; tenia que humillarse hasta suplicarle oyese á un ministro de la Iglesia, el que no habia conocido, el que tal vez no sabia lo que era obediencia, sumision, docilidad; tenia que conversar con un hombre condenado por la sociedad, de costumbres bajas, sucias, bárbaras. Mucha humildad era menester, en efecto, para no sentirse resentido de una ceremia tan humillante; mucho celo era necesario para no sentirse desanimado por la dificultad de la empresa; y en fin, la caridad debia ser fervorosísima, para arrostrar por todo, para no dejarse arredrar ni por la dureza de corazón, ni por los insultos, groserías y sarcasmos á que tenia que verse continuamente expuesto. Pero la humildad, el celo y la fervorosísima caridad de nuestro Francisco Caracciolo se acrecentaron en proporciones maravillosas desde que se vió al frente de la nueva Orden de Clérigos menores regulares, porque se propuso en todo la imitacion de nuestro Señor Jesucristo. Amados míos en el Señor; no dudo que más de una vez os habeis puesto de rodillas al pié de un crucifijo, y habeis meditado seriamente sobre la vida

del divino Crucificado. Si así lo habeis hecho, no me cabe duda de que vuestro corazón habrá quedado vivísimamente penetrado de la humildad de un Dios, que se abate hasta tomar nuestra naturaleza humana, y conversar con nosotros revestido de nuestra misma carne, queriendo aparecer en lo exterior como los demás hijos y descendientes de Adán. Y no solo esto, sino querer ser reputado como el más vil de entre ellos, como un vil gusano de la tierra. Desde que nuestro Santo se vió llamado por disposicion divina para la fundacion de una Orden de Clérigos, fieles imitadores de Jesús, su solo empeño fué el de procurar que sus nuevos súbditos viviesen del espíritu de Jesucristo, de tal manera, que fuesen unas copias fieles sacadas de tan divino modelo. Impuso á sus clérigos, además de los tres votos religiosos de obediencia, castidad y pobreza, un cuarto voto, de no desear ni aceptar ninguna dignidad cualquiera.

Mientras vivió Adorno, nuestro Santo hizo todos los esfuerzos imaginables para huir de todo cargo honorífico, aún en la nueva Orden; pero dos años apenas pudo disfrutar de su tan apetecido alejamiento de toda superioridad de cargos. Porque habiendo fallecido muy santamente Adorno, nuestro Francisco Caracciolo, á pesar de su extrema y aún obstinada resistencia, tuvo que tomar sobre sus hombros el cargo de superior de la Orden. Mas ¿creéis, católicos, que este cargo pudo hacer cambiar á nuestro Santo en lo más mínimo el género de vida humilde que habia observado desde su profesion? Muy al contrario; puesto nuestro Francisco Caracciolo al frente de toda su ilustre religiosa familia, se propuso seguir en todo el curso de sus funciones la divina máxima: «No ha venido el Hijo del Hombre á ser servido, sino á servir á los otros.»

Mas á pesar de la profunda humildad de Francisco, y de su amor al alejamiento de todo cuanto le pudiera aparecer grande á los ojos de los hombres, su ardiente celo por la honra de Dios y su caridad para con el prójimo le hicieron emprender una vida eminentemente apostólica. Abrasaba á su corazón un santo y vivísimo deseo de propagar su instituto; penetrado empero, de una celestial desconfianza en los medios humanos, encomendaba al Señor su empresa con frecuentísimas oraciones, lágrimas y ásperas penitencias. Tres veces viajó de Italia á España, pasando siempre muchos trabajos, yendo en hábito de peregrino, pidiendo limosna de pueblo en pueblo, de puerta en puerta. Sufrió con paciencia admirable los más duros tratamientos, las vejaciones más humilladoras. ¡Que digo, sufrí! Todavía más alegrábase en extremo en sus tribulaciones y trabajos, y su mayor gloria consistía en verse hecho el ludibrio de las gentes

con tal de ganar almas á su Dios, y de lograr la propagacion de la Orden que por su divina inspiracion habia fundado. Este celo de propagar su Religión de Clérigos regulares era el blanco de todas sus miras; y Dios mismo se dignó obrar, por la mediacion de nuestro Santo, prodigios asombrosos, con que, por una parte, declaraba la santidad de su siervo, y por otra, confirmaba de un modo irrefragable su divina aprobacion de esta nueva Orden.

A medida que veia acercarse el término de su vida, se esmeraba más y más en la perfecta imitacion del divino modelo, Jesucristo nuestro Señor. No solo era humilde, no solo era celoso, no solo era caritativo, sino que estaba adornado de todas las virtudes que constituyen al perfecto imitador de Cristo. Su pureza fué tal, que conservó pura é íntegra la santa virtud de la virginidad: de manera, que no solo salió victorioso de varias terribles tentaciones que le combatiéron en su vida sacerdotal, sino que logró convertir á Cristo las almas de las infelices personas que le habian solicitado á perder tan preciosa joya. Conocia bien el alto aprecio con que nuestro divino Maestro distinguió á esta noble y angelical virtud, los divinos elogios con que la encomiaba, y la alta dignidad á que la elevaba con su ejemplo y con el de su santísima madre Virgen: así es, que formó desde sus más juveniles años la resolución de consagrar á Dios su virginidad para imitar más perfectamente á Jesús.

Su devocion á María era fruto natural de su piedad, de su pureza y de su amor á su santísimo Hijo. La acató siempre como su Madre, la veneró como su Reina y Señora, le ofreció su corazón de hijo para más obligarla como madre, y en toda ocasion le tributaba el más tierno y amoroso culto.

Una de sus principales devociones era la del augustísimo Sacramento del altar. Un santo, cuyo corazón estaba tan abrasado de amor divino, que por todas partes buscaba las trazas de las huellas del Salvador; ¿era posible que no se detuviese en este compendio de su amante omnipotencia? ¿Era posible, que un corazón hecho un incendio no abrasase los de sus hijos, nutridos en su seno, machidos en sus brazos, reclinados en su pecho? Francisco logró muy fácilmente propagar esta seráfica devocion; y aún hoy día, se conserva en toda su pureza, en toda su fuerza y vigor por dó quiera tengan sus ilustres hijos una casa. Cuando hay simpatias en los corazones, las impresiones se comunican con la rapidéz del fluido eléctrico: los hijos de Francisco Caracciolo reciben con su santa filiacion sus celestiales simpatias; y hé ahí el gran secreto de conservarse siempre vivas, siempre vigorosas, siempre puras las llamas del divino amor,

que sirven de vivientes lámparas ante la augusta moral del Dios sacramentado, y sacramentado por amor.

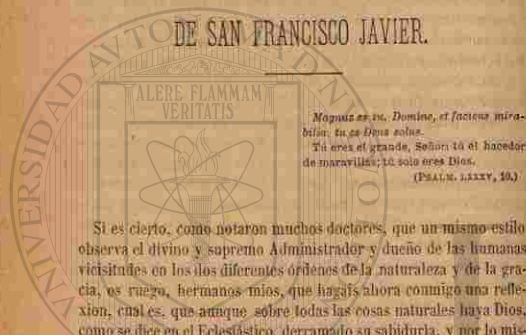
El eterno Remunerador habia ya contado los dias de la peregrinacion de Caracciolo, y no queria diferirle la recompensa de sus heroicos trabajos. Revelóle el próximo día de su tránsito: nuestro Santo recibió la noticia del día de su muerte con una alegría angelica, y no suspiraba sino por el feliz momento, que, desatándole de los lazos de la mortalidad, le permitiria volar al seno de su amado Jesús, que habia formado sus delicias en la tierra. Su muerte acaeció en la vispera del día del Corpus, como para invitarle á celebrar la fiesta del divino banquete en la patria celestial, en donde podria verle, amarle y gozarle, no por entre las celosias de las apariencias sacramentales, sino cara á cara, frente á frente. Así se terminó esta vida preciosa, toda empleada en la imitacion de Jesucristo, y en el amor más acendrado al augusto Sacramento del altar. El Señor quiso manifestar al mundo la santidad de su siervo por medio de portentosos obrados por la intercesion del Santo, y con la prodigiosa propagacion de una Orden tan útil como perfecta.

Amados en el Señor, acabais de oír el panegirico de un Santo, cuya vida fué una perfecta imitacion de Jesucristo nuestro bien. Conocéis su humildad, su celo, su caridad, su amor al augusto Sacramento del altar; fué amantísimo de la pobreza; se gloriaba en los menosprecios que recibia por amor de Dios; conservó íntegra y pura la virtud de la virginidad. El Señor le enriqueció con el don de profecía, con el de obrar milagros, y con ser él mismo un milagroso abreviado de virtudes. Restaos el imitarlo en sus acciones, el ajustar vuestra vida á la suya, el ser, á su ejemplo, fieles imitadores de Jesús. No os arredre la dificultad del camino de la cruz, si os parece que las fuerzas os faltarán, oíd al mismo Señor, que os dice: «Mi yugo es suave y mi carga liviana.» Cuando se lleva la cruz en pos de Jesús, la más pesada es liviana; y todo se os hará fácil en el Señor. ®

Glorioso S. Francisco Caracciolo, mi alma os contempla con asombro, y mi corazón os busca con amor. Yo doy gracias en nombre de este piadoso auditorio al Dios Padre omnipotente, porque se ha dignado ofrecernos en vos un verdadero modelo de santidad y un amante protector. Bien veis los peligros que nos cercan por todas partes: alcanzados del trono de las misericordias un amor tierno, fuerte, constante al augusto Sacramento del altar, y la gracia de imitar fielmente á nuestro Señor Jesucristo durante esta nuestra vida, para verle, gozarle y amarle en vuestra compañía por toda la eternidad de Gloria.

PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO JAVIER.



Si es cierto, como notaron muchos doctores, que un mismo estilo observa el divino y supremo Administrador y dueño de las humanas vicisitudes en los dos diferentes órdenes de la naturaleza y de la gracia, es luego, hermanos míos, que hagáis ahora conmigo una reflexión, cual es, que aunque sobre todas las cosas naturales haya Dios, como se dice en el Eclesiástico, derramó su sabiduría, y por lo mismo cualquiera que las examine con atención, reconocerá fielmente en todas ellas la mano del Criador; no en todas quiso mostrarse de un mismo modo, ni manifestar en todas tan claramente su magnificencia y su gloria. Con un fin tan sublime ha extendido ó abierto á manera de un libro los Cielos, cuyo especial oficio, segun el testimonio de Davíd, es el contarse recíprocamente y el exaltar á un mismo tiempo con sus armoniosos giros las glorias del Señor; ó por decirlo mejor, en los Cielos mismo ha escogido como el lugar más conveniente para poner su magnífico tabernáculo, no el ménos adornado y bello, sino tan sólo la pura é inmutable luz del sol. Por un estilo muy semejante sucede lo mismo en el orden más elevado sobrenatural de la gracia. Grande ciertamente y maravilloso es Dios, no puede negarse, en todos sus santos; pero de tal manera, que no en todos igualmente sino en cual más, en cual ménos, quiere que brille su grandeza. Hay tambien, permitidme decirlo así, en este mundo sobrenatural sus Cielos, en los cuales quiere Dios hacer ostentacion de su gloria con más clara y brillante luz; estos Cielos, en sentir del gran pontífice S. Gregorio, Cielos ricos de belleza y de luz, son los santos apóstoles, en cuyo número cuento al glorioso Santo de este solemne

día, Francisco Javier. La Iglesia le ha aclamado por apóstol de las Indias; y yo añado, que es Francisco Javier uno de aquellos Cielos, cuyo brillantísimo giro eligió Dios para mostrar su grandeza al reverbero de una luz muy resplandeciente y singular. Despues de haberla examinado bien en todos sus actos, y procurado reconocer á nuestro apóstol en todos sus aspectos, encuentro que fué un hombre en quien Dios quiso mostrarse grande, solo grande, y grande sin reserva; grande, primeramente, y solo grande, por los inmensos trabajos que le hizo padecer en el ejercicio de su apostolado, confortándole para que los superase con una fortaleza más que humana; grande, en segundo lugar, y solo grande, por las innumerables y magnificas empresas para que le destinó en desempeño de su apostolado, animándole para que las llevase á ejecución con una increíble celeridad; y grande, en fin, y solo grande, por los estupendos é inauditos prodigios con que le honró en el curso de su apostolado, ensalzándole para que los obrase con un poder casi divino. Esto es lo que me parece debo exponeros, no tanto para ensalzar la grandeza de Francisco, segun Dios, cuanto para ensalzar la grandeza misma de Dios en Francisco; por manera, que dirigiéndonos siempre á Dios digamos: Tú eres el grande, Señor, Tú el hacedor de maravillas: Tú solo eres Dios. Pidamos ántes los auxilios de la gracia, por medio de la poderosa intercesion de la Virgen Santísima: A. M.

No nos detengamos, hermanos míos, á considerar ninguna de las grandes y maravillosas cosas que deja hechas Javier en Europa. Muy agradecidas conservan su memoria y hablan de ellas con asombro las más principales y célebres ciudades: toda la Italia, la Francia, y hasta donde llega la extremidad del mar, y su patria España, las ponderan. Por más que digan, al putar en vuestra imaginacion con vivos dolores un apóstol, no harán otra cosa que delinearos un Javier; ó al retrataros el carácter de Javier en Europa, únicamente os presentarán un pequeño bosquejo de Javier en las Indias. Y si en este aprendizaje ó ensayo de su apostolado pasó tantas penas y trabajos, que con su peso cayó mortalmente enfermo en Venecia, habiendo sido necesario que viniera visible desde el Cielo el doctor San Gerónimo para curarle y sacarle del peligro; ¿qué será cuando se halle en el más impetuoso curso de su ministerio, y en la fuga, por decirlo así, de sus fatigas allá en el Oriente?

Parta, pues, ya de nuestras orillas, una vez que ha sido prometido há tantos años en muy claras profecias á los reinos del Asia, una vez que les pertenece por esta causa. Y tú, venturosa nave, que

llevas contigo sin saberlo las esperanzas de un mundo entero; vé y camina alegre con mercadería tan rica y excelente. Polvo y con un vestido andrajoso cual le recibiste y lo ves, sin otro equipaje para tan largo viaje que un breviario y un crucifijo, es, sin embargo, descendiente y heredero de la sangre real de Navarra, doctor y maestro en la universidad de Sorbona, en las facultades más sublimes; nuncio y legado apostólico, condecorado con una amplísima y sobrenatural autoridad; y por lo demás, de un génio tan amoroso, que á todos quiere complacer y agradar; tan tierno de corazón, que no puede ver las miserias de otros sin sentirlas; tan duro, no obstante, é implacable consigo mismo, que para atormentar y despedazar su propia carne, ya con cilicios, ya con ayunos, ya con azotes, no conoce ningún exceso; tan querido del Cielo, que tiene de allí frecuentes visitas; y tan enamorado de Dios, que al contemplarle se arrebató en un dulcísimo éxtasis, enajenado de sus sentidos y elevado de la tierra á un corporalmente. Ya lo sabrás con gran provecho tuyo, afortunado leño, que impelido de los vientos te engolfas á velas llenas en alta mar, cuando dentro de pocos días veas desterradas por él la mormuración de los corrillos de los ociosos, y las blasfemias de las mesas de juego, é introducida lá modestia en los camarotes de los licenciados; y cuando lo veas hecho médico, padre, enfermero, criado y todo de todos, asistir á todos y servir á todos; y además, confesar, predicar, administrar los sacramentos, velar por la noche al lado de los moribundos, casi moribundo él mismo; hasta que, despues de un viaje de más de quince mil millas, entre deliquios mortales en las calmas de la Guinea, entre bascas y náuseas intolerables cerca de las costas de África, y entre formidables tempestades cerca del cabo de Buena Esperanza, habiendo santificado de paso á Mozambique, reformado á Melinda y convertido solo con señas (¡oh señas prodigiosas! la isla de Socotora; llegó á los trece meses de haberse dado á la vela en Europa á poner por fin el pié dentro de Goa, capital de las Indias, y término suspirado de sus deseos; ¡Ángeles custodios de aquellas últimas playas del mundo! desplegad, en señal de grande alegría, las alas, y partiendo veloces llevad á los miserables habitantes de aquellos remotos países la agradable noticia, de haber arribado ya á sus confines el esperado libertador.

Entretanto vosotros, mis amados oyentes, para concebir alguna idea de la árdua y molesta empresa para que estaba destinado Javier, echad, aunque sea de paso, una ojeada sobre una infinidad de poblaciones, de ciudades, de tierras, de islas, de provincias, de reinos exparceidos por el inmenso Océano y por las costas del Asia, así del lado

de acá como del lado de allí del Ganges. ¡Qué oscura é impenetrable noche tiene en tinieblas aquellas regiones, y cuán densa nube de supersticiones, de pecados y de errores las cubre todas! ¡Qué extraña confusión y mezcla de sectas, según el arbitrio de cada uno! Quien es judío, quien gentil, quien ateo, quien idólatra, quien mahometano, quien no profesa ninguna fé ni religion, y ninguno tiene conciencia ni ley. Mirad allí devorarse qué cruel espectáculo! en un alegre banquete los miembros de los infelices que han sido muertos; allí arder vivas en las piras abrazadas de los cadáveres de sus maridos las mñeres; allí encerrados vivos en los sepulcros de sus señores los esclavos; allí adorarse con oraciones, con ofrendas y con incensos como dioses del cielo las bestias y brutos de la tierra; y allí hasta degollarse en los nefandas altares, por hacer este horrendo sacrificio al demonio y á sus hijos. Donde brilla alguna noticia é algun conocimiento del verdadero Dios, qué deshonesto é insolente es como llevada en triunfo la impudencia, y qué vituperable libertad y execrable corrupción de costumbres radicadas por el uso, sostenidas por la autoridad y aún acreditadas por los sacrilegos, se advierten en todas partes! Tal y mucho más escabrosa y dilatada que lo que digo, es la carrera que debe correr infatigablemente nuestro Francisco. El alto ministerio para que le ha elegido el Señor, es el mismo de Jeremías; el de extirpar y destruir, el de arruinar y disipar, el de edificar y plantar. Si, Francisco; ese interminable espacio de guises, esas naciones, esas gentes están confiadas á vuestro cuidado. Vuestra ocupacion será, arrancar vicios, demoler templos, arruinar idolos, disipar errores, confundir sectas, erigir iglesias y fundar la cristiandad. ¿Qué decís? Una obra de inmenso trabajo y de dilatados años se ha puesto á vuestro cargo; mas ya os lo predijo bien claro aquel negro etíope, que os pareció en sueños llevabais sobre vuestros hombros con tanta fatiga, que os visteis extenuado, fláguido y lleno de sudor al despertar por la mañana. El tiempo, pues, ha venido, y ya os esperan destemplados climas, desiertas playas, horrorosos bosques, espantosas rocas, saetas, venenos, naufragios, tierras solitarias y pueblos salvajes, en los cuales ántes que el ser de cristiano debéis, imprimir el sér de hombre.

Mas no teme Francisco ninguna de esas cosas. Cuidadoso tan solo de desempeñar fielmente su ministerio, se dispone para la empresa. ¿Á qué lejano é inaccesible rincón del universo os habeis refugiado, pueblos desconocidos, ocultándoos, por decirlo así, hasta de los rayos del sol, donde no hayan llegado los benéficos influxos de su caridad? ¿Estais por ventura extraviados y sepultados en el corazón del Océa-

no y en el seno de islas abandonadas? Sin embargo, Francisco irá á buscarlos atravesando los mares más borrascosos, á peligro muchas veces y por muchos días de naufragar en las airadas olas. ¿Estais acaso retirados y ocultos detrás de impenetrables trincheras de altísimos montes y escollos? No obstante, Francisco prepará con los piés y las manos por las ásperas rocas, teniendo muchas veces el cuerpo suspenso en el aire, y hándose solo de un infiel vástago con manifiesto y evidente peligro de caer precipitado. Adonde quiera, pues, que os haya desterrado la naturaleza, se presentará á vosotros, sin detenerlo, hasta que os hallé, ni los valles más profundos que atraviesa sin guía ni sendero, ni los torrentes más rápidos que vaden con el agua hasta la garganta, ni las selvas más oscuras y espesas en que se abre camino con el pecho por en medio de las espigas y de los troncos. En una palabra, no hay quien se oculte de su ardimiento y actividad. Busca gentes por todas partes, siempre á pié; y muchas veces descansa aún por las abrasadas arenas de la Pesquería; sufriendo ardentísimos solos, aún por las heladas montañas del Japón en los fríasimos inviernos. ¿Cuál será su alimento para soportar tantas fatigas? Cuando no pasa los días sin ninguna especie de comida, toma un poco de arroz chamuscado y agua clara, y será un gran regalo añadir tal cual vez algún peccecillo. Y su descanso ¿cuál es? De dos ó tres horas donde quiera que le anochece, en una choza, en el hueco de un roble, al raso ó al sereno, en medio de los campos, rodeado de lobos y entre el estrépito de las tempestades y los espantosos ruidos de los hambrientos leones. Mas ¿no hay otro descanso? Si, pero éste solamente lo disfruta cuando llega todo mojado ó por el sudor, ó por las lluvias, casi sin respiracion y medio muerto; adonde se hallan algunas gentes, y las predica la ley de Jesucristo, las explica los misterios de la fe y las anuncia el Dios de los cristianos; y si en el discurso de su razonamiento observa, que alguno desea ser agregado á los fieles, olvidado todo su cansancio, comienza por estrechar tiernamente contra su pecho, como una madre amante, á cada uno de aquellos bárbaros, y luego prosigue, tan extenuado y débil como se halla, instruyéndolos uno por uno desde los primeros principios con indecible regocijo. Son feroces y los amansa, son rudos y los enseña, son groseros y los tolera, son sofisticos y los convence, son tímidos y les inspira confianza; titubean acerca del camino que deben seguir y se lo muestra; siempre tanto más incansable y vigoroso cuanto mayor es el número de neofitos que prepara para el bautismo.

Harto sabe Francisco, que nueva y gran cosecha de penas y traba-

jos ha de coger con semejante conducta; y que por élla es mal visto, odiado y perseguido. ¿Pero de quién, oyentes míos? De todos: de los demonios, porque les quita sus adoradores y adoraciones; de los bracmanes, impíos sacerdotes de los ídólatras en las Indias, porque hace cesar el concurso á sus templos y juntamente las ofrendas; de los honzos, ministros ídólatras en el Japón, que continuamente le buscaban con piedras en la mano para matarlo. Y ¿de quienes más? De los cristianos mismos, unos sumamente codiciosos y otros sumamente lascivos. ¿Quién puede recordar sin lágrimas ni horror la terrible tempestad que padeció cerca del término de sus días, esto es, en un tiempo, que su nombre cuanto más su persona, celebre ya en todo el Oriente por las conquistas hechas á la idolatría, era un nombre venerable y glorioso aún entre los gentiles? Entónces fué, sin embargo, cuando llegó á ser el oprobio de una ciudad cristiana; cuando llegó á ser esparcido públicamente como un simple, infamado como un hipócrita, ajado como un soberbio, aborrecido como un hechicero; y, de consiguiente, por la híz más vil de la plebe en las esquinas de las plazas y calles siempre que se lo veía, recibidó con maldiciones, improperios y pedradas. Tú lo viste, Malaca, tú, que derramaste sobre su cabeza tan atroz lluvia de males; ¿Ah ingrata! ¿por qué delito? ¿Acaso porque expuso demasiado su vida en servicio de los apesadados moradores, ó porque amenazada tú de los Azenos, tus formidables enemigos, te libertó piadoso de un grande estrago defendiendo y ayudando á tus combatientes?

Mas vosotros, oyentes míos, viendo á Francisco tan triste y dolorido no le creais enojado ó cansado de padecer. Mostrárisle conocer muy mal su magnánimo y fortísimo corazón, si así os lo figuraseis. ¿No le habeis oido enajenado de su caridad hablar á solas con Dios, cuando con ojos proféticos miraba una por una las innumerables cruces y penas que habia de padecer en ejercicio de su apostolado? Aún es poco todo esto, exclamaba en alta voz; más, Señor, todavía más. ¿Qué penar es éste, Dios mío, que no me quita la vida? ¿Para qué son los impetuosos torrentes y terribles naufragios, que me hacen fluctuar tantas veces y por tantos días en medio del Océano, si ninguno me sumerge? ¿Para qué son aquellas terribles lanzas y saetas, cuya punta veo tantas veces dirigida á mi pecho? ¿Es posible, que sacándome algunas muchas gotas de sangre, no haya ninguna que me atravesie y parta el corazón? ¿Es posible, que entre fieras salvajes en las selvas y entre gentes en lo poblado, más salvajes que las mismas fieras, no encuentre alguna que por último me quite la vida? ¿Qué os parece, hermanos míos? Yo por mí creo, que un hombre, que

en el ejercicio de su ministerio está sujeto á tan horrible cúmulo de tormentos y no huye de ellos, que los encuentra y los supera, que no se abate con su peso, y que por muchos é intolerables que sean le parecen todavía pocos y desca más, es un hombre de una complexión y de una fortaleza más que humana. de una fortaleza que solo le ha comunicado aquel Dios, que es el Dios fuerte, y que quiere manifestarse grande y solo grande en tal hombre.

Así os, ciertamente; y aún mejor lo vereis, cuando fijeis vuestra consideración en las innumerables empresas que concluyó Francisco con la mayor celeridad en cumplimiento de su apostolado. Francisco Javier, solo, extranjero y mendigo, atrae al seno de la verdadera Iglesia, solamente en diez años, un mundo entero: por sí solo dilata el conocimiento y la fe de Jesucristo por infinitas leguas de países; por sí solo lleva la luz del Evangelio á más de cien naciones; por sí solo arruina más de mil templos y hace pedazos más de cuarenta mil ídolos; por sí solo y con su propia mano bautiza un millón y más de doscientos mil ídólatras; por sí solo somete más de diez reyes y más de diez reinas, príncipes y princesas; habiendo hecho todo esto únicamente en el espacio de diez años. Y cuánta parte de éstos no dedicó á la oración, en la cual empleaba todo el día, y muchas veces semanas enteras? cuánta parte en escribir sus cartas, que componen dos volúmenes, y son una preciosa herencia que todavía conservamos de su ardiente espíritu y fervoroso celo? cuánta en extender dilatadísimas instrucciones de todo género y en todas lenguas que nos ha dejado? cuánta en gravísimos asuntos de la Compañía de Jesús, por ser superior de ella en aquellos lugares? cuánta parte, en fin, no consumió en sus viajes, habiendo sido tan dilatados, que á todos bastarían para dar vuelta muchas veces al globo terráqueo? A todo este tiempo deben agregarse las horas que empleaba en el servicio de los enfermos; en lo cual tenía su mayor delecta; las horas que ocupaba en consolar y animar á los moribundos, en confesar y en reformar á los pecadores, en rezar el oficio divino, lo cual nunca omittía aunque estaba dispensado de ello, y en celebrar todos los días el santo sacrificio de la misa. Y aún con todo esto, ¿podría quedarle tiempo en diez años para obrar tantas cosas, que suministrarían bastante materia al celo de diez apóstoles?

Pero, hermanos míos, ahora es cuando, enajenado de asombro y fuera de mí mismo, no puedo de ningún modo figurarme á Francisco allá en el Oriente correr y fatigarse, sino en lugar soy, aquel Ángel del Apocalipsis que describió S. Juan, y que volaba por medio del Cielo llevando abierto en la mano el Evangelio

eterno de Jesucristo, para evangelizar á todas las tribus, á todas las naciones y á todas las gentes. Y á la verdad; ¿cómo imaginar otra cosa? Seguid un poco, oyentes míos, si tenéis ánimo para ello, seguid un poco sus pisadas y huellas. Héle aquí ahora, en el estrecho de Manar, donde conquista cuatro mil ídólatras; héle, no mucho después, en Travancor, donde convierte diez mil; héle, puede decirse al instante, en la Pesquería, donde bautiza cuarenta mil; héle, poco después, allá en las islas del Moro, donde agrega al número de los fieles sesenta mil. Este es el archipiélago de las Malvidas; ya lo ha corrido todo, y estas islas son de Cristo. Este es el archipiélago de las Molucas; ya lo ha corrido todo, y las Molucas son de Cristo. Este es el golfo de Bengala, ya lo ha corrido todo, y sus ciudades son de Cristo. Este es el vastísimo mar del Japón, ya lo ha corrido todo, y el Japón es de Cristo. Este es el reino de Cebeles, y aquel otro el de Ternate; ya los ha corrido ambos, y ambos reinos son de Cristo. ¡Válgame Dios! ciertamente es un puro espíritu, ciertamente es un ángel lo que veo casi á un mismo tiempo en tantos y en tan lejanos países! Ya está en Cochín, ya en Amboino, ya en Rosalío, ya en Tamalo, ya en Nagapatan, ya en Mindanao, ya en Ceilán, ya en Cambaya, ya en Mazacar, ya en Macao; edificando por todas partes iglesias, convirtiendo gentes, y haciendo fieles á centenares y á millares, hasta no poder levantar de cansados los brazos para derramar sobre la cabeza de los neófitos las saludables aguas del bautismo, y hasta poderlos comparar, como lo hizo la sagrada Rota romana, con las estrellas del cielo y las arenas del mar. Y qué, fieles! Tan bien instruidos en su ley, que aún siendo niños, son maestros en ella, y pueden desafiarse á disputar, y continuar y convencer á los maestros del gentilismo; tan firmes y constantes en profesarla, que ninguno de los convertidos por Javier, exceptuando los pérfidos ciudadanos de Tolo, ha llegado, que se sepa, ni por amenazas, ni por tormentos, ni por la muerte á renunciarla. Y quien ha podido hacer tanto en tan poco tiempo, ¿será mero hombre? Yo por mí, repito, que veo volar un ángel, y no puede ménos de parecerse tambien lo mismo á vosotros. ¡Oh gran Dios! ¿Quién podía dar fuerzas á un hombre, para que en tan corto espacio de años hiciese por sí solo tantas cosas sinó Vos? ¿sinó Vos, digo, que en sus obras tan numerosas, tan grandes y efectuadas con tanta celeridad, debiais mostraros solo grande?

Y aún más grande se muestra Dios en los estupendos é inauditos prodigios con que honró el ministerio de nuestro apóstol, quien los hizo con un poder casi divino. Mas ¿por dónde he de comenzar? Y

¿cómo he de concluir, si todos los lugares del remoto Oriente están llenos de ellos, si todas las ciudades hacen mención de ellos, y todos los pueblos de ellos hablan; si los milagros que obró Francisco Javier son, según la sagrada Rota, tantos en número, tan admirables por su variedad, y tan extraordinarios por su magnitud, que no ceden á los milagros que obraron los primeros apóstoles; si sería milagro, como dijo un escritor, que Javier no obrase milagros; si sería, en fin, un gran milagro poder referir todos sus milagros? No obstante, traed á la memoria el largo catálogo que hizo el doctor de las gentes, de aquellas gracias, que suele Dios distribuir y repartir entre sus favorecidos según sus impenetrables decretos, y comparándolas con lo que se lee de Javier, vereis si se le negó ninguna. Comencemos. A uno se dá palabra de ciencia; y Javier muestra en sus palabras un saber tan profundo, que con una sola respuesta satisface á muchas preguntas; y aclara de una vez varias y oscurísimas dudas. A otro se dá gracia de sanidad, y las curaciones hechas por los méritos de Javier son muy prodigiosas. A otro se dá operacion de virtudes; y no las hace Javier de todo género muy singulares y maravillosas? ¿A qué no extiende su virtud? La extiende á las pestes, y las ahuyenta de provincias enteras; la extiende á los demonios, y los desaloja de los empujimientos; la extiende á los ejércitos de los bárbaros furibundos, y mostrándose con una figura gigantesca los rompe y desbarata; la extiende á la muerte, y la obliga á que le resuscita vivos veinte y cinco muertos, unos de muchas horas, otros de muchos días de sepultura, y otros tambien corrompidos en el sepulcro. A otro se concede la gracia de hacer profecías: ¿Profecías Javier? Más de cien mil, según un cálculo exacto, pudiera referir yo solo, escribe un hombre santo y sabio de aquellos países. Penetra lo más secreto de los corazones, y dice á uno: tú has pecado; á otro, tu estás discurriendo sobre tales y tales designios; á otro, tú has cometido tales y tales culpas, y todo es cierto. Ve como si estuvieran presentes las cosas distantes y remotas. A otro se dá pericia de lenguas: ¿Pericia de lenguas? Apenas estudia Javier una, cuando ya es maestro de ella. Habla con elegancia y velocidad más de ciento, todas dificultosísimas; predica en todas, en todas compone libros; y aún explicándose en una sola se hace entender en todas las demás. Concluámos y digamos, que así como Moisés del Egipto y de Faraón, así Javier fué constituido por Dios su lugarteniente, árbitro de su mismo poder, y vice-Dios en todo aquel nuevo mundo; y preso que de Moisés, dice la Escritura: mira que te he constituido Dios; con la Escritura y en el sentido de la Escritura misma digamos tam-

bien nosotros de Francisco, que fué constituido Dios. Es Dios del aire; y así lo oscurece con nubes á su voluntad, y á su voluntad lo aclara y serena: es Dios de los vientos, y á su arbitrio sujeta á unos, y á otros les da libertad; á éstos los destierra para siempre de tales mares, y á aquéllos los muda ó los vuelve: es Dios de las lluvias, y las tiene obedientes á sus señales: es Dios de las fieras, y mandándolas que no saquen ni anden por aquellas aldeas, no se dejan ver más: es Dios de las aguas, y las saladas las convierte en dulces, así como las estériles de pesca las hace fecundas: es Dios, en fin, de todo, pues todo depende de él, y de todo dispone á su voluntad. Y en efecto; por Dios le tenían los ciegos gentiles, por un Dios visible, por Dios del mar y por el mayor entre los dioses; y como á tal, unos le despacharon embajadas, otros le consagraron, y otros le erigieron templos; y aún hubo quien peregrinó seis mil millas por adorarle vivo.

Mas nó, gentes engañadas, Francisco no es Dios. Miradle, si quereis conocer claramente la verdad, miradle tendido en las playas de Sanctian, oprimido con una enfermedad mortal, necesitado de todo y enteramente abandonado, esperar como cualquiera otro hombre el terrible golpe de la muerte. Así habeis dispuesto, Señor, que este vuestro fiel siervo, en quien quisisteis glorificaros tanto y por quien os dignasteis ser tan glorificado, despues de haber padecido tantas penas y obrado tantos prodigios por la dilatacion y exaltacion de vuestro nombre en bárbaras y remotas comarcas, privado al fin de todo humano consuelo, sin otro lecho que el desnudo suelo, ni otro refrigerio que algunos sorbos de agua y algunas almendras, ni otro albergue que una choza abierta por muchas partes y expuesta al soplo de la frísimas tramontana, acaso para que de este modo fuera una cópia más viva de aquel grande original crucificado, con quien hablando afectuosamente pasa el último resto de su vida, teniendo delante de los ojos el amado imperio de la China, por cuya conversion habia ya soportado inmensos trabajos, y exhalandu su bendita alma en el acto piadoso de dar un tierno beso en las llagas del Redentor, terminase en un día de viernes la gloriosa carrera de su incomparable vida. ¡Oh playas desiertas y lejanas, oh islas, oh provincias, oh gentes! el que domó tantas naciones, el que conquistó tantos reinos, el que hizo tantos prodigios, el que rompió tantos ídolos, el que bautizó tantos idólatras, Francisco Javier, digo, ha muerto. Pero vive, en cierto modo, vive en la memoria de las estupendas acciones que ha hecho; vive en el fervor de innumerables fieles que ha regenerado; vive en la fuerza y eficacia de bellos ejemplos, que, conti-

nuamente, inflaman y nos impulsan á magnánimas empresas; vive, en fin, en su precioso cuerpo que nos ha dejado, el cual, victorioso por muchas veces y por muchos meses de la cal viva, se conserva todavía incorrupto y como si tuviese respiración, á pesar de la muerte y del tiempo; y con admiración de infinitos pueblos, que, nunca satisfechos de verlo, acuden de todas partes, y observan que en él y por él se renuevan las antiguas y asombrosas maravillas. Vive, porque Dios, que quiso mostrarse grande en Francisco vivo, ya en los excesivos é inmensos trabajos que le hizo padecer en el ejercicio de su ministerio, y que el Santo soportó con fortaleza más que humana; ya en las innumerables y heroicas empresas para que le destinó en el cumplimiento de su ministerio; y que Javier desempeñó con la mayor celeridad; y ya en los singulares é inauditos portentos con que le honró en el curso de su ministerio, y que obró Francisco con un poder casi divino; quiere todavía manifestarse grande en Francisco aunque muerto. Y á la verdad, no puede pensarse nunca en él, ni muerto ni vivo, sin que una oculta é incontrastable fuerza nos obligue á exclamar diciendo: Tú eres grande, Señor, y hacedor de maravillas: Tú solo eres Dios.

Y después de cuanto hemos expuesto, ¿qué otra cosa resta sino que vos, oh gran Santo! os dignéis echarnos una mirada amorosa desde el alto trono de gloria á que habeis sido elevado, y que nos favorezcis con vuestra poderosísima protección, bajo la cual tantos otros viven seguros y alegres? Por tanto, oid nuestras súplicas; y al mirar con ojos apacibles tantas tierras y ciudades, que en todas las partes del mundo queman incienso en vuestro honor y os dedican altares, dignaos fijaros algún tanto sobre los circunstantes, y agradecer la devoción y el obsequio de los que, invocándoos con el dulce título de protector, pretenden tener derecho para que los mireis con distinción, y para participar en gran copia de vuestros singulares y abundantísimos beneficios. Así sea.

DIRECCIÓN GENERAL D

PANEGÍRICO

DE SAN FRANCISCO DE PAULA.

*Ego minimus in domo patris mei.
Yo el menor en la casa de mi padre.
(Juv. vi, 15.)*

Francisco, preciosa joya y ornamento de Paula, donde vió la luz; varón tan extraordinario y santo, venerado universalmente como un ángel; gran solitario, patriarca, profeta y verdadero taumaturgo; que durante el periodo de una vida dilatadísima, tan llena de años como rica de merecimientos, renovó las maravillas de los primeros siglos del Cristianismo; cuyas raras y eminentes virtudes son otros tantos prodigios; que ofrecen al orador sagrado, al par que vasto campo, inagotable caudal de reflexiones y alabanzas en elogio de memoria tan esclarecida. Por otra parte, tan grande es la copia y esplendor de sus ilustres y magníficas empresas, que difícil fué, atrevido y arriesgado, el propósito de recogerlas todas y reunir las en una sola oración. Porque, cómo pudiera encerrar en tan limitado espacio, los vientos con que era arrebatado de cuerpo y espíritu en sus habituales y fervorosas contemplaciones; ó cómo pudiera enumerar las muchas producciones de cosas distantes en el tiempo y en el espacio, descubiertas por él y anunciadas con luz profética, ó señalar las portentosas obras de aquella fe, con la cual apacigua repetidas veces la furia de los vientos y del fuego, ó manifestar aquellos sublimes dones con que le enriqueció y calmó el Señor? ¿Cómo pudiera, en fin, celebrar dignamente á un varón, de cuya santidad, aunque oculta y sepultada la fama en cuevas y yermos, pronto se difundió por toda Europa, penetró hasta en las cortes, y llenó de admiración á las gentes? Empero, ya que me he comprometido á hablar de él, dejando para mejores ingenios la gloria de tratar de cosas más grandes y luminosas, procuraré acomodar á mi condición el elogio del Santo, ateniéndome á las cosas bajas y humildes, y,

especialmente, á aquella de la cual tal vez más se preciaba; á aquella, por la cual, como el buen Gedeon, llevó él y toda su Orden el excelente nombre de Mínimo. Hablaré de la humildad de Francisco, hermanos míos, y prescindiré de otros dones suyos; y hablando de ella me detendré en determinados grados, lo cual comunicará cierto orden á mi discurso. Y si llego á demostraros cuan eminente fué en esta virtud, fundamento de todas, os habré manifestado, sin necesidad de otro argumento, cuan eminente y perfecto fué en las demás virtudes: A. M.

Aunque el Santo, cuyo elogio me ha sido confiado, estuviéra dotado de toda suerte de virtudes, puede muy bien decirse, que habia nacido, especialmente, para exaltar la más difícil de todas: la humildad. La Providencia, que vela siempre por los escogidos, y que con suave vigor dispone los medios para el fin que se ha propuesto, y pone con mano invisible los fundamentos de la santidad, ordenó: que naciese Francisco, después de muchos ruegos y votos, de una madre humillada por una esterilidad de más de tres lustros, y que la humildad no encontrase obstáculos ni en sus padres, ni en su condición, ni en su patria. Ordenó, que naciese en determinado tiempo, y se educase en lugar donde las turbulencias y discordias habian hecho abandonar las escuelas y las ciencias, á fin de que el saber mundano no fuese para él ocasión de orgullo. Ordenó, que no tuviese otros maestros que unos sencillos y devotos Menores, donde pudiese aprender el espíritu y la ciencia de sus santísimos fundadores, quienes se habian escondido en la soledad para sustraerse á la engañosa estimación de los hombres. Así es, que fortalecido con tal auxilio y ejemplo, dióse el afortunado jóven con tanto esmero al cultivo de la humildad; y con tan provechosos resultados, que llegó á poseerla en aquel altísimo grado de perfección que pocos alcanzan sino á costa de mucho trabajo.

El primer grado de humildad, dicen los santos doctores y directores espirituales, es sentir bajamente de sí mismo y despreciarse. Esto fué lo primero que aprendió Francisco siendo aún niño; y tantas y tan extraordinarias pruebas dió de este grado de humildad, que si yo acertase á exponerlas dignamente, bastarian para granjearle el nombre de humildísimo. No contaba Francisco tres lustros, cuando, regresando de la peregrinación de Asís y del monte Casino, pidió con insistencia y obtuvo de sus padres, el permiso para retirarse á un bosque y hacer penitencia. Allí, una gruta incómoda y oscura en el sitio más lóbrego de la selva, sin más ajuar que una piedra, que

le servia de lecho para atormentarle así en el sueño como en el descanso, sin más alimento que yerbas y raíces, y algunas secas y escasas legumbres, que nunca las comia ántes de ponerse el sol; sin otro vestido que una humilde túnica y el cilicio, que nunca dejó sino para tomar otro más molesto y punzante, sin hacer otra cosa que meditar, llorar y darse ásperos azotes, empuñando el asombro y dedicado anacoreta una vida áspera y dura, casi bastante para asombrar á los Pablos, Antonios é Hilariónes; y allí permaneció solo, sepultado en aquella horrible caverna cerca de seis años, hasta que la fama lo descubrió y le obligó á salir de ella la caridad para con el prójimo.

Y ¿de quién hablo yo, Dios mío, al recordar tan inusitados rigores? ¿Trátase tal vez de un jóven disoluto, que por haberse entregado á los placeres y al pecado tiene necesidad de expiar sus muchas y graves faltas? Si así fuese, su conducta seria todavía de alabar, aunque no fuese igualmente de admirar; porque, ¿hay cosa más justa que la penitencia cuando el hombre está penetrado del horror de la culpa? Entónces aparecen en la mente las funestas y espantosas imágenes de la indignación divina, de los severos juicios de Dios y de las penas eternas. No es de maravillar, pues, que en tal situación, el hombre haga esfuerzos para aplacar la ira del Cielo con lágrimas y sangre. Pero ¿qué necesidad tenia de todo esto el jóven Francisco, no habiendo consentido nunca en pecado grave, ni cometido deliberadamente la más leve falta? ¿Qué necesidad tenia de mortificar la gula, quien desde su cuna se habia consagrado al ayuno, ni de atormentar la carne quien llevó al sepulcro su candor virginal, ni de derretirse en lágrimas el que era un modelo de sumisión, de paciencia, de modestia, de devoción y de todas las demás virtudes? ¿Eran por ventura delitos dignos de castigo la mansolumbre, la piedad, la oración, la pobreza voluntaria, la inocencia, la santidad de vida, y tantas otras preciosísimas dotes que lo enriquecian? Luego, si este inocente, sin tener culpas ni mancha alguna en sus costumbres, se trataba con tanta dureza, bien podremos decir, que se despreciaba y odiaba á sí mismo, teniendo en muy poco la vida del cuerpo, al cual castigaba tan ásperamente mientras permaneció en su cueva. ¿Qué digo en la cueva? ¡Ah! no; no quedó sepultado en ella el desprecio que Francisco tenia de sí mismo, ni el trueque de lugar alteró su costumbre de castigar el cuerpo; que cuanto más se debilitaban las fuerzas de éste, tanto más crecía el vigor del ánimo para someterlo á mayores pruebas. Ángelo, Florentino, Nicolás, Juan, vosotros los primeros discípulos de Francisco, y que por tanto tiempo fuisteis sus compañeros, harto visteis si fueron las delicias de su mesa otra cosa que

yerbas, frutas y legumbres y agua. Y cuántas veces le visteis pasar días y semanas sin tomar alimento alguno? ¿Cuántas veces le visteis, fatigado de dilatados y penosos viajes, pasar en vigilia las noches, sin conceder á su cuerpo el menor alivio? ¿Cuántas veces le oísteis prorumpir en gemidos y sollozos? ¿Cuántas azotarse sin piedad, hasta bañar el pavimento con su sangre? El oficio más humilde y estúpido ¿no lo desempeñaba entre vosotros siempre Francisco? ¿No vestía el hábito más ruin, no tenía por salroso el pedazo de pan más duro, no se reservaba siempre el aposento más angosto é incómodo? ¿Hubiera podido tratarse peor, ni temerse por más vil é indigno, aún cuando hubiese sido un vicioso, un impío ó un criminal?

Y no juzgéis, hermanos míos, que fuese de genio áspero, ínter era de condición suavisima, de costumbres apacibles, siempre compasivo con los demás, benigno y dulcísimo con todos, recibiendo siempre con afabilidad, favoreciendo y honrando á las personas con quienes trataba. Solo contra sí mismo parecía de diferente índole; solo para sí no había piedad en su pecho, ni podía sufrir ser apreciado de los demás, ni buscaba más que ser despreciado, ó á lo ménos olvidado, que es un grado de humildad más noble y sublime. Había aumentado con la celebridad de las virtudes del Santo el número de sus discípulos de tal suerte, que no pudiendo caber en el convento de Paula, tuvieron que distribuirse por varios lugares vecinos. La razón y la conveniencia pedían de consuno, que para mantener en todos su santo propósito, se ordenase una manera de vivir para la observancia común, y que la nueva Regla fuese confirmada por la autoridad de la Silla apostólica, como todos lo deseaban ardentemente y lo pedían con piadosa insistencia. Solo Francisco, que era el pastor de aquella pequeña grey, y como tal la amaba con mucha mayor ternura que los demás, se opuso á esta idea; solo él no quiso procurar que su paciente familia se erigiese en Orden, por temor al título de fundador y padre que de justicia se le debía y se le hubiera dado. Y para apartar de sí el título y la gloria de superior, y para tener lejos de sí y transferir á otros los honores del mando, halló traza su humildad de que sus discípulos, sin otro título que el de ermitaños penitentes, viviesen bajo la obediencia de sus respectivos diócesanos. ¿Quién vió jamás un hecho tan nuevo y generoso, que un padre tierno expusiese la existencia de su amada prole solo por huir de la gloria inherente á la fecundidad, ó la privase de sus justos derechos únicamente por no tener el que disfrutar de sus privilegios? Empero, lo que no aconteció con ningún padre, ni con ningún santo patriarca, aconteció con el humildísimo Francisco de Paula, cuya virtud llegó

á una eminencia tal, que por no ser considerado como fundador de una nueva Orden, omitió, por espacio de cuarenta años, el pedir que así la declarase el Vicario de Jesucristo, aún á riesgo de exponerla á todas las contingencias naturales. Y no satisfecho con eso, cuando por instancia del arzobispo de Cosenza vino aprobada la Orden, suplicó que se le diese el nombre de Minimo en la Iglesia de Dios, no pudiendo conseguir de él que aceptase su gobierno, hasta que le obligó á ello la obediencia al Sumo Pastor, quien, no obstante su resistencia, se lo confirió en un diploma angosto. ¡Oh bella y santa humildad, cuán rara eres en nuestros días! ¡Oh enseñanza útil é importante, digna de ser estudiada de cuantos se dedican al servicio de Dios! Pero volvamos á nuestro Santo.

Nombrado, á pesar suyo, moderador supremo de la Orden, ¿qué no haría para hacer olvidar su autoridad, y esconder á la vista de los demás el honor de su nuevo cargo? ¿Cuándo pronunciaron sus labios una palabra ó un acento que supiese á mando? ¿Cuándo dejó de usar el tono y lenguaje de súbdito que ruega? ¿Cuándo dejó de manifestarse reverente con sus súbditos, y de estimarlos á todos por más dignos que él? ¿Cuándo dejó de servir la mesa como un donado, ó de servir de criado á los enfermos? ¿Cuándo dejó de ir á pedir limosna, ó de trabajar en el huerto, ó de ocuparse en los oficios más humildes del monasterio? ¿Cuándo aconteció, que en la erección de tantos conventos el general no fuese el primero en el trabajo, sirviendo de peon para relevar de la fatiga á los demás? ¿Cuándo dejó de evitar la menor sombra de distincion ocultando su dignidad, y presentándose como el hombre más miserable, inepto y despreciable de este mundo? Una cosa tan solo pudo vencer su humildad: la grandísima caridad para con el prójimo, en la cual estaba inflamado el Santo. Era ésta tan poderosa en Francisco, que le hizo usar del imperio que el Señor le había concedido sobre la naturaleza, mandando á los elementos, á las tempestades, á las calenturas, á las plagas, á la vida y á la muerte; haciéndose obedecer de todos los elementos para confundir á los incrédulos, ablandar á los empedernidos, ó socorrer á los necesitados. Vióse cómo á su mandato refulcaba el mar sus espumosas olas, templaban su orgullo los vientos, cambiaba la tierra de fáz, hrotaba de las piedras agua dulcísima, perdía su ardor el fuego, se abría y cerraba el cielo á las lluvias, curábase de sus dolencias los enfermos, devolvía sus víctimas la muerte, y trastornaba la naturaleza sus leyes invariables para sujetarse á la voluntad del Santo. Pero, aún en medio de tantos prodigios, halló medio la humildad de Francisco para evitar las ovaciones y los honores, ya

obrándolos en secreto, ya atribuyéndolos á la virtud de algunas cosas que distribuía.

El relato de sus maravillas haría sin duda prolijo mi discurso; mas para no omitirlas todas, referiré una, por la cual se podrá conocer cuán enemigo era el Santo de toda gloria mundana, y cuán ingenioso para evitarla. Recordad, hermanos míos, el grave peligro que corrió la Italia, y con ella toda la república cristiana, cuando estuvo amenazada de caer en poder de Mahometo II, ó sea del mayor enemigo del nombre y de la fé de Cristo. Este príncipe, del cual se sirvió el Señor como de instrumento de su cólera para castigar la desunión de las Iglesias de Oriente, después de haber conquistado el imperio griego y llenado las ciudades de desolacion y muerte, iba pensando en extender sus conquistas hasta el romano. Y como su poder no era inferior á su ambicion, lisonjébase en el feliz éxito de su intento si conseguía ocultarla, ocupando por sorpresa alguna plaza de las costas de Italia. Corrian, pues, grave riesgo la fé y la Iglesia, como lo reveló el Señor á Francisco, el cual anunció el proyecto á muchas gentes, exhortando á los pueblos á la oracion más que á los príncipes á la defensa. Empero, como acontece, frecuentemente, que los avisos de los buenos y de los humildes no son escuchados de los prudentes del siglo, no fueron creidas las palabras del Santo, y muchos los tuvieron por una impostura devota, lo cual le acarreó el desprecio y la irrision de no pocos. Llega, por fin, el tiempo vaticinado por Francisco, y con él el funesto acontecimiento anunciado. ¿Qué arrepentimiento, qué confusion, qué terror entónces en el corazón de los fieles! Desarmados los pueblos é impotentes para refrenar el ímpetu de los indios vencedores, desesperando de poder sustraerse á la espada ó á las cadenas, no veían sino la muerte ó la esclavitud. Lloraban inconsolables las madres, previendo la triste suerte de sus tiernos hijos. Gemían en su sagrado recinto las vírgenes, más temerosas de los ultrajes que de la muerte. Doliábase los sacerdotes al pensar que los templos serían convertidos en mexquitas, alzándose la media luna donde se adoraba la cruz; y en el acto de ofrecer el sacrificio, se disponían á servir de víctimas al furor de los turcos. Y el mismo Pastor romano, que había implorado infructuosamente el auxilio de los príncipes, qué podia esperar sino verse sacrificado con sus ovejas, y tener que abandonar la silla pontificia para que sirviese de trono al poder otomano? Pronto cubrióse de velas el canal de Otranto, y las playas vecinas se vieron inundadas por la soldadesca enemiga, que corría impaciente á la desolacion y al saqueo. Mas aquel Señor, que humilla las orgullosas olas con las

arenas de la playa, para salvar su nave de tan deshecha tormenta, al indomable poder del soberbio Mahometo opuso la virtud de este pobre y olvidado cenobita; y éste, después de haber pronosticado el peligro, fué el que con la fortaleza de sus ruegos venció al tirano y echó fuera sus escuadrones. ¿Qué empresa mayor pudiera haber acometido Francisco, si hubiese sido capáz del sentimiento de la gloria para hacerse venerar del mundo, y ser considerado como libertador de Italia y defensor de la Iglesia? Bien lo previó su humildad; pues, á fin de alejar de sí el honor de la victoria, en el acto de despedirse del conde de Arena y de otros capitanes destinados á la empresa, que habian acudido á él, les infundió aliento distribuyéndoles algunos cirios benditos, y diciéndoles que confiasen en su virtud, que alcanzarían la victoria, como así aconteció. Mas por mucho que procurase nuestro humilde Santo ocultar los milagros que el Señor obraba por su medio, por mucho que procurase nuevas maneras de rebajarse en el concepto de los hombres, no pudo esta vez ocultar este memorable prodigio, ni evitar que volase la fama por todas partes y fuese aclamado y venerado. Y fué precisamente el más raro prodigio de su humildad, no experimentar la menor complacencia por tantos honores como justamente le tributaba el mundo; lo cual es el último grado de dicha virtud, tanto más perfecto y digno de alabanza, cuanto es más raro y difícil.

Ciertamente no ha de costar mucha pener freno al orgullo, y contentarse y reducirse á los limites de una cristiana moderacion en la sombra y abyeccion de una gruta ó de un yermo; pues con poco trabajo puede el sábio moderarse cuando no oye los aplausos que se tributan á su mérito, ni tiene quien le alabe sino su amor propio. Empero, cuando con esclarecidos hechos alcanza el hombre la admiracion, el aplauso y las alabanzas privadas y públicas, y se ve honrado de todas las gentes; cuán difícil es, no dejarse llevar del aprecio y complacencia de sí mismo! Este fué el mayor triunfo de Francisco. ¿Cuántos honores tributó el mundo al Santo, viéndole adornado con tantos dones y obrar tantos milagros? Además de las aclamaciones del pueblo, cuántas visitas é invitaciones no tuvo de los grandes, y con qué reverencia no fué acogido por príncipes y prelados? Cuando oigo, que legados pontificios y embajadores régios ván á buscarle sollicitos á los confines de la Calabria; cuando veo, que en la corte de Nápoles, un rey orgullososufre la reprobacion de sus faltas, y postrado en tierra pide la bendicion, junto con su consorte y toda la familia real, y acompaña al Santo hasta el embarcadero, y le besa públicamente los pies, y los baña con sus lágrimas; cuando le veo en Roma junto al

trono del Sumo Pontífice, quien le abraza tiernamente, le estrecha en su seno, le honra, le consulta, le escucha como director y maestro, siendo tambien respetado de los más eminentes personajes de la capital del mundo; cuando le contemplo llevado á Francia como vencedor con inusitada pompa, encontrando primero al Delfín y luego á su padre, quien le recibe de rodillas como ángel bajado del Cielo, y le mira como árbitro y dispensador de la vida; cuando veo, que es preguntado sobre materias las más difíciles por los doctores más célebres de la Sorbona y por los más ilustres prelados de Francia, y observo, que sus respuestas son recibidas como otros tantos oráculos, y salen de él los que le consultan iluminados y satisfechos; ¡ay de mí! exclamo; ¿quién podrá resistir á tantos y tan formidables ataques? ¿quién sabrá cerrar los oídos á estas voces tan delicadas, queridas y lisonjeras?

¿En qué consistiría, pues, que embestida por tan contrarios vientos no naufragase la humildad de Francisco? En verdad que no puedo decirlo. Solo sé, que en medio del esplendor de los honores nunca quedó deslumbrada su humildad, ni llegó él á tenerse por mejor viéndose tan honrado. Porque cuando mayores eran los obsequios que recibía, tanto mayores eran su confusión y vergüenza al recibirlos, y por tanto, más indigno se juzgaba. Y entre tantos honores llegó á pensar tan bajamente de sí el Santo, que navegando no lejos de Ostia con los embaajadores de Francia y grandes de varios reinos, y habiendo sobrevenido una tempestad que puso en peligro el buque, dice varias veces á los marineros, como si fuese otro Jonás, que no cesará el peligro hasta que se le haya echado á él al mar. Y tan adelante pasó la humildad de Francisco, que mientras el Señor, por boca de su Vicario en la tierra, le animaba y confortaba para que se dejase consagrar sacerdote, dándole una señal ciertísima de la vocación al santo ministerio, él nunca se tuvo por digno de acercarse al altar y ser elevado á tal dignidad. ¿Qué más queréis, hermanos míos? Basta con decir, que durante el largo periodo de veinte y cinco años que residió en Francia, considerado por cuatro reyes que en este tiempo imperaron, y por todos los grandes, como el protector de la real familia, y venerado de todos como santo, no dejó pasar día sin rogar humildemente al Señor que aplacase su enojo, como si su permanencia en Francia debiese armar la diestra del Señor contra este reino; y atraerle la maldición. ¡Oh sentimientos de elevadísima é incomparable humildad! ¿Se ha visto otra igual en el mundo?

Luego, si la humildad, segun la opinion de todos los santos é ilustres maestros, es la base y raíz de las demás virtudes; si es

aquella misteriosa vara con que se mide la anchura y elevacion de la ciudad santa, es decir, de la santidad y perfeccion de un alma; por la excelencia de la humildad de Francisco, de que he hablado, he demostrado, y cada uno de vosotros puede apreciar, el mérito y la extension del poder del Santo, de cuyo elogio me he encargado por obediencia y devocion. Así que, no tengo necesidad de esforzarme en acrecentar vuestra veneracion al Santo, ni en impulsaros á que os pongais debajo de su poderosa proteccion, lo cual seria superfluo y aún ofensivo para vosotros; lo uno fuéra realicados de negligentes, lo otro estimular sin necesidad al que ya marcha velozmente. A vos me dirijo, pues, humildísimo Francisco de Paula, que en la dichosa mansion del Padre celestial no ocupais ya el lugar mínimo, que pretendistis ocupar acá en la tierra, sino que estais entre los principes de su Corte; del alto y luminoso sitio de gloria donde os ha elevado vuestra profunda humildad, os ruego que volvais la vista á vuestros devotos siervos, que se postran humillados ante vuestro altar, implorando vuestra poderosa intercesion. Mirad el afecto, el amor, la ternura filial y la confianza que tienen en vos, y por los honores que os tributan sed siempre en el Cielo su abogado, su protector y su padre. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO.



Mensura est murum ejus... mensura hominis, quae est angelus.
Medió la muralla con medida de hombre, que era la de ángel.

(APOC. XXI, 17.)

No una santidad singularmente agobiada con el peso de duras pruebas y de terribles penitencias; no una santidad noblemente gloriosa y llena de extraordinarios sucesos y milagros superiores á la comun inteligencia, sino una santidad humilde, mansa, modesta, y casi puede decirse comun y ordinaria; es, amados hermanos, la que vengo á referir y celebrar al hacerlos en este dia el elogio del gloriosísimo S. Francisco de Sales. Con todo, por comun y ordinaria que parezca semejante santidad, es, sin embargo, grande, magnífica y verdaderamente admirable en si misma. Cual río profundo, que sin enfurterarse con ruidos choques contra sus puentes, con majestoso paso camina siempre apacible por sus anchas orillas, y satisfecho por la fecundidad que dispensa, llega con calma al mar, tales, hermanos míos, la santidad modesta á un tiempo y grandiosa de Francisco. Una santidad por lo tanto que se oculta y brilla, que se cree de simple hombre, y es, propiamente, de ángel, parece con razon, que marcada venia en aquella medida con que el extático de Patmos vió medir la ciudad Jerusalén, que era medida de hombre y al mismo tiempo de ángel. Aquí es, por lo mismo, donde me fundo, carísimos hermanos, donde pienso fijarme para medir la grandeza de la santidad de S. Francisco de Sales. Por su modestia puede ser considerado como la santidad propia de un hombre; pero no hay duda que se eleva hasta igualarse con la más conspicua de los ángeles más sublimes que reinan en el Cielo; y digo de los más sublimes, en consideracion á que luchar en defensa del honor de Dios, proveer á la sa-

lud de las almas, y servir de confortativo á los espíritus débiles y atribulados, son misiones dignas de un Miguel, de un Rafael, de un Gabriel, y todas, cabalmente, supo desempeñarlas Francisco con su santidad tan modesta. Sustentó el honor de Dios, defendiendo la causa de la fé contra los herejes, apareciendo en esto revestido del espíritu de Miguel. Curó las llagas de las almas, encaminándolas suavemente por la senda de la salud, dando muestras de un corazon cual el de Rafael. Fué apoyo y sustento de los fieles débiles y agitados, ostentando en ello la fortaleza de Gabriel. En una palabra, se presentó Francisco como un compendio de todos los méritos y caracteres de los ángeles más excelsos. Antes de probarlo pidamos los auxilios de la gracia; acudiendo á la intercesion de la Santísima Virgen: A. M.

Combatir en defensa del honor de Dios por la verdad, es empresa muy noble y verdaderamente digna de un arcángel. Francisco de Sales, desde sus mas tiernos años, oia las conversaciones con que sus piadosos padres lamentaban la prevaricacion de aquellos países que se habian separado de la Iglesia de Jesucristo. Sabia tambien por tradicion, y por interesantes historias que se le referian, que la herejía de Calvino, así como en Francia se enseñoreára de la Rochela, se habia asilado y hecho fuerte dentro de los muros de Ginebra, su patria, en la Saboya, y que desde allí contaminaba con su letal aliento las vecinas comarcas. Lastimaban con frecuencia sus oidos la profanacion de los sagrados templos, la destruccion de augustos altares, el destierro de venerandos ministros, la contumacia, los errores, las blasfemias, los escándalos, y, en fin, todo lo que impulsó á menospreciar la divina fé y la piedad cristiana; y así como el eminente arcángel S. Miguel fué tocado de la prevaricacion de los ángeles impios, de igual suerte penetró en el alma cándida de Francisco el celo por la honra de Dios; y del todo indignado, prometió desde entónces vengar los desacatos perpetrados contra Dios y contra su Evangelio. Vedle consagrarse por completo á Dios, mediante ejercicios y prácticas de la más sólida piedad. A medida que vá creciendo, parece creer solo para su Dios; al trasladarse á las universidades de Paris y de Pavia, no le anima otra mira más que la de conquistar armas para combatir contra los enemigos de su Dios; al emprender sus viajes á Loreto y á Roma, solo se empeña en inflamarse más y más en el amor hácia su Dios. Concluidos los estudios vuelve á su afligida patria, y se presenta al santo obispo Grameri, lleno de tanto fervor, que al verle, al oirle, no pudo ménos el venerable pre-

PANEGÍRICO
DE SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO.



Mensura est murum ejus... mensura hominis, quæ est angelus.
Medió la muralla con medida de hombre, que era la de ángel.

(APOC. XXI, 17.)

No una santidad singularmente agobiada con el peso de duras pruebas y de terribles penitencias; no una santidad noblemente gloriosa y llena de extraordinarios sucesos y milagros superiores á la comun inteligencia, sino una santidad humilde, mansa, modesta, y casi puede decirse comun y ordinaria; es, amados hermanos, la que vengo á referir y celebrar al hacerlos en este día el elogio del gloriosísimo S. Francisco de Sales. Con todo, por comun y ordinaria que parezca semejante santidad, es, sin embargo, grande, magnífica y verdaderamente admirable en sí misma. Cual río profundo, que sin enfurterarse con ruidos choques contra sus puentes, con majestoso paso camina siempre apacible por sus anchas orillas, y satisfecho por la fecundidad que dispensa, llega con calma al mar, tales, hermanos míos, la santidad modesta á un tiempo y grandiosa de Francisco. Una santidad por lo tanto que se oculta y brilla, que se cree de simple hombre, y es, propiamente, de ángel, parece con razon, que marcada venía en aquella medida con que el extático de Patmos vió medir la ciudad Jerusalén, que era medida de hombre y al mismo tiempo de ángel. Aquí es, por lo mismo, donde me fundo, carísimos hermanos, donde pienso fijarme para medir la grandeza de la santidad de S. Francisco de Sales. Por su modestia puede ser considerada como la santidad propia de un hombre; pero no hay duda que se eleva hasta igualarse con la más conspicua de los ángeles más sublimes que reinan en el Cielo; y digo de los más sublimes, en consideración á que luchar en defensa del honor de Dios, proveer á la sa-

lud de las almas, y servir de confortativo á los espíritus débiles y atribulados, son misiones dignas de un Miguel, de un Rafael, de un Gabriel, y todas, cabalmente, supo desempeñarlas Francisco con su santidad tan modesta. Sustentó el honor de Dios, defendiendo la causa de la fé contra los herejes, apareciendo en esto revestido del espíritu de Miguel. Curó las llagas de las almas, encaminándolas suavemente por la senda de la salud, dando muestras de un corazon cual el de Rafael. Fué apoyo y sustento de los fieles débiles y agitados, ostentando en ello la fortaleza de Gabriel. En una palabra, se presentó Francisco como un compendio de todos los méritos y caracteres de los ángeles más excelsos. Antes de probarlo pidamos los auxilios de la gracia; acudiendo á la intercesion de la Santísima Virgen: A. M.

Combatir en defensa del honor de Dios por la verdad, es empresa muy noble y verdaderamente digna de un arcángel. Francisco de Sales, desde sus mas tiernos años, oia las conversaciones con que sus piadosos padres lamentaban la prevaricacion de aquellos países que se habian separado de la Iglesia de Jesucristo. Sabia tambien por tradicion, y por interesantes historias que se le referian, que la herejía de Calvino, así como en Francia se enseñoreára de la Rochela, se habia asilado y hecho fuerte dentro de los muros de Ginebra, su patria, en la Saboya, y que desde allí contaminaba con su letal aliento las vecinas comarcas. Lastimaban con frecuencia sus oidos la profanacion de los sagrados templos, la destruccion de augustos altares, el destierro de venerandos ministros, la contumacia, los errores, las blasfemias, los escándalos, y, en fin, todo lo que impulsó á menospreciar la divina fé y la piedad cristiana; y así como el eminente arcángel S. Miguel fué tocado de la prevaricacion de los ángeles impios, de igual suerte penetró en el alma cándida de Francisco el celo por la honra de Dios; y del todo indignado, prometió desde entónces vengar los desacatos perpetrados contra Dios y contra su Evangelio. Vedle consagrarse por completo á Dios, mediante ejercicios y prácticas de la más sólida piedad. A medida que vá creciendo, parece crecer solo para su Dios; al trasladarse á las universidades de Paris y de Pavia, no le anima otra mira más que la de conquistar armas para combatir contra los enemigos de su Dios; al emprender sus viajes á Loreto y á Roma, solo se empeña en inflamarse más y más en el amor hácia su Dios. Concluidos los estudios vuelve á su afligida patria, y se presenta al santo obispo Grameri, lleno de tanto fervor, que al verle, al oírle, no pudo ménos el venerable pre-

lado de exclamar: Hé aquí el reparador de las desgracias de mi Iglesia; hé aquí mi benemérito sucesor. Trató el mundo de poner algunas trabas á su vocación, ascendiéndole á espléndidas dignidades seculares; pero estaba liado poseído de Dios su corazón para detenerse ante semejantes barreras. Llegó ya á los pies del santo prelado, que lo admitió en la clerical milicia: bien pronto fué elevado al grado de sacerdote, luego condecorado con el título de preboste de la iglesia de Amcey, por unánime asentimiento del clero y del pueblo; y por último, nombrado vicario general de toda la diócesis. Si tanto era su celo por la gloria de Dios, cuando pertenecía todavía al estado seglar, figuraos, hermanos míos, cuál no sería así que se vió transformado en ministro del Altísimo y llamado á presidir en su santa Casa. Ya le veo alzarse gigante á recorrer su camino; ya veo brillar en su frente todo el fuego de un arcángel; ya le veo desvenmar la espada invencible... Ya nos hallamos, hermanos míos, admirando á Francisco, por actualidad de conflicto, como insigne imitador del gran Miguel.

He dicho, que blandía la ardiente é invencible espada; pero ¿de qué espada os figuráis que hago mención carísimos hermanos? No de una espada que hiere y mata crudamente, sino de una espada de amor que incha y triunfa. Ni otra espada sino la templada en la fragua de la dulzura y de la más sincera caridad, convenia para conquistar el espíritu y el corazón de aquella gente rebelada. Francisco les invitaba con cariño á hablar sobre la religion, y evitando con cautela todo género de controversia, les atraía y convidaba al amor de Dios y al cuidado de la salvacion de sus almas. Una gracia natural acompañaba sus palabras, y una sobrehumana dulzura brotaba como saludable bálsamo de su conversacion amena. Estudiaba el modo de conquistar el corazón de sus hermanos, ántes que su espíritu; y mientras tanto se apoderaba por completo del espíritu y del corazón. Pasmábanse los propios herejes al verse, sin saber cómo, expugnados, persuadidos y convictos, y luego se regocijaban de haberlo sido por mano de un adversario tan dulce como piadoso. Con todos era cortés y atento para atraerlos poco á poco á Jesucristo; y este respeto á los sujetos de distincion y categoria ó á los eminentes literatos, pues muy distintos argumentos empleaba con las personas humildes, faltas de instruccion y cultura.

Éstas le veian continuamente imponerse mil privaciones, y lanzarse á grandes fatigas únicamente por amor de la salvacion de sus almas. Las más altas cumbres, los más rápidos torrentes, los más apartados caminos, las más crudas noches, los soles más ardorosos, el

viento, la nieve, la lluvia, la tempestad, todo lo arrostraba, todo lo despreciaba cuando se trataba de la salvacion de las almas. Aparecer le veian por las colinas más ásperas, penetrar en las habitaciones rendido, hambriento; y siempre alegre, siempre contento, siempre ufano de sus conquistas. Admirados le oian agradecerles su pobre trato, alabarles su caudor, acariciar á sus chiquillos, compadecer su situacion, tomar con empeño el alivio de su pobreza; y con estos discursos de piedad puramente humana, mezclaba insinuantemente palabras sobre Dios, el divino amor, la vida eterna y el Paraíso. A los discursos y conversaciones salidas del corazón de Francisco, contestaban lágrimas de tierna gratitud de aquellas gentes, al verse tratadas con tanto cariño, y con tanta dulzura hácia Dios reconducidas; y lágrimas de consuelo asomaban también á los ojos del Santo por la adquisicion de aquellas almas; y entonces, juntos y mezclados, corrían el llanto del pastor y el de la oveja: ¡Oh dulzura de Francisco siempre triunfante! Y ¿quién podía resistirla? Así sujeto al seno y á la obediencia de la Iglesia á tres baillios y á todo el distrito de Chablais; así conquistó para la verdadera fe á más de setenta mil herejes; así se dieron por vencidos muchos altos jefes del protestantismo; así fué que el cardenal de Perro no tuvo reparo en decir: Que si bien él se consideraba con el ánimo y valor suficiente para convencer herejes, empero la habilidad y gracia para convertirlos pertenecía exclusivamente á la victoriosa dulzura de Francisco. ¡Oh espada siempre invencible! ¡oh dulzura! Con todo, no basta: es necesario, así como en el arcángel S. Miguel, hermanaria con la firmeza, simbolizada en los pies armados de resistente bronce para completar en todos conceptos la victoria.

Con efecto, para desvirtuar las amables maneras y la inexplicable dulzura de Francisco, no faltan hombres iníquos y dispuladores, que se proponen contrariar sus designios; pero él les opone la más constante firmeza. Se anticipan los ministros calvinistas á impedirle el ejercicio de su apostolado en Tono; pero Francisco ni desmayó por esto: sufre con paciencia, y con valor se prepara. Es rechazado, y vuelve; se le insulta, y calla; es atropellado, y prosigue en su ejercicio. Se le pinta como sospechoso ántes la corte; se le amenaza; y hasta de hecho fué asaltado á mano armada: se pretende envenenarle, y llega aún á tragar la mortífera pócima; pero permanece firme, siempre firme en su propósito. Hace presente al duque de Saboya la rectitud de su conducta y las necesidades extremas de aquella Iglesia, y logra convencerle, y aún lo empeña en un célebre remedio. No se inmuta al aspecto de las armas y de la muerte, y desarma con firme

valor á sus mismos asesinos: bebe con resolucion el veneno, pero quiere ver su mision cumplida, Clemente VIII lo envia á Ginebra para hacer frente á Teodoro Beza, heresiárca el más inicuo: Francisco acepta el arriesgado cargo, parte á medirse con el monstruo, y consigue cuando ménos commoverlo y confundirlo. Llamado á ocupar la silla episcopal por muerte de Granieri, se ve obligado á interrumpir el curso de su mision; y desde la lucha con los herejes es llamado á apacentar las almas obedientes y fieles, y á conducirlos por la fé á la salvacion. Nuevo campo, amados hermanos; hélo aqui desde las fuertes ó ingratas pruebas de emulacion con un guerrero como Miguel, hélo aqui pacífico consagrarse á los cuidados de un Rafael piadoso, sirviendo á las almas de fiel guía y amoroso médico.

¿Quién es, amados hermanos, ese bello jóven, que con disfráz de peregrino se presenta en casa del afligido Tobias, y se brinda al hijo para guía y compañera en su dificultoso viaje? Es el gran Rafael, el arcángel de la salud. Pues bien: Francisco de Sales será para muchos el ángel de la salud. Ya su corazon se halla dispuesto en toda clase de virtudes. Nada digo de aquel candor virginal, que desde sus más tiernos años consagró á Maria, y que, deponiéndolo en sus manos, guardó siempre sin mancha nún en medio de las más peligrosas pruebas. Nada diré tampoco de aquella maravillosa mansedumbre ó incontrastable paciencia, obra de veinte y dos años de virtuosa lucha, y por cuyo medio no podia, no sabia jamás resentirse de cosa alguna, ántes bien gozaba en los desprecios y ultrajes; y como afirmaban sus familiares, cuanto más se le ofendia, mayores eran los beneficios que él devolvía. Pero si os hablaré, hermanos míos, de aquella divina fé que en él aparece convertida en verdadera vision, por cuanto hablaba de los objetos celestiales en tales términos como si los viese con sus propios ojos, como si los tuviera delante; de manera, que los argumentos sobre lo invisible se convertian por él casi en evidencias de cosas visuales y claras. Hablaré tambien de aquella esperanza tan sólida, que en él era igual á la posesion tranquila, entregándose completamente á sus Dios con seguro descanso, siempre alegre y contento al cumplir por él quiera su suprema voluntad, ya contra él se conjurara el mundo, ya se desatara contra él todo el Inferno. Os hablaré en fin, de aquella extraordinaria caridad, que reinaba en él en dulce fruicion é intrínseca union, como que, á manera de serafín, su vida era todo amor y solo respiraba amor. Caridad divina, que brillaba en sus ojos, que inflamaba su lengua, que iluminaba toda su persona, que le impelió á trasportos. ¡Ah! ¡qué llama puede ser

ésta más que aquella en que arden los Santos en el Paraíso! Y á pesar de esto, tan grande era la humildad que amparaba su corazon, que cierto día, sin mencionar otras pruebas, á uno que osó llamarle santo, le contestó al punto: Dios es libre, hermano, Dios es libre de semejante santidad. Adornado con estas virtudes, no hay deber pastoral que deje de cumplir con la exactitud más rígida. Funciones religiosas celebradas con la mayor pompa y lucimiento; sinodos convocados para radicar en el clero la disciplina; ejercicios para instruir á la juventud en la piedad y en las ciencias; frecuentes y repetidas visitas en toda la diócesis para evitar abusos y desórdenes; dilatados viajes personalmente emprendidos en beneficio de su Iglesia; monasterios refundidos; devotas fundaciones; misiones, oratorios, ejercicios...; pero todo esto es poco. Deberíais hermanos míos, haberle visto, olvidando su propia dignidad y hasta olvidándose á sí mismo, en cuanto al bien de su grey conducir padiera, predicar constantemente, catequizar un día y otro día niños y neófitos en sus reuniones; admitir á todas horas penitentes en su confesonario; asistir á los moribundos; calmar los espíritus en sus tribulaciones; instruir, corregir, animar; y todo esto con el mayor celo, devocion, gracia, suavidad y ternura. De ahí el infinito concurso de toda clase de personas; que acudían sin cesar pidiendo su espiritual asistencia. Ancianos, jóvenes, eclesiásticos, seculares, cortesanos, militares, justos y pecadores, todos le buscaban á cada momento, y le cercaban hasta angustiario, hasta oprimirlo, hasta enajenarlo por completo de sí mismo; sin que pudiera ni pensar en su alimento, ni en su descanso, ni en su salud; finalmente, ni en su propia existencia; y él, ardiendo en celo, á nadie se negaba, á todos acogía, á todo se prestaba para conquistar fieles á Jesucristo.

Francisco, no satisfecho con haber dirigido hacia el Paraíso las almas sometidas á su jurisdiccion, no descuida las de otras diócesis, ni se olvida de las generaciones venideras. Pruebas de ello nos ofrecen su devota correspondencia y sus espirituales tratados, dedicada aquella á los ausentes, y dados éstos á luz para eterno y universal beneficio de los venideros. No hay alma dócil y bien dispuesta, que muy pronto no encuentre en sus escritos el medio de unirse á Dios y de procurar su propia salvacion. Sean hombres del siglo ó del claustro, personas de corte ó rudos campesinos, espirituales ó mundanos, libres ó esclavos, á todos enseña acertadamente el camino de la felicidad eterna; senda la más faja y segura por mediar entre la dulzura y el rigor, entre el deber y la indulgencia, entre la misericordia y la verdad, que justamente son las verdaderas y las únicas

vias del Señor; senda admirable, que, entre todos los espirituales maestros, puede afirmarse con certeza, que Francisco fué el primero en recorrer; y que él fué quien, al ejercitar el corazón en el santo amor de Dios, descubrió el verdadero camino para alcanzar el menor ó mayor grado de perfeccion y santidad. ¡Oh ministro benéfico de salud para tu grey, para los ausentes, y aún para los venideros! ¡Oh verdadero Rafael!... Pero menester es, carísimos hermanos, continuar en el principiado empeño, y pintarlo, por último, como apoyo del débil, constituyéndose así en una verdadera representación de Gabriel.

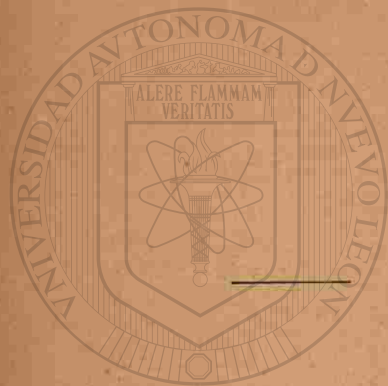
Si el arcángel Miguel se presentó armado para vindicar la honra de Dios; si Rafael apareció con hábito de peregrino para servir de guía á los hombres por la senda de la salud, ahora se nos muestra el arcángel Gabriel, con la más graciosa y espléndida divisa, para animar las almas pusilánimes, y comunicar apoyo á los oprimidos por graves pesares y calamidades. Este arcángel se apareció á la Virgen Maria, á su contristado esposo, y al desconsolado Daniel; infundió ánimo á aquella, y comunicó especial fuerza y valor á los otros dos en sus respectivas aficciones. Semejantes efectos trató de imitar nuestro Santo, ya al infundir decision al alma grande de Juana Francisca de Chantal para fundar la célebre Orden de la Visitacion, ya tambien al prestar los más eficaces y oportunos auxilios á toda clase de afligidos. Llena de santo fervor Juana Francisca Fremiot, se sentía angustiada é inquieta al ver el gran número de almas que, ávidas de la perfeccion cristiana, no se hallaban con el suficiente valor para atropellar la rigidez de una disciplina claustral rigurosa; y Francisco fué quien acadió á animarla en su empresa, mostrándole, que la más exquisita piedad podia muy bien hermanarse con la conveniencia y consideraciones inherentes á la fragilidad humana. Con tal mira, él mismo le trazó una Regla llena de suavidad y discrecion; Regla, que dirige y ayuda, que prescribe y se amolda, que obliga hácia el Cielo, pero siempre con sosiego; Regla, que aman los débiles, admiran los perfectos, y recibe la comun aprobacion de los pueblos.

Parece que el Señor habla regalado á Francisco un corazón como el que á Salomon fué dado; corazón más inmenso que las inmensas arenas de los mares. Por muy grandes que sean las miserias de los hombres, por varias, infinitas, terribles y espantosas que resanenen, para todas veréis á Francisco pronto y dispuesto á acudir con oportuno consuelo y auxilio. Mirad la desunión, el hambre, la indigencia y la miseria; Francisco echa mano, no solo de todo su dinero, sino tambien de su ajuar doméstico, y aún de sus propias ropas para ali-

viar á los desvalidos. Mirad á tanto huérfano é inválido por falta de miembros, por condicion ó por la edad; y escuadras veréis de tullidos, ancianos, niños, ciegos, contrabechos, mudos, que acuden á él diariamente y siempre reciben su cotidiano apoyo y sustento. Mirad los forasteros y peregrinos; vedes por Francisco acogidos en su misma casa, sentados á su misma mesa, sin consentir que se marchen sino despues de socorridos y confortados. Mirad á los enfermos y débiles; poco es para él visitarlos en sus casas ó en los hospitales, pues no puede ménos de asistirles, proporcionarles cuanto hayan menester, y entregarse con ellos á las más especiales atenciones y cuidados. Mirad los presos y los delincuentes; jamás de ellos se olvida; los consuela con sus visitas, les invita á padecer con resignacion la cárcel por Jesucristo, flora con ellos, con dulzura los anima, y sube con ellos al púlbulo, exhortándoles con sus palabras. Su espíritu consolador no se limita únicamente á los católicos, sino que se infunde, dilata y extiende hasta con los mismos enemigos de la religion. Aparezcan hebreos, apóstatas, herejes, cismáticos, todos, todos hallarán socorro y consuelo en el corazón de Francisco. Vengan, por fin, sus más conocidos enemigos; ¡oh, con qué amabilidad los acoge! ¡con qué ternura los acaricia! ¡cuántas redes de amor no tiende á sus corazones! ¡cómo los enterece y los abraza! Y ¿no es ésta por la inmensidad de objetos la inmensurable arena de los mares? Y con la energía y eficacia en las obras, ¿no es éste el corazón mismo de Gabriel destinado por Dios á fortalecer, ayudar y socorrer á los hombres?

No aquí, hermanos míos, porque yo indicaba, que aquella santidad, al parecer mediana, comun y ordinaria á primera vista, se nos debia convertir en una santidad colosal, angelical; pues por ella Francisco acopió en sí mismo las prerogativas de los más sublimes entre los angelicos espiritus, cuales son, vigilar por el honor de Dios, encaminar á los hombres por el sendero de la salud, y servirles de fuerte apoyo y ayuda en sus desventajas: Miguel, en el primer caso; Rafael, en el segundo; Gabriel, en el tercero. ¡Ojalá que pueda esta santidad, humilde y sublime á la vez, servir á todos nosotros de claro espejo y ejemplo! Por nuestra desgracia, cruzamos tiempos de afliccion, en los cuales los enemigos de la fé se ensorbercen por todas partes; las más degradantes pasiones nos tienen por completo apartados del camino de la salvacion; y como natural y consiguiente castigo, nos hallamos sumidos y apesados en mil temporales adversidades; pero sea con nosotros el espíritu y el corazón de nuestro Santo, y venceremos fácilmente á todos esos enemigos.

Hacedlo, hacedlo por piedad ¡oh gran Santo! y nuevos himnos de gratitud os serán entonados, y nuevos lauros y homenajes de obsequio, por mejores lenguas que la mía, os serán tributados por ésta bajo todos conceptos verdadera, singular é imponderable santidad vuestra.



PANEGÍRICO DE SAN FRANCISCO SOLANO.

*Me insulas spectant, ut adducam filios
tuos de longe nomini Domini Sancto Is-
rael.*

Las Islas me están esperando para llevar desde lejos vuestros hijos al santo Dios de Israel.

(ISRAEL. XL, 9)

Date prisa, Solano, date prisa; déjate ver cuanto ántes de una nación afligida que te espera. El Perú suspira por tu llegada, y mientras no te vea pisar su continente, será el objeto de sus deseos, de sus suspiros y de sus lágrimas. La cizaña que sembró el hombre enemigo vá inficionando todo el campo; toma la hoz cortadora, y arranca esa mala yerba ántes que sofoque la semilla del Evangelio. Baal ha levantado su trono en esas naciones extranjeras; si no llevas el conocimiento del nombre del santo Dios de Israel á esos pueblos extraviados, perecerán sin duda en las tinieblas de la infidelidad.

Ya había visto el Perú muchos hombres apostólicos, que con el sudor de su rostro y la sangre de sus venas habían postrado y derribado en tierra la soberbia estatua del gentilismo, y enarbolado el estandarte de la fé en las naciones más indómitas y bárbaras. ¿Qué importa? Los países incultos, donde no se había aún oído el nombre de Jesucristo; las naciones rebeldes, donde aún respiraba la idolatría, son el objeto de la compasión del Perú religioso, católico y convertido; y le obligan á suspirar por un hombre habituado á privarse sin pena de los alivios más necesarios, á llevar con paciencia los más intolerables trabajos por enjugar las lágrimas de los infelices, por ocurrir á la necesidad del infiel, por instruir al ignorante, catequizar al rústico y convertir al pecador, sostener al flaco y animar al tibio. Por un hombre, que no se espante ni de las injurias del aire, ni de la incomodidad de los tiempos, ni de la dificultad de los cami-

nos, ni de lo largo de los viajes, ni de la esterilidad de los países, ni de la rudeza de los pueblos, ni de la grandeza de los peligros, ni del terror de las amenazas, ni de la muerte misma con todo su aparato. Por un hombre constante en los trabajos, valeroso en las luchas, pronto á comprar aún á costa de su vida la salud de los pueblos; vigilante, intrépido, santamente atrevido, siempre en acción, sin señalar otro término á sus trabajos que el de su vida. En una palabra: un hombre que sea por su celo digno sucesor de los apóstoles. Tal es el hombre que desean los pueblos americanos para que les lleve el nombre del santo Dios de Israel.

Regocijos, pueblos engañados, naciones que dormís sepultadas en las sombras de la idolatría, levantad vuestras cabezas, que ya se acerca vuestra redención; ya llega el que os la trae de parte de Dios. Ya habla entre vosotros Francisco Solano; estád atentos á su voz. Él quitará del todo la cabeza al gentilismo y le dejará sin vida; penetrará en las naciones más remotas del Chaco, Perú, Lima y Tucumán; arruinará innumerables ídolos y huacas; arrancará la cizaña de la superstición, que tiene sofocado el fecundo grano del Evangelio, que el celo de los demás había sembrado.

Apénas el espíritu de luz descendió sobre él, cuando su misión ocupó todo su ánimo: se consideró como un hombre vendido á los ídolos, infieles y pecadores; responsable á ellos de todos sus pensamientos, de todas sus acciones, de todos sus pasos. Mira como un latrocinio el tiempo que no aplica á convertir almas para Dios; hace cuanto es necesario para llenar el carácter de sucesor de los apóstoles, ó de un apóstol del Perú, como en efecto lo fué, y ahora lo vais á ver.

Porque cumplió plenamente con el ministerio del apostolado por la predicación del Evangelio; porque honró perfectamente el ministerio del apostolado con la conducta que tuvo en la predicación del Evangelio; porque autorizó la verdad del ministerio de su apostolado con los prodigios que obró en la predicación del Evangelio. Imploremos la gracia del Espíritu Santo por la intercesión de la santísima Virgen. A. M.

¡Qué fondo de elevación tan grande encierra en sí la vocación al ministerio del apostolado! ¡Qué dichosos los que son elegidos del Señor como vasos de honor y gloria para llevar su nombre al universo mundo! Pero, ¿qué peso de obligaciones el que tienen que llevar sobre sí! A cualquiera que no estuviere lleno del espíritu de Dios le rendirían. Jesucristo, á los que destina al alto ministerio de

la predicación, los llama sus amigos, sus hermanos, los amados de su Padre; por consecuencia, para sostener estos gloriosos títulos deben ser afectos á los intereses de Dios; en todo y por todo no han de mirar sino su gloria; y estar prontos á sacrificarse por la extensión de la fé y del nombre de Jesucristo. Un hombre elegido para entrar en parte del alto ministerio del Salvador, debe tener un celo semejante al suyo, un celo intrépido, un celo oficioso, un celo generoso que ignore la inacción y descanso, pronto siempre á practicar cuanto fuere necesario para llevar adelante los desiguos de Dios.

¿Dificultades que obligaciones tan vastas las pudiese desempeñar el Santo cuya memoria hoy solemnizamos? Una osadía santa le hace olvidarse de la debilidad de sus fuerzas, y le trae inquieto entretanto que no sale á los países infieles á plantar el Evangelio, y hacer á Dios reudentor el sacrificio de su sangre. Sus primeros proyectos son porsufrirse á Berbería para acabar allí la vida entre las sarríenas, las cruces y los garfios.

La providencia de Dios, admirable en sus santos, le niega las crueldades del cuchillo y el que derrama su sangre en Berbería; pero le concede otro martirio de trabajo: no me critiqueis si le llamo más penoso. Aquél se consumaría en un momento; éste duró muchos años; aquél sería efecto de un verdugo; éste de tantos cuantos son la hambre, la sed, el cansancio, la tentación, el peligro, y otras mil plagas que acometen al que transita por tierras bárbaras. Dios le llama á las Indias; allí le quería para que destruyese y edificase, arrancase la mala semilla y plantase el Evangelio. Vé, gran Santo, á donde el espíritu del Señor te lleva; convertirás á Dios muchos hijos de Israel, porque te has dedicado á Él enteramente. Vé, gran Santo, á donde la Providencia te llama; la cosecha es grande y los operarios muy pocos.

¿Qué abundante cosecha se proporciona en países tan dilatados? pero, ¿qué multitud de dificultades se ofrecen á la conversión de esas naciones? Cada una era bastante para acobardar á otro que no fuese S. Francisco Solano. Dificultades por parte de los que eran el objeto de su celo; pueblos igualmente bárbaros y rústicos, que no conocían ni las leyes de la prudencia ni las de la naturaleza; esclavos de sus pasiones, y dispuestos á despreciar toda ley que se opusiese á su libertad y licencia, y prontos á sacrificar al que se la predicaba; bien hallados en las tradiciones de sus padres, seducidos por el poder del demonio, ántes quien hincaban la rodilla bajo las imágenes sensibles del sol, luna, estrellas, leños y piedras. Lima, Buenos-Aires, Córdoba, Tucumán, Santiago, donde ya se había predicado el Evangelio,

eran por lo mismo más culpables en sus delitos. Cada una de esas ciudades podía compararse con mucha propiedad, á aquella ciudad abominable que nos representa S. Juan en su Apocalipsis. Estaban esas ciudades embriagadas en las abominaciones de la tierra, habitadas de confusa mezcla de cristianos, de infieles y de negociantes ávaros, los que mutuamente se comunicaban sus excesos y pasiones, reuniendo en sí todos los vicios. Eran cristianos superficiales, cristianos de moda y del tiempo. Dificultades por parte de los caminos por donde habia de transitar. Elevados montes, cuyas sendas representan en cada paso un horrendo precipicio; estrechas cordilleras cubiertas de nieve en las estaciones del invierno, que embargan el paso á los más robustos jumentos; áridos desiertos de muchas leguas, destituidos de todo socorro que pueda aliviar las indispensables fatigas del camino; espesos bosques y llanuras incultas, habitadas de espantosas fieras. Aún se le presenta de tropel aquella cadena de penalidades, cuya espantosa numeracion hace S. Pablo; peligros de parte de los ladrones, peligros de parte de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en la soledad, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; la pobreza, las vigiliás, la sed, el frio, la desnudez; combates por la parte de afuera, contradicciones por la parte de adentro; cuidados de las iglesias, pesada carga de negocios; sin embargo, nada será capaz de detener su celo, ni causar susto á su virtud; triunfará por la virtud de Aquel que sabe hacer omnipotente á la misma Raquel.

Solano dá principio á su obra; inflamado todo en el fervor de su caridad, y recolectando todas las fuerzas de su alma á la vista del grave é inmenso empeño que se confia á su cuidado, se anima á sí mismo, se excita á emprenderlo todo por la gloria del soberano Dueño que le cria; como el celebrado río de la Escritura; se derrama repentinamente por los campos con una saludable inundacion, y espárese en ellos la fertilidad y la abundancia. Tan pronto como el relámpago que sale en una parte del cielo, y brilla al mismo tiempo en otra, pasa Solano, corre, vuela por todas partes; se manifiesta, se encuentra, se aparece á un mismo tiempo en todas; deja por cien lugares señales de su luz. Rompe las cordilleras, atraviesa los desiertos, penetra los bosques, y se presenta del modo más breve y ventajoso que se vió jamás, unas veces en el Tucuman, otras en Buenos-Aires, ya en el Perú, ya en el Choco. Su celo no le permite entregarse al reposo. Él vuela desde Lima, como ángel de paz, á anunciar en Santiago las conveniencias de una sociedad unida con los dulces vinculos de la caridad. Su ardiente sed le arrebató de aquí y le introduce en los

pueblos de Socotonia, de S. Miguel y de la Magdalena; sus ansias por la reforma de las costumbres le conducen á Santa Fé, á Córdoba, á la Rioja, á Salta, á Esteco; Tucuman, Trujillo, Lima y el Callao le desean como á su único reparador, y Solano en alas de su celo corre á libertar á sus moradores de las funestas sombras del pecado.

El Tucuman quiere detenerle un poco más de lo que sufre la inquietud de su corazón; pero él, dejándole, les dice con Jesucristo, que es necesario que anuncie también á otros pueblos el reino de Dios, porque para esto he sido enviado. Vuela al Callao, y aquí ya no puede levantar los brazos por la debilidad en que se halla: ¿busca por eso algun descanso? No; busca quien se los sostenga. Apenas reúne sus fuerzas algun tanto, cuando vuelve al Tucuman; luego se introduce en el Choco. Oyentes, una peregrinacion tan dilatada pide desde luego más largos años que los que empleó Solano en su mision. El consumió mucha parte de su vida en los conventos, disponiendo su corazón y creciendo en virtud y santidad delante de Dios y de los hombres. Caminó Solano en ménos de dos años más de dos mil leguas; se dejó ver segunda y tercera vez en una misma ciudad; predicó y trabajó en muchos lugares donde no se habia oido á Jesucristo; bautizó, instruyó, catequizó y ejerció el oficio pastoral en muchos pueblos; y siempre le sobró tiempo para visitar los hospitales, curar los enfermos, consolar los encarcelados y pensar en sí mismo.

Al ardor de la caridad de nuestro apóstol corresponden los frutos de su predicacion. A su voz el vicio se oculta, calla la impietad, desaparece el vicio; al oír su predicacion la idolatría confundida no se atreve á manifestar. Como al sonido de las trompetas de Josué cayeron los muros de Jericó, así, á la predicacion de Solano, cayeron los más obstinados pecadores y envejecidos infieles. Su voz es voz de muchedumbre, que quebranta los cañeros y sacude los montes; es una luz, que disipa los nublados con que turbaba el demonio á una religiosa en el punto de su vocacion. Es una espada de dos filos, que penetra los corazones, y les abre puerta para que digan públicamente sus pecados; es una saeta tan penetrante, que en un breve discurso hace caer á sus pies un número exorbitante de macabres, que él baña con las aguas de reconciliacion; es un dardo, que rinde de un golpe nueve mil indios bárbaros, que somete á su direccion, y les obliga á disciplinarse en el mismo día de su conversion. ¿Son estos los prodigios de la primitiva Iglesia, ó los progresos de una mision particular? Triunfad, feliz Esposa del Señor; ahora, no ménos que en aquellos siglos de oro, vereis venir cada día nuevos hijos á vuestros brazos, que piden sacerdotes y obispos para el gobierno de sus

almas. Hemos visto que Solano cumplió plenamente el ministerio del apostolado; veamos ahora cómo lo enalteció con su conducta.

Darse honor á costa del ministerio que se ejerce, es una prevaricación culpable; aspirar al honor que está unido á su ministerio y valerse de él, es efecto de la humana ambición; recibir el honor que es propio de su ministerio, porque se ejerce dignamente, es recompensa del mérito; honrar su ministerio aún á costa de su persona, es el carácter de las almas grandes, es propio de S. Francisco Solano. El sucesor de los apóstoles debe elevarse á una región superior, á donde los objetos de los sentidos no puedan inquietarle ni distraerle; debe morir á los sentidos y á todas sus inclinaciones, aún las más indiferentes; debe añadir á sus exhortaciones una voz de virtud, que es el ejemplo de las obras. Penetrado de este pensamiento nuestro apóstol, se armó con una penitencia de que se encuentran pocos ejemplares. Resuelto á ofrecer á Dios un holocausto agradable, practicó la abnegación del Evangelio. Al ver el rigor con que trataba su cuerpo, diríais que vivía en una carne extraña; la trata con un odio implacable, la declara abierta guerra; el hambre, la sed, la desnudez no eran más que una parte de su caliz; y esto del mismo modo en los caminos que en los conventos, en las ciudades que en los despoblados.

Junta la mortificación con la oración, oró mortificándose, y se mortificó orando; del altar de los sacrificios pasaba al de los inciensos; y presentándose á sí mismo por víctima, derramaba su oración como incienso en olor de suavidad. Nunca despegó sus labios para hablar, sin haberse antes preparado para atraer á sí aquel espíritu vivificante, sin el cual las palabras de los predicadores no son más que una campana que hace resonar el aire. Por la oración hacia bajar aquella divina semilla que había de derramar sobre la tierra. Angeles tutelares de los desiertos; cuántas veces vistéis á Solano, despues de una penosa jornada de todo el día, pasar la noche postrado sobre la tierra, humillado y contrito, sus ojos anegados en lágrimas, el corazón desahogándose en suspiros, los brazos extendidos en forma de cruz, protestando delante de Jesucristo la debilidad de sus fuerzas, y pidiendo á su querido Maestro para los pecadores, aquella gracia de conversión tan propia para iluminar las tinieblas de sus entendimientos, y ablandar la dureza de sus corazones! Hijos del Serafín de Asís, vosotros sois testigos de cuantas veces Solano se mostró tan brillante como el sol, cubierto todo él de resplandores; de cuantas veces se elevó extático en el aire; de cuantas veces le vistéis volar como aveciña sin hiel del coro al oltar mayor, y como cisne llenó de melodía cantar las misericordias del Señor.

Digamos para nuestra edificación algo de sus humillaciones. La exaltación justa de su mérito fué para Solano una terrible tentación; pero tentación que venció con ventaja. Las ciudades salen de tropel á recibir á Solano como al enviado del Señor, y le llaman el Santo por excelencia. Jesucristo mismo, María santísima, S. Buenaventura, descendien del Cielo para recrearle en sus fatigas. ¡Qué gloria! Esta gloria que encanta tanto á un mundano, á Solano le sirve para confundirse y anonadarse más. Él se tiene por un vil gusano de la tierra, y el menor de los que anuncian á Jesucristo. Él se entra al refectorio con el hábito al cuello diciendo á voces, que es indigno de vestirle; él se arroja en el suelo para que todos le pisen. Él se presenta á los frailes con un palo atravesado en la boca, porque dice que es un maldiciente. Este espíritu fogoso, que apenas oye resonar los clamores de su santidad en la Andalucía, cuando se parte fugitivo al Perú; apenas empiezan á venerarle los ciudadanos de Lima, cuando corre por el Tucuman; luego que le conocieron por un varon perfecto los naturales de ese país, huye nuevamente á Lima. Confundido siempre y anonadado, hablábale, no obstante esto, de la conversión de los idólatras, de la instrucción de los ignorantes, de la reforma de las ciudades, y le vereis volar como un relámpago para doctrinar á los indios, y administrar los sacramentos en calidad de párroco.

El Señor, que exalta á los humildes, bendice sus esfuerzos. Basta que Solano se deje ver en los teatros de Lima, para que sus concurrentes dejen estas pompas de Satanás, y se arrodillen á los pies de un crucifijo que les presenta. Basta que le vean los pecadores en una cuadro vertiendo lágrimas con los ojos fijos en la imagen del Redentor, para que corran tras él clamando á voces, que los oiga en confesión. No necesita más que presentarse para disipar los escándalos y las injusticias. Digamos ahora dos palabras de los milagros de nuestro Santo.

Los milagros no son hoy tan comunes como lo fueron en la primitiva Iglesia; porque no son hoy tan necesarios como lo eran entonces. Las Indias necesitaban ver estos prodigios. Esto exigía una doctrina sublime, nunca oída, contraria á las preocupaciones del entendimiento; una doctrina austera, enteramente opuesta á las flaquezas naturales de nuestro corazón. Gracias á Dios, que concedió la lluvia de este copioso maná; porque á la verdad, ¿con qué extensión no fué comunicado este gran don al tamaturogo cuya fiesta celebramos? ¿Qué celo fué más apoyado por el Cielo y sostenido á fuerza de milagros? ¿Qué imperio más absoluto que el suyo sobre toda la naturaleza? Á sus órdenes cesan los vientos, se apaciguan las

tempestades, calma el mar. Habla á los elementos en la deshecha tormenta que padeció el buque en que viajaba, y cesa de repente. Su palabra resucita los muertos; hace dóciles á los irracionales; las avecillas se vienen á sus manos, y saltan á la voz del rabelillo con que las incita á alabar al Criador.

Con la señal de la cruz sana las más incurables enfermedades. La prodigiosa cuerda que se conserva hasta hoy en Santiago, es medicina eficaz para partos apretados y otras enfermedades. Parece que de él manaba aquella virtud admirable que se reconoció en el Salvador para sanar todo género de enfermos. Para socorrer á los necesitados obra toda especie de milagros. Disminuye las aguas de un río profundo para facilitar el tránsito á unos caminantes detenidos y atrasados en sus negocios. Su báculo es como la vara de Moisés, que abre un manantial de aguas dulces para saciar la sed de sus compañeros en los desiertos de Santa Fé. Habló lenguas que jamás había aprendido. Se dedica á aprender otras tantas: la toconote, que es de las más ásperas, la supo en ménos de quince días; todas las habla con tanta perfeccion, que le llaman los indios el Padre Mago; muchas veces hablando una sola lengua se hará entender á un mismo tiempo de bárbaros, que tienen entre sí idiomas diferentes. Ve lo que pasa en los lugares más distantes como si estuviera presente en todas partes. Penetra lo futuro y predice lo que ha de suceder, como si todo fuera para él presente. Trujillo, por su ceguedad, lloró su ruina expresamente profetizada por Solano, y cumplida segun todas sus circunstancias para nuestro escarmiento. Dios, fiel á Solano y á los indios, renueva á favor suyo todas las maravillas de la primitiva Iglesia: discrecion de espíritus, ciencia de la palabra, interpretacion de misterios, don de lenguas, conocimientos sobrenaturales, revelaciones, profecías, gracia de curaciones.

Admiramos, oyentes, los portentos con que nuestro Santo hizo que se doblase toda rodilla al nombre del Señor, y pidamos con fervor al Cielo, que suscite otra vez el espíritu de este admirable apóstol, para que ya que la impiedad arrebató á Dios tantas almas, haya ahora como entonces á lo ménos una que le recompense de tantas pérdidas. Y vos, apóstol generoso, que con tanto celo procurasteis la salvacion de las almas, gozaos en esas eternas mansiones, á donde enviasteis tantas almas que sacasteis del poder de las tinieblas y del pecado. Gozaos, sí; pero acordados de nosotros, pecadores y desterrados en este valle de lágrimas. Alcanzados del Señor el perdón de los pecados y la más perfecta caridad, á fin de que podamos ser con vos eternamente dichosos en la Gloria.

PANEGÍRICO DE SAN FROILÁN, OBISPO DE LEON.

Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

El que guardare los mandamientos y los enseñare, esse será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATTH. V. 49.)

Admirable se ostenta la divina Providencia cuando se propone proteger á un pueblo arrepentido, y levantarle del abatimiento en que le precipitaron sus propios excesos. La misma mano que ántes hizo pesar sobre él los castigos de su justa cólera, le prodiga despues sus paternales auxilios. Si el Señor permite que Israel experimente las amarguras del cautiverio, y gima por largo tiempo bajo el insoportable yugo de sus tiranos de Egipto, cuando se olvida de su ley ó se abandona á sus pasiones, llega un día en que, movido á compasion al oír sus lamentos, extiende hácia él su diestra protectora, y del seno mismo de la cautividad hace surgir varones eminentes, que rompiendo los hierros que le oprimen, le sirvan de cantillos para cantarle á la tierra prometida. En vano lucha contra él todo el poder de los Farones; cuanto más se obstina la tiranía en multiplicar los medios de represion, más palpables son los prodigios del Cielo á favor de aquel pueblo, harto probado con el fuego de la tribulacion.

Este mismo rasgo providencial vióse reproducido en nuestra patria en los siglos de la irrupcion musulmana. Tambien ella experimentó, como la nacion hebraea, el yugo de un poder despótico, que por muchos años la atigió con todo género de infortunios, mientras que mal aconsejada abandonó el camino de la verdad y se lanzó en las sendas del crimen. Tambien ella arrastró las cadenas de la más dura servidumbre que le impusieron los sectarios de Mahoma, más crueles tal vez que los antiguos egipcios. Pero, apénas despertó de su

funesto suño y dirigió al Cielo su corazón, el Señor suscitó por todas partes génius privilegiados, almas singulares, que, poniendo en movimiento los grandes recursos que la religion proporciona con su accion y enseñanza, renovaron la faz de un país desfigurado por falta de creencias y virtudes, y le hicieron marchar hácia una nueva vida, por entre las dificultades que ofrecia su precaria situacion, hasta colocarla en un estado cual convenia al perfecto desarrollo de su civilizacion.

En el número de estos héroes figura el esclarecido obispo de Leon, S. Froilán, cuya festividad hoy nos reúne, como que fué uno de los que con más celo contribuyeron á sacar á nuestra patria del lamentable estado á que se miraba reducida en el siglo décimo, bajo la servidumbre agreste, grande en todos conceptos, segun el espíritu del Evangelio, merece una página especial en los anales religiosos de aquella época; puesto que procuró por todos los medios posibles el mejoramiento de las costumbres, sólido fundamento del porvenir de un pueblo, que comenzaba á regenerarse despues de las desgracias que habia experimentado en castigo de sus extravíos. Son tantos los títulos que Froilán supo adquirirse á la consideracion de su patria, tan relevantes los hechos de su historia, que el apuntarlas solamente seria una tarea sobramanera difícil. Simplifiquemos, pues, la lista sobre la cual deben girar nuestras reflexiones, y ciñendonos á las palabras que nos han servido de texto, admiraremos el doble carácter de grandeza que brilla en Froilán, á saber: grandeza de accion, y grandeza de enseñanza. Con sus acciones edificó á su siglo; con su enseñanza le ilustró. Esto es lo que nos cumple demostrar: imploremos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la bienaventurada Virgen Maria, saludándola con el Angel: *A. M.*

En la época de la invasion musulmana el cristianismo, que era á la vez objeto del menosprecio de sus enemigos y de la indiferencia de los mismos que lo profesaban, necesitaba desarrollar toda su grandeza y santidad, ofreciendo ejemplos que le hiciesen respetable á los unos, y despertase en los otros el amor hácia sus divinas máximas. Ambas cosas llenó cumplidamente produciendo á Froilán, destinado á ser un modelo de perfeccion cristiana. Nacido de padres cristianos en la ciudad de Lugo, recibió una educacion esmerada, y dió desde luego grandes ejemplos de virtud. Hala de los juegos y entretenimientos pueriles, y se le veia con frecuencia en los templos orando con fervor, con respeto, con humildad, é implorando las

misericordias de Dios sobre su pueblo. Aún en la edad más tierna se observaba tanta prudencia en sus palabras, tanta madurez en sus acciones, tanta abstraccion de las cosas del mundo, tan alto desprecio de las pompas humanas, y un recogimiento tan continuo, que edificaba á cuantos le conocian, y admiraba hasta á los mismos ministros del santuario. Como árbol plantado junto á las corrientes de las aguas crecía de día en día en todo género de virtudes. Todavía no conocia al mundo y ya hula de sus peligros, y procuraba evitar su aliento ponzoñoso. Diríase, que habia gustado de lleno los placeres y dulzuras celestiales, y que le causaban fastidio los deleites engañosos con que convidaba el siglo.

La edad en que las pasiones hablan con más fuerza al corazón suele ser por desgracia la época de los triunfos del mundo. Las más fundadas esperanzas se desvanecen, los más firmes propósitos se disipan, el jóven deja de ser lo que fué el niño, y vemos á muchos, no solo desmentir, sino tambien avergonzarse de lo que fueron. No fue ésta la conducta de Froilán. Los vientos pueden domar las cañas débiles, pero los árboles corpulentos resisten sus impetus; ni el lustre y esplendor de las armas, en un tiempo en que era la pasion y la necesidad dominante; ni la gloria de los triunfos entre el ruido de los combates; ni el placer de los deleites en una ciudad en que todo branda á la sensualidad; ni los ejemplos de la multitud, que corre tranquila entre los más espantosos peligros; nada, en fin, es capaz de apartar á Froilán de la virtud que se habia arraigado en su alma desde los primeros pasos de su vida. Conoció que el mundo era el lugar de las tentaciones y naufragios, y que la virtud no podia hallar en él sino hazos que la aprisionasen, ilusiones que la enganasen, obstáculos que la entorpeciesen y acobardasen, y escándalos que le arrastrasen y aligiesen. Conoció en su tierna edad, lo que más tarde y á muy cara costa ensina la experiencia á los que se dejan engañar del mundo. Renunció, pues, á todos los placeres y esperanzas que éste ofrece, y huyó por no participar de sus iniquidades. No le conduce á la soledad una vida hastiada de los placeres mundanos, y millares de veces frustrada en sus suñeros lisonjeros; no le lleva el deseo de reparar con su diligencia el tiempo que perdiára por su indolencia y flojedad; no es quien le dirige la necesidad de hacer penitencia para aplacar por sus excesos á la divina justicia, y borrar los escándalos de una juventud licenciosa; ántes de cumplir el quinto lustro de su vida abandona á sus padres, á sus posesiones y á sus esperanzas por seguir al Redentor, por entregarse enteramente á Él en el silencio del retiro, y atraer con sus mortificaciones y sus súplicas la

paz y la dicha sobre su amada patria. Vá á consagrar al Señor una víctima santa; vá á aplacar como Moisés la indignación del Criador.

Con efecto, contempladle en la soledad. Mientras en el seno de una Babilonia óo hierven los más vergonzosos excesos, corren los hombres á quemar incienso á la disolución, á adorar el ídolo de la sensualidad, y á apurar la copa del placer; cuando todos se entregan á satisfacer sus instintos, y en nada piensan más que en coronarse de flores, y pasar alegremente los días en las diversiones que proporciona la dissipación; Froilán ora, medita, ayuna, macera sus inocentes miembros con todo género de austeridades; duerme sobre el duro suelo, se alberga entre las quebradas rocas, se alimenta con yerbas y raíces silvestres, y tolera las molestias de una temperatura excesivamente cruda. Sus oraciones y austeridades no fueron infructuosas: en nuestros días son pocos los que comprenden el heroísmo que encierra este noble esfuerzo de una alma, que se desprende de todo lo visible, por ir á buscar en el silencio del retiro una existencia de privaciones y de cruz voluntaria. Romper los vínculos más fuertes que estrechan al hombre con el mundo, renunciar á las afecciones más naturales, dar un eterno adiós á cuanto le rodea para sepultarse en la oscuridad é implorar á favor de sus hermanos las misericordias del Dios, que los castiga, esto es para todo hombre religioso una virtud extraordinaria. Froilán, retirándose del mundo y abrazando una vida de abnegación y privaciones, obtenía de Dios que se compadeciese de su patria. Sus austeridades en el desierto fueron como la sangre de los mártires, que dieron abundante fertilidad á la Iglesia; así como creció el número de los cristianos con la fuerza de las persecuciones, así también con las penitencias de Froilán creció el número de las almas fervorosas que contuvieron el brazo de la divina justicia.

No basta esto; sin perder su amor al retiro, madura grandiosos proyectos en bien de la sociedad, y se prepara á llevar á cabo con éxito feliz la empresa de regenerar á su siglo por medio de la predicación de las verdades evangélicas. Instruido en la ciencia de Dios, sale de tiempo en tiempo de entre la aspereza de los montes, recorre los pueblos comarcanos, anunciando las venganzas divinas, exhortando al temor santo del Señor, y procurando infundir á los corazones el amor á la virtud y el odio al vicio. Abrasado del más ardiente celo instruye al ignorante, corrige al pecador, alienta al justo, re-forma los abusos, promueve la piedad, rectifica las costumbres, y hace renacer en todas las clases de la sociedad el respeto á la religión y el cumplimiento de sus respectivos deberes. Pocos podían

resistirse á la eficacia de sus palabras; de todas partes corrían á consultarlo y á ponerse bajo su dirección.

Sin embargo, su amor á la soledad, léjos de amenguarse con este nuevo género de vida, aumentábase en él considerablemente. Cada vez deseaba con más vehemencia volver á disfrutar de los sublimes gozos del espíritu en el silencio del retiro. Y el Señor le inspiraba estos sentimientos porque quería que, bajo sus auspicios, se renovase en nuestra patria el fervor antiguo del monacato. En las montañas de León se encontró con S. Atilano, en cuya compañía moró algun tiempo, siendo su maestro en la vida espiritual. Los dos fundaron un monasterio, que en lo sucesivo fué un semillero de otros muchos, cuyos moradores prestaron á la Iglesia y á la sociedad importantes servicios. Las gentes, atraídas por el suave olor de su virtud, acudían á ellos, y se esforzaban á imitarlos. Entonces fué cuando los piadosos reyes de León pusieron á disposición de Froilán cuantiosas sumas para que extendiese por todos sus Estados la vida monástica. Nuestro Santo supo llenar su cometido tan á satisfacción de quien se lo confiara, que en poco tiempo se levantaron por todas partes grandiosos edificios, en donde centenares de almas de ambos sexos, cansadas del mundo y de sus vanidades, se retiraron á consagrar al Señor el resto de sus días; y otras, que aún no habían experimentado el contagio del vicio, buscaron un puerto á su inocencia. De esta manera Froilán restauró en nuestra patria las reliquias de aquella generación de héroes, que en otra época más feliz formaban su gozo y su corona. Por él se vieron renacer las robustas virtudes de los primitivos moradores de la Tebaida y del Egipto.

Tiempo era que esa antorcha luminosa, que tanta claridad derramaba en el retiro fuese colocada en la cumbre del santuario para esparcir desde allí nuevos resplandores en toda la Iglesia española. El obispo de León acababa de vacar por muerte de su pastor, y el rey don Alonso en el momento puso los ojos en Froilán. Á las instancias del monarca unieronse los votos del clero y las simpatías de todo el reino, que, á despecho de su humildad, le obligaron á echar sobre sus hombros aqual honorífico al par que pesado cargo. Aquí se nos abre un campo para un nuevo y dilatado discurso. Si en el desierto Froilán fué útil para sí mismo, para sus prójimos y para su patria, lo fué mucho más cuando, colocado como una antorcha, brillaba sobre el candelero para alumbrar en la casa del Señor.

Cuantas prendas pueden apetecerse en un hombre destinado á gobernar la Iglesia de Dios se hallaban como identificadas en él. Ir-

repreensible en sus costumbres, dulce en el trato, afable en la conversación, celoso en corregir, prudente en amonestar, mesurado en reprender; benéfico hasta la prodigalidad; en sostener la verdad incorruptible; en hacer frente al crimen incansable; granjeóse las simpatías de cuantos llegaron á conocerle. Los virtuosos le amaban, los discolos le temían, los indiferentes le respetaban, los viciosos no se atrevían á censurarle; el joven miraba en él una reprobación tácita, pero elocuente, de sus extravíos; el anciano encontraba en él el fiscal más terrible de sus malos ejemplos. Su casa era el asilo del pobre, el albergue del peregrino, el refugio del enfermo. Allí acudía la pobre viuda á enjugar sus lágrimas; allí el padre de familia á calmar sus pesares; allí la virgen abandonada á atrincherarse contra las tentaciones que ponen en compromiso su virtud; allí el huérfano sin apoyo á buscar un corazón paternal que le protegiera contra los ataques de la miseria. Persuadido íntimamente, de que las doctrinas son la base del edificio religioso y social, y que es de absoluta necesidad el fomentarlas y acrecentarlas por todos los medios posibles, como que sin ellas no hay costumbres, y las leyes son impotentes para contener los efectos del mal, ni un momento cesa Froilán de sembrar ese germen benéfico en todas las clases. Pronto siempre á acudir donde quiera que le llama la voz de su ministerio pastoral, se le ve ahora al lado del que está débil en sus creencias, confirmando en ellas con palabras tiernas, y á la par fuertes y persuasivas: correr luego tras del que ha sido engañado por falsos principios y se precipita en el abismo de la incredulidad, para contenerle en su fúesta marcha con suaves al mismo tiempo que enérgicas reflexiones. Froilán, en una palabra, es un géneo provisor y vigilante, cuya doctrina se extiende á todas las necesidades, se acomoda á las diversas condiciones; y como buen pastor, cuyo afecto es idéntico para con todas sus ovejas, cualquiera que sea su carácter ó posición, con el mismo ardor se consagra al cuidado de las unas que al de las otras. A todo se extiende su enseñanza, con toda manifiesta igual solicitud; y si rara vez se nota en él un interés especial hacia alguno, es únicamente porque es mayor y más preteritoria su necesidad. Pero no se concretó únicamente el celo de Froilán al círculo de su diócesis: es opinión constante, que toda aquella parte de España que pertenecía á la corona de Leon fué ilustrada con su doctrina, y que en todas partes donde le era dado penetrar, sembraba la verdad evangélica como operario fiel é infatigable del campo del divino Labrador.

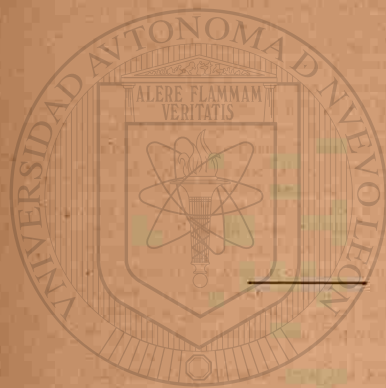
Finalmente, acercase el momento de pagar el común tributo á la ley de la mortalidad. Tendido en el lecho del dolor, Froilán profe-

tiza las enfermedades, la hambre y la mortandad con que Dios había de castigar al reino de Leon, para que así el monarca como el clero tratasen de aplacar el enojo del Señor con una emienda verdadera de sus costumbres. Tambien anunció de antemano el día en que había de morir, y con gran celo y fervor exhortó á los clérigos y monjes que había llamado, á que fuesen siempre leales á su vocacion. Despues de esto nuestro Santo exhaló el último suspiro. Sus vaticinios se cumplieron; y esto mismo contribuyó á realzar sobremodera la gloria de su nombre, y á proporcionarle un triunfo universal. Hé aqui porque cuando el bárbaro Almanzor entró á sangre y fuego en el reino de Leon, los cristianos se esmeraron en salvar las reliquias de Froilán, más celosos de la inmunidad de aquel sagrado depósito que de su propia existencia. ¡Justo homenaje debido á la memoria del hombre, que tan admirablemente supo unir los dos caracteres que le hacen grande, segun el Oráculo de la eterna verdad! Grande en su accion, edificó á su siglo, desarrollando toda la belleza de las máximas del catolicismo en su vida privada; y obrando conforme á ellas, rayó en el mayor grado posible de santidad. Grande en su enseñanza, ilustró á su siglo en su vida pública, consagrando á difundir la doctrina evangélica, llevando en este punto su celo á la mayor altura del cristiano heroismo. Luego, tanto respecto á sí mismo, como con relacion á la sociedad, llenó Froilán los deberes de un gran géneo, de un héroe ilustre, de un español digno del culto de la religion y del amor de la patria.

Celebremos, hermanos míos, la grata memoria de este varon santo y admirable, de quien tan bellos y tiernos recuerdos nos han quedado. Acudamos á él en nuestras necesidades, seguros de que desde el Cielo nos prestará su proteccion. Seamos á imitacion suya útiles á nuestra patria, en un tiempo en que resuena por todas partes y se tiene en tanto aprecio el nombre del patriotismo. No creáis que para esto tengais necesidad de huir al desierto; el mundo mismo sirve de desierto para un alma cristiana. Todos podemos en el mundo mismo ser útiles á nuestros prójimos con nuestros haberes, con nuestro talento, con nuestra vida monjerada, con celo y fortaleza para oponernos á las doctrinas perversas y máximas destructoras, que en el seno del cristianismo se propagan impunemente por tantos cristianos indignos de este nombre.

Santo glorioso, admitid propicio los votos de vuestros devotos; y desde ese trono glorioso que ocupais, haced que experimentemos vuestra proteccion en los peligros, recibamos la salud en las enfermedades; y vuestro poderoso patriotismo nos alcance del Dios de las

misericordias, luz para caminar por el tenebroso valle de esta vida, gracia para vencer las tentaciones de Satanás y resistir á los incentivos de la carne y á las seducciones del mundo; y por ún, la gloria perdurable.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGÍRICO

DE SAN FRUCTUOSO, OBISPO DE TARRAGONA,
Y DE SUS DIÁCONOS AUGURIO Y ECLOGIO, TODOS MÁRTIRES.

*Dedit Dominus spiritus fortitudinem, et sur-
que in senectute permansit illi virtus, et
semper ipsius obtinuit hereditatem.*

*Dijo el Señor gran valor, y él le conser-
va vigoroso hasta la vejez, y le vinculó en
herencia á sus descendientes,*

(EccL. 31, vs. 14.)

Entre los innumerables testimonios que comprueban la divinidad de Jesucristo y de su religión santa, el heroísmo de los mártires es sin duda el más brillante. Su constancia en confesar la fe en medio de los más inauditos tormentos, fué el medio más poderoso de que se sirvió la divina Providencia en los primeros siglos de la Iglesia, para sojuzgar á un mundo idólatra y triunfar de sus preocupaciones hondamente entrañadas, merced á la larga serie de errores, que unos tras otros venían multiplicándose de una manera extraordinaria. En proporción que éstos aumentaban á la sombra de las pasiones, acrecentábase el número de los ilustres confesores, víctimas preciosas que se ofrecían en holocausto sobre las aras de la religión por el sostenimiento de sus creencias. Este heroísmo, que hasta entonces no se había visto, obraba directamente sobre la inteligencia de los sectarios del paganismo, llamaba su atención, y les inspiraba un involuntario asombro, en päs del cual venían la reflexión y el convencimiento. De esta suerte el cristianismo triunfaba, el Evangelio se extendía, multiplicábase los fieles, y donde quiera ondeaba el sagrado pendón de la fé.

¡Cuántos triunfos de este género no vió la nación española! ¡Qué escudrones de mártires invictos no se presentaron á pelear en la arena en defensa del Evangelio! ¡Suelo feliz! A la abundancia de los hijos

que de ti salieron en defensa de la fé en los primeros siglos, estaba ligado el bello y evidenciable porvenir á que estabas llamado por la Providencia. Olvidemos empero hoy los nombres de millares de héroes, que en la lucha trabada entre la España católica y la gentil vencieron las arterias todas del error, y triunfaron de cuanto de más seductor ofrecía el mundo y de más terrible la muerte; y ocupémosnos solamente en el insigne obispo S. Fructuoso, honor de Tarragona, antorcha luminosa de aquella antigua metrópoli, modelo de santidad pastoral, y ejemplar asombroso de valor cristiano. Su sangre, para y generosa, mezclada con la de sus diáconos Angurio y Eulogio, fecundó aquella tierra feliz, que desde entonces no ha cesado de dar á la felesia los más preciosos frutos de fé. No contento con haber consagrado á su patria las primicias de un heroísmo, que hasta entonces no habia tenido ejemplo; no satisfecho con haberla ilustrado como pastor en los dogmas de la religion verdadera, fué el primero que confesó esta misma religion en los tribunales del César; y dando por ella una vida llena de virtudes y de méritos, inspiró á otros idénticos sentimientos. Bien podemos, pues, decir de él, lo que en alabanza del gran Caleb dijo el hijo de Sirac: Fué un héroe á quien el Señor comunicó gran valor para hacer frente á los embates de la impiedad; él lo conservó vigoroso hasta la vejez, y lo vinculó como en herencia á sus descendientes. Desde este punto de vista consideraré al insigne obispo de Tarragona; fundado en esta alusion bíblica, os lo propondré como un modelo de constancia, que, fiel á sus creencias religiosas, supo sacrificarse en las aras de la fé, y cuyo ejemplo, que inspiró idénticos sentimientos á sus dos levitas Angurio y Eulogio, debe ser la norma de cuantos nos gloriamos de ser sus compatriotas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia por la intercesion de la Santisima Virgen, saludándola con el ángel: *A. M.*

Quando un rayo lanzado por la tempestad en medio de un espeso bosque, llega á incendiar las ramas secas de una vieja eucalia, no hay medio de contener los efectos del fuego; impulsado éste por el soplo del fuerte aquilon, se propaga de un modo horroroso, y en pocos momentos las llamas lo reducen todo á cenizas. Así tambien, quando el fuego divino del celo por la gloria de Dios se apodera de un alma, á la cual el amor celestial sirve de alimento, imposible es poner limites á sus grandes deseos de comunicar á los demás sus propios sentimientos. El Señor habia arrojado al corazón de Fructuoso un rayo abrasador que le consumia; propagar su angusto nombre por todas partes era el gran deseo que anhelaba satisfacer; sin

esto no encontraba sosiego su alma, y su existencia éralle no tormento intolerable. ¿Y qué tráficos no reportó este incansable celo de Fructuoso? ¡Ah! Semejante nuestro Santo á aquel Sansón, que despedazaba los leones en los desiertos de Thammathia, más de una vez desmenuzó los errores del paganismo con la irresistible fuerza de su palabra, y amansó el furor de los apasionados sectarios del culto de las divinidades del Olimpo, obligándoles á reconocer, que no habia más Dios que el que adoraban los cristianos. Empero, esto no era más que un ensayo del heroísmo, que en otro terreno estaba llamado á desplegar. Preparada le estaba una lucha gloriosa, en la cual debia darse un espectáculo de valor sin semejante ante un poder temible, en el que estaba personificada toda la tiranía de la altiva Roma, y todo el ódio que aquel monstruo de cien cabezas alimentaba contra el culto del Crucificado.

Con efecto; las proezas de Fructuoso y las conquistas que hiciera para Jesucristo llegan á los oidos del gobernador de Tarragona. Emilianiano, hombre cruel y resuelto á aniquilar la religion y el culto del Dios verdadero, publica en todo su departamento los bandos de exterminio y de muerte contra todos aquellos que no adorasen á los ídolos de Roma. La tribulacion dá á conocer la verdadera virtud. El celo del santo obispo de Tarragona ni se entibia, ni se acobarda á la vista del peligro; redobla sus esfuerzos, aumenta su fervor, rodea á su rebaño para que ninguna oveja sea divorzada de los lobos que le asaltan. Nosotros somos celosos, y tal vez hasta rigidos, en la observancia de los preceptos del Señor, cuando en éllo no hallamos contradiccion, cuando nada tenemos que temer, cuando están lejos los peligros, las privaciones y los tormentos; pero somos colardes y condescendientes cuando el peligro está cerca, cuando tenemos perder las comodidades. La luz de nuestro celo se apaga al más ligero soplo de la persecucion; el de Fructuoso alumbró más y más con el peligro. Fuerte sobre todos los temores y esperanzas humanas, despreció generosamente no ménos lo que aman que lo que tomen los hombres.

Acésante ante el tribunal como reo de impiedad, porque no contento con profesar la nueva religion del Crucificado, la propaga y extiende con sus exhortaciones, y arrastra en pos suyo gran número de gentes, que desertan de la antigua religion del imperio. El gobernador toma en consideracion el asunto, y desde luego señala con su dedo la victima preciosa, que debe ser la primicia del martirio en aquel suelo venturoso. Érase un domingo de mayo del año 250 de la era cristiana; el santo obispo, despues de concluir los divinos oficios, las prees y explicacion del Evangelio, se habia retirado

á descansar. En el silencio de la noche oyé en la puerta de su habitación un ruido estrepitoso de hombres y de armas. El ilustre prelado salta prontamente de su lecho, y sale al encuentro á aquella tropa amotinada, y sin turbarse le dice: ¿A quién buscáis? Á ti, contestaron ellos, á quien el gobernador manda llamar para que con tus diáconos comparezas en su presencia. Al momento os sigo, repuso el venerable pastor; y sin la menor dilación púsose en marcha con sus diáconos Augurio y Eulogio. Siguiéronle algunos fieles, que con copioso llanto le suplicaban les tuviese presentes en sus oraciones. El ilustre preso, encorvado bajo el peso de los años, camina en medio de las horribidas tinieblas con todo el vigor de la juventud; sus palabras demuestran la satisfacción que le cabe por verse digno de padecer por Jesucristo. De día y de noche se uolpan los fieles á ver en la cárcel á su santo prelado, sin temor á las amenazas y castigos, y á recibir las lecciones que con un celo apostólico daba á todos, exhortándoles á que se conservasen firmes en la fé, despreciando los tormentos y la muerte. ¡Consejos saludables de fortaleza y de virtud! ¿De cuánta eficacia y qué impresión tan fuerte no haríais acompañados del ejemplo de un pastor, que sufre y está dispuesto á morir en defensa de lo mismo que aconseja? Hay algunos que imponen cargas pesadas á los demás, pero ellos no tienen valor para sobrellevarlas; Fructuoso, al contrario, como buen pastor vá delante y conduce á su rebaño con su ejemplo. Nadie ignora lo que eran las lobregas mansiones destinadas para castigar á los cristianos: las tristes víctimas hallábanse hacinadas mas sobre otras como en los sepulcros, donde están reunidos todos los horrores del frío, del calor, de las tinieblas y de la infección. En aquel lugar, jamás bañado por la luz del día, yacia Fructuoso con sus dos diáconos, esperando la hora del combate, y alistándose para la pelea con la oracion, las viglias, y los cánticos sagrados. ¡Espectáculo agradable al Cielo y edificante á la tierra!

Encuadrado en cédera el gobernador, manda que los reos se presenten en su tribunal. La satisfacción del vasallo fiel, que es llamado por su príncipe á cubrir sus sienes con el noble laurel de la victoria, no es mayor que la de Fructuoso y sus dos dignos diáconos, cuando abiertas las puertas de la cárcel oyen la disposicion del gobernador. Un gentío inmenso se agolpa para ver el desenlace de aquel drama. El gobernador se dirige á Fructuoso. ¿No has oído, le dice, lo que tienen mandado los emperadores romanos? No lo ignoro, responde el santo obispo; pero yo soy cristiano. Tienen mandado, dijo el gobernador, que todos sus vasallos tributen culto á los dioses. Pues yo,

contesta Fructuoso, no se lo daré. Me es imposible dar cumplimiento á un decreto que está en abierta oposicion con los decretos del Dios del Cielo y la tierra: á éste es á quien únicamente adoro: fuera de Él y de su Hijo Jesucristo, no hay para mí divinidad alguna que merezca culto. Con que, responde Emiliano, ¿desconoces el poder de nuestros dioses? ¿No temes su cólera, no te afecta su venganza? Entónces el imperturbable anciano elevó sus ojos al Cielo, y oró al Señor, sin dignarse ni fijar sus miradas en las inanimadas estatuas, que con supersticioso entusiasmo mostrábase el soberbio juez. Dirigiéndose entónces á Augurio, esforzábase el gobernador en persuadir á éste, que no diese oídos á las palabras de Fructuoso; pero el santo diácono respondió: Yo adoro á Dios omnipotente. ¿Y tú, dijo el juez á Eulogio, adoras á Fructuoso tambien? No, dijo con marcado entusiasmo el santo diácono, yo no doy culto á Fructuoso, sino al mismo Dios omnipotente á quien Fructuoso adora.

Con el semblante inalterable y las respuestas llenas de valor de los defensores de Jesucristo conoció facilmente Emiliano, que no reduciría su constancia con las amenazas, así como en nada la habia disminuido con las molestias y privaciones de la cárcel; y afectando un carácter blando y apacible, se valió de la suavidad, de las promesas, de los honores y distinciones, que puso á su disposicion á nombre de los emperadores, si daban el ejemplo de obedecer sus edictos. Astucia sin comparacion más temible que el horror de los tormentos. Los tres santos confesores de la fé oyen con espanto, la proposicion y levantan sus corazones á Dios, suplicándole que no les desampare, sino que les conceda el valor necesario para el triunfo. Burlanse de todas las promesas, desprecian las ofertas, y no temen las amenazas. Esta constancia irrita y eniente en cólera al gobernador, que desesperado de sacar partido, dice á Fructuoso: ¿Eres tú Obispo? Obispo soy, responde el Santo. Lo fuiste, responde el gobernador; y manda que luego sean quemados vivos los tres gloriosos campeones de la fé.

Tan ejecutiva fué la sentencia, que del pretorio los sacan ya para el suplicio; el anfiteatro se abre; el ángel de los combates ha tomado ya del altar del Dios de las victorias tres aureolas rojas como la púrpura, y desciende á la tierra para cubrir con ellas las sienes de los tres santos confesores. Pero ¿qué escuchó? En las calles que conducen al anfiteatro oyese un ruido semejante al lejano rumor de un impetuoso torrente, y vá creciendo en grandes proporciones á medida que se acercan los objetos que á cierta distancia percibe la vista. Son los tres santos confesores, que se dirigen al lugar del martirio en medio de un pueblo inmenso. Hasta los mismos idolátras

derraman lágrimas de ternura, y claman: su sangre inocente se derrama sin causa. Solo los imperturbables mártires parecen insensibles; sus pechos no lanzan ni un suspiro; no se nota en sus movimientos la menor señal de debilidad; por el contrario, se ve pintada en sus semblantes el gozo que inunda sus corazones, y dan gracias al Señor porque los ha hallado dignos de padecer por él. La piedad de los fieles ofrece al venerable prelado un fiador confortante, temiendo que su edad avanzada le hiciese sucumbir al cansancio; pero observandísimo de la abstinencia, lo rehusó por ser viernes, y no haber llegado la hora de romper el ayuno, dando con esta acción un admirable ejemplo de la exactitud con que se observáran en aquellos siglos los preceptos de la Iglesia. Esto pasaba en el camino del anfiteatro. Entendida que fue la hoguera, acercóse á Fructuoso uno de sus lectores, llamado Agustín, rogándole con lágrimas en los ojos le permitiese quitarle el calzado; el Santo lo rehusó, y con toda el vigor que pudiera darle una robusta juventud, le dijo: No, hijo mío, cómo puedo hacer yo por mi propio lo que tú te prestas á hacer; la idea de que van á cumplirse para mí los designios eternos me inspira una furia y un valor indelibles. Y habiéndose descalzado, un cristiano llamado Felix, estrechándole la mano con efusión filial, le significó que se acordase de él en su oración; y el varón justo, levantando la voz de modo que pudiese ser oída por todos, dijo que tenía en su mente á toda la Iglesia extendida desde el Oriente al Occidente. Respuesta que admiró S. Agustín, y que mereció sus más sublimes encomios en el sermón que pronunció en la festividad de nuestros insignes mártires. Así hablaba, hermanos míos, aquel magnánimo prelado en medio del espectáculo más horrible que pueda ofrecerse á los ojos del hombre. Tanta era su valentía al borde de una muerte cruel; tan inalterable era su fé á vista de los verdugos, que acababan de encontrar la hoguera donde iba á ser arrojado.

No había aún pasado Fructuoso de la puerta del anfiteatro; y sintiendo acrecentarse su amor hacia los que había alimentado con el puro néctar de las verdades evangélicas, fijó sus ojos al Cielo, y tuvo la dicha de leer en el libro de la Vida los futuros destinos de aquel su caro rebaño, á quien iba á dejar expuesto sin protección á merced del lobo devorador del Averno. Una súbita inspiración derramó en su alma la más pura alegría; y dirigiéndose á los fieles que lo rodeaban: «Consolaos, les dijo; yo os dejo, en verdad, porque el Señor me llama á sí por medio del martirio; pero jamás os fallarán pastores que os alimenten con los puros pastos de la verdad. En pos de mí se levantarán sucesores dignos de ocupar la silla que mi muer-

te deja vacante; ellos llevarán á cabo la grande obra que yo he comenzado. La Iglesia de Tabragona no dejará nunca de estar unida á la Madre comun de los predestinados, ni se apagará en ella la antorcha de la fé.» Dijo; y acompañado de sus gloriosos diáconos, sueltos y ligeros los pies, como quien vá á meterse en un delicioso jardín, se entraron por medio de las llamas. Arrodiáronse, y quemando el fuego los cordeles con que estaban sujetas sus manos, sin hacer lesión alguna en sus cuerpos, extendieron sus brazos en forma de cruz para ofrecerse en sacrificio al Señor. ¡Espectáculo edificante, que reflejaba el poder divino y encendía en los fieles el celo de la honra de Dios, y el deseo de morir en defensa de su fé! Patente se hizo en el espacio de tiempo que los mártires se conservaron sin lesión, que el Señor tenía poder para librarlos del tormento, si así fuera su voluntad; pero era llegada la hora de dejar el piso de la carne, vestir la inmortalidad, y entrar al goce de la eterna felicidad. Estaban probadas sus almas, y el Señor las halló dignas de sí. El ángel de los combates descendió, cifre sus sienes con el laurel de la victoria, y sus benditas almas, hendiendo los aires, penetran el espacio y vuelan á la región de la inmortalidad. Babilon y Migdonio, y la misma hija del gobernador, presenciaron el prodigio, y lo publicaron á grandes voces; los dioses del capitolio cayeron en descrédito, y por dó quiera no se oyeron sino las alabanzas de un héroe; á quien el Señor había dado un valor sobrenatural para padecer por la fé; que supo conservarlo vigoroso hasta la vejez que lo comunicó á sus dos santos diáconos; y que legó á sus descendientes un monumento de gloria, que no podrá destruir la mano devoradora del tiempo.

Hermanos míos, procuremos imitar las virtudes de estos santos confesores de la fé. Si para conservarla y defenderla fuese necesario derramar hasta la última gota de nuestra sangre, no nos sería lícito exusario. Y ¿qué suerte podríamos apeteer más dichosa que morir entre las ruinas de los altares, y llevar con nosotros el depósito de una fé que se nos quisiera arrancar del corazón? ¡Ay de aquellas almas tímidas y cobardes, á las cuales empuja y ata las manos, cuando se trata de salir á la defensa de la religión, el respeto humano, el vil interés, la falsa prudencia, el temor del mundo! No es solo á los obispos y sacerdotes á quienes obliga la defensa de la religión; no son solamente los maestros y doctores los que deben manifestarse ejemplares de virtud; todos debemos edificarnos mutuamente. Acordémonos que somos hijos de mártires y de santos, y que estamos encargados de trasladar á nuestros descendientes el depósito

precioso de la fé que hemos recibido de nuestros padres. Acordémonos también, que la fé se pierde y se entibia mucho más por la debilidad y cobardía de sus defensores, que por el furor de sus enemigos. Procuremos, pues, á imitación de Fructuoso, Elogio y Augurio, ilustrar á nuestras familias, á nuestros conocidos, á nuestro pueblo, al mundo todo, con una vida y una muerte ejemplar.

¡Gloriosos santos! Desde esas mansiones de eterna luz y descanso á que os abristeis la entrada con el martirio, no olvidéis á los que gemimos en el destierro y estamos aún en la pelea. Alcanzadnos del Señor la fortaleza necesaria para despreciar las vanidades del mundo, los intereses y placeres carnales, el miedo, la condescendencia y debilidad, y para no temer los tormentos y contradicciones; haced que nuestra vida sea una luz que brille delante de todos, que inflame con sus ejemplos, y encienda á los demás en el amor de la virtud y en la práctica de las buenas obras, para que podamos un día cantar con vosotros las divinas alabanzas en el Cielo.

 PANEGÍRICO

 DE SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA.

*Et longavi fugiens, et mansi in soliditate.
Me alejé huyendo, y permanecí en la so-
lidad.*

(PSALM. LIV. 8.)

Triste es en verdad la condición del hombre; basta echar una mirada atenta á la atmósfera, ya natural, ya moral, en que se respira, para conocer que una desgracia de origen, que un mal de nacimiento viene á sorprenderlo apenas sale del vientre de su madre, y no lo deja, ni lo suelta un instante hasta que lo encierra en el sepulcro. No nos alucinemos: á pesar de las bellas apariencias en que queremos ser mezclados y como alargados, el mal es nuestro obligado compañero; mejor diré: nuestro inexorable verdugo. Acecha de continuo á nuestra dicha y á nuestro ser: acabará nuestros gustos, amarga nuestra existencia, y por fin, nos conduce al sepulcro.

¡Cómo! el hombre ha nacido para la sociedad; la sociedad ha sido instituida por Dios mismo para acoger al hombre en su seno, y sin embargo, la sociedad es una ocasión continua de mal para el hombre, y éste no ha de poder recibir de la sociedad sino el don funesto del mal que lo pervierte! ¡Cómo es esto, repito, y quién, ó qué causa ha podido falsear así en su raíz los nobles instintos humanos, la providencial misión de la sociedad? Esto lo hizo, el enemigo, el géneo del mal, y lo hizo allí en los albores del mundo, cuando el hombre era todavía poseedor del Paraíso. Sí, allí; al principio mismo de la existencia del género humano, en su fuente misma, fué viciada la naturaleza humana; y desde entónces viene esta serie de males de que todos somos testigos á la vez que víctimas.

Desde entónces el mal se inoculó en la sangre del hombre, y toda la economía de la religion consiste en curar este mal original, en

precioso de la fé que hemos recibido de nuestros padres. Acordémonos también, que la fé se pierde y se entibia mucho más por la debilidad y cobardía de sus defensores, que por el furor de sus enemigos. Procuremos, pues, á imitación de Fructuoso, Elogio y Augurio, ilustrar á nuestras familias, á nuestros conocidos, á nuestro pueblo, al mundo todo, con una vida y una muerte ejemplar.

¡Gloriosos santos! Desde esas mansiones de eterna luz y descanso á que os abristeis la entrada con el martirio, no olvidéis á los que gemimos en el destierro y estamos aún en la pelea. Alcanzadnos del Señor la fortaleza necesaria para despreciar las vanidades del mundo, los intereses y placeres carnales, el miedo, la condescendencia y debilidad, y para no temer los tormentos y contradicciones; haced que nuestra vida sea una luz que brille delante de todos, que inflame con sus ejemplos, y encienda á los demás en el amor de la virtud y en la práctica de las buenas obras, para que podamos un día cantar con vosotros las divinas alabanzas en el Cielo.

PANEGÍRICO

DE SAN FRUCTUOSO, ARZOBISPO DE BRAGA.

*Et longavi fugiens, et mansi in soliditate.
Me alejé huyendo, y permanecí en la so-
lidad.*

(PSALM. LIV. 8.)

Triste es en verdad la condición del hombre; basta echar una mirada atenta á la atmósfera, ya natural, ya moral, en que se respira, para conocer que una desgracia de origen, que un mal de nacimiento viene á sorprenderlo apenas sale del vientre de su madre, y no lo deja, ni lo suelta un instante hasta que lo encierra en el sepulcro. No nos alucinemos: á pesar de las bellas apariencias en que queremos ser mezclados y como alargados, el mal es nuestro obligado compañero; mejor diré: nuestro inexorable verdugo. Acecha de continuo á nuestra dicha y á nuestro ser: acabará nuestros gustos, amarga nuestra existencia, y por fin, nos conduce al sepulcro.

¡Cómo! el hombre ha nacido para la sociedad; la sociedad ha sido instituida por Dios mismo para acoger al hombre en su seno, y sin embargo, la sociedad es una ocasión continua de mal para el hombre, y éste no ha de poder recibir de la sociedad sino el don funesto del mal que lo pervierte! ¡Cómo es esto, repito, y quién, ó qué causa ha podido falsear así en su raíz los nobles instintos humanos, la providencial misión de la sociedad? Esto lo hizo, el enemigo, el géneo del mal, y lo hizo allí en los albores del mundo, cuando el hombre era todavía poseedor del Paraíso. Sí, allí; al principio mismo de la existencia del género humano, en su fuente misma, fué viciada la naturaleza humana; y desde entónces viene esta serie de males de que todos somos testigos á la vez que víctimas.

Desde entónces el mal se inoculó en la sangre del hombre, y toda la economía de la religion consiste en curar este mal original, en

restablecer el hombre caído al estado del hombre primitivo; á esto descendió del seno del Padre á la tierra el Verbo, que encarnó y habitó entre nosotros. Y grande, enorme ha debido ser la culpa, cuando ha sido menester un tal reparador; muy graves han debido ser sus funestos efectos, cuando el misericordioso Reparador divino emplea tantos y tan exquisitos remedios. Solo del Cielo podía venir la curación, puesto que ningún remedio se pudo encontrar en la tierra.

Explicado tenéis, oyentes, el enigma de la existencia del mal, no solo en el fondo del hombre, sino en el seno de la sociedad. Ahora bien; cómo el hombre ha sido criado para el bien, forzoso, natural le es, el huir de su natural enemigo, el mal; y há ahí el empeño de los santos en sustraerse á todas las influencias, el retirarse del mundo, el irse á habitar las más ásperas soledades, como lo hizo el santo arzobispo de Braga, Fructuoso, cuyos cultos hoy celebramos.

Con tan santo y plausible motivo os probaré, que Fructuoso, retirándose al desierto, brilló como una antorcha luminosa por su extraordinario mérito, y llegó á ser una de las principales columnas de la Iglesia española; y como tal, uno de los primeros elementos que contribuyeron al bien y engrandecimiento de su madre patria. Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

La soledad es un asilo contra los peligros del mundo; por ella supirió Fructuoso desde sus primeros años. Griegos, cartagineses, romanos, suevos, vándalos, alanos, godos, ostrogodos, visigodos, habían aportado á nuestra patria sus costumbres, sus leyes, sus vicios y sus peculiares instintos. Todos y cada uno habían dejado á su vez gérmenes de desunión y elementos de ruina, según que más ó menos habían influido en los destinos del país. La corrupción, hija legítima de unas pasiones nunca domadas con el freno de la religión, unida á la ignorancia más profunda de los respectivos deberes del hombre, alcanzaba á todas las clases. Fructuoso ve los peligros que le rodean, y torna la espalda á cuanto de más alucinador ofrece el mundo. Nacido de ilustre alcurnia, abunda de bienes de fortuna, y se halla con elementos bastantes para poder brillar en el siglo, y figurar entre las clases más elevadas de la sociedad; pero nada es suficiente para sofocar en él su instinto de retiro. Para él nada valen el oro y las riquezas, las honras y distinciones sociales; nada el fausto y la vanidad, los goces y los placeres; el único tesoro que ambiciona es la virtud; y si en algo estima los bienes terrenos, es únicamente, en cuanto le proporcionan el medio de favorecer bien á sus hermanos, y de contribuir á fomentar el espíritu religioso.

¿Qué mal conocen, oyentes, el carácter de la voracera santidad los mundanos, cuando venían á los santos el que eran duros de corazón, ásperos de genio, de costumbres monárcales, y fríos á toda pura afección! No hay corazón más blando que el corazón de un santo; no hay genio más manso que el de un santo; no hay costumbres más apacibles y sociales que las costumbres y vida de un santo; no hay alma más cándida, más pura, ni más tierna en sus afecciones que el alma de un santo. ¿Ni cómo podría suceder de otro modo? Un santo es la más viva y exacta imitación de Jesús en la tierra. Jesucristo amó á los hombres: aunque ingratos y pecadores; y un santo no ha de amar á su prójimo, aún hasta derramar su sangre por él? Jesucristo nos ha dicho, que aprendiésemos de él á ser mansos y humildes de corazón; y un santo podría ser ni duro, ni altivo? Jesucristo recibió con la mayor afabilidad á los más escandalosos pecadores; y un santo podría dejar de acoger con la mayor efusión de su alma á todos sus prójimos, sin distinción de justos y pecadores? Jesucristo es todo caridad; y un santo podría no abracarse de tan divino fuego por su Dios y por su prójimo en Dios? Lejos de nosotros semejante suposición. El santo es la copia fiel de nuestro divino Maestro en la tierra. Dios lo ha enriquecido con sus dones, favorecido con su gracia; y no permitirá que un santo, mientras se mantenga fiel, falte á la sublime misión que ejerce de llevar en sí mismo las honrosas insignias del divino Maestro, la copia fiel del divino modelo. El santo será siempre el hombre más humilde y manso en su trato, el más caritativo para con su prójimo, el hombre de costumbres más dulces, puras y sociales; el hombre más desinteresado y celoso del bien individual y social. Riguroso para sí solamente, austero en sus costumbres respecto al interior de su alma y cuerpo, descuidado y poco atento á su salud corporal y á su bienestar temporal; le veréis el más condescendiente, el más indulgente, el más activo en promover el bien público y el bien privado; y todo, todo eso sin otra mira que la gloria para Dios; el provecho para el prójimo, dejando los trabajos únicamente para sí.

Una prueba de esta verdad nos ofrece Fructuoso. Muertos sus padres, deseando prepararse para servir á Dios en la vida á que lo llamaba, se sujetó á la dirección y enseñanza de Conancio, que en aquella época regía la Iglesia de Palencia. De esta escuela salió para fundar de sus propios bienes el monasterio de los santos Justo y Pastor, llamado después Complutense, bien fuese por alusión al lugar del martirio de aquellos dos grandes héroes del cristianismo, ó bien por estar enclavado en territorio de un pueblo conocido en la geografía

antigua con el nombre de Complútea, en las montañas del Vierzo, no lejos de la ciudad de Astorga. Este agosto monumento vino á ser un manantial perenne de ejemplos y virtudes cristianas, que, fomentadas por nuestro Santo, debían contribuir no poco á dar una nueva direccion á las costumbres populares, maledadas en demasía, merced á las ruueultas de que venia siendo victima nuestra pátria.

Nadie ignora la influencia que en aquellos tiempos ejercian en las ideas del vulgo, y aún en las de las clases elevadas, los asilos religiosos. Allí estaban encerrados los verdaderos gérmenes de una ilustracion imperfecta sin duda, pero tal cual bastaba á la sazón para levantar á los pueblos de la inercia en que, bien hallados, se hubieran mantenido siempre. Bajo las grólicas bóvedas de aquellos sagrados recintos se conservaban intactos los verdaderos principios de la moral evangélica, foco inmortal de las verdaderas luces, del positivo sabor, de la cultura, y de la ciencia de los deberes humanos, para derramarse en todas las clases de la sociedad por medio de la educacion y del ejemplo, y preparar el camino á una civilizacion robusta y duradera. Fructuoso sabe apreciar estos bienes, conoce de cuanto provecho serían para la religion, para la moral y para la sociedad misma, unos establecimientos, donde debían perpetuarse aquellos prodigios inauditos de desinterés, de abnegacion y de caridad, que en un día habian triunfado victoriosamente de la corrupcion y de la ignorancia de los siglos pasados. Por eso multiplica donde quiera estos piadosos asilos, de donde salieron centenares de hombres llenos de su mismo espíritu, animados de sus propias ideas, y celosos como él del bien del prójimo, de la gloria de la religion y del engrandecimiento de su nacion; y dispuestos á sacrificar en su obsequio sus conocimientos, sus luces, y todo cuanto eran y valian. Á las márgenes del Yeza, no lejos del Castro Rapiana, fundó el monasterio Rapiense, dedicado á S. Pedro, y llamado hoy S. Pedro de Montes, en donde un día eran sus numerosos moradores el asombro de España por sus virtudes, tanto como por los inmensos beneficios que supieron derramar en el seno de sus conciudadanos y compatriotas. En la ribera oriental del Visónia, que nace en las montañas de Aguar, se ven todavía los restos de otro edificio dedicado á S. Felix, donde Fructuoso, huyendo del estruendoso bullicio de las poblaciones, buscaba en la oracion y en las austeridades el reposo y la paz del corazón; de donde salia con fervor siempre creciente á dar nuevo impulso á sus ideas altamente benéficas y civilizadoras.

En vano sus instintos de retiro le empujan fuertemente á aislarse y ocultarse en lo más escarpado de las rocas, ó en el silencio de

los yermos; por todas partes le siguen multitud de personas de todos estados, que desean aprovecharse de la enseñanza y direccion de tan sábio y santo maestro. Diríase que era el Bautista, acosado por las turbas del desierto para que les diese documentos de vida eterna, ó el Ángel del Buen Consejo, de cuyos labios brotaba la paz de las familias y la felicidad de los pueblos. Aprovechando las tinieblas de la noche huye de los que, hambrientos de doctrina y ansiosos de aprender en sus ejemplos los verdaderos principios de la virtud, hubieran querido disfrutar de su presencia; pero huye como el sol, que, despues de haber fecundado una parte de la tierra con sus benéficos rayos, pasa á derramar á otra sus benéficas influencias. Por dó quiera que pasa reproduce Fructuoso los mismos beneficios por todas partes multiplica los gérmenes de cristiana civilizacion. En las costas del mar Cantábrico funda el monasterio Peonense, otro en una isleta, y muchos, así de hombres como de mujeres, en otras partes, acudiendo á estos asilos personas de todos estados que deseaban aprovecharse de la direccion y ejemplos de Fructuoso. Entre las vírgenes que tuvo á su cargo, fué muy señalada Benedicta, doncella nobilísima, que, estando para casarse con un hombre muy principal de la casa del rey, fué llamada del Cielo á la vida solitaria, bajo la direccion de Fructuoso, y aprovechó extraordinariamente en la perfeccion; fundó un monasterio, y fué maestra y guía de virtud á muchas mujeres de diferentes estados que dejaban el mundo. Tambien fundó Fructuoso monasterios para hombres y mujeres, en los cuales eran admitidos á la obediencia del abad aquellos casados, que con su mujer é hijos menores de siete años se retirasen á vivir como monjes. Los monasterios de solos hombres que fundó Fructuoso, eran por aquellos tiempos como seminarios de obispos. De su seno sabian los hombres más eminentes en virtudes y letras para ocupar los primeros puestos en la Iglesia y en el Estado; por manera, que si la religion ganaba mucho en fomentar entónces estos piadosos asilos, nada perdía tampoco, ántes adelantaba en gran manera en ellos la civilizacion.

Bien comprendió su importancia, y cuanto influian en el mejoramiento de la sociedad, el rey Reesvinto, que á la sazón ocupaba el trono español. Como supiese que Fructuoso proyectaba partir para el Oriente, porque no perdiese su reino un varón, cuyos discípulos lo eran todo; ántes que pudiese poner por obra su deseo, le obligó á aceptar la abadía y obispado del monasterio Dumiense, que estaba junto á Braga. En esta dignidad no degeneró nuestro Santo de su antiguo trato y conversacion; solo sabia en él dè punto el fervor; la

entereza, el maltratamiento de su persona, la mansedumbre, la caridad y todas las virtudes pastorales de que le había dotado el Cielo, hizo los mayores esfuerzos para reformar las costumbres, enseñar los vicios, desterrar la disolución casi general del clero y del pueblo; extirpar los hábitos maldados de las clases pobres, llamar á ideas más caritativas á las clases alevadas, introducir las mejoras reclamadas por las necesidades, promover los buenos estudios, que exigía la cultura de un siglo de adelantos; procurar que las buenas doctrinas marchasen de acuerdo con las buenas leyes, ó mejor, que éstas fuesen la consecuencia de aquellas; reorganizar, en fin, la sociedad, fundirla y amalgamada en la religion, único principio siempre, y entonces más que nunca, de unidad, de fuerza y engrandecimiento para los pueblos. Todo esto lo hizo Fructuoso con una actividad incansable, propia del que nada apetece, y que nada deseaba más ardentemente, que ver florecer y brillar la Iglesia y la sociedad españolas, objeto único de todas sus aspiraciones. Esto procuraba en sus exhortaciones al pueblo; no esto insistía cuando con una paciencia inimitable catequizaba al rudo, instruía al ignorante y aleccionaba al pobre; esto inculcaba en el concilio X Toletano, cuando era llamado á emitir su parecer en las más graves cuestiones de la disciplina, y en obtener este resultado empleaba la gran influencia que ejercía en la corte de Recesvinto.

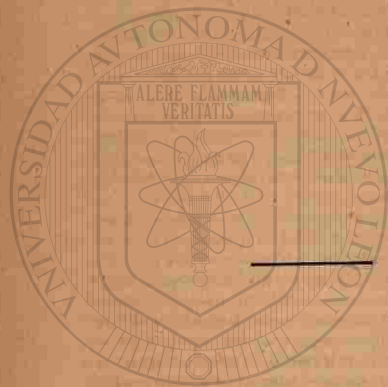
No era Fructuoso ninguno de esos seres envilecidos por la ambición, que se agitan de continuo en derredor del trono para intrigar; él fué de palacio por no respirar una atmósfera viciada; y si alguna vez se le ve en la corte, es para llevar sus súplicas á favor del pueblo, para interceder por el delincuente y desarmar el brazo de la venganza; para hacerse oír las necesidades del pobre, el desamparo del huérfano, la indigencia de la viuda; para denunciarle las injusticias de los representantes de la ley, las exacciones y cargas que gravitan sobre sus súbditos, y contribuir de este modo, á que la nación disfrute los beneficios á que es acreedora, á que el Estado prospere, y á que reine la justicia, la concordia y la union en todas las clases. Envió como Daniel en la corte de Babilonia, integro cual José en el palacio del rey de Egipto, grave como Natán en presencia de David, Fructuoso no prostituye su carácter para adular los desiertos que emanan del trono; al contrario, exhorta, corrige y recuerda al príncipe, cuales son sus obligaciones como depositario de la suprema autoridad, las mejoras que ha de introducir, los abusos que debe desterrar, las medidas que conviene adapte en todos los ramos de la administración. La Iglesia, en aquella época, estaba amalgamada en

el Estado, y era llamada siempre como primer elemento civilizador, á presidir y dar impulso á cuanto de importante y benéfico se pensaba realizar en pró de los pueblos; y nadie como Fructuoso desarrolló más génio, más energía, y celo más constante en estudiar y poner en movimiento los medios más eficaces para llevar á cabo la reorganización religiosa y social del pueblo español.

No es pues de extrañar, que se conserve fresca en los corazones de sus paisanos la memoria de sus virtudes, y de los inmensos beneficios de que le es deudor el suelo que lo vió nacer. Su nombre se pronunciará siempre con entusiasmo, porque levantó por dó quiera edificios para albergue de la virtud y de las letras, en donde se formaron otros génios, que, como él, continuaron despues su noble mision entre nosotros. En aquellos religiosos establecimientos se agrupaban los que, ensañados del siglo y de sus vanidades, buscaban la tranquilidad de espíritu; allí reinaban la caridad que une, la beneficencia que consuela, las ideas de una civilización bien entendida. Los que en nuestros dias se atreven á negar las ventajas que al mundo civilizado regularon de aquellos piadosos asilos, ó son míopes, que no alcanzan á ver una verdad hártamente patentizada por la historia, ó son sobremañera ingratos, que no quieren someterse á la evidencia, á trueque de no reconocer lo que en su orgullo menosprecian; muy semejantes en esto á aquellos que escupan al sol, porque no pueden resistir los rayos de este astro luminoso y bienhechor. Fructuoso, en fin, dispuesto siempre á sacrificar sus intereses, sus comodidades, su reposo y su vida misma en pró de su religion y de su patria, fué una de las principales columnas de la Iglesia española, y como tal, uno de los primeros elementos que contribuyeron al bien y engrandecimiento de su país.

No olvidemos, oyentes, lo que debemos á ese génio, que tanto se desarrolló en sembrar en un suelo, entonces árido é infecundo, los primeros gérmenes de esa civilización, que, á no dudarlo, nunca hubiese llegado á la altura á que hoy se encuentra sin el impulso del catolicismo. Honremos cual se merece al santo arzobispo de Braga, que en sus dias fué el alma de las empresas más benéficas y de los proyectos más útiles que pudo concebir y llevar á cabo el génio del cristianismo esencialmente civilizador; y que murió de rodillas ante el ara sagrada y con los brazos extendidos en cruz, cual si todavía estuviese demandando al Cielo que derramase sus dones sobre su Iglesia y sobre su país. Imitemos sus ejemplos, si es que queremos merecer bien de la religion y de la patria en esta vida, y disfrutar despues como él de la Gloria.

Santo glorioso, alcanzadnos un deseo eficaz de imitar vuestras virtudes, para que de esta manera seamos útiles á la religion y á nuestro país, y despues gocemos con vos de la felicidad eterna, que á todos os deseo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGÍRICO DE SAN FRUTOS.

Omnis qui reliquerit domum... aut uxorem... aut agros propter nomen meum, centuplum accipiet, et vitam eternam possidebit.

Qualquiera que habrá dejado casa... ó esposa... ó tierras por causa de mi nombre, recibirá cien veces más, y poseerá la vida eterna.

(MATTII. XIX. 29.)

En estas palabras enseñó Jesucristo á los hombres el camino del Cielo; camino que todos apetecan, pero que siguen muy pocos; camino cuyo término á todos gusta, á todos encanta, á todos atrae, pero cuya dificultad intimida, y aún hace retroceder á la mayor parte. Al oír la promesa de una felicidad consumada, todos ansiamos por conseguirla, y con una especie de inquietud y de impaciencia preguntámos como el jóven: ¿qué haremos para poder gozar esa bienaventuranza eterna? Mas, cuando el Salvador nos manifiesta como á aquél jóven, los medios, luego nos parecen ásperos, molestos, impracticables. Renuncias, sacrificios, negaciones de si mismo; ¿qué leyes tan duras! ¿qué indecorosa violacion de los derechos con que ha embobecido al hombre la naturaleza! Así discurre el ignorante; pero el sábio no puede ménos de exclamar: ¿qué funesta ceguedad en materia del más sólido de los intereses! ¿qué injusta contradiccion entre la que se dice prudencia del siglo, y la verdadera prudencia del Evangelio! Aquella hace desdichado al hombre por los medios que le prescribe para su felicidad; ésta le colma de bienes en los mismos sacrificios que exige para mortificarle.

Si, cristianos; el hombre justo es el único que puede llamarse feliz sobre la tierra, y su felicidad se aumenta en proporcion á los sacrificios y privaciones á que se somete para asegurar la justicia. Todo

el que por amor á Jesucristo renunciare las delicias del tiempo, verá multiplicarse con tal exceso los bienes de que se priva, que sin duda poseerá ciento por uno en la gloriosa eternidad que se asegura por este medio. No es una oferta de la debilidad del hombre; es una promesa de la verdad infalible del Todopoderoso: acabais de oírla en el Evangelio, y vais á verla realizada en la persona del héroe que ha sido, es y será el honor de nuestra patria.

Frutos lo renunció todo en el mundo por amor á Jesucristo, cuya renuncia hizo, que se le multiplicaran prodigiosamente en el tiempo y en la eternidad los bienes de que se desprendió; y nosotros, al celebrar sus cultos, debemos esmerarnos en su imitación para honrarlos con su patrocinio. Es cuanto pienso decirlos en su elogio, persuadido de que, con solo estas reflexiones, excitare en vosotros un deseo eficaz de imitar la sublimidad de sus virtudes, si aquel Señor, que tan liberalmente enriqueció su alma con los dones celestiales, se digna mover mis labios, ó dispensarme sus soberanos auxilios para hablar en este breve rato, como los dispuso á nuestro Santo para obrar por todo el discurso de su vida. Pidamos esta gracia por la intercesion de la Sma. Virgen. A. M.

Es tan duro el sacrificio que de nosotros exige el Señor, que, en el deplorable estado en que se halla nuestra naturaleza, ninguno tendria valor para alistarse en una milicia de tan austera disciplina, si no lo prometiera un enorme acrecentamiento de los bienes que le manda renunciar, y asegurara, por el sacrificio de un momento, la bienaventuranza de una eternidad. El sonido de esta promesa produce en el universo la más prodigiosa transformacion: cambiadas enteramente las ideas, corren apresurados los mortales para alejarse de todo aquello que por instinto natural ama su corazón; y el mayor héroe es el que consigue hacerse más infeliz á la vista de los hombres.

Frutos lo renunció todo por Jesucristo. ¿Cuán favorable se le presenta la fortuna! Descendiente de uno de aquellos cónsules á quienes la gratitud española levantó estatuas, que perpetuasen su nombre en los siglos futuros; dueño de un pingüe patrimonio suficiente para proporcionarle todo género de comodidades; libre del freno de la subordinacion en el ardor de la juventud, en un siglo, en que los escándalos de los príncipes autorizaban la más absoluta licencia de los súbditos; en el desventurado gobierno de los Witzias y Rodrigos; facilísimo le hubiera sido vivir siempre embriagado en esas ponderadas delicias que ofrece á sus hijos el mundo lisonjero. ¡Triste re-

cuerto para un español cristiano! La virtud se disminuía según se dilataba la creencia; con la conversion de los gentiles nos vinieron los vicios del gentilismo; y llegó á tal punto el desórden, que para ser virtuoso era casi necesario dejar de ser hombre. Tal es el designio de Frutos; aleja de sí todo aquello que parece depender la vida del hombre: hacienda, casa, patria, sociedad, todo lo abandona en un momento. ¡Ah! es muy elevada la cumbre de la perfeccion á que aspira, y jamás podrá subir á ella el que lleve sobre sí otra carga que la suave de la cruz. La moral nueva se ha empeñado en ajustar las paces entre Dios y el mundo, en conservar pura la virtud entre el estéril de las riquezas y la inmundicia de los placeres; mas, cuando desconocia esta moderna ilustracion no sabia el hombre otro camino para el Cielo que el que le manifestaba la luz evangélica, estaba persuadido de que para ser perfecto necesitaba desprenderse de la tierra, aborrecer el mundo, violentar sus deseos, mortificar sus sentidos, crucificar su carne, negarse á sí mismo.

Solo por este camino llegaron á serlo los Pablos, Antonios ó Ilia- riones, que Frutos se propone por modelos. Distribuye como ellos todo su patrimonio entre los infelices indigentes; emprende como los apóstoles, sin provision alguna corporal, la senda de la gloria; deja la vida deliciosa de la ciudad por la aspereza de un desierto, cuya sola vista horroriza; el dulce trato de los hombres por la compañía de los animales feroces; la magnificencia de su casa por una gruta, que, en parte, le defiende de la intemperie, pero le incomoda por su lobreteza; la suavidad de esas ridiculas invenciones del lujo, dirigidas á fomentar la mollicie, por la aspereza de un tosco vestido, ó por mejor decir, de un cilicio, que mortifica todos sus miembros sin prestar el menor abrigo á su cuerpo; los abundantes y delicados manjares por un corto é insipido alimento; en una palabra, deja la vida por una cruz y continuada muerte. Nada más pudo renunciar porque nada más poseía.

Cuando leo la bella descripcion que hace el Crisóstomo de la vida solitaria, me parece que, ó aquel prelado elocuente quiso vaticinar lo que haria un dia Frutos; ó que este justificado armitaño quiso demostrar la verdad con que habia hablado el Crisóstomo. Como si enteramente se olvidara de sí mismo, así manifiesta haber consagrado todos sus talentos á la utilidad de sus semejantes, hasta desear y procurar, como otro Pablo, ser anatemizado por librarlos á ellos del anatema. Renovamos por pocos instantes la memoria de los aciagos dias, en que nuestra patria empezó á sufrir el yugo de las inuestas africanas; y veremos, que de toda la conferencia corre la huma-

nidad perseguida al abrigo de nuestro solitario. ¿Acostumbran los hombres, en iguales casos, á buscar su seguridad en la compañía de los fieros misántropos? Cuando enfurecidos ya los sarracenos determinan acabar con aquel asilo de la inocencia, ¿no se adelanta Frutos, y hace de su cuerpo el escudo para defender á los demás? ¿No hace hasta el sacrificio de su humildad, evidenciando con los milagros la sabiduría de su virtud, y el poder de su valimiento ante el trono del Omnipotente? No nos cansemos; la confusa noticia que de su vida nos ha conservado la tradición; el fervor y la frecuencia de sus oraciones; el rigor excesivo de sus ayunos; la cruel austeridad de sus mortificaciones; el abrasado celo por la honra de Dios y por la salvación de los hombres; el dolor agudo que le causó ver ocupada su patria por los enemigos de la cruz; todo esto demuestra hasta la evidencia, que lo renunció todo por seguir á Jesucristo, y que, como otro Pedro, pudo confiadamente decir al Señor: «Bien veis, ¡oh Dios mío! que sin excepción alguna lo he abandonado todo para seguirnos con entera libertad.» ¿La preguntaría también por el galardón destinado para remunerar la virtud? Mas, sobre ser esta pregunta un indicio bastante claro de las imperfecciones que experimentaba entonces el apóstol, Frutos, sin estar poseído del interés y de la ambición, experimentó siempre en sí mismo la verdad de las promesas hechas en el Evangelio: ¡Oh! ¡qué dicha sería para nosotros llegar á comprender la dulzura infalible de aquella experiencia! Pero mi lengua es demasiado torpe, y vuestro espíritu no halla envuelto en una carne gruesa, lo cual nos inhabilita para formar siquiera una débil idea de aquellas cosas que no se sienten.

¡Adorable Providencia! ¿por qué han de ser tan escondidas las obras más eficaces para atraer á los hombres al amor de la virtud? Esta haye con sus amigos á un horrído desierto inaccesible á nuestra debilidad; allí les habla al corazón, te franqueas con ellos; les descubres su belleza encantadora; allí es donde en beneficio suyo despojas á las piedras de su natural dureza, y á los mares de su salobre amargura; allí haces brotar fuentes copiosísimas de dulces y saludables aguas; allí rompes las nubes y haces llover en abundancia el delicioso maná y las sabrosas ríodornices; allí..... ¡Qué desgracia, cristianos, que nuestro paladar esté tan habituado á las fétidas legumbres del Egipto! En vano resonarán en nuestros oídos aquella familiaridad con el Señor de que habla Tertuliano, aquel delicioso Paraíso que dice el gran Basilio, aquella noble habitación del Espíritu de Dios que declara el Crisóstomo, aquella posesion anticipada de la eterna bienaventuranza, que todos los sábios contemplativos aseguran

ran disfrutar en su retiro los anacoretas; la dulce paz, el extraordinario regocijo que siente Frutos recogido en el interior de su corazón, son infinitamente superiores á todos los esfuerzos de la elocuencia, no pueden declararse con palabras, son inconcebibles para el que no tenga la dicha de experimentarlo.

Arroja de sí este varón un polvo de basura, y se ve dueño de los inagotables tesoros del Cielo; se priva del vergonzoso placer de los brutos, y se ve embriagado con las delicias purísimas de los ángeles; renuncia una vida corporal, momentánea, llena de trabajos, y adquiere otra inmortal, bienaventurada, divina; renuncia la nada de la criatura, y se hace dueño del Criador. El poder, la sabiduría, la gloria, la divinidad, todo parece haberse trasladado al dominio de quien lo había todo renunciado. Si manda á los brutos, se postran para obedecerle; si á las piedras, se parten para conformarse con su voluntad; si á la muerte, ni aún se atreve á tocar la prosa que le pertenece de derecho; si al Infierno, se acobardan y quedan inmobiles en su presencia; aquellas furias; y si á los Cielos, se abren y derraman sobre su alma el torrente de delicias que inunda los escogidos del Señor: la naturaleza toda reconoce su virtud, porque el autor de todos los seres cuida tan escrupulosamente de sus amigos, que tiene contados hasta sus huesos, y que no permitirá que sea quebrantado el menor de ellos.

Así es: aún de los áridos huesos del justo tiene un cuidado especialísimo la Providencia. De otra suerte, ¿cómo era posible, que en unos tiempos de tanta turbación hubiéramos tenido la dicha de conservar esas preciosas reliquias, uno de los principales objetos de nuestras glorias? Mas no nos detengamos en estériles exclamaciones; adoremos á esta Providencia bienhechora, é imitemos cual será la gloria del alma, cuando por unos medios tan extraordinarios ha promovido el Señor la sagrada veneración que tributamos á los débiles restos del cuerpo corruptible. El celo con que en los siglos más desdichados le ocultó á la vista de los cristianos, para librarle de la sacrilega profanación de los infieles; las exquisitas diligencias que se hicieron para descubrirle; y el sumo regocijo con que celebró Segovia su milagrosa invención; el fervor con que en la guerra escandalosa de las comunidades, supieron los segovianos abandonar todos los tesoros profanos, y exponer hasta sus vidas por asegurarlo; trasladándole á la fortaleza del Alcázar; la construcción, por último, del magnífico templo destinado á su custodia; todo esto ¿no evidencia la grande veneración que en todos tiempos ha profesado esta ciudad á las reliquias de su digno hijo y glorioso patrono? ¿no

es un testimonio más auténtico, que las más solemnes informaciones de los repetidos y estupendos milagros obrados por su intercesión, del excesivo poder, de la sublime gloria con que ha remunerado el Todopoderoso el relevante mérito de su humilde siervo?

Segovianos todos, gloríaos en hora buena de gozar el patrocinio y la tutela de Frutos; grabad en vuestro corazón la memoria de sus virtudes; pero no olvidéis, que el deseo de aspirar al heroísmo es, precisamente, uno de los motivos por qué la religión ha establecido estas solemnidades aniversarias en honor de los santos que más procuraron ilustrarla con sus admirables virtudes; y que éste es también el objeto con que la Iglesia de Segovia ofrece á la consideración de todos sus hijos las de su patrono principal. Por este medio, nos dice, mereció Frutos la admiración, los elogios y la gloria; por este mismo podreis también conseguirlo vosotros. Ni la debilidad y corrupción de la naturaleza, ni el ímpetu y fogaosidad de las pasiones, en una edad la más difícil para resistirlas; ni el poderoso atractivo de un general escándalo, halla fué capaz de corromper el corazón de Frutos, que parece empeñarse en oponer con su ejemplo un fuerte dique al impetuoso torrente de la iniquidad.

Felices vosotros los que solemnizais la memoria de su virtud si vuestra devoción es sincera, y si vuestra religión es interior y verdadera! Que no sea hipócrita y perjudicial vuestra piedad: sería una monstruosidad enorme; impugnar con las obras lo mismo que se defiende con las palabras. Para protestar, ingenuamente, que el heroísmo de Frutos arrebató vuestra admiración, que le tributais un culto verdadero y respetuoso, y que os proponéis imitar sus virtudes sublimes; para manifestar, digo, que os animan tan loables sentimientos, es absolutamente indispensable, que vuestra conducta sea semejante á la suya; que camineis por la misma senda; que os sujetéis á las mismas mortificaciones; que renunciéis al mundo con sus lisonjeros deleites. Entonces os atraeréis las mismas alabanzas que nuestro Santo, seréis admirados de la posteridad por vuestras virtudes como él lo es de vosotros por las suyas. ¿Qué mayor satisfacción para vosotros que poder esperar, que los despojos de vuestra mortalidad sean mañana el ornamento de vuestro pueblo, vuestro nombre el fundamento de sus glorias, vuestra protección el apoyo de sus esperanzas, y la participación de vuestra felicidad el blanco de todas sus obras? ¡Ah! de no procuraros todo eso, no puede inferirse otra cosa que la hipocresía de vuestro proceder, que no hacéis de aquellas prendas el aprecio que indican vuestras solemnidades, en cuyo caso no pueden ménos de ser superficiales, hipócritas, esti-

riles, funestas. No me opongais la dificultad de imitar una conducta indiscreta, estúpida; ya sé que la miseria de moda, queriendo apoderarse del santuario, no halla inconveniente en atribuir estos degradantes epítetos á las austeridades; añadiendo, que están proscritas por la ley de la conservación individual; sin advertir que los copiosos frutos que de su ejercicio reportaban los primeros cristianos, la veneración con que las han mirado los fieles de todos los siglos, los repetidos elogios que las han prodigado los santos padres, y la aprobación de la Iglesia, que las ha proscrito á los pecadores como necesarias para satisfacer á Dios por sus pecados. No se me oculta su empeño en sembrar de flores el camino de la gloria, en despojar á la cruz de su peso, y á la mortificación de sus espinas; en reconciliar con Dios á los pecadores, sin otra ceremonia que una penitencia de solo nombre. Tampoco ignoro, que, imbuídos en tan perniciosas máximas algunos cristianos débiles, se aterran al solo nombre de ayuno, de disciplina, de cilicio, de retiro; cuando tal vez practican todas las diligencias posibles para acomodarse á la moda en el vestido, en la sociedad, en el método de vida que prescribe el mundo, para lo cual es necesario vivir en un cruel, insuportable y continuado martirio, que, probablemente, ha conducido á muchos al sepulcro en lo más florido de sus días; sé todo esto; pero sé, igualmente, que todos los cristianos hemos renunciado con un solemne juramento al mundo y á sus máximas para consagrarnos libremente á Dios; que el más veraz y sábio de los Maestros, el mismo autor de esa ley, que suponen impedir las mortificaciones, nos dijo: *qui voluerit animam suam salvam facere, perdet eam*; y que no merece llamarse discípulo suyo, ni le acompañará en su gloria, el que no levare constantemente sobre sus hombros la cruz de la mortificación. No quiero decir por esto, que todos, sin excepción, estemos obligados á llevar una vida tan austera como la de Frutos; pretendo, sí, que no tratemos de cubrir nuestra desidia y nuestro amor propio con el velo de una repugnancia imaginaria, y de cohonestar nuestra flojedad, diciendo ser impracticable lo que con tanto gusto y facilidad practicó Frutos. Las circunstancias de los tiempos... no eran, por cierto, más favorables cuando trepaba Frutos á la cumbre de la perfección. La edad, las pasiones... la naturaleza de Frutos tenía el mismo vicio que la nuestra, procedía del mismo origen corrompido que nosotros; y no obstante, en la edad en que son más violentos los estímulos de las pasiones, dominó á éstas, las aniquiló completamente. La costumbre á gozar de las comodidades de la vida... Frutos, engrandecido por el nacimiento, prodigiosamente favorecido por la fortuna, teniendo en su mano

todos las comodidades y delicias, todo lo abandona por la humildad, por el retiro, por la mortificación, por la virtud. La ignorancia..... ¿acaso nunca fueron las enseñanzas más frecuentes que en el día? El mismo Frutos nos habla con la mayor elocuencia, y en los cultos que le tributamos nos pone á la vista nuestros deberes, y el premio que nos espera si los cumplimos. Si nos domina la soberbia: «ved, nos dice, los honores que se me tributan en la tierra, è inferid por ellos el galardón que tiene Dios reservado en el Cielo para engrandecer á los verdaderamente humildes.» Si nos acomete la lujuria: «mi alma, dice, se halla venturosamente inundada en un mar de delicias, por haber llevado siempre sobre mi cuerpo la cruz de la mortificación.»

Nó, no hay excusa alguna, y en vano tendremos la osadía de reprochar la virtud, porque carezcamos del espíritu necesario para practicarla. Léjos, pues, de nosotros, si queremos honrarnos con los particulares vinculos que nos unen á Frutos, léjos de nosotros esa vil codicia, que nos hace mirar con cruda serenidad al pobre, que perece de hambre por querer guardar nosotros el oro que no podremos disfrutar. Léjos de nosotros ese lujo enemigo de la prosperidad, destructor de las fortunas, ruina de la virtud, y gérmen de todos los vicios. Léjos de nosotros esa inmodestia, claro indicio del impuro volcán que abrasa nuestros corazones; esa intemperancia, esa sensualidad, que nos degrada hasta hacernos inferiores á los brutos. Léjos de nosotros el espíritu del mundo, y el amor á sus infames placeres, que nos hacen ser infieles á lo que prometimos á Dios. Léjos de nosotros el orgullo y la manía de introducir en todo la moda, que todo lo destruye. Léjos, en fin, de nosotros todo aquello que nos haga indignos de la protección de S. Frutos. Conduzcámonos como compatriotas suyos; copiemos con mayor exactitud en nuestra vida las virtudes que nos ha dejado escritas en la suya; celebremos como él la honra del Señor; y si por desgracia nuestra nos viéremos acometidos de nuevo por los enemigos de la religion, salgamos intrépidos al frente, sin temer las amenazas, los insultos, la persecucion, y confiando siempre en la justicia de la causa que defendemos. Nada nos detenga porque no tengamos el don de los milagros como Frutos, pues Aquel mismo que se lo concedió á él puede mandar á la tierra, á los brutos, á las mismas piedras que pelean por nosotros, haciendo ver á los impíos con su victoria, que son invencibles los que, tomando á Frutos por modelo, solemnizan su culto, haciendo con las obras el principal elogio de sus virtudes.

PANEGÍRICO DE SAN FULGENCIO, OBISPO.

In tentatione inventus est fidelis.
Fue hallado fiel en el tiempo de la tentacion.

(ECLER. XI, 21.)

Despues de presentarnos el libro sagrado del Eclesiástico al patriarca Abraham, como el destinado por Dios para ser el padre de una numerosa posteridad, y decimos, que no se halló otro semejante á él que observase la ley del Señor, concluye su elogio diciéndonos: que fué hallado fiel en la tentacion: *in tentatione inventus est fidelis*. Y en verdad, hermanos míos, que si es mérito ser fieles y obedientes á Dios cuando nos favorece, cuando se anticipa á satisfacer nuestros deseos, cuando nos honra y llena de bendiciones, cuando ningun sacrificio costoso exige de nosotros, lo es mucho más cuando es necesario pasar por las tribulaciones, cuando para serle fieles hay que renunciar á las comodidades, regalos y placeres; cuando es preciso hacerle el sacrificio de nuestros intereses, de nuestros afectos, de nuestra salud y de nuestra vida. Si Abraham obedece al Señor cuando le manda que por su mano sacrifique á su hijo Isaac, y resignado conduce á éste al lugar del sacrificio, renunciando y sacrificando al mismotiempo á todas sus esperanzas, á su amor de padre y á todos los afectos de la carne y de la sangre, y levanta su brazo para descargar el golpe; ¿no está formado todo su flego, y descubierta toda la intension de su mérito con decir: que fué fiel y obediente á su Dios en la tentacion?

Permitidme ahora, que habiendo de formar en este día el elogio de S. Fulgencio, me abstenga de referir lo ilustre y esclarecido de su nacimiento, lo sólido y penetrante de su ingenio, sus adelantos admirables en las ciencias divinas y humanas, los escritos con que ilustró á nuestra España y á todo el mundo católico, exponiendo la

doctrina revelada, defendiendo los dogmas de nuestra fé, confutando las herejías y á todos los enemigos de la religión; y me citta á decir de este héroe de nuestra pátria, lo que el Oráculo sagrado nos dice del patriarca Abraham: *in tentatione inventus est fidelis*. Fué fiel al Señor, confesó y defendió la verdadera fé en medio de los peligros y á costa de los mayores sacrificios. Comprendemos bien, hermanos míos, que el hombre defienda sus creencias y sostenga su fé cuando nada arriesga ni pierde por ello; cuando ha de recibir los aplausos y obsequios de los hombres, que le escuchan con docilidad y con ánsia; pero, que con un celo infatigable y dispuesto á sacrificarlo todo, defendiendo su misma fé entre las más poderosas contradicciones, entre las persecuciones y peligros más terribles; cuando no puede esperar sino los desprecios, las cárceles, los destierros y la muerte... esto es obra solamente de una virtud perfecta y de un heroísmo de religión. Hé ahí lo que propongo hacerlos admirar en S. Fulgencio, objeto de nuestros cultos, y de lo cual podéis y debéis inferir lo sublime de sus méritos y santidad, y la necesidad que nos incumbe á todos de confesar y defender la verdadera fé en los peligros y persecuciones. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Nada vemos más común entre los hombres, que el acomodar sus creencias y su conducta á las circunstancias; el condescender y dejarse arrastrar de los ejemplos de los poderosos; y se llama política y prudencia el no contradecir al error cuando se sanciona con la autoridad y el poder de la fuerza, cuando sale de la boca del que tiene en su mano los premios y los castigos, del que puede perder y salvar. Si hay un Bautista que tenga el valor suficiente para reprender los escándalos de Heródes, y decirle con resolución *non licet*; cuántos profetas falsos hay, que justifican al impío por los dones que esperan recibir, ó por los bienes que temen perder? Si hay un árbol fuerte y robusto que se conserva inmóvil entre las huracanes; cuántas cañas débiles hay, sin jugo, sin virtud y sin solidez, que se inclinan á todos los lados á que las agita el más ligero viento?

Por los años de quinientos cincuenta y seis, nació S. Fulgencio de familia nobilísima por sus ascendientes, porque su padre Severiano, prefecto de la milicia correspondiente al departamento de Cartagena, era originario de la sangre real de los Ostrogodos; y Teodora su madre lo era de las familias de los Godos más recomendables por la religión y piedad; pero más nobilísimas y apreciables aún por su virtud; por los frutos de santidad que dieron al mundo en S. Fulgencio, San Leandro, Sta. Florentina y S. Isidoro, hermanos todos, á quienes ve-

neramos con la Iglesia, y de que justamente se gloria nuestra pátria. Esta es la generacion de los que buscan al Señor, de los que se complacen en servir y adorar al Dios de Jacob, y ponen en Él todas sus esperanzas. El bello natural de S. Fulgencio, su aplicacion al estudio, su conocimiento profundo de las ciencias; y su pericia en las lenguas griega, hebrea, siríaca, italiana, gótica y latina; su posicion, sus relaciones, sus méritos y todas sus circunstancias, le ponian en disposicion para aspirar á los primeros destinos y dignidades; pero dominaba en su tiempo en España la herejía de Arrio. El error de hacer puro hombre á Jesucristo y negarle la divinidad y consustancialidad con el Padre eterno, había llegado hasta el mismo trono, y el rey Leovigildo había abrazado con ardor el partido de los herejes, y perseguía con crueldad á cuantos no eran de su mismo sentir. Inútil es el afirmar, que para agradar al rey era preciso sacrificar la fé y renunciar á la conciencia; y que para no ser enemigo del príncipe era preciso declararse por enemigo del Hijo de Dios, y negar su igualdad y consustancialidad con el Padre.

Se conoce bien, que no podian alcanzarse los bienes de la tierra sin renunciar á los del Cielo; que sin ser hereje y hacer profesion del arrianismo no quedaba esperanza á la gracia del rey ni á sus favores; que debía temerse todo de un rey, que perseguía con crueldad, y había renovado en la España las épocas de los Nerones y Dioclecianos, hijo cuyo yugo gemian tristemente los católicos. San Fulgencio no era de aquellas almas viles, que se manchan y denigran con las aduclaciones más criminales; no era ni alma ambiciosa, que todo lo sacrifica por subir un grado más en los escaltones resbaladizos de las grandezas humanas; su ciencia sólida y verdadera no era de esas engañosas, que sirven, como vemos, para hallar razones y excusas para todo, para coloniestarlo todo, para justificarlo todo, y que son más perjudiciales que la ignorancia, y no se pueden excusar de la malicia y el estrago que su ejemplo produce en los fieles simples y sencillos; su virtud no era tan débil y tan poco arraigada, que vacilase ó pudiese desaparecer al impulso de la tentacion, y que lejos de prometerse honras y distinciones, solo puede esperar los desprecios y la persecucion bajo el dominio de la impiedad. Lo conoce todo; y, sin embargo, animado de un celo apostólico, no se aparta de la fé católica; he dicho poco: hace frente á la herejía á pesar de su poder y protección, á pesar de su triunfo y aspecto fiero y tirano; y declarándose por uno de los más fuertes defensores de la verdad, vence y confunde vergonzosamente en sus disputas á los arrianos.

El error y la impiedad sabe muy bien, y lo ha puesto en práctica

en todos tiempos, echar mano de la persecucion, del destierro, de la calamidad, de la sangre y de la muerte, para sostener un triunfo que no puede consolidar con la verdad y la razon. Su fin ha sido siempre ahogar á la verdad en sangre, sin conocer que así la lava, la acrisola, la purifica más y más, y hace más palpable su evidencia. No puede ser vencido S. Fulgencio con la razon, pero se le prende como á un malhechor; y sin más recursos, sin más provisiones, sin más formalidades ni proceso se le arresta de orden del rey; y sin ser oído, sin permitirle tomar más que el pobre vestido que le cubre, es desterrado desde Sevilla á Cartagena, donde se le pone en un encierro, y donde sufre los mayores trabajos, privaciones y molestias de todas clases. ¿Habitará de su empeño el defensor de Jesucristo? ¿El destierro, la pobreza y la miseria arrastrarán de su corazon la verdad y la convertirán en partidario de la mentira? ¿Callará, al ménos, y dejará de publicar la fé católica, de animar á los verdaderos fieles y de confundir á los herejes? S. Fulgencio se conserva fiel en medio de las tentaciones; la fé que profesa ni la oculta, ni la niega, ni la defiende solamente cuando no halla peligro en defenderla; sino también y con más ardor entre las tribulaciones, en las cárceles, cuando se le amenaza con la muerte. Se gloria de padecer por Jesucristo; desprecia á los que tienen poder sobre el cuerpo, y que ningun bien ni mal pueden hacer sobre el alma; y desde su destierro defiende la fé católica, y anima con sus escritos y palabras á los fieles y al mismo Hermenegildo, hijo del rey, que habia abrazado la verdad, para que la sostengan aunque sea á costa de su vida.

Comprendamos bien las circunstancias, las privaciones, la posicion de S. Fulgencio, y conoceremos todo su mérito y heroísmo, nada comun por cierto. Defendemos facilmente la verdad cuando nada tenemos que temer; pero hay pocos que sepan dar al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, cuando el César quiere arrugarse las atribuciones que son de la pertenencia de Dios. Hay pocos que no cedan al temor, á las amenazas, que no dejen á Dios ántes que dejar sus regalos y comodidades, sus destinos y sus intereses. ¡Ojalá no pudiéramos citar en las historias tantos ejemplares de la flaqueza humana! ¡Tantas torres elevadas y que parecian indestructibles, y que cayeron al primer golpe, á la primera amenaza, á la primera insinuacion de un poder que no debiera temer la virtud. Conozco la fragilidad humana, lo que atan el mundo y la carne; lo que ligan las atenciones con los propios y extráños; lo que arrastra el amor al descanso, al aprecio, á los intereses; lo sensible que es exponerse á las burlas y persecuciones de los malos. Dad vosotros

todos los ensanches que queráis, y ponderad cuanto gustéis lo crítico de tales circunstancias; y cuando os valgaís de ellas para justificar las caldas vergonzosas y las condescendencias culpables, yo las haré valer para poner de manifiesto el mérito de S. Fulgencio, y os diré: *Fue hallado fiel en el tiempo de la tentacion.* En medio del horror y la persecucion, en el destierro y el encierro, privado de todos los recursos y amenazado por todas partes, una palabra sola le hubiera puesto á salvo y restituido á la quietud y descanso. Una profesion de fé dictada por el rey, y la herejía le hubiera colmado de honores y distinciones, y puesto al frente de los primeros y más interesantes destinos; pero lo sufrió todo, lo perdió todo, lo despreció todo por conservarse fiel.

El triunfo del error y la impiedad es momentáneo, y al fin viene á estrellarse y á rendir homenaje á la verdad. El impío está exaltado como un cedro del Líbano: le vemos; y al volver á pasar ya no existe, y ni hay señal del lugar que ocupó. Leovigildo, atormentado cruelmente por su conciencia, y por el recuerdo de la muerte que hizo dar á su hijo el mártir san Hermenegildo, porque abrazó y sostuvo la fé católica; en los momentos en que se acerca la eternidad y desaparecen las ilusiones con que entretiene el mundo, cuando el hombre abandonado á sí mismo no puede cerrar los oídos al grito de su conciencia; Leovigildo encargó á su hijo y sucesor el principe Recaredo, que abjurasé la herejía, y siguiese los consejos de los varones apostólicos Fulgencio y Leandro, que tan acertadamente habian instruído y aconsejado á su hermano.

El principe Recaredo abrazó la verdadera fé, y España obtuvo la paz y la proteccion de sus creencias: se levantaron los destierros; y san Fulgencio, tendría que avergonzarse y ocultar su ignominia y vileza al entrar en Sevilla? ¿Qué triunfo es comparable con el de este glorioso atleta, que vuelve con toda su fé, sostenida entre el hambre, la miseria, la pobreza y todo género de calamidades? ¿Qué gozo es comparable con el de los verdaderos fieles, al recibir en su seno al varon esforzado, que se puso al frente de los que peleaban por la causa de Dios? ¿Y quien tan animosamente sostuvo la fé entre los peligros y persecuciones, ¿se olvidará de anunciarla y defenderla en la paz? Testigos son de su celo infatigable Cartagena, á donde tuvo que volver muy pronto para suplir la falta de su obispo, imposibilitado por su edad y sus enfermedades; Ecija, á donde fué enviado por el rey como un ángel de paz para componer las discordias que la agitaban, y de donde fué nombrado obispo para gloria de la religion, lustre y esplendor de la fé, y ruina de la herejía. Testigos son Carta-

gena, á donde fué trasladado, y cuya cátedra figió por espacio de seis años, con todo el acierto, la prudencia y el valor de un apóstol; lo son sus escritos admirables por su ciencia, piedad y sana doctrina; lo son los decretos del concilio segundo de Sevilla, á que asistió como obispo de Écija, y en que tuvo tanta parte con su hermano san Isidoro.

Si me hubiera propuesto contemplar á san Fulgencio como obispo y pastor de la Iglesia, discurriría por los sucesos de su ministerio, por sus linosnás, por su vigilancia, por su vida irreprochable; viérais un padre tierno y amante de sus hijos, un digno sucesor de los apóstoles, que defiende la pureza de la doctrina; que destierra los errores y la superstición; que dá pasto espiritual y corporal á su pueblo; que restablece la magnificencia del culto divino expurgando los abusos y la ignorancia; que reforma al clero y al pueblo, sin que sus enemigos tuvieran que echarle en cara jamás el más pequeño defecto, viéndose siempre obligados á confesar su virtud y dar testimonio de su celo. Écija y Cartagena, y hoy la silla episcopal de Murcia, donde está refundida la de Cartagena, se gloriarán siempre en un patrono y santo prelado, que la ilustró con sus ejemplos y virtudes propias de un obispo segun el corazón de Dios. Yo solo diré: que si, como me he propuesto demostrar en el elogio de este Santo, fué fiel en la tentacion, fué un apóstol en el tiempo de las persecuciones y el destierro, cuando el odio de un rey poderoso estaba declarado en contra suya; cuando por defender la pureza de la doctrina santa no podría prometerse sino tormentos y sangre; que si fué fiel y un esforzado defensor de su Dios en la desgracia, el abatimiento, la miseria y los castigos, qué seria en la libertad, ayudado del favor de la potestad temporal, y colocado como una luz sobre el candelero en la dignidad de obispo, en que fué colocado por Dios para regir su Iglesia?

El Señor, que es fiel en sus promesas y justo recompensador de las fatigas, habla de pagar sus méritos á un siervo, que desde la mañana habia trabajado en su viña, y habia soportado el calor de toda la jornada; y en una ancianidad llena de méritos y virtudes le envió una muerte preciosa en los brazos de sus amigos en el Señor, san Braulio, y san Laureano obispos de Zaragoza y de Cádiz. Una muerte que fué un paso para llegar al descanso feliz, y asistir á la compañía de Aquel, que prometió tener consigo para siempre á sus ministros.

Goza de la justa recompensa y las delicias inefabiles, digno sucesor de los apóstoles; disfruta el pago de tu fidelidad, y descansa de tus tareas y trabajos sin inquietud, sin turbacion, y sin temor de

perder la corona de justicia, que te fué dada en premio al fin de tu carrera. Canta sin cesar los himnos de alabanzas al Cordero en cuya sangre lavaste tu estada, y bendicele por los siglos de los siglos en la compañía de los ángeles. Gloríate, iglesia de Murcia, con el tesoro de las reliquias de san Fulgencio, que despues de tantos siglos, de tantas persecuciones y trastornos, has llegado al fin á conservar en tus altares, para que sean el refugio de los fieles necesitados, que invocan su proteccion, y piden por su medio el socorro de sus aflicciones.

Y nosotros, mis amados hermanos, no olvidemos este ejemplo de fortaleza y constancia; aprendamos en san Fulgencio, la necesidad que tenemos de confesar y defender la verdadera fé en los peligros y las persecuciones, renunciándolo todo, perdiéndolo todo, sufriendolo todo ántes que sucumbir á ser infieles y enemigos de Dios. Resolvámonos á ser fieles en la tentacion, y animémonos con su ejemplo, y con la contemplacion del premio que está gozando en el Cielo por su fidelidad.

Dispensadnos, glorioso Santo, dispensadnos á este fin vuestra proteccion; interceded con el Señor, para que nos conceda el don de fortaleza; celoso fuisteis en la tierra de la salvacion de las almas, y no podéis desatender en el Cielo los ruegos de los que os invocan; sed nuestro abogado y protector para que no caigamos en la tentacion, para que nos conservemos fieles al Señor en todas las circunstancias y todos los tiempos, y como á siervos fieles nos mande entrar tambien en su gozo y cantemos con vos las eternas alabanzas. Amén.

PANEGÍRICO
DE SAN GABRIEL, ARCÁNGEL.



Mianus est angelus Gabriel à Deo ad Virginem desponsatam vitro, cui nomen era Joseph, et nomen Virginitatis Maria.

Davidi Dicit à angel Gabriel à una virgine desponsada con cierto varon llamado José, y el nombre de la Virgen era Maria.

(Luc. 1. 26.)

Son por demás limitados los conocimientos del hombre. Todo lo quiere comprender y explicar; y se ve, sin embargo, en la necesidad de reconocer, que ignora la naturaleza de lo mismo que palpa, y lo rodea, de la luz que lo ilumina, del aire que respira, de la humilde yerba que pisa, del insecto que le molesta, del pájaro que le recrea; tiene que confesar, á despecho de su orgullo, que no se conoce á sí mismo, ni sabe cómo vive, se mueve y existe. Alza los ojos al cielo y no acierta á comprender lo que son las estrellas, el sol, la luna y los planetas. ¿Y cómo pudiera comprender lo que son otros seres más nobles, más elevados, más grandes; lo que son unas criaturas invisibles, espirituales, que están al lado de Dios, y acerca de las cuales somos incapaces de formarnos siquiera una idea? ¿Cómo conocer lo que son los ángeles que sirven de trono al Señor, le alaban y bendicen, y se ocupan en cumplir su voluntad y ser ministros suyos? Somos demasiado terrenos para podernos elevar al conocimiento de unas criaturas tan espirituales y superiores á nosotros, y solo sabemos de ellos lo que el Señor ha querido revelarnos. Pero, así como nos son desconocidas su ciencia y su naturaleza, nos son conocidos los beneficios que el Señor ha dispensado visiblemente por su ministerio; nos son conocidos muchos de sus favores; y esto basta para excitar nuestra gratitud, sumisión y respeto á esos espíritus venturosos. En la obra más grande, en la más importante, en la obra de la reparación de nuestra caída y redención de nuestra cautividad, nos

consta, que el ángel Gabriel fué el enviado por Dios á la ciudad de Nazareth, á la Virgen María desposada con José, para anunciarle los misterios del Señor, y que el Verbo eterno, el Hijo del Altísimo, tomarla carne en sus purísimas entrañas; que fué el embajador del Cielo á la tierra para anunciarla haber llegado los días de la redención y de la paz. El Evangelio nos refiere este imponderable servicio de S. Gabriel con estas palabras: *Envio Dios al ángel Gabriel á Nazareth, ciudad de Galilea, á una Virgen desposada con cierto varon de la casa de David, llamado José, y el nombre de la Virgen, era Maria. ¿Qué más necesitamos saber, para honrar á este celestial embajador, á este representante de Dios, á este espíritu, por cuyo medio recibimos el mayor bien que Dios ha dispensado á los hombres? Justo es, pues, que le honremos y seamos agradecidos; y lo haremos segun su voluntad, si nos aprovechamos del beneficio de la redención, del que él fué digno mensajero.*

Hé ahí indicado el asunto en que voy á ocuparme y llamar vuestra atención en mi discurso. ¡Quiera el Señor que ceda en honor suyo y utilidad y aprovechamiento nuestro! *A. M.*

Apénas salió Noé del Arca y pisó la tierra húmeda todavía con las aguas del diluvio, y cubierta de los cadáveres de las victimas de la inundación general, erigió un altar; y tomando algunos de los animales que había conservado, ofreció holocaustos al Señor en olor de suavidad, para manifestarle su agradecimiento y su aprecio por el beneficio que tan misericordiosamente había dispensado á su familia. Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David, Salomon, los Macabeos, expresaron repetidamente al Señor su reconocimiento por los beneficios recibidos con holocaustos, sacrificios y cánticos de alabanza, como nos lo refiere la Escritura sagrada. El Apóstol escribe á los fieles de Tesalónica, diciendo: *Daños gracias á Dios sin intermisión; y dice á los Colosenses: sed agradecidos.* Tan propia y natural es del hombre, y mucho más del cristiano, la gratitud á los favores y beneficios de su Dios. Y si cuando alcanzamos algún beneficio extraordinario, no solamente honramos al bienhechor principal que nos le dispensa, sino aún á las criaturas insensibles que intervienen en él y por cuyo medio llega á nosotros; si el Arca santa era tan venerada del pueblo de Dios, porque en ella manifestaba su voluntad el Señor al mismo Sacerdote; si los instrumentos mismos y las armas con que consiguieron los triunfos contra los filisteos, eran tenidos en respeto y se miraban con cierta honra por los del pueblo escogido; habiendo traído al mundo el arcángel S. Gabriel la nueva de su mayor gozo y

consuelo, debiéndole el favor singular de haber anunciado á María Santísima la Encarnación del Verbo divino, habiendo alcanzado por su medio la inapreciable dicha de nuestra redención; habiendo sido el mensajero de Dios para que apareciese en el mundo nuestro Redentor, que durante tantos siglos había sido el objeto de las esperanzas de los justos, de sus oraciones y suspiros, y el fin á que se dirigian las promesas que había hecho Dios á su pueblo saciándole del Egipto, concediéndole la tierra de promisión y anunciándole á los patriarcas y profetas; no será acreedor á que nosotros le honremos y veneremos? Si veneramos la casa de Nazareth en que vivía María Santísima, porque en ella la fué anunciada la Encarnación del Verbo divino y concibió al Hijo del eterno Padre; si veneramos el pesebre, donde Jesús fué reclinado en su nacimiento, la cruz en que murió, los clavos que traspasaron sus manos y piés, las espinas que taladraron su cabeza, y cuanto tuvo contacto con Jesús en este mundo; no deberemos honrar, venerar y manifestar nuestro aprecio y respeto al arcángel S. Gabriel, que, desde el principio, fué instruyendo á los hombres acerca de la venida de su Redentor, hasta anunciarles su nacimiento en Belén?

Si, desde el principio, hermanos, Sabido es, que luego que nuestros primeros padres cayeron en la culpa y fueron arrojados del Paraíso, haciendo partícipes á sus descendientes de sus miserias, el Señor les consoló con la promesa de un Reparador que los volvería á su amistad, y sacaría al género humano de la esclavitud en que había caído. Esta promesa la fué renovando el Señor á los patriarcas; y á proporción, dice S. Agustín, á proporción que se iba aproximando el tiempo de su cumplimiento, fué tambien haciéndose más pública y más notoria, así como más cierta y segura, la esperanza en todo el pueblo hebreo, de que había de venir el deseado Redentor. Pues bien: el arcángel Gabriel fué el encargado de recordar dicha promesa, de repetirla, de enjugar de tiempo en tiempo las lágrimas del género humano, y consolarle en su peregrinación con la esperanza de su Redentor. Al profeta Daniel se le apareció, señalándole el tiempo en que el Mesías prometido había de venir al mundo, y librarlo con su muerte del yugo de Satanás, cumplidas aquellas setenta hebdomadas ó semanas de años abreviadas y misteriosas. El mismo San Gabriel se apareció á Zacarías, cuando éste quemaba el incienso ante el altar, y le anunció el venturoso nacimiento de su hijo S. Juan Bautista, el gozo universal que todos recibirían en él, y la abundancia de gracias y de espíritu que estaría dotado aquel niño; aún en las entrañas de su madre; que sería su alegría y había de ser grande

á los ojos del Altísimo, como se verificó, naciendo, en el tiempo señalado por el arcángel, el Precursor, que señaló con el dedo al Mesías prometido. El mismo arcángel se presenta á María como mensajero de Dios, para manifestarla, lo que se había determinado en el divino Consistorio acerca de la Encarnación del divino Verbo, y que Ella era la llena de gracia, la bendita entre todas las mujeres, la escogida para ser la Madre del Salvador de su pueblo. El mismo arcángel, según el sentir de los doctores y expositores sagrados, consoló á S. José en sus zozobras, anunció el nacimiento de Jesús á los pastores de las montañas de Belén, avisó el peligro que amenazaba al Niño con el degüello ordenado por Herodes, y mandó á José que huyera á Egipto con la Madre y el Hijo para salvarse. El mismo arcángel le mandó volver á su patria después de la muerte de Herodes. El mismo arcángel, cuando Jesús estaba orando en el Huerto y sudaba sangre al contemplar los tormentos de su pasión, y el cáiz de amargura que tenía que apurar para consumir la obra de la redención de los hombres, y aplacar la ira de Dios ofendido por el pecado, bajó del Cielo y se le apareció para confortarle. Bien podemos asegurar pues, que, desde el principio hasta su consumación, ha sido este dichoso y bienaventurado espíritu el encargado del beneficio imponderable de nuestra reparación y redención; el que nos ha colmado de consuelos y esperanzas; y el que, por último, nos ha anunciado al Redentor mismo, que nos ha sacado de la esclavitud del demonio, del pecado y de la muerte, y nos ha franqueado las puertas de la gloria.

Por lo tanto, justo es, hermanos míos, que nos manifestemos agradecidos á este arcángel, que le honremos y veneremos. Si el jóven Tobias tenía por muy poca merced, y suplicaba que aceptase como una señal, nada más, de su reconocimiento, la mitad de todos sus bienes al mancebo que le había acompañado en su viaje, salvado de los peligros, y llevado sano á la casa de su padre con Sara su esposa; ¿qué merced ó retribución podremos dar nosotros á este ángel del Señor, que nos ha proporcionado bienes más generales y mayores sin comparación? ¿Cómo le manifestaremos nuestra gratitud y reconocimiento?

Para nada necesitan de nosotros esos espíritus felices, y están contentísimos con cumplir la voluntad de Dios, de quien son ministros; mas podemos y debemos ser reconocidos á los servicios de S. Gabriel acatando el beneficio de la Redención, procurando aprovecharnos de este tesoro, con el cual podemos comprar nuestra felicidad eterna y ser semejantes á los ángeles. Hé ahí, hermanos míos, el modo de honrar al mensajero de nuestra salvación eterna; el modo de agradecerle y

aumentar, si es posible, su gozo y su satisfacción, y con lo que trabajamos á la vez en provecho nuestro. ¿Y cómo podrá ménos de injuriar y faltar al respeto y gratitud debida al embajador del Cielo, para negociar nuestra reparacion y el cumplimiento de las promesas de Dios, el que vive en un olvido del beneficio de la Redencion, el que no trata de aprovecharse de él, el que vive como si no tuviera más patria ni más esperanzas que la tierra? Pero ¿es posible semejante olvido y desprecio en los hombres? ¿Hay cristianos que puedan olvidar y ser ingratos al beneficio de su redencion? ¿Hay alguno que no diga como David: Qué dará al Señor en cambio de tanto como El me ha concedido? Pero ¿qué es la Redencion? Es, hermanos míos, el beneficio más grande, la prueba más decisiva del amor de Dios á los hombres. Si Dios hubiera dejado á nuestra elección que le pidiésemos una prueba visible y un testimonio claro de lo mucho que nos ama, ¿nos hubiera siquiera pasado por la mente, el pedirle otra igual al testimonio que nos dió con su Encarnacion y nuestra reparacion? ¿Hubiéramos soñado siquiera en pretender, que Dios se hiciese hombre, y que haciéndose en todo semejante á los hombres, tomase sobre sí todas nuestras miserias, á excepcion del pecado, para compadecerse de nuestras necesidades, á costa de su sangre y de su vida por nuestras culpas? Pues este prodigio, que jamás nos atreviéramos á pedir ni aún á imaginar; esta maravilla, que el entendimiento humano calificaria de extravagancia; este milagro fué el que obró la Sabiduría divina para manifestarnos lo mucho que nos amaba: este bien inmenso es el que se nos anunció por medio del arcángel S. Gabriel. Y sin embargo, siendo esta una verdad, que creemos como católicos cristianos, ¿cuál es nuestra gratitud? ¿Qué interesaba el Señor en nuestra redencion? ¿Qué iba á ganar en hacerse semejante á nosotros para que fuésemos participantes de su gloria? ¿Ignoraba, acaso, que iba á desperdiciar sus beneficios en unos hombres ingratos? ¿No sabía, por ventura, que por grande que fuese el sacrificio, por más ejemplos que nos diese, el mundo siempre habla de ser enemigo implacable suyo, y habla de estar lleno de ingratos, de libertinos, de impíos y dissolutos? Con todo, nada fue bastante á enfriar su amor, y apartarle de su resolucion de vivir entre nosotros, y morir por nosotros.

Vel, hombres, vel, y contemplad el amor de nuestro Dios, que nos dió á su mismo Hijo unigénito, y quiso que nos llamásemos y que realmente fuésemos hijos suyos, pueblo amado del Hombre-Dios, sus hermanos y coherederos. ¡Oh Dios que se humilla hasta hacerse un niño, que se sujeta á nuestras miserias, que padece, que

inmere entre la afrenta y el dolor por amor á los hombres! ¿Creemos estos misterios? ¿Y qué impresion produce en nosotros esta creencia? Señor, ni vuestras congojas, ni las maravillas que obráis para aparecer como un siervo entre los hombres, y padecer y morir por ellos, me admiran ni me extrañan, porque aunque son incomprendibles, en vuestros acertados y eternos desigmos habeis escogido estos medios para alcanzar la redencion del género humano. Lo que sí me admira, lo que confunde mi razon, lo que no podría creer si no lo palpase, es: que los hombres crean estas verdades y os nieguen su amor; que sepan que habeis puesto vuestros tesoros en sus manos y no quieran aprovecharse de ellos; que vivan olvidados de vuestros incomparables beneficios; más aún, Señor, que los desprecien, y vivan como si nada creyesen, como si nada tuviesen que esperar ni temer, como si no necesitasen de la Redencion, ó les fuera indiferente el pertenecer ó no al número de los que se salven. Lo que me turba y llena de espanto es: que los cristianos crean estas verdades y vivan encenagados en los vicios, en los placeres, en sus afanes terrenos; y que sabiendo que su ley, la ley que deben cumplir para salvar sus almas es la ley de Jesucristo, la ley que nos intimó en su Evangelio: ley de mortificacion, de abnegacion, de penitencia, de cruz, de amor á todos, de paz con todos, de sufrimiento y resignacion en los trabajos; la olviden, y sigan por el anchuroso camino de la perdicion, por los deleites, por las injusticias, por el desenfreno y la licencia, sin que apenas se distingan en sus obras de los que no tienen fé.

¿Qué es esto sino la más negra ingratitud al beneficio de un Dios hecho hombre para salvar á los hombres? ¿Qué es esto sino obligar á arrepentirse, en cierto modo, al mismo Dios, del beneficio que nos ha dispensado, y á que como si nada diga en queja á presenacia del Cielo y de la tierra: Los mismos hijos propios á quienes he nutrido y ensalzado me llenan de desprecios? ¿Qué es esto sino volver mal por bien, de cuyo desorden se lamenta el Señor por Jeremias? ¿Qué es esto sino hacer que caiga sobre nosotros la tribulacion, despreciar las riquezas de la bondad, de la paciencia y longanimitad de Dios, y atormentarnos su ira por nuestra dureza? ¿Qué es esto sino ser de peor condicion que los jumentos; porque el buey conoce á su dueño, y el asno conoce el pesebre de su señor; y el hombre no quiere reconocer á su Bienhechor? ¿Qué es esto sino exponernos á perder el reino de Dios, y que se dé á otras gentes agradecidas que hagan obras dignas de él? V esta ingratitud, este menosprecio de nuestra redencion, que tan directamente lastima á Jesucristo, ¿no redundá tam-

bien, en cierta manera, en mengua del arcángel S. Gabriel, que tanto intervino para su complemento y para ajustar la paz entre el Cielo y la tierra? Este Angel de paz dejará de llorar amargamente la ligereza y locura de los hombres en abandonar á su Redentor, y no aprovecharse de sus méritos, de su ley, de sus Sacramentos y sus gracias, por obedecer á las vanidades del mundo? ¿Dejará de ser un agravio para este espíritu bienaventurado, el que libres ya los hombres del poder del demonio, quieran vivir en su esclavitud, y sin admitir la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria que les trajo con su embajada?

Si queremos pues, honrar y venerar al arcángel S. Gabriel, si queremos que su alegría sea completa, resolvámonos á apreciar el beneficio de nuestra redención, á aprovecharnos de este inmenso tesoro, que nos abre las puertas del Cielo, y nos une con Dios y con sus ángeles en la gloria. ¿No tiene Dios un derecho á exigir esta resolución de nosotros? ¿Hay algún otro á quien debamos tanto y nos pida con justicia más reconocimiento? No lo reclaman tambien nuestro propio interés y felicidad? Así lo ofreceremos, Señor; pero Vos sabéis, que no nos es dado conseguirlo con nuestros esfuerzos; jamás podrá ser nuestra salvacion exclusiva obra de nuestras manos, ni podremos tener valor para resistir á tantos enemigos como se nos oponen en el cumplimiento de vuestra santa ley. Sed Vos, Señor, nuestra ayuda y nuestra protección, nuestro declarado defensor, y así no temeremos á nuestras pasiones, que están siempre dispuestas á despedazarlas.

Y vos, glorioso arcángel S. Gabriel, elegido entre todos los espíritus bienaventurados, para traer la grata nueva del misterio inefable de la Encarnacion del Hijo de Dios y nuestra reparacion, haced que, ya que fuisteis nuestro mediador é intercesor en la tierra, experimentemos la dulce protección que podéis dispensarnos desde el Cielo, para que purificados con la sangre de Jesús, precio de nuestra redención, tengamos la dicha de cantarle en vuestra compañía y de todos los Angeles y Santos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. *Amen.*

PANEGÍRICO DEL BEATO GASPAR DE BONO.

Vultis scire quam parvam factus sum, et ero humilis in oculis vestris.

Yo me abateis mas de lo que he hecho, y tere despreciable á los ojos vros.

(II REG. VI, 22.)

No extrañéis, hermanos míos, que habiendo plantado en la Iglesia Francisco de Paula el ameno y frondoso jardín de su Religión Minima, produzca ésta frutos sazonados de virtud, que al paso que la hacen adelantar entre las otras majestuosamente, acreditan la destreza y cuidado del jardinero que la plantó. Es sin duda un efecto de la particular predileccion del Todopoderoso la santificacion de sus escogidos; pero, así como los rayos del sol fertilizan en abundancia las tierras feraces y de esmerada labor, así no es de admirar, que la gracia de Jesucristo se manifieste triunfadora en los miembros que componen la gran familia de Francisco de Paula. Testigos son de esta verdad los Moreles, los Vedastos, los Barbudos, los Longobardis, y otros innumerables varones, cuya sabiduría y santidad, juntamente con la observancia rigurosa de su instituto, les merecieron un lugar distinguido en los anales de la historia, y el aplauso universal de todo el Orbe cristiano. Ello es, amados míos, que un campo todo de humildad no podía ménos de producir árboles tan altos y frondosos.

Con esa larga serie de personajes que pueden presentarse con pompa á la faz del universo, has confundido oh Francisco! á los que haciendo gala de su impiedad, quieren borrar enteramente de nuestros corazones los sentimientos de la augusta religion que profesamos, zahiriendo, primeramente, con sus lenguas maldicientes los venerables institutos que le sirven de apoyo y de adorno. Desgracia funesta para los censores de los institutos religiosos, que al mismo tiempo en que con invectivas maliciosas procuran denigrar los establecimientos más útiles que han conocido los siglos, la providencia

bien, en cierta manera, en mengua del arcángel S. Gabriel, que tanto intervino para su complemento y para ajustar la paz entre el Cielo y la tierra? Este Angel de paz dejará de llorar amargamente la ligereza y locura de los hombres en abandonar á su Redentor, y no aprovecharse de sus méritos, de su ley, de sus Sacramentos y sus gracias, por obedecer á las vanidades del mundo? ¿Dejará de ser un agravio para este espíritu bienaventurado, el que libres ya los hombres del poder del demonio, quieran vivir en su esclavitud, y sin admitir la libertad de hijos de Dios y herederos de su gloria que les trajo con su embajada?

Si queremos pues, honrar y venerar al arcángel S. Gabriel, si queremos que su alegría sea completa, resolvámonos á apreciar el beneficio de nuestra redención, á aprovecharnos de este inmenso tesoro, que nos abre las puertas del Cielo, y nos une con Dios y con sus ángeles en la gloria. ¿No tiene Dios un derecho á exigir esta resolución de nosotros? ¿Hay algún otro á quien debamos tanto y nos pida con justicia más reconocimiento? No lo reclaman también nuestro propio interés y felicidad? Así lo ofreceremos, Señor; pero Vos sabéis, que no nos es dado conseguirlo con nuestros esfuerzos; jamás podrá ser nuestra salvacion exclusiva obra de nuestras manos, ni podremos tener valor para resistir á tantos enemigos como se nos oponen en el cumplimiento de vuestra santa ley. Sed Vos, Señor, nuestra ayuda y nuestra protección, nuestro declarado defensor, y así no temeremos á nuestras pasiones, que están siempre dispuestas á despedazarlas.

Y vos, glorioso arcángel S. Gabriel, elegido entre todos los espíritus bienaventurados, para traer la grata nueva del misterio inefable de la Encarnacion del Hijo de Dios y nuestra reparacion, haced que, ya que fuisteis nuestro mediador é intercesor en la tierra, experimentemos la dulce protección que podéis dispensarnos desde el Cielo, para que purificados con la sangre de Jesús, precio de nuestra redención, tengamos la dicha de cantarle en vuestra compañía y de todos los Angeles y Santos las divinas alabanzas por los siglos de los siglos. *Amen.*

PANEGÍRICO DEL BEATO GASPAR DE BONO.

*Vultis sciam plus quam factus sum, et ero
humilis in oculis vestris.*

*Yo me abateis mas de lo que he hecho, y
seré despreciable á los ojos vros.*

(II REG. VI, 22.)

No extrañéis, hermanos míos, que habiendo plantado en la Iglesia Francisco de Paula el ameno y frondoso jardín de su Religión Minima, produzca ésta frutos sazonados de virtud, que al paso que la hacen adelantar entre las otras majestuosamente, acreditan la destreza y cuidado del jardinero que la plantó. Es sin duda un efecto de la particular predileccion del Todopoderoso la santificacion de sus escogidos; pero, así como los rayos del sol fertilizan en abundancia las tierras feraces y de esmerada labor, así no es de admirar, que la gracia de Jesucristo se manifieste triunfadora en los miembros que componen la gran familia de Francisco de Paula. Testigos son de esta verdad los Moreles, los Vedastos, los Barbudos, los Longobardis, y otros innumerables varones, cuya sabiduría y santidad, juntamente con la observancia rigurosa de su instituto, les merecieron un lugar distinguido en los anales de la historia, y el aplauso universal de todo el Orbe cristiano. Ello es, amados míos, que un campo todo de humildad no podía ménos de producir árboles tan altos y frondosos.

Con esa larga serie de personajes que pueden presentarse con pompa á la faz del universo, has confundido ¡oh Francisco! á los que haciendo gala de su impiedad, quieren borrar enteramente de nuestros corazones los sentimientos de la augusta religion que profesamos, zahiriendo, primeramente, con sus lenguas maldicientes los venerables institutos que le sirven de apoyo y de adorno. Desgracia funesta para los censores de los institutos religiosos, que al mismo tiempo en que con invectivas maliciosas procuran denigrar los establecimientos más útiles que han conocido los siglos, la providencia

del Eterno contraponen á sus pérdidas juicios infinitos ejemplares que confunden su mala fe, y realzan en gran manera la santidad de la religion en que vivimos. Disimulad, amados oyentes, si con esta corta digresion, he retardado por un instante nombrar el objeto de vuestros cariños, y cuyos cultos atestiguan la grata memoria que ha quedado en vosotros de sus virtudes, el incomparable y humilde Gaspar de Bono. Si: este es el varon, que visitando el hábito y capilla de Francisco de Paula, es la más completa y acabada apologia de cuantas á favor de las órdenes religiosas se han hecho. Porque ¿quién se atreverá á zaherirlas, mientras se acuerde de un Gaspar de Bono, soldado el más fiel, religioso el más observante, superior el más zeloso, padre de los pobres, anacoreta el más penitente; y por decirlo en breves y compendiosas palabras, dechado y conjunto de todas las virtudes?

Este es el Santo, hermanos míos, del cual vengo á hablaros esta mañana. Yo creo que ya os habeis hecho cargo de que sería una empresa temeraria, si se quisiese, en el corto tiempo que se concede á un panegirico, abarcar todo cuanto de Gaspar de Bono decirse puede. Excusadme, pues, de una larga y circunstanciada narracion de todos los pasos admirables de su portentosa vida; y permitid, que el punto de vista desde el cual hemos da considerar ahora á Gaspar de Bono, consista en su humillacion ante Dios, y en el empeño de Dios en exaltarle. Pidamos ántes con confianza las luces y ayuda del Espíritu divino: *A. M.*

Cuando se contempla al héroe en medio de su brillante carrera, ó engolfado en sus más heroicas acciones, entónces, herida la imaginacion de la fama y esplendor de tamaños hechos, queda suspensa y como arrebatada por un interior impulso, y le juzga digno y superior á todas las alabanzas y homenajes que le tributan los hombres. Á la verdad, nuestra imaginacion, que siempre se deja llevar de lo exterior y sensible, sin profundizar demasiado en el principio de do nace, forma facilmente ideas de grandeza de muchos hombres, cuyas acciones, acompañadas del ruido que producen, hacen formar desde luego un ventajoso concepto del héroe que se enaltece. Somos tan fáciles en conceder el título de héroe en medio del esplendor y brillantez, que no lo rehusamos á un Alejandro y á un César, aunque, en la realidad, no hayan sido más que verdaderos azotes de la humanidad. Con hechos extraordinarios nos cebamos, y dó quiera que los encontremos, allí fijamos nuestra atencion, y los admiramos y aplaudimos. Debilidad deplorable de nuestra naturaleza, y efecto funesto

de la soberbia que nos domina! Pero, si en lugar de acciones ruidosas y extraordinarias, se propone el orador presentar á la vista de sus oyentes un largo catálogo de humillaciones, afrentas, injurias y ultrajes que recibió el Santo de quien se propone hablar, sabe de cierto, que para los incrédulos será materia de risa, para los gentiles de mofa, y para los tibios materia indiferente. Pero, aquellos cuyo espíritu es de Jesucristo, y que pesan las cosas en la balanza del Evangelio, forman juicio muy diferente; y la accion más humilde de un santo es para ellos materia de humildad y admiracion. El que no tiene el espíritu de Jesucristo, éste no puede ser suyo; y el espíritu del Salvador es de humillacion y abatimiento.

Con estas sublimes lecciones del Crucificado quedó Gaspar de Bono intimamente convencido, de que la única senda que habia de seguir para la santificacion de su espíritu era la gloriosa carrera del desprecio y humillacion. Altamente impresa en su corazon la imagen del Redentor divino, que por nuestro bien se anonadó hasta tomar la forma de esclavo, procura seguirle por este camino, parecido totalmente al divino original. Para Gaspar de Bono, ya desde su infancia, es veneno el aplauso y la admiracion de los hombres. Por eso, si se le honra, huye; si se le confieren empleos, los renuncia; si cargos, no los admite; si le alaban, se sonroja; y si le desprecian, se alegra. Verdad es ésta tan autenticada en la historia de su vida, que solo hasta abrirla, para quedar de ello convencido. Camina, pues, Gaspar de Bono con majestuosos pasos por la humilde senda que se ha propuesto. Yo no quiero ahora, hermanos míos, recordaros toda la serie de su juventud, hasta el tiempo predestinado por el Altísimo, en que se vió contado entre el número de sus siervos. Yo, únicamente, ateniéndome á la idea que me he propuesto, debí manifestaros las acciones de su vida, en las cuales más brilló su profundísima humildad. Y comenzando por la primera de ellas, que diremos de los primeros ensayos de esta virtud, cuando devotamente arrojado ante un Crucifijo, repelia muchas veces: «Señor, Dios Verdadero, misericordia!» Como si más claro dijera: aquí, Señor, tenéis en vuestra presencia al que de sí nada de bueno tiene, al frágil, al miserable, al desnudo de toda virtud. Pero Vos solo, Señor, podeis ayudarme; de Vos han de venir las fuerzas; de Vos el auxilio; una criatura tan miserable como soy yo, ¿qué hará, si vuestra misericordia no le asiste? ¿qué pensará, si vuestra bondad le abandona? ¿y qué hablará, si vuestra clemencia no le favorece? Conózcome á mí, Dios mío, y os conozco á Vos. Vos sois el que sois; yo fragilidad, miseria, nada.

Francisco de Paula, aquí tienes un arbolito, que plantado en tu campo dará óptimos frutos de virtud! Tuyo ha de ser; y así tuyo será el cuidado de conservarlo. Consecuente á estos principios, Gaspar de Bono, aunque se halle en la flor de su edad, que es lo mismo que decir en la edad en que suelen roinar la vanidad y presunción, y en que el deseo de honra lleva tras sí todas nuestras atenciones; en esta edad, en que su oración afectuosa, su continua asistencia á los oficios divinos, sus ayunos rigurosos, sus sangrientas disciplinas, penetrantes cilicios, total retiro del mundo, abnegación de sí mismo, le podrían hacer concebir alguna estimación de su persona, ó infundirle cierto aire de superioridad sobre sus iguales; entonces es cuando Gaspar de Bono sacrifica á Dios su gusto y propia voluntad. Sin oficio, ó militar, esta es su divisa, este su distintivo: «Gaspar de Bono el humilde.»

Así adornada el alma de Gaspar, se presenta á los umbrales de Francisco, para ser admitida en la grande y dilatada casa de su familia. Poné toda su confianza en Dios, persuadido de que quien lo ha inspirado la voluntad, éste mismo le proporcionará medios para la ejecución. No se hizo sea de hallar favorable acogida en los ánimos de aquellos padres, ni por la nobleza de su sangre, porque es pobre, ni por lo esclarecido de su ciencia, porque es iliterato. Aquellos reverendos padres, enseñados en la escuela de su fundador, saben, que el devoto humilde es el único que tiene derecho al santo hábito que viste. No hacen mérito para la admisión de Gaspar, ni de la vida penitente, ni de la oración continua, ni de la inocencia de sus costumbres, sino de la humildad que en el rostro y acciones de Gaspar resplandece. Entonces, lisonjeándose de haber hallado la preciosa margarita, entre sentimientos de placer y regocijo, con un estrecho abrazo le admiten en su compañía. ¡Oh día señalado en los anales de la historia de la Religión mínima! ¡Oh, venturosos los que con sus votos pudieron contribuir á la admisión de Gaspar de Bona! Admisión que ha dado á su Religión un santo de extraordinaria grandeza, á los claustros un religioso el más perfecto, á los confesoriarios un celoso director, y á los conventos un superior prudente. Admisión, que ha dado á los atribulados un consolador, á los enfermos un médico, y un tutor á los desamparados. Admisión, en fin, que ha causado contento á los ángeles, terror á los abismos, y á la Iglesia de Jesucristo honor y triunfo. ¡Seas por eso celebrada, oh Religión mínima, de las generaciones presentes y venideras; y tu memoria, junto con la de Gaspar, sea en los países más remotos entre mil bendiciones conservada!

Cumplidos así los deseos de Gaspar de Bono, camina con pasos acelerados al monte de la perfección; descuella entre sus hermanos como el cedro entre los árboles. Pero yo no digo bien; Gaspar de Bono es entre sus correligionos lo que la hiedra entre las plantas. Tomando de nuevo por modelo de todas sus acciones al divino Redentor en su sacrosanta pasión, ¿qué se podía esperar de Gaspar sino humillación y abatimiento? El hábito que viste, se diría á sí mismo, es hábito de humildad, y el que en esta virtud no se ejercita, es indigno de vestirse. Las pompas y vanidades, allá en el mundo las hemos dejado; aquí cruz, abnegación y desprecio. Trasladaos, señores, por un instante al noviciado, y mezclaos con los novicios para ver con vuestros propios ojos cuán hermanadas andaban la obra y la voluntad. En él no vereis la menor repugnancia á los ejercicios, aunque sean los más bajos y desapacibles. Nunca ha manchado sus labios con quejas ó murmuraciones. Siempre le hallareis pronto, ya para barrer el convento, ya para lavar los platos, ya para ayudar á los peones en la conducción de los materiales. Entonces... Pero, oh tú, sabio director, á quien está confiada la custodia de esos tiernos arbolitos, dímos: ¿cuando viste novicio más humilde? ¿Cuántas veces no pudiste contear las lágrimas arrancadas por la alegría y regocijo que se traslucían en Gaspar por tus voluntarias, ásperas y mortificadoras reprensiones? Estas eran las perlas que Gaspar buscaba, y era día para él perdido aquel en que no las tenía. Vosotros, oh novicios! sois testigos de la humildad de Gaspar en pediros por gracia, dejarle remendar los hábitos que advertía estaban rotos. Y si su petición no hallaba favorable acogida, acordámonos, decía, de nuestro padre fundador, al cual ni su elevada santidad, ni la dignidad de general impedía el remendar los hábitos de los novicios, lavarles los paños, y servir en la mesa á sus religiosos, como si fuese el más ínfimo de todos; y ¿qué extraño es ahora yo lo mismo siendo novicio y miserable pecador? ¡Oh joven dichoso! ¿y qué diré de tí? ¿con qué palabras le alabaré? ¿y qué podré yo decir que se iguale á tu mérito y santidad? Tú has llenado completísimamente las esperanzas que de tí los padres concibieran. Tú has sabido digno hijo del gran Francisco.

Considerad, hermanos míos, cuál sería la vida de Gaspar siendo profeso, habiendo sido tal la de novicio. Seguid sus pasos desde al celda al coro, y desde el coro á la celda, y en ésta observareis al más silencioso y retirado del mundo, y en aquéll al más contemplativo y absorto en Dios. El rezo, la oración, la disciplina, ved ahí la única ocupación de Gaspar de Bono. Era imposible, que un varón

tan extraordinario estuviere por largo tiempo sepultado en la sombra y oscuridad: Francisco de Paula, que vela sobre su Religión, le coloca al frente de sus hijos, para que les sirva de antorcha y guía. Los conventos de S. Sebastián y Alacnas en Valencia; los de la Soledad y Muro en Mallorca; los de Perpiñán y otros en Aragón y Cataluña, le veneran por su superior, y fueron ilustre teatro de las virtudes heroicas de Gaspar. Y así, mientras vosotros, abortos en el fiel cumplimiento de sus obligaciones, le admiráis, tan pronto en manifestar á unos con sus ejemplos la santidad de su vocacion, y en otros avivar con sus exhortaciones el amor de la observancia regular; tan pronto en consolar á aquellos con sus santas conversaciones, y á éstos dirigir con sus discursos al reino de los Cielos; luego en enseñar con sus acciones á los inferiores cómo han de obedecer, y á los superiores cómo han de mandar; luego en instruir á los novicios en los más menudos apices de la Religión; ahora en animar á los proyectos á caminar hasta la cumbre de la santidad; ahora en socorrer las necesidades de sus conventos; ya en el coro, en donde es el primero que entra y el último que sale; y ya en la enfermería en cuidar y consolar á los enfermos; tan pronto... si; mientras que vosotros, arrebatados de la brillanz de esta cadena de extraordinarias acciones, contemplais en Gaspar al modelo de los preladis, yo, siguiendo el hilo de mi discurso, le admiro como el más humilde de los superiores. ¡Qué campo tan dilatado se ofrece ahora á mi imaginacion, si quisiera individualizar las acciones de humildad en que se ejerció Gaspar de Bono! Lágrimas, quejas, reconvençiones, súplicas, ruegos, protestas, cuando es elegido superior. Incomodidad, buscar lo peor, no querer ninguna distincion quando viaja. Barrer por sí mismo las celdas, iluminarlas y proveerlas de agua, quando provincial. Su afabilidad quando corrige; su ternura quando castiga; su paciencia quando confierme; y, en fin, el bajo concepto que de sí tiene quando se ve elevado.

Pero ¡ah! que hemos llegado, señores, al momento en que veremos desplegar todas sus velas á la profundísima humildad de Gaspar de Bono. A vivad vuestra imaginacion, y observadle quando, precisado por su oficio á asistir á una función literaria que un corista daba, empieza éste á atajar á su digno provincial, diciendo: ¿quién bueno sino Gaspar de Bono? ¿quién prudente sino Gaspar de Bono? ¿quién sábio sino Gaspar de Bono? He aquí que no pudiendo resistir ya por más tiempo su profundísima humildad, se levanta, y retirándose á su celda, se abandona al llanto y afliccion. Y bien, hermano, le dice despues; ¿en qué os he ofendido para que así me trateis? ¿qué linaje

de agravio es éste, decirme bueno, siendo pecador, y alabarme por hábil, siendo un hombre ignorante? ¡Oh inocente corista! ¿quién hubiera dicho que unas alabanzas tan verdaderas te habian de acarrear la reprobacion y el castigo? ¡Oh vil adulacion! en éste día quedas eternamente confundida por la humildad de Gaspar de Bono. Si vosotros, con acciones tan patentes quedais ya enteramente convencidos, de quanto Gaspar hizo para humillarse ante el acatamiento del Señor, á mí me es forzoso seguir aún la carrera de su vida, y presentaros otras pruebas que demuestran, que su humildad no podia llegar á más alto punto. Figúraos á un provincial como es Gaspar de Bono, cuyo celo por la observancia vá regulado con las reglas de prudencia; ni es áspero al principio, ni se irrita al fin. Bá ciertas disposiciones que no son del gusto de un súbdito suyo; ¿habéis visto al león á quien se le escapa la presa, desesperarse y llenar con sus bramidos de terror las soledades más desiertas? Así fué este insolente atrevido, vomitando por la boca infuitas injurias contra el Beato, que estaba doliente en la cama, llamándole inconsiderado, malicioso, condenado y tizon del Infierno. ¿Y no se tuvo respeto á las venerables cañas de nuestro Beato? ¿Y la dignidad de provincial no fué bastante para contener el atrevimiento de un súbdito? No; pero al tiempo mismo que un inferior, arrebatado de la cólera, traspasaba los términos de toda virtud, Gaspar de Bono ofrece un modelo de humildad, cual pocas veces se lee en la historia de los santos. Perdonadme, le dice, padre mio, por amor de Dios y su santísima Madre. Y arrodillándose como pudo, plegadas las manos, y dándole gracias por haberle dicho lo que él era, se calificó á sí mismo de barbero, inconsiderado, malicioso. No obstante, os suplico, añadió, rogéis á Dios por mí, pues aún tengo tiempo de convertirme. Vosotros, que estais instruidos en las vidas de los Santos, ¿habéis visto un ejemplo de humildad más profunda? ¿Y aún le resta en qué humillarse?

¡Dios eterno, cuyos pensamientos sobre vuestros escogidos son siempre pensamientos de paz! ¿aún no os dais por satisfecho de la humillacion y abatimiento de vuestro siervo Gaspar? ¿Aún no queda del todo inmojado en las aras del desprecio? ¿Habrá de empuñar otra vez el baston para romper la cabeza al monstruo de la soberbia? ¡Ah! no escuchémoslos los secretos del Eterno, y adoremos profundamente sus disposiciones, persuadidos de que todo lo ordena á su gloria y mayor santificación de sus escogidos. Gaspar de Bono, siendo corrector, se ve precisado por obediencia, despues de haber oido llamarse insensato, malicioso, ignorante, sedicioso, soberbio ó inobediente, á darse una disciplina en medio y á la vista de los ancianos

de Israel. El santo anciano, sin turbarse, se desnudó de sus hábitos, besó las disciplinas y descargó.... Pero ¡bajad, moradores del Empíreo, para presenciar el espectáculo más tierno que se haya visto! ¡Y vosotros, ángeles tutelares de la Religión mínima, venid á detener los brazos de esta inocente criatura! ¡Y tú, Francisco de Paula, deja la mansion de tu descanso, para que interponiendo tu mano entre él y sus compañeros, quede escondida para siempre su inamía y humillación! ¿Y era este, señores, Gaspar de Bono? ¿Aquel Gaspar, varón de extraordinaria santidad, centro de las delicias del Eterno, taumaturgo de su tiempo y honor de su Religión? ¿Aquel Gaspar, cuyos éxtasis le colocan en la clase de bienaventurado; cuyo amor le dá el título de serafín, y cuya caridad le ha adquirido el renombre de amante padre de todos? Si, este mismo es; pero éste es el más humilde de los santos, éste el que en todo tiempo y ocasion se abate y humilla ante su Señor.

He cumplido, si no me engaño, hermanos míos, con el deber de que al principio de esta oracion me encargué. Pero si, no obstante, quisiera añadir los humildes sentimientos de su corazón manifestados por las expresiones que profetizó; si añadiera, que muchas veces repetía: Yo no soy bueno; de bueno no tengo otra cosa que el nombre, porque en pensamientos, palabras y obras soy malísimo; si añadiera, que cuando se le quería consultar, solía responder: consultad con hombres doctos, y dejadme estar á mí, miserable, ignorante y tartamudo, que no hago poco de entenderme con mi brevitorio; si añadiera, que al verse elegido provincial, exclamaba: ¿qué es esto, Dios mío? ¿por qué, Señor, queréis castigar esta provincia con el azote de un superior tan malo? si añadiera, que procurándola servir por razon de su dignidad, respondía: ¡qué provincial! ¿qué provincial! ¿por qué no más bien polvo y nada? ¡vanidad, vanidad! si añadiera, digo, todo esto, no obstante lo que hasta aquí habéis oído, hubiera formado el elogio más completo que de Gaspar de Bono formarse puede. Pero basta; ni yo debo abusar de vuestra paciencia, ni la rudeza de mis colores pueden copiar un original tan excelente. Dios mío, yo os venero admirable en vuestros santos; y admiro juntamente en Gaspar de Bono el espíritu de penitencia, que le hacía mirar su cuerpo como perverso, lo castigaba con ayunos, cilicios y disciplinas aún en la fatiga y enfermedad; admiro en el vuestro santo amor, suspirando siempre por Vos, como la esposa de los Cantares; admiro el espíritu de profecía, anunciando á unos acontecimientos prósperos, á otros adversos; admiro su fe viva, su esperanza cierta y su prudencia sin igual; admiro... Pero no permitais,

Dios mío, que las lecciones que me dá la vida de vuestro siervo sean para mí estériles é infructuosas.

A este fin, ¡oh Gaspar de Bono! imploro tu patrocinio. Por el grande valimiento que con el divino Salvador tienes, alcánzanos el ser unas fieles copias de tus virtudes. Haz que amemos la humildad, aborrezcamos al vicio y sirvamos únicamente á Jesucristo; que la soberbia no nos domine, que el mundo no nos engañe, y que no entre en nuestro corazón sino la virtud. Acuérdate, ¡oh Gaspar! de las miserias que nos alligen: intercede cerca del Padre de las misericordias; y alcánzanos á todos la gracia, la paz y cuantos auxilios necesitamos para servir á Dios en este mundo y lograr la eterna bienaventuranza en el otro. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE SANTA GENEVEVA.

Infirmis mundi elegit Deum, ut confunderet fortia.

Eligió Dios para confundir á los fuertes á los débiles del mundo.

(I Cor. I, 27 et 28.)

Éste es el orden de la divina Providencia, y de este modo se complace nuestro Dios en hacer brillar su grandeza soberana y su virtud poderosa. Si para obrar grandes cosas solo espigiera grandes sujetos, pudieran atribuirse sus obras maravillosas á la sabiduría, á la opulencia, ó al poder y fuerza de los ministros que empleaba en ellas. Pero, para que ningún hombre tenga motivo de entanecerse de una falsa gloria ante el Señor, no son, por lo común, los sábios según el mundo, los ricos, los poderosos ni los nobles los ejecutores de sus designios; antes bien, por el contrario, elige lo más pequeño para confundir todas las potestades humanas, y busca hasta en la nada á aquellos que quiere elevar sobre todas las grandezas de la tierra. Pensamiento es de mucha humillación para los unos, y de mucho consuelo para los otros. De mucha humillación es para vosotros, grandes del siglo, todo el esplendor que os rodea, la autoridad, la elevación y la pompa que os distinguen á nuestros ojos, no son motivos para que Dios ponga los suyos en vosotros, antes bien, según las reglas ordinarias de su conducta, esto mismo es lo que repugna y desprecia, cuando quiere por el ministerio de los hombres obrar sus más portentosas maravillas. Pero al mismo tiempo ¡oh pobres! es el pensamiento de mayor consuelo para vosotros, cuya situación os ha colocado en los últimos puestos; para vosotros, á quienes la oscuridad de vuestro origen y la cortadía de vuestras luces os hacen al parecer incapaces de todo. Tened, pues, confianza, que cuanto más despreciables sois en la opinión del mundo, tanto más quiere Dios glorificaros y gloriarse Él mismo en vosotros. Hé aquí, ama-

dos oyentes, un excelente ejemplo en esta ilustre Santa, cuya festividad solemnizamos, y cuyo panegirico debo hacer. ¿Quién era, según el mundo, Sta. Geneveva? Una virgen sencilla y falta de todas las luces de la ciencia, una doncella débil y sin facultades, una zagalita, reducida por su nacimiento, ó por la decadencia de su familia, al estado más infeliz y humillante. Pero en tres palabras os haré ver la sencillez de Sta. Geneveva más ilustrada que toda la sabiduría del mundo. Os manifestaré tambien su debilidad y flaqueza, más poderosa que toda la fuerza del mundo. Y por último, vereis la bajeza de Sta. Geneveva, si se me permite hablar de este modo, más honrada que toda la grandeza del mundo. ¡Qué motivos, cristianos, de reflexiones y de moral! Aprovechemos todo el tiempo necesario para sacar de ellos útiles y saludables enseñanzas. A. M.

Una criatura no puede estar verdaderamente ilustrada mientras no se llegue á Dios y Dios se comunique á ella. Éste fué el gran principio de la eminente Sabiduría que se manifestó en la conducta de la ilustre y gloriosa Geneveva. Ésta era una virgen sencilla, es verdad; pero, por un maravilloso efecto de la gracia, halló el medio de unirse á Dios desde el instante que fué capaz de conocerle; y Dios, recíprocamente, se dignó derramar sobre ella la plenitud de sus dones y de su espíritu. Esto fué lo que ensalzó su sencillez y lo que la dió, aún en la opinión de los hombres, aquella sublimidad admirable superior á toda la prudencia del siglo. Era, pues, necesario, que Geneveva, aún siendo tan ignorante y gruesa como era en sí, tuviese por otra parte grandes ideas de Dios, pues desde su primera edad se sacrificó á Él del modo más perfecto; nada fué respecto de ella depender de Dios como sabiduría; quiso, si, pertenecerle como esposa. Comprendiendo que Aquel á quien servía era un puro espíritu, para contraer con Él una santa alianza, hizo un divorcio perpetuo con la carne. Sabiendo que por un amor especial á la virginidad se hizo hijo de una virgen, formó para concebirlo en su corazón el designio de permanecer virgen; y para serlo con mayor mérito, quiso serlo por obligación, por voto, y por una solemne profesión. Con todo conocimiento ofrece á Dios su virginidad, haciéndole al mismo tiempo el sacrificio de su cuerpo y de su alma, no queriendo ya disponer de lo uno ni de lo otro aún legítimamente.

Pero admiremos, amados oyentes míos, el orden que observa en todo esto. Para no obligarse aún á Dios por otro impulso que por el de Dios, consulta los oráculos por quienes Dios se explica: trata con los prelados de la Iglesia, que son los intérpretes de Dios y de su

voluntades, Dos grandes obispos que vivian entónces, el de Ancera y el de Troyes, pasaron por Nanterra, patria y lugar donde habitaba Genoveva; luego que lo supo fué y se arrojó á sus piés, les manifestó su corazon, escuchó sus avisos; y reconociendo era Dios quien la llamaba, se obligó á seguir una vocacion tan santa. No solo se obligó á ello, sino que cumplió fielmente lo que prometió: pasados algunos años de experiencias, hizo en manos del obispo de Chartres lo que ya habia hecho en lo interior de su alma, esto es, el sagrado voto de una perpetua virginidad, obrando solo por consejo y por un espíritu de obediencia. Excelente instruccion es ésta, cristianos, que nos enseña á buscar y discernir los caminos de Dios, principalmente, cuando se trata de seguir la devocion y tomar estado, donde los extravíos tienen consecuencias tan terribles, y, en algun modo, casi irreparables para la salvacion.

El principal cuidado de las vírgenes y almas dedicadas á Dios en calidad de esposas santas, es el retiro y separacion del mundo; y éste fué el partido que escogió Sta. Genoveva; pues, querer ver al mundo, y ser vista en él, y, no obstante, intentar poder responder á Dios de sí misma; querer ser partidario suyo, participar de sus diversiones y conversaciones halagüeñas, y aún proponiéndose seguir una cierta piedad, querer siempre reservarse algun trato y comercio con el mundo, es, segun ni dictámen, creer, que podemos aún guardar este tesoro que llevamos en nuestros cuerpos, como en vasos de tierra; hablo del tesoro de una pureza sin mancha. Esto es lo que la prudencia del siglo ha presumido en todos tiempos podia hacerse; pero la sencillez de Genoveva, más perspicaz y penetrante, trató este punto como una esperanza quimérica, y la pareció imposible. Y así, desde el instante que hizo su voto, se cubrió con un santo velo que distinguía estos escogidos, á los que S. Cipriano llama la porcion más noble del rebaño de Jesucristo. No necesitó de predicador para renunciar á todos los vanos adornos, que corrompen la inocencia de las vírgenes del siglo, y sirven de cabeza á la codicia y á la pasion. Sin estudio y sin leccion, conoció debia hacer el sacrificio de todas las vanidades humanas. Una cruz traída del Cielo por el ministerio de un ángel, y que sa la presentó S. German, ocupó desde aquel día el lugar de cuanto el deseo de brillar pudiera haberla hecho apetecer, si hubiera seguido el rumbo de una doncella del mundo; y el modo sencillo con que trató con Dios, sin disputarle sus derechos ni discurrir inútilmente sobre el rigor de sus preceptos, la hizo abrazar resoluciones más exactas aún que las de la teología más severa.

¿Qué más hizo esta santa doncella? Se obligó por su estado y por

su profesion de vida á ejercer los más humillantes y bajos empleos de la caridad y de la humildad. Porque sabe que ser virgen y ser soberbia, es una monstruosidad á los ojos de Dios. Por esto se humilla, y por un extraordinario ejemplo de sabiduria se reduce al estado de criada; por esto se determina á servir á una señora caprichosa, cuyos malos tratamientos tolera, y á quien obedece con una paciencia y dulzura digna de la admiracion de los ángeles; y por este mismo medio evitó la reconvenccion que hacia S. Agustín á una virgen cristiana: ¡Oh alma insensata! ¿qué es lo que haces? ¿No has querido unirme á un esposo del mundo que la ley de Dios te permitia, y te evancées con una falsa y vana gloria que la ley no te permite?

Pero ¿porqué añadió Genoveva á estos ejercicios de humildad una austeridad de vida tan grande? ¿Porqué se condenó á ayunos tan continuos é hizo de su cuerpo una victima de penitencia? Si fué una santa en quien jamás reinó el pecado, si fué una alma pura en quien se mantuvo la gracia del bautismo; ¿porqué se trató tan rigurosamente á sí misma? ¡Ah cristianos! éste es un misterio que ignora la prudencia de la carne, pero que quiso Dios revelarlo á la sencillez de Genoveva. Ella fué virgen; pero tuvo que preservar su virginidad del más contagioso de todos los males, cual es la delicadeza de todos los sentidos. Fué santa; pero tuvo un cuerpo, que lo era naturalmente de pecado, del que debia hacer una hostia viva. Estuvo sujeta á Dios; pero tuvo una carne rebelde, que fué preciso domar y sujetar al espíritu. Todo esto la hizo olvidar que era inocente para abrazar la vida penitente y austera. El mundo no discurria así; pero yo os digo, que la grande sabiduria de Genoveva consistió en pensar de distinto modo de lo que el mundo piensa. Éste, aunque culpable, intenta tener derecho para vivir en delicias; y Genoveva, aunque justa, se impuso una ley de vivir practicando la mortificacion. Excelente ejercicio, por cuyo medio se dispuso á las comunicaciones más sublimes que criatura alguna pudo jamás tener con Dios. Una doncella sin instruccion ni letras como era Genoveva, habla no obstante de Dios como un ángel del Cielo. Ella nada sabe; pero la gracia que recibió la enseñó todas las cosas, porque nuestro Dios se complace en tratar y hablar con los sencillos. De allí procedieron aquellos éxtasis que la arrebataban fuera de sí misma, y aquellas celestiales visiones con que fué ilustrada. De ahí la resultó aquel don de discernir los espíritus, de aclarar la ilusion y la verdad, los caminos errados y los rectos, las falsas inspiraciones del ángel de las tinieblas, la luz verdadera de Dios; de suerte, que de todas partes se recurre á ella, se

la consulta como oráculo; y los ministros, aún los más ilustrados, no se desentendían de ser sus discípulos, recibir sus consejos, y seguirlos. A esto siguió también aquella confianza con que se la entregaba la dirección de las vírgenes; y el cuidado de las viudas; para que las preservase de los lazos del mundo, las inspirase el amor del retiro, las acostumbraše á las ejercicios de la piedad cristiana, las instruyese en todas sus obligaciones, y las hiciera practicar: santa escuela, donde el mismo Dios pensó, porque fué, si así me puedo explicar, la escuela de la sencillez evangélica. Habiéis visto que la sencillez de Geneveva estuvo más ilustrada que toda la sabiduría del mundo; voy ahora á demostraros, que su flaqueza fué más fuerte que todo el poder del siglo.

He dicho primero, y debo repetirlo aquí, que es propio de Dios usar de instrumentos débiles, y, por lo común, aún de los más débiles, para las grandes obras de su poder. Geneveva era una pastora pobre y desnuda de todo, sin nombre, sin crédito y sin apoyo; sin embargo, llena el mundo con el eco de sus maravillas, ejerce un imperio absoluto sobre los cuerpos y los espíritus, dispone á su voluntad, si se me permite esta expresión, de las potestades del Cielo, manda á las de la tierra, hace temblar las del Infierno, y llega á ser la protectora de las ciudades y reinos. ¿Qué es la vida de Geneveva sino una serie de profligios y operaciones sobrenaturales, que la misma infidelidad se ve obligada á reconocer? ¿Hay enfermedad por rebelde á incurable que sea, que no haya cedido á la obediencia de su oración? Este día de sanidad, ganando y en quiénes se manifestó con más esplendor? No hablo de curaciones secretas, particulares, hechas á la vista de un pequeño número de testigos; hablo, sí, de curas públicas reconocidas, averiguadas. El milagro de Arlés, del cual la Iglesia de Paris conserva monumentos indubitables, y otros muchos tan indisputables como éste; no nos manifiestan con la mayor evidencia, qué poder había recibido de Dios Geneveva para todos estos efectos de gracia y de bondad, muy superiores al poder de la naturaleza? Si su cuerpo después de su muerte no ha profetizado, como el de Elias, ¿no parece que aún ha hecho más? ¿No ha salido de él mil veces una virtud semejante á la que sale del mismo Jesucristo, según nos enseña el Evangelio? ¿No es hasta en su sepulcro un principio de vida para todos los que recurren á esa preciosa reliquia?

A este don de sanar los cuerpos añadía otro mucho más excelente, cual era el de salvar las almas. ¿Cuántos pecadores no retiró de sus caminos corrompidos, y volvió á poner en los caminos de Dios?

¿Cuántos paganos é idólatras ilustró en un tiempo, en que las tinieblas de la infidelidad estaban extendidas sobre la tierra? ¿Qué frutos no produjo su celo en Francia, donde el error dominaba enfáticamente y estaba colocado hasta sobre el trono? ¿Quién sabe cuántos afligidos consoló, cuántos miserables sostuvo, cuántos ignorantes instruyó en aquellas santas y frecuentes visitas con que alternativamente recorría las cárceles, los hospitales, las cabañas y habitaciones de los pobres, haciendo que experimentasen en todas partes los saludables efectos de su caridad? Y sin empeñarme en individualizar un asunto tan dilatado, ¿quién puede decir cuántos corazones se han movido después de tantos siglos, se han penetrado y ganado para Dios, y aún lo son todos los días, por la poderosa virtud de sus cenizas? Este es el milagro superior á toda admiración y que os propuse primeramente. Santa Geneveva tuvo bastante virtud y fuerza en su flaqueza para aplacar aún las potestades del Cielo, para humillar las más fieras potestades de la tierra, y para confundir todas las del Infierno. Tuvo poder para aplacar las potestades del Cielo, templando á favor de los hombres la cólera de Dios, apartando sus azotes, y consiguiendo suspender los castigos que estaban próximos á descargar. Tuvo poder para humillar las más fieras potestades de la tierra, siendo de esto un ejemplo memorable el famoso y bárbaro Afla. Acostumbrado este príncipe á derramar sangre y á hacer estragos, caminaba al frente de un ejército numeroso. Ya la Alemania había experimentado los tristes efectos de su furor; ya la Francia estaba inundada de aquel torrente impetuoso, que llevaba delante de sí por todas partes el terror, la ruina y la desolación. ¿Qué se podía oponer, y por qué medio se podría apartar ó conjurar aquella asombrosa tempestad, con que tantas provincias estaban amenazadas? Algunas lágrimas que Geneveva derramó al pie de los altares bastaron, pues el enemigo se amedrentó, un repentino temor se apoderó de él; aquel formidable ejército se mira vencido y derrotado, y la tempestad se disipó como un humo. En fin, tuvo poder para confundir las potestades del Infierno. ¿Con qué imperio no mandaba á los demonios mismos? ¿Con qué respeto no escuchaban su voz estos espíritus de tinieblas y la obediencia? ¿Con qué vergüenza no vieron destruido y echado por tierra su dominio, sabiendo de los cuerpos al primer mandato que recibían? Veamos, por último, cómo la hajeza de Sta. Geneveva fué más honrada que toda la grandeza del mundo.

Corresponde al honor de Dios, que sus siervos sean honrados; y parece que el Señor se dedica á elevar entre los santos especialmente

á aquellos, que en el mundo se hallaron en los más bajos y despreciables ministerios. Sta. Genoveva, aunque pastora y nada más, ha sido honrada hasta el presente, y lo es aún en nuestros días por todo lo que miramos de más grande y más augusto. No intento empeñarme en referir la multitud de hechos que han recopilado los escritores; os manifestaré algunos de los más singulares que podrán bastar á mi intento: escuchadlos, pues. Fué honrada por los príncipes y reyes. La historia nos enseña cuánto la respetó Chilperico, uno de los primeros reyes de Francia, aún siendo pagano; la dió entrada libre en su palacio y en medio de su corte; la trataba, la consultaba y seguía sus consejos; y revocó una sentenciá dada contra unos delinquentes que quería castigar sin remisión; pero, no obstante, no pudo libertarse de concederles la gracia á instancias de la piadosa Genoveva. Sabemos también cuál fué su reputación con Clodoveo, cuánto contribuyó á la conversión de este príncipe infiel y de todo su reino, qué conferencias tuvo sobre este importante asunto con la Ilustre Cloilde, qué medios suministró para el cumplimiento de este gran designio, que correspondió á sus deseos y consumió felizmente una tan santa empresa.

Fué honrada por los obispos y prelados de la Iglesia. ¿Qué idea no tuvo de ella S. German, obispo de Augera, y con qué expresiones no se explicó? Sin atender á la oscuridad de su nacimiento ni á la pobreza de su familia, ¿qué enhorabuena no dió á sus padres, y cuánto predijo de aquella niña para lo futuro? La consideró y encargó como uno de los tesoros más preciosos que poseía la Francia, y como uno de los más ricos dones que el Cielo pudo hacer á la tierra. ¿Qué testimonios y pruebas no la dió el célebre y glorioso obispo de Troyes, S. Lopo; qué afectos no la tuvo el venerable y celoso arzobispo de Reims, S. Remigio; y qué no puedo yo decir de muchos otros, que aún siendo pastores de las almas no creyeron envilecer su ministerio ni degradarse, comunicándola sus designios, recibiendo sus consejos, escuchando sus humildes y respetuosas representaciones, interesándose en sus empresas, y aprovechándose de sus instrucciones, si se me permite hablar de este modo?

Fué honrada de los santos. En este particular solo quiero presentaros un ejemplar que es memorable: éste es el de S. Simeón Estilita. Este hombre todo celestial, el milagro de su siglo por la austeridad de su penitencia, desde lo interior del Oriente y desde lo alto de aquella columna, donde solo se ocupaba en la contemplación de las cosas divinas; descubrió la resplandeciente luz que brillaba en el Occidente, conoció todo el mérito y santidad de Genoveva, puso en

ella sus ojos, la saludó con el espíritu, y la invocó. En fin, fué honrada de todos los pueblos, porque ¿dónde no se divulgó su nombre y en qué parte del mundo cristiano no se habló de ella? Aún no estabais en posesión de esta gloria inmortal que goza en la feliz mansión, cuando la voz pública la colocó en el número de los santos, la beatificó y canonizó. El juicio de las fieles se anticipó al de la Iglesia.

No por esto creais que no tuvo persecuciones que tolerar, pues Dios, que la habla predestinado para coronarla en el Cielo, la hizo que experimentase en la tierra la suerte de sus escogidos; y cuanto más quiso que brillase el resplandor de su triunfo, tanto más ejerció su paciencia, dejándola que padeciera los más violentos combates. Sabemos que hubo cierto tiempo tempestuoso en que se oscureció este sol, en que esta alma tan inocente y limpia se halló oprimida con las acusaciones más atroces y calumnias más infames, en el cual todas las Órdenes eclesiásticas y seculares se declararon contra ella; su virtud fué tratada de hipocresía ó ilusión, y los maravillosos efectos de su poder con Dios se atribuyeron á sortilegios y magias. Todo esto sabemos; pero tampoco ignoramos, que saliendo el sol de la nube que le ocultaba, fué más resplandeciente, y que todas las imposturas de la envilecia y todas sus invenciones contra Genoveva solo sirvieron á engrandecerla, á realzar más su mérito y á darle un esplendor del todo nuevo. Los obispos se hicieron sus apologistas; y bien presto se desengañaron los espíritus, se confundió la mentira, salió la verdad de las tinieblas, la que cercaba, la inocencia fué públicamente confirmada, y la incomparable virgen, cuya memoria intentó borrar el infierno, consiguió su primer lustre, y se restableció en su primera reputación. Después de esta victoria que alcanzó Genoveva, ¿qué honores no la han tributado el Cielo y la tierra?

Amados oyentes, recurramos con fervor á Sta. Genoveva, y pidámosla que nos lleve al puerto de salvación donde nos llama Dios. Imitemos sus virtudes para hacernos dignos de su protección; valgámonos de ésta para poermos en estado de imitar sus virtudes. De este modo participaremos de sus favores en esta vida, y de su felicidad en la otra. Amén.

PANEGÍRICO

DE SAN GERÓNIMO, DOCTOR Y FUNDADOR.

No deja de ser muy sorprendente, señores, el ver al hombre, en medio de la degradación y embrutecimiento en que le precipitó la rebelión de nuestros padres contra su Criador, ocuparse continuamente en proyectos de elevación y grandeza. Parecía más propio, después de tan infamante suceso, abandonarse á los sentimientos de confusión y abatimiento; y por ahí andara los pasos para su quimérica fortuna y los deseos de su loca y funesta ambición. Aún, si para satisfacer esta pasión fatal, no se valiera de los medios más horrosos y criminales, tendríamos á lo ménos el consuelo, de no vernos precisados á retratarle con los colores más negros; pero por nuestra desgracia, el hombre, abandonado á sí mismo, ha errado y yerra siempre el camino verdadero, que rectamente conduce á la grandeza é inmortalidad. Tan solo el que vino para curar de raíz nuestros males y cestrar las llagas de nuestro corazón, pudo enseñar al hombre, la ruta que debía guiarle á la fuente de donde que apegará su sed devoradora de exaltación y grandeza; y solamente el divino Jesús pudo hacer pedazos la venda que tristemente cubría sus ojos, y despartarle del profundo letargo en que tanto tiempo yaciera dormido. Otro hemisferio descubrió entonces el hombre, otra luz hirió sus ojos, otros sentimientos experimentó su corazón: su alma combió otras ideas, su entendimiento conoció la verdad, y su pecho dió un salto de placer, viendo la mano benéfica del Redentor, que amorosamente le sacaba del tango hediondo de sus ilusiones, desvarios y errores. En dos palabras: este misterioso Señor, conocedor único de los senos tortuosos del corazón humano, le dió medicina para sus

males y remedio para llenar sus deseos. Practica la virtud, le dice, y ensénala á tus semejantes; hé ahí lo que aprendí de mi Padre para tu elevación y tu gloria; y hé ahí el colmo del heroísmo á que llegarás si así lo hicieres, que te hará volar á sentarte en las primeras sillas de mi celestial Jerusalén. Lección breve y sencilla, que practica: pone al hombre al nivel de los espíritus angélicos; quienes rodeados de esplendor ante el trono de Dios, son acatados como grandes príncipes de su magnífica corte.

Veid, pues, cómo sin advertirlo, he pronunciado ya el elogio más completo y sublime que pudiera pronunciarse en este día del gran padre y máximo doctor S. Gerónimo. Pues que ninguno más que él escuchó con mayor atención los consejos de su Redentor; ninguno como él se penetró más profundamente de las máximas de su Evangelio, y ninguno más que él arrojó más peligros para propagar y defender su santísima ley. Dios todavía, que le destinara para sostén y columna de su Iglesia, le dió un corazón recto, le condujo de la mano por las sendas del justo, llenó su pecho de fortaleza, grabó en su alma la imagen hermosa de la sabiduría, y mandó después á una nube de gloria fuese á reposar sobre su venerable cabeza en premio de sus desvelos y padecimientos, y en testimonio de su elevación y grandeza. Entonces, esos héroes tan ávidos de nombradía, y de que la fama trasmitiese sus nombres con el epíteto de grandes, se desvanecieron como humo á la presencia de nuestro Santo. Pues que á éste solo, á este extraordinario varón, á este robusto atleta á indomable valiente, se le debe con justicia el renombre de grande, y á él son debidas altas y soberbias pirámides que transmiten sus heroicas virtudes y memorables hazañas.

De esta manera, hermanos míos, eleva y engrandece Dios á los humildes seguidores de las máximas de su Evangelio, mientras llena de confusión y oprobio á esos próceros erguidos, que corren afanosos tras la pompa vana y efímera de este mundo. Á sus ojos divinos solo velen títulos que afiancen virtud y sabiduría evangélicas; y éstos solo le son para merecer su cariño y las demostraciones singulares de su brazo omnipotente. Cuánto, empero, fuese acreedor Gerónimo á estas finezas de su Dios, no hay más que atender á su alto desprecio del mundo, á la profunda abnegación de sí mismo, á su austera y rigurosa penitencia, á su humildad profundísima, á su elevada contemplación, á su inalterable paciencia, á su amor intenso á Jesús, y á ese río de sabiduría y elocuencia cristianas, que hace brotar en el campo de la Iglesia ópimos frutos de honor y santidad. ¡Cuánto le debe esta Esposa amada del Redentor! ¡cuánto esplendor le acarreo!

¡cuántos enemigos le humilló! ¡y cuántas armas le entregó para su defensa! Recuerdos dulces, que juntamente manifiestan la importancia de sus servicios y el aprecio que se merecieron de la Esposa de Jesucristo. Ved, pues, ya en su consecuencia insinuado el asunto de mi elogio. Admiráramos en Gerónimo un héroe verdaderamente grande, que mereció bien de la Iglesia por su sólida piedad y por su eminente sabiduría. Quiera Dios concederme sus auxilios, y la immaculada Señora su poderosa protección. A éste fin saludémosla llena de gracia. *A. M.*

Sería por cierto, señores, muy temerario é imprudente, quien osára desconocer las relaciones que existen y forzosamente deben existir entre la criatura y su Criador. Si quizá algunos genios atrevidos y petulantés, han hecho como que intentáran romper los eslabones de esa deliciosa cadena que nos une con nuestro Dios, atribuido sin reparo á delirio de sus pasiones y á profunda malignidad de sus corazones. La criatura es obra de las manos de Dios, y su ser, su vida y movimiento, todo lo debe á solo su querer y divina bondad. De estas verdades incontestables se deduce evidentemente, la dependencia absoluta que el hombre tiene de Dios, y el orden de relaciones en que ha entrado con su divina Majestad. Y en esto, precisamente, consista su dicha y ventura, pues que en saliendo de este círculo no hay más que perdición y desdicha. Pero á buen seguro que nada dice relación con Dios, sino la sola virtud, porque siendo el Señor sanidad infinita, el vicio nunca puede hermanarse con Él. Solo, pues, al que ha contraído alianza perpetua con esta hija del Cielo, se acerca á la Divinidad, se ayunta con el Señor con nudos estrechos, goza de su cariño y tiernos abrazos, y resplandecen en su alma los resplandores de su Majestad divina. Ved ya por qué dijo el Salvador, que quicó practicáre la virtud y la enseñáre á sus semejantes, será llamado grande en el reino de los Cielos.

Pero bien pronto veremos, hermanos míos, desempeñar á Gerónimo los estrechos deberes que le impusieran las relaciones en que se halla constituido con su Dios y Criador. Bien pronto le veremos ofrecer al Señor en las primicias de sus días su alma bella, é imprimir en su pecho el sello del amor divino; bien pronto desasido de toda criatura, y su corazón purificado de afecciones terrenales. Bien pronto vereis como le amargan los encantos y placeres del mundo, y como le deleitan tan solo los gozos y bienes eternos; bien pronto buscar con ahínco á su Amado, y sostener con valor la gloria de su nombre; dar días de contento á la Esposa del Cordero, y honrarla con los des-

pojos inmensos de sus enemigos; bien pronto le veremos saludado por todos los pueblos y naciones de la tierra como el sábio más eminente, apoyo el más firme de la Iglesia, bñmllador eterno de los herejes; honor del sacerdocio, lumbrera la más brillante, oráculo del mundo, y copia perfecta del divino original Jesús. Bien pronto..... Pero suspendámos, señores, el vuelo á nuestra imaginación, que las asombrosas y heroicas virtudes de nuestro Santo le habían hecho tomar; detengámonos, por ahora, en observar cómo empieza á entrar Gerónimo en los elevados designios que sobre él ha formado la Providencia divina, que lo son de virtud y santidad, de elevación y grandeza.

Con efecto; los primeros pasos que dá Gerónimo en la carrera de la virtud están ya marcados con caracteres brillantes de un elevado heroísmo. La mocedad, tiempo peligroso para la juventud, en que se agita, fluctúa y parece muchas veces, forma ya en nuestro Santo una de las épocas brillantes de su vida. No llorareis con este motivo ni la corrupción del corazón, ni el deshecho de desos criminales, ni el abandono y relajación de costumbres. Admirareis, si, un tierno jóven, que se desprende de las ilusiones engañosas del mundo y se abraza firmemente con la inocencia; en quien brilla un puro candor, y sabe elevarse sobre sí mismo. ¿Qué pueden ya entonces para Gerónimo, ni la opulencia y linaje ilustre de la casa en que ha nacido; ni la alta consideración que se merece de los compañeros de su clase; ni la reputación que goza entre sus condiscípulos; ni la distinción y aprecio con que le trata su maestro Donato; ni toda la viveza y profundidad de su ingenio, toda la tenacidad de su dilatada memoria, y toda la vahemencia de su natural elocuencia? ¿Qué puede, digo, todo esto, y qué atractivo tiene ya entonces para Gerónimo, que sobreponeándose á sus fuerzas y edad, vá en busca del verdadero tesoro que henchirá su alma de sólidos bienes, y llenará los deseos de su corazón? ¡Ah! ¡qué espectáculo tan tierno vá á ofrecer á nuestra consideración el fervor de este jóven, que corre ya en pos de su Amado! Yo no llamo vuestra atención hácia los teatros y espectáculos públicos, hácia los sitios de recreo y holganza, hácia las tertulias de diversion y esparcimiento, ni hácia esos soberbios palacios, centro del lujo y elegancia. En semejantes parajes no se halla Gerónimo. Yo solo os suplico os dignéis entrar conmigo en esas famosas catacumbas de Roma, morada eterna de soledad y silencio, y lángubre mansion de los muertos. Y allí observareis al jóven Gerónimo pasarse horas enteras sumido en dulce melancolía, y dado á meditaciones profundas. He ahí su recreo, sus pasatiempos y diversion. ¡Qué recuerdos no excitaria en su alma la sangre de tantos miles de mártires, que hu-

mea aún y brota en cualquiera parte que ponga sus piés! ¡Cuán lágrima caería de sus ojos, y cuánto suspiro no daría su corazón! Como que le veo abrir sus oídos para escuchar la voz divina que dulcemente le llama; explayar su corazón en amorosos soliloquios con su Amado; oacer en su alma vivos deseos de santa emulación; encenderse su pecho en ardientes llamas de caridad, y caerse desmayado en profundo deliquio en brazos del divino amor. ¡Cómo bajarían entonces los espíritus de los bienaventurados, cuyos cuerpos yacen en esas lábragas graías, para animarla y confortarle! y cómo también bajaría su ángel tutelar para darle un tierno abrazo, y señalarle con una mano el libro en donde están escritos sus destinos, y con la otra imprimir en su frente la señal de salud y de protección! ¡Oh! ¡cuán hermosos son, jóven amable, tus pasos en los principios de tu fervor! ¡Bueno: cuánta va de esas delicias á las del mundo? cuánta va de esas dulzuras á las del siglo?

Pero, gastando Gerónimo tan pronto de las dulzuras celestiales, vá á salir rápidamente á la cumbre del monte santo, en donde se imitará á sí mismo, y entre los ardores de la caridad se transformará todo en su Amado. Flacchado está ya su corazón con las saetas que poco há le ha tirado el Señor, y nada le hace sino Jesús crucificado. Este es el único modelo que se ha propuesto imitar; esta es la única fuente de cuyas aguas quiere beber; y este es el único maestro que ha determinado escuchar. Al pié de su cruz ha clavado Gerónimo su corazón, y de él no queda más que Gerónimo crucificado. Quanto tiene el mundo de blasfemio, bienes, riquezas, honras, dignidades, es ya nada para un hombre que se ha sepultado en la llaga del costado de Jesucristo, y que respira solo los alientos de su amor. Los seguidores del siglo no entenderán este lenguaje, pues que no es dado á la carne profundizar en lo que atañe al espíritu. Pero precisamente es el idioma que con perfeccion entiendo y habla Gerónimo. Con magnanimidad de héroe se romona sobre las preocupaciones fatales de los mundanos; se lastima de su ceguera criminal; se burla de las farsas de sus pompas y grandezas; y de un golpe se deshace y rompe los vínculos con que éstos le atan al mundo. Pero estos vínculos eran fuertes, eran ligaduras difíciles de romper. Mas no importa: el valor é intrepidez de Gerónimo saben desmenuzárlos enteramente. ¡Era acaso el tierno cariño de sus padres, las pingües rentas de su mayrazgo, la fortuna brillante que le espera, la alta consideracion que vá á merecer, y los elevados destinos que irá á ocupar, ilusiones que tanto embelesan y encantan? Pero su ingenio vivo y penetrante no ve en ellas sino hojarasca, frivolidad, densas sombras, entre las cuales se

camina al tropiezo, al escollo, al precipicio; y su alma grande no puede satisfacerse ni se para en objetos tan mezquinos. El vuelo de sus deseos vá más arriba, llega á regiones más altas y sublimes. Y veí como para llegar á ellas aplasta al momento la cabeza á ese monstruo del mundo que intentaba detenerle; y muy presto las banderas que le ha cogido en su triunfo ondearán en los caminos de los desiertos y en las grutas de altos peñascos. Las soledades entónces de la Siria y Palestina se rogojarán. En su seno los preciosos despejos que ha arrebatado Gerónimo en esa famosa batalla; y entre saltos de placer le dirán: salve, capitán valeroso, honor de la religion y de la cruz, digno eres de que en esta augusta morada cina el Cielo tu frente con laureles de hermosas virtudes.

Se los cina, en efecto, el Cielo piadoso, que siempre favorece el valor y rectitud del corazón. Jesús lo dijo: «Quien todo lo abandonar para seguirme á mí, recibirá en esta vida el ciento por uno; y en el Apocalipsis se lee: «A qui venciere daré vestido de púrpura y manto real cubrirá sus hombros.» ¿Qué virtudes entónces dejarían de hermosear á Gerónimo? Humildad, mortificacion, celo, sabiduria, caridad, mansedumbre, fortaleza, beneficencia; y todo el luciente escuadron de estas hijas del Cielo se puso á su lado, y le ofrecieron sus ricos esmaltes para abrillantar en gran manera su alma. Yo me pascio al contemplar á un sábio de primer orden, tan profundamente humillado y anonadado en sí mismo; á un sábio escuchado como oráculo de su siglo, consultado por los sumos Pontífices, respetado por los hombres más eminentes de su tiempo, autor de una muchedumbre espantosa de libros, y cuyas alabanzas resuenan por todas partes del Oriente al Occidente. Pero ello es un hecho, señores, de que quanto más se admiraba la sabiduria de Gerónimo, tanto más respandecía su profunda humildad. ¿Qué le costaba sino abrir su boca para verse llevado en carro de triunfo y colocado en la cumbre del honor? Pero las lecciones que aprendió al pié de la cruz le mostraron á su fltedor pendiente de ella, deshonrado, abatido y afrentado. ¿Qué más anhelaba su corazón que imitarle y ser confundido á su presencia? El Señor asimismo le hablaba al interior de su alma: «por más que hayais trabajado y os crean algo, decid que sois siervos inútiles.» Nadie entónces es capaz de medir el fondo de la baja en que se abisma Gerónimo. Trabajos, persecuciones, enfermedades, afrenta y villpendio es todo lo que cree deberse á su nada, y el elemento propio en que deba vivir. ¡Cuánto deseaba que lo olvidasen todos los hombres! ¡Con cuánto ahinco se internaba en los desiertos, para que pereciese su memoria! ¡Y con cuánto gozo se presentaba á

su divino Maestro con el manto de aprobó que le pusierat sus amigos!

Pero este manto, señores, no hubiera brillado mucho á los ojos de Gerónimo, si no le esculpiera aún con los esmaltes de sus rigores, asperezas, mortificaciones y de su sangre. ¡Válgame el Cielo! ¡qué santo ha habido más penitente! La penitencia misma se asombra, y vacilan sus pies al entrar en esas grutas tenebrosas, en esos esponjosos desiertos, en esos collados oscuros y sombríos, y en esas horribidas é ininterminables soledades, en donde se presenta Gerónimo desmenuado, pálido, macilento y extenuado; ya por la rigurosa abstinencia de semanas enteras que enflaquecen su cuerpo, ya por las sangrientas disciplinas que despedazan sus espaldas, punzantes cilicios que penetran sus carnes, róticos golpes con duras piedras que rompen su pecho, largas vigiliat que le roban el sueño, cama durísima que quebranta sus huesos, sol abrasador que ennegrece su piel; y ya, en fin, por los crueles sobresaltos y temores y ayes lastimeros, que de su corazón compungido de continuo arranca el sonido de la fatal trompeta, que llamará á todas las naciones al tribunal tremendo del Juez supremo. Entonces, como si fuera el más arrastrado pecador, abrazado ardentemente con la cruz, implora perdón, piedad, clemencia. Llama rético á su Resident, y afectuosamente le dice: Vos sois mi confianza, el áncora de mi salvacion y el puerto de mi refugio. No ensordezcáis á mis voces: alargadme vuestra mano y me salvaré.

Si; serás salvo al fin, Gerónimo amable. Pero ántes que se cierren tus ojos para ir á descansar en la region de la paz, trabajos hay aun que sufrir, persecuciones que padecer. El malévolo de este mundo envía tus virtudes; déjate, al fin triunfarás de él. Seguidle, si no, hermanos míos, primero en Roma, y despues en Belén. En estas partes vereis su heroísmo en medio de su celo. Apenas saluda la capital del mundo, cuando ya es su ímán, su encanto. El Pontífice sumo le llama á su lado, le consulta, y le confia los negocios más áridos sometiéndolos á su vigilancia y decisio; las personas más ilustres contrahen con él estrecha amistad; las matronas romanas se ponen bajo de su direccio; y no hay clase en el Estado que no le admire, le aplauda y le acate. Estaba, empero, en el órden, que así sucediera, pues que en sus costumbres le veían un ángel, en sus conversaciones y pláticas un apóstol, en su retiro y silencio un anacoreta, en el desprendimiento del mundo un bienaventurado, en sus lecciones y enseñanzas un sábio, y en el altar, cuando el incruento sacrificio, un serafín. ¿Qué extraño, pues, que las virtuosas y nobles señoras, y entre ellas

aquella famosa heroína, la esclarecida Paula, se acogieran á su direccio, á sus consejos; á sus instrucciones? ¿Cómo caminaban con pasos apresurados al monte de la perfeccio? ¿Cómo se embelían y arraigaban en su pecho el espíritu y las máximas del Evangelio? ¿Cómo se inflamaban sus corazones en el amor de Jesús? Yo os saludo, venerables matronas, pues que formáis la parte más preciosa del rebaño de Jesucristo. En Belén reúne tambien el celo de Gerónimo á millares de anacoretas, que desprendidos del mundo y entregados á los más laboriosos ejercicios de penitencia, llevan una vida toda angelical, y trasladan á la tierra la hermosa imágen del Cielo. De todas partes corren tropas numerosas de varones piadosos para agregarse á esos ángeles del Cielo, que, bajo la guia de Gerónimo, gustan ya las dulzuras de la bienaventuranza. Pero muy pronto este estado feliz se trueca en estado de amargura, de dolor y de llanto.

Una tempestad se levanta, un huracán horroroso descarga repentinamente sus furias sobre el decrepito Gerónimo y sobre sus estimados monasterios. ¡Oh Señor! ¡y cuán inspeables son vuestros juicios! Mas se habian de admirar aún la paciencia y mansedumbre de nuestro Santo, y brillar aún más su heroicidad y grandeza. En Roma, los aplausos que le tributan se convierten en atroces calumnias, los honores en vilipendios, y la estimacio en desprecio. En Belén, una tropa de foragidos desola sus monasterios, degüella sus monjes, y todo lo lleva á sangre y fuego. ¡Oh Dios, y que golpe tan amargo para el corazón de Gerónimo! Pero no temáis desmaye el Santo; se afige, si, mas no se abate. Levanta sus manos al Cielo; y de ahí le viene su ayuda y amparo. ¡Cuán pronto son confundidos sus enemigos! ¡y cuán pronto la magnanimidad y valor de su pecho canta la victoria y el triunfo! ¿Cómo entonces ante el posebre explayaría su alma en afectos tiernos y dulces coloquios de amor! ¡Oh, y cómo entonces se vieron en todo su lleno las heroicas virtudes de nuestro Santo!

De este modo, hermanos míos, el ilustre Gerónimo mereció lien de la Iglesia por sus heroicas virtudes, que colocándole sobre sus altares forman su más precioso adorno; y no lo mereció menos por su inmenso saber y sabiduría profunda, que poniéndole sobre su candelero, es y ha sido su antorcha más brillante. Recordad, si os place, tanta multitud de libros y cartas como escribió, tantas consultas á que respondió, las controversias que dirimía, y las heresias que confundió; y vereis entonces toda la extension de su sabiduría y toda la brillantez de su esplendor. Es cosa que pasma el ver á un hombre consumido de trabajos y enfermedades, y dado

continuamente á los ejercicios de la mortificación austera y de la contemplación profunda, poder escribir tanto, y esto con precisión, exactitud y elegancia. Nada se ocultaba á su penetración profunda; todo lo sabía, y su erudición era inmensa. Teología, elocuencia, filosofía, poesía, historia, Escritura, tradición, disciplina y derecho; idiomas: el siríaco, el caldeo, el hebreo, el griego y el latín; materias eran que poseía á fondo Gerónimo; y constituyéndole oráculo de su siglo, llamaba la atención de todas las partes del universo. Su nombre es pronunciado con respeto en la Siria, Palestina, Egipto, Italia, Alemania, Francia, España; y hasta en la misma África, en donde Agustín le tributa homenajes de respeto y alabanza. En sus escritos, toda persona de cualquier clase que sea, halla consejo en sus apuros, resolución en sus dudas, bálsamo en sus penas, luz en sus desvíos y medicina á sus males. La Iglesia, ¿cuántos bellos trofeos no le debe? La espada de su ciencia cuelga de las paredes de sus templos las infames cabezas de los Arriós, de los Donatos, de los Pelagios, de los Vigilancios, que con rabia de monstruos intentaban despedazarla; y el celo de su sabiduría le pone en sus manos el más precioso don que pudiera presentarle en la traducción de la Vulgata, eterno monumento de su erudición, de su saber, de su ingenio y de su virtud.

¡Oír eterno á ti, oh Gerónimo! Tus virtudes y sabiduría han asombrado al mundo, y la memoria de tu nombre no perecerá. Las generaciones se sucederán unas á otras; pero el eco de tu fama subsistirá; y hasta las extremidades más remotas del universo le publicarán por un héroe grande, que mereció bien de la Iglesia por su virtud y saber. Por el poderoso valimiento que tienes con el divino Redentor, encarecidamente te suplico, infundado en nosotros también el aliento del amor divino que abrasaba tu pecho, porque así, nada más nos agrada que Jesús, nada más deseamos que Jesús, y nada más amemos que á Jesús. ¡Oh! y cómo entonces podremos prometernos cantar en tu compañía en el Cielo sus loores, sus cánticos, sus alabanzas! Así sea.

PANEGÍRICO

DE SAN GEROTEO, OBISPO DE SEGOVIA.

Prædicos verbis, usque oportuno, importuna; arguo obscuro, iterum in gravi patientia et doctrina.

Prædica la palabra, hasta á tiempo y fuera de él; reprienda, ruega, amonesta con toda paciencia y doctrina.

(II TIM. IV. 2.)

Cuando el Apóstol vió llegar el tiempo tan deseado, en que una muerte ignominiosa, á juicio del mundo, proporcionaría á su alma la posesión de una eterna gloria en la compañía del Señor, abrasado del más ardiente celo por la honra de su Dios y por la salvación de las almas, hace los últimos esfuerzos para precaver los peligros que amenazaban á los fieles, y asegurarles la perseverancia en el amor y culto de su Criador. Entonces ordena su testamento, que por mano del obispo de Eteso dirige á toda la Iglesia; y en lugar de la pingüe herencia con que los padres acostumbraban á fomentar los vicios de sus hijos, dejó en él á todos los cristianos, y con especialidad á los obispos, los documentos más conducentes á su felicidad. En él encarga con especial cuidado la predicación, la vigilancia, la oración, la impugnación de los errores, para impedir que los cristianos sean seducidos por las halagüeñas doctrinas con que la impiedad, fomentando sus pasiones, habla de tratar en adelante de hacerles odiosa la verdad, y despreciable la religión. Les encarga que estén muy prevenidos, porque vendrá tiempo, en que los hombres resistirán la sana doctrina que pone un freno á sus pasiones, y en que busquen maestros que les imbuyan en los errores lisonjeros conformes á la inclinación de sus corazones.

Estos interesantes documentos del Apóstol han sido, por espacio de mil ochocientos años, la regla que han observado y observan invariablemente los obispos en sus respectivas diócesis: cada uno los

considera al presente como peculiar y exclusivamente dictados para sí. En cuyo caso, ¿qué celo no desplegaría al ponerlos por obra el grande obispo, destinado por la Providencia para fundar la iglesia de Segovia. Geroteo, el ilustre prelado, que disfrutando de la compañía del santo apóstol bebió su mismo espíritu, presenció y aun cooperó á verificar los prodigios que evidenciaban hablar por su boca la sabiduría celestial; mereció su más íntima confianza; fué destinado por él mismo para maestro de los mayores sábios del mundo; para obispo de las iglesias cuya dirección era difícilísima, y para desmontar y cultivar aquella parcela predilecta de la heredad agregada por su diligencia á la viña del Señor?

¡Ah! por el ardiente celo con que Geroteo procuró desempeñar este ministerio, podríamos venir en conocimiento de la inutilidad que nos resulta de pertenecer á la Iglesia de Jesucristo. Por lo mismo he pensado recordaros solamente en este día la actividad de su celo, á fin de que, habiendo llegado por nuestra desgracia el tiempo fatal que anunció el Apóstol, hagámoslo por conservar en toda su integridad y pureza el sagrado depósito de la doctrina evangélica que nos ha confiado por su ministerio.

Pídamos la gracia para que sea eficazmente provechosa mi exhortación: *A. M.*

Sepultadas en el olvido, por no haber historiador alguno que puntualice las noticias particulares de la fundación ú origen de la Iglesia de Segovia y de la vida de Geroteo, no es extraño que se hable con tanta variedad acerca de todos los pormenores; sin embargo, podremos venir en conocimiento del celo apostólico de este célebre obispo, así por el principio de su apostolado, cuya historia nos ha conservado la tradición popular, como por sus resultados, que nos dan á conocer la experiencia. No extrañárais que sin detenerme á impugnar las razones de la crítica, que, empuñada con buen fin en separar los acontecimientos fabulosos de las historias verdaderas, contribuye, tal vez contra su intención, al establecimiento de un general escepticismo, principal apoyo de una completa incredulidad; crítica que, fundada en el silencio de los escritores contemporáneos que, ó no quisieron referir los hechos, ó los ignoraron, ó no juzgaron oportuno introducirlos en sus historias, ó no pudieron dar á éstas la firmeza para sobrevivir á las guerras, inundaciones y vicisitudes de tantos siglos; y que, valiéndose de argumentos puramente negativos, se obstina en tener por apócrifos los héroes, cuya existencia y virtudes testifican una tradición cons-

tante, una multitud de escritores instruidos, santos é imparciales; y, por último, unos monumentos, cuya muda elocuencia no puede resistirse; no extrañáreis, digo, que despreciando por ahora esta crítica, y suponiendo, con el común de los historiadores, que Geroteo se convirtió en la isla de Chipre, que fué instruido en la ciencia de la religión, y constituido por el apóstol S. Pablo obispo de Atenas, en primer lugar, y después de Segovia, colija de algun modo cuál fuese su celo, así de la elección, como de los efectos de su pontificado.

Con efecto, elegido por un Pablo; elegido en el nacimiento del cristianismo; elegido para fundador de dos iglesias; elegido para el obispado de Atenas, centro común de los mayores sábios del mundo; ¿podrá dudarse de que reunirá todo el conjunto de cualidades, que el mismo apóstol juzga indispensables para llenar las sagradas funciones del apostolado en tiempos más tranquilos y en circunstancias menos difíciles? Un apóstol, que no vive sino para promover la gloria del Señor; encargado, no de una ú otra provincia, sino de todas las naciones imbuidas en las perniciosas máximas del gentilismo; que sin temer tantos peligros, incomodidades y persecuciones con que tropezaba á cada paso, viaja sin descansar por tantos y tan distantes países, sin otro objeto que el de atraer á todos los hombres á la religión del Crucificado, única verdadera entre tantas como entonces se profesaban; un apóstol, destinado por Dios de un modo tan prodigioso, para ser una de las más fulgentes antorchas de la fé y tan especialmente asistido del divino Espíritu; un apóstol, que con tanto cuidado procura inculcar á sus discípulos las dotes que deben acompañar al que es elevado á la perfección del sacerdocio, para que no verren al elegirle; este mismo apóstol, no es creíble que eligiese en aquellos tiempos y para aquellas iglesias un obispo poco ejemplar, poco idóneo para tan honroso ministerio; un obispo, que, lejos de edificar por su celo, destruyese por su indolencia; un obispo, que, rodeado en Atenas de tantos y tan poderosos enemigos preocupados extraordinariamente en los delirios de la gentilidad, cuales eran los sábios del Arcéopago, dejara correr libremente sus errores, no trabajara él solo más y con mayor energía que todos sus contrarios, no aplicara incansablemente sus desvelos á desvanecer sus sofismas, á derribar sus ídolos, á sacar al pueblo de su pernicioso ignorancia, á descubrirle la verdadera divinidad, y ponerle en el camino de la gloria. No es creíble, dije, y añado, que lo contrario repugna á la razón y á la experiencia.

La prodigiosa transformación que se describe en la célebre Atenas

es una demostracion palpable de esta verdad. En el corto espacio de tres años que Geroteo rigió aquella iglesia, los atenienses conocen, adoran, se familiarizan con el Dios de que ántes ni aún tenían idea: los sábios, que admiraban al mundo por sus vastos conocimientos, confiesan su estúpida ignorancia, y aprenden con facilidad en la escuela de Geroteo la sublime ciencia, que en vano habian buscado á costa de tantos sudores y desvelos en los insulsos libros de los filósofos, y en las decantadas luces de la razon. Atenas sale del indigno abatiniento de una brutal idolatria, y entra en el camino de la religion verdadera. Atenas, llena de regocijo por el honor y la excesiva grandeza á que la ha elevado el celo de su digno obispo, extiende por toda la Grecia el nombre de Geroteo, haciendo que se pronuncie en todas partes con el mayor entusiasmo y con la más humilde veneracion. Atenas, en fin, colocada bajo la direccion de uno de sus mayores sábios, de un Dionisio, que no se degrada, ántes bien se supone muy honrado en confesar, que debe á Geroteo toda su instruccion, se lamenta de la ausencia del grande obispo á quien la encomendó el apóstol san Pablo. Se lamenta, sí; mas se alegra, se regocija Segovia, para quien la Providencia tiene destinada esta dicha.

Regocijate, Segovia, que ya ván á desaparecer para siempre las tinieblas de la ignorancia en que hasta ahora has vivido envuelta, y á romperse las prisiones con que te ha tenido esclavizada el Inferno. Ya no te dirigirás en las necesidades á unas figuras muertas, ó incapaces por tanto de remediarlas, ni aún de conocerlas. Ya no habitarán tu templo esas mentidas deidades, oprobio de la razon humana, sino el verdadero Dios, único autor soberano de cuanto existe, y que está siempre pronto á escuchar tus oraciones y á concederte cuanto por ellas le pidas. Ya no volverás á ofrecer á los infames ídolos unos sacrificios tan estériles como repugnantes á la naturaleza; ofrecerás, sí, al Dios omnipotente la omnipotente víctima de que su bondad infinita te hace donacion para que asegures tu felicidad. Ya no consultarás en tus dudas á unos filósofos ignorantes, á unos falsos profetas, que dicen en nombre del Señor lo que el Señor no ha dicho, y que suponiéndose ministros del Dios de la bondad, difunden en su nombre el error y la mentira que les sugiere el principe detestable de las tinieblas; consultarás al mismo Dios, y éste te pondrá de manifiesto la verdad. Ya no serán estériles tus virtudes; ya no fluctuará tu razon entre las dudas inapeables acerca de tu primer origen y de tu último destino, ni quedará como hasta aquí sin salida del abismo de miserias en que se halla sumergida. Como el astro brillante del dia extiende por el horizonte la luz, que deja ver con la mayor claridad

todos los objetos, y comunica á todos los seres su calor é influjo, por cuyo medio hace salir del seno mismo de la tierra las aguas que la fertilizan, produce las plantas y sus semillas, hermosae los campos, anima los vivientes, infunde á todas las criaturas el regocijo y la felicidad; así Geroteo, apenas se descubre en nuestra ciudad, difundirá por todos los pueblos de la provincia los rayos de la luz celestial; y con el fervor de su caritativo celo por la salud de las almas hará llover sobre todo este terreno las gracias y bendiciones del Señor; y le cabrá la satisfaccion de ver, que este suelo árido é inculco, que no ha producido ántes más que zarzas y malezas, producirá en adelante sazonados frutos de bendicion. Geroteo, como el prudente padre de familias, escogerá operarios activos, á quienes comunicará sus luces, su espíritu y su influjo para que le ayuden en el cultivo de la nueva viña, arrancando el gérmen del error, del contagio y del vicio.

Árduo es el empeño: desarraigar errores envejecidos, universales, inspirados en la infancia y sostenidos por una costumbre no interrumpida; sustituir á una supersticion, que favorece las inclinaciones naturales del hombre, una religion que le impone el deber de violentarlas; pretender que unos hombres, acostumbrados á despreciar todo aquello que no sea conducente al regalo y á la propia comodidad, se sometan voluntariamente á una ley que les prescribe la mortificacion continua, el odio á los placeres, la guerra á sus deseos, la maceracion de la carne; querer introducir unos usos que aborrecen los pueblos, resiste la naturaleza, persiguen con encarnizado furor todos los príncipes y poderosos.... árduo empeño, repito: Geroteo no puede confiar con otros auxilios para realizarlo, que su celo y su confianza en la providencia del Señor, que le destina para fundar y dirigir esta porcion de su heredad. Sin embargo, todo lo emprende y todo lo consigue con estas solas armas. Vosotros, segovinos ilustres, venturosos primitivos de este glorioso apostolado; vosotros debierais reanimar vuestras cenizas, para instruir á vuestros nietos acerca de las virtudes que ennoblecieron al obispo que os abrió el camino para el Cielo.

No creais que vengo á reprender vuestra negligencia, ó á quejarne de vosotros por no habernos conservado esta preciosa historia: el tiempo, las guerras, las vicisitudes acaecidas en el largo periodo de diez y ocho siglos pudieron borrar, y borraron, efectivamente, la memoria que tanto gusto tendríais en transmitir á la posteridad; pero puede aducirse en favor vuestro, que ninguna de aquellas causas ha podido acabar con todos los monumentos que vuestra piedad erigió para perpetuarla. Un templo, que nada presenta de recomendable

más que su remotísima antigüedad, y los escombros de otro, nos dicen con la mayor elocuencia: «Cuanto en las otras provincias de España se veían precisados los cristianos á buscar un oscuro subterráneo, que les sirviese de asilo para ejercer las funciones del culto católico, el celo de Geroteo superó todos los obstáculos ó hizo que en Segovia se enarbolase el estandarte de la cruz, y se tributasen públicas adoraciones al Crucificado.» Cuando registrando las historias, vemos introducirse la herejía por otros pueblos, los segovianos dicen: «El celo de Geroteo consiguió que arraigara en este suelo la predicación evangelica, de suerte, que resistiese los ataques de todos sus enemigos.» Cuando recorridas las provincias de España, y viéndolas todas teñidas de sangre de los Segundos, Torcuatos, Indalecios, y demás fundadores de sus respectivas iglesias, vuelvo la vista á Segovia, y descubro que el anciano Geroteo baja en peza sepulcro, se me figura ver escrito en la losa que le cubre el siguiente epitafio: «El celo de Geroteo, si no consiguió hacer abrazar á todos la religion de Jesucristo, hizo al ménos que la respetasen, sin que á pesar de su publicidad se atreviese nadie á perseguir á sus ministros.» Cuando admirados los segovianos de la proteccion especialísima que les dispensa la Madre del Señor, trabajan en vano para averiguar el tiempo en que colocó su iglesia bajo el escudo impenetrable de su patrocinio; y el origen que tuvieron los honores que se le tributan en los diferentes misterios que la Iglesia celebra; en la misma incertidumbre y en la práctica de un tiempo inmemorial, se me figura ver estampado con caracteres indelibles: «El celo de Geroteo, que en compañía del apóstol presenció las señales nada equívocas de la Asunción gloriosa de Maria, enseñó á los segovianos unos misterios tan superiores á su comprension; persuadiéndoles de ahí, que despues de Jesucristo no hay en el mundo santidad más completa, devoción más útil, intervencion más eficaz que la de Maria.» Cuando veo la piedad tan sólida, la fé tan pura, la devoción tan general y constante, que han caracterizado en todos tiempos á los segovianos; cuando considero que les ha horrorizado siempre aún la más leve sospecha de herejía ó irreligion, pareceme que se me presentan con niñas todas las lenguas de los que habitaron y habitan aquella provincia para decir: «Este es el fruto del celo que inspiró el Apóstol á Geroteo, para promover entre nosotros la honra del Señor, plantar en nuestro suelo su religion, precaverlos contra las astucias, y fortalecerlos contra los furiosos ataques de los infieles, que el mismo Apóstol anunció procurarían destruir cuanto edificara su celo.»

Llegó este tiempo: la idolatría, el judaismo, la herejía los acomet-

tieron varias veces y por diversas partes; más siempre fueron vigorosamente rechazados por los hijos de Geroteo, que conservaron con la mayor fidelidad el sagrado depósito de la religion que por éste se les habia confiado. El entero cumplimiento de aquel triste vaticinio estaba reservado para nuestros dias. La impiedad ha reemplazado á la supersticion, y hecho los mayores esfuerzos para ver de arrancar la doctrina verdaderamente sana, hacer increíble la revelación, y abolir el culto del Crucificado. Y los hijos del gran Geroteo, ¿tendrán la debilidad de rendirse al más infame, al más débil, al más cruel de sus enemigos? ¿oscurecerán la gloria que adquirieron á su pueblo tantas victorias, conseguidas por sus piadosos predecesores, sobre unos enemigos mucho más temibles que los que en el dia los acometen? ¿Su cobardía, ó un grosero egoismo, convertirán en ignominia el honor de que goza Segovia por la pureza de su fé y por la constancia de tantos siglos? ¡Ah! no querrán turbar la paz en que descansan sus ilustres padres; no serán ménos fieles que ellos, y resonará mañana su nombre como el de aquellos al presente.

¡Celoso apóstol de Segovia! no dejes al olvido la viña plantada por vuestra mano; defendella constantemente. Defendad también á vuestros devotos; premiad la piedad religiosa de los que os ofrecen estos cultos; emplead vuestro valimiento, é interceded con el Señor, para que nos dé la gracia de servirle y amarle en la tierra, y poder cantar las divinas alabanzas en vuestra compañía por los siglos de los siglos.

San Gervasio y San Protasio; ~~véase~~ San Protasio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

PANEGÍRICO
DE SAN GIL, ABAD.



El Señor no se dá á conocer al hombre, mientras éste, levantándose contra el Criador, le aleja de sí con sus pensamientos perversos ó altaneros. Esta verdad está con frecuencia repetida é inculcada en las sagradas Escrituras. El Señor odia con todo su corazón, digámoslo así, á los soberbios, los oprime, los rodea de oscuridad, los abandona, los confunde en su misma pequeñez; les niega su misericordia, los juzga con ley severa, y los entrega á tormentos fuertes, porque se consideran poderosos. Da miedo, causa espanto leer las sagradas páginas, cuando hablan del hombre que presume igualarse á Dios, arrancarle sus secretos, sacudir su yugo, y no registra más que por su independencia, razón y su corazón soberbio. Dios, rodeándole de torbellinos que le roban la luz, y le hacen morir sobre un polvo inconstante, precipitale confundido en los abismos á donde le arrastra el viento de sus insensatas aspiraciones. Allí, infeliz allí se queda á oscuras, solo, lastimado, herido, sin saber por dónde ha bajado, ni por dónde podrá salir. Desde allí, ó reconoce el poder de Dios y su soberana grandeza, ó no se levanta nunca. Al lado de este horrible cuadro voy á presentaros otro que encanta el alma, y que debe animaros á desear verle en nosotros mismos realizado. Toda la felicidad del hombre consiste en encontrar á Dios; pero ocupando el Señor un trono inaccesible á nuestras miradas por estar rodeado de nubes ó de nieblas, ¿cómo y dónde se le podrá encontrar? «Si voy hacia el oriente, dice Job, no le veo allí; si hacia el poniente, tampoco

le encuentro; si miro á la izquierda, haya lo que haya, no le hallo; y si miro á la derecha, tampoco puedo verle. ¿Quién, pues, me concederá el que pueda hallarle (1)?» ¿Qué es esto? ¿Se ha puesto en contradicción el Espíritu Santo consigo mismo? No, hermanos míos, no. Lo que hay es, que mientras el hombre quiere buscar á Dios, presumiendo mucho de sí mismo, no puede encontrarle, que es el sentido en que habla el paciente de Idumea; pero buscando á Dios con sencillez y humildad de corazón, así puede ser hallado, como lo dice el Espíritu Santo en las palabras citadas.

Ahora sabreis el secreto de muchas cosas que os habrán parecido hasta el presente extrañas. Cuando hayais visto á los llamados sabios y poderosos hechos el juguete de sus propios juicios, y á los simples, á los pequeños y sencillos llegar á poseer tanta claridad, os habreis admirado, considerándolo como un contrasentido ó una paradoja. Pues no es una cosa ni otra. Es la natural consecuencia que se desprende de la idea legítima de lo que es Dios, y de la idea legítima de lo que es el hombre. San Gil es el que va á demostraros todo lo que hay de exacto y de cierto en los principios que dejo consignados; pues conservando la sencillez de corazón logró encontrar á Dios, que se esconde de los soberbios. Os lo haré ver después de haber implorado los auxilios de la gracia: A. M.

Se hace mofa de la simplicidad del justo, porque la sabiduría del mundo consiste en ocultar las maquinaciones del corazón, en usar de doblez en las palabras, en hacer creer lo falso por verdadero y lo verdadero por falso. Ésta es la prudencia del mundo: envueltos los verdaderos afectos del corazón con los falsos velos de la hipocresía y de las más torpes maquinaciones; desfigurar con expresiones estudiadas el genuino sentido de las cosas; manifestar como verdades los errores más torpes, y hacer pasar como errores las verdades más demostradas. Ésta es la sabiduría que la juventud aprende con el oro; ésta la que á precio de oro se enseña á la infancia incauta y sencilla. Los que la saben, desprecian á sus semejantes con orgullo y altivez; los que la ignoran, son mirados como tímidos en demasía y como esclavos villes y despreciables; porque en el lenguaje del mundo, la duplicidad es un efecto del ingenio, y los más perversos designios camuflanzan con el nombre de urbanidad. Ella aconseja á sus secuaces, de enaltecerse hasta la cumbre de los honores, sean los que fueren los medios por donde puedan llegar á conseguirlo; aspi-

(1) Job 23, v. 8.

rar á la gloria del triunfo por cualquiera vía que á ella conduzca, si quiera sea necesario regocijarse en la ruina de mil víctimas; devolver con creces los males que se les irrogaren, vengar las injurias recibidas, y lavar sus manos en la sangre del ofensor; si se cuenta con la fuerza suficiente, resistir á la fuerza y no ceder el campo; si falta el valor, suplir con la simulacion lo que no es posible lograr con la malicia. Contra esta ciencia vino á luchar el héroe de Atenas. Nace Gil á la luz de este mundo, y no bien abre sus ojos cuando ya se mira rodeado de cuantos objetos pueden alucinar el entendimiento y seducir el corazón. Riquezas, nobleza, títulos fastuosos, todo á su alrededor conspira á lisonjear prodigiosamente el orgullo, la sensualidad, y esa propension tan enraizada en el hombre de dominar á sus semejantes. Nada empero será capaz de corromper su alma; la ciencia de Dios hácele penetrar á fondo el carácter del mundo y sus insensatas teorías. En vano éste, poniéndole ante sus ojos la sangreal que circula por sus venas, esperanzas las más halagüeñas, un porvenir el más brillante, intenta infundir en su tierno pecho las lecciones del orgullo, las máximas de la dominación, la sabiduría del honor y la gloria temporal; ¡ciencia funesta! tú no hallarás eco ni simpatías en el corazón de Gil.

Con afecto; sus padres, Teodoro y Pelagia, le dedican en su niñez á la práctica de la virtud; buscó siempre á Dios con sencillez de corazón. Lejos de hallar recreo en los juegos y pasatiempos pueriles, en aquella soberbia y altanería insufrible con que los hijos de los grandes, amparados del imprudente cariño de los padres, suelen por lo común tratar á los demás, Gil hallaba todas sus delicias en la casa de Dios, en la asistencia á los divinos oficios y al santo sacrificio de la misa, y en las obras de misericordia con los pobres y necesitados. Cierto día, que al ir á la iglesia halló á un pobre enfermo echado en el suelo, le dió su túnica, y el Señor hizo que el enfermo recobrase inmediatamente la salud. Este y otros milagros que Gil obró en su juventud le hicieron célebre en el mundo. Sus padres, al morir, dejáronle sus dignidades, sus haciendas, y todos los honores de su casa; empero el vendió al punto sus posesiones, y repartió su valor á los pobres para seguir á Jesucristo. El hombre que no atiende sino á las necesidades y los placeres del cuerpo, que no busca sino los engañosos y efímeros delicias de este mundo, que pone toda su esperanza en el dinero y los tesoros, no percibe ni quiere entender esa doctrina tan sublime de Jesucristo, y esa conducta tan heroica y admirable de sus discípulos. Yo os bendigo, Dios mío, porque habeis escondido vuestros arcanos á los sabios y prudentes,

al paso que los revelais con tanta claridad á los sencillos y pequeños. Gil lo dejó todo por seguirs, y recibió en recompensa aquella luz que suele negarse á los sabios, ó esa ciencia de corazón, esa ciencia de sentimiento, esa ciencia de experiencia, que tantas ventajas lleva á las especulaciones sublimes, y en cuya comparacion nada son el oro y la plata.

La fama de su vida ejemplar y de sus milagros le hicieron más célebre en su patria, que cuanto pudieran haberle hecho sus títulos, sus honores y riquezas; pero como solo deseaba vivir para con su Dios, ser despreciado del mundo, ser tenido por vil y despreciable para merecer las eternas recompensas, huyó de su patria. Francia recibió en su territorio á este ilustre ateniense; el palacio episcopal de Ariés le vió entrar por sus puertas, y su célebre obispo S. Casáreo le admitió en su compañía, y le honró con aquella amistad y aquellos obsequios con que solamente saben honrarse los santos. Un espíritu encendido en la llama del amor divino que abrasaba á estas dos almas escogidas, podria ponderar debidamente aquellos coloquios, aquella oracion, aquel religioso método de vida, que por espacio de dos años tuvieron estos dos huéspedes y peregrinos en la tierra; pero cuyo corazón estaba de asiento en el Cielo. Casáreo acabó de instruir al humilde y sencillo Gil en las máximas de la perfeccion, sirviéndose mutuamente de estímulo y de modelo. Las acciones de los santos, por extrañas y raras que parezcan, no hemos de censurarlas, si no queremos que nos confunda aquel Señor que las dirige. ¿Cuántos ejemplos encontramos en las vidas de los santos de acciones al parecer extrañas, y que, sin embargo, no podemos dudar que fueron del agrado de Dios? Tal es el hecho que nos presenta la historia de la vida de Gil.

Abandona el palacio episcopal, deja la compañía de un varón eminentemente en ciencia y virtud, una casa donde sin peligros podía practicar todas las virtudes, ser útil á la religion y á sí mismo; y sin comunicar á nadie su pensamiento, corre á ocultarse en una cueva, donde vive desconocido de todos los hombres. ¡Qué dominación! ¡qué fatuidad! gritarán los que siguen la prudencia de la carne. ¿Por qué huye ese hombre? ¿No se puede servir á Dios en todas partes? ¿No podía muy bien santificarse Gil en la casa de un obispo santo? Pero ¿quiénes somos nosotros para dar consejos al Señor, y para investigar sus caminos? Él es admirable en sus santos; y si inspiró á Gil esta resolucion, ¿qué nos toca á nosotros sino adorar en silencio la incomprendibilidad de sus juicios? El milagro de una cueva dirigida por la mano del Omnipotente á la gruta del santo solitario para

alimentarle diariamente con su leche; nos revela, que nuestro héroe al retirarse no hizo más que secundar las miras que sobre él tenía la adorable Providencia. Con este parco alimento, dirla más bien, con el pábulo de la meditación y contemplación divina, pasó muchos años en aquel escarpado retiro, delicioso solo para las almas que gustan oír la voz de su Dios lejos del estrépito y los peligros del mundo, hasta que el Señor dirigió hácia aquella cueva al mismo rey de Francia.

Un hombre en traje de ermitaño, venerable por su edad y por la virtud y penitencia retratadas en su semblante, causó al monarca más admiración y sorpresa que toda la magnificencia de su corte. Mira á Gil como un santo; se postró á sus piés, le ofrece sus respetos y servicios. ¡Oh Dios! ¡qué cierto es, que nunca dejais en olvido al justo, y que dais á vuestros siervos la merced de sus trabajos y los hacéis aparecer en un camino admirable! El rey quiere hacer pública la santidad de Gil, y se empeña en honrarle con riquezas y regalos; pero él, que todo lo habla renunciado por seguir más libremente á Jesucristo, nada quiere para sí, y aconseja al rey que emplee su generosidad en edificar un monasterio. El monarca ronciescende; y bien pronto se levanta allí un monasterio, del cual es abad Gil. Amadores del mundo, venid á presenciar la gloria de nuestro héroe. Mirad cual corren en tropel los pecadores á buscar su salud eterna bajo la dirección de tan santo prelado. Entrad en el nuevo monasterio, y vereis á este santo hombre, sin ruido, sin ostentación, sin aparato de elocuencia humana, con sola su sencillez y virtud difundir sus luces y comunicar sus virtudes á todos los solitarios que viven bajo su obediencia. Vereis la paz, el silencio, la oración, la frecuencia de sacramentos; cómo el pecador se arrepiente, el justo se inflama, el que es tentado pelea y resiste á la tentación. Vereis á una multitud de enfermos asistidos por Gil con su ayuda y sus consuelos, innumerables pobres alimentados y socorridos con sus limosnas, no pocas jóvenes puestas á salvo del peligro de pervertirse, y desposadas con honestos matrimonios por los medios y recursos de su ingeniosa caridad. Vereis que los pueblos buscan á Gil para recibir sus consejos; los enfermos para ser curados de sus dolencias; y todos para escuchar su doctrina. Nuestro Santo no habla aprendido á disertar; pero el Señor, que hace elocuentes las lenguas de los párvulos ó humildes, le reveló y enseñó los misterios ó caminos de su salvación, que no todos comprenden; aunque se llamen sábios ó filósofos. No quiero decir con esto, que los sábios encuentren en la sabiduría un obstáculo para al-

cauzar su salvación: en la Iglesia se cuentan innumerables sabios que han sido santos; pero estos sábios ó grandes que se han salvado, fué porque en presencia de Dios se reconocieron pequeños é ignorantes, olvidaron su ciencia, renunciaron á sus ideas, y se pusieron delante del Señor, aniquilándose ante su majestad augusta, adorándole con temblor, contemplándole, admirándole y amándole. Para esto, creedme, no es necesario ni génio sublime, ni asiduos trabajos, ni curiosas investigaciones, ni pensamientos sutiles: basta una fé viva y un corazón sencillo y recto como el de Gil.

No pueden reducirse á número los milagros que, ántes y despues de haber muerto nuestro héroe, ha obrado Dios por su intercesión: milagros con que el Señor glorifica á los que le buscan con sencillez de corazón. De esta suerte se verifica, que mientras el mundo reputaba por fatuidad ó locura la vida de los justos, y destituida de honor sus acciones, ellos han ascendido á la alta dignidad de ser reputados como hijos predilectos de Dios, y contados en el glorioso número de los santos. La muerte, que es preciosa en los justos, halló á Gil sin sorprenderle, y la recibió cargado de años y de méritos, con aquella tranquilidad propia de un varon sencillo y temeroso de Dios. Consiguio la vida eterna con el desprecio del mundo, con el retiro, el silencio, la mortificación; con la práctica de las virtudes; y con su ejemplo nos enseña, que si nosotros quieremos ser santos, ni necesitamos más, ni tampoco tenemos otro camino. Sigamos, pues, sus pasos, imitemos sus ejemplos.

La huida del mundo: este es el primer pensamiento que Dios inspira á los que escoge para ser brillantes ornamentos de la Iglesia santa. Renuncia del mundo, es esencial al cristiano, y sin ella imposible su salvación. Divorcio con el mundo, éste es el que coloca á los hijos de Dios en la clase de sus adoradores. Pero, hermanos míos, háy que entender bien la ley santa del Señor, y no confundirse. Aunque es cierto, que la separation del mundo es el medio más á propósito para la santificación del hombre, sin embargo, conviene que sepais, que en medio del mismo mundo hay una soledad, que consiste en vivir abstraído de sus pompas y vanidades, ocupados en la contemplación de las verdades eternas; y en los ejercicios de la piedad, conforme al estado en que nos haya colocado la divina Providencia, y en alabar y bendecir á nuestro Dios, cumpliendo con los preceptos de su ley. Esta es la soledad que Judith escogió en Betulia para hacerse digna de ser libertadora de su pueblo; la que tuvieron las Mónicas y las Ritas, casadas; las Lucias, Casildas y Eulafias, doncellas; los Sebastianes, Mauricio y Emetorios, militares; los Casti-

miros, Luisés y Fernandos, reyes poderosos y guerreros valientes; los pobres y mendigos Sérvulos, Alajos, Roques y otros muchos, que vivieron en medio del mundo llenos de virtudes. A esto es á lo que os estimula el glorioso S. Gil, con la fidelidad que observó en sus primeros años, en que siguió sumiso y respetuoso las inspiraciones del Dios, que le llevó por la mano en los caminos de sus justificaciones, y le favoreció con el santo propósito de hacer en todo su santísima voluntad. ¡Oh! si yo tuviera la dicha de que á imitación de este glorioso Santo, mirárais al mundo como se merece, y huýeráis de sus atractivos engañosos para no perecer entre ellos! Venid el primer enemigo de vuestras almas como lo venció Gil dirigido por Dios:amad el retiro y la soledad interior, en que se forman los hijos de la gracia, y no dudeis de que el Señor se complacerá en derramar sus dones sobre vosotros, para que, siguiendo á este Santo en sus primeros pasos, os hagáis dignos de imitarle en sus virtudes.

Cuando la Iglesia nos propone los ejemplos de los santos, es para que cada uno, conforme á su estado, se esfuerce en practicar las virtudes que á ellos les introdujeron en el Cielo. En vano oiriais con placer las glorias de Gil, si no procuraseis formar vuestro corazón con arreglo á su conducta. No se exige de vosotros que, abandonando vuestras casas y posesiones, paséis la vida en la oscuridad de una cueva; solo se os pide que, abstraídos de las vanidades del mundo, busquéis á Dios con un corazón sencillo. ¡Oh! y qué completa sería nuestra dicha si unidos todos al glorioso S. Gil, pudiéramos decirle: todos queremos imitaros, querramos despreciar las vanidades del mundo; queremos buscar á Dios con sencillez de corazón: en este caso, yo no soy capaz de enumerar los bienes que del dador de todo bien descerdarian á nuestras almas; solo sé deciros, que vuestras virtudes serian recompensadas sobre todos nuestros pensamientos y alcances, puesto que el mismo Dios sería nuestro premio, nuestra recompensa y nuestra gloria. Puedo aseguraros que siguiendo los ejemplos de Gil, nos concluiríamos como buenos cristianos, y nos dejaríamos llevar por la corriente de la ciencia de la salvacion, que Dios enseña á los que le buscan con un corazón sencillo. ¿Quién no tendrá á dicha el ser fiel discípulo é imitador de tan gran Santo! Tal es la excelencia de la virtud, que hasta los viciosos la desean, alaban y en gran fección. Ella es tan apetecible, tan dulce, tan bella, tan agradable y tan deliciosa, que no hay quien no la preconice y elogie, aunque hay muchos que lo deshonran, conculcan y vilipendian con sus obras. Todos quisieran ser virtuosos, pero sin dejar sus vicios, sin romper con el mundo, con sus pompas y vanidades; sin declarar

la guerra á las pasiones, y sin el cumplimiento de la ley santa del Señor. Éste es un insulto á la divinidad. Resolvamos pues imitar á S. Gil, sea siempre para nosotros este Santo glorioso: el Rafael divino, que nos conduzca por entre las escabrosidades de este mundo peligroso hasta la prosperidad á que podemos llegar en esta vida, para que alabando en ella á nuestro Dios con un corazón recto y sencillo, nos hagamos dignos de las recompensas eternas que Dios ha prometido á los que, imitando á S. Gil, serán conducidos como él á los tabernáculos eternos de la gloria.

Santo glorioso, aceptad benigno los armoniosos himnos de alabanza y próz que vuestros devotos hacen resonar hoy bajo estas sagradas bóvedas. Recibid las muestras de gratitud que os ofrecen por los inestimables beneficios que les habeis dispensado. Y pues tan sabiamente supisteis confundir la sabiduria y reprobado la prudencia de este mundo engañoso é infiel, haced que nosotros sepamos imitaros, que como vos busquemos siempre á Dios con un corazón sencillo, para que merezcamos un dia ser recompensados en la feliz eternidad de la gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN GREGORIO MAGNO.

*Nilc magna vocabitur.
Este será llamado grande.*

(MATH. V, 19.)

Señores: ¿á quién no parecerá atrevimiento inexcusable, que sin elocuencia ni suficiente instrucción ose yo hablar de la santidad y sabiduría de uno de los mas grandes pontífices que han ocupado la silla de S. Pedro? Hablo de san Gregorio el Magno, de este varon incomparable, de este monje austero y penitente, de este doctor y firme columna de la Iglesia de Dios, cuyas virtudes, sabiduría y acciones heroicas son un peñagón insondable. Conozco, señores, que para elogiar á este nuevo Basilio era necesario un Nazianceno, y que solo la elocuencia de un S. Ambrosio sería capaz de celebrar dignamente las acciones heroicas de este nuevo Teodosio.

Pero vosotros, que me habeis impulsado, sabreis con benignidad disimular mis defectos; y Dios, que ha prometido virtud, eficacia y energía á los que evangelizan su doctrina, se dignará purificar mis labios como los de Isaias, para que no profane su divino Testamento. Confiado pues, únicamente, en su auxilio, ensayaré el elogio de este su siervo fiel y prudente, á quien constituyó sobre su familia, en la tierra, para que la proveyese del alimento necesario. A este fin le colocó sobre el candelero de su Iglesia, para que iluminase á todos los de su santa Casa; le colocó, repito, como una antorcha resplandeciente y ardiente; ardiente por el fuego de su caridad, resplandeciente por el resplandor de sus virtudes y doctrina. Hé ahí el plan de su elogio y su verdadero carácter. Una breve ojeada sobre su vida ejemplar y laboriosa basta para acreditar, que fué un nuevo taumaturgo, ó trismegisto, es decir, tres veces grande; gran santo, gran pontífice, gran sábio. Tres breves reflexiones que dividen la materia, objeto de vuestra atención y de mis débiles conatos. Ayudadme todos á pedir las luces del Espíritu Santo por la poderosa intercesion de su augusta Esposa: A. M.

Quando el Todopoderoso ha querido de tiempo en tiempo enviar al mundo algunos de estos célebres héroes, que sirvan de antorcha á los mortales, que con sus luces disipen los errores y acrediten con sus obras la sana moral del Evangelio, les ha preparado de antemano, por sendas, á veces desconocidas y opuestas al parecer á sus inefables designios, para confusion de los sábios y prudentes, segun la carne. Ambrosio y Agustino, entre muchos, nos presentan un ilustre testimonio de esta verdad. ¿Quién diría, que el maravilloso ingenio de Ambrosio, aquella elocuencia y arte con que se manejaba en el foro, era destinado por Dios para que con sus oraciones ilustrara á todo el Occidente en las sendas de la virtud? ¿Quién al oírle hablar en el senado diría, que su voz estaba por el Señor destinada para hacerla resonar delante de los altares, con admiracion del mundo y edificacion de la Iglesia? ¿Quién diría, que el talento gigante de Agustino y aquella su admirable dialéctica, empleada de ordinario en combatir las verdades de la religion, serviría con el tiempo á la ruina del maniqueismo y de los pelagianos, y á la más vigorosa defensa del catolicismo? Sucede esto á veces, porque Dios, con su infinita sabiduría, permite, que hagan los primeros ensayos en el siglo los que destina á que después manifiesten admirables progresos en el órbe espiritual. Bajo este plan parece ordenó Dios la vida de san Gregorio el Magno. Destinábale el Señor para que fuese una resplandeciente antorcha, cuya luz se extendiera á los confines del mundo, y que en lo sucesivo sirviera de ejemplar á los grandes, á los potentados y á los sumos Pontífices. Aunque hijo de padres senadores y poderosos, quiso el Señor manifestar á los nobles, ricos y potestades sublimes, que podian abandonarse con fruto los palacios santuosos, para ir á sepullarse en las pobres mansiones de un monasterio, y que podian desecharse los vestidos de oro y plata, para vestirse con más honor de una túnica tosca y despreciable; que podían despreciarse la multitud de criados y sirvientes, para ir á ejercer los oficios más bajos de una comunidad religiosa; que no era, en fin, degradar la dignidad de senador la renuncia de las pompas y vanidad del mundo.

Desde su primera edad dió muestras nada equivocadas de que le destinaba Dios para cosas grandes. Su carácter afable, su admirable ingenio, su pronta y tenaz memoria, su entendimiento profundo y viveza incomparable, todo pronosticaba estar elegido por Dios para sus altos fines. Nadie, en efecto, puede gloriarse de haber hecho en muchos años los grandes progresos que Gregorio hizo en corto tiempo. ¡Qué velocidad! ¡Qué rapidez en la inteligencia de la Escritura santa, en la de los concilios y en el espíritu de la religion! Pero no es

esto lo más; sino que á la viveza y ardor de la juventud, unia la prudencia y madurez de un anciano. Estas bellas cualidades movieron á los cónsules y senadores á elevarle á pretor de Roma. En esta honorífica dignidad no tuvo otro objeto que la justicia, otra mira que el desinlerés, ni otro respeto que el bien público. Por manera, que podía decirse con verdad, que era una víctima pronta á sacrificarse á cada instante por la felicidad de la república. Haz ¡oh Gregorio! haz tus primeros ensayos en la Roma civil, para hacer después los mayores progresos en la Roma espiritual. Imita ahora á los Camiles, Escipiones y Fabricios, para imitar después á los Pedros, Clementes, y aún al mismo Jesucristo.

No fueron la justicia y la vigilancia las únicas virtudes que se admiraban en Gregorio. Era singular su liberalidad y misericordia. En sus manos hallaban los pobres el alivio de sus necesidades y asilo de sus miserias; pues á imitación de otro Job, era ojo para el ciego, lengua para el mudo, piés para el cojo y hospicio para el peregrino. En esta época fundó á sus expensas seis monasterios en Sicilia, y aún al palacio que habitaba en Roma dió el mismo destino. ¡Qué admirable es, oh Dios mío, tu providencia! Gregorio empieza á mirar con tébo todas las cosas del mundo. Conoce que para llegar al cúmulo de la perfeccion es más á propósito obedecer que mandar. Animado de este pensamiento, desuadiéndose de las pompas, grandezas y gloria mundana, de la dignidad senatoria, de la de pretor, y renunciando á todo lo que no era virtud, entra Gregorio en el monasterio á ser modelo y ejemplar de los monjes.

Aquí, señores, desearia yo tener la elocuencia del Nazianceno, para exponer las heroicas acciones y virtudes de Gregorio el Magno; su humildad, digo, su modestia, su obediencia, su castidad, su austeridad y espíritu de penitencia. Baste con decir, que sus vigillas igualaron á las de Paulo, primer eremita; sus oraciones á las del grande Antonio; sus penitencias á las de S. Hilarión; y que fué tan abstineute como S. Simon Estilita, tan humilde como el gran Basilio, y tan obediente como el mismo S. Plácido. La conducta, en fin, de Gregorio presentaba á primera vista la perfeccion de los más santos mojes de Oriente y Occidente. Sus iguales le veneraban como ejemplar, los ancianos admiraban su virtud, y el abad se avergonzaba de mandarle como superior.

Su mérito le elevó bien pronto á la dignidad honorífica de abad del monasterio. Aquí manifestó su gran talento, su prudencia y discrecion para el gobierno, pero sin omitir el ejercicio de sus vigillas, ayunos y disciplinas; de ahí le provino aquella aguda y peligrosa

enfermedad de estómago, que le ponía á los umbrales de la muerte, y que le impedía ayunar ni aún el viernes santo. Su director le prohibía que fuese tan abstineute, mandándole sobreseer á tantas penitencias, porque llegó á sospechar que Dios no había criado á Gregorio para sí solo, sino para bien de su Iglesia. Bien pronto se confirmó esta sospecha. Pelagio II muere, y al punto el Senado, el clero y el pueblo romano le eligen de acuerdo por obispo de Roma y sumo Pontífice. En vano resiste Gregorio; en vano se sale de la capital del mundo cristiano, escondido entre los sacos de unos mercaderes, para huir de tan alta dignidad, sepultándose en los montes y en las grutas. El Todopoderoso, que no había producido esta antorcha luminosa para que estuviese escondida, sino para iluminar á todos los de su santa casa, dispuso que le hallaran bien pronto los ciudadanos de Roma, que con increíble ansiedad le buscaban.

Hé aquí, señores, á Gregorio conducido á la capital por fuerza, y adornado con la investidura pontificia. ¡Oh pensión coman de las almas grandes! Por más que desprecie los cargos y deseche las honras y dignidades, ellas os buscarán. Las mitras os sacarán de lo más escondido de los monasterios; si os meteis bajo los montes, allá penetrarán las dignidades, los báculos y las tiras. Así, por más que Gregorio se oculte, Dios, que le ha hecho gran santo en el mundo, vá á manifestarle gran pontífice sobre su Iglesia. Ya, en efecto, había dado Gregorio muestras nada equívocas, de que era enviado por Dios como otro Moisés para libertar á su pueblo escogido. Había imperado en Roma la peste más cruel y más violenta que hasta allí se había experimentado. En las calles y plazas de esta capital del mundo solo se veían montones de cuerpos muertos, espectáculo horroroso á la vista, y que hacia desmayar la imaginacion. Los ciudadanos aparecian lánguidos y exánimes, esperando á cada momento ser víctimas de tan terrible azote. Gregorio recorre á la oracion, y tomando el incensario, á imitacion de Aaron, se pone de medianero entre Dios y los hombres para libertar á su pueblo. Mandoles juntar en procesion; y despues de haber comorrido los ánimos de toda la multitud con un enérgico y elocente discurso, que los arrancó lágrimas de corazon, contritos y humillados en la oracion, lograron desarmar la ira del Señor, y cesó enteramente el contagio.

Conocida por Gregorio la voluntad de Dios, se aplicó con suma sollicitud á conducir el rebaño de la Iglesia universal, que el supremo de los pastores le había encomendado. ¡Qué celo igual al de un hombre, que pasaba el día en el trabajo y la noche sin reposo; que bastaba por sí solo á catequizar al rudo, á dirigir al perfecto, al ali-

vio del pobre, al consuelo del enfermo? Hecho todo para todos, extiende al punto por do quiera el fuego que le devora del amor á Dios y á su grey. Por manera, que puede decirse con verdad, que no solo toda la Europa y sus confines, sino el África y Asia sintieron los efectos de su sábio gobierno y de su celo, aún antes de saber su elevación al pontificado. ¿Qué reino, que provincia del mundo hasta allí conocido, podrá alegar no haber llegado á su país los rayos de la sabiduría de Gregorio? Sus reglamentos se extendieron con increíble velocidad del uno al otro polo. Dígalo España, y dénos testimonio de la presteza extraordinaria con que llegaron los rayos del Vaticano á disipar las nieblas con que los priscilianistas y arrianos pretendían envolver la península. Dígalo el África, donde brevemente alcanzó la espada espiritual de Gregorio, que cortó la cabeza á la hídra de los donatistas, que á cada momento vomitaba nuevos insectos de iniquidad. Dígalo Dalmacia, donde apenas apareció el cisma, cuando el poderoso brazo de Gregorio apagó el incendio. Dígalo Constantinopla, donde con igual celo que Ambrosio al gran Teodosio, reprendió al emperador Mauricio, que pretendía extender su cetro á lo eclesiástico. Dígalo, en fin, todo el mundo, á donde se veían con frecuencia sus decretos pontificios, para instrucción y consuelo de todos los miembros de la Iglesia católica. Los silbos de este pastor universal, traspasando el Nilo, se extendían por los inmensos arenales de Egipto, por los desiertos de la Etiopía, por los países de los abisinios, buscaban los monjes y los eremitas que habitaban entre las fieras y las entrañas de la tierra.

¿Y se limitaba su penetrante voz á estos confines? Nada ménos. Su eco retrocedía; y traspasando el Eufrates, el Tigris, el Indo y el Ganges, resonaba con energía hasta las extremidades de la tierra, y aún sobre las aguas del Océano. El espíritu vigilante y solícito de Gregorio el Magno, á imitación del alma que anima todos los miembros del cuerpo humano, dáta vigor á la inmensa mole de la Iglesia católica. Sus reglamentos se extendían á todas partes y sobre todas materias; y ni el dilatado espacio de más de once siglos, ni los cismas ni las mayores revoluciones han podido borrar su esplendor. El misal romano, la liturgia y las ceremonias eclesiásticas publicarán eternamente las sábias disposiciones de Gregorio el Magno. Pero, quién es capaz de reducir á sumario las grandes ó ilustres acciones de este santo durante su pontificado? Mis ojos débiles se deslumbran con su resplandor. Mas no sea sus virtudes, sus penitencias, su vigilancia pastoral, su celo y cristiana política en el manejo de los negocios, más áridos y en las circunstancias más difíciles que

le acreditaron gran santo y gran pontífice, lo que debe causarnos mayor admiración; sino que, á pesar de tener siempre su alma adherida á Dios y ocupada en asuntos tan graves de la Iglesia universal, cultiváse las ciencias con el mayor suceso, haciendo en ellas tales progresos, que le acreditasen de gran sábio.

Ya os dije al principio, hermanos míos, que desde su juventud adelantó mucho en las letras divinas y humanas. Así lo manifestó mientras estuvo en el siglo con las dignidades de senador y de prefecto de Roma. Entónces dió muestras nada equivocadas de su admirable talento para la política, filosofía y elocuencia; y Roma vió revivir en la persona de Gregorio las cenizas de los Catones, Cicerones y Hortensios, olvidadas por más de seis siglos. Mas luego que dejó el mundo y sus vanidades, entregado á la virtud dentro del monasterio, aplicó su talento á las ciencias sagradas, é hizo en las santas Escrituras los mayores progresos, sin que los ayunos, viglias, disciplinas y oraciones, le impidiesen su continuo y tenaz estudio. No tardó mucho, ya por sus virtudes, ya por su sabiduría en ser admirado de los monjes, pareciéndoles que habían en él resucitado los Atanasios, los Crisóstomos, los Agustinos. Pero Gregorio, mientras más le ensalzaban, más se humillaba, como verdadero discípulo de Jesucristo, que ha prometido ensalzar á los humildes. Tanto resplandor de santidad y de sabiduría no podía estar oculto mucho tiempo. Bien pronto se extendió su luz á Roma y á toda Italia. Esto movió al pontífice, Pelagio II, para enviarle por legado á Constantinopla. Allí convalidó al célebre Eutiquio, su patriarca, obligándole á detestar sus errores. Allí (á instancias de S. Leandro, arzobispo de Sevilla) empezó á escribir los libros de los *Morales*, que han sido y serán siempre la admiración de los siglos. Nada digo de su elevación al pontificado. ¿Qué de cartas, qué de homilias, qué de oraciones no dió á luz pública para instrucción del universo? Por una puerta del Vaticano salían millares de bulas, órdenes y decretos; y por otra, inmensos volúmenes llenos de sabiduría celestial, para instruir á los ignorantes, convertir á los pecadores y confundir á los herejes; y todo esto en medio del bullicio y tumulto de la córte romana. Vos ¡oh Dios mío! con admirable providencia pudisteis unir en Gregorio el Magno las perfecciones de los monjes más austeros, de los más vigilantes pontífices, y de los más sábios doctores.

Mas toda esta ciencia, todos estos talentos ¿de qué hubieran servido á Gregorio, si no hubiera poseído la ciencia de morir bien? Empero, si en todas sus acciones fué sábio este grande héroe de la religion, en la hora de su muerte parece que se excedió á sí mismo. Ya había

muchos años que padecía una aguda enfermedad de estómago. Acometieronle al fin gravísimos dolores, que toleraba con la paciencia de Job y la conformidad de Tobias, gloríandose como el Apóstol en medio de sus tribulaciones, atabando al Señor de los ejércitos, y cantando salmos é himnos para darle gracias de que se dignaba purificarle en vida, como al oro en el crisol. Así caminaba imperturbable hácia el sepulcro; hasta que, completado el número de sus días, pudiendo decir con S. Pablo: he trabajado más que todos, y he consumado mi carrera; después de haber dejado á la Iglesia en un estado felicísimo; después de haber extirpado todos los errores con sus admirables escritos, y convertido á muchas almas con sus elocuentes oraciones; después de haberse preparado con muchas lágrimas para aquella última hora; y de haber, como otro Tobias, dado consejos saludables á sus hijos espirituales, dejando sus corazones penetrados de dolor; espiró en el Señor, mudó de vida, desapareció de la vista del mundo para reinar en el Cielo.

¡Silla de S. Pedro, qué pérdida acabas de tener! Paréceme ver á la Iglesia universal conmoviéndose de dolor, y á los templos vestirse de luto al publicarse la muerte de Gregorio. Paréceme oír en Roma y á las orillas del Tiber aquellas lúgubres voces que oyó el Jordán cuando murió el valiente Macabeo. ¿Cómo ha muerto este grande hombre que salvaba al pueblo de Israel? ¿Cómo ha faltado este admirable Santo, este vigilante pontífice, este doctor excelente? ¿Cómo nos habéis privado ¡oh Dios mio! de esta firmísima columna de la Iglesia, de este muro inexpugnable del alcázar de Sion? ¡Mas enjuga tus lágrimas, depón tu luto, Iglesia santa! Al contrario, vistete de gozo y de alegría, porque el alma de Gregorio, apenas quedó libre de las prisiones de este cuerpo mortal y corruptible, voló al Empireo á estar en la eterna felicidad y compañía de los ángeles, á quienes imitó en la pureza; de los serafines, á quienes siguió en el amor y caridad; de los patriarcas, á quienes imitó en la fé; de Moisés, á quien tomó por modelo para conducir el pueblo de Dios; de los profetas y eremitas, á quienes imitó en las penitencias; allí está viendo á Dios en dulce compañía de los Atanasios, Nazianzenos, Ambrosios, Crisostomos y Agustinos, que le sirvieron de modelo, de imitación; allí, en fin, está rogando por todos los fieles cristianos, pidiendo al Señor que nos dé auxilios para alabar en vida y eternidad al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. *Amén.*

PANEGRICO

DE SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO Y DOCTOR.

*Attende tibi et doctorem,
Veta sobre ti mismo, y atiende á la en-
señanza de la doctrina.*

(I. TIM. IV. 10.)

La santidad de los héroes del cristianismo ejerce en el seno de la santa Iglesia la más augusta, la más noble, la más delicada misión de parte de la inefable providencia de su divino fundador Jesucristo, nuestro Señor. Cada santo que aparece sobre la tierra, tiene, tal vez sin saberlo él mismo, ni advertirlo siquiera el mundo durante su vida, una misión providencial. No es un hombre aislado; no es solamente un justo, que se santifica á sí mismo observando exactísimamente las leyes del Señor; es algo más que esto; es mucho más que esto: es una lumbrera que arde, es una antorcha que brilla; es una lumbrera, que por el fuego divino de su caridad se purifica más y más como en un crisol; es una antorcha, que no solo se alumbrá á sí misma, sino que despidе sus claras luces á distancias inmensas al través de los espacios y de los tiempos.

Todavía más. Esta luz, que parte de antorcha tan pura; éste fuego, que sale de llama tan acrisoladora, aumenta en intensidad á medida que gana en distancias; muy al revés de esta otra luz mezquina de los cuerpos, y de este material fuego que se pierde en las distancias. Há más de mil cuatrocientos años, que Gregorio Nazianceno ilustró á la Iglesia con su santidad y con su sabiduría. Cuanto más corren los siglos, mayor calor dá aquélla al corazón; mayor luz dá ésta al entendimiento. En un rincón de la Iglesia del Oriente moraba solitario, ocultándose á un mundo al cual detestaba, porque lo conocia enemigo de Jesucristo, y lazo peligrosísimo para las almas. A pesar de querer cubrirse esta antorcha con el velo de la soledad, sus resplandores han penetrado hasta nosotros, cada vez más puros, reuiciendo á los siglos, salvando las distancias. Los humildes valles de Arianzo

en Capadocia, no sabían el tesoro que encerraban; Dios los hizo cuna, asilo y sepulcro de un hombre ilustre, como os lo iré haciendo ver. S. Gregorio Nazianceno, modelo de santidad, de salubridad y de constancia sacerdotal. Hé ahí, católicos, el objeto de este panegírico. Para el acierto, imploremos el auxilio celestial: A. M.

Era el siglo IV de la Iglesia; siglo de consuelos y de amarguras, siglo de paz exterior y de turbación interior, siglo de exaltación para la santa fé católica, y de traidora inoculación de la más hipócrita herejía; siglo de los más grandes hombres de la Iglesia, y de los más audaces enemigos de la verdad católica. Tributábase culto y adorábase al verdadero Dios, desde más allá de los confines orientales de la Persia, hasta pasadas las columnas de Hércules; desde la zona glacial, hasta pasadas las templadas zonas opuestas. El estandarte de la cruz se enarbolaba con santo entusiasmo en medio de los campamentos; este divino trofeo coronaba la frente de los emperadores, las cúspides de los más soberbios monumentos, las más angostas cabezas. Durante tres siglos, la santa Iglesia de Jesús era el blanco de las más atroces persecuciones; sus hijos eran llevados de cárcel en cárcel, de tribunal en tribunal, arrastrados por caminos, despoblados, por plazas, por calles. A principios del cuarto siglo le fué dado respirar á la Santa Esposa del Cardero; pero esto alto en el poder no fué sino un cobrar esfuerzo para el combatir. Otros enemigos la esperaban en lo oculto; y la guerra que le estaba preparando el géno del mal, no habia de ser ni menos encarnizada, ni menos peligrosa. Un hombre de la Iglesia, fiel ministro del Señor, era el instrumento de que Satanás se valdria para destruir el cuerpo de la Iglesia, para rasgar su sacra vestidura. Arrio el diácono, encendió en esta ilustre capital del Egipto la infernal hoguera de la herejía, que arrojó sus voraces llamas hasta las Galias mismas, después de haber recorrido el Oriente y la Italia.

Pero Dios, que vela por su Iglesia, ese Dios, que tan celoso se muestra por la integridad de su fé, por la pureza de su doctrina y de su moral, dejará á su Iglesia sin defensa? No lo creáis, católicos. Conviene que haya herejías, conviene que haya disensiones, conviene que haya ocasiones del mal, para que salgan de manifiesto los que de entre vosotros son hallados buenos, nos dice el apóstol san Pablo. Y con efecto, católicos; la tentación prueba al hombre, y lo dá á conocer en su justo valor. Esta prueba es necesaria en los séres libres, pues pudiendo escoger lo malo, dá á conocer su bondad intrínseca tomando y siguiendo lo bueno. Muy probada, pues, estuvo

la Iglesia en el cuarto siglo; y fueron tantas y tan intensas las tempestades furiosas que se levantaron del seno mismo de ella, que solo la mano del Todopoderoso pudo sacar á puerto de seguridad la barca de Pedro. Pero si numerosos, si fuertes, si tenaces fueron los enemigos de la Iglesia, más numerosos, más fuertes, más tenaces fueron los que Dios suscitó en su seno para defenderla. En un pequeño valle de la Capadocia habia una antigua vivienda no léjos de Nazianzo; moraban en ella dos santos esposos, y obtuvieron como fruto de su bendición, y después de muchos ruegos y plegarias, al ilustre Gregorio, que tanta luz habia de difundir en la Iglesia, que tanto la habia de consolar, que tan valientemente la habia de defender.

Nació el niño Gregorio hácia el año 328 de nuestra éra cristiana. Recibió una educación santísima en su misma casa en el valle de Aranzo. Nona, su madre santa, lo ofreció muy niño á la Iglesia, y desde sus primeros años lo alimentaba con el pasto suave de la doctrina sagrada; y así es, que el niño Gregorio, no viendo á su alrededor más que ejemplos de santidad, y no apacentándose sino de cosas sagradas, era ya santo cuando los demás niños principian á conocer el mal. Su padre, llamado también Gregorio, varon tan docto como santo, cuyos cultos públicos celebra la santa Iglesia, le proporcionó todos los conocimientos de que era capaz la adolescencia del jóven Gregorio, y la época de entónces, que era muy floreciente en especial en humanidades. Cuando todavía era niño, y sobre la edad de diez años, tuvo una vision extraordinaria, que le inspiró de un modo sobrenatural y con la mayor viveza el amor á la santa virtud de la virginidad y á la de la templanza. Creyó el niño Gregorio ver en torno suyo dos hermosas doncellas, de un aspecto sumamente grave, caudoroso y afable; su aire noble, sus modales sobrehumanos llamaron su atención; y ambas á dos lo besaban y acariciaban como si fuera su hijo. Transportado de gozo les preguntó, ¿quiénas eran y de dónde venian? Yo me llamo la Castidad, respondió la una; yo la Templanza, dijo la otra. Ambas asistimos de continuo delante del trono de Jesucristo en compañía de las tropas celestiales de vírgenes, en donde gustamos inefables delicias. Ven con nosotras, hijo mio; sé de los nuestros, y le elevaremos hasta la luminosa region de la Trinidad inmortal.

Así que hubo aprendido las primeras letras y los principios de humanidades, fué enviado á Cesarea de Palestina, ciudad ilustre en aquel tiempo, y á donde concurría la juventud del Oriente para seguir las escuelas, en donde se enseñaban todas las ciencias que entónces se conocian, y en especial la eloquencia. Antes de emprender su viaje á

Palestina, se detuvo en Cesares de Capadocia, en donde completó sus estudios de humanidades bajo los más ilustres profesores de aquel tiempo. En esta ciudad trabó amistad con el gran S. Basilio, amistad célebre en los fastos de la Iglesia, y aún de la humanidad, porque jamás se desmintió ni se enfrió en lo más mínimo. Concluidos sus estudios de humanidades pasó á la Palestina, en donde estudió la retórica en compañía de su ilustre amigo S. Basilio. Ambos jóvenes tenían las mismas inclinaciones; ambos seguían el estrecho camino de la perfección cristiana. En medio de una capital que ofrecía todos los atractivos del mal, nuestros dos jóvenes supieron conservarse puros. Ambos estaban dotados de ingenio superior; sin embargo, y fijados bien, católicos, en lo que voy á decirlos: los génius, los caracteres de ambos amigos eran muy diferentes, por no decir opuestos. Basilio era de un carácter abierto y tímido; Gregorio, al contrario, de un carácter cerrado y fuerte. Basilio era muy amable y gracioso; Gregorio era áspero y melancólico de génio. Pero ámbos á dos estaban dotados de almas muy puras, de un corazón virgen de pecado, de una caridad cristiana, que sabe sufrir y acomodarse á los otros, de un santo menosprecio y abandono de sí mismo. Estas cualidades, pues, nacidas de su acrisolada virtud y piedad, hacía, que desapareciesen los defectos de la naturaleza. ¡Qué lección, católicos, para condenar las amistades peligrosas, para fomentar, al contrario, las amistades fundadas en Dios y la caridad!

Desde la Palestina pasó á Alejandría, que visitó para instruirse, y continuar ciertos estudios en esa capital, que no estaban tan florecientes en Cesarea. En esto veis, amados míos en el Señor, que los santos, á quienes Dios llamaba á la carrera de las letras, no perdonaban ni gasto ni fatiga por adquirir la instrucción necesaria al servicio del Señor y de su Iglesia. Y con efecto; nuestro Santo, sabiendo que todavía le quedaba algo que aprender en Atenas, se embarca en Alejandría con su amigo Basilio, y ambos parten, despues de una corta estancia, para la célebre capital de la Grecia literaria. Los progresos que en Atenas hizo Gregorio en la elocuencia, filosofía y estudios sagrados, se dejan conocer claramente en la alta reputación que adquirió, y en los monumentos que dejó á la posteridad. Y no creáis, católicos, que el mérito de nuestro sábio doctor de la Iglesia haya consistido en su amor á la literatura y en su aplicación á las ciencias; lo que forma su mayor elogio, y lo distingue de tantos otros sábios del mundo es, que hizo el fin, blanco y asunto de todas sus empresas el santo temor y amor de Dios, á quien se consagró con todas sus potencias y facultades.

Estando en Atenas nuestro Santo, conoció al famoso Juliano, sobrino del emperador, y que á su vez lo fué tambien; pasó con él algunos meses del año 355, pues que el jóven Juliano estudiaba como nuestros dos santos jóvenes la literatura sagrada y profana; pero ¡con qué miras tan diferentes! Apenas notó nuestro Gregorio la ligereza de conducta de Juliano, el vagar de sus ojos, los risas inoportunas é intempestivas, y sus discursos precipitados, tuvo un presentimiento cierto de la malignidad que encubría aquel corazón pérfido. Aunque concentrado en sí mismo y retirado del comercio de los hombres, conoció al mundo con todas sus falacias, sus lazos traidores y sus encantos. Le tomó tal horror y lo menospreció tanto, que herido por otra parte del divino amor, se decidió resueltamente á vivir retirado de aquel. Volvióse á Nazianzo, y se consagró enteramente á Dios; pidió el santo bautismo, que en aquella época se difería mucho, que recibió de manos de su padre, obispo de Nazianzo. Al tiempo de irse, ya acostumbrado, á su amable soledad, dijo á su anciano y santo padre: «Yo he dado todo cuanto tenía á Aquel de quien todo lo he recibido; y le he hecho á Él mismo toda mi posesion. Le he consagrado todos mis bienes, mi gloria, mi salud, mi lengua, mis talentos. El fruto que de estos dones he recibido, es la dicha de despreciarlos por el amor de Jesucristo.» Dijo; y enterrándose en vida, y sepultándose en una soledad, y murciendo á la carne, se fué á su tierra de Aranzo, en donde su continua ocupacion era la oracion y meditacion, la lectura y la penitencia.

Engolfado vivía nuestro Santo en las delicias inefables que proporciona la contemplacion de las cosas divinas y el retiro del mundo bullicioso; consagrábase á los más duros ejercicios de la vida solitaria y penitente, y encontraba su soledad sumamente deliciosa. Creíase ya gozar de un Paraíso anticipado. Pero, cuando ménos se lo figuraba, leó aquí un suceso inesperado que le obliga á abandonar su amable soledad. Su padre, anciano de más de ochenta años, á la sazón obispo de Nazianzo, sorprendido por los arrianos, firmó una fórmula capciosa de fé, llamada en la historia eclesiástica: *El formulario de Rimini*, que en términos ambiguos contenía los errores del arrianismo. Esta condescendencia del anciano prelado escandalizó á su grey, y muchos monasterios de monjes se separaron de su comunión. Nuestro ilustre solitario, conociendo la incauta sencillez de su santo y anciano padre Gregorio, y los graves perjuicios que podían resultar en su diócesis, dejó inmediatamente la soledad, y voló al socorro espiritual de su padre y de su Iglesia. Poco le costó demostrar á su anciano padre el fraude de sus enemigos y su excesiva sencillez;

ése se retractó en debida forma, se purificó de las columnias que contra él se levantaron, y volvió á recohrar todo el ascendiente que sus virtudes y santidad le habían merecido. El santo obispo de Nazianzo, reconociendo en su hijo Gregorio cualidades muy superiores á las que él le suponía, le mandó, en virtud de santa obediencia, prepararse á recibir los órdenes sagrados, siendo por fin ordenado de presbítero el 6 de enero del año 372; poco despues fué ordenado obispo, y nombrado coadjutor de su padre S. Gregorio, obispo de Nazianzo. Aquí principia una nueva era, una nueva época para nuestro jóven y santo obispo coadjutor. Pero la divina Sabiduria no le negará sus luces, y el Espíritu del Señor no le escaseará sus sagrados dones. Y con efecto: desde que Gregorio recibió la imposición de manos para el santo sacerdocio, su corazón se sintió tan inflamado de celo por la conversion de las almas y por la reconciliacion de los disidentes, que muy en breve ya no se le conocia por otro nombre que el del Apóstol de Nazianzo. Esta gracia, este celo, se aumentaron más con el sagrado orden del obispado. Entónces se echó de ver su profundo saber, sus conocimientos vastísimos en todo género de literaturas, su acierto en las decisiones, la pureza y santidad de su doctrina, su elocuencia, que aterraba á los pecadores, confundía á las herejes y arrebataba á los fieles. En tan piadoso ejercicio y en tareas tan apostólicas se empleó durante la vida de su santo y anciano padre, y algunos años despues durante la vacante de la silla de Nazianzo.

Nuestro Gregorio, viendo que ya no era tan necesario, obtuvo qué se le permitiera retirarse á la soledad del monasterio de Santa Tecla, en donde vivió desconocido y dedicado enteramente á la oracion y penitencia, como en su primera soledad. La conducta de nuestro Santo nos ofrece una leccion práctica de mucha importancia. Mientras no se le impide seguir sus propios instintos, abraza con fervor la vida solitaria, y el desierto es para él un Paraiso; pero, cuando la caridad de sus hermanos, cuando el bien de la Iglesia lo llama al ministerio eclesiástico, deja sin la menor réplica la soledad, se someta, y se resigna á entrar al sagrado ministerio, acatando en todo la voluntad de Dios. Lo vemos segunda vez encerrado en los solitarios claustros de un monasterio del desierto; la fama empero de sus relevantes prendas sacerdotales no le dejará mucho tiempo repararse en su querido albergue.

La elevacion del gran Teodosio al trono del imperio dejó respirar á los católicos, los cuales se esforzaron en proveer de remedio á sus necesidades. Informados los prelados y el pueblo de Constantinopla de la aptitud extraordinaria y de la santidad de vida de nuestro san

Gregorio, lo fueron á solicitar con empeño, deseosos todos de que su sabiduria, elocuencia y piedad volviese su antiguo esplendor á aquella importantísima Iglesia. Mucho le costó á nuestro Gregorio el aceptar cargo tan delicado; pero creyendo ser así la voluntad de Dios, se resignó á admitir el ser obispo de la Iglesia de Constantinopla. Era á la sazón esta ciudad la córte del imperio romano: el lujo, la grandeza, el lustre, los honores, las dignidades, por una parte; y por otras las riquezas, el orgullo y la sensualidad, hacia de esta capital la diócesis más difícil de apacentar y dirigir. Las herejias estaban en ella como de asiento; y era esta una plaga de tanto más difícil remedio, cuanto que el mal tenia echadas muy hondas raíces. Sin embargo, nuestro ilustre solitario emprende, confiado en el Señor, la más que difícil tarea de gobernar tan vasta como importante diócesis, y se dirige allá sin escolta, sin acompañamiento, á pie, ó todo lo más montado en una mala acémila.

Entró en Constantinopla sin otro aparato que su modestia y gravedad, sin más pompa que un vestido pobre, sin más asennamiento que el de un extranjero solitario en la ciudad del bullicio y de las humanas grandezas, sin más armas para vencer á sus adversarios terribles que la paciencia y el saber. Entra, sin embargo, animoso nuestro Santo en la lid. Sabe muy bien, y prevé de antemano, que ha de ser el blanco de todos los enemigos de la Iglesia. Herejes, paganos, arrianos, macedonianos, eunomianos, apolinaristas, nevacianos, todos le esperan para atacarle de frente; y como si esta cohorte no fuera de sí misma desgraciadamente demasiado numerosa, se le agregó la de los libertinos, cuyos vicios y costumbres depravadas debia reprimir. Un inferno entero le está esperando para hacerle víctima de su furor; maquinase de todas partes contra nuestro Santo; honor, vida, autoridad, todo será el blanco de sus negros proyectos. Sigamos atentamente los pasos de nuestro obispo. Hospédase en una casa humilde; pide de prestado un local para celebrar los santos misterios; obtiégelo con mucha dificultad; todos los templos y basilicas estaban en poder de los malvados. Sufre de parte de éstos toda suerte de vejaciones; su paciencia, mansedumbre y serenidad no se desmienten un solo instante. Con todo; los modales atentos y apacibles de nuestro santo obispo ablandaron poco á poco los ánimos de los herejes; su profunda sabiduria, la admirable perspicacia y fuerza de su dialéctica, la elocuencia, precisión y claridad con que lo explicaba todo, daba razon de todo, desataba todas las dificultades, exponía lo que habia de oscuro, interesaban en extremo, no solo á las personas cultas y sabias, sino aún hasta á los más sencillos. Los herejes mis-

mas y los gentiles acudían en tropas á oírle; el local era ya demasiado estrecho para tan inmenso auditorio; las conversiones eran numerosas; desaparecieron como por encanto las prevenciones que habla contra él; y al cabo de poco tiempo su renombre era brillantísimo, y todos ansiaban á porfia oírle y tratarle. En muy poco tiempo logró ver á Constantinopla; á la grande, á la orgullosa, á la opulenta Constantinopla enteramente cambiada. Tales prodigios sabe hacer Dios por medio de sus santos.

Cuando el Santo creyó que su presencia no era ya tan necesaria en aquella populosa ciudad, manifestó más de una vez sus vivos deseos de regresar á su amable soledad; padecía muchos achaques de salud que justificaban su demanda, aunque la causa más poderosa para él era su profunda humildad y su ardiente amor al retiro. Ofrecióse algunos años despues una ocasion favorable, en que ciertos émulos, mal avenidos con su celo apostólico y su altísima reputacion, quisieron suscitar dificultades sobre la validez de su instalacion en la silla de Constantinopla, para lo que lograron la convocacion de un concilio. El Santo creyó ser ésta una ocasion oportuna para reiterar sus pretensiones de retirarse del bullicio del mundo; y así es, que muy lejos de alegar nada á favor de su instalacion, cuya legalidad era muy notoria, insistió tan fuertemente porque se le admitiera el retirarse, que por fin lo logró. Abdicó, pues, su obispado; y lleno de gozo mezclado de santa tristeza, se despidió de su grey, á la que dejó aligada, pero que consoló algun tanto la eleccion de un nuevo y celoso pastor.

Sin perder momento, nuestro Gregorio, lleno de méritos, y llevando consigo las más tiernas simpatías de los constantinopolitanos, regresó á su tierra de Aranzo, en donde continuó, entre las más inefabiles delicias, su género de vida anterior. Allí compuso esas admirables poesias sagradas y eclesiásticas, esos escritos profundos, que le han colocado en el rango de los primeros doctores de la Iglesia universal, y que le han adquirido el sobrenombre de Teólogo. Tan santamente y con tanta utilidad de la Iglesia ocupado nuestro ilustre Gregorio, murió en el año de 394, á los ochenta años de su edad, y cuando comenzaba á gustar más de lleno las delicias del retiro.

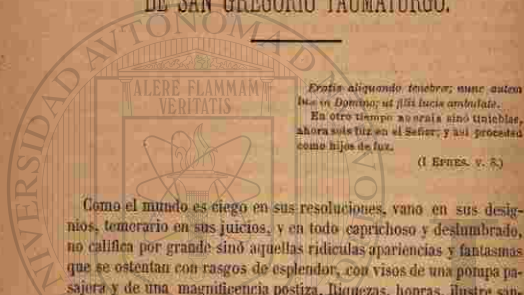
Amados míos en el Señor, me propuse presentaros en el ilustre S. Gregorio, comunmente llamado Nazianceno, un modelo de santidad, un modelo de sabiduria, un modelo de constancia sacerdotal. Modelo de santidad, pues que fué santo desde su niñez, y que aún en medio de los peligros de un mundo corrompido supo contenerse puro é inocente. Modelo de sabiduria, pues que sus obras, que la

Iglesia guarda como uno de los más preciosos documentos de la doctrina católica y de la teología cristiana, le han merecido en toda la Iglesia universal el título de Doctor y de Teólogo por antonomasia. Modelo de constancia sacerdotal, porque venciendo obstáculos al parecer insuperables, y oponiéndose como muro de bronce á los asaltos de los herejes y perversos, supo mantener ileśas la integridad del sacerdocio católico y la dignidad del augustó orden del pontificado. Pudiera todavía añadir, que S. Gregorio Nazianceno fué un perfecto modelo de amistad cristiana por la estrecha que le unió tan santamente al gran S. Basilio.

Deber es del orador cristiano, no solo de encomiar las virtudes del héroe, objeto de los reverentes cultos de un pueblo piadoso, sino el de exhortar á los fieles y excitarlos á seguir las huellas santas que aquél nos ha dejado trazadas, y practicar las virtudes que formaron entónces su mayor mérito, y ahora su mayor corona. Inútil, pues, al ilustre Gregorio en su heroica santidad. Escuchémosle como doctor y sábio, y venerémosle como un defensor celoso del sacerdocio sagrado. Pidámosle nos alcance del trono de las misericordias la gracia de la santidad, la pureza de la doctrina, la sumision entera y filial á los sacerdotes del Señor.

Y vos, héroes santo, que tanto pensabais para que la Iglesia fuese honrada; que tanto sufristeis para santificaros; que tan divinamente ilustrado fuisteis para luz y consuelo de nuestra santa madre la Iglesia; que tan manso fuisteis con el pecador y tan fuerte contra el enemigo de la fé; alcanzados del Padre de las misericordias la gracia de ser santos, de ser sábios segun Dios, y de vivir y morir constantes en la observancia de nuestra divina religion, para que logremos despues la eterna bienaventuranza de la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN GREGORIO TAUMATURGO.



*Eratis aliquando tenebræ; nunc autem
luz es Dominus; ut filii lucis ambulatis.
En otro tiempo no eratis sino tenebras,
ahora sois luz en el Señor; y así proceded
como hijos de luz.*

(I. EPIST. V. 8.)

Como el mundo es ciego en sus resoluciones, vano en sus designios, temerario en sus juicios, y en todo caprichoso y deslumbrado, no califica por grande sino aquellas ridiculas apariencias y fantasmas que se ostentan con rasgos de esplendor, con visos de una pompa pasajera y de una magnificencia postiza. Riquezas, honras, ilustre sangre, nobleza y hermosura son los ídolos á quienes ofrece sus cultos, y los altares en donde quema y derrama sus incienso. Pero Dios, que es juez rectísimo y equitativo, que pesa los espíritus y el fondo de los corazones, no se paga de esos exteriores brillos, ni todas esas bojarascas son para inclinar ni ménos para rendir su corazón. Vello claro en los padres del antiguo y nuevo Testamento, en David, en Daniel, en Amós, en Pedro, en Pablo y en Mateo: llena el Espíritu Santo á un muchacho abstinente, y le hace juez de los ancianos; llena á un pastor vaquero, y le hace profeta; llena á un pescador, y le hace príncipe de los apóstoles; llena á un perseguidor, y le hace doctor de las gentes; llena á un publicano, y le hace evangelista. De esta doctrina se vale S. Pablo para reconvenir á los de Ereso, y recordarle la dignación de nuestro Dios, en haberlos sacado misericordiosamente de las sombras de muerte, en que estaban sepultados por sus impiedades y desórdenes, al conocimiento de la verdad y del Evangelio. Vosotros erais en otro tiempo tenebras y oscuridad en presencia de Dios vivo; pero ahora sois luz y resplandor en sus divinos ojos: no os digo más sino que camineis como hijos de la luz.

Éstas son las palabras del Apóstol en la Epístola á los Efesios, que yo aplico en este día al Santo que veneramos. Fué tenebras algun tiempo, es verdad; pero luego que el rayo luminoso de la gracia aclaró los ojos de su entendimiento, y penetró los senos oscuros de su alma, se vió transformado en hijo verdadero de la luz. Gregorio tuvo la desgracia de nacer en la noche de la impiedad y en la region del error; pero como Dios le había destinado en sus eternos consejos para los fines más altos de su providencia, desde el punto que el Señor le llamó para ser suyo, oyó la voz de Dios que le llamaba, y rindió su cerviz al yugo de la ley del Crucificado, cuya imagen tuvo grabada indeleblemente en el centro de su alma. Ya os he dicho, hermanos míos, que hablo de Gregorio; de aquel Gregorio, cuyo nombre solo forma su elogio; de aquel Gregorio, que las naciones admiran, que los pueblos veneran, á quien se rinden los Padres, que los Concilios respetan, que la Iglesia propone como asombro de virtud, como prodigio de la gracia, como una de aquellas obras en que Dios se manifestó admirable. Hablo de aquel Gregorio, héroe famoso de los primeros siglos, una de las piedras fundamentales de la religión, columna inmovible de la fé, maestro del mundo, un hombre de milagros, y que en su persona fué el más grande de todos los milagros. Hablo de aquel Gregorio, que apellida la Iglesia Taumaturgo por la grandeza de sus prodigios y por la heroicidad de sus acciones. Reduciré á pocas cláusulas el plan de su panegirico, y os le propondré como un obispo dignísimo, delegado en el ministerio pastoral por el Sumo sacerdote y Pontífice immaculado, Pastor amante de nuestras almas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Aunque la gracia de Dios vence con su eficacia y poderío, cuantos embarazos parece que se oponen á la conversión y reformation del hombre; aunque su imperio y su dominio alcance hasta los extremos más fuera de proporcion y más distantes, tocando desde un fin á otro fin con fortaleza; sin embargo, como al mismo tiempo es suave en sus disposiciones, obra de ordinario en el sujeto proporcionalmente á las bellas cualidades que encuentra, y hasta las prendas naturales sirven admirablemente para los mismos fines de sus obras. Un entendimiento claro, despejado y brillante con facilidad recibe la luz de las verdades que se le manifiestan; y una voluntad dócil inclinada á amar lo bueno es más á propósito para amar el sumo Bien cuando llega á conocerlo. Á Gregorio le había dado el Señor un entendimiento claro y un espíritu ilustrado, penetrante y universal para

todo. No hay cosa tan sublime y elevada en las ciencias humanas á donde él no pudiese alcanzar, y á donde él no se elevase con la fuerza de su ingenio; ninguna tan oscura, que no penetrase con la vivacidad de su razon y de sus luces; ninguna tan enredada y confusa, que no desenredase y aclarase por un justo discernimiento; maestro y discípulo á un mismo tiempo, llegó á comprender por sola su meditación y por una simple lectura, lo más sutil que los filósofos habían imaginado y discurrido.

Fueron proporcionadas á su espíritu y comprensión todas sus inclinaciones naturales; y sirvióle de fundamento para adquirir y poseer la ciencia un ingenio feliz y una índole dichosa: la exactitud en todas sus obligaciones, la equidad y rectitud en sus juicios, la fidelidad en sus amistades, su estimacion y aprecio á los hombres de bien; su piedad y compasion para con los infelices y miserables, su desinterés y su probidad en los oficios y funciones de la vida civil, hacian ver desde su juventud, que había tambien en él un fondo de justicia natural; y que si su espíritu y entendimiento parecian haberse criado y hecho para conocer la verdad, su corazón se había formado para seguirla. Todo este candor y fondo de bondad logró su complemento por los medios que la eterna Sabiduría tenía determinados en sus inefables designios. Digo esto, hermanos, porque Gregorio, aún gentil y pagano como era, tuvo la dicha de tratar en Cesarea de Palestina á aquella timbrera de la Iglesia, aquel espíritu elevado, aquel entendimiento vasto, al grande Orígenes, cuya doctrina y virtudes por aquel tiempo volaban por todos los ángulos del mundo en la boca de la fama; cayó dichosamente en sus redes y fué ganado, para Jesucristo, siendo Orígenes el artífice perito que perfeccionó la obra del Taumaturgo, como lo fué Ambrosio en la de Agustín. ¡Oh Dios! ¡Qué amistad tan feliz la de Orígenes y Gregorio! ¡Qué alianza tan envidiable! ¡Cuánto no debió Gregorio á aquel maestro del cristianismo! ¡Cuántas riquezas no sacó de aquella mina de oro! Sin embargo, yo no sé á quién dar con más justa razon la enhorabuena, si á Gregorio por haber logrado tal maestro, ó á Orígenes por haber tenido tal discípulo.

Después de la separacion de Orígenes se vió precisado á partirse para Alejandria, en donde florecia el estudio de las ciencias. Yo le considero en esa ciudad como uno de aquellos raros fenómenos que aparecen de noche luminosos en la suprema region del aire, los cuales, enviando á la tierra una luz más encendida y más viva que los mismos astros, excitan con su novedad la admiracion, y arrebatan la vista de cuantos miran su belleza; así Gregorio, en aquel emporio

de las ciencias, brillaba con tantos resplandores entre los jóvenes que concurrían, que cuantos le miraban observaban un modelo perfectísimo de literatura y santidad. Era su vista tan ajustada y tan pura, que los demás estudiantes de su edad la consideraban como una táctica censura de la suya, ó como una muda, pero viva reprobacion de sus desordenadas costumbres. Pero ¡oh Dios! ¡y qué no tentará la envidia, cuando los aplausos y aclamaciones que se dan á algun sugeto de mérito, nos hacen creer que nuestras acciones se quedan ya sepultadas en la oscuridad y el olvido! Lejos, pues, de granjearse Gregorio el cariño, la estimacion y el amor de los otros jóvenes estudiosos, halló otros tantos fariseos, que, poídos interiormente de la fama de este discípulo de Jesucristo, no pudiendo sufrir en su compañía los rayos de este resplandeciente lucero, no buscaban sino cómo quitar de en medio á aquel varón justo, porque era contrario á sus obras, y, por otra parte, el ímán de todo el pueblo.

¿Y qué os figurais, hermanos, que ejecutaron con Gregorio sus condiscípulos? No intentan acabar con la vida del cuerpo; pero le quitan públicamente la vida del alma, que es la honra, crédito y reputacion, y esto en la parte más sensible y delicada. Oid el caso. Valense de una mujer prostituida, el escándalo de aquella ciudad, sobrado conocida por sus solturas y liviandades; instiganla, sobornanla, véncenla; y ella persuadida, instigada, sobornada y véncida, se llega á Gregorio, que á la sazón estaba conversando con sus amigos en una junta pública, y con un descaro propio de su estragado corazón le pide el precio de la torpeza que había cometido con ella. No se inmuto nuestro Gregorio; y sin perder un punto de su ordinaria gravedad, circunspeccion y compostura, dijo firmemente á un amigo suyo, que diese á aquella mujer el dinero que pedía, y prosiguió con serenidad en la conversacion ó en la disputa que estaba pendiente. Triunfaban ya los envidiosos libertinos del buen suceso de su calumnia; pero apenas tomó en la mano el dinero aquella infama mujer, cuando se apoderó de ella el espíritu maligno, y agitándola con espantosas contorsiones, la hacia prorumpir en aullidos y en bramidos que atemorizaban á todos los presentes. Revolvia horriblemente los ojos, echaba espumarajos por la boca, arrancábase con furiosa rabia los cabellos feamente teñidos y desgredados, y revolcándose con rabia por el suelo confesaba á gritos su pecado. Víase precisada á implorar la compasion del mismo Gregorio, á quien tanto había ofendido; y el Santo, aunque todavía catecúmeno, invocó sobre ella el nombre del Señor, y en el mismo punto quedó libre la posesa.

¡Raro portento! Si antes de entrar en la Iglesia por el bautismo

tenia tanto dominio sobre el enemigo de ella. ¿qué victorias no se podría prometer cuando hubiese recibido el escudo impenetrable de la fe en su espiritual regeneracion? Con efecto, fué bautizado en el año 237: y desde aquel mismo punto empezó Satanás á temerse de la ruina que amenazaba á su imperio dominante, por el valor é intrépidez de este nuevo y denodado jefe alistado bajo del estandarte de Jesucristo. Es verdad, que nuestro Santo no declaró la guerra á la descubierta, porque quiso, primeramente, pertrecharse de armas y municiones, y esto le obligó á retirarse á la soledad, vacar únicamente al Señor, nutrir su espíritu con el manjar fuerte de la oracion, del ayuno, de la mortificación y penitencia; llorar con amargura sus deslices y miserias pasadas, encender su pecho con el fuego del amor, y entender en su propio aprovechamiento ántes que en el de los otros, para que su caridad estuviese bien ordenada. No obstante, todos estos conatos duraron poco, porque sus virtudes ya heroicas en los principios, no pudieron ocultarse á los ojos perspicaces de Tediato, obispo de Anaseo, uno de los prebados más dignos que ocuparon aquella silla. Entendió éste que Gregorio en el desierto era tesoro escondido, antorcha que luce bajo el celamin, y quiso colocarle sobre el candelero para que enriqueciese la Iglesia é iluminase sus muros. Conságrale obispo de Neocesarea en presencia del pueblo, sin reparar en la fuga oculta y precipitada de Gregorio cuando rastreó y presintió el pensamiento de Tediato. Hubo, por último, de cargar sobre sus hombros el pesado yugo del gobierno de aquel pueblo, porque no juzgó acertado resistirse tenazmente á una eleccion que venia de lo alto.

Dominaba en Neocesarea la religion del imperio, humeando los templos con el incienso que se ofrecia á los dioses de la gentilidad. El nombre de Jesucristo solo era conocido para ser menospreciado: y de toda la inmensa multitud de gente que habitaba aquella gran ciudad, solas diez y siete personas habian abrazado la fe cristiana. ¡Qué Babilonia! ¡Qué abusos, qué desórdenes, qué excesos no se dejaban ver en aquellos ídólatras! Á la ceguera de la mente en materia de religion se seguia, como consecuencia, la depravacion del afecto en el desenfreno de las costumbres. Unos hombres sin Dios y sin ley; de qué delitos no eran capaces! Una voluntad sin rienda y sin sujecion ¡á qué maldades no estaba expuesta! ¡Qué tinieblas y qué horrores no ocuparian aquella infeliz porcion del paganismo! Consolaos, pueblo escogido, consolaos, enjugad las lágrimas de vuestros ojos: salid á recibir al enviado de Dios para vuestro remedio: se ha dejado ver entre vosotros un profeta grande, y el Señor se ha dignado de

visitar amorosamente á su plebe. Con efecto, hermanos: al entrar Gregorio en Neocesarea comuévense tumultariamente sus vecinos, y todos van á ver á aquel bacador de maravillas, cuya fama habia corrido anticipadamente. Pasa por medio de una inmensa multitud de ídólatras sin mirar ni á uno solo, como si pasara por el más silencioso desierto. Admiralos más aquella modestia que los habia admirado la fama de sus milagros. Dánse mil enhorabuenas de tener en su compañía un verdadero israelita, en el que no habia dolo ni mentira, sino una suavia beneficencia y un ardiente celo por su salud y vida. Aquellos corazones estaban dispuestos para recibir con docilidad y con gusto la semilla de la palabra divina.

Los que habian sido hasta entónces leños secos en la casa del Señor, florecieron en pimpollos de virtudes y de méritos. El demonio bramaba como un toro herido con la punta de la lanza, al verse vencido ignominiosamente por un hombre flaco, pero poderoso por la gracia de quien le confortaba: nuestro Santo, lejos de acobardarse de sus astucias y fieros, nada temia en el nombre del Señor. Solo deseaba y suspiraba por ver establecido el culto del Dios de Israel, reparados los ultrajes hechos contra su soberania y majestad, destruidos los simulacros del demonio, abominadas las supersticiones del paganismo, afirmada la fe, introducida la religion, y transformada totalmente en jardin de amenidad y delicias aquella tierra de espinas y de abrojos. Deseaba edificar casa de oracion al Altísimo, altar perpetuo, donde ardiese sin cesar la lámpara de la claridad de los fieles que habia ganado á Jesucristo; en suma, queria construir un magnifico templo, donde se invocase sin intermisión el nombre del Dios de los ejércitos; pero al mismo tiempo proyectaba el que estuviese situado en el lugar más elevado de la ciudad para proporcionarlo á la concurrencia de sus vecinos: mas halló el estorbo de un gran monte, que ocupaba parte del plan que habia trazado.

Hagámos alto, hermanos míos, en este pasaje de la vida de Gregorio, y convoquemos á admirar el feliz éxito de esta árdua y difícil empresa á aquellos espíritus orgullosos, que llenos de una hinchazon y soberbia pagana, deslumbrados con sus propios luces, calumnian la sencillez y verdad del Evangelio, y tienen osadía para publicar que Jesucristo no es fiel en sus promesas, y que sus testimonios no son de peso. Cuando leemos, dicea, que los cristianos hayan obrado la maravilla que su Maestro les tiene prometida, de poder arrancar los montes con la fuerza de su fe y arrojarlos en la mar? ¡Ciegos! responde el venerable Beda: si en esto solamente se funda vuestra calumnia, abrid los ojos: sabed que jamás faltó nuestro Dios á sus

promesas, que es fidelísimo en sus palabras, y que ántes les faltará el Cielo y la tierra que aquellas dejen de cumplirse. Leed el prodigio que obró Gregorio. Este santo prelado llegó de noche al lugar destinado para la edificación del santuario; y como lo viese embarazado á causa de un monte que ocupaba el terreno, vuelto con confianza al Señor, le dijo: «Dios mío, acordaos de vuestras promesas; yo sé que Vos podéis quitar de en medio cuanto estorbe á los designios de vuestro siervo; el paraje para erigir tabernáculo á vuestro nombre es este el más oportuno; la gran mole del peñasco lo dificulta; pero ésta es la hora de dar á conocer al mundo, que Vos sois dueño absoluto de todas las criaturas, que todo se rinde á vuestro imperio, y no hay cosa que pueda resistir á vuestra voluntad.» Dijo, y á breve tiempo oyó con la alegría de su corazón, que el monte retiró sus hondas y pesadas raíces, y dejó desembarazada la llanura para la edificación del templo.

Este varón extraordinario es digno de compararse, según la expresión de S. Basilio, con los padres de la antigüedad por sus heroicas acciones. Dios le hizo casi señor y dueño del universo: los elementos para obedecerle rompen sus leyes y pierden sus más naturales cualidades; los astros detienen su curso y contienen sus malignas influencias; los vientos reprimen su fuerza fatal y se apaciguan; el mar quebranta sus capinosas olas y se calma; la tierra esfuerza las estaciones y llega á ser fértil en todo tiempo; el fuego aparta sus llamas y las amortigua; el cielo se abre ó se cierra, detiene ó envía sus lluvias según lo pide este Elias; el imperio de este nuevo Isaías desaparecen las enfermedades, los contagios y la muerte; toda la naturaleza pasmada, atenta y obediente reconoce en él el poder de su Criador y respeta su santidad y su mérito.

Y si quereis bajar á circunstancias más particulares, hallareis las mismas ó mayores maravillas. ¿No estaba Neocesarea hecha una sentina de vicios y un cenagal de desórdenes? ¿Quién la volvió en paraiso de delicias, en tierra de bendición y santidad? Gregorio. Los demonios ¿no estaban como en su trono, recibiendo adoraciones sacrilegas de aquella gente idólatra en entera posesión de sus almas y de sus cuerpos? ¿Quién les derribó los altares y los despojó de su dominio? Gregorio. ¿Quién detuvo la corriente impetuosa de un río, que causaba con sus avenidas lamentables estragos, y cada año ponía en consternación á los vecinos de aquella provincia? Gregorio. ¿Quién hizo florecer el mismo báculo, tronco seco que se puso por límite á las aguas, y en que se estrellaban sus furiosas ondas? Gregorio. ¿Quién secó aquel estanque de agua, que era causa de riñas, dis-

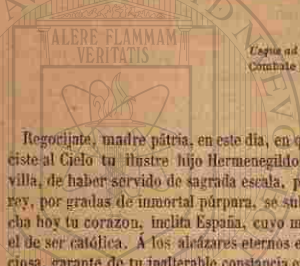
cordias y litigios entre dos hermanos sobre el derecho que alegaba cada uno? Gregorio. ¿Quién trabajó con más ardimiento por la causa de la religion en el concilio de Antioquia sobre la divinidad de Jesucristo contra Pablo de Samosata? Gregorio. ¿Qué pastor logró jamás ver solas diez y siete ovejas fuera de su rebaño por su incredulidad, siendo este corto número el mismo que halló de almas cristianas cuando entró en aquella ciudad populosa? Gregorio. En suma, el fue el varon poderoso en obras y en palabras; el querido de Dios y de los hombres, el consuelo de los afligidos, el amparo de los desdichados, el padre de los pobres, el ángel de la paz, el azote del error, el domador de los monstruos, el extirpador de los abusos, el promovedor de la religion, el antagonista invencible contra el Infierno.

De Gregorio se puede decir con verdad, que en su vida hizo prodigios, porque fué toda ella un prodigio ó un milagro continuado, y que despues de su muerte obró maravillas y portentos. Vuelvo claro. Lo mismo es esconder este Inverno los rayos de sus luces al horizonte de este mundo, que cabrirse de luto los ciudadanos de Neocesarea; levantar el grito al Cielo, lloran amargamente su ausencia; piden que no les abandone, que vuelva los ojos de su piedad hácia aquel rebaño que por tantos títulos era suyo; y este padre benéfico y generoso parece que no esperaba sino que le pudiesen para derramar profusamente sus bendiciones. El ciego acude á orar á su sepulcro y recobra la vista; el mudo le invoca en su corazón y se le suelta la lengua; el sordo oye luego que se encomienda á Gregorio; el tullido camina cuando promete visitar sus cenizas; el enfermo sana; la peste huye; el contagio se desvanece; la tempestad se disipa; la tierra se fecunda; el cielo se serena. En el órden de la gracia se obran iguales efectos: el peccador se convierte, el obstinado se ablanda, el santo se perfecciona, el tibio se enciende en fervor, el incrédulo se convence, el pagano se reduce, el hereje se reconcilia; á todos alcanza la intercesion de Gregorio, y esto segundo apostol es todo para todos.

¿Y qué! ¿podremos nosotros esperar semejantes favores, prometernos iguales beneficios? ¿Quién lo duda, hermanos? El es nuestro abogado; seámosle fieles, agradecidos y devotos; mas no se paga de meras palabras; nos pide, si, el corazón, y quiere únicamente nuestra reforma y nuestra salud. Si le obsequiamos por estos fines y con esta mira, le hallaremos propicio y favorable, nos llenará de bendiciones, nos mirará con piedad y con ternura como á hijos queridos y predilectos, nos alcanzará gracia para servir al Señor dignamente en este mundo, y perseverancia final para verle y gozarle en el otro.

PANEGÍRICO

DE SAN HERMENEGILDO, REY DE ESPAÑA Y MTR.



*Veni ad mortem certa pro justitia.
Combate por la justicia hasta la muerte.
(Ecccl. iv, 21)*

Regocijate, madre patria, en este día, en que hace trece siglos ofreciste al Cielo tu ilustre hijo Hermenegildo. Alégrate, inmortal Sevilla, de haber servido de sagrada escala, para que un jóven y santo rey, por gradas de inmortal púrpura, se subiese al Empíreo. Ensancha hoy tu corazón, inclita España, cuyo mayor timbre fué siempre el de ser católica. A los alcazares eternos enviaste una prenda preciosa, garante de tu inalterable constancia en la verdadera fé; y como empeñaste tu palabra, y como el Eterno la aceptó, y como la Madre del Verbo divino la ratificó, y como quince mil y más hijos tuyos mártires la sellaron con su sangre, esta palabra no faltará jamás. ¡Laoros eternos sean dados á ese tan bondadoso Dios, que así entre las demás naciones te ensalzó!

A fuerza de vertor sangre, y de estar dando por espacio de cuatro siglos los más heróicos ejemplos de paciencia, de virtudes enteramente sustraídas al influjo del poder natural humano, y solo debidas á la no interrumpida acción de la divinidad sobre su escogida grey; á fuerza de estar apareciendo por todas partes luces inesfables de celestial doctrina por boca de sus apóstoles y misioneros, por la pluma de sus doctores, la santa Iglesia católica, apostólica, romana se ensalzórea del corazón de los europeos, asiáticos y africanos. El vasto mar Mediterráneo era como un inmenso estanque, como un soberbio lago puesto en medio de la gran familia cristiana.

Desde las aguas que bañan las vertientes del Cáucaso, hasta las olas que encrespadas intentan escalar las rocas del Abila y Calpe; desde la embocadura del Nilo, hasta el puerto de Venecia, las náves

cristianas eran llevadas como en triunfo en dulces ondas de un mar, que parecia ufano de ver pasearse majestuosa por sus dilatadas llanuras azaralas la Cruz del que redimió al mundo. Asia, Europa y África eran tres hermanas, que entretejían, placenteras, guirnaldas de flores y coronas de laurelos al anciano, que desde Roma las sostenía con su grave ascendiente, las defendía con su autoridad, las hacía engrandecerse bajo su paternal égida.

No duró, empero, mucho, felicidad tanta. El veneno de la herejía emponzoñó casi todo el Oriente y mucha parte de la Europa; el África desapareció del mundo culto y cristiano, más por el tiránico poder de las pasiones brutales, que bajo los recios golpes de la cimitarra musulmana. Más tarde, el cisma, separó la Grecia; y por fin, hace pocos siglos, el protestantismo destruyó una gran parte del Occidente. En medio de esta defección tan sensible al corazón del gran Padre de familias, la España, aunque fuertemente combatida en todos sentidos, ha tenido la dicha de conservar en su seno pura é ilesa la sacrosanta fé católica. El santo rey, cuyos cultos celebramos hoy, ha sido uno de los más ilustres mártires de nuestra santa fé, inmolado al furor de los arrianos, que por desgracia eran poderosos en aquella época. Su muerte nos valió la conversión de los godos al catolicismo. Su martirio fué, pues, á un tiempo, golpe de muerte dado al arrianismo de España en los eternos decretos, y sello divino que abrió una nueva era religiosa para nuestra patria.

Mucho ocurre que decir al orador cristiano al hacer el panegirico de un Santo, que por tantos títulos nos interesa. Me ceñiré á hacerlos ver, que Hermenegildo, sobreponiéndose á todo respeto humano de carne y sangre, ofrece y dá su vida por la defensa de la santa fé católica, abriendo con su martirio una nueva era religiosa á nuestra patria con la milagrosa conversión de los godos al catolicismo. Imploremos ántes los auxilios del Cielo. A. M.

Difícil seria hallar asunto más tierno, más patético, más sublime, ni más interesante para un discurso sagrado, que la vida, padecimientos, santidad y martirio de S. Hermenegildo. Un vástago de la nobilísima raza de los godos; un jóven, á quien su padre, rey, habia hecho participante de las riendas del gobierno; un esposo, cuya augusta compañera reunía á una lozana juventud, á una hermosura rara, á las más relevantes prendas naturales, la piedad más tierna, la más sólida virtud, y una profesión la más heróica y decidida de la santa fé católica. Todavía más: un padre tierno, que habia hecho del fruto de bendición de su esposa sus más inocentes delicias; un hijo

sumiso á su padre, el rey; un hermano, que amaba tiernamente al que por tal le dió la Providencia, y que habia de ser aquel cuyo nombre habia de formar una época brillante en los fastos de la Iglesia española. Todo esto tenemos en Hermenegildo. Prosigamos: un jóven príncipe amado de sus súbditos, convertido sinceramente á la santa fé católica por su esposa Ingunte, y el santo obispo Leandro, hecho el objeto de la ira más implacable de su padre, perseguido por él, llevado de un fanatismo arriano, obligado á tomar las armas contra el que le dió el sér y contra su propio hermano; vencido, y atormentado, y, finalmente, mandado matar por su propio padre. Hé ahí, católicos, las diferentes fases que nos presenta una vida corta, pero muy fecunda en lecciones para la posteridad.

Con la paz de la Iglesia en tiempo del gran Constantino, la religión católica echó profundas raíces por todo el imperio. Respecto de nuestra España, la fé y el culto divino se extendieron tanto por todo lo que entonces comprendian las provincias españolas, que en todas ellas, desde las más populosas ciudades hasta los caseríos más retirados en los bosques, la santa y verdadera religión era, no solo creída sino practicada con una edificacion que asombraba. Véanse las primeras asambleas eclesiásticas españolas; véanse con detencion las actas de los primeros concilios de Toledo, Tarragona, Prága, Zaragoza, Astorga, Sevilla, Valencia, y Gerona; mediense las paternales cartas de los santos papas Cirilo y el gran Leon á los ilustres Himerio de Tarragona, y Toribio de Astorga; consúltense los monumentos de la Iglesia hispana del cuarto y quinto siglo; y se verá con asombro, una jerarquia y una administracion eclesiástica, que han pasado á ser el modelo más acabado que la Iglesia romana nos presenta en sus superiores decisiones; se verá con asombro y edificacion, un clero compuesto de sacerdotes santos; se verá con júbilo, una asamblea de fieles unidos entre sí con los más estrechos vínculos de la caridad, exhortándose unos á otros al bien, edificándose mutuamente con ejemplos de virtud. Tales frutos de bendicion atrajeron desde el Cielo sobre la patria que les vio nacer los Vicentes, las Eulalias, los Hémetorios y Caledonios; las Justas y Rufinas, los Acisclos y Victorias; los Innumerables mártires de Zaragoza, y los miles y miles que vertieron generosos su sangre por toda la España.

En el imperio de los godos tuvo nuestra patria la desgracia de ver en su seno al arrianismo, que antes no conociera; sin embargo, rociendo de arraigo en un suelo que le era antipático, solo dominó las cabezas del estado, y en los magnates del gobierno. Aunque felizmente no podia naturalizarse entre nosotros, sin embargo, el ejem-

pló de los reyes godos, arrianos entónces por funesta tradicion, causaba no pequeños males en el afligido país que dominaban. Uno de ellos, Leovigildo, dió muestras de mayor celo por su infernal secta. Á pesar de haber casado con una española, noble y santa, y hermana de cuatro santos, lumbreras de España, el ciego esposo no abre los ojos á tanta luz como en torno suyo brillaba. Dióle, empero, una sucesion que no merecia él; pero que Dios otorgó sin duda á los ruegos y virtudes de su esposa Teodora. Hermenegildo y Recaredo fueron los venturosos frutos de esta union. Su madre, muerta cuando todavia eran muy niños, recibieron éstos con la educacion paterna los principios y doctrina del arrianismo; y esta mala semilla, sembrada en sus tiernos corazones, dió en ellos, cuando jóvenes, los frutos de la herejia. Su madrastra, Gosvinda, segunda esposa de Leovigildo, acérrima sectaria de los arrianos, arrastrada por su diabólico celo, se esforzaba en inocular en el ánimo de ambos el fatal veneno. Nuestro Hermenegildo tuvo, pues, á lo que parece, la desgracia de ser arriano en los primeros años de su juventud.

Pero Dios, que lo tenia destinado á ser un ilustre mártir y confesor de la fé, dispuso que, por una combinacion extraordinaria, Hermenegildo casase con Ingunte, princesa católica, de brillantes cualidades, y sobre todo piadosísima, hija del rey de Austrasia en las Galias. Era nieta materna de la obcecada Gosvinda, pero de muy diferente creencia, como acabais de verlo. En lugar de encontrar Ingunte en Gosvinda una tierna y compasiva madre, solo halló una tirana y una rival: no podia sufrir ésta que su nieta fuese católica, y sobre todo tan piadosa. Decide al rey su esposo á que aleje de su casa á Ingunte y á Hermenegildo. Leovigildo, por ciertas razones sociales hasta ahora no bastante conocidas en la historia, dividió sus estados entre sus dos hijos: señaló la Bética, y á lo que parece, toda ó parte de la provincia cartaginense á nuestro Hermenegildo, el cual se instaló en Sevilla con su esposa y un niño. ¡Ah, católicos, y cuán cierto es, que el Señor hace servir á sus sagrados designios los planes torcidos de los hombres! Este alojamiento de la casa paterna fué para nuestro Santo el medio de que Dios se valió para hacerse enteramente suyo. Apenas instalado en Sevilla nuestro Santo, Ingunte su esposa tiene toda la libertad que deseaba para persuadir á su marido se hiciese católico. Hallábase á la sazón en Sevilla de obispo católico el gran S. Leandro. Ingunte suplica al prelado venerable, que procure la conversion de Hermenegildo, que le hable, le persuada, le enseñe, le ilumine. Esta admirable mujer no cesa de instar á su esposo, que vaya á ver al santo obispo, que le consulte, le comunique sus dudas, le abra

su corazón, y recibió en fin de sus mapas la santa reconciliación. El celo de Inguine lo allana todo, lo facilita todo. El venerable Leandro se presta con indecible gozo á la conversión del primer vástago de los reyes godos en España: habla á Hermenegildo, le escucha, le persuade, le conviene, le exhorta, y por fin logra cautivar su corazón. Hermenegildo, al principio vacilante, comienza á sentir dentro de su pecho los efectos de la divina gracia; experimenta un atractivo notable hácia la verdad; esfuerzase en conocerla, en examinarla, en apoderarse de ella. Luchan en su interior las preocupaciones de la primera edad, la tradición de familia, el respeto y amor á su padre; sin embargo, era preciso decidirse... la duda no era posible... un rayo de celestrial luz descendió, y vá á penetrar dentro de su alma, y desde este momento las dudas desaparecen, las preocupaciones se disipan, la seguridad nace en su corazón. Leandro tiene el inefable consuelo de recibir en el seno de la santa Iglesia católica á este rey, descendiente de reyes. Hermenegildo, santamente regenerado, es un nuevo hombre; siéntese con un vigor divino; practica puntualísimamente las observancias de la santa religión católica; es anado de sus nuevos vasallos, temido de sus enemigos, respetado de todos.

Apénas la cruel y fanática Gosvinda supo la conversión de Hermenegildo, y los progresos que el catolicismo hacía en las provincias que él gobernaba, y el afecto con que todos sus súbditos lo veneraban y amaban, montó en cólera el ánimo del rey Leovigildo, el cual, incitado por el fanatismo arriano de su esposa, concibió los más negros designios contra su propio hijo Hermenegildo. Declárale desde luego una guerra atroz y á muerte. Auxiliado por el rey de los suevos en Galicia, á quien tuvo la maña de engañar y atraer á su partido, entra por los estados de su hijo con un poderoso ejército. No hay dieterio bajo con que no calumnie la santa conducta de Hermenegildo. Como si sus entrañas de padre se hubieran cambiado en entrañas de fiera humana, pregona en todas partes á su hijo como rebelde á la autoridad paterna, como menospreciador de las leyes, como hipócrita orgulloso, que cubría los más negros proyectos con capa de religion. Esto y mucho más decía contra el inocente y justo hijo del desapiadado padre. ¡Funesta ceguedad, efecto deplorable de una pasión herética! ¿Y cuándo no fué ciega é injusta la heresia? ¿Y cuándo no calumnió el espíritu del error á la verdad? ¿Y cuándo no la persiguió con furor? Pocos años había, Leovigildo es todavía el padre más tierno, el rey más prudente, el jefe más discreto, indulgente, manso. Ama tanto á su propio hijo, que le pone en posesión de una parte de su reino, mucho ántes que las leyes y la naturaleza le ha-

masen á él por derecho. Le había dado ántes por esposa la propia nieta de su segunda mujer, doncella honestísima, de real alcurnia, y católica fervorosa. Nada podía hacer presentir que el corazón de Leovigildo cambiaria, cuando su cabeza venerable, cubierta de canas, anunciaba una muerte no muy lejana. ¿Cómo, pues, pudo trocarse de tal suerte este corazón de padre en el de un desapiadado tirano? ¿Qué resortes se tocaron? ¿Qué se puso en movimiento? ¿Qué diabólicas mañas intervinieron y se pusieron en obra? Propúsose Gosvinda hacer suyo á toda costa el corazón del demasiado condescendiente Leovigildo: no hay mañida que no le sugiera á su marido; no hay perversidad que no le inspire; no hay capciosidad de que no se sirva para atraerlo á sus depravados designios. Engañosas lágrimas, traidoras palabras, atroces calumnias, emplea Gosvinda con arte diabólica.

Leovigildo, empero, se reconoce padre; amaba á su hijo Hermenegildo; conocía en él prendas que lo hacían muy digno de sus más firmes demostraciones para con él. Por otra parte, el fanatismo arriano estaba inoculado en sus venas; cual ponzoña había secado su corazón á todo tierno afecto religioso. Era dominante, quería ante todo ser obedecido; y luchando entre el grito de la naturaleza, que le llamaba padre, y las malignas sugestiones que le incitaban á ser tirano, escribe á su hijo una larga carta, en la cual dá á entender claramente, cuán engañado vivía respecto de las miras de Hermenegildo, y cuán ciego instrumento era de la envidia de Satanás y de las maquinaciones de la herejía. Conjuraba á su hijo á renunciar á la santa fé católica, y abrazar de nuevo la arriana; convidábale con el amor de padre y la liberalidad de rey en caso de acceder; amenazábale con la guerra, con la pérdida de sus estados y aún de su propia vida en el caso contrario. Nuestro Hermenegildo lee la carta con lágrimas en los ojos y congoja en el corazón. No las amenazas de la guerra, no la pérdida de sus estados, no la muerte misma son las que se las hacen verter: las que corren por sus mejillas son lágrimas de dolor nacidas del amor. Por una parte, su corazón de hijo ama tiernamente á su padre; por otra, la obcecación y rebeldía contra Dios del padre parten de sentimiento el corazón del hijo. Hermenegildo es además cristiano; es rey. Como cristiano, todo debe ceder en su corazón á Dios; como rey, el bien de sus vasallos sobre todo, después de Dios. Lucha terrible, angustias de muerte, trance apretado del que no puede salir entero, sano. La voz de la religion le manda sacrificar á Dios todo lo que no sea Dios, todo lo que no venga de Dios. La conciencia de príncipe rey le manda sacrificarlo todo al espiritual provecho de sus

súbditos, á mantenerlos fieles á Dios á costa del mayor de los sacrificios. El corazón de hijo no pueda hacerle olvidar lo que debe á su padre, lo que ama á su padre. Trata, pues, de conciliar todos estos intereses haciéndolos todos unos. Se cree todavía con derecho sobre el corazón de su padre; su celo de cristiano y su amor de hijo le inspiran el escribirle una carta atenta, moderada, pero firme, confirmando su convicción sagrada, y tratando de persuadirle su conversión en términos tan expresivos y convincentes, que pudiesen, no solo interesar al corazón de padre, sino ilustrar y convencer á la conciencia de rey.

Pero ¡ah, católicos! cuando la herejía ha echado profundas raíces en un corazón, ¿cuántas veces se hacen inútiles los toques de la gracia! Leovigildo lee la carta con fría indiferencia: muy lejos de mostrarse sensible á los avances del hijo, se siente como herido en su orgullo por la constancia del héroe. Ya no es un padre; es un rey, y rey orgulloso, y rey despótico, y monarca resentido, que quiere vengar lo que se quiere figurar ultraje, lo que se quiere imaginar rebelión. Hace mil y mil aprestos militares, contra alianzas poderosas, mintiendo su fin, calumniando al inocente Hermenegildo. Se propone acabar con el catolicismo en España, si no de una vez, en muchas. Ved ya el triunfo de Satanás sobre el corazón de Leovigildo. Reune Leovigildo tropas escogidas, numerosas, decididas. Entra por los estados del príncipe Hermenegildo. Logra sin dificultad apoderarse de la persona de éste, valiéndose para ello de una perfidia, de un engaño. Apoderado de la persona de su hijo, enciérralo en el oscuro calabozo de una torre; hácele sufrir toda suerte de vejaciones, amenázale de nuevo con muerte próxima si no reniega de la fé católica y se agrega de nuevo á la herejía. Prométele reintegrarle en todos sus derechos, asegúrale su amor de padre y su liberalidad de rey, si accede á sus súplicas, y si entra en la comunión herética. Nuestro Santo, que como impávido fiel católico ya no vivía en sí sino en Dios, le responde con dignidad y firmeza, que sus deberes para con Dios no le permiten escucharle como padre ni como rey, cuando se trata de hacerle faltar á Dios. Como rey y príncipe, le dice que sacratísimos deberes le habían impuesto la necesidad de defender á sus súbditos, y de preservarles de los enemigos de nuestra santa religion. Como hijo, sentía dividírsele el corazón al pensar que había tenido que ponerse á la cabeza de un ejército contra otro, á cuyo frente estaban su padre y su hermano Recaredo. De muy buena gana hubiera querido evitar una guerra, cuyo resultado era la division de corazones en una misma familia, destrozarse ramas de un mismo tronco.

Encomienda á Dios la defensa de su causa, y prepárase á sufrir con alegría cuantos padecimientos le tenga reservados aquel Señor cuya santa religion defiende. Ni aún con tales demostraciones se ablanda el corazón de Leovigildo: llega la Pascua; envíale un obispo arriano á la cárcel para que de él reciba la comunión sacrilega; exhórtale este obcecado ministro, y le ruega evite una muerte desastrosa obedeciendo al precepto del anciano monarca. Hermenegildo se niega abiertamente á crimen semejante. Sálese el infeliz prelado de la cárcel para dar cuenta á Leovigildo de la constancia de Hermenegildo, é inmediatamente envía Leovigildo un satélite que vaya á cortar la cabeza de su propio hijo. ¡Crimen atroz, que horroriza á la naturaleza entera! Nuestro Santo, que desde la salida del prelado arriano esperaba por momentos el martirio, se hallaba en oracion cuando el verdugo desapiadado llega á su prision, y allí mismo ejecuta bárbara y atrozmente la orden cruel de Leovigildo. Hermenegildo es muerto; el Cielo lo recibe en su seno como santo. Vá á recibir de Dios la recompensa de su martirio; celestiales inteligencias vienen á cantar sus glorias al héroe que, sobrepoméndonse á todo respato de carne y sangre, ofrece y dá su vida por la defensa de la santa fé católica. Veámos rápidamente, cómo este ilustre martirio abrió una nueva era religiosa á nuestra patria con la prodigiosa conversión de los godos al catolicismo.

Obsérvase en la marcha ordinaria de la Providencia, que la sangre derramada por la defensa de la justicia, que las vidas inmoladas por la verdadera fé, que las persecuciones sufridas por sostener los derechos del Señor, han sido como la última víctima de expiacion propiciatoria, que, lejos de atraer sobre el suelo, teatro de estos grandes y sangrientos sucesos, la cólera del Cielo, nos lo abren para hacer descender de él un abundante rocío celeste, que convierte este suelo árido, seco, ingrato, maldito, en una tierra esfogida, fértil, fértil, en un vergel fresco, variado, fecundo. Este es un prodigio debido á la suprema y divina inmolacion en el Calvario. Desde que el justo ofrece sus padecimientos, su sangre, su vida á Dios, en desagravio de los ultrajes que contra él cometen sus hermanos pecadores, el Señor acepta este sacrificio, que santificando más á aquél por la perfeccion de la caridad, obtiene el perdón de éstos. Así, tres siglos de persecucion, de sangre y de muerte de victimas puras, consiguen para la Iglesia la hermosa era de paz universal para sus hijos. Hacia el año de 583 comenzó á anularse el horizonte español, hasta entonces claro y limpio respecto del culto al verdadero Dios en la santa fé católica. Leovigildo, de corazón dañado y entendimiento per-

vertido, como lo acabais de ver, declaró una persecución atroz á los católicos. Tormentos, públicos azotes, mutilaciones, barras de fuego, todo fué empleado á profusion por los bárbaros satélites del cruel Leovigildo contra los católicos. Más de un año duró esta persecución. Muchas víctimas ilustres dieron glorioso testimonio de nuestra santa religion: en ella fué martirizado nuestro S. Hermenegildo, que fué la primera y la más ilustre de aquéllas. Muy pronto vais á ver los felices resultados de su heroica martirio.

Los católicos, al saber la heroica constancia de Hermenegildo y su martirio, cobraron ánimo y se doblaron sus esfuerzos: en todas partes se presentaban gozosos ante los tribunales, al destierro, á las cárceles, al patíbulo. Al poco tiempo enfermó gravemente Leovigildo; siente su corazón oprimido de un peso enorme; á pesar de su ceguera, la memoria de su hijo Hermenegildo dura siempre y se conserva en su corazón; la sombra del inocente mártir le había seguido por dó quiera; y cuando su término fatal se acerca, siente los más vivos remordimientos. Llama á S. Leandro, y le encomienda muy tiernamente á su hijo Recaredo, suplicándole ardentemente hiciése con él lo que había hecho con el inocente mártir Hermenegildo; que lo convirtiese á la fé católica, á la cual, pronto y comparecer ante el tribunal del supremo Juez de vivos y muertos, reconocia por la verdadera. Un celebre autor, S. Gregorio Taronense, afirma, que lloró sus pecados y abjuró la herejía. La justa severidad con que nuestra santa madre la Iglesia nos prohibe el anticiparnos á sus decisiones, nos impide, católicos, el que podamos fallar sobre la salvación ó condenación eterna de Leovigildo. Apenas Recaredo toma posesion del reino, se somete con la mayor docilidad y con magnánima humildad al ilustre S. Leandro. Este santo logra, que al décimo mes del reinado de Recaredo, en enero de 587, se convirtiese. Este triunfo fué debido al martirio reciente de su hermano Hermenegildo; este era el primer paso para la milagrosa conversion de todos los godos, que S. Gregorio Magno atribuye en términos expresos á los méritos del mártir rey.

Apénas Recaredo convertido, todos los prelados y clérigos arrianos, todos los próceres y magnates abjuraron la herejía; pero, con tanta efusion de corazón y con tanta fuerza de la gracia sobrenatural, que en el famoso y para siempre memorable concilio tercero toledano, monumento augusto de la católica España, y que forma el principio de la era religiosa más dichosa de nuestra patria, el rey, la reina, los prelados y clérigos arrianos, y todos los próceres que habían tenido la desgracia de seguir los errores de Arrio, en presencia de setenta

y dos venerables y santos obispos españoles católicos, de un gran número de próceres, de magnates fieles, de un crecido número de santos abades, entre ellos S. Juan el Birlarense, S. Eutropio, etc., y de un clero que acaba de pasar puro é ileso en la fé por el crisol de la persecucion, hicieron pública abjuracion de sus errores, firmando en su nombre y en el de todos sus representados la profesion de fé católica. ¡Qué espectáculo tan magnífico y consolador el de un rey poderoso, que reinaba, no solo en toda la extension actual de España y Portugal; sino en la vasta Galicia narbonense hasta mas allá de Nîmes; qué espectáculo, repito, tan consolador y sublime, el de verle rodeado de todo lo más ilustre de las Españas y Gallia narbonense, y con lágrimas en los ojos y con un entusiasmo imposible de describir, leer en alta voz en medio de su gran familia, que lo escucha silenciosamente, la profesion de fé católica, la más solemne abjuracion de la impia herejía! ¿Qué acto más augusto que aquel en que este gran rey, en el mismo concilio y rodeado de todos sus grandes y señores, se empeña con su augusta esposa, en nombre de todos los reyes sus sucesores, á profesar, practicar, defender la santa Iglesia católica, y á perseguir, y no permitir en sus estados el dominio del error y de la herejía? ¿Qué acto más imponente que el ver á la seguida de su rey, todos los próceres, magnates, raudillos, magistrados superiores, jurar á la faz del Cielo y de la tierra, por sí y en nombre de sus esposas, hijos y sucesores, que solo crecieran, profesarian, practicarían y defenderían la santa religion católica; y que por sí y en nombre de todos sus sucesores prometen y juran, no permitir en sus casas y familias la herejía ni el error contrario á la fé sagrada? Este grandioso acontecimiento se pasó en la imperial Toledo, há más de trece siglos, y hasta ahora no se ha desmentido jamás. Acontecimiento único en los fastos del mundo. ¡Honra á la magnánima y constante nacion española!

Apénas se trascurre un siglo, y el inundo mahometano se vale de una coyuntura favorable. Entra por Tarifa con enjambres de huestes africanas, cual torrente inunda la España. La sorprende, y sin más obstáculos que un simulacro de combate, la posee toda hasta las montañas de las Asturias y del Sobrarbe. No se preveía remedio humano; y Dios se estaba mostrando demasiado irritado contra nosotros para esperar treguas á la justicia. Pues qué, ¿la sangre goda no circula más por nuestras venas españolas? Pues qué, ¿la nobleza española desapareció para siempre? No, católicos; en un rincón de las Asturias ha podido sustraerse al furor del bárbaro africano un vástago real, el gran Pelayo, por cuyas venas corre todavíen sangre del

mártir-rey y del gran Recaredo. A su lado hay todavía algunos centenares de nobles, descendientes de aquellos ilustres próceres, que tanto ensalzaron sus nombres y su patria en la imperial Toledo. Pero ¿qué son algunos pocos cientos sin recursos, sin armas, sin dinero, sin hogar, contra tantos cientos de miles de bárbaros sarracenos, dueños de todo y ébrios de orgullo por la victoria? Pues bien; ¡oh maravilla de la gracia y de la omnipotencia divina! Esos trescientos fugitivos reunidos en Covadonga son españoles... y el verdadero español jamás contó sus enemigos cuando se trató de batirlos. Pelayo enarboló el pendón de la cruz, y cada paso que daba era un prodigio de más; y así de rey en rey, de prodigio en prodigio, se sostuvo por espacio de setecientos y más años esa lucha sangrienta, que principió en las rocas de Covadonga, y se terminó siete siglos después en el alcázar de Granada. Todo esto fué fruto de aquella solemne jura de Recaredo y su corte; y esta jura fué una satisfacción solemne y pública, y auténtica y nacional, que el divino Celador de la honra de sus mártires quiso se diese al rey mártir, Hermenegildo. Si, la España de los Hermenegildos, la España de los Leandros, la España de los Recaredos será siempre católica; el veneno de la herejía no la emponzoñará jamás.

Hermanos míos, por cuanto acabo de decirlo admirareis conmigo y respetareis con la más profunda sumisión los arcanos de la Providencia. Permitted ésta, que un rey prudente y muy arreglado en la administración temporal de sus estados, se extraviase tan deplorablemente como nos lo muestra la historia, en asuntos de religión, que tocan ciertísimamente más de cerca al bien real de los súbditos que la paz temporal. Dios quería preparar á España las vías de una nueva y brillantísima regeneración política y religiosa; Dios quería que en este país de su predilección las dos hermanas, ambas hijas del Cielo, la Religión y la Autoridad, reinasen de consuno para hacerla patria feliz para el Cielo y afortunada en la tierra. Preparó estas vías dándole por medio de una reina católica y virtuosa un príncipe mártir, y otro que sería el glorioso restaurador de la religión. Así fué, como lo acabáis de ver. Tal vez en ninguna época haya tenido el cristianismo enemigos más peligrosos que en la que hoy atravesamos. Vivamos, pues, alerta y dispuestos á no desamparar nuestros puestos en el día del combate. Leguemos á nuestra posteridad intacto el depósito de fé, que hemos recibido en herencia de nuestros antepasados.

Y vos, ilustre santo, rey-mártir, glorioso S. Hermenegildo, que el primero en vuestra dinastía derramasteis vuestra sangre, y disteis

vuestra vida por la defensa y confesión santa de la sagrada religión católica, no dejéis de interceder por nuestra amada patria, para que el Todopoderoso la libre de caer en las asechanzas, que sin cesar le tienden los herejes y los impíos. Pedidlo seamos firmes y constantes como vos en la fé, para que después de haberla profesado y defendido en esta vida contra sus encarnizados enemigos, logremos gozar de lleno en compañía de los escogidos, de las eternas delicias de la Gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN HILARIO, OBISPO Y DOCTOR
DE LA IGLESIA.



Vos estis sal terrae. Vos estis lux mundi.
Sed la sal de la tierra... Sed la luz del
mundo.

(MATH. V, 13.)

No sin un misterioso designio dijo nuestro divino Maestro las palabras de mi tema á sus apóstoles; después de haberles dicho, que serian bienaventurados cuando fuesen maldicidos y perseguidos del mundo por causa de El. Todavía más. Antes de anunciarles que serian la luz del mundo, la sal de la tierra, les anima al combate, y hácelos desear el pelear y padecer por su causa: «Alegraos y saltad de contento, porque abundante recompensa os espera en el Cielo.»

Quería, pues, enseñar nuestro Señor Jesucristo á sus apóstoles, que estando destinados á ser la sal de la tierra y la luz del mundo, en el plan de su divina providencia sufraba, que pasasen ántes por el crisol de las tribulaciones. De este modo su fidelidad acrisolada los hacía aptos para ser la sal de la tierra, é infundíéndoles su divina doctrina, serian la luz del mundo.

Esto es lo que nos presenta la vida del gran Hilario, lustro de las Galias, lumbrera de la Iglesia universal, y una de las más firmes columnas de la santa fé católica, que defendió heroicamente cual nuestro campeón, siempre dispuesto á sellar con su sangre lo que afirmaba con sus labios. De este héroe, de este santo tengo que hablaros en este día. ¡Y en qué circunstancias, católicos! Cuando vemos la sociedad tan agitada, la gran familia humana tan dividida. Cuando vemos levantarse por el Oriente cristiano esos negros vapores de la impiedad filosófica, enmascarada con los nombres de socialismo y demagogia. Cuando no contenta con trastornar la base de la socie-

dad, intentando arrancaarla de sus quicios, mete su mano sacrilega en el augusto santuario, y profesa no sé qué funestas teorías, cuyo solo anuncio es el presagio más fatídico.

Si, pues, útil y ventajoso es, el traer á la memoria de los jóvenes bisoños, que muy pronto han de entrar en la lid, los hechos famosos de los héroes, que en los siglos pasados sostuvieron con tanto lustre su noble causa, jamás será más oportuno el recordar con piadosa atención la noble lucha, que, en defensa de nuestra santa fé católica, sostuvo el gran doctor de la Iglesia, Hilario. Me propongo, pues, haceros ver en nuestro Santo, el infatigable defensor de la santa fé católica, que reunta en sí una santidad eminente: *vos estis sal terrae*; primera parte de mi discurso; y una ciencia prodigiosa, sobrenatural: *vos estis lux mundi*; segunda parte. Implorad conmigo los auxilios de la divina gracia: *A. M.*

Habiendo Jesucristo señalado á los ministros de su palabra, á los doctores de su Iglesia con los símbolos de sal de la tierra, luz del mundo, candela puesta sobre el candelero, ciudad edificada en lo alto de un monte; quiso significarles, la obligación de elevarse por su conducta sobre el resto de los hombres, para que glorifiquen á Dios en su ministerio. Mas; para que pueda su doctrina ser luz para los fieles, menester es, que su conducta sea edificación para ellos. Por esta razon dice el gran san Isidoro de Sevilla: «Santo debe ser en todo el que se ponga al frente de la instrucción y educacion de los pueblos.» La santidad de vida es, pues, la primera condición de la divina mision del doctor de la Iglesia; y esto es lo que ante todo procuró el Santo cuyo culto celebramos hoy. Nacido en Poidiers, de padres esclarecidos, pero envueltos en las tinieblas del paganismo, el jóven Hilario recibió una educacion brillante y esmerada, con el ánimo de colocarle en puestos elevados según su rango. Sus costumbres fueron siempre muy puras, y su ingenio elevadísimo. Quería Dios llevarlo por grados al conocimiento de la verdad; y así, desde el principio le manifestó, que todos los sentidos juntos ávidamente satisfechos no pueden jamás dar al hombre la felicidad, ni aun calmar su corazón con la posesion de todos los bienes corpóreos y exteriores. Nuestro jóven principió á sentir dentro de sí un inmenso vacío; que nada de este mundo podia llenar; un deseo inefable, que nada de lo criado podia satisfacer. Así iba preparándolo el Señor; y en una ocasion en que consideraba el diluvio de males que inunda el mundo, y el instinto soberano, profundo y sublime que sentimos dentro de lo más íntimo de nuestro sér, en virtud del cual aspiramos

sin cesar á un bien supremo, á una felicidad inalterable, concluyó, que solo en la profesion seria, en la práctica franca, leal, exacta del cristianismo podia hallar con que llenar el vacío que experimentalmente en su corazón.

Los absurdos de la idolatría chocaban á su penetración recta y profunda; la unidad de Dios y su perfección ilimitada se le presentaban ya como evidentes, cuando la Providencia puso en sus manos los libros de Moisés y de los Profetas. En ellos encontró cuanto deseaba saber; é inflamado su corazón á medida que se ilustraba su entendimiento, no satisfecho con conocer y adorar al soberano Rey del universo, se propuso lograr su posesion con una vida pura y perpétua en que procurase imitarlo. La lectura del nuevo Testamento completó la obra, y acabó de disipar las dudas que las miserias humanas habían despertado en su alma. El misterio de la Encarnación le dió esperanzas de unirse soberanamente al Dios, que se revistió de nuestra carne, y antes de oír hablar del simbolo de Nicea, entendió la consubstancialidad del Verbo: ¡Admirable providencia del Señor en aclararle un misterio, del que un día habla de ser el más famoso é intrépido defensor! Instruido de este modo, abjuró el paganismo que siempre mirara con aversion, y recibió el bautismo con impudorable alegría, y con tal abundancia de gracia, que lo asemejaba desde el principio á los cristianos más perfectos. Ejercitose con toda decision y con heroico esfuerzo en todas las prácticas del cristianismo, santificándose de día en día de tal modo, que era mirado como un modelo de virtud y de perfeccion evangélica. Estaba casado; pero el que era casto y de costumbres rígidas en el paganismo, mucho más continuó siendo en el cristianismo. En el estado del matrimonio parecia adornado de las virtudes del sacerdocio: su obispo, viéndolo tan santo y ejemplar, le hizo entrar en las órdenes sagradas, que recibió con la mayor humildad, y ejerció con la mayor santificación. Aunque costó mucho vencer su humilde repugnancia, recibió con santísimo temor el órden del presbiterado. Ya lo veis, católicos; el que estaba destinado á ser la luz del mundo, era ya sal de la tierra por su edificación y conducta ejemplarísima.

Aconteció la muerte del obispo de Poitiers en este tiempo, y todo el clero, y todo el pueblo echó los ojos en nuestro sacerdote Hilario, que fué instituido canónicamente obispo de su patria, á pesar de la prolongada resistencia del Santo. Eran entónces los obispos el blanco de las violencias y artificios de los arrianos: Hilario lo sabia; y al aceptar el cargo, se propuso santificarse más y más, renunciar á todo descanso, y oponerse como un muro contra los ataques de los here-

jes. Preparase á las persecuciones, al destierro, á la muerte misma, con tal de preservar sus ovejas del pasto vedado, y anunciar, y defender, y proclamar valientemente la fé católica. Lleno de confianza, valor, y firmeza, se aplicó á conservar el depósito de la fé que se le habia confiado, sin atender al favor ni á las amenazas de los hombres, consolándose con la promesa de Jesucristo, que llamó bienaventurados á los que padecen persecucion por la justicia. Muy en breve su nombre se hizo celebre en las provincias, y le strajo las bendiciones de los fieles, así como el odio de los herejes.

La mayor parte de los prelados de las Galias, aplaudiendo su celo y admirando su santidad, comenzaron á considerarle, no tanto como á hermano, cuanto como á jefe; pero como era necesario que sus padecimientos fuesen públicos, á fin de darse á conocer sus eminentes virtudes por toda la Iglesia universal, permitió Dios que hubiese un obispo llamado Saturnino, que haciéndose fautor de la hereja de Arrio, persiguiese atrozmente á los católicos, tiranzándolos, y meditando cómo atraerlos á su partido. Valióse para ello el obsecado prelado de amenazas, artificios y violencias, mediante el poder y autoridad de los magistrados y oficiales del emperador Constancio, pervertidos los más de ellos, é infectos como su príncipe de las doctrinas de Arrio. Nuestro Hilario, lleno de un santo celo, se le opuso enérgicamente, y se separó inmediatamente de la comunión del hereje con muchos obispos. Saturnino, por vengarse, reunió un concilio de sus partidarios, en el cual se lisonjaba establecer la impia hereja. San Hilario, no contento con resistir á los herejes, los denunció ante los católicos; pero la violencia de aquella magna secta no le permitió hablar, y logró su deposicion, que el emperador creyó legitima, y lo desterro á Frigia. Nuestro Santo se llenó de un santo regocijo al ver, que, cual otro Pablo, podia llamarse prisionero de Jesús; pero sabiendo que ya libre, ya prisionero, ya en las Galias, ya en otra provincia del imperio podria predicar á Jesucristo y ganarle almas, no dudó que la divina Providencia le depararía en todas partes ocasiones de ejercer su ministerio evangélico.

Llegado al lugar de su destierro, como buen pastor, tenia una especial solicitud de su rebaño, que llevaba muy grabado en su corazón, y se resignaba con la mayor alegría y santa paz á las privaciones que padecía. ¡Ah católicos! una de las señales más visibles de la proteccion del Señor á favor de su Iglesia es esa admirable y humilde paciencia con que sin quejas, sin murmullos, sin ira ni el menor movimiento de venganza, ofrecen al Altísimo sus padecimientos; sin que ni los tormentos, ni las persecuciones, ni el odio de los enemi-

gos de la Iglesia, ni aún la vista de la muerte misma le acobardó, ni retraiga un momento de cumplir en todo las voluntades del Señor. Nuestro Hilario, cual otro Pedro, decía á los enemigos de la santa fe católica: «Juzgad vosotros mismos si es justo delante de Dios, que por escucharos á vosotros abandonemos la causa de Dios. Nos es imposible no anunciar y no predicar lo que Él nos ha mandado predicar y anunciar.» Sin embargo, lleno de una prudencia celestial, y confiando en la bondad de su causa, escribió al emperador para justificarse de las calumnias de sus enemigos, más bien por cumplir con sus deberes, que por persuadir á un príncipe á quien dominaba el odio inveterado contra los católicos. Escribió también á los obispos de Francia, los cuales estrechamente unidos con él, á pesar de la distancia, y acompañándole con el espíritu en sus trabajos, estoriaron que su silla fuese ocupada por otro.

Hermosa perspectiva, católicos! Hilario, en el rincón de su destierro, aparece más grande á la Iglesia entera, y las Galias se unen todavía más estrechamente con él, cuanto más lejos lo arroja la persecución. Con barta razón, pues, pudo decir al emperador Constancio, que aunque separado de su Iglesia, cada día distribuía á sus ovejas la sagrada comunión por medio de sus sacerdotes. Consolábase el ilustre confesor de la fe con la noticia, de que sus exhortaciones y ejemplos sostenían el valor de sus hermanos, al paso que veía con dolor la deplorable situación de las iglesias del Asia, en donde apenas se conservaban vestigios de la fe ortodoxa, reinando por todas partes el escándalo, el cisma y la perfidia. Con sus ejemplos y santas exhortaciones edificó en gran manera las iglesias de la Frigia, y atrajo muchas á la unidad de la fe y comunión católica. Y habiéndose mostrado verdaderamente como sal de la tierra, el Señor quiso que brillase igualmente como luz del mundo.

La Iglesia, sociedad visible, es esa ciudad mística situada en la cima del monte, patente y expuesta á las miradas del mundo. Como tal, necesario es, que aparezca grande y magnífica; que brille en el seno de la humanidad como un fanal divino, inmenso, que esparza sus rayos de un polo al otro; y que al mismo tiempo que alumbró, caliente los pechos helados. El género humano yacía después de cuatro mil años en espesas y mortíferas tinieblas. La ignorancia de la verdad y las pasiones ofuscaban de tal suerte el entendimiento del hombre, y habían corrompido su corazón á tal punto, que teniendo ojos, no veía; teniendo oídos, no oía; teniendo un entendimiento, no sabía entender; y teniendo un corazón, no sabía amar; y teniendo boca, no sabía hablar. Y sin embargo, el hombre había nacido para

la luz, y la luz era la verdadera vida del hombre; y la vida, esto es, el que es la vida, debía ser la luz de los hombres; y la vida, que es Cristo, vino para alumbrar á todos los hombres, y darles á conocer á su Padre, á Él mismo, Hijo unigénito del Padre, y al Espíritu Santo de ambos procedente; vino á hacerles amar y servir á su Padre; vino á enseñarles á adorarle en espíritu y en verdad. Si, pues, Cristo era luz, y luz que debía alumbrar á todo el género humano, la Iglesia había de ser, necesariamente, continuo reflejo de esta divina luz; reflejo celestial, que debía lucir perpétuamente entre las tinieblas. Y veid por qué Jesucristo dijo á sus apóstoles: «Vosotros sois la luz del mundo. Brille pues vuestra luz ante los ojos de los hombres, cual fanal colgando en la cúspide de una elevación, de manera, que vea vuestras buenas obras, y glorifiquen á vuestro Padre que está en los Cielos.»

Hilario, después de haberse labrado á sí mismo para ser la sal de la tierra por medio de su santidad, sintiéndose movido de la divina gracia y sostenido por una fuerza inefable, no duda combatir el error dó quiera que se presente, y cualquiera que sea la capa con que se cubra. El error es el veneno de la doctrina, porque es la muerte de la verdad; y una doctrina sin verdad es un cuerpo sin alma, un cadáver que se descompone por la corrupción. Hilario echó una mirada por toda la vasta superficie de la Iglesia: con su vista mucho más perspicaz y valiente que la del águila, veía en un momento las inmensas distancias que la componen, y ve que hombres malévolos, espíritus descarriados, satélites del demonio, siembran por todas partes la discordia, y propagan el error. El arrianismo es ese monstruo del averno, esa hidra de siete cabezas, esa secta infernal, que rebelándose contra la cabeza suprema, el Vicario de Jesucristo, hace fiero alarde de enseñar una doctrina tenebrosa, injuriosa al mismo Dios. Se resuelve, pues, á declararle guerra á muerte, año á costa de la suya. Comenzó la santa lucha con descorrer el velo hipócrita con que se cubría Saturnino, obispo de Arlés; le condenó y excomulgó. No cesó de defender la fe católica en muchos concilios que celebró, ó á los que asistió, siendo así una de las columnas de la verdad.

Prisionero y desterrado en Oriente, trató de reformar primero sus costumbres, porque sabía que por la corrupción de éstas principia la herejía. Principió á los dos años de su destierro y cuando hubo sondeado el terreno que pensaba recorrer el resto de su vida, empezó á publicar varios tratados. Se celebraron entónces dos concilios famosos, por disposición del emperador Constancio; uno en Rimini, en Italia, en el cual fueron tales los amagos y capciosidad de los

arrianos, que muchísimos obispos católicos se dejaron sorprender por aquellos. El otro concilio se celebró en Seloucia, en el Asia menor. Hilario, aunque desterrado, tuvo que asistir á este concilio. Fue recibido con extraordinarias muestras de veneración; justificó á los obispos de las Galias, sus paisanos, de la nota de sabelianismo; declaró vigorosamente contra los enemigos de la divinidad de Jesucristo, y frustró las asechanzas de sus enemigos, que eran casi todos los miembros del concilio: de tal modo, que los obligó á dividirse entre sí mismos. Obtuvo muchos y muy señalados triunfos sobre los herejes. Defendía la doctrina católica sin temer ni las asechanzas hipócritas de unos, ni la maliciosa tiranía de otros. En medio de tantas turbaciones hizo mucho bien á las iglesias de Oriente, siendo en verdad para ellas un verdadero maestro y defensor de los fieles, y llenando así su misión providencial de doctor de la fe católica. Allí escribió los doce famosos libros de *Trinitate* contra los arrianos, en donde expone la doctrina católica con una elegancia y precisión admirables. No pudiendo los arrianos sufrir por más tiempo la presencia de nuestro Santo en Oriente, suplicaron al emperador le hiciera regresar á su obispado; y así volvió á Poitiers el generoso campeón de la fe enviado por los enemigos de ella, como se restituyó á Israel el Arca del Testamento por disposición de los filisteos. Su viaje fué un continuo triunfo, que el Señor quiso hacer más ilustre con asombrosos milagros. En la marcha, y pasando por la Hungría, se le reunió como discípulo S. Martín, tan célebre en la Iglesia.

Luego que Hilario se vió en su silla, trató de reparar los escándalos causados por el concilio de Rimini: lleno de celestial prudencia, y valiéndose del grande ascendiente que le habían adquirido sus persecuciones y conferencias con los herejes y sus escritos, propúsose desde luego valerse de medios suaves, como había hecho San Cipriano en Cartago y S. Cornelio en Roma con otros herejes; según el consejo del Apóstol ayudó á levantar á los caídos en vez de emplear contra ellos la severidad de los cánones. Junió muchos concilios, y con sus exhortaciones, sus escritos y conferencias consiguió, que el mayor número de obispos engañados, amesmentados ó corrompidos, reconociesen y detestasen su error; logró que se reprobase lo hecho en Rimini, y que fuese depuesto canónicamente Saturnino, fautor de tantos males. Pero no bastaba para calmar el celo de Hilario el que tranquilizase las Galias, y restableciese en todas partes la disciplina y la unidad de la santa fe y comunión católica: la Italia necesitaba todavía de más solícitud. Pasó, pues, á esta region, y con

su celo y doctrina aterró á los perversos, y logró la conversión de muchos á la comunión católica. Arregladas las cosas de Italia, y habiendo puesto en claro la impiedad é hipocresía de Auxencio, intruso obispo de Milán, se volvió á su patria.

Dos años, poco más ó ménos, sobrevivió á su segundo regreso á Poitiers: empleólos como toda su vida en escribir en defensa de la doctrina católica á varios prelados de la Iglesia, y en refutar los errores de todo género. Sus escritos, sin ser muy numerosos, contienen, sin embargo, la exposición más clara, más enérgica y más sólida de la doctrina del misterio de la Trinidad: han sido mirados en todos tiempos con tanto respeto, que S. Jerónimo los proponía ya como el testimonio más fiel de la doctrina católica; y escribiéndole á Leta, le exhortaba á leer los tratados de Hilario; como la exposición más clara, sacinta, pura, elegante y ortodoxa. Por fin, lleno de méritos y de virtudes, y despues de haber luchado incansablemente por conservar ileso el depósito de la sagrada doctrina; despues de haberla expuesto en sábios comentarios; despues de haber sido la luz del mundo para los infieles y herejes; despues de haber edificado á toda la Iglesia con su santidad é incorrupcion; lo llamó el Señor á la Gloria el 13 de enero del año 360.

Bendigamos, hermanos míos, al Padre de las misericordias, por haber dado á su Iglesia en nuestro Hilario, un gran santo, que preservará de la corrupcion á las almas fieles, como misteriosa sal de la tierra, y un doctor ilustre que iluminará al mundo con sus escritos. El, desde el Cielo, intercede por su Iglesia y por nosotros, para que librándonos el Señor Dios Todopoderoso de la corrupcion del pecado y de las tinieblas del error, salgan nuestras almas puras y santas á apacentarse del amor divino y de la verdad eterna en la bienaventuranza de la Gloria, que os deseo.

PANEGÍRICO
DE SAN HIPÓLITO, MÁRTIR.



*Quisecere faciem superbiam infidelium,
et arrogantiam fortium humiliabo.
Pondaré fin á la soberbia de los infieles,
y abatiré la arrogancia de los fuertes.
(Isa. xiii, 41.)*

El deprimir el orgullo y humillar la arrogancia de los infieles, satisfaciendo gloriosamente la verdad del profético vaticinio, no era empresa para las fuerzas humanas, á no verse auxiliadas de una celestial virtud, que las habilitase para poder alcanzar un favorable éxito. Celebraba el gentilismo; y á la ciega credulidad de los pueblos, torpemente envueltos en sus tinieblas, recordaba los ilustres nombres de algunos héroes, que ya por hechos esclarecidos, ya por su valor, ó por otras circunstancias de que creían estar adornados, figuraban pomposamente en las memorias que debían pasar á la posteridad.

Algunos de sus crítico-filósofos más eminentes se empeñaban, inútilmente, en querer demostrar á aquellas naciones incircuncisas, que de todas las notables acciones atribuidas á aquellos personajes, unas eran exageradas, y otras increíbles y mentidas. También querían persuadir los filósofos á la multitud, que tanto los triunfos de los héroes de sus historias, como el desprecio que hacían de las riquezas y de los placeres, no fueron en realidad otra cosa sino sacrificios al ídolo de la gloria, ó mejor dicho, al objeto de una pasión insensata y dominante; y que los sábios, los valientes y los magnánimos tan ponderados en sus historias, si llegaron alguna vez á parecer tales, no alcanzaron á poseer más que el nombre y la sombra de las virtudes que tanto alababa el vulgo. Empero, la justa celebridad de descubrir la vanidad y la mentira de opiniones tan arraigadas en el vulgo pagano, no ménos que el mérito de humillar la soberbia

de sus secuaces con pleno é irrefutable convencimiento, estaba reservado á la nueva ley de gracia y á Jesucristo.

Con efecto; no bien del uno al otro hemisferio resonaron las trompetas del Evangelio, cuando brillando su doctrina en el alma de los hombres se entregaron gozosos á practicarla; y elevándose á un estado superior á las condiciones comunes, por el abandono que los mismos hombres hacían de sus homlas malas costumbres, formó muchos y verdaderos héroes dotados de virtudes sobrehumanas é invencibles, probadas y experimentadas en grandes peligros, y en cuya comparacion quedan confundidas y aniquiladas las mayores y más ponderadas virtudes atribuidas por el paganismo á sus falsos dioses. En lugar de hablarlos de tantos y lentísimos espejos y ejemplos de almas generosas é imperturbables en las vicisitudes y azaros de la vida, formadas en la escuela del Evangelio, y tanto más ilustres, cuanto que están provistas de divina gracia para poder anouadar á cualquier secta enemiga; yo hago ánimo de que le toque hoy el turno para presentar solemnemente y espléndida muestra de sus insignes virtudes al glorioso mártir S. Hipólito.

Lleva este Santo el nombre de un héroe, celebrado ya en las historias paganas, el antiguo Hipólito. La caprichosa fantasía de los poetas, ó la servil adulacion de los historiadores, trastornó á tantos pueblos con sus escritos llenos de flores y frases superfluas tan paganas como ellos; los cuales encareciendo siempre con la mentida semblanza de virtuosos á los ídólatras, aumentaban la factancia de aquellos que profesaban el mismo falso culto. La Iglesia de Jesucristo dispuso las tinieblas del error; y elevando triunfante el sublime estandarte de la cruz, con solo poner delante de la gentilidad á nuestro invicto mártir, logró reprimir la repugnante idolatría: *Quisecere faciem superbiam infidelium, et arrogantiam fortium humiliabo*. En Hipólito, la Iglesia presentó un verdadero héroe, contraponiéndole al héroe falso de los gentiles. Un héroe, si de exelta grandeza de alma, que menospreciaba todos los bienes que más suelen apotecerse en la tierra; un héroe de maravilloso valor y constancia para resistir los más formidables males; y héroe en fin; verdaderamente glorioso, por la adquisición de tan celestial honra. Carácterés todos atribuidos por el fanatismo y el error al Hipólito pagano, pero que, en nuestro santo campeón de la fé son claros y manifiestos. Os lo demostraré despnes de haber pedido los auxilios de la gracia: A. H.

Los paganos, con el vano propósito de colocar entre los héroes inmortales á su Hipólito, y proponerlo como despreciador de honores

y riquezas, habían establecido, que el mencionado príncipe, hijo de Teseo y de Hipólita, reina de las Amazonas, tenía por viles y despreciables las riquezas y los honores inherentes á su alta jerarquía; siendo inflexible como el durísimo mármol á las incestuosas lisonjas de Fedra, su madrastra, y atento y únicamente consagrado al culto de la casta diosa de las selvas, á cuyo fin corría de monte en monte y de selva en selva cazando fieras. Ahora bien; sin relatar aquí el fárrago de falsedades que añaden á las ya dichas, y sin tratar yo de demostraros lo falso é inconsecuente de las virtudes de un corazón en el cual no recibe culto Dios; para confusión de los idolátras voy á presentáros á otro Hipólito, el cual, abriendo los ojos á los primeros albores de la fé, allí donde con más fuerza impera el culto impio de los falsos dioses, habló de Roma, ostenta tal grandeza de alma cual en el griego y pagano héroe no llegó á ver la gentilidad, ni pudo siquiera fingir con ningún arte. El prefecto de las milicias imperiales, vicario de Roma y amado del monarca, confia á su cuidado y vigilancia la guardia y celosa custodia del encarcelado Lorenzo. Hipólito penetra en el calabozo donde está abrojjado el valiente soldado de Jesucristo; habla con Lorenzo, le oye descubrir la causa por la cual encuentra agradables y suaves sus cadenas. La gracia le aguarda en este paso para ejecutar con celeridad los sublimes designios formados de su santidad. Lorenzo despliega los mayores atractivos, con los cuales sabe ganar los corazones á la santidad; y con sobrehumana elocuencia habla y practica, que solo á Dios vivo, verdadero, Criador y Señor del universo, se debe culto y adoración; y que por lo tanto, las turbas de falsos dioses ante los cuales Roma, engañada, inclina la frente é incensa sacrilegamente, no son más que demonios y maestros de falsedad.

Signe después instruyendo poco á poco á Hipólito acerca del último destino del hombre, le habla del Mesías prometido, el cual vino á redimirnos á tan inmenso precio; le anuncia su doctrina, prodigios, ejemplos, méritos, padecimientos y glorias; repitiéndole, que en solo su sacratísimo nombre se puede fundar la esperanza de obtener la gloria eterna. Hipólito le escuchaba con la vista fija y sin replicar una palabra. El generoso caballero alzó su dócil corazón á la gracia, la cual obediendo á su natural impulso, borra en Hipólito toda indecision, haciéndole convertir de centinela en discípulo del prisionero. Con efecto, Hipólito pide con el mayor empeño ser inscrito, mediante el santo bautismo, en la nueva milicia de Jesucristo. Hé ahí á Hipólito cristiano.

La Iglesia, llena de júbilo, le recibe en sus brazos; y humedecido

aún por el santo Sacramento, lo presenta á los gentiles, vanos encomiadores del príncipe hijo de Teseo, y les invita á que aprendan en su nuevo hijo Hipólito lo que forma la verdadera grandeza de alma. No bien Hipólito, á la vivísima luz de la fé que abrazara, conoció á Dios sumo, en el cual únicamente se puede hallar la verdadera paz del alma, cuando inflamado en celestial ardor, se considera elevado á tal punto, que sus sentidos apenas le reconocen. Placeres, honores y todos los regalos de este destierro que llamamos vida, ya no los considera Hipólito sino como vanos y mentirosos idolos. Muéstrase franca y abiertamente súbdito humilde de la ley del Evangelio, justamente cuando para abolirla, sin miramiento á ninguna clase ni condicion, altitud de parentesco, méritos y servicios; edad ó sexo, se condenaba á los cristianos á inauditos suplicios; no creyéndose suficientes tormentos las fieras y los monstruos del África, ni las innumerables artes mortíferas inventadas por los hombres; cuando se levantaban patibulos en todas las plazas y calles, viéndose por dó quiera los cadáveres de los mártires. ¿Quién será capaz, no digo de explicar ni ensalzar, sino de imaginar simplemente la grandeza de alma de tal héroe? ¿Pudo ninguna pasión, entre tantas como balagan y dominan el corazón humano, subyugarle? Si en otra cualquieira persona, aunque sea de baja estirpe y escasa fortuna, estos solos hechos bastarian á elevarla muy alto, y á dar una elocuente prueba de una virtud que excede los límites de lo ordinario... ¿á qué grado no se elevaria la virtud de Hipólito? Recordad las eminentes dignidades que poseía: la prefectura de las milicias y el vicariato de Roma eran las supremas plazas; y de ahí se puede inferir la elevada posicion de nuestro héroe y las muchas rentas de que disponia; agregándose á todo eso su privanza con el César, el cual le distinguia de todos los demás privados suyos.

Atendido su nacimiento y educacion, Hipólito se hallaba ciertamente tan expuesto como el que más á experimentar los insultos, la bfa é ignominia de los vituperios del pueblo; sin embargo, para guardar inviolable la fé quiso exponerse á ellos. Elevado ya á empleos notables, y en camino para adquirir otros mayores, renuncio á todos ellos por la misma causa. Nacido y criado en la mayor abundancia y regalo, antepuso los inapreciables tesoros de la otra vida, de que le hablaba Lorenzo, á todos los bienes terrenales. Tratado con parcial benignidad por Valeriano, y seguro de que poseía su afecto y su gracia, se decidió á arrostrar el odio y el furor del emperador, el cual tenía siempre prontos el hierro, el fuego y cuantos martirios inventára la barbarie. Luego, ¿no será verdadera grandeza de alma la de

Hipólito, cuando siendo observada ó vista por sus deudos y domésticos, no tan sólo llamó á éstos de asombro y maravilla, sino que queriéndole imitar se sintieron con deseos de recibir el bautismo? Si, grandeza de alma, que no nace de trabajos ni prolijos estudios, sino que es don de un espíritu que todo lo puede: don que recibió Hipólito apenas puso la planta en la divina escuela del Evangelio; grandeza de alma, de la que es excusado buscar en el paganismo un ejemplar, porque no se hallaría. Condena, pues, el pagano al silencio la mentirosa Grecia, que llenó la historia con tantas fábulas para exaltar á su héroe, porque, á despecho suyo, el nuestro sobrepujo con efecuentes hechos las artificiosas hipérbols de la imaginación.

Empero no basta, amados oyentes, humillar la soberbia de los infieles con la grandeza de alma que les demostró Hipólito, despreciando los bienes que más se desean. Para coronar el designio formado por Dios, era necesario, además, humillar la arrogancia que aquéllos tomaban de la supuesta fortaleza de sus héroes.

Llega á noticia del incuro emperador Valeriano, que el caballero prefecto de las milicias imperiales, vicario de Roma y favorito suyo, condenando el culto de los dioses, y á pesar de los edictos vigentes, profesaba la religion cristiana... Pero ¿cómo era posible que estuviese oculto el completo cambio de Hipólito, si apenas acababa de recibir el agua de eterna salud, se aiente animado su corazón de invencible valor y fortaleza, y proclama públicamente su nueva fe?

Véle como arroja lejos de sí con el mayor desdén sus espléndidos vestidos, no ménos que las condecoraciones de sus empleos, para cubrirse con un sencillo manto blanco, divisa del neófito cristiano, con el cual se presenta en público. Efectivamente; á la vista de Hipólito un estupor general se apodera de la multitud que le estaba contemplando, percibiéndose al cabo de poco rato un rumor, que indicaba claramente, la compasion é interés que despertaba en todos la pérdida segura de un ciudadano tan apreciable y querido de todos. Mirad como se dirige con paso firme hacia donde el glorioso Levita, que lo regeneró para Jesucristo, pronto va á ser extendido sobre la ardiente parrilla, quiere darle lecciones de perfectísimo ejemplo del mártirio, que también con profético vaticinio le anunciará. Viendo Hipólito semejante cuadro, se lee en su rostro la sensacion de alta piedad y el deseo que domina en su alma de cunlar al glorioso S. Lorenzo. Segúidle mientras vá acompañado al sacerdote Justino, profundiéndole los últimos auxilios de la Religion, y dando luego sepultura á los preciosos restos del santo mártir Lorenzo, sin poder apartarse de aquella sagrada huera, que riega con su llanto, tributándole culto

y oraciones; y presenciando luego, más con el espíritu que con el cuerpo, el sacrificio augustísimo; miradle con que uncion evangelica recibe de manos del sacerdote Justino, celebrante, parte de la sagrada forma, que, segun costumbre de la Iglesia en aquella época, debia llevar consigo. Acompañadle, por último, al regreso á su palacio, cuando junta á sus domésticos y familiares, rousorios suyos ya en la fe, y vereis á nuestro Santo como, dando primero á cada uno el ósculo de paz, reparte entre todos y toma él mismo el sagrado alimento espiritual. Prevención sabia, que quiso cumplir ántes de encaminarse á repeler el choque de los enemigos de Jesucristo, para poder mostrarse en virtud de la divina gracia regocijadamente pródigo de su vida, y conquistar por el mismo medio la invencible firmeza de espíritu que infunde en el alma el divino Pan de la fortaleza. Que vengan, decía, animado y fortalecido con el divino Sacramento, que vengan y me asallen los ministros de la impiedad, pues no les temo; y si tardan iré yo mismo en busca suya... Pero no tardarán... ya empiezo á oirse un ruido de pisadas de caballos y un estridor de armas y cadenas, que se vá sintiendo cada vez más próximo, indicando claramente, que están cerca los soldados de Valeriano. Llegan efectivamente éstos; y aunque al pronto la costumbre de respetar al capitán los detiene, esto no obstante, cargan á nuestro héroe de cadenas, y le conducen preso al palacio del emperador.

Marcha, bisoño, pero por tu valor soldado veterano de Jesucristo; marcha á ofrecer pruebas heroicas é inmortales de tu valor y fortaleza. Valeriano, encendido de furor, espera á nuestro Santo... y no tardó mucho en ver delante de sí á Hipólito. Valeriano clava la vista en él, y con adusto ceño le dice: ¿Qué significa, Hipólito, esa blanca túnica que te cubre? ¿tan poco valen para tí las dignidades con que quise honrarte, que te avergüenzas de presentarte ante el público cubierto con las insignias de ellas? ¿ú olvidándote acaso de lo que debes á tu estirpe, siendo ingrato á mis mercedes y despreciando mis órdenes, te has rebelado contra los dioses del imperio y has profesado la magia de los cristianos, arrastrado acaso por aquel Lorenzo, á quien de nada sirvieron sus encantamientos ni sus prestigios? Tu peisa y empeño en darle sepultura me corroboran mis sospechas.

Yo estoy reconocido á tus favores, contesta Hipólito; pero debo estar mucho más agradecido á los dones que he recibido del Cielo. Acato tus insignias; pero debo acatar y honrar mucho más las insignias de otra milicia más elevada. Detesto los encantamientos y magias, lo mismo que á los insensibles metales y á los mármoles

que Roma incienso y adora, pues no son otra cosa sino obras del demonio. No lastimes la gloria y el nombre de Lorenzo, pues fué éste un invicto mártir; y por lo que á mí toca, bas de saber, que soy cristiano. No hierve con tanta fuerza el agua que salpicada cae sobre un hierro candente, como estábó furiosa la ira de Valeriano; y para darle algun desahogo mandó inmediatamente, que un verdugo aplastase con una enorme piedra la santa boca que tan fiel y heroicamente confesaba al verdadero Dios. El fuerte atleta hace la primera prueba de mansedumbre en los padecimientos, y en la befa que los mártires padecían por confesar el nombre de Jesucristo, y su ensangrentada y mutilada boca no es un obstáculo para continuar confesándolo. Enfurecido de nuevo el tirano, y ordena que los verdugos, armados de nudosas varas, magüllen á fuerza de durísimos golpes todos los miembros del Santo hasta dejarlo sin sentidos. Adelántanse los sazones con ceño feroz; y arrojado á Hipólito al suelo se preparan para dar comienzo á su temible tarea, y al efecto descargan sobre su cuerpo innumerales azotes. Empero Hipólito resiste tan horrorosa tempestad; y en medio de tan gran cúmulo de angustias y dolores en sus miembros, manifiesta tanta entereza y firmeza en sus palabras, que no parece sino que el que sufra tan acerbos tormentos es otro hombre diferente del que habla.

Comprende Valeriano, que sería tarea inútil el probar de vencer á Hipólito con nuevos tormentos, y piensa por lo tanto valerse de halagos. Manda, en su consecuencia, que despojen á Hipólito de su túnica blanca, y haciéndolo vestir con su primitivo traje é insignias de prefecto de milicias, empuña el emperador su palabra de que elevaría á Hipólito á mayores dignidades y empleos, diciendo esto con tono alegre y festivo; añadiendo, que si volvía á adorar á los dioses de Roma le tomaría bajo su gracia particular. Apenas puede el Santo contenerse y escuchar al emperador. Por su orden, le responde, que me ha despojado de la túnica de los cristianos; pero ¿quién es capaz, quién podrá arrebatarme á Jesucristo del corazón? Seguramente que no serán los despreciables bienes que me ofrece, pues otros honores y otros cambales me prepara Dios. Turbado el tirano en vista de tal respuesta, llama á un prefecto, y deja á su arbitrio que condene á Hipólito al suplicio que más le plazca, si no puede conseguir el reducirle, y se marcha burlado y blasfemando de un Dios que no conoce. Pero ¡qué justo y terrible en sus venganzas es aquel Dios! No lo olvidará el tirano cuando lleguo el día que, cargado de cadenas, servirá su cuerpo de escabel á la soberbia planta del rey de Persia. El sustituido ministro, que era tan cruel como avaro, pensó en adqui-

rir inmediatamente las riquezas de Hipólito, y para ello se encaminó al palacio, y penetrando en él, ve con grande admiración que toda la familia de Hipólito le recibe vestida de blanco protestando ser cristiana. Domina, sin embargo, el ministro su sorpresa; y rebragando por un instante su avidez y rapina, pone en planta el medio de tener armas suficientes para asaltar la inexpugnable fortaleza del Santo. Efectivamente: dá orden para que cargados de cadenas sean presentados á Hipólito sus parientes y domésticos; y que si no se rinde, sean todos martirizados y muertos en su presencia. ¡Horrible cuadro! Éran entre todos diez y nueve personas de ambos sexos y de distintas edades; había entre ellas jóvenes, doncellas y ancianos... Hipólito contempla la destrucción de su familia tranquilo... ve caer á sus pies á sus caros parientes y domésticos, lo mismo que á su nodriza Concordia, que espira á fuerza de palos. Hipólito mira todo esto imposible, y lejos de titubear en su propósito, anima y consuela á todos, y en cada uno resiste, combate y triunfa.

Enfurecido el prefecto al ver burlados sus proyectos, y penetrado de que no podría rendir la inexpugnable fortaleza de nuestro héroe, estudia en su interior, é impulsado por su natural ferocidad, reflexiona á qué género de suplicio deberá condenar á Hipólito. El mismo nombre del Santo inspira al monstruo un pensamiento cruel, y quiere dar al Hipólito de Roma una muerte igual á la que sufrió el Hipólito de Grecia. Si, efectivamente, se proveyeran ambos suplicios; pero únicamente en el destrozo del feágil y mortal cuerpo; pues por lo demás, la muerte de nuestro Hipólito se diferencia de la del otro idolatra, en que no fué inesperada sino prevista, no necesaria sino libre, y evitable con una sencilla demostracion que hiciese de cambiar de creencia. Esta si que es verdadera fortaleza, resistir al choque de tantos y tan espantosos males. Se junta *extramuros* de Roma un inmenso gentío para presenciar la ejecucion. Por la calle principal que conduce á Tivoli hay un tortuoso sendero, árido y quebrado, cubierto de secos y cortades cantos, donde abundan las espinas y silvestres punzantes cardos, y lleno de zarzas, que extienden y cruzan el camino con sus rímas. Esto no es ponderar sino intentar describir el camino estrecho, tóctoso y cubierto de espinas por el cual subió al Cielo Hipólito. Yace éste tendido y desnudo sobre aquel duro suelo, mientras los verdugos le atan una gruesa cuerda á uno de los pies, atando fuertemente el otro á un tronco de dos furiosos caballos, tan briosos, que ágenas les es dado sujetarlos. El fuertísimo atleta, el heroico mártir, armado con la señal de su fe, invoca al sacratísimo nombre de Jesucristo fijando la vista en el

Cielo, y con ardientes plegarias anhela llegue el instante de empezar á recorrer su carrera. Llegó el momento: los verdugos sueltan los inquietos caballos, los cuales se lanzan á la carrera; encalla el cuerpo del Santo en las piedras y zarzales; y sintiéndose las bríasas bestias detenidas, se irritan más y más, y sin dirección fija corren desahoradamente. ¿Quién es capaz de recordar sin horror el lastimoso estado en que tan cruel martirio pondría el cuerpo de Hipólito? Las espinas y las piedras estaban enrojecidas con su sangre, sus cabellos quedaron envueltos en los zarzales; y aquí y allí se veían trozos de carne!... Todas las conjunturas estaban dislocadas; rotas, y los nervios magullados, los huesos quebrantados, las vísceras extendidas, y la sagrada cabeza!... Emporo, ¿á qué detenernos en describir cuando tan horroroso, cuando reclama nuestros más gratos y alegres pensamientos su espíritu inmortal, que rodeado de ángeles cruza triunfante el firmamento, y vuela á recibir la inmortal corona que el Cielo tiene preparada para los esforzados héroes de la fé!

Una prodigiosa y vivificadora virtud pareció transmitirse á las cenizas del santo mártir; según la opinion más acreditada, puesto que trasladadas águellas á Paris y colocadas en el templo de S. Dionisio, en ocasión que una peste terrible cundió por toda la Francia, la preservaron de la muerte que tan de cerca amenazaba á todo el reino.

En la peligrosísima navegación del fluctuante siglo, dirigidos á Hipólito, hermanos míos, y cual en estrella amiga, fijad en él vuestra vista para no olvidar sus grandes virtudes; porque no podréis prometeros guía más segura, ni asistencia más eficaz para vuestras necesidades, ni más vigorosa defensa para los peligrosos é inestables acontecimientos de la vida. De esta manera, la gloria que tribuáis á Hipólito, reanimando sin cesar vuestra esperanza y vuestra fé, é inflamándoos en el deseo de querer seguir sus sagradas huellas, será fecunda en inmarcescibles frutos; diferenciándose de aquella gloria que tribuaban los infieles á sus falsos héroes, pues ésta les hacia cada día más ciegos y desgraciados. Para rofrenar el orgullo que infundía á los paganos la memoria de su pretendido héroe, el griego Hipólito, la Iglesia de Jesucristo presentó al paganismo, en el santo mártir Hipólito, un sublime héroe de excelsa grandeza de alma en el desprecio de las más deseadas riquezas, un héroe de maravillosa fortaleza para resistir los peligros más formidables, y un héroe, finalmente, que se hizo digno de ceñir la corona de gloria inmortal que os deseo á todos.

PANEGÍRICO I

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.

*Te gloriam mensa creavi cum.
Yo te he criado para mi gloria.*

(ISAÍ. XLIII, 7.)

No es de la boca de Isaías de donde tomo estas palabras; es del seno mismo de Dios, en donde el Verbo, su palabra sustancial é increada, al ver los siglos todos presentes en el día de su eternidad, y pasar sucesivamente las generaciones sin cuento de los hijos de Adán, distingue á Ignacio, y marcándole en su frente pronuncia: «Yo te he criado para mi gloria.» Jamás ha podido encarrarse en ménos palabras un elogio tan grandioso, y cuando Dios mismo es el panegirista, ¿qué puede añadir el hombre? Léjos, pues, de aquí ese gusto frívolo del siglo, que no se saborea sino con las pomposas frases de la oratoria; léjos de aquí esa avidez, con que un mundo profano viene á recoger al pie de tan venerable cátedra algunas flores de estilo; flores efímeras, que heridas de maldición se secan en el momento mismo que las va hacer. Y si en toda ocasión y sobre cualquier asunto es una especie de sacrilegio, quemar en el templo del Dios vivo algunos granos de incienso ante el ídolo de la vanidad; ¿qué atentado no sería en un día tan solemne, consagrado á refrescar la memoria de ese hombre extraordinario, que no respiró sino la gloria del Señor, pensar en otra cosa que en imitarle, rindiéndole un homenaje semejante á ese Dios, que quiere singularmente ser llamado el Dios de la gloria? Tal es el interesante objeto que me trae á este lugar. Yo no vengo á entreteneros, sino á edificaros; no vengo á repetir oídos académicos con armoniosas cláusulas, sino á gustar con los justos y con los predestinados el aroma celestial que Ignacio exhala y con que embalsama la Iglesia entera; vengo, y hé aquí el plan de mi discurso; á mostráros á Ignacio, dando á Dios, desde el instante de su

Cielo, y con ardientes plegarias anhela llegue el instante de empezar á recorrer su carrera. Llegó el momento: los verdugos sueltan los inquietos caballos, los cuales se lanzan á la carrera; encalla el cuerpo del Santo en las piedras y zarzales; y sintiéndose las bríasas bestias detenidas, se irritan más y más, y sin dirección fija corren desahoradamente. ¿Quién es capaz de recordar sin horror el lastimoso estado en que tan cruel martirio pondría el cuerpo de Hipólito? Las espinas y las piedras estaban enrojecidas con su sangre, sus cabellos quedaron envueltos en los zarzales; y aquí y allí se veían trozos de carne!... Todas las conjunturas estaban dislocadas; rotas, y los nervios magallados, los huesos quebrantados, las vísceras extendidas, y la sagrada cabeza!... Emporo, ¿á qué detenernos en describir cuando tan horroroso, cuando reclama nuestros más gratos y alegres pensamientos su espíritu inmortal, que rodeado de ángeles cruza triunfante el firmamento, y vuela á recibir la inmortal corona que el Cielo tiene preparada para los esforzados héroes de la fé!

Una prodigiosa y vivificadora virtud pareció transmitirse á las cenizas del santo mártir; según la opinion más acreditada, puesto que trasladadas ágnellas á Paris y colocadas en el templo de S. Dionisio, en ocasión que una peste terrible cundió por toda la Francia, la preservaron de la muerte que tan de cerca amenazaba á todo el reino.

En la peligrosísima navegación del fluctuante siglo, dirigidos á Hipólito, hermanos míos, y cual en estrella amiga, fijad en él vuestra vista para no olvidar sus grandes virtudes; porque no podréis prometeros guía más segura, ni asistencia más eficaz para vuestras necesidades, ni más vigorosa defensa para los peligrosos é inestables acontecimientos de la vida. De esta manera, la gloria que tribuáis á Hipólito, reanimando sin cesar vuestra esperanza y vuestra fé, é inflamándoos en el deseo de querer seguir sus sagradas huellas, será fecunda en inmarcescibles frutos; diferenciándose de aquella gloria que tribuaban los infieles á sus falsos héroes, pues ésta les hacia cada día más ciegos y desgraciados. Para rofrenar el orgullo que infundía á los paganos la memoria de su pretendido héroe, el griego Hipólito, la Iglesia de Jesucristo presentó al paganismo, en el santo mártir Hipólito, un sublime héroe de excelsa grandeza de alma, en el desprecio de las más deseadas riquezas, un héroe de maravillosa fortaleza para resistir los peligros más formidables, y un héroe, finalmente, que se hizo digno de ceñir la corona de gloria inmortal que os deseo á todos.

PANEGÍRICO I

DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.

*Te gloriam mensa creavi cum.
Yo te he criado para mi gloria.*

(ISAÍ. XLIII, 7.)

No es de la boca de Isaías de donde tomo estas palabras; es del seno mismo de Dios, en donde el Verbo, su palabra sustancial é increada, al ver los siglos todos presentes en el día de su eternidad, y pasar sucesivamente las generaciones sin cuento de los hijos de Adán, distingue á Ignacio, y marcándole en su frente pronuncia: «Yo te he criado para mi gloria.» Jamás ha podido encarrarse en ménos palabras un elogio tan grandioso, y cuando Dios mismo es el panegirista, ¿que puede añadir el hombre? Léjos, pues, de aquí ese gusto frívolo del siglo, que no se saborea sino con las pomposas frases de la oratoria; léjos de aquí esa avidez, con que un mundo profano viene á recoger al pie de tan venerable cátedra algunas flores de estilo; flores efímeras, que heridas de maldición se secan en el momento mismo que las va hacer. Y si en toda ocasión y sobre cualquier asunto es una especie de sacrilegio, quemar en el templo del Dios vivo algunos granos de incienso ante el ídolo de la vanidad; ¿qué atentado no sería en un día tan solemne, consagrado á refrescar la memoria de ese hombre extraordinario, que no respiró sino la gloria del Señor, pensar en otra cosa que en imitarle, rindiéndole un homenaje semejante á ese Dios, que quiere singularmente ser llamado el Dios de la gloria? Tal es el interesante objeto que me trae á este lugar. Yo no vengo á entreteneros, sino á edificaros; no vengo á repetir oídos académicos con armoniosas cláusulas, sino á gustar con los justos y con los predestinados el aroma celestial que Ignacio exhala y con que embalsama la Iglesia entera; vengo, y hé aquí el plan de mi discurso; á mostráros á Ignacio, dando á Dios, desde el instante de su

conversion, toda la gloria que podía darle una criatura mortal. Vengo a hacerlos ver á Ignacio, que no contento con honrar á Dios en su persona, se empeña en reconquistar al mundo de las manos del vicio y del error, santificarlo y obligarle á servir á la mayor gloria de su Dios.

Presentado su retrato desde estos dos puntos de vista, sin necesidad de darle facciones gigantescas ni de realzarle con mentidos colores, vosotros comprenderéis todo el heroísmo de virtud á que se elevó con la gracia, y os sentiréis movidos á besar la mano que lo hizo. Así, escrito con caracteres de luz el nombre de Ignacio, atraviesa y atravesará de generación en generación inflamando todos los pechos cristianos, y recogiendo las bendiciones sin número que le tributan á porfia todos los amantes de Jesús; y acreditado hasta la consumación de los tiempos la verdad de esas inérgicas palabras, que presidieron á su nacimiento, que fueron el timbre de su vida, que hermosean su busto, y que hacen hoy todo su panegírico: «Para mi gloria le he criado, le he formado, le he hecho.» ¡Virgen purísima! envíad á mi alma una cenella de ese fuego sagrado que ardió en el pecho de Ignacio, para que mi lengua y mi vida, sean consagradas á la sola gloria de nuestro Dios: A. M.

Aunque he dicho que Ignacio, desde el momento de su conversión, dió á Dios nuestro Señor toda la gloria que una criatura mortal podía darle, no es mi ánimo menguar el brillo de esas eminentes lumbreras, que de edad en edad han encendido el soplo del Señor, y están colocadas en el firmamento de su Iglesia para lucir durante la noche de la vida presente. Tampoco pienso colocar al héroe que celebramos en una categoría aparte, y mucho menos sobreponerlo al resto de los predestinados. Lejos de mí la necia temeridad, de querer tomar con audaces manos la balanza en que se pesan los escogidos, y que solo puede sostener el Todopoderoso. Y no necesito de aventurar hipótesis para probar las proposiciones que llevo avanzadas: basta estar una ojeada reflexiva sobre Ignacio y su siglo; los hechos por sí solos hablarán. Con efecto: ábrense una grande y luminosa época al principio el siglo XVI, cuando para desolar el reino de Cristo, encuentra el Infierno un hombre dotado de las cualidades más propias para servirle de instrumento. Un génio ardiente, una erudición no común, una alta reputación, y lo que es más, un orgullo indomable, á quien ni la vista de los más desastrosos precipicios, ni la punta viva de los recordamientos, ni los prodigios del Cielo eran capaces de arredrar; tal es Lutero. Los pueblos se precipitan en el error á la voz de este

profeta de mentira, con tanta facilidad como la débil arista es llevada al soplo de los vientos. El evoca las ominosas sombras de tantas y tan antiguos herejes, que yacían en el polvo del olvido, y por un prestigio inconcebible, se reaniman, y á su palabra recobran cuerpo y vida. Ellas conmueven hasta en sus más sólidos cimientos el mundo moral con una agitación nunca vista. ¿Quién podría, ¡oh Dios mío! un dique á ese aluvion de vicios, de errores y de sangre, que arrastra á la Alemania, la Suiza, Dinamarca, Inglaterra y Francia, y que amenaza tragarse el mundo entero? ¿Dónde están vuestras antiguas misericordias? ¿Qué se han hecho vuestras eternas promesas?

Iglesia mía, nada temas: mira á ese jóven español, el último de tus hijos, ese será tu consolador: él no te conoce aún, y tú le has visto apenas al pasar sobre la fuente del bautismo. En el lujo y la molice de la corte ha consumido la estación más preciosa de la vida; una sed insaciable de gloria le ha arrojado entre el estruendo de los combates. Obsérvalo entre dos bravos ejércitos; sus miradas centellantes animan á los suyos, asombran á los enemigos. Sobre la brecha abierta en la ciudadela de Pamplona, con espada en mano cubre al español, contiene el ímpetu del intrépido francés, cae al golpe de una bala y se decide la victoria. Siguele al castillo de Loyola: sus agudos dolores no le recuerdan que es cristiano; la sombra de la muerte rodea su pecho y no le intimida; los últimos sacramentos no le cambian. Para disipar el fastidio que le aqueja en su convalecencia, pide un libro: no hay otro que ponerle en las manos sino la Historia de los Santos. Ignacio toma y lee; á medida que sus ojos recorren con desdén esos caracteres muertos, una mano invisible decláma en su interior gémenes vitales; su grande alma despierta; pero despierta para sentir en su fondo todos los horrores del más récio combate. Sus audaces ilusiones se chocan con sus nuevas luces; tropas de pensamientos contra pensamientos se encarnizan; á la perspectiva lisonjera de una hermosa vida que su juventud le promete, salta de frente la imagen aterradora de una muerte, siempre inevitable, que todo lo desvanece: á los hedizos de un amor profano, que largo tiempo le cautiva, acomete una eterna belleza, que pasa ánto sus ojos pillándole el corazón. ¿Qué congojas, qué angustias, qué perplejidades! Ignacio se revuelca y se agita entre las manos del tiempo que le detiene con el embudo de sus pompas, y la eternidad que le llama con sus infatigables delicias. Jesús vibra un dardo inflamado, y este nuevo Santo cae á sus pies, herido de luz y de amor.

Sanitario célebre de Monserrat! hácia ti corre en busca de otro Ananias este vaso de elección. Postrado ya al pié de un tribunal don-

de preside la misericordia, después de haber repasado sus días tenebrosos en la amargura de su alma, del más hondo dolor brotan pecados y pecados y más pecados; pero pecados hantizados por un diluvio de lágrimas. Al cén de las pasiones sucede la tranquilidad del orden; nuevos pensamientos, sentimientos nuevos y un no sé qué de divino, que en lo más íntimo da saltos de alegría, anuncia el feto de la gracia. Recibe, ¡oh abogada de los pecadores, dulcísima María! recibe las amorosas expresiones con que os explica su devoción y ternura este hijo de preilección eterna. Retornará como la turba de los penitentes, á cultivar virtudes cómodas en el seno plácido de su familia? ¿Acá á deslucirse de su patrimonio, y depositar el precio en manos de los pobres, según el consejo del Salvador, para caminar expedito en las sendas de la perfección? Contempladle al salir de Monserrát.

Encuentra en el camino que conduce á Manresa un mendigo; se despoja de sus vestidos, y recibe en cambio unos harapos. Vistese de este nuevo hábito, ciñese con la cuerda de la más singular pobreza; y sin otros testigos que su propósito, entra á practicar bajo las ojos de Dios un noviciado, cuya sola idea horroriza nuestra delicadeza. Sin permitirse dar á los suyos el último adiós, renuncia para siempre á su paternal, y se lanza desumido en el mundo para gustar toda suerte de privaciones, y vivir según la frase del Evangelio, á manera de las aves del cielo. El cortesano, el valiente, el hidalgo Ignacio ha desaparecido bajo unos andrajos, y no queda en su lugar sino un mendigo, puesto á los pies de todas las clases de la sociedad.

Con este espíritu, para mendigar de puerta en puerta un mendrugo de pan, entra en la ciudad de Manresa. Su barba crecida, su cabello desgreñado hacen, que se le señale con el dedo por dó quiera que vá. Al exterioridades ridículas, compañeras inseparables de una extrema indigencia, remen en torno de él un ruín populacho, que se complacé en hacerle el blanco de la irrisión y de la burla. ¡Oh alma sublime, comienza á llenar tu alto destino! El pastor cèlebre de Babilonia, que desguiraba los leones, cede al amor de la vida, y representa por salvarla el personal de un fátuo en el palacio del rey Athis; tú, que hacías temblar en los campos de batalla, quieres ser tratado como un demente por inmolár la vida delicadísima del orgullo. El cantor de Israel suelta el salterio, y vá á exponerse por el honor de su Dios á la tajante espada del más formidable filisteo; tú, por asociarte al humilde Dios de los cristianos, te desnudas de lo que eras, para poder recoger cada día en las calles públicas las heridas de la más sensible humillación. David, con la cabeza de Goliath en la mano, se

pasen ufano entre un tropel de aclamaciones; y tú, degollado con la cuchilla de la fe tu primera y más querida pasión, esa soberbia fatal, cabeza de todos los vicios, te bantas con la abyección y el silencio de la humildad. Ahora, si, que puedes decir á mejores títulos que el ray profeta: De todos los favores del Cielo y de todos los bienes de la tierra ¿qué es lo que me he reservado, Señor? Y de cuanto yo podía sacrificar, ¿qué es lo que no heva sacrificado por probar á la faz de la tierra y del Cielo, que nada estimo, nada busco, nada amo sino á Vos, oh Dios mio? ¿Leura sába de la cruz, tú has probado ya mi primera proposición. Embriaguez delica, el Cielo se complacé en contemplar tus escenas, y tú te deleitas en reproducirlas sobre la tierra. Mas continemos.

¿Cuál es la mansión que Ignacio escoge en Manresa? El hospital. ¡Contraste bello! Un mismo hombre, poco há honrado en el palacio de los reyes de Castilla, menospreciado ahora en el sinuoso palacio donde se albergan todas las miserias humanas; en otro tiempo no reposaban sus miradas sino sobre la púrpura y el cetro, ahora se sacian de dolores; en vez de esos respetos estudiados, suave incienso á los grandes del mundo, peón qué especie de culto besa las úlceras de un Dios doliente en sus miembros! Á las delicadezas de la cortesania mundana han sucedido las llamas de la caridad cristiana. Colocado á la cabecera del moribundo olvida el idioma de la vanidad, habla solo palabras de paz, infunde el óleo de la esperanza como el Samaritano en las fétidas llagas que habian abierto las pasiones. Acuérdate de lo que él ha sido, y entra en sociedad de angustias con el que agoniza, estiendo para sostener la cabeza que desfallece una mano compasiva, al mismo tiempo que el gemido íntimo de su caridad acompaña á esa pobre alma, que se despié de la tierra hasta la región de la eternidad. ¡Ah! ¿qué almizga de fragantes virtudes cultivaba Ignacio sobre un terreno pantanoso! ¿Qué de trabajos! ¿Qué de humillaciones! Mas entre tanto se apresura la Providencia á levantar una punta del velo que habia tejido la humildad. Un sordo murmullo se esperece en Manresa. Ese hombre, objeto del oprobio, se dicen los unos á los otros, es una persona de distinguido nacimiento, á quien el espíritu de penitencia ha disfrazado. El semblante de las cosas muda, y comienza á ser mirado Ignacio con veneración. Alarmado entónces como un criminal cogido infraganti, vuela á esconder su persona y su nombre.

Curva de Manresa, tú abrigaste á ese ilustre fugitivo; su presencia te dará eterna nombrada. Tú fuiste testigo de esa cruda guerra que el Cielo declara á tu más intrépido conquistador. Si, el pecho de doble manaba antes la leche de las más dulces consolaciones, se seca:

el maná cosa de llover para este fiel israelita en el desierto; la columna de luz desaparece; la nube protectora no le defiende ya; la vara milagrosa ha perdido su virtud; un ejército de escrupulos, de incertidumbres, de dudas, más feroz que el de los amalectitas, cierra el paso á la tierra de promisión; una negra melancolía, semejante á esos perdidos exploradores, pone á Ignacio al borde de la más angustiosa desesperación. Vencer ó morir es el grito de guerra con que se alimenta este impertérrito soldado. ¡ Ah! días vacíos de todo consuelo, pero llenos de sangre vertida al golpe de cruentas bagelaciones; noches trabajosas como las de que se quejaba Job, pasadas en las vigilijs del espanto; sin otra compañía que un medroso silencio; prolongados gemidos sin encontrar un corazón amigo que los reciba; desfallecimiento mortal después de semanas sin probar una migaja de pan; cadenas de hierro.... Basta, trémate, Ignacio; el Cielo se confiesa vencido; en tu flaqueza has hallado el secreto de la fuerza; arrebatado como Pablo penetras ya en las potencias de Dios; oyes palabras que no es dado al hombre hablar; el astro del día que te vió misero pecador en Monserrat, aún no ha completado el curso anual de su órbita, cuando ya te ve con asombro transformado en un santuario radioso en medio de los éxtasis, los raptos y la más alta contemplación. Mundo profano, á quien no es dado gustar las realidades del Cielo, cúbrio en el país de las ilusiones, no quieres creer ahora sino lo que ves; un día vendrá, en que serás condenado á ver lo que no quisiste creer. Mundo animal, calla y pega tu inmundicia boca con el poltro; adora, y adorando llora, en tanto que yo, después de haber mostrado á Ignacio desde el momento mismo de su conversión, dando á Dios toda la gloria que una criatura mortal podía darle, paso á presentarle empeñado en santificar al universo entero para hacerle servir á la mayor gloria de su Dios.

Quando Jeremías vió cumplidas las amenazas de que habia sido el mismo el profeta; cuando vió yerma y solitaria la ciudad privilegiada; reducido á pasas su Templo maravilloso, degollado en sus plazas ó llevado en cautiverio el pueblo profético bajo la espada inexorable del rey de Babilonia, y un silencio sepulcral decretado sobre toda la faz de la Judea, soltando las riendas al dolor, suspira lamentaciones tan vivas y tan patéticas, que todavía se conservan empapadas de tristeza. Y cuando al descender de las alturas, ó más bien del Tercer Cielo á que habia sido transportado en Maorea, Ignacio extiende sus miradas sobre el semblante de la verdadera Jerusalén, esposa de Jesús, madre de los hijos de Dios, y la ve afcada toda al aspecto de tantas sillas episcopales desplomadas, de tantos millares

de vetustos templos, en donde humeaba la sangre siempre fresca del Cordeiro, trocados en sinagogas de Satanás; de tantas cátedras evangélicas desde donde fluían á torrentes la verdad y la vida, mudadas en cátedras de pestilencia; más angustiado mil veces que Jeremías, sacudidas sus entrañas de un inconsolable dolor, brotan rios de lágrimas de su corazón amante hecho ya un mar de amargura. ¡ Hasta cuándo, Dios mío, exclama Ignacio, tus entrañas paternas no se moverán? Humilla al soberbio, alegría á tu esposa, y haz sentir al mundo tu diestra por siempre victoriosa. Anda, le dice, el Señor como el rey de Persia á Nehemías, tú reedificarás los muros de Sion abatidos; anda, le dice como á Isaiás, tú eres mi siervo y en tí me gloriaré; por tí rellorearán los desiertos; tú consolarás á mi pueblo afligido; en tí se gozará mi Iglesia. A esta palabra Ignacio se reviste de fortaleza; es un hombre sin el carácter y la autoridad de que está investido el sacerdocio cristiano; con todo, no se excusa; no tiene la más débil tintura de las ciencias; sin embargo no alega como Jeremías que es un niño ó incapaz de hablar.

Hombres mundanos, venid á aprender lo que es una alma noble y elevada. Ved á Ignacio, que interrumpe su conversacion con los Cielos para arrastrarse en el polvo de la escuela. Ved á ese hombre, que habla el idioma de los ángeles, sometido á recibir lecciones de una lengua extranjera; ved sentado entre los niños al que lleva en su pecho la luz de las naciones. Las universidades de Alcalá, de Salamanca y de Paris le cuentan entre sus alumnos. Superior á todas las repugnancias de la naturaleza, levantado sobre todos los juicios de los hombres, siempre errante bajo la forma ruin de un mendigo; qué de fatigas, qué de disgustos para devarar las espigas de la gramática y penetrar en el laboratorio de la filosofía! Nueve años consumidos en desmontar el árido campo de las ciencias para un hombre, luego ya de la ciencia siempre excelente del espíritu divino, son quizá, en la asombrosa carrera de este varon singular, el más completo sacrificio.

Ejércitos acudillados bajo la bandera del interanismo, con la Biblia en una mano y el hierto en la otra, amenazan invadir la capital del imperio cristiano. Á este espectáculo el celo de Ignacio se inflama; y como si hubiera asistido al consejo de la eterna Sabiduría, ó tuviera ántes abierto el libro sellado de la predestinacion, escoge entre los miembros de la universidad de Paris para cooperadores de la obra que medita, los sujetos más distinguidos por su saber, y que descollaban más por la eminencia de sus talentos. Franquéales su corazón; descóbreles sus planes de guerra contra el imperio mons-

truso del vicio y del error; traza el árduo género de vida indispensable al soldado de un Dios crucificado; pinta los apuros de la ciudad santa, de la Iglesia madre, por todas partes asaltada; muestrales el peso inmenso de gloria reservada á los defensores de lo más noble causa del mundo, cual es la causa de Dios. Pedro Fabro, y Laynez, y Salmorón, y Rodríguez, y Bobadilla, y Francisco Javier le escuchan, y sienten que á cada palabra una saeta ardiente los atraviesa: sus corazones se mudan, echáase á sus pies para abrazarle como á su padre. Nace la Compañía de Jesús, la virtud del Allísimo la rodea con su sombra.

Paesta luego á los pies del trono pontificio, Paulo III, sentado sobre la emblema silla de Pedro, se congratara al vará. Recibela de las manos de Ignacio, adóglala sobre sus rodillas; y al imprimirle en la frente el sello augusto de la religión, sus entrañas se agitan, su alma engrandecé al Señor, y su espíritu se negocia en Dios su salvador. Tus presentimientos, oh padre de los fieles! cuando cretas tocar la mano destituída á empujar las lágrimas de la triste Raquel, no saldrán fallidos. Semejante á esa nube imperceptible, que se eleva del mar, pero que dentro de pocas horas, según la predicción de Elias, vá á extenderse, cubrir toda la atmósfera y deslaciarse en lluvia sobre Samaria espirante de sequia; así, sobre el horizonte de la Iglesia, aparece la Compañía de Jesús, pocaña por el número de sus socios. ¿Qué importa? cada uno vale por diez mil. En breve gruesos batallones hacen temblar al enemigo.

¡Oh Ignacio! Mi alma se extasia al contemplar la órbita inconmensurable que el dolo de tu ejemplo ha trazado á tus hijos incomparables. Al salir de la sombra de la culpa en Monserrat, apareciste como el sol después de una noche tempestuosa; de claridad en claridad, avanzaste en tu carrera derramando á torrentes la luz, el calor y la vida; al tocar en el océano de las inteligencias, tu disco se agranda y provoca las miradas del viajero. Abre tú también los ojos al despedirte, y ve, dilata tu corazón y sacíate de esa sólida, pura y suma gloria que has dado al Señor, quien para eso singularmente te crió. Abre tus ojos y ve osos cien colegios de religión y de ciencia, que como otras tantas plazas fuertes forman una cadena de diamante que ciñe la ciudad eterna, y la hace para siempre inexpugnable. Tu diestra, firmemente unida á la de Dios, es quien los ha plantificado. Abre los ojos, y ve diez mil guerreros diseminados en todo el orbe; siempre en acción y formados en cuadro, reconquistan ciudad es sobre ciudad, y conducen en su centro al pueblo escogido hasta la tierra de

promisión: tú eres el Josué, alma de todo: tu táctica los hace invencibles. Abre tus ojos, y ve desde las playas en donde muere el sol hasta las regiones lejanas donde nace: el jesuita sobre los escombros de la idolatría tremota el estandarte de la cruz.

Nosotros, pobres viajeros sobre la tierra, mis amados hermanos, abramos también los ojos, y aprendamos siquiera hoy en Ignacio, los secretos de la política del Cielo para confundir las maquinaciones del Infierno. Satanás, su príncipe, se gloriaba de haber lanzado en el mundo de lo interior de los claustris un monstruo de maldad; y Dios, del centro del mundo, entrocaca un mundano, y le hace un prodigio de santidad: el sacerdote alza bandera de rebelion contra los altares; el cortesano flamea el pabellon de la cruz para erigirlos á millares; el herésiarca abre el abismo y resucita las añejas herejias; el pedóto franquea los caminos del Cielo, y pisa con planta firme la hídra espantosa del error.

Ignacio, eres la niña de los ojos de Dios: quien te bendijere será bendito, y quien dijere mal de tí será maldito. Tu vida es el más acalorado panegirico de cuanto el Señor merece; y Dios, á su vez, por cada alma que le adquieres, pronuncia en el consistorio de sus santos este asombroso panegirico. Ved ahí á Ignacio: para mí gloria yo le crié, y para mí más grande gloria yo le formé, yo le hice. Este elogio se repetirá hasta el día último de los siglos, supuesto que tú no cesas, aunque triunfante en los Cielos, de conquistar en la tierra almas para Dios. Tu Compañía vive aún á fuerza de singulares prodigios; y cuando por un juicio terrible contra los hijos de los hombres ella hubiera de morir, ¿quién arrancará jamás del corazón de la Iglesia el libro de tus Ejercicios? ¡Libro inmortal! tú has producido en tres siglos más justos que arenas cubren las riberas del mar.

¡Oh Jesús! En este día de tu gloria y tus triunfos, inflámame con el fuego de tu caridad y amor; para que la memoria de tu siervo Ignacio, la historia de su vida, el recuerdo de sus virtudes exalte en nosotros un celo semejante al suyo, con el cual anhelemos á obrar, vivir y respirar solo por tu gloria, hasta que llegue el día en que, circun dando en nosotros tus dones, nos admitas á adorarte por toda la eternidad en el Cielo.

PANEGÍRICO II
DE SAN IGNACIO DE LOYOLA, FUNDADOR.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

*Natus sicut gloriam in Christo Jesu in
Deum.*

Todos mis trabajos y mis obras las re-
fero á Dios por Jesucristo.
(S. PABLO A LOS ROMANOS, XV, 17.)

Preciso es que, á pesar de mi limitada capacidad, os hablé hoy del esclarecido san Ignacio de Loyola; de este prodigio de su siglo, de este blanco de la contradicción de todos tiempos; de este hombre admirable, buscado con ansia por los grandes y poderosos del mundo, y perseguido, acusado, encarcelado como sospechoso y como hereje por los que estaban encargados de procurar y sostener la pureza de la fe; de este hombre, que, aún en nuestros días, es el objeto de las alabanzas y bendiciones de unos, y contra quien se vomitan las más repugnantes imputuras y calumnias por otros; de este Santo, cuyo espíritu vive en sus hijos, y unas veces son buscados con ansia por los pueblos y naciones como útiles y provechosos, y otras repelidos con ignominia y violencia como peligrosos, perjudiciales y trastornadores.

No intento ocuparme en refutar tantas injurias, y poner de manifiesto la mala fe, la falsedad y la malicia de los que en todos tiempos, y mucho más en nuestro siglo, han desenfundado sus lenguas y manchado sus pestilenciales escritos con declamaciones alarmantes contra el recomendable fundador de la Compañía de Jesús. ¿Qué digo, hermanos míos? Rotundas y reducidas al polvo quedan todas, si, según el plan á que me he propuesto reducir su elogio os manifestaré: que en esos hechos admirables que forman el tejido de su vida; en esas conversiones tan célebres y ruidosas; en ese plan tan combinado para conservar y extender por todo el mundo la religión de Jesucristo; en ese esmero tan exquisito en apoderarse de la educación de la juventud y de enjugar las lágrimas de todo género de

cara conversión, no tuvo otro fin, ni se propuso otro objeto que la mayor gloria de Dios y honor de Jesucristo; que no buscó ni pretendió sus intereses ni su gloria, sino los de Jesucristo; que puede muy bien decir como san Pablo: *Mis trabajos y mis obras las refero á Dios por Jesucristo.*

¿Qué más es necesario para que el mundo todo conozca el mérito de nuestro santo patrono y la malignidad de sus calumniadores? Á la verdad, si sus trabajos hubieran sido dirigidos por la política y prudencia terrena; si en ellos se hubieran ocultado planes y miras de una ambición mundana; si se hubiese propuesto su interés ó su propia gloria, el mundo ensalzaria su sagacidad y sus talentos; pero nada tendría que alabar en él la religión, ni resonaría su nombre con tanto honor en nuestros templos. Pero, no habiendo obrado sino por Jesucristo y para Jesucristo, no habiendo procurado ni habiéndose propuesto otros fines que al mismo Jesucristo, ¿qué le falta para que lo consideremos como á un celoso apóstol?

¿Y bajo qué punto de vista más útil puedo yo proponéroslo, y qué más conveniente que excitaros á que en vuestros destinos y ejercicios, sean los que fueran, le imitéis en ordenar todas vuestras obras á honra y gloria de Jesucristo? ¿Qué más necesitaríamos todos para ser justos y santos? Falta que yo acierte á desempeñar el asunto que me he propuesto: pidámos los auxilios del Señor por la intercesión de su santísima Madre. A. M.

Lo he dicho y lo repito, hermanos míos, porque así nos los enseñó nuestra religión: que las obras más grandes y extraordinarias, las empresas más ruidosas nada son y de nada valen en orden á la vida eterna, si no se dirigen á la gloria de Dios, si en ellas nos proponemos otro objeto que el de servir y agradar á Jesucristo. No hagamos caudal, según esto, del nuestro nacimiento y distinguida nobleza de san Ignacio, de los bienes de fortuna de su casa, de su bella disposición y excelentes dones naturales, de su gracia con el Rey católico, de su intrepidez y valor en las armas. ¿De qué sirvieron los primeros treinta años de su vida sino para recordarnos después al Señor en medio de la amargura de su alma? En su gentileza, en su favor, en su intrapidez y arrojo militar; en su fortuna y ambición de gloria humana; ¿qué tendría que reconocer por suyo ni alabar la religión, ni qué nos quedaría de su memoria? El mundo mismo á quien se consagraba, ¿no hubiera olvidado ya después de tres siglos sus hazañas y su nombre, y no se hubiera sepultado todo con él, necesitados; que en todas sus obras y empresas, después de su sin-

cómo sucede con las glorias de los grandes héroes que le precocitaron y de los que han venido mucho después?

En la defensa de Pamplona fué herido en una pierna, y trasladado á su casa, estuvo muy próximo á morir. Quería el Señor traer para sí á esta grande alma y hacerse de Ignacio un vaso de elección, que llevase su nombre por todas las naciones; y en sus adorables consejos dispuso derribarle en medio de su carrera como á Saulo, cuando más lleno estaba de ideas de mundo y de ambición, de los honores y distinciones de la tierra. No fué suficiente para despertarle y sacarle de su apego al mundo la enfermedad que sufrió. Quedóse dormido un día; y apareciéndosele el apóstol san Pedro, le tocó con la mano y le curó; pero ni aún este milagro movió su corazón. Vos, Señor, seguíais muy de cerca á esta oveja descarriada, y os propusisteis fatigarla y rendirla, para que entrase con más docilidad en las sendas de los pastos saludables y no saliese de ellas jamás. Mirabais la lucha de su corazón y quisisteis triunfar, y no triunfabais el triunfo sino para que fuese más completo. Obligado á guardar la cama por algunos días todavía, pidió algunos libros para entretenerse con su lectura. Comenzó á leer por diversion la Historia de Jesucristo y de los Santos, porque no se halló otra en la casa, ni pudo satisfacer su deseo de leer romances ó algunas historias fabulosas. Continúo leyendo con gusto, y se estremeció comparando aquellas vidas con la suya. Comenció muy pronto; que solo Dios debe ser el objeto de todos nuestros deseos; que el mundo puede aflucarnos y llenarnos de ilusiones, pero no satisfacernos, ni llenar el vacío inmenso de nuestro corazón, que solo puede llenar el mismo Dios. El Señor le ilustró y fortaleció con sus gracias; y sus pensamientos, sus esperanzas, sus deseos, su corazón fué felizmente trastornado. Todos aquellos grandes proyectos de fortuna, de aventajarse á otros, de orgullo, altivez é independencia; aquellas locas ideas de una gloria y ambición falsa y mundana; desaparecieron; y entrando en sí mismo se conoció tal como era en la presencia de Dios. Se avergüenza de su vida pasada, y no reconoce por grande otra cosa que el agrandar á Dios; y para esto se vuelve á Él con toda sinceridad, y emprende las más rigurosas penitencias; penitencias severas, y que le duran tanto cuanto le dura la vida.

Sin miramiento á los respetos humanos; sin dar oídos á la prudencia terrena, que siempre halla medios para acomodarnos con Dios y con el mundo; sin temor á las burlas que pudiera sufrir de los mismos amigos; se resuelve con prontitud á convertirse á su Dios; y ya no oye otra voz, ni otras inspiraciones que las de su Dios. Abandona

sus vestidos, se ciñe de un cilicio y una cadena de hierro, se cubre de un saco, se hace despreciable en su persona, sufre sin quejarse los ultrajes de los disolutos, ayuna todos los días, castiga rigurosamente su cuerpo que habia servido al pecado, é inventa medios para afligirle y reducirle á servidumbre. Se priva del sueño, se ocupa en la oracion, sirve á los enfermos en los hospitales, mundicia de puerta en puerta su sustento. Emprende un viaje á Monserrat á implorar la poderosa proteccion de Maria santísima; allí confiesa todos los pecados de su vida, y teme el confesor que quede muerto á sus piés por la fuerza de su dolor y arrepentimiento; y se vió en tanto trabajo para enjugar las lágrimas de su penitente, como solemos vernos con los muchos que llegan á nuestros piés para arrancarlas de sus ojos. Sin más equipaje que un saco, un báculo y los cilicios que ciñen su cuerpo, descalzo y con la cabeza descubierta, se encaminó á Mauresa; y fué recibido en el hospital para asistir á los enfermos. Mirábale con tedio y con desprecio viendo el desaseo con que de intento castigaba su cuerpo, para resarcir lo mucho que le habia complacido. El demonio se valió de este medio para inspirarle disgusto á aquel género de vida; asullóle el pensamiento, de que era una confusion versa entre mendigos y olores pestilentes, y que bien podia salvarse en la corte ó en su antigua ocupacion de las armas. Conoció muy pronto la astucia del enemigo tentador, y se dedicó á los oficios más bajos: á asistir con osuero á los enfermos que le inspiraban más repugnancia, á sufrir por Dios los desprecios y todas las molestias. Una virtud tan esclarecida no pudo ménos de llamar la atención y atraerse los respetos de todos. Ignacio es reputado en el hospital por un ejemplar de virtud; pero Ignacio teme las alabanzas y los obsequios, y huye á sepullarse en una cueva y llorar solo con su Dios, hasta expiar sus faltas con los rigores de la penitencia.

¿Cómo es posible descubrir las austeridades, las mortificaciones, los ayunos de san Ignacio en la cueva de Mauresa? Las tentaciones y combates tambien, que sostuvo contra el espíritu de tinieblas, que nada dejaba de sugerirle para que persistiese de aquel método de vida; las apagaduras y desconsuelos de su alma agitada de tan violentos ataques? ¿Aquella oracion continua y fervorosa, que era su único recurso, y aquellas penitencias y castigos con que despedazaba sus carnes? El Señor, al fin, le envió sus consolaciones y recreos. Allí ilustró su entendimiento dándole á conocer los misterios de nuestra religion; allí se gloriaba el Señor de hablar con su siervo y comunicarle la ciencia de los Santos; allí compuso el admirable libro de sus Ejercicios, en que no parece sino que redujo á un arte la conversion

de los pecadores; ese libro, que es imposible leer con reflexión sin moverse á abandonar el vicio y abrazar la virtud; allí, conociéndose á sí mismo, se adliga con las más espantosas penitencias; y cuanto más conocia á su Dios y era favorecido de su Dios, otro tanto se movia á castigarse más. Lleno del amor divino, Señor, decía con todo su corazón á su Dios, *yo no pido más gracia que amaros, ni más recompensa que amaros más y más.* No eran sus propios intereses, no era el deseo de librarse de las penas que habia merecido lo que buscaba ya en sus penitencias; habia ofendido á Dios, habia dejado de amar á Dios, y no pensaba sino en reparar la injuria que habia hecho á la Majestad divina, en procurar desagráyar á Dios, en promover la honra y gloria de Dios. Sobre esto giran y á esto tienden ya todas las grandes obras de nuestro Santo. Aquella fogosidad con que pretendia y anhelaba por su gloria propia, se ha mudado felizmente en un celo por la gloria de su Dios. Por eso nada le parece duro, repugnante ni difícil, con tal de que contribuya á adelantarse en el celo de la honra de Dios. Si se oculta de la vista de los hombres, es para ilustrarse en el conocimiento de su Dios y hacer dueño de su corazón á su Dios. Si se deja ver del mundo, es para que vean todos sus buenas obras y glorifiquen al Padre celestial. Si emprende el largo y penoso viaje de los Lugares santos, es para afianzarse en el amor á su Dios, para besar las huellas de Jesucristo, para derramar lágrimas en el pesebre en que quiso nacer, y renacer con Él para sepultarse con Jesucristo en su sepulcro, y para morir de amor al pié de su cruz. Si se mezcla con los niños y sufre la confusión de estudiar latinidad á los treinta y tres años en Barcelona; si continúa sus estudios en Alcalá, en Salamanca y en París, es para adquirir la doctrina necesaria para contentar su celo. En todas partes se sentirá su deseo de que todas amen á Dios; en todas partes obrará conversiones ruidosas, inspirará aquel desprecio del mundo, aquel amor á Dios que tan profundamente se ha arraigado en su alma. ¿Qué importa que se levanten persecuciones contra él? Los claustros se pueblan por sus consejos, los pecadores se convierten, deja en manos de Dios su defensa; y sus mismos delatores y jueces vienen al fin á reconocer su mérito y su virtud; y la persecucion solo sirve para aumentar sus triunfos y para encender á otros muchos en deseos de imitar su celo por la gloria de Dios.

Llegamos al día memorable para siempre de la Asuncion de Maria santísima de 1534, en que puso los cimientos de la Compañía de Jesús, que tanto provecho y utilidad habia de dar á la Iglesia y al mundo entero. En la iglesia del monte de los Mártires reúne á seis jóve-

nes, todos de un mérito singular y dispuestos á seguirle. ¿A qué os parece les conduce á aquel lugar y cuáles son las propuestas que les hace? ¿Irán á premeditar planes de trastornos, de enriquecerse, de buscar la gloria y los placeres del mundo? No; Ignacio les ha hablado, ha inspirado en ellos los sentimientos de su alma y el fuego que arde en su corazón; les ha propuesto su resolucion de dedicarse á procurar por todos los medios la salvacion de las almas, y pedido que le acompañen en tan gloriosa empresa; y van á obligarse con un voto solemne delante de los altares, sobre las cenizas de los Mártires, y fortalecidos con el santo sacramento de la Comunión, á renunciar á todos los bienes, y trabajar por enantos medios les sean posibles, en la conversion de los infieles y la salud eterna de las almas.

El celo de estos nuevos obreros se aumenta cada vez más y se deja sentir en todas partes. El sumo Pontífice, á cuyas órdenes se pusieron, los recibió con benignidad, les dió su apostólica bendicion, y licencia para que pudiesen ordenarse de sacerdotes por cualquier obispo los que no lo eran. ¿Cómo poder ahora referir aquel fervor, devocion y ternura con que, despues de cuarenta dias de ejercicios para prepararse, celebró san Ignacio la primera masa? ¿Cómo explicar los gumentos que recibió su fervor y su celo, su amor á Dios y su constante deseo de que todos le amasen con la nueva dignidad y el sublime carácter de sacerdote? Nuevos obreros entran con el mismo fervor á aumentar el número de los primeros. El sumo pontífice Paulo III aprueba solemnemente el instituto de la Compañía de Jesús. ¿Qué medio no adopta ésta, bajo la direccion y con las constituciones que formó su santo fundador, para ganar almas y extender el reino de Jesucristo? ¿Para extender sus conquistas por todo el mundo conocido y desconocido, y hacer que resuene en todos los ángulos del universo la voz que anuncie el Evangelio de Jesucristo?

Por todas partes se extienden y buscan con ansia los pueblos y los príncipes á estos celosos obreros animados del espíritu de san Ignacio, tan temibles para los enemigos de las almas y de la Iglesia. La misericordia y beneficencia es un medio muy seguro para atraer las voluntades y ganar á las almas. Ignacio recorre los hospitales con este fin, y encarga lo mismo á sus hijos. Sin más recursos que los de su celo y caridad, establece en Roma una casa de refugio para que se recojan las mujeres de mala vida y se santifiquen; otra para los judios convertidos. No se oculta á su celo que la educacion de la juventud, los primeros documentos que se dan á los niños, las máximas en que se imbuyen en las aulas, es lo que forma sus inclinaciones y su alma, por decirlo así; y quiere que su Compañía se

ocupo con preferencia, y sin faltar á las tareas del púlpito y confesionario, de la educación de la juventud; en inspirar en los ánimos firmes las ideas religiosas; y comunicar con las ciencias y las artes el amor á Dios y el cumplimiento de los deberes cristianos.

Demasiado sabemos la interpretación siniestra, las miras de ambición y política terrena con que ha querido graduarse esta saludable medida por los enemigos de la religión y del orden; y el empeño que se ha formado en arrancar de las manos de los discípulos de san Ignacio la educación de la juventud. El tiempo y la experiencia hablan á su favor; y digáenos si no, si en las cátedras confiadas á su dirección se han oído alguna vez, ó se hallan estampadas en sus escritos esas máximas corruptoras de las costumbres, injuriosas á la misma razón, opuestas á la religión y al orden, que forman á los impíos, y que por desgracia se hallan tan extendidas en nuestro siglo. Digáenos, si de sus escuelas y con sus escritos no se han formado buenos esposos, buenos ciudadanos, cristianos fervorosos, príncipes justos y sábios, mártires y santos en abundancia; y si donde quiera que la juventud se ha confiado á su enseñanza no han correspondido á su fiel desempeño, se ha conservado la buena moralidad, y nada han tenido los príncipes ni los pueblos de que arrepentirse.

Los españoles descubren un nuevo mundo. Digan los enemigos de nuestras glorias, que solo tuvimos la mirada de la ambición y de trasportar el oro á nuestro suelo. Ignacio envía á sus hijos, pobres, desprovistos, sin otra mira que la honra de Dios y extender el reino de Jesucristo entre aquellos infelices que vivían en las tinieblas. El Asia, el África, la América, por todas partes se extienden los hijos de Ignacio, sin otras pretensiones que las de su patria; anunciar á Jesucristo y procurar la salud de las almas. Para evitar toda ocasión de mira temporal, obliga á los suyos y se obliga á sí mismo, á no aceptar jamás dignidad alguna eclesiástica, ni recibir emblema ni interés alguno por ocuparse en las funciones de su ministerio.

No acabaría si me detuviese á indicar solamente los medios y modos ingeniosos de que se valió para aumentar la gloria de Dios y procurar la conversión de los pecadores; los trabajos, persecuciones y calumnias que tuvo que sufrir en el siglo de Lutero, Calvino y Enrique VIII de Inglaterra, que tan cruelmente hicieron la guerra á la Iglesia; los desvelos que le costó el régimen de su Instituto tan concertado para encender al mundo entero en la fé y amor de Dios, que ha sido la admiración y el espanto de los enemigos de la fé, y lo que ha alarmado á todos los impíos y libertinos contra el Instituto de la Compañía de Jesús.

Básteme decir, que en medio de todo vivió pobre, contento con un saco, sin miras ni pretensiones mundanas, sin más deseos que honrar á Dios y que fuese conocido su nombre, entregado á la más severa penitencia, á la más fervorosa contemplación, hecho todo para todos, para ganarlos á todos para Jesucristo, en lo que no puede desmentirle la más atrevida impiedad. Básteme decir, que sus palabras, sus ejemplos, su asistencia á los enfermos y encarcelados, su predicación, todo era edificante, y siempre volvía con cabellos despojos del mundo que ofrecer á Dios. Que la vista del Cielo, la mirada á un santo Cristo, el hablar de Dios le extasiaba; y que despues de haber obrado siempre y haber encaminado todas sus obras á la mayor gloria de Dios, murió pacíficamente en el Señor, exhortando á sus hijos nada más que á amar á Dios y á procurar en todo su gloria.

¿Qué hacemos nosotros, hermanos míos, que pueda asemejarnos á este Santo que veneramos con tanto gusto? ¿En nuestras conversaciones, en nuestros ejemplos, en nuestras obras, en nuestras costumbres, procuramos la honra de Dios y la salvación de las almas? ¿No somos acaso causa de su ruina por nuestros escándalos? ¿No procuramos nuestros intereses, nuestra gloria mundana, nuestro valimiento y favor con los poderosos de la tierra, y vivimos olvidados de nuestra salvación y del cuidado de nuestras almas? ¿No vivimos como si hubiéramos de ser eternos en este mundo, en la disipación, en los placeres, en las diversiones, sin procurar ni pensar en la gloria de Dios y en que sea conocido su nombre? ¿Y nos quejaremos de la inmoralidad y corrupción de costumbres, de tantos crímenes como cada día se cometen, de la indiferencia y desprecio de la religión, y del abatimiento en que se hallan los ministros del santuario? Si esto conocemos, ¿dónde está nuestro zelo para oponernos por tantos medios como nos son fáciles, al torrente de libertinaje y de impiedad que todo lo arrastra? ¿Cuánto podríamos contener con un celo y un amor á Dios como el de san Ignacio?

Rogad, Santo glorioso, rogad al Señor que avive nuestra fé, que nos inflame en su amor, que entremos en deseos de procurar su gloria. Peticid que derrame sus gracias sobre esta patria que os vio nacer; que no nos abandone en castigo de nuestras culpas; que suscite nuevos Ignacios que reparen las ruinas y pérdidas causadas á la religión y la Iglesia; nuevos varones apostólicos, tan necesarios en nuestros días para la educación de la juventud, corrección de las costumbres y sostenimiento de la sana doctrina, y con ella del orden, la paz y prosperidad de las naciones.

Valga también la sangre de tantos mártires hijos de este gran Patriarca para aplacar vuestra ira, Señor, y que nos mireis con piedad, para que haciéndonos vuestros en esta vida, nos reconozcáis y os alabemos en la Gloria. *Amen.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE

PANEGIRICO DE SAN ILDEFONSO, OBISPO.

Qui fecerit et docuerit, non magnus vocabitur in regno caelorum.

Quien enseñare y enseñare, éste será tenido por grande en el reino de los cielos.
(MATTII. v. 19.)

¿Quién es este, católicos, quién es este á quien hoy ofrecéis vuestros votos y dirigis vuestras súplicas? ¿Quién es el que así obliga vuestra memoria, y há tantos años adenda vuestros cultos? ¿Quién es el que en este día nos hace partícipes de estas ofrendas sin negarnos el mérito de todas ellas? ¿Quién es sino aquel hombre bien-aventurado, que desprendido de todo lo que es terreno, no se dejó manchar de la menor impureza, que jamás determinó sus ideas ni encaminó sus pasos á los bienes del siglo. Antes los tuvo por falsos su esperanza? ¿Quién sino aquel héroe generoso, que se retiró del mundo, para disponerse á cosas grandes, espirituales y sublimes? ¿Quién sino aquel que, en efecto, llenó su vida con virtudes y terminó con maravillas, cuya memoria es y será de bendición por todos los siglos?

¿Quién ha de ser sino Ildefonso, aquel otro Timoteo, discípulo de los otros Pablos, Isidoro y Eugenio, tan aventajado en la educación, como gloriosos aquéllos en su enseñanza? Ildefonso, cuyo nacimiento ilustra alegró á Toledo, y fué presagio feliz de aquella afligida Jerusalén, cuya inocencia, cual la de otro Moisés entre los egipcios, no peligró entre los godos; Ildefonso, lumbrera de la Iglesia toledana, que defendiéndola invadida de muchos y poderosos enemigos, la sostuvo en la religion y en la creencia; Ildefonso, gloria de su siglo, el defensor celoso de María?

Este es, hermanos, el héroe esclarecido, que hoy ofrece la Iglesia á vuestra consideracion é imitacion, como digno de aquel elogio que hace Jesucristo en el Evangelio que acabais de oír, en el que se re-

duce la gloria de la verdadera grandeza á la santidad y á la sabiduría verdadera. Cualquiera, dice Jesucristo, que se empleare en buenas obras, y así instruyese á los hombres con su doctrina y ejemplo, éste será grande en el reino de los Cielos. Tal es, oyentes, la idea más perfecta y conforme á la verdadera sabiduría. Y á la verdad ¿de qué sirve la luz si no alumbrá? ¿De qué el ejemplo si no mueve á la imitación? ¿De qué la doctrina si no se practica con las obras saludables? Si se evaporó la sal en frase de Jesucristo, es decir, si se dissipó en aire la ciencia; si se reviste del orgullo y de la soberbia, ¿de qué aprovecha? ¿Quién corregirá entónces las costumbres? ¿Quién purificará las máximas de corrupción? ¿Quién exterminará los hábitos criminales?

¡Ah! y qué bien entendió Ildefonso esta máxima! ¿qué impresión le hizo esta saludable idea! Desde luego se propuso entrar en la casa de la Sabiduría y penetrar en su interior, descubrir su espíritu; pero despues de haberse fundado una vida irreprochable y una conducta por todas partes arreglada, empezó desde luego á enseñar la verdad; pero mostrando con sus pasos el camino para seguirla: se resolvió á predicar la humildad; pero adornándose primero con esta virtud, se animó á exhortar á la caridad; pero despues de estar ardiendo en el amor de Dios y del prójimo. Ved aquí su verdadero elogio: «Ejemplar de santidad por sus virtudes, maestro de la verdad por su doctrina.» Para que yo pueda formarle de un modo que sea conveniente á vuestro espiritual aprovechamiento, imploremos los auxilios de la gracia. A. M.

No es la ciencia, sino la virtud la que constituye á los hombres en la clase de héroes. De nada sirven las ideas elevadas, los conceptos sublimes, los pensamientos agudos, si el corazón se halla poseído de la iniquidad. Sin la religion son humo las academias literarias, las filosofías del buen gusto y las decantadas bellas artes. ¿De qué aprovechó á Salomon ser reconocido por el más sábio de los hombres? ¿De qué aquella erudición profunda á Tertuliano? ¿De qué á tantos sábios del siglo el conocimiento de la antigüedad y de la historia? ¿De qué sino de festivo el más convincente de su perfidia é impiedad? ¿Qué consiguió la ciencia de los antiguos filósofos tan celebrada del paganismó? ¿Qué la elocuencia de los griegos? ¿Qué la erudición de los romanos? ¡Ah! hermanos, todo se desvaneció como el humo, porque el principio de la sabiduría es el temor de Dios, la pureza cristiana, la conformidad con las máximas del Evangelio; y todo lo que no sea la observancia de los divinos preceptos, una con-

ducta irreprochable y una ciencia religiosa, es vana filosofía, es aire, es corrupción, es nada.

¡Oh! ¡y qué bien se descubre esta verdad en la vida de Ildefonso! Parece que desde su infancia procuró con todo esmero imprimirla en su corazón. Nació Ildefonso para gloria de nuestra España á principios del siglo vii, á poco de haber sido purgados del arrianismo estos reinos; fué su cuna la imperial Toledo, fecunda en tantos héroes de la religion. Desde sus tiernos años empezó aquella grande alma á dar señales manifiestas del rico caudal de virtudes con que se habia de ver enriquecida: la modestia, la devoción, la obediencia, la honestidad son el carácter con que en esa edad nos le pintan los historiadores. Para que más se perfeccionase en la virtud le entregaron sus padres al cuidado de S. Eugenio y S. Isidoro, que como dos soles sobresaltan entre los astros de la Iglesia de España: educáronle éstos como quienes conocían bien formando un hombre, que con su doctrina habia de fecundar, no solo todo España, sino todo el cristianismo. Y en efecto, oyentes míos, no les salió vana su esperanza; porque de tan noble escuela apareció una luz que, prevaleciendo sobre las tinieblas, sirvió de antorcha á los fieles, y de un fuego voracísimo á los enemigos de la Iglesia. En tan noble escuela se crió un obispo santo, inocente, sin mancha, sin comercio con los pecadores en frase del apóstol; de tan noble escuela suscitó Dios aquel sacerdote á medida de su corazón, que todos los dias de su vida habia de seguir á Jesucristo; y en tan noble escuela, finalmente, se formó un nuevo vaso de elección, que, lleno del espíritu de inteligencia y de una caridad imponderable, habia de entregar su corazón al cuidado de la inocencia, de la piedad y de la justicia.

Despues de una educación tan cristiana; ¿qué esperamos de Ildefonso en el progreso de su juventud? ¿Acaso una soberbia vana, un lujo insoportable, un vil deseo de los deleites, carácter con que por lo común se distinguen los jóvenes de nuestros dias? Nada menos que eso. Conocía bien Ildefonso la fortaleza de las pasiones en este tiempo; sabia muy bien, que el no ponerlas freno era dejar correr un caballo desbocado al precipicio; maeraba por lo tanto su inocentes carnes con repetidas y grandes mortificaciones, ayunaba casi continuamente, se abstenia de los concursos públicos; aún más, habia de aquellas diversiones que por indiferentes son permitidas á los profesores del cristianismo. De ahí nacia aquella pureza suma que le equivocaba con los ángeles. Ildefonso era puro en sus palabras, puro en sus obras, puro en sus pensamientos; y tan puro en los primeros pasos de su infancia como en los últimos alientos de su vida. Pero

cómo no había de ser así el que tan familiarmente trataba con María? ¿Se dignaría acaso esta Señora, de llegar al que se hallára encañagado en el sucio lodazal de la sensualidad? No puede ser. ¡Feliz jóven, que así supo preservarse de la corrupción de una edad en que casi es desconocida la virtud! Para conservar más la recitid y adelantarse en la perfección, determinó trocar las libertades del mundo por las austeridades de un monasterio; que así sentían entónces los santos, bien diferentes de los sábios de nuestros dias, tan contrarios al monacato como al espíritu del cristianismo.

Con esta determinación, pues, renunciando un rico patrimonio, hollando los obstáculos que le opusieron sus parientes, despreciando las amenazas de su mismo padre, partióse al monasterio Agaliense, sito en los arrabales de Toledo. Consiguó su deseo; vistió el hábito religioso, y recibió con el una nueva obligación de ejercitarse en la heroicidad de las virtudes que constituyen un perfecto monje. La oración, la obediencia, el retiro fueron desde aquí punto la ocupación ordinaria de nuestro monje; el desprecio de sí mismo era tan grande, que lepta en admiración á sus superiores; la obediencia tan ciega, que los más leves consejos pasaban en su conducta por los más rigurosos preceptos; su celo y amor á la religion tan fervorosos, que despues de haber fundado un convento para religiosas con el caudal que heredó de su padre, ponía toda su complacencia, como otro David, en habitar la casa del Señor, y en haberla elegido para su morada. En una palabra; parece que las virtudes todas de los demás monjes se habían reunido como en propio centro en solo Ildelfonso. Tal era el espíritu de nuestro Santo.

¿Qué maravilla, pues, será, que siendo aún diácono, se vea elevado, á pesar de su resistencia, á la prelaeta del monasterio? ¿Qué extraño que excediéndose más y más en su desempeño, y trascendiéndolo más y más por todas partes el olor de sus virtudes, sea nombrado para metropolitano de Toledo? Pero ¿quién podrá ponderar lo que se agustió aquella alma con la noticia de su nueva dignidad? Consideremos á Ildelfonso teniendo por el más despreciable de los hombres, juzgándose el más inútil de todos, despreciándose, no solo de las mayores dignidades del siglo, sino aún de las menores del monasterio; consideremos, vuelvo á decir, á este mismo elevado á la alta dignidad de arzobispo, y formaremos tal cual idea del sobresalto que concebiría en su engrandecimiento: así alabaremos y ponderaremos como corresponde el que un Ildelfonso, digno sucesor de los Eladíos, Justos y Eugénios, se resistía á la elección.

Desde esta época, la más brillante de la vida de nuestro Santo,

cual pastor solícito, cual celoso ministro, procura ahuyentar los lobos de su rebaño, y se empeña todo por el amor de su Esposa. Desde entónces, conociendo lo pesado de su ministerio, pide á Dios un doble espíritu para soportarle; desde entónces aparece un Moisés en sus resoluciones. Tú, Señor, le decía, tú me has sacado de la solitud y retiro; tú me admites á ser dispensador de tus altos designios; tú me constituyes príncipe de tu pueblo; pues ni yo temo á la contradicción por tu amor, ni nada me hará fuerza. Entónces era un David en el amor. Señor, exclamaba, no permitas se gloríen el pecado, el lujo y la concupiscencia; si le parece, triunfa de todos á mi costa; á trueque de tu gloria valaré, padeceré y entregaré la vida. Tales eran los generosos sentimientos de este santo prelado, y tal su celo por el rebaño de Jesucristo.

Estas eran las ocupaciones de Ildelfonso en su mayor grandeza, procurando solícitamente, en expresion del apóstol, manifestarse ante Dios un obrero incansable de su viña, que trata rectamente la palabra de la verdad. Y ¡qué! me preguntareis, estos cuidados ¿le apartarán de aquella austeridad y devoción, virtudes peculiares de su persona? No por cierto: antes bien llegaron entónces á tocar la línea de lo heroico. Testigo de esta verdad es aquella rara familiaridad que en tal estado tuvo con María; había amado á esta Señora desde niño; y este amor se había radicado tanto en su corazón, que ni vida, ni riqueza, ni honra, ni cosa alguna apetecía si había de quitarle un punto de la devoción á María. Por eso esta Señora le socorria en sus necesidades, le consolaba en sus aflicciones, le aconsejaba en sus dudas y le ayudaba en sus trabajos. Con tan poderosa protectora, ¿qué no haría aquella alma naturalmente grandel que no emprendería su celo! ¿qué no elevaría su piedad en los últimos años de su vida! Así fué, ayentes; conservó siempre la misma integridad, la misma inocencia de costumbres, la misma santidad. Hasta aquí, elogadas las principales virtudes de Ildelfonso, en todas le hemos admirado grande; y si el serlo en una sola es capaz de constituir á un hombre en la clase de héroe, Ildelfonso, que fué gigante en todas, ¿á qué grado no elevaría su grandeza? Con efecto, hermanos, la elevó á lo sumo; mas no por otro medio que practicando lo mismo que enseñaba: por esto es venerado ejemplar de santidad y tenido por grande en el reino de los Cielos. Resta pues, que habiéndole considerado singular por sus virtudes, le contemplemos como admirable por su verdadera sabiduría.

Cuando un entendimiento se considera por su naturaleza grande, le es fácil cautivarlo todo ménos á sí mismo en obsequio de la fé.

Esta dificultad ha sido sin duda el principio de todos los desórdenes y madre de todas las herejías. Sujetaron, sí, á Dios, un Arrio, un Eutiques, un Pelagio sus desordenadas pasiones, multiplicando rigurosas penitencias; pero ninguno de ellos quiso cautivarle el ingenio, ¿Cuán innumerables han sido los que, por no rendirse un poco á los oráculos de la fe, han logrado un rico caudal de merecimientos aterrorados, ó en las grutas de los yermos, ó en la soledades de los claustros! No sintió Ildefonso esta dificultad, porque desde sus primeros años se radicó tanto en los principios de nuestra santa fe, que no cesó de dar las pruebas más eficaces de su firmeza; desde aquel tiempo se entregó tanto al estudio de las sagradas letras, que parecía otro Esdras en preparar su corazón para investigar la ley del Señor. Con efecto, hermanos, ellas fueron la base y fundamento de los estudios de Ildefonso; con ellas disputó, con ellas escribió, con ellas venció, y aún á sí mismo se perfeccionó con ellas. De sola la divina palabra supo extraer aquella ciencia santa que ha sido admirada por espacio de doce siglos.

Con instrucción tan admirable subió Ildefonso á la cumbre del arzobispado, y aquí fué desde donde este sol empezó á difundir por todas partes los rayos de su doctrina. Todos los días predicaba la palabra divina, explicaba á los niños los misterios de nuestra santa fe, administraba sacramentos, formaba catecúmenos, y, en una palabra, nada omitía en beneficio de su rebaño. Ildefonso recorrió las poblaciones de la provincia Carpentana para ganar algunas almas, tristes víctimas de las reliquias del arrianismo; padeciendo de día y de noche al Señor, que fortaleciera á su pueblo para que no fuese troya miserable de la herejía é iniquidad. Pero suspendamos la narración de sus heroicas acciones para pasar la vista por los rasgos de su sabiduría en sus escritos, porque no sólo la lengua se empleó en tan dignas ocupaciones; también la pluma entró á participar de sus victorias.

Publicado el prodigioso número de escritos que dió á luz, consultando únicamente con la utilidad de los fieles. Los doce sermones sobre la virginidad de María, los libros sobre la propiedad de las tres personas y sobre los sacramentos; el camino del desierto espiritual, sus cartas, sus epigramas, sus himnos; son otros tantos monumentos que, acreditando lo agigantado de su espíritu, manifiestan el celo fervoroso que inflamaba su corazón; obras todas, á lo que creemos, llenas de un espíritu de uocion admirable, y que debemos sentir se hayan perdido enteramente ó figuren solo entre los manuscritos de las bibliotecas. Pero donde más se admira lo delicado de su ingenio y piedad, es en el libro que escribió sobre la virginidad de María.

contra algunos herejes que de la Galia gótica pasaron á nuestra España. Eran éstos unos hombres que, invidiosos en los errores de Helvidio, igualaban el matrimonio á la virginidad, negando ésta á la que, como Templo del Espíritu Santo, no puede admitir mancha alguna. Una herejía de esta calidad se extendió fácilmente entre todos aquellos que, siendo siervos de sus pasiones, atropellan por todo lo que balaga el apetito. ¿Qué dolor no causaria en el corazón sensible de Ildefonso semejante doctrina? ¿Cuánto no se contristaría aquel ánimo al ver, á un mismo tiempo, extinguida la religion y combatida la pureza de María? Amábalas tiernamente desde niño; y como le habia entregado el corazón, cualquier injuria hecha á tan tierna Madre le reconocía por propia. Por tanto, conviértese todo contra tan presencional doctrina, y desde luego se preparó á la defensa: habla, predica, disputa, arguye, escribe, todo con singular acierto y con tal elocuencia y sensatez, que en brevisimo tiempo logró purificar de este contagio á toda la cristianidad.

Hé aquí la singular victoria que hizo más patente su mérito, y á que se siguió un premio que no hallamos ejemplar en los anales de los historias. Hablo de aquella feliz aparición acaecida en Toledo á presencia del rey, del pueblo y de la clerecía, cuando estando el Santo en oración ante el sepulcro de la gloriosa mártir Santa Leocadia, se levantó la losa que la cubría, y elevándose aquella, dijo al arzobispo con voz clara y perceptible de cantos presenciaban tan tierno y extraordinario espectáculo: «Por tí, Ildefonso, viviré el honor de mi Señora.» ¿Qué más? La misma virgen María, vistiéndole una rica casulla, quiso por dos veces significarle de palabra su gratitud; que así honra la Señora á los que se esmeran en defender su original pureza. Confesemos, pues, que fué grande el celo de Ildefonso por la casa del Señor y gloria de María; confesemos que fué grande su cuidado en apacientiar la grey de Jesucristo; grande su vigilancia en educarla en la sana doctrina; y grande su eficacia en libertarla de los seductores y falsos profetas; y de este modo conventrenos, que, en virtud del rico caudal de sus merecimientos; es verdaderamente grande, no ménos que por su santidad, por su sabiduría, en el reino de los Cielos.

Tal es, hermanos míos, el ejemplar que hoy ofrece la Iglesia á nuestra consideracion é imitacion. Si Ildefonso es un original muy perfecto, en que deben estudiar los cristianos de todos estados, así de naturaleza como de profesion. Ya lo habeis oido: Ildefonso fué un niño obediente á sus padres, dócil á sus maestros, amante de la religion é inocentísimo en sus costumbres. Ildefonso fué un jóven reli-

rado de las diversiones del mundo, mortificado con asperísimas penitencias, abstenido de los concursos públicos, y escrupulosísimo profesor de la honestidad y pureza. Ildefonso fué un monje, cuya obediencia embelesa á los superiores, cuya oracion es continua y fervorosa, y cuya humildad edifica al monasterio. Ildefonso fué un ministro del santuario abrasado de una ardentísima caridad, devotísimo de Maria, padre de los pobres, y celosísimo por el bien de su grey y acrecentamiento de la religion cristiana. Ultimamente, Ildefonso, fué un héroe, que animado de una fé robusta, predica todas las dias, instruye catecúmenos, sostiene á los débiles, anima á los esforzados, combate herejias, funda monasterios, triunfa de todos y exalta el nombre del catolicismo.

No olvidemos, pues, oyentes, la instruccion que nos dá con sus acciones y con su doctrina; tratemos de formarnos segun sus ejemplos. Aprendan los ministros del santuario á sacrificarse en obsequio de su Señor, cultivando su entendimiento á la fé y su vida en beneficio de las almas que forman la grey de Jesucristo.

PANEGÍRICO DE SAN INDALECIO, MÁRTIR.

*Adauge nobisq; dnm.
Aumentanos la fé.*

(S. LUCAS, XVII, 5.)

Más de seis mil años hace, que los hombres andan buscando su felicidad entre las riquezas, honras, alegrías y diversiones de este mundo; pero ¿cómo la han de encontrar en esas cosas, si todas ellas reunidas no pueden llenar el corazón humano? Baste el ejemplo de Salomon para nuestro desengaño. Este rey poderoso no negó gusto alguno á sus sentidos; sin embargo, cuando colmado de bienes, de honras, de aplausos y delectes estaba como anegado en un golfo de delicias, se vió precisado á confesar, que todo cuanto había hallado en la tierra no era más que vanidad y afliccion de espíritu. Es, pues, un error, el seguir afanados tras las cosas terrenas y carnales, como si en ellas pudiéramos encontrar la dicha que anhela nuestro corazón. No, no es en la tierra, es en el Cielo en donde se halla la felicidad que puede satisfacernos. El que la quiera conseguir mire á lo alto, dice San Pablo de otro modo, siempre será cierto, que otaque siembra en corrupcion, en corrupcion cogera. Sembremos en la inmortalidad, para que la inmortalidad dichosa y feliz sea nuestra cosecha, y demos por felizmente concluido el negocio de nuestra felicidad. En esto consiste la ciencia de la salvacion que enseñó á los españoles el glorioso san Indalecio, escogido en los decretos eternos para hacer feliz á la nacion católica con las doctrinas de la cruz que predicó á nuestros progenitores.

Si, señores: san Indalecio fué uno de los varones apostólicos que vino á España con poderes del Cielo para hacernos racionales, virtuosos y santos en esta vida, y conducirnos á la Gloria. Este Santo nos trajo aquella fé viva, que nos une con Jesucristo; aquella fé, sin la cual nuestras almas son como los sarmientos separados de la vid, que

solo sirven para el fuego; aquella fé, que vino al mundo disipando sus errores, destruyendo sus vicios y corrigiendo sus costumbres; aquella fé, tan poderosa en obras, tan fecunda en virtudes y tan eficaz en milagros; aquella fé, que dió á la Iglesia millones de mártires, que pobló los desiertos de penitentes solitarios, que produce innumerable multitud de vírgenes, y llena de bienes á los mortales que la reciben en las aguas salvables del bautismo. San Indalecio fué del número de aquellos escudados del Señor que entraron en nuestra nación venturosos, diciendo á nuestros padres: Vuestra felicidad consiste en vivir como buenos cristianos, según las máximas y doctrinas del Evangelio que os predicamos; en amar y servir á Dios en esta vida para poseerle y gozarle eternamente en la Gloria. ¿Qué acontecimiento este tan prodigioso y tan fecundo en dichosas consecuencias! Á él debemos la dignidad incomprendible de ser hijos de Dios, herederos de su reino y hermanos de Jesucristo. Por san Indalecio somos cristianos, es decir, *nobles, dichosos y felices*, como los que decían á Jesús: Señor, aumentanos la fé. Así os lo haré ver en este breve rato.

Reina y señora de todo lo criado, no me neguéis vuestra protección: *A. M.*

Que haga el mundo pomposa ostentacion de sus leyes, de sus máximas, de sus prácticas, usos y costumbres; que las preconicen con artificiosa elocuencia sus parciales; que vieran himnos de placer y salten de gozo los que se creen felices entre las inundaciones de un cinismo degradante; que griten, en fin, y nos atrocen con sus voces tumultuosas, los que se escandalizan de la cruz y huyen de las mortificaciones y penitencias que inspira; que por eso la verdad no deja de ser verdad, ni la mentira deja de ser mentira. Por más que los mundanos apelen á sus engañosas exterioridades, á sus aleccionadas simulaciones, á sus risueños encuentros y á sus aparentes alegrías; porque ridiculicen y hagan chacota de los que, con espíritu de devoción y retiro, se ocupan en pedir gracias al Cielo macerando su carne y reduciendo su cuerpo á servidumbre; porque los hijos del siglo se alegren, se divertan y se rián; y los fieles floren y se entristezcan; no será eternamente cierto, que en el mundo todo es positivo, falso y aparente; que sus mismos panegiristas lo condenan en su razon; y que no hay quien no conozca que en la hora de la muerte todo huye, todo se apaga, todo desaparece y todo se evapora, dejando, no obstante, escrita la sentencia de condenacion en las almas de los insensatos, que tuvieron por cierto y verdadero lo que no lo era? Ciertó, ciertísimo, aún más que el que estamos nosotros en esta

iglesia, lo es, el que la muerte viene avanzando hácia nosotros con la órden de hacernos entender, que solo son felices los que creen, esperan y aman á Dios, según las máximas y doctrinas del Evangelio. Entónces los mundanos confesarán que se engañaron en su eleccion, rabiarán y se desesperarán; pero los cristianos verdaderos dirán llenos de un gozo celestial los ecos de estas verdades eternas; bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos; bienaventurados los humildes, porque ellos serán ensalzados; bienaventurados los que vivieron una vida pura, mortificada, olvidados y despreciados del mundo, porque serán colmados de bienes eternos, y el mismo Dios será su recompensa. ¿Qué Infierno para los unos, y qué Gloria para los otros! ¿Qué desdicha, y qué felicidad!

Á librarnos de la primera y á facilitarnos la segunda, se dirigió el celo apostólico con que san Indalecio predicó en nuestro reino la santa y adorable religion que profesamos los españoles. Él, haciéndonos cristianos, nos elevó á una dignidad, ántes que nada valen los títulos de nobleza, los nombres augustos, los dictados honoríficos y todas las glorias de la tierra. Porque, señores, al que no siendo cristiano se muere y se condena; ¿de que le sirven el nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honrosas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos lustrosos, y las demás cosas que aprecian los mundanos? ¿Qué ha sido de los famosos Cambises, Alejandro, Césares y Pompeyos? Revolved sus cenizas; buscad entre ellas alguna distincion... Pero nó, no la encontrareis, porque no la hay más que entre los que murieron en el Señor; en los justos, cuya memoria corre en bendicion por toda la carrera de los siglos; en aquellos cuyas buenas obras les siguen hasta más allá de la tumba, como lo dice el ángel de Patmos. Los que no tienen la dicha de morir como buenos cristianos, según las instrucciones del glorioso san Indalecio, desaparecerán con ignominia de la vista de los hombres; será execrable su memoria; se borrarán sus nombres del libro de la Vida, y no se escribirán con los de los justos, aunque hayan sido los principes más poderosos del mundo; los hombres más afortunados de la tierra. Solo el nombre de cristiano es el que dá honor y gloria en esta y en la otra vida. Así lo asegura nuestro divino Redentor cuando dice: *Esta es la vida eterna: que te conozcan á ti solo, Dios verdadero, Padre mio, y á Jesucristo á quien enviasle* (1). Hé ahí la fé de los cristianos, su religion, su dicha y felicidad: conocer, amar y servir al Dios verdadera y á su Hijo Jesucristo, en quien es-

(1) JOAN, X. XVII, 3.

tán escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, según el Apóstol. Esta es la dicha de los hombres formados en la escuela del Evangelio que anunció san Indalecio á los españoles; ella es la que puede abrirnos la puerta de la felicidad que desea nuestro corazón, y ofrece Jesucristo á los que le aman, cumpliendo con los preceptos de su ley santa. Si los ángeles os predicaren otra cosa, no deberíais creerlos, dice San Pablo. Nosotros por el bautismo gozamos de la preciosa libertad de hijos de Dios; adquirimos derecho á la herencia eterna; somos el pueblo de Dios, hermanos de Jesucristo, con quien formamos el cuerpo místico de la Iglesia, de quien Él es la cabeza y nosotros los miembros. Comprended despues de esto, si es posible, la dicha de un cristiano, el valor y mérito del varón apostólico que Dios envió á nuestra venturosa España para hacernos cristianos, y enseñarnos la senda recta que conduce al Cielo. Dejáos conducir por un sano juicio, por una razón ilustrada con las luces de la fe, por los instintos de un sentido religioso, y veréis las ventajas que trae al hombre el augusto título de cristiano.

Representaos los infinitos méritos de la vida, pasión y muerte de nuestro señor Jesucristo; el inmenso precio y valor de los santos sacramentos; el poder y eficacia de la gracia; la inestimable utilidad de la comunión de los Santos; la excelencia de nuestra santa y adorable religión, y la felicidad eterna á que nos conduce; y advertid, que por el solo hecho de ser cristianos, adquirimos derecho á todos esos tesoros, nos enriquecemos con todos esos bienes, somos arrastrados suave y dulcemente por el camino de las virtudes hácia la mansion de la felicidad eterna; en que son tan inmensos, tan supereminentes y magníficos los bienes que Dios tiene preparados para sus escogidos, que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre puede caber la comprensión de su excelencia. ¡Ah! El buen cristiano vive de la fe, y ésta le hace ver á Jesucristo prometiendo magníficas recompensas á los que le sirven. Ciento por uno en esta vida, muerte preciosa, alegría exquisita, llena, colmada y eterna en la otra. Aún no basta esto para conocer la dicha que los cristianos tendrán en la gloria. No hay cosas en el mundo que puedan hacernos comprender los bienes de que gozan los Santos en el Cielo; pero abundan las que nos dan á conocer los males de que están exentos. Dolores, tristezas, enfermedades, miedo, inquietudes, sobresaltos, pesadumbres, todo está desterrado de aquella feliz mansion del gozo eterno. Reina en la celestial Jerusalén una alegría pura, completa é inalterable: allí el corazón está lleno, el alma satisfecha. En el Cielo están los cristianos inundados en un océano de delicias. No son solamente todos

los bienes juntos, es la misma fuente de todos ellos, es la posesión del mismo Dios la que hace el fondo de aquella felicidad, que, á un mirad á lo lejos, sorprende, asombra, admira y hace felices á los justos que la contemplan. Las almas de los cristianos bienaventurados entran, se engolfan, se sumergen, se anegan y se pierden, por decirlo así, en la alegría del Señor, en las delicias, en la bienaventuranza del mismo Dios. ¡Oh Dios de San Indalecio! Si un consuelo interior, ó un favor vuestro causa dulzuras tan inefables aún en esta región de lágrimas; si la sola sombra de vuestra gloria quita la amargura á los mayores trabajos, hace ligeras las más pesadas cruces, y es causa de que los santos mártires sientan verdadero gusto y placer en medio de los más crueles tormentos; ¿qué será en el Cielo, en donde todo un Dios emplea todo su poder en hacer felices á los cristianos que le amaron y sirvieron en esta vida? Aquella vista clara, distinta é íntima de un Dios padre, de un Dios amigo, de un Dios hermano y compañero... Aquella seguridad de ser eternamente felices... ¡Gran Dios! ¿qué cosa tan dulce es poseeros sin temor de perderos jamás! ¿Qué recuerdo este tan suave! ¿Qué pensamiento tan delicioso! Tengo cuanto puedo desear, y estoy seguro de que en adelante nada habrá que pueda turbarme esta dicha; estoy lleno de gozo puro y perfecto, y este gozo jamás ha de tener fin; yo me he salvado; soy santo, y lo he de ser eternamente. Esto, señores, esto es lo que ahora piensa San Indalecio con aquel infinito número de Santos que dio al Cielo la santa y adorable religión que predicó á los españoles. ¿Y será posible que pudiendo decir nosotros todo esto, que pudiendo gustarlo y poseerlo, no llegamos en el mundo todo lo que nos enseñó este maestro de la doctrina cristiana, para acompañarle en los torrentes de gloria en que se ve ahora deliciosamente engolfado? Dios mío, vuestra gracia imploramos; vuestra gracia, óyino Jesús, porque con ella, desde este momento, vamos á principiar á quitar estorbos, á crucificar nuestras pasiones, á emprender una vida cristiana, á no pensar, querer, ni amar más que á Jesucristo crucificado.

Si, amados míos; lemos crédito al Evangelio de Jesús predicado en nuestra España por San Indalecio, y caminemos sin detenernos hácia el Cielo. Allí está nuestra felicidad, allí nuestra dicha, allí la posesión de nuestro Dios. ¿Qué es lo que se nos pide para conseguir bienes tan inmensos? Nada más que dos momentos de mortificación y penitencia; una vida ligera como un abrir y cerrar de ojos, pasada en la virtud, entretenida en amar á Dios y al prójimo; y ocupada en pensar en aquella dichosa eternidad, que hace dulce aquí en la tierra hasta la misma amargura, que disipa los enfados, calma las inquietudes

tudes y tranquilizó el corazón más agitado. Se nos pide que seamos felices con la virtud en la tierra, para que lo seamos eternamente en el Cielo con la gloria. Amar á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á nosotros mismos; hacer bien á todo el mundo, y mal á nadie; vivir pia, justa y sóbriamente, como lo encarga el Apóstol, y poner la vista en la felicidad eterna que nos ha prometido nuestro benigno Salvador; ¿no son las cosas más conformes á la razón y buen sentido de los hombres cuerdos, sensatos y juiciosos? Pues en ellas consiste toda la religión que trajo Jesucristo del Cielo, para hacernos dichosos con su gracia en esta vida, y eternamente felices con la posesión del bien sumo en la mansion de los gozos eternos. Así nos lo ha predicado San Indalecio, á quien se deben en nuestra nación las primeras nociones del cristianismo que abrazaron nuestros padres, con resuelto propósito de transmitirlo á sus hijos, por saber que con él nos venían juntamente todos los bienes: por haber vivido y muerto convencidos de que siendo cristianos, somos tan nobles, dichosos y felices como los que, para no dejar de serlo, suplicaban y decían á Jesús: Señor, aumentanos la fé.

Preguntad á los cristianos de Almería, de Lorca, de Cartagena y pueblos de la antigua Bética ó Andalucía, depositarios de la tradición más autorizada, y ellos os enterarán de los frutos que aquellos terrenos ciudieron al Labrador divino, despues que san Indalecio sembró en ellos la semilla del Evangelio. Ellos os dirán lo que este celoso operario del gran Padre de familias hizo, para desengañar á los infieles de los errores de la idolatría, para convencerlos de la sabiduría de la cruz, aficionarlos á Jesús crucificado, y demostrarles, que en Él y por Él podían asegurar la felicidad, que todos deseaban y nadie había podido encontrar. Allí es en donde, principalmente, manifestó el infatigable y siempre activo san Indalecio la caridad acendrada en que arde su corazón, la excelencia y grandeza de un primer obispo, adornado de todas las gracias y dones que derramó el Espíritu sauto en las almas de aquellos varones apostólicos, á quienes se encargó la conquista de todo el mundo con las armas de la cruz, con la sublime sencillez del Evangelio, con las virtudes propias de un buen cristiano, destinado para ser eternamente ciudadano de la corte celestial. Allí, suministrando á los convertidos los auxilios necesarios para perseverar en la gracia recibida, y conservar el sagrado depósito de la fé que había predicado; enseñando el modo de celebrar los oficios y divinos sacrificios, para tributar á Dios un culto digno y agradable á la Divinidad; y dedicándose total y exclusivamente á elevar á los españoles á la altísima é incompreensible

dignidad de verdaderos cristianos, fué en donde san Indalecio demostró su origen y procedencia del colegio apostólico, su virtud y mérito de un enviado del Señor, el grande espíritu de los que revestidos con la virtud del Altísimo admiraron al mundo con sus perfecciones evangélicas, y el poder de obrar milagros estupendos. En fin, habiendo dicho Jesús, que el modo más demostrativo de manifestar lo que se ama á los amigos, es el de dar la vida por ellos, y decretado que la sangre de los mártires fuese un semillero fecundísimo de cristianos, permitió que el cruel Nerón se manifestase tan hostil á los hijos de la Iglesia, que puso en ejercicio todo el poder del imperio romano y del Infierno para eliminar de la tierra el nombre de cristiano, y acabar con los adoradores de Jesús en toda la tierra. Los paganos, pues, ofendidos de las muchas conquistas que hacía san Indalecio para Jesucristo, se apoderaron de su persona, le atormentaron cruelísimamente, derramaron á torrentes su preciosa sangre; y ella está todavía produciendo virtudes cristianas; haciendo dichosos y felices á los españoles, dando al Cielo almas dichosísimas ocupadas en alabar, bendecir y glorificar al que las potestades angélicas saludan con el nombre misterioso de tres veces santo. Murió san Indalecio con la muerte de los apóstoles; pero dejando asegurados á los cristianos entre las influencias prodigiosas de su sangre, y las que desde el Cielo descienden sobre los fieles que peregrinan en la tierra. Mientras vivió no perdonó trabajo, fatiga ni incomodidad, por penosa que ella fuese, para anunciarnos el reino de los Cielos y revestirnos con la dignidad de hijos de Dios-haciéndonos cristianos; dió generosamente su vida por Jesucristo por corresponder á la gracia de Dios, y enseñarnos con el ejemplo el camino que conduce á la felicidad eterna; desde donde nos llama, desoso de que seamos tan dichosos y felices como Él lo es, en el inmenso océano de felicidades en que le tiene la bondad del Dios á quien sirvió. Hizo en favor nuestro todo lo que pudo hacer un varon apostólico dedicado á cumplir con la santísima voluntad de Dios; y, ó somos los más ingratos del mundo y los más enemigos de nuestras almas, ó debemos mostrarnos agradecidos á este glorioso Saulo, siendo accesibles á las doctrinas que nos predicó mientras vivió, que sigue predicando con su sangre derramada en nuestro suelo fecundizado con su virtud, y con las inspiraciones con que desde el Cielo llama, grita y voca á nuestras almas, para que jamás dejemos de ser cristianos, para que en nuestros conflictos, apuros y necesidades; recurramos siempre á Jesús, y le digamos como los apóstoles: Señor, aumentanos la fé.

No tenemos ya que afanarnos para buscar la felicidad en donde no

se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra; nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella; ha puesto en nuestras manos todo el poder del Cielo luchándonos cristianos; y con este glorioso título ya somos en la tierra la gente santa, el real sacerdocio, y el pueblo de adquisición, de que habla el príncipe de los apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fé viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos; y, muy especialmente, con las de los diez y nueve últimos en que triunfa, reina, e impera la cruz de nuestro Redentor y glorificador. Para hacerlo así no olvidemos, que no tenemos en este mundo mansión que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y aflicción de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sábio; á ser, en una palabra, buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Kehemos, como él, una ojeadita hacia el Cielo; y si tenemos fe, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso y de aquella gloria brillanteísima, nos animará, nos fortalecerá; nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo caberá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esto es la vida, el camino y la seada de la felicidad eterna. Extremos en ella; sigámosla sin tadearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el Cielo, y marchemos á él, como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicación, y contémos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalén de la gloria. Amén.

DIRECCIÓN GENERAL D

PANEGÍRICO DE SANTA INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR.

Exemplum virtutis, et fortitudinis.
Fue un ejemplo de virtud y de fortaleza.

(I. MACC. II, 21.)

La misma religion que propone á nuestra fé las oscuras verdades que debemos creer, ofrece á nuestra piedad los admirables ejemplos que debemos imitar; ejemplos que á su vez son la apologia más elocuente del Evangelio. Por ventura respándeese su triunfo en alguno con mayor claridad que en el de la Santa, cuyas virtudes y triunfos voy á referir en el día de hoy? Ella es la gloria de Roma como lo fué Judith de Jerusalén; por ella vióse confundida la idolatría, y paróció admirable el cristianismo á sus tiranos. El Señor la protegia en los más árduos y penosos trabajos. Como víctima de la inocencia y de la fé, alcanzaba la dicha de ver aplaudida su victoria hasta por sus mismos enemigos; y sobre su cabeza se colocó la corona del pudor y del martirio, que excede sin comparación á todas. Su santidad alentaba su fortaleza, y su fortaleza fué la recompensa de su santidad. Con el heroísmo de sus acciones, la multitud de sus prodigios y la fuerza de sus ejemplos, hizo, alternativamente, respetar y triunfar á la religion: *Exemplum virtutis et fortitudinis.*

Inés hizo durante su vida que la idolatría respetase á la religion. Estos fueron los ejemplos de su santidad. *Exemplum virtutis.* Punto primero. Inés hizo con su muerte triunfar á la religion de la idolatría. Tales fueron los ejemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis.* Punto segundo. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Los medios de que Dios se sirvió para hacer respetar á la religion durante la vida de Inés, me parece que fueron idénticos á los de que el Señor se valió para que esta misma religion fuese respetada en los

se halla. San Indalecio nos ha mostrado el lugar en donde se encuentra; nos ha señalado el camino por donde podemos llegar con facilidad á ella; ha puesto en nuestras manos todo el poder del Cielo luchándonos cristianos; y con este glorioso título ya somos en la tierra la gente santa, el real sacerdocio, y el pueblo de adquisición, de que habla el príncipe de los apóstoles. Solo falta que seamos fieles á la gracia de Jesucristo, huyendo del mundo, del demonio y de la carne, y viviendo con la vida de los justos; con la fé viva siempre victoriosa y triunfante, como se demuestra con la experiencia de sesenta siglos; y, muy especialmente, con las de los diez y nueve últimos en que triunfa, reina, e impera la cruz de nuestro Redentor y glorificador. Para hacerlo así no olvidemos, que no tenemos en este mundo mansión que sea estable; que debemos aspirar á la eterna y permanente de la corte celestial á que son llamados todos los cristianos; que en este valle de lágrimas todo es vanidad y aflicción de espíritu; que toda la grandeza del hombre está reducida á temer á Dios y á observar sus mandamientos, como lo dice el Sábio; á ser, en una palabra, buenos cristianos, como con tanto celo y caridad nos lo enseñó el glorioso san Indalecio, feliz, dichoso y bienaventurado por haber servido á Dios cumpliendo con su ley santa. Kehemos, como él, una ojeadita hacia el Cielo; y si tenemos fe, la memoria de aquella felicidad eterna, de aquel delicioso descanso y de aquella gloria brillanteísima, nos animará, nos fortalecerá; nos hará invencibles á los enemigos interiores y exteriores de nuestras almas, y todo caberá á la virtud de la cruz impresa en los corazones cristianos. Esto es la vida, el camino y la seada de la felicidad eterna. Extremos en ella; sigámosla sin tadearnos á la derecha ó á la izquierda; pongamos la vista en el Cielo, y marchemos á él, como buenos cristianos. Sea este el fruto de esta predicación, y contémos todos con ser eternamente felices con nuestro padre san Indalecio en la triunfante Jerusalén de la gloria. Amén.

DIRECCIÓN GENERAL D

PANEGÍRICO DE SANTA INÉS, VIRGEN Y MÁRTIR.

Exemplum virtutis, et fortitudinis.
Fue un ejemplo de virtud y de fortaleza.

(I. MACC. II, 21.)

La misma religion que propone á nuestra fé las oscuras verdades que debemos creer, ofrece á nuestra piedad los admirables ejemplos que debemos imitar; ejemplos que á su vez son la apologia más elocuente del Evangelio. Por ventura respándeese su triunfo en alguno con mayor claridad que en el de la Santa, cuyas virtudes y triunfos voy á referir en el día de hoy? Ella es la gloria de Roma como lo fué Judith de Jerusalén; por ella vióse confundida la idolatría, y paróció admirable el cristianismo á sus tiranos. El Señor la protegia en los más árduos y penosos trabajos. Como víctima de la inocencia y de la fé, alcanzaba la dicha de ver aplaudida su victoria hasta por sus mismos enemigos; y sobre su cabeza se colocó la corona del pudor y del martirio, que excede sin comparación á todas. Su santidad alentaba su fortaleza, y su fortaleza fué la recompensa de su santidad. Con el heroísmo de sus acciones, la multitud de sus prodigios y la fuerza de sus ejemplos, hizo, alternativamente, respetar y triunfar á la religion: *Exemplum virtutis et fortitudinis.*

Inés hizo durante su vida que la idolatría respetase á la religion. Estos fueron los ejemplos de su santidad. *Exemplum virtutis.* Punto primero. Inés hizo con su muerte triunfar á la religion de la idolatría. Tales fueron los ejemplos de su fortaleza. *Exemplum fortitudinis.* Punto segundo. Pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Los medios de que Dios se sirvió para hacer respetar á la religion durante la vida de Inés, me parece que fueron idénticos á los de que el Señor se valió para que esta misma religion fuese respetada en los

primitivos tiempos de su establecimiento. Dios escogió el instrumento más flojo del mundo para confundir lo que hay de más fuerte en él. Nació Inés en Roma, que dictaba leyes al universo, así como éste le había dado también dioses á ella... En el tiempo de sus brillantes triunfos era mucho ménos Roma que en los tristes días de sus persecuciones. Casi no tenían sus victorias otro objeto que el de disputar al cristianismo sus altares y arrebatarle sus discípulos. Menos celosa Roma en propagar su religion que lenta para defenderla, toda su política la hacía consistir en publicar bárbaros edictos, y todo su poder en hacerlos ejecutar. Cierto es que ya era aquella ciudad el centro de la Iglesia; pero de una Iglesia perseguida sin tregua, que casi contaba por el número de sus victimas el de sus discípulos. Por medio de unos templos secretos contruidos con suma rapidez en cuevas subterráneas, ocultaba á la vista de los perseguidores la santidad de sus sacrificios muchos hombres que los habitaban, capaces de despreciar los tormentos, aunque no de ser traidores á su fé. Los soberanos pontífices no salían de su retiro sino para ser llevados al suplicio; pero no habia otro recurso para ejercer la autoridad de su ministerio que el de ser constante y tener el valor necesario para los tormentos. No ha faltado quien dijera de Roma, que para conservar la religion habia consentido en perder á sus ciudadanos; y que lo que tal vez no hubiera hecho á favor de sus conquististas, lo hizo para hacer respetar sus errores. Mientras que aquella capital juzgaba á la religion cristiana y á sus discípulos por las siniestras imputaciones del odio y de la calumnia, ¿de qué medio os parece se valió el Señor para hacer en Roma respetable el Evangelio aún á la misma idolatría? Una tierna virgen, cuya virtud excita la admiración, fué el débil pero persuasivo instrumento de que se sirvió para defender á la religion, combatir tanto en sus costumbres como en su culto.

¡Cuán poderosa es la verdad, cuando para convencer y admirar á sus enemigos, no les muestra más que la tierna imagen de la santidad, de la modestia y de la inocencia! No de otra manera se muestra la religion en las costumbres de Inés. Educada en la escuela del paganismo, ¿cómo hubieran sido sus sentimientos? El haberla visto presentarse con aquella variedad mixtilata, que en las personas de su sexo sabe prevalecer bien del alto lugar que ocupan, aprovecharse de sus encantos, y dejar que se piense con variedad acerca de sus pretensiones. En ella no hubiera sido el pudor más que la obra del orgullo, y sus mayores sentimientos no hubieran dimanado sino de ambiciosos deseos, ó del arte de ocultar el vicio bajo la máscara de

la inocencia. Mas nó; no era, hermanos míos, una hipócrita señal la que daba á la idolatría en los primeros tiempos de la Iglesia una virgen formada en la escuela del Evangelio. Entónces se manifestaba la virtud sin rodeos, porque no se consideraba á propósito para perjudicar la estimacion de los hombres. Inés tuvo la fortuna de que en la capital del mundo idolatra no hubiese ella abierto los ojos á la luz sino para ver la claridad de la fé. Unos padres, cuya piedad era tan sólida como ilustre su nacimiento, la habian enseñado, que la nobleza es más bien un privilegio que un mérito; que las riquezas son ménos útiles que perjudiciales, y que el pudor es el primer ornamento de una virgen cristiana, su inocencia el más precioso tesoro, y la modesta sencillez el grande y principal arte de hacer respetar su religion.

Lo que habia empezado la educacion en Inés lo acabó la gracia. Una ilustrada piedad daba á entender en ella la madurez de la razon. Los sentimientos que en ella se manifestaban no los inspira la naturaleza. ¡Qué esmerada atención ponía para no descubrir una hermosura, que era muy sensible á su modestia por los deslucos que podia ocasionar! Tomó la santa determinacion de disgustar á aquellos á quienes habia resuelto no agradar jamás. Avergonzabase de las peligrosas ventajas de que la habia dotado la naturaleza. ¡Cuántas inquietudes y cuántos cuidados no la costó alejar unas impresiones tan fáciles de concebir como difíciles de borrar! Inés era en el retiro un prodigio de piedad ántes de que hubiese podido parecer en el mundo un prodigio de fé. Pero así como era inenarrable para combatir sus propias pasiones, así tambien será inquebrantable para combatir las de los demás. El instrumento más débil vá á armarse contra los más poderosos enemigos.

A los primeros héroses del Evangelio les habia anunciado Jesucristo la sangrienta y penosa suerte que les aguardaba. Seréis, les decía, el ludibrio y las victimas de la celosa Sinagoga, de la dominante idolatría, y de todos los pueblos que tengan algun interés en vuestra perdicion. Mas ¡qué vanos son contra la santa locura de la cruz los esfuerzos del humana poder! La debilidad resiste á la fortaleza; la virtud perseguida consigue que emulozca el vicio, aún á la vista de sus profanos altares; y la religion, que siempre es respetable en aquellos que la defienden, alcanza la aprobacion aún de aquellos mismos que pretenden destruirla. Acababa de empuñar las riendas del imperio un príncipe, cuya elevacion será siempre considerada como la mayor fatalidad del cristianismo. Diocleciano fué después de Nerón entre todos los cézaros el más cruel, el más feroz y el más

sanguinario. Casi siempre es el espíritu del soberano el que anima á sus vasallos; pero con especialidad el de aquellos políticos, que, destinados á los más importantes empleos, solo obran á gusto de la corte, condescendiendo con sus deseos, y siendo, por decirlo así, los ministros de sus injusticias. El enemigo con que debía pelear Inés, era uno de esos hombres intrigantes, que só color de ser muy celosos en obedecer las órdenes del príncipe, y de tomar interés por la religión, sabían dar un colorido á su ódio, justificar su furor, y asegurar su venganza, hablo de Sinfonio, gobernador de Roma. ¿Cuál fué la causa del resentimiento que manifestó contra Inés? La pasión. Pero ¿qué pasión! Aún no había visto Roma presentarse á Inés sino en aquellos sangrientos espectáculos que, en medio de las hogueras y de los cadalsos, ofrecía la constancia de los cristianos y de los mártires. ¡Ah! demasiado se había ya dejado ver para que el resplandor de su hermosa dejase de llamar la atención. Se la miraba y admiraba... Prócopo, que era hijo de un padre en cuya presencia temblaban cuantos habitaban en Roma, hizo jactarse de antemano de una conquista tan maravillosa. Su vanidad se arrebatada ya con la consideración de una victoria segura. Aquel á quien nada se le pone por delante que no echa á todo se atrave. Como enemigo portado y tentador, juzgaba que Inés sería susceptible de las flaquezas y debilidades comunes á su sexo. Para sorprender su sencillez, recurrió á los halagos y á los artificios. Para tentar á su vanidad, la prometió un puesto honorífico y un poder al cual solo le aventajaría el de los Césares. Para asustar su timidez la hacía algunas amenazas. Una enfermedad que acaso le sobrevino, le hizo conocer al gobernador de Roma, ó que debía apoyar las pretensiones de su hijo, ó temerse su perdición. Presentóse Sinfonio á Inés... ¡Qué sorpresa! Esta jóven doncella vió postrarse á sus pies un hombre, cuya alianza hubiese llenado de satisfacciones á las casas más ilustres de Roma. ¡Triunfo brillante por cierto para el orgullo de Inés, si hubiera sido su corazón sensible á otros encantos que á los de la virtud! Con qué palabras tan persuasivas y lisonjeras defendió aquel industrioso padre los intereses de su hijo! Luego, con qué amenazas tan terribles procuró intimidar á la que desesperaba de vencer! Este es el último recurso de las pasiones. Aquellos á quienes no pueden conquistar vienen luego á ser sus víctimas.

En un combate tan desigual y portado, ¿qué ha de poder la inocencia contra la fuerza? ¡Ah, hermanos míos! Cuando se tiene por apoyó á la gracia, no hay enemigos, por terribles que sean, á quienes no se pueda resistir. En los primeros impulsos de su fervor, de-

ploraba Inés aquellos finestros atractivos que solo la habían servido para ocasión de pecado. ¡Oh final hermosura, exclamaba ella, oh fuego de las pasiones, oh escobo del pudor, oh fuente de iniquidad! qué no pudiera yo borrar con mi sangre las finestas impresiones que has hecho en los corazones de quienes te contemplaban! No tardó mucho en hacerse respetar de aquel inoportuno tentador que la molestaba, oponiéndose á sus indignas instancias con una santa firmeza y un noble desprecio á sus continuas sollicitudes. Huid léjos de mí, decía ella, cebos del pecado, ministros del Infierno. Id, id, y sepultad en el más profundo olvido esa vergonzosa pasión que os consume. Quanto más os inquieta, más me ofende. Solamente vuestras miradas llenan de indignación á mi corazón. No, no tiene que esperar el gobernador de Roma, que ha de encontrar en ella una alma tímida y veleidosa, á quien hayan de ganar las demostraciones de amistad, y subyugar el aparato del poder. En el semblante de Inés se percibe su primera y última respuesta. Vos pretendéis, le dijo ella, que yo tome á vuestro hijo por esposo; pero ya tengo puesto mi corazón en otro con quien él no se puede comparar; esposo mucho más rico que los Césares, más poderoso que todos los del mundo. Él es el árbitro soberano del Cielo y de la tierra. ¡Oh Sinfonio! ¡oh Prócopo! ¡oh grandezas! ¡oh fortuna! ¿qué venis á ser vosotros para un corazón de quien es dueño Jesucristo? ¡Oh! ¡qué mudanza tan asombrosa se advirtió al oír este augusto y divino nombre! Desapareció el padre tierno; desde aquel instante habla ya como gobernador de Roma. El que amenaza es el más celoso hipócrita de los ídolos. El pretexto de religión es el favorable motivo de que se sirve el orgullo, el despecto y la venganza. Pero aquella que no temió al enemigo de su inocencia, tampoco temerá al de su fé.

Dispone Sinfonio que se ponga presa á Inés. ¡Oh gran Dios! ¿cuántos peligros se juntan para agobiarla! Mándasela que elija; ó incluirse entre las vírgenes consagradas á Minerva con el nombre de Vestales, ó resolverse á padecer la violencia que autorizan las leyes romanas contra los cristianos. ¿De qué expresiones me valdré yo para hacerlos comprender un incien misterio, que hasta el sol casi se niega á alumbrarle con su luz? Yo, hermanos míos, debo respetar vuestra delicadeza y mi ministerio. Hay crímenes contra los cuales no debemos combatir, porque nos horrorizaríamos al darlos á conocer. Inés fué sentenciada á presentarse en un lugar que, por la primera vez, veía á la inocencia en la horrible morada del libertinaje. Pero aquel Dios, que cubrió con alas de su providencia á José, Daniel y Susana, velaba en la defensa de Inés. Señor, le decía la Santa, yo os ofrezco

gustosa mi vida, pero sacad ítesa mi virtud. Con efecto, fué ciala su súplica. ¡Oh maravilla! El mismo Dios, por decirlo así, descendió á la tierra para defender la religion de Inés que se hallaba ofendida. ¡Qué amenazadora cuchilla estaba suspendida sobre la cabeza de aquellos que no se atreviesen á respetarla! Me parece que estoy viendo un ángel que, armado con rayos de fuego, estaba pronto para descargarnos. Prócope, el temerario Prócope, se atrevió á... pero una mano invisible lo detiene... oscurecióse la atmósfera, tembló la tierra, y se desgranó el rayo... Como si fuera otro Oza, cegó Prócope, se aterró y murió... Él, inmensos testigos y cómplices de su atentado, él llenos de pavor y espanto á desengañar á la idolatra Roma, de que, no solo es el Dios de Inés el vengador del crimen, sino el protector de la virtud... A vista de este terrible espectáculo, parecía que se arrepentía Roma del respeto que había guardado á los ídolos, y del odio que había tenido á los cristianos. Inés llegó á ser el objeto de la veneracion pública. A sus pies miraba un cadáver ennegrecido, que anunciaba su poder, y observaba como el fiero gobernador de Roma, su juez, solicitaba su proteccion y la pedía por su lujo. ¡Oh Dios á quien ahora Inés! Admira; admira y sorprende á los espíritus con otros prodigios diferentes.

Con efecto, señores, si nos detenermos á considerar los milagros de clemencia, advertiremos, que dando nuestra Santa al Cielo infinitas gracias por los beneficios que le había dispensado, y suplicándole sin cesar, se atrevió á pedirle otro favor aún mucho más distinguido y señalado, cual era la vida de su enemigo. Su caridad la movía á interesarse por la suerte de un desgraciado, que había sido castigado tan pronto como fué delincuente. Oyéronse sus nobles y generosas súplicas. Prócope recobró nuevamente la vista y la vida. El mismo prodigio que le había sacado de entre los brazos de la muerte, le sacó tambien de los de la idolatria. Convertido y lleno de reconocimiento, se declaró por cristiano, teniendo á mucha gloria, y llegando á ser por su fé una evidente prueba del respeto que merecia la religion de Inés. Ya habéis visto, oyentes, que Inés durante su vida; hizo con los ejemplos de su santidad que fué respetable la religion á la idolatria. Veamos ahora como con los ejemplos de fortaleza que nos dio en su muerte, consiguió que triunfase la religion de la idolatria.

El ver en los principios de la Iglesia llevar á sus defensores de tribunal en tribunal y de suplicio en suplicio, era, aunque muy triste, una cosa ordinaria. La cuchilla, los cadalsos y las hogueras constituían los terribles medios que empleaba la idolatria para arrebató al cristianismo sus heroicos defensores. Los pasos de sus primeras conquistas

eran señalados con arroyos de sangre. El universo se había armado contra aquellos que eran enviados únicamente para convertirle y salvarle. Habiendo heredado Inés su espíritu, queria tambien participar de su recompensa. Ya no eran razones las que se empleaban contra su fé, sino tormentos. Pero, ¿qué juez será el que se atreva á pronunciar una sentencia decisiva de muerte contra aquella á quien debe su vida el hijo del prefecto de Roma? Sinfronto, para conciliar su aparente celo por los ídolos con su secreta veneracion por su protectora, dimitió en otro juez el lugar que él ocupaba en el tribunal. Aspasa, cuyos ojos centelleaban, cuyo semblante descubria su furor, y cuyas manos goteaban sangre de los cristianos, fué el que en el tribunal de la justicia ocupó aquel distinguido lugar. En él no se conocían aquellos interrogatorios siniestros, ni aquella disimulada bondad con que embaraza, sorprende y lisonjea á sus victimas la prudencia humana ántes de inocularlas; sabia que los encantos más atractivos no habían podido seducir á Inés; que las amenazas más terribles no la habían podido humillar; y así solo presentaba á su vista el sangriento aparato de su suplicio. Inés miraba con suma tranquilidad las cadenas que la estaban aguardando. Aún ignorando todavía como había de ser su muerte, se había dispuesto ya su corazón para padecerla. Ejecutado, ministros encargados de cortarme el hilo de la vida; ejecuta, decia ella, las órdenes que se os han dado. No, no penseis que habéis de hacer morir en mí sino lo que es puramente mortal. El alma que poseo, es una jova sobre la cual no tiene ningun derecho el fiero acero de la idolatria. Al oír estas palabras, pronunció el juez su sentencia, y fué condenada Inés al suplicio del fuego.

Lo mismo fué saberlo, que apoderarse de ella un excesivo júbilo. El lugar de su sacrificio la parecia un trono del que iba á tomar posesion. Corrió hacia él con aquella firmeza varonil que sólo inspira la religion. Preparóse la hoguera, encendióse la llama, y todo infundía pavor; de manera, que hasta en los corazones más bárbaros á inmensos se dejaba percibir la compasion. Yo no puedo explicar mejor que con el silencio la consternacion que se esparció, y la lástima y el terror que se advertía á vista de semejante espectáculo. Ya me parece que no se percibe otra cosa que las asperadas porciones de un cuerpo consumido por el fuego destructor. ¡Oh qué prodigio!; cómo que perdian las llamas su actividad para con Inés! Al modo que si su cuerpo estuviese espiritualizado, se notó, no sin admiracion, que no la había hecho ningun daño. Las llamas de que estaba rodeada la respetaban, y la hoguera que debía destruir y consumir su víctima,

hacia más resplandeciente su victoria. Aquel mismo fuego que respetó á Inés, fué el que tambien la vengó y á la religion con ella. Divídense las llamas: con su separacion llevan repentinamente entre los enemigos de Inés la desolacion, la destruccion y la muerte. Los sediciosos espectadores de su suplicio fueron las desgraciadas victimas de aquel fuego. Al modo que un imprevisto incendio, ó unas rápidas centellas llevan por los parajes circunvecinos las llamas, la desolacion y la muerte, no dejaron por todas partes sino tristes señales de su ruina, se extendieron contra aquellos malvados las horribles llamas del injusto suplicio.

Pero por desgracia, los prodigios que obró Moisés á vista de Faraon, no sirvieron sino para endurecer más y más el corazon de aquel desgraciado príncipe. No de otra suerte admiraron al pueblo que los veía, los milagros que justificaban la fé de Inés, supuesto que solo le sirvió para más endurecerse en su rebeldia. ¡Qué cosas tan horribles se me representan á la imaginacion! ¡Oh crueldad! ¡Oh bárbaro juez! Díctame éste por fin otra nueva sentencia, y aquella que no habia podido parecer á impulsos del fuego, murió al filo de la espada. Ya se dejaba ver el hierro, que aún estaba teñido con la sangre de infinitos cristianos. Hierro, tirano hiere á tu victima; su sangre corresponde al esposo que ella ha escogido; ya es tiempo de derramarla. La misma Inés es quien te exhorta y quien te alienta para que concluyas tu obra y consumas su sacrificio. Acaba... ¿en qué te detienes? Ella misma parecia que provocaba á la mano encargada de descargar el golpe fatal. Se detenía, no obstante; oraba. Y por fin, inclinó aquella respetable cabeza, adornada ya con la duplicada corona del pudor y de la fé. ¿Cuánto deseará yo, hermanos míos, poder fijar vuestra consideracion sobre el encendido y sangriento lugar del suplicio! Allí véis como llego repentinamente de horror el ejecutor de la justicia, se negaba casi á cumplir con su ministerio. Allí le véis estremecerse, y como si el mismo hubiera sido condenado, volver á otro lado su cabeza para no ver la victima que iba á sacrificar. Allí le véis coger con mano trémula el hierro que debia acabar con la vida de Inés. Allí véis cubiertos todos los semblantes de un color pálido, como triste imagen de la muerte. Todo se interesaba en el peligro de Inés, y todo temblaba por ella; la Santa únicamente era la que nada temía de cuanto pudiera sobrevenirle. En aquel lance tan crítico, á ninguno sino á ella se le dejaron de saltar las lágrimas. Y en una palabra, allí la oyérais dirigir sus últimas súplicas al Cielo, con una firmeza y constancia digna de un apóstol. ¡Oh Dios mio! ¡Oh Padre mio! yo adoro tus decretos; en medio de mis trabajos re-

conozco tus beneficios; y mi corazon te manifiesta bien claramente mi reconocimiento. He creído, y esperado. Ya veo lo que creía y lo que esperaba; ya lo poseo. Amigos míos, parientes, y vosotros, sensibles cristianos, que os interesais en mi suerte, dejad, dejad de llorar, dejad de compadecerme; participad más bien de mi alegría; alabad mi victoria, que es la de la religion y la vuestra. Así hablando, se levantó el cuchillo y descargó el golpe. Á la fuerza de éste, cayó, y espiró bañada en su misma sangre. De este modo triunfó Inés por su muerte de la idolatria.

Si reflexionais sobre la historia de la Iglesia advertiréis, que desde la muerte de Sta. Inés, es desde cuando parten aquellos dichosos dias, en los que empezaron los ídolos á tener menos adoradores, y Jesucristo más discípulos. Murió Inés, pero desde el mismo siglo en que ella espiró, principió la época favorable en que la Iglesia enjugó sus lágrimas; dejó de ser cautiva la divina palabra; se postraron los príncipes á vista de las naciones delante del Dios muerto en el Calvario; reconoció Constantino, vencedor de Majeuco, que la victoria que consiguió se la debía á Jesucristo; y llegó á ser la religion sagrada de los Césares aquella á la cual ellos mismos persiguieron. No han faltado algunos entre los celosos devotos de Sta. Inés, que havian mirado el triunfo y la paz de la Iglesia como una recompensa de su martirio. Aprovechémonos, hermanos míos, de sus ejemplos; atrevámonos á levantarnos sobre las desdichas y desgracias del tiempo. Aquella heroína fué cristiana en un siglo idolatra; sémoslo nosotros en un siglo incrédulo; ella menospreció los suplicios, menospreciemos nosotros las malignas censuras. Conozcamos solamente, á su imitacion, nuestras obligaciones; cumplámoslas exactamente, y así mereceremos como ella algun día la corona que posee en la eternidad. *Amén.*

PANEGÍRICO
DE LOS SANTOS INOCENTES.



*Surgit et occipit puerum et matrem ejus
et fugit in Egyptum.*

*Levántate, toma al niño y á su madre,
y huuye á Egipto.*

(MATEO II, 13.)

Los disgustos y los placeres, la alegría y la tristeza, y los bienes y males de esta vida forman una cadena tan difícil de romper, que muchas veces aquel que piensa disfrutar de un placer, ó asegurar su dicha para siempre, promoviendo un acontecimiento que lisonjee sus pasiones, suele ser causa el mismo acontecimiento de que vengan innumerables males, que, llevando su vida de dolores, le suman en una completa desesperación. Al contrario; muchas ocasiones hay, en que viniendo sobre uno infinitos males por inspiración ó provocación de los que le quieren mal, estos mismos males son el origen y el fundamento de una felicidad completa.

En ninguna situación se demuestra con más exactitud esta verdad que en la doctrina del Evangelio, y en el orden de justicia que nos enseña nuestro dogma religioso, cuando nos muestra un tribunal inflexible y lleno de justicia en la otra vida, para deshacer las injusticias y agravios que se nos hacen en ésta. Este dogma consolador es el sostén del desgraciado en las mayores tribulaciones; es el que rechazan con imprudencia aquellos que quieren cimentar su dicha en la ruina y desolación de los demás. ¿Y qué consiguen con esto? Que ni en esta vida ni en la otra llegan á obtener la paz y los placeres que buscaban; porque es tal la condición del corazón humano, que los deseos se multiplican en él en proporción de la costumbre de satisfacerlos. Si el hombre nace pobre, desea ser rico; si es rico, ambiciona mandos y honores; si obtiene los mandos y honores, ambiciona el principado; si es el primero de todos en la nación, ambiciona someter á los extranjeros; y si la impotencia le reduce á vivir solo

en su reinado, el más mínimo rumor de que exista otra persona que pretenda su puesto, le arroja en el camino de los crímenes y de los excesos más inauditos.

En el suceso que la Iglesia celebra hoy, se demuestra muy eficazmente, que los bienes y males no están á la disposición del hombre; y que los deseos del tirano y del ambicioso no se satisfacen solo con rendir á sus pies á los hombres ya formados, sino que se ceba y busca hasta la sangre de los inocentes recién nacidos. Si, católicos: hoy celebra nuestra santa Iglesia el aniversario del suceso terrible, que, sumiendo en el dolor y la consternación al pueblo de Belén, hizo desaparecer en aquel punto la generación contemporánea de nuestro Señor Jesucristo. ¿Sería la causa de este suceso el desear Dios, llevar hácia sí los niños que nacieron á la inmediación de nuestro Redentor, con el objeto de que conociesen la gloria ántes que las miserias de la vida humana; ó sería para que viésemos en la tiranía y crueldad de Herodes la odiosa imagen del hombre ambicioso y soberbio, que por el celo de su principado se arrojó á un crimen, que podía considerarse homicidio, porque contra Dios dirigía las afiladas espadas de sus despiadados soldados? Las dos cosas nos quiere enseñar la Iglesia hoy, encerrando dos puntos morales, que yo trataré de explicar en mi discurso, cumpliendo la misión de que me hallo revestido.

¿Cuánto estimára yo conseguir con él la reforma de vuestro corazón, enseñándoos á apreciar todo lo que vale la inocencia, y el odio que merece la insaciable ambición, que no respeta ni aún á los inocentes recién nacidos! Tendría esperanza de alcanzar el objeto que me propongo, si Dios se dignase iluminar mi entendimiento, ofreciéndome á mi lenguaje las palabras que más impresion os causarán. Ayudadme, fieles, á impetrar del Todopoderoso los auxilios de su divina gracia: M. A.

Había pasado algun tiempo desde el nacimiento de Jesús; le habían ido á adorar los Reyes Magos, excitando en Herodes la idea de descubrir al Niño recién nacido para matarle; se había verificado la entrada en Jerusalén de nuestro Redentor, cuando María fué á presentarlo en el Templo, y el Señor por medio de su ángel había dicho á S. José, que tomase su familia y fuesen para Egipto hasta que muriese Herodes, con el fin de evitar la muerte que éste procuraba dar á Jesús. Efectivamente; Herodes, agitado por sus malos pensamientos desde que entraron los Magos en Jerusalén, y viendo que éstos no volvían á darle razon del sitio donde estaba el Rey de los judíos que

habían venido á adorar, y que se aumentaban los rumores de lo ocurrido en el Templo con el anciano Simeon y la santa Viuda, que reconocieron en Jesús al nuevo Salvador, sentía nacer en su corazón nueva ira y nuevo rencor contra El; y decidido á buscarlo para matarle, concibió la horrosa idea de degollar á todos los niños de dos años que hubiera en el distrito de Belén, que era la ciudad de David. Fijó sus iras sobre esta ciudad, porque en virtud de los informes de los sacerdotes y doctores, la ciudad de David, que era Belén, era el punto donde había de nacer el Mesías, según lo habían anunciado los profetas.

Calculando el tiempo que había trascurrido desde la venida de los Reyes Magos, y el que éstos le habían manifestado que pasó desde la aparición de la estrella, llegó á comprender, que entre los nacidos dos años ántes del decreto de muerte que iba á firmar, precisamente se había de hallar el rey de los judíos, que él consideraba destinado á quitarle la corona real que poseía. Esta fué la causa de haber limitado la carnicería á los niños de esta edad; pues si él hubiera comprendido que podía hallarse entre los de una edad más avanzada, se hubiera extendido mucho más el inhumano y tiránico decreto de destrucción y muerte que había firmado. Pero ¡cuán fallidos son los juicios de los hombres; sobre todo, cuando tienen por objeto contrariar las miras de la divina Providencia! El niño que él buscaba, ya no se hallaba dentro del término de sus dominios; porque, cuando el ángel dijo á José: «Levántate, toma al niño y á su madre, y huye á Egipto;» como hombre prudente, y que apreciaba los avisos que Dios se dignó hacerle por medio de sus enviados, sin tomar á las tinieblas, ni á las incomodidades de un viaje penoso como tenía que ser el que hiciera con un niño de tierna edad y con una mujer, se puso en camino, y huyó del país natal, donde con tanto espantamiento se perseguía al niño Jesús á quien él adoraba. La idea de que esto sucediera podía haber ocurrido á Herodes, y de este modo evitar la ejecución del bárbaro decreto, que había de sumir en luto y lloro á la ciudad de Belén; pero cuando la tiranía y la crueldad se apoderan del corazón de los hombres, les cierran el entendimiento á toda idea que pueda mitigar el ímpetu de sus iras. Así es, que Herodes no escuchó más consejo que el odio que encarraba su corazón contra Jesús, y determinó la ejecución del bárbaro decreto.

Armados de él marchan sus soldados á Belén y principian á ejecutarlo. Se esparcen por la ciudad armados de sangrientas cuchillas, y mostrando en su rostro amenazador la ira del tirano cuyas órdenes iban á cumplir. ¡Ah infelices madres, que semejantes á Raquel, es-

parcis el llanto por vuestros hijos y no os podeis consolar! Reprimid vuestras lágrimas y vuestras lamentaciones, porque no servirá para utilidad del tirano la muerte de vuestros hijos, sino para ensalzamiento y gloria de los inocentes martirizados por causa de Jesucristo. Vuestros lamentos no libran, nó, á vuestros infelices hijos de la muerte que decretó los tiranos como Herodes, porque éstos cierran sus oídos al infeliz, y solo escuchan las palabras lisonjeras de los aduladores que les rodean, auzziéndoles é instándoles á marchar por la carrera del crimen. Bien demuestran esta verdad los acontecimientos que ocurrieron en Belén cuando se llevó á efecto la degollación de los inocentes. El feroz soldado entraba en la casa de las infelices madres, persiguiéndolas para arrancarles el fruto de sus entrañas hasta los últimos recintos, donde ya les era imposible evadirse de su persecucion. Entonces se trababa una lucha cruel: las madres defendiendo la vida de sus hijos, cual la leona defendiendo los cachorros que le quiere robar el cazador de los bosques africanos, se arrojan á los soldados presentando su pecho y su cuello para bartarles de sangre, y evitar de este modo que llegasen á derramar la de sus propios hijos.

Para comprender toda la barbaridad y crueldad del mandato de Herodes, es preciso pararse á considerar lo que ese amor de una madre, y el heroísmo y esfuerzo de que se reviste cuando trata de defender el hijo que abrigaron sus entrañas. Vosotras, madres que me escucháis, y habeis sentido ese amor puro y respetable con que contemplais el objeto inocente y gracioso del amor puro; calculad hasta dónde llegaría el esfuerzo de las habitadoras de la ciudad de David, cuando los fieros satélites de Herodes iban á destruir la existencia de sus queridos hijos. La humanidad se estremece al figurarse como una infeliz encorvada sobre el suelo gacerece á su hijo de los golpes que le amenazan, y vuelta la cabeza á su perseguidor con los ojos llenos de un aire asombrado y amenazador le conjura, que ántes destruya su existencia, que no llegar á herir al hijo que gacerece con su cuerpo. Pero el soldado brutal desprecia su llanto y sus gemidos; y aprovechando la fuerza de sus músculos y de sus nervios, agarra á la infeliz y la arroja por el duro suelo con una mano, y con la otra, que empuña y enarbolaba una cuchilla ensangrentada, descarga un golpe sobre el infeliz infante, que apenas ha nacido pasa á ser presa de la muerte. Márchase el feroz ejecutor del decreto de Herodes, y al volver la madre en sí del brusco golpe que ha recibido, se arroja sobre su hijo, y no encuentra más que su cuerpo mutilado. Otra, al ver venir hacia sí al soldado cruel, se aterra, cae de rodillas á sus pies,

levanta sus manos suplicantes pidiendo la vida de su hijo; este inocente también, por una impulsión natural, levanta sus tiernas manos é implora gracia ánte el soldado, que ahogando todo sentimiento de humanidad, coge con una mano las suplicantes de la tierna criatura y con la otra descarga la cuchilla, que echa la cabeza sobre el cuerpo de la madre desmayada.

Otra, llena de rabia el corazón, desesperada ánte la injusticia y la barbaridad mandada ejecutar por Herodes, se abalanza á los soldados, se echa sobre las armas desagrenadas cortando sus propias manos, y defendiendo hasta el último trance la vida de su hijo, y solo cuando exánime ó muerta cae á sus pies, pueden los auxiliares del tirano llegar á consumir el horroroso crimen que se les había encomendado. Pero, ¿á dónde iría á parar si fuese á describir todas las escenas de horror y de desolación que produjo la crueldad del feroz Herodes en el distrito de Belén, cuando fueron degollados los inocentes contemporáneos de la infancia de nuestro Señor Jesucristo? El tirano no consiguió sus fines, y el mal que intentó causar á los inocentes que degolló con su inhumano decreto, para él ha venido á resultar, porque aquéllos disfrutan de una felicidad incomparable, y él sufre los castigos del bárbaro atentado que hizo contra Dios, porque al Dios encarnado, al Verbo, fué á quien buscaban los satélites de sus iras.

Conocido el hecho material que la Iglesia celebra en el día de hoy, pasaremos á explicar los dos puntos morales que principalmente atroya de sí: uno es, que no siempre son males las desgracias que nos suceden; y otro, que no se asegura nuestra dicha buscando nuestra felicidad en la satisfacción de los deseos ambiciosos. El primero lo vemos bien patente en la condición inocente de los niños degollados, que sin crimen de ninguna especie sufrieron una muerte cruel; y el segundo en la vida agitada que tuvo Herodes después de este hecho, llegando por el exceso de su celo de reinar á matar á su propio hijo Antipatro, pocos días antes de morir.

La inocencia, amados oyentes míos, es agradable y acepta á Dios, que se complace en tener á su lado inocentes; como lo significó Jesucristo, cuando llamando á un niño lo puso en medio de los apóstoles y dijo: «De cierto os digo, que sino volviéseis y fuésetis como los niños, no entraréis en el reino de los Cielos: así que cualquiera que se abajare á ser como este niño, ése será muy grande en el reino de los Cielos. También los hombres, cuando quieren pintar lo que ellos llaman la edad de oro, ó el tiempo de su mayor felicidad, dicen, que ésta consistía en la inocencia que tenían todos los hombres, estando

desterrados los malos efectos, que después fueron causa de que viviese la edad de hierro ó tiempos de destrucción, en que los hombres principiaron á perseguirse por medio de las guerras. Siendo, pues, tan excelente la inocencia en sí, y tan agradable á los ojos de Dios el que la posee; cuánto mérito no tendrá á sus ojos el que en este estado padece por El la muerte que sufrieron los santos Inocentes? Seguramente los méritos que contrajeron á los ojos de Dios las víctimas sacrificadas por la ira de Herodes, recibiendo un bautismo de sangre, que les hizo pasar á formar parte del coro de los ángeles y arcángeles, sirven de mucho en la comunidad de los fieles de la Iglesia militante y triunfante; y ellos en la Gloria habrán hallado, no solo la recompensa de la injusticia de que fueron víctimas, sino la que tienen los espíritus justos, cuando pueden hacer bien ofreciendo su mérito por los demás hombres. Humanamente considerado, el suplicio que sufrieron los santos Inocentes es horroroso, cruel, y el corazón se resiste á la persuasión de que hayan existido hombres capaces de llevarlo á cabo; pero examinado en todo su resultado, el furor del tirano su perseguidor fué un instrumento de que Dios se sirvió para llevar hácia sí los inocentes contemporáneos del nacimiento de Jesucristo. ¿De cuántas miserias y de cuántos dolores no fueron libertados de sufrir en esta vida, además de los gozes inefables que alcanzaron en la otra? La mayor parte de los hombres se van en la precisión de exclaimar, ya un día, ya otro, ya por este, ya por aquel motivo, que fuera mejor no haber salido de la edad de la inocencia.

Los males que pensó causar Herodes, no llegaron á tener el resultado que él se propuso; pues que no consiguió la ruina de los mártires Inocentes, ni la muerte de Jesús, á quien José, avisado por el ángel, había conducido á Egipto en compañía de su divina Madre: solo consiguió que las víctimas de su furor y de su tiranía subiesen al Cielo, siendo recibidos con cánticos y salutations. El tirano consiguió, sí, sentir de llanto el distrito de Belén atigiendo á las desdichadas madres, que como Raquel lloraban á sus hijos sin poderse consolar; pero también las madres deben consolarse, porque á ellas se extienden las palabras que á la misma Raquel dirigió el Señor diciéndola: «Reprime tu voz de llanto y tus ojos de las lágrimas, porque salario hay para tu obra, y las lágrimas volverán á la tierra del enemigo: esperanza también hay para tu fin, y tus hijos volverán á su término.» Si, madres desgraciadas, cesen vuestros gemidos y vuestros dolores, porque Dios los tará recaer sobre Herodes; y vuestros hijos, que él quiso destruir, tendrán al lado de Dios el término.

de sus penalidades y el premio de su martirio. Cesad de llorar, porque el tirano, que al firmar su decreto no solo atacó la existencia de vuestros inocentes hijos, sino que preparó una profunda herida á vuestro amante corazón, será herido y mortificado hasta por sus propios hijos. Y vosotros, oyentes, si quereis participar de la gloria de los Inocentes, volved á su edad, como aconsejaba Jesucristo á los apóstoles, mudando vuestra vida y olvidando hasta la filo de vuestras antiguas fallas. En este estado conoceréis, que los males no son todos los que nos causa el furor de nuestros enemigos, porque éstos nunca pueden llegar al alma del inocente y del justo, que dispuesto á sufrir el martirio espera una vida eterna y llena de felicidad. Al contrario; si conseguís colocaros en ese estado de gracia, en que el hombre no teme más que el pecado y la ofensa que puede hacer á Dios que le ha criado, vereis que ninguna clase de males existen para vosotros, sino que sean origen de los beneficios que disfrután en el Cielo los santos Inocentes. Las mortificaciones que pueden atraer á vuestro cuerpo los más encarnizados enemigos, serán el principio de una eterna felicidad.

Ahora os voy á demostrar el otro hecho moral que me he propuesto, enseñándoos, que no está la felicidad en la satisfacción de nuestras pasiones, como lo demostró el tirano Herodes, habiendo sido feliz en la mayor parte de su vida. Las desgracias vinieron á su casa, sin darle tregua ni descanso. Él había deshecho las intrigas de sus enemigos, los había vencido en el campo de batalla, y había conseguido, con la amistad de los romanos, elevarse al trono de Judá, cautivando el aprecio de sus gobernados con algunas acciones buenas, aunque siempre se descolaba en su carácter una tendencia á la dureza y crueldad. Pero de un hombre afortunado en sus empresas, de un rey, que lleno de gloria adornaba con monumentos la ciudad de Jerusalén, capital de su imperio, se convirtió en un tirano, y vió en su familia introducirse los crímenes mayores que pudieran imaginarse. Sus hijos Alejandro y Aristóbulo se rebelaron contra él; su hijo Antipatro formó una conjuración para destruarlo; se le prepararon venenos; y tuvo el desconsuelo de temer que vengar con la muerte de sus hijos las rebeliones que tramaron contra él. No pararon aquí solo sus misérias: introducidas las pasiones en las personas de su familia, entraron otra clase de crímenes, cuales son todos los que provienen de las conspiraciones y de los amores incestuosos, producidos por la crápula y por los desórdenes. El mismo estaba atormentado con muchos dolores, con una calentura muy grande, y con una comezon intolerable é importuna espárcida en todo su cuer-

po. El historiador Josefo dice, que tenía dolores en el cuello, los pies hinchados entre piel y carne, hinchado el vientre; se le pudrían sus partes viriles con muchos gusanos, tenía gran pena en la respiración; y era fatigado por tantos suspiros y encogimiento de sus miembros, que los que le veían creían que era venganza de Dios. En este estado tan miserable nunca salía de su pecho la pasión de mando y de dominación, que le había arrastrado á cometer el horrendo crimen de degollar á los santos Inocentes por perseguir al Hijo de Dios, porque los Magos le habían llamado Rey de los judíos y venían á adorarle.

El odio de los pueblos contra él se pronunció de tal manera, que excitando su furor, dispuso encerrar los hombres principales de su reino en un hipódromo, con el objeto, segun decia, de que fuesen degollados cuando él muriese, y así lloraban por fuerza su muerte los habitantes de Judea. Entre los tormentos causados por la muerte violenta de sus hijos, por los remordimientos de su conciencia alterada por sus crímenes, y por los dolores de la extraña y rara enfermedad que Dios le había mandado, pasó sus últimos días, llegando una vez su desesperación al punto de quererse suicidar, si uno de sus servidores no lo hubiera impedido; impidiésole, pero murió atormentado por las plagas que cayeron sobre él. Bien merecido tuviste, Herodes, el castigo que vino sobre tí, y mayor será el que esperarás sufriendo en los eternos tormentos, por haber llevado tu tiranía y tu crueldad hasta el extremo de decretar la degollación de los niños Inocentes, que tus soldados arrancaron con inaudita fiera de los brazos de las madres de la ciudad de David, dejándolas inundadas de sangre y desolación. La felicidad que tú quisiste buscar destruyendo el verdadero Rey de los judíos, no vino sobre tí, como esperabas, y la tienda que diste á tus pasiones desenfrenadas fué el origen de tu desdichada vida y de tus tormentos en el mismo trono, cuya integridad buscabas con tan feroces extremos. La corona y la opulencia de tu palacio no sirvió de escudo contra las misérias que vinieron sobre tí; porque cuando el dedo de Dios señala el castigo que impone á los hombres en esta vida ó en la otra, no hay celos, ni coronas, ni ejércitos, ni pueltos que lo resistan. En esto que sucedió á Herodes habreis conocido, oyentes, que la felicidad no nace de la satisfacción de las pasiones y deseos inmoderados; al contrario, cuando un deseo ó una pasión está satisfecha, nacen de ella otras y otras, que nos llevan al término fatal á donde fué conducido el rey Herodes, por dejarse arrebatar de la crueldad y de la ira hasta degollar á unos desvalidos inocentes.

Queña, pues, demostrado por este medio el segundo hecho moral que me propuse al principio de mi discurso: y solo me resta, apoyado en uno y otro, aprovecharme de la convicción que hayan creado dentro de vosotros para exhortaros á huir de las pasiones que nós llevan á los remordimientos, á las enfermedades y á los castigos eternos; y buscar la inocencia que conduce á la gloria de que están gozando los santos inocentes, volviendo á su edad en la forma que aconsejaba Jesús á los apóstoles. Para conseguirlo no tenemos más que seguir los preceptos del Evangelio, mudar nuestras malas costumbres, y adquirir la vida de inocencia que tan grata es á los ojos de Dios. Si alguna vez flaquean nuestras fuerzas en el áspero camino de la virtud, dirijámonos á los mártires inocentes para que intercedan con Dios en nuestro favor, y nos presten la fortaleza que necesitamos, aplicando por nosotros parte de los méritos que contrajeron siendo víctimas de la persecución, que se dirija contra el Salvador del mundo. De este modo alcanzaremos tranquilidad de conciencia y verdadera felicidad en esta vida y la gloria en la otra.

PANEGÍRICO

DE SANTA ISABEL, REINA DE HUNGRÍA.

Mulierem fortem quis inveniet?
 ¿Quién hallará una mujer fuerte?
 (Prov. xxxi, 10.)

El más sábio de los mortales pregunta con énfasis: «¿Quién será capaz de hallar una mujer fuerte?» En esta pregunta nos dá á entender la suma dificultad que hay en hallar un prodigio de esta naturaleza; y por lo mismo añade, que la tal mujer sería un tesoro inapreciable. No habla aquí el Sábío de aquella fortaleza, que consiste en el vigor extraordinario de los nervios y miembros del cuerpo, ni en la perspicacia y actividad admirables de las potencias del alma; habla, si, de la fortaleza de una sólida y acrisolada virtud, con la que se superan fácilmente cuantos obstáculos puedan impedir el más exacto cumplimiento de todos los deberes, y el adelantamiento en el camino de la perfección. Y aunque ya en la ley antigua se habían conocido mujeres dotadas de una rara fortaleza, como Judith, Débora, y otras semejantes, estaba reservado para el tiempo de la nueva ley, el descubrimiento y la posesión de estos admirables prodigios de fortaleza. La Iglesia ofrece hoy á nuestra consideración una heroína de esta especie, cuya magnanimidad arrebató necesariamente la admiración de cuantos llegan á conocerla.

Isabel, hija de los reyes de Hungría Andrés II y Gertrudis, y esposa de Luis, Landgrave de Hesse y de Turingia, es el prodigio de fortaleza de que os hablo. Isabel fué un portento tan extraordinario de virtud, que, en el discurso de solos veinte y cuatro años que duró su vida, dejó un perfecto modelo, un dochado de todas las virtudes, digno, pero difícil de imitar á todos los estados. Solteras, casadas, viudas, religiosas, todas sin excepción, tienen en la vida de Isabel el libro más instructivo en que pueden aprender á santificarse, y aún á perfeccionarse, llenando completamente los deberes de sus respec-

tivos estados. Bien quisiera yo daros una idea minuciosa de todas sus virtudes; mas no siendo esto posible, así por la brevedad del tiempo, como por mi insuficiencia, y deseando no defraudar enteramente los deseos de mi auditorio, me limitaré á hablar de una sola virtud, que es como el compendio de las demás, á saber: de la heroica fortaleza de que nos hace el mayor elogio Salomon en el libro de los Proverbios. Os propongo, pues, á Isabel como á una heroína prodigiosamente fuerte, ó lo que es lo mismo, atorada de una virtud tan sólida, que la hizo superior á todos los esfuerzos con que el enemigo trató de combatirla; os haré ver, que con su fortaleza venció completamente los peligros á que podieran exponerla los honores, los tesoros, los placeres y las comodidades del mundo; y que del mismo modo venció las tentaciones que pudieran ocasionarla todas las vicisitudes, injurias, persecuciones y desgracias temporales. Ni la completa prosperidad, ni la desgracia más terrible fueron capaces de alterar la dulce paz de su corazón, ni disminuir en un solo ápice el heroísmo de su virtud. *A. M.*

Á solo dos están reducidos los arbitrios de que pueden valerse nuestros enemigos, para arrancar de nuestro corazón la inestimable joya de la virtud; ostos son, proporcionarnos los bienes que naturalmente apetecemos, ó afligirnos con las calamidades que naturalmente deseamos evitar en el tiempo de nuestra peregrinación; más claro ofrecernos la prosperidad, ó amenazarnos con la desgracia. Ni uno ni otro medio fueron capaces de rendir la inexpugnable fortaleza de Isabel; sirvieron, por el contrario, para acrecentarla ó hacerla llegar á su perfección. Difícilmente se hallará una prosperidad, ó bñmese fortuna, más completa que la en que fué colocada esta niña por la Providencia. Hija de unos reyes poderosos, destinada casi desde su nacimiento para esposa de otro soberano, colocada en el solio á los catorce años de su edad, elevada á la cumbre de los honores y de la grandeza, naciendo, por decirlo así, en la opulencia, poseedora de todas las comodidades y delicias imaginables; obedecida, cortejada, adorada de todos; ¿quién no creerá que la felicidad de esta mujer consistía en la posesión de todos estos bienes? Pero no; los inmensos favores que la dispensaron la naturaleza y la fortuna, desaparecieron completamente á la vista de los más apreciables tesoros con que curtió su alma la gracia del Señor. Empleada sin cesar en la meditación de la vida, pasión y muerte de nuestro divino Redentor, no era posible que se dejara llevar de los estímulos de la soberbia, de la ambición, de la avaricia, de la sensualidad, de ninguna de las pasio-

nes. Viendo al Unigénito de Dios reconocido, aclamado, adorado de los ángeles y de los hombres, de los reyes y de los pastores, de los astrólogos y de los brutos, del Cielo y de la tierra, y al mismo tiempo desnudo, pobre, sujeto á todas las miserias: viéndole derramar su precioso sangre, en cumplimiento de una ley capaz de oscurecer su gloria, si su gloria pudiera ser oscurecida; viéndole por todo el discurso de su vida dedicado á la oración, al trabajo, á la mortificación, á los ejercicios de caridad y misericordia, se siente inflamada, abrasada con las llamas de su amor, y se resuelve á imitarle en cuanto lo permitan sus fuerzas.

Para esto dá principio por la humildad; se complace en ver su propia grandeza para humillarse hasta lo sumo, no descubriendo en sí el más leve mérito para tanta elevación. No duda que la Providencia, que pudiera libre y justisimamente haberla colocado en la condición más baja y miserable, ha querido constituirla graciosamente y sin deberla cosa alguna en la suprema dignidad; pero conoce al mismo tiempo, que ha de exigirla no día una cuenta estrechísima del uso que haga de ella. Esta sola consideración la confunde, la llena de un temor santo. Así es, que al entrar en el templo, siendo todavía niña, adornada con el primor y la ostentación correspondientes á su estado, apenas se ofrece á su vista la imagen adorable de Jesucristo crucificado, sin poder contenerse, arranca de su cabeza la preciosa gairnada de diamantes que la adornaba, y retirándola de sí con un santo desprecio, exclama: cuando la cabeza de mi Dios está por mi culpa coronada de tan agudas espinas, ¿quién yo el atrevimiento de ponerme en su presencia engalanada con este miserable fomento de la vanidad y de la soberbia? Cuando la santidad infinita está reducida por mi culpa al estado más lastimoso, yo, desgraciadamente pecadora desde mi formación, ¿seré capaz de obedecer á las leyes del orgullo? Y ya que no la sea posible presentarse en pública destitución de los preciosos ornatos correspondientes á su dignidad real, rodea su cuerpo de un cilicio cruel, de un áspero y grueso saco oculto bajo sus ropas, para que de ningún modo puedan éstas servir de páhulo á la soberbia.

Peró era necesario edificar á los vasallos con el ejemplo; y hé aquí que, aprovechando la oportunidad que nos presenta la Iglesia en el triste recuerdo de los misterios sublimes que celebra en la Semana santa, contra la escandalosa costumbre de muchas mujeres, que se reputan por cristianas y se presentan en tales dias en el templo á insultar con su lujo desmedido la vergonzosa desnudez de nuestro Salvador; hé aquí, digo, que Isabel se presenta en público

sin otro traje que un grosero sayal, sin otra comitiva que alguna criada que seguía gustosa su ejemplo; y enteramente descalza recorre toda la ciudad, visita sus templos; y tomando por modelo á la Reina de los ángeles, presenta en todos ellos la ofrenda de los pobres. Empeñada en seguir la doctrina y el ejemplo del hombre Dios, se entrega absolutamente al ejercicio de la oracion más fervorosa, de la meditación más profunda; y como si no la bastáran á este fin todas las horas del día, se priva del sueño, aprovecha las ocasiones en que advierte más profundamente dormido al Landgrave su esposo; deja el lecho por el oratorio, el sueño por la oracion, y el placer inocente por una mortificación austera.

Para imitar más perfectamente al Salvador se adicena al trabajo, destierra de su palacio la ociosidad, acostumbra á sus damas á ocuparse en la labor de manos; y para que no tengan de qué avergonzarse, las estimula con su ejemplo, eligiendo para sí las labores más groseras, más fatigosas, y si se quiere, las más degradantes, haciéndose por este medio acreedora á los elogios que de la mujer fuerte hace Salomon, cuando dice: *Buscó lana y lino... y sus dedos manejaron el huso.* No pudiendo dudar, que la principal ocupacion del Salvador en este mundo fué la misericordia, viéndole alimentar á tantos necesitados en el desierto, curar á tantos enfermos, limpiar á tantos leprosos, ejercer los oficios de una caridad la más ardiante con todos los menesterosos; viendo todo esto, se decide... Yo quisiera dar una idea de la misericordia, de la caridad, de la beneficencia de Isabel, pero mis lábios son demasiado groseros para hospedar un cuadro tan prodigioso; es muy torpe mi lengua para tributar los debidos elogios á una virtud acreedora á las alabanzas de los ángeles.

Vosotros, felices habitantes de la Turingia, vosotros pudierais instruirnos de lo que con tanta admiracion vieron vuestros ojos. Vosotros pudierais darnos auténticos testimonios de aquella caridad heroica, con que en un solo lugar proporcionaba diariamente el remedio más copioso á novecientos pobres; de aquella caridad abrazada con que, por evitar á los infelices la molestia de subir hasta las puertas del real palacio, edificó un hospicio en el valle á donde, á pesar de todas las incomodidades, bajaba todos los días la reina á distribuir por sus propias manos el sustento, el vestido, el calzado, y á ofrecer por sus propios lábios el consuelo, la instruccion y el amor á la virtud á tan gran número de infelices. Vosotros solos pudierais pintar al vivo aquella rara, extraordinaria, prodigiosa misericordia, con que en los hospitales erigidos y conservados á sus expensas, se presentaba, no va esta reina, sino más bien este ángel,

este glorioso querubín; y como la más despreciable de las esclavas se acercaba al lecho de los más asquerosos, de los más inmundos, para limpiarles con sus delicadas manos la hediondez de sus llagas, para aplicarles las medicinas, suministrarles los alimentos, derramar en sus corazones el delicioso bálsamo del consuelo; aquella inimitable caridad, que la condujo al extremo de colocar en el tálmico destinado para sí y para su esposo uno de aquellos enfermos, cuyo cuerpo era todo una llaga viva, una fuente inagotable de podredumbre; mereciendo, como otro Martín, que el Señor hiciera patente en el palacio, que en aquel miserable habia asistido al mismo Jesucristo. Vosotros mismos podreis formaros idea de aquel estupendo prodigio de la misericordia, con que estando ausente su esposo, y viendo á sus vasallos en gran manera afligidos por la cruel hambre á que les conducía una excesiva esterilidad, emplea en su remedio todos los granos, todos los tesoros, todos los arbitrios, todas las rentas de sus estados, excitando por esta causa la crítica, la censura y aún la maledicencia de malévulos, que la delatan al Landgrave como disipadora de los fondos públicos y privados; pero sin otro resultado que hacerlo contestar, que dá por bien empleados todos sus bienes en beneficio de la humanidad, estando seguro de que la divina Providencia recompensaría aquella heroica caridad multiplicando prodigiosamente sus riquezas.

Se vió jamás hacer un uso más plausible de la grandeza, del poder, de la opulencia, de la salud, del conjunto de todos los bienes, que pueden completar la prosperidad del hombre en esta vida? Preciso es confesarlo: los bienes todos no fueron capaces de rendir la fortaleza de Isabel. ¿La veneracion, por lo ménos, los trabajos y las desgracias? Terrible, á la verdad, fué la prueba que de su virtud quiso hacer la divina Providencia por medio de la tribulacion; terribles los ataques que por esta lado la dirigió el enemigo. Si fué completa la prosperidad de Isabel, en nada fué inferior su desgracia á los ojos del mundo, y por lo mismo que habia disfrutado en la mayor abundancia de cuanto pudiera desear, debió serla mucho más sensible el enorme peso de las calamidades. Enorme, digo: aquel extraordinario testimonio de humildad con que, á vista de la corona de agudas espinas que tan inhumanamente atormentó á nuestro Salvador, alegró de sí la preciosa guirnalda que adornaba su cabeza; esta humildad, que debiera arrebatar la admiracion y recabar las alabanzas, llamó contra sí la censura, la indiferencia, el odio, la persecucion de los orgullosos palacios, de los soberbios y vanos cristianos, y aún de las personas, que debieran tomar un interés más vivo

en la conservación de su opinión y en el acrecentamiento de su virtud. Nada omitieron de cuanto juzgaron conducente para retraer al príncipe Luis de efectuar el proyectado matrimonio. Tal vez hubiera sido muy satisfactorio para la joven Isabel, que hubieran conseguido disuadirlo; pues es muy creíble, que para tomar un estado poco ó nada conforme á sus inclinaciones, no tuvo otro aliciente que el de ofrecer el sacrificio más completo de su voluntad en aras de la obediencia; pero el Señor lo dispuso de otro modo para proporcionarla medios de acrisolar su virtud, y de acrecentar sus merecimientos. A los diez y nueve años de su edad tuvo el sentimiento de ver morir al Landgrave, el único en quien estaban cifradas todas sus esperanzas, el único que con su hijo Luis hacían de su virtud el debido aprecio, y la profesaba el afecto á que la hacían acreedora sus méritos relevantes. Si llevado á efecto su matrimonio la respetan, la aclaman, y la colman de elogios, por una parte; los aduladores hipócritas, ya habeis oído la diabólica malignidad con que procuran, por otra, desacreditarla, y aún la hacen odiosa á los ojos de su esposo Luis. ¿Cuál pensáis que sería la consternación de Isabel, cuando apenas coloca á aquel asqueroso y hediondo enfermo en el lecho nupcial, ve entrar á su esposo armado, arrebatado de indignación, vertiendo por sus ojos un furoz ciego y una venganza sin límites? ¿Qué infames é indecorosas sospechas habrían infundido aquellos perversos en el corazón de Luis? Es verdad que un patente y extraordinario prodigio las desvanece en el momento, y reverencia hasta lo sumo el amor, el respeto, la admiración de aquel príncipe, que ve al mismo Dios tomar á su cargo la defensa de su inocente y virtuosísima esposa; más no lo es menos que el Señor, que la tenía preparado un cáliz demasiado amargo, quiere que lo beba hasta las últimas heces.

A los siete años de su matrimonio la muerte inexorable la arrebató para siempre á su joven esposo, sin permitirle el triste consuelo de poder asistirle en su última enfermedad, que le acometió á muy larga distancia de la corte. Apenas se divulga tan infausta nueva, se quitan la máscara los infames, que no podían soportar la piedad y las demás heroicas virtudes de Isabel: sus aclamaciones se convierten en improprios, sus elogios en maldiciones, las demostraciones de respeto en un odio profundo, y el fingido amor en una persecución horrorosa. Á muy pocos dias de su viudez ve despojado á su hijo de la corona, que le pertenecía por un derecho indisputable; y el usurpador Enrique, apenas ocupa el sôlo, lejos de dispensarla las consideraciones debidas, la hace salir precipitadamente del castillo,

y aún de la ciudad, con una inhumanidad de que se hallan pocos ejemplares en la historia, sin equipaje, sin provisiones, sin el menor recurso, sin otro carruaje que sus piés, sin otra comitiva que sus tres hijos, el mayor de los cuales apenas contaba seis años, sin más auxilio que la Providencia.

Hé aquí á la hija de un rey, esposa de un soberano, madre de un príncipe, abandonada, errante, sin casa, sin consuelo, precisada á mendigar de puerta en puerta un escaso y grosero alimento para sus fiebles hijos, cuyas lágrimas conmueven su corazón más que los demás infortunios. Para colmo de su desgracia, el usurpador promulga un riguroso decreto, prohibiendo bajo las penas más severas á todos sus súbditos, que la hospedaran ó la diéran el menor alivio; llegando á verificarse en su consecuencia, que la misma que había franqueado su palacio á todos los menesterosos, tiene el desconuelo de ver, que aún á aquellos mismos á quienes ella había socorrido con la mayor abundancia, la cierran sus puertas; y manifestándose insensibles á su indigencia, la rehusan una escasa porcion de pan que no negarian á un perro. Constituida en tal conflicto, se ve precisada á recogerse á una especie de pocilga sumamente pobre, desahogada y ruinosa; pero acogiéndose á su acostumbrado recurso, mira á su adorado Jesús en el Huerto, en el Pretorio, en el Calvario; compara con los suyos los trabajos y méritos de este divino Salvador; siendo el resultado no solo resignarse con humildad, sino llenarse de júbilo al verse perseguida de este modo; y animada por estas ideas se dirige al templo de los religiosos franciscanos, y les hace cantar con solemnidad el *Te Deum*, para dar gracias á Dios por la excesiva misericordia con que se digna tratarla. ¿Quién har visto jamás una fortaleza semejante en igualdad de circunstancias? No me detendré á referiros aquella dulce serenidad con que recibió la más enorme injuria de un monstruo del Infierno (no merece el nombre de mujer), de un prodigio de ingratitude, en cuyo beneficio se había esmerado la Santa, y que viéndola reducida á tal abatimiento, la menosprecia, la insulta, y con el mayor desacato la arroja en un hediondo cenagal; diré, sí, que si cambia la suerte, si la Providencia hace que se restituya á su hijo la corona y el cetro que por su nacimiento le pertenecian, y le coloca en el sôlo de su padre, el primer cuidado de Isabel será ordenar, que sean completamente perdonados sus perseguidores. Más todavía; para dar á sus súbditos el testimonio más auténtico de su desinterés, y de la ardiente caridad que abraza en su pecho, ella misma renuncia voluntariamente en manos del usurpador la regencia de sus Estados durante la minoría del Landgrave su hijo.

Ya habreis conocido la dificultad, la imposibilidad de que su fortaleza se rindiese á los golpes de la tribulacion, por más reiterados que fuesen; al contrario, la son en gran manera deliciosos; en nada cifra tanto su gloria como en verse oprimida bajo el peso de la cruz; busca con ansia esta insignia del cristiano; renuncia por ella la posesion de todos los honores, de todas las comodidades, de todos los palacios, de todos los bienes. Se consagra al servicio de su Dios en una vida pobre, austera y humilde; se consagra al servicio de su Dios; pero en ese nuevo género de vida la esperan tribulaciones más duras, contradicciones más difíciles, obstáculos más insuperables; la esperan las rigurosas pruebas de un director, que parece empeñado en retrasarla del ejercicio de las virtudes á que con tal fervor se habia consagrado. Éste la prohíbe severamente aún el voto de pobreza cuando hizo los de castidad y obediencia, como si, en cierto modo, quisiera inspirarla la idea de desconfiar de la Providencia divina; la obliga á conservar el dominio de su riquísima dote, y la prohíbe usar de ella para socorrer á los pobres con la liberalidad acostumbrada; la prohíbe las acciones más sublimes, las más heroicas de la caridad cristiana; y dispone que sus criadas la reprendan con altanería, la insulten con desprecio, y la ultrajen con bofetadas por una obra á que el mismo Dios dió aprobación con un milagro palpable.

¿Quereis aún mayores pruebas? Nadie, nadie la oyó jamás la menor queja; nadie observó en ella un sólo gesto que manifestase indignacion ó resentimiento; nada fué capaz de alterar el dulce sosiego de aquel ángel en carne humana. Su fortaleza triunfó completamente del mundo y del Infierno; los bienes temporales no la hicieron experimentar el más mínimo movimiento de soberbia, así como el peso de todas las desgracias tampoco logró sumergerla en el abismo de un abatimiento criminal. Su fortaleza es inconquistable, su virtud prodigiosamente sólida; así que, nada es capaz de entibiar el fuego de su caridad.

Pasado es ya, Señor, el tiempo de las pruebas; ya veis que ha triunfado completamente en todas las batallas; ¿no llegará el día feliz en que recibia el oportuno galardón? Sí, oyentes; tengo que violentarme para cortar el hilo de un discurso tan precioso. Nada es lo dicho en comparacion de lo mucho que pudiera y debiera decirse; pero no me es lícito abusar por más tiempo de vuestra paciencia. El Señor, llamándola para sí, demuestra la verdad con que dijo el Sábio: *Estará alegre en los últimos días.* ¿Quién puede figurarse el placer, la satisfaccion con que al presentarse en el tribunal de la suprema justicia, oye resonar por todas partes sus alabanzas, referir

con admiracion sus admirables virtudes? El mismo Dios me parece deciría lleno de complacencia: *Muchos son los hijos ó esposas que han allegado riquezas; mas á todas las has tú aventajado.* Una multitud de vírgenes, de casadas, de viudas, de religiosas, de mártires, me agrada en gran manera con el heroismo de sus virtudes; tú las reunido los relevantes méritos de todas ellas; y aún puede decirse sin exageracion, que las llevas una concitada ventaja. Ven, ven, amiga mía, hermosa mía, escogida mía; ven, recibe la corona que tan justamente has merecido. Tú has admirado al mundo con tus acciones; admírale ahora con la eficacia de tu poder. La naturaleza, la fortuna, la enfermedad, la muerte, todo queda sujeto al imperio de tu voz. Con efecto, son tantos y tan asombrosos los milagros obrados por su intercesion, que hasta los más severos críticos se ven precisados á confesar su autenticidad: son tan evidentes, que sin poder resistir á su eficacia, el romano pontífice Gregorio IX, que habia canonizado á Francisco de Asis, ordenó que esta hija del gran patriarca fuese colocada en los altares cuatro años despues de su muerte.

Caminemos, hermanos míos, caminemos con Isabel por las sendas de la virtud, mostrémosnos siempre superiores á las tentaciones y asechanzas del mundo. Si éste mezcla de amargura nuestros más preciosos días; si adorna con odiosos colores nuestras virtudes; y si se aprovecha de nuestras desgracias para movernos las más violentas persecuciones, opongámoale siempre una paciencia acrisolada en todos los desgraciados acontecimientos. De este modo atraeremos con ella á la verdad á un mundo injusto, seducido por el fanatismo; obligaremos al reconocimiento á un mundo ingrato, abusador de nuestros beneficios; y nos atraeremos el respeto de un mundo tiránico que nos persigue. Así, despues de haber imitado las virtudes de Isabel, conseguiremos la recompensa de que ella goza en el Cielo. Y vosotros, individuos de la Tercera orden del Serafín de Asis, vosotros; que venerais á Isabel como vuestra especial patrona, gradad en vuestros corazones sus gloriosos hechos para imitarlos, y poder un día rodar su trono en la mansion de la felicidad eterna.

PANEGÍRICO
DE SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Quisq; semita illius pacifex.
Todas sus sendas, todas sus sendas son
pacíficas.

(Prov. III, 17.)

¡Grande cosa es la paz, católicos! Contemplad ese vasto universo que se desarrolla á vuestra vista. ¡Qué orden! ¡qué concierto! ¡qué armonía! En todo el reino un concierto magnífico, admirable, pacífico: todas las criaturas obedecen puntuales á las órdenes del Criador. Pero este concierto, esta paz es el resultado necesario de una armonía que el Omnipotente ha establecido en la creación. Subid más arriba: traspasad los límites del universo; contemplad el Empireo; ved en él esa hermosa Jerusalén celestial, á la cual la Iglesia llama feliz vision de la paz. ¡Qué unión tan inefable! Es verdaderamente la mansión de la paz, porque allí reside el divino amor. Esta es la paz verdadera, este es el bien que nuestro divino Salvador aportó á la tierra. Así lo anunciaron en su nacimiento los ángeles. Esta es la paz que más tarde dejó como manda de amor en su último testamento el día antes de morir. La paz, pues, es un don divino, es un fruto del Espíritu Santo, es una gracia que Jesucristo mismo nos ha adquirido, es la señal y marca más cierta de que Dios habita entre nosotros.

Y en qué mejor ocasión pudiera exponeros, católicos, esta verdad tan consoladora, que en este grato día en que solemnizamos los cultos de una de las mayores santas, de la augusta Isabel, ilustre por su alcurnia de reyes y de santos, gloria de Portugal, honra de Aragón, lustre de la España entera? ¿Qué santo hizo más por conservar la paz? ¿Quién la predicó con mayor elocuencia, quién la procuró con mayor celo? En medio de las luchas y de las agitaciones que conmueven de continuo todas las sociedades, ¿no es para nosotros un

consuelo, el poder meditar en este breve rato sobre las virtudes de esta Santa, símbolo de la caridad, símbolo de la paz? Si, católicos; separámonlos un momento de todo ese tropel de maquinaciones belicosas, rodeemos en santa paz y amor del Señor el altar de Sta. Isabel, reina de Portugal. Yo tengo la dicha de tener que elogiar sus virtudes, y vosotros y yo tendremos la de contemplarlas con religiosa atención.

Voy á hacerlos ver, amados míos en el Señor, el celo infatigable de nuestra Santa por la conservación de la paz en su interior por medio de la paciencia; primera reflexión; entre sus prójimos por medio de la caridad; segunda reflexión; entre los reyes y pueblos por medio de la persuasión; reflexión tercera.

Para el acierto pidamos los auxilios de la gracia: A. M.

Penosa obligación incumbie al orador cristiano, cuando no puede encomiar las virtudes de su héroe sin poner de manifiesto los males y vicios de su época. Aunque le cueste sobremedura á mi corazón de cristiano y español, para presentar á vuestra vista un cuadro, en que aparezca en toda su majestad y grandeza su principal personaje, la santa princesa objeto de estos cultos, preciso me es pintaros antes el fondo de aquél con el pincel de la verdad. ¡Memorias dolorosas y amargas, pensamientos funestos, hechos notables... necesario es recordarlos! El resplandor de la luz brilla más entre tinieblas; las sombras dan más realce á una imagen. ¡Compendiaré la historia de los males é infortunios, de las disensiones y desórdenes, de las revueltas y desacatos, de los excesos y extravíos? ¡Haré ver inconsecuencias funestas; piedad de un lado, crueldad por otro; una fé que hace exponer la vida mil veces en el combate, y que hace lanzar los moros de casi toda la España; y por otra parte, una época de escándalos y de desórdenes? ¡Hablaré de una serie de sucesos infaustos, de desavenencias entre príncipes, de maquinaciones entre hermanos, que alienen el espíritu de un cristiano y el corazón de un español? Si; preciso es hacer una breve reseña de los siglos XIII y XIV. Recordamos, Aragón.—Sucesos faustos.—De pequeña comarca y cortos principios se ve erigido en reino muy respetado y temido. Valencia, ganada á los moros por el rey D. Jaime el Conquistador en 1238. Aconteció en 1240 el sagrado Misterio y milagro de los corporales de Daroca. Menorca y Mallorca, acabadas de tomar á los moros en 1230. El reino de Sicilia pide por rey al de Aragón, cuyas proezas llenaban de asombro á toda la cristiandad; esto fué en 1283. Basta esto á nuestro intento. Hechos tristes, escándalos y violencias,

desde el palacio de los reyes hasta el último señor feudatario. Enemistades de los príncipes entre sí, guerras intestinas, la fuerza árbitra del derecho; disturbios domésticos, que, al fin, pararon en formar banderías para hacer valer sus encontradas pretensiones.

Castilla. La milagrosa victoria de las Navas de Tolosa en 1211. La no ménos insigne batalla y milagrosa victoria del Salado. Los reyes de Castilla se apoderan de toda la Andalucía, y hacen tributario al rey moro de Granada. La corona de Castilla y de Leon aumentan en poder y territorio; los moros se retiran, y ya no inquietan más á los cristianos. Pero como en Aragon, disturbios domésticos, escándalos, violencias, desacatos. En Portugal, no habia cosa de notar; libre de los moros su territorio; pero tenia que temer de ellos; ayudaba á Castilla en las Navas de Tolosa y el Salado, y en todo encuentro sério contra el impio mahometano. Pero esta seguridad le hacia ménos cuidadoso de sus cosas de adentro; y así es, que los escándalos, bandos, parcialidades, desacatos y violencias se manifestaban todavía más descaradamente que en las otras dos coronas de España. Ved los lugares que habian de ser el teatro de las heroicas virtudes de nuestra ilustre princesa.

Nació Isabel el año 1271: fué hija de, Pedro, rey de Aragon, nieta de Jaime el Conquistador. Su madre, Constanza, hija del rey de Sicilia, nieta del emperador Federico, y de Sta. Isabel, reina de Hungría. Pocos años ántes habian comenzado funestísimas disensiones entre su padre y su abuelo, que hubieran podido tener las consecuencias más dañosas. El nacimiento de nuestra Santa apagó como un milagro el fuego de las discordias domésticas. Esto se tuvo por un presagio feliz, que anunciaba la paz entre los príncipes de España. El rey D. Jaime se encargó de la educacion de su nieta, y puso particular cuidado para nutriría en las máximas de nuestra santa religion, é inspirarle desde la más tierna edad los nobles sentimientos que hacen amables á los grandes en la sociedad.

Ya fuese porque Isabel era naturalmente inclinada á la piedad, ó porque su génio amable y dócil daba lugar á las reflexiones y doctrinas de sus ayas, lo cierto es, que á la edad de ocho años edificaba la niña por su modestia y recogimiento, no ménos que por la austeridad de su vida. Ayunaba todas las vigiliás de la Iglesia, y practicaba tales actos de humillacion, que admiraban á cuantos la veian. En una edad en que todos los hombres son todavía niños, Isabel mostraba una madurez de espíritu, y una solidez en sus ideas tan grande, que cuantos la oían quedaban sorprendidos al ver que nada hacia ni decía que no fuese dictado por una gran prudencia. Era gra-

va en sus discursos, en extremo contenida y circunspecta en todas sus acciones: nada pueril, vano ó débil. Comenzó ya desde este tiempo á rezar el oficio divino como lo hacen los clérigos; no leyó jamás ninguna comedia, novela ó canciones. En lugar de éstas aprendió de memoria todos los himnos de la Iglesia y otras cánticos sagrados. Trataba su tierno cuerpecito con aspereza; hnia de la molición y las comodidades; profesaba horror al lujo y vestidos poco modestos; evitaba toda diversion profana, los juegos, bagatelas y fruslerías de la niñez. Cuantos la trataban veian en ella un prodigio de santidad, y casi no podian creer á sus propios ojos: la miraban como un ángel que la divina Providencia enviaba en medio de la corrupción general de costumbres, para presentarla como modelo de princesas, dechado de virtudes y edificación de todos.

Y con efecto, católicos, así era. El siglo que vió nacer á nuestra Isabel era un siglo de fé, es verdad. Todavía más siglo en que la fé sola era el sostén de la sociedad, así como ya lo era de la religion. Puede decirse, que sin la fé católica la sociedad de los que constituian la que llamamos Edad media, hubiera sido una monstruosa alianza de la espantosa corrupción de costumbres que le habia legado el imperio romano; y de la bárbarie y brutal violencia que se le acrecia por las irrupciones del Norte y Levante de la Europa. Pero Dios, autor de la sociedad, como de la religion, y más bien, autor de la religion para la sociedad, no podia dejar sin amparo la sociedad que con tan noble empeño habia abrazado su divina religion. La fé, pues, fué el vínculo de las naciones unas con otras, de los ciudadanos entre sí, de las familias, pueblos y ciudades. La fé era la que, haciendo callar mezquinas pasiones, abanderaba toda la nobleza de Sobrarbe, Aragon y Cataluña bajo los muros de Valencia, para someter la ciudad bajo el poder de D. Jaime el Conquistador; en cuyos estandartes habia militado ya en la conquista de Mallorca. La fé era la que haciendo cesar rivalidades y querrelas entre los diversos príncipes, los unia todos bajo el pendon de Castilla, para alcanzar las dos milagrosas victorias de las Navas de Tolosa y del Salado. La fé era, en fin, el solo lazo que todavía podia unir los ánimos más discordes. Todo esto es verdad, católicos; pero tambien lo es, que las costumbres no correspondian á lo que la fé exigia de los reyes y de los pueblos, y que aquéllas eran tan perdidas como ésta parecia ganada. Dios, empero, se dignó enviar almas privilegiadas, sobre las cuales derramó sobreabundantísimamente los tesoros de su gracia, para consolar á su afligida Iglesia, y animar á los fieles á la virtud, concretándonos á la época de nuestra Santa, Dios puso sobre el

trono cuatro santos, que se sucedieron uno á otro de un modo providencial. Apenas murió Sta. Isabel, reina de Hungría, ya Berceia en santidad S. Fernando, rey de España; este santo tuvo el consuelo de ser testigo de las virtudes de S. Luis, rey de Francia, su primo; y apenas murió éste en 1270, en el siguiente nace Sta. Isabel, reina de Portugal. Ya lo véis, católicos: el Señor jamás desampara á su Iglesia.

Una de las recomendaciones más reiteradas y más enérgicas de nuestro Señor Jesucristo á sus discípulos, y en ellos á todos nosotros, era la caridad, la union, la paz, de tal modo, que nuestro amantísimo Maestro quería fuese ésta la marca característica de los que eran sus fieles discípulos y verdaderos apóstoles suyos: «Conocerán todos que sois mis discípulos en que os tengáis amor mutuamente,» que en todos tiempos el enemigo no cesa de sembrar cizaña en el campo de la Iglesia, para introducir la división entre sus miembros, en la época en que nació nuestra santa, el demonio logró sembrar la división y animosidad entre los príncipes y grandes con tan funesto éxito, que en nuestra España daba compasion el triste espectáculo que ofrecían al pueblo tan miserables disensiones, como acabo de referiros, Dios, pues, envió á nuestra Isabel como ángel de paz, reconciliadora de los corazones desunidos. Su virtud no podía estar escondida, y así es, que la mano de nuestra Santa fué pedida por muchos príncipes de la cristiandad, aunque todavía muy joven. Su padre decidió casarla con Dionisio, rey de Portugal: en su nuevo estado de casada, Isabel, que conocía los sagrados deberes de reina y de esposa, se mostró más celosa y rígida en sus prácticas de piedad. Sin faltar en nada á lo que según Dios debía á su esposo, se impuso tal distribución de tiempo, que todo él lo empleaba en su santificación propia.

Madrugaba mucho; al levantarse, rezaba los maitines del oficio eclesiástico del día, laudes y prima. En seguida asistía á la misa, en la que ofrecía siempre algo en ofrenda; comulgaba muy frecuentemente; después de la misa rezaba el oficio parvo de la Virgen y de difuntos. Lo restante del tiempo hasta comer lo empleaba en obras de caridad y misericordia. Después de comer volvía á su capilla, en donde acababa de rezar lo restante del oficio, y oía las vísperas que se cantaban en ella. Por la tarde, en los ratos que tenía desocupados, los empleaba con sus damas en la costura de paramentos sagrados, que distribuía entre las iglesias más pobres. No omittía además oracion mental y lecturas espirituales. Su ayuno era continuo, pues que era en extremo sóbria y abstínente. Á más de los prescritos por

la Iglesia, Isabel ayunaba tres días á la semana y todo el adviento; y en honor de la Virgen, desde S. Juan á la Asunción, y desde su octava hasta S. Miguel, á quien tenía especial veneracion. Era muy moderada en el vestido, enemiga del lujo, muy afable para con todos. Edificaba por la compostura y recogimiento con que se postraba ante los altares, á derramar delante de Dios lágrimas de amor y devoción. Hé ahí, en resúmen, el género de la vida de Isabel respecto á sí misma.

Respecto de su familia no era ménos celosa y exacta en cumplir con sus deberes de esposa y de madre. Á nadie confiaba la educacion moral de sus hijos: ella les enseñaba é instruía con verdadero amor de madre, y con la grandeza de reina. Les enseñaba á ser buenos para que así fuesen mejores príncipes, haciéndoles ver, que la verdadera grandeza consiste en la virtud y dignidad moral. Demasiado conocidos son en la historia los desórdenes y la vida licenciosa de su marido: Isabel se portó con él con una prudencia, á la par que firme, conveniente, que solo su santidad podia dirigirle. Sufrió sin el menor murmullo las infidelidades de su esposo, llegando su sufrimiento heroico hasta el punto de cuidar de las infelices criaturas, frutos de sus desórdenes, cual si fuera ella su verdadera madre, no permitiendo que las inocentes padeciesen la pena que merecían los extravíos á que debían su ser. Las hacía educar cristianay convenientemente, y les daba rentas con que pudiesen colocarse honestamente. Esta paciencia, caridad y heroica resignacion con un marido, que, obcecado por las pasiones, no podía, ó no sabia apreciar debidamente las virtudes de su santa esposa, le fueron haciendo poco á poco tanta mella en su corazon, que la respetaba mucho. Isabel rogaba en especial al Señor por la conversion de su esposo, y en efecto, consiguó que arrepentido de sus desórdenes pasados, mudase de vida, haciendo penitencia de sus pecados, pidiéndole perdon á su esposa. Tuvo ésta el placer de ver morir muy cristianamente á su esposo; asistió á su entierro en hábito de hermana de la Tercera órden de san Francisco, hizo una peregrinacion al sepulchro de Santiago do Galicia, en donde ofreció en sufragio del alma de su difunto esposo donativos muy extraordinarios. En fin, Isabel, deseando conservar en su corazon la santa paz del Señor, se propuso santificarse en su estado de esposa, de reina y de madre: vereis lo que está admirable y heroica mujer hizo por procurar la paz divina entre sus prójimos.

No hay duda que el pecado es la principal causa de la pérdida de la paz en nuestro corazon; pero respecto de nuestros prójimos muchas y muy diversas causas pueden contribuir, y por desgracia contribu-

yen demasiado, á enlutar la caridad, debilitar la union, y romper la paz entre los hombres. El espíritu de partido, la oposicion de intereses materiales, la diferencia de opiniones, la diversidad en el modo de ver ó juzgar las cosas, son otras tantas causas de sembrar la division en los espíritus, y la discordia en los corazones. Y sino, decídmelo: ¿no es cierto que la guerra es el estado normal de la sociedad humana? Consultad la historia, ojad una ojeada por la sociedad de hoy: ¿qué estáis viendo? Por todas partes, ó una guerra declarada, ó una guerra latente y pronta á estallar á la menor ocasion. La sociedad no es á lo exterior más que un reflejo de lo que el hombre es en lo interior. Abrid su seno, entrad en su corazón: ¿qué veis en él? Una lucha continua. Lucha del vicio contra la virtud; y en el corazón animado por el vicio, lucha terrible y mortífera entre las pasiones entre sí, para disputárselo, ó más bien para almacenarlo.

Nuestra ilustre princesa, conociendo por su propia experiencia la dicha de un alma en paz con Dios y consigo mismo, y sabiendo cuánto recomendaba nuestro divino Maestro la paz del corazón: se propuso procurarla á sus prójimos por todos los medios que estuviesen á su alcance. Vióla, pues, aplicarse continuamente á ejercer en ellos todas las obras de caridad y de misericordia que exigiese su situacion. Al efecto tomó la santa resolucion de socorrer, en cuanto estuviera de su parte, todas las necesidades que llegasen á su noticia. El origen de casi todas las desavenencias, disgustos y contratiempos, en las familias como en los individuos, viene, por lo ordinario, de las dificultades que engendra una posicion desgraciada, acarreada voluntaria, ó involuntariamente. Isabel concibió, que siendo las necesidades de nuestros prójimos, tan diversas en su causa y origen, necesario era que el remedio se diversificase para hacerlo apto á cada necesidad. Ya habeis visto que para mantener la paz en su familia se propuso sufrir mucho, todo cuanto fuese compatible con su dignidad de madre, de esposa y de reina. Á más del sufrimiento empleó tambien la prudencia; y á todo esto añadió una perseverancia tal en sus resoluciones, que jamás se desvió un punto de la linea de conducta que se habla trazado despues de maduras reflexiones. Á este sufrimiento, prudencia y perseverancia se deben la conversion de su esposo el rey, y la inalterable conservacion de la paz interior en su familia.

Pero lo que Isabel lograba en el seno de su familia, queria tambien procurarlo en el seno de todas las demás. Y así, se la vió siempre solícita en intentar todos los medios posibles de reconciliar las rencillas

domésticas que llegaban á su conocimiento. Y como sabia cuanto poder y ascendiente tenían las palabras de una reina, no perdió nunca las ocasiones que se le presentaron favorables. Mucho mereció Isabel para con Dios y para con las familias divididas, con los esfuerzos que hacia para lograr la paz y union de ellas; por medio de la reconciliacion. Pero su solicitud caritativa buscó un campo todavía más afortunado en donde espaciarse su ardiente celo por la paz. Sabiendo que la libre conducta de las malas mujeres era una perpétua sentina de enemistades, asesinatos, adulterios, prostituciones y ruinas de los individuos y de las familias, puso todo su conato en fundar casas de reclusion ó arrepenitidas. Para sacar del peligro á la incauta sencillez y á la flaqueza del sexo, procuraba con el mayor anhelo dotar á doncellas pobres, y en especial huérfanas; las retiraba de las casas en que podia peligrar su honra y de consiguiente su alma; edificó casas de asilo y retiro para ellas, á fin de que libres de los lazos de Satánas, esperasen tiempo oportuno de colocarse honestamente en el santo matrimonio, ó tomar otro estado más perfecto siguiendo los movimientos de la gracia.

Fundó tambien la ilustre princesa una casa de niños expósitos, en donde se les prodigaban, no solo todos los recursos necesarios para la vida, sino una educacion muy esmerada; y proporcionándoles, cuando mayores, dotes ó medias de contrair un estado. Socorría con régia munificencia á todos los necesitados, de manera, que su esposo el rey llevaba á mal el que diese tanto, temiendo no le faltase lo necesario para sostener su dignidad real. Sufriendo un día con una suma de dinero, y otros efectos preciosos, que pensaba distribuir en limosnas como de ordinario, la sorprendió el rey y le dijo: ¿Qué llevas?—Rosas, respondió la santa y discreta reina; y queriendo el rey cerciorarse por sí mismo de lo que creia mentira para reprender amargamente á su esposa:—Escúñamelas, le replicó; y la Santa, desenvolviendo su manto delante de su marido, vió convertido en rosas todo el dinero que llevaba envuelto en él. Esto era en medio del invierno. El rey se quedó tan sorprendido y confuso, que no supo que decirle.

Isabel, no pudiendo hacer por sí misma tantas limosnas y obras de misericordia como su corazón le dictaba, encargaba este piadoso ministerio á un paje suyo, muy devoto, leal y discreto. Uno de sus émulos, para perderlo, le calumnió delante del rey, imputándole crímenes de que queria hacer cómplice á su santa reina. Dionisio, demasiado crédulo, dió oídos al infame calumniador; y yendo un día á caza, pasó por una aldea, y le dijo al alcaide, que al día siguiente mandaria á uno de sus pajes preguntándole si ya estaban cumplidas

sus órdenes; y luego que lo oyese, al punto lo echase en el horno. En efecto, mandó Dionisio al paje de la reina á que hiciera la pregunta al calero; pero al pasar por un templo, creyendo que no corría prisa el encargo, entró á oír una misa que ya se estaba celebrando. Como había llegado tarde, quiso esperar á oír otra entera, como lo verificó. Dionisio, impaciente por saber el resultado de su órden, que ya suponía ejecutada, mandó al calumniador á preguntar si sus órdenes estaban cumplidas. Ené el paje, vestido de su librea de casa real, con mucha presteza á saber el éxito: así que el calero lo diviso á lo lejos, previno á sus jornaleros lo preparasen todo para cumplir la órden de su rey. Apenas llegó el paje calumniador y habló, cuando el calero, ayudado de los otros, lo arrojó inmediatamente en el horno muy encendido á la sazón: en pocos momentos fué abrasado. Al poco tiempo llegó el virtuoso paje, y preguntó si las órdenes del rey habían sido cumplidas: le contestaron que inmediatamente había sido cumplida la órden del rey. Volvió á palacio, y sorprendido Dionisio con su presencia, averiguó el hecho, se informó escrupulosamente de la fidelidad é inocencia de su esposa en lo que la habían calumniado el obcecado paje, y quedó plenamente convencido de la santidad de Isabel y honradez del paje virtuoso.

Si útil y necesaria es la paz respecto del individuo y respecto de la familia, todavía lo es más respecto de la sociedad. Uno de los deberes más sagrados de los príncipes, que en nombre de Dios ejercen la autoridad en la sociedad, es la conservación de la paz. En un reino en donde no hay paz, no solo se arruinan las fortunas, y los intereses de los particulares, no solo se debilitan los poderes y la fuerza pública de una sociedad, sino lo que es peor, las costumbres se pervertien, rompense los lazos más sagrados. Nuestra Santa tuvo más de una ocasión de dar á conocer su celo por la pacificación de los soberanos. Alfonso, hermano del rey D. Dionisio su esposo, se rebela contra éste, armando gentes para mover guerra. Principió ésta, y apenas lo supo la reina, vá al encuentro de Alfonso sin la menor demora; sabe por su boca lo que motiva sus quejas contra Dionisio; háblale con blandura, pero con entereza, de la obediencia que debe á su rey; prométele resarcirle lo que él juzga pérdidas, y logra dar treguas á su ciega obstinación. Sin perder un momento, va á juntarse con su marido, y le ofrece, para ajustar las paces con su hermano, Cintra y otras villas que le pertenecian. Con este sacrificio de sus propios intereses logró la reconciliación de ambos hermanos, cuya buena armonía duró mientras vivieron.

Poco despues acedeen disensiones serias entre su primo el rey de

Aragon, Jaime, su hermano, y el rey de Castilla D. Fernando el Emplazado, verno de aquel. Se habian declarado la guerra, y de un dia á otro podian comenzar las hostilidades. Isabel, llena de celo por la conservacion de la paz, parte inmediatamente al Aragon, tiene una entrevista con su hermano; en seguida vá al encuentro del rey de Castilla, desarma su cólera; consistentes ambos reyes disidentes en nombrar por árbitro de sus pretensiones encontradas al de Portugal. Dionisio arregla el litigio, y cesaron las discordias entre ambos reyes de Aragon y Castilla. Poco más tarde, habiendo sobrevenido graves desavenencias entre el Portugal y Castilla, la reina medió entre ambos reyes, y logró una completa satisfaccion de ambas partes, sin menoscabo de ninguno. Pero lo que más afligia el corazon de la reina, era el ver las graves desavenencias entre su esposo Dionisio y su hijo Alfonso. Dos ó tres veces estuvieron á punto de hacerse una guerra parricida, y solo se evitó por la piadosa intervencion de Isabel. En la última desavenencia se dejó ver hasta dónde llegaba su celo por apagar el fuego de las discordias, aún con manifesto peligro de su vida. Vá á ponerse en medio de dos ejércitos. Habla á su hijo Alfonso con la libertad de reina, con el amor de madre, con el celo de una santa, instale, ruegale, pídele, mándale como madre y como reina: el hijo cede. Vá en seguida á ver á su padre, y esposo suyo: háblale con la conianza de esposa; interésase como madre en favor de su hijo; ofrécese en victima de expiacion, si es necesario haya una, para salvar al hijo; prométele en su nombre respeto filial, sumision de vasallo, lealtad de caballero. Arrojaanse ánte él, y le conjura á perdonar al hijo, y que no se levantará hasta haber conseguido su perdon. Dionisio, conmovido á la vista de tanto heroísmo y sacrificio, jura perdonar al hijo, y manda retirar su gente. Alfonso, enterrecido, no puede contenerse más, y reconociéndose culpable, pide perdón, y se arrojó á los piés de su padre: éste lo levanta, le abraza, y se reconcilian para siempre. Ved lo que sabe hacer una santa, una verdadera esposa, una heroica reina, una madre generosa.

Llena de méritos, admirada y venerada de todo el mundo, ésta real heroína llegó al término de sus dias: Como preparativo de su muerte, escogió por su mansion el convento de Sta. Clara, que habia fundado en Coimbra, y en donde vivia como una simple hermana de la Tercera órden, cuyo hábito vestia. Dios que quiso naciese reconciliando, quiso tambien muriere reconciliando. Á pesar de su vejez y de su debilidad, mandó que la trasportasen á Estremoz, en donde se hallaba su hijo Alfonso moviendo su gente con-

tra el rey de Castilla, en cuyos Estados iba á entrar. Llegada á Estremoz, su hijo Alfonso extremadamente conmovido de tan generoso sacrificio por la paz, se la prometió á su santa madre: lo que verificó inmediatamente ajustando paces con Alfonso el Onceno de Castilla. Sobrevino una enfermedad á Isabel, contraída por el movimiento del viaje y por los excesivos calores: á los pocos dias pasó á gozar del Señor, el 4 de julio del año 1336, muriendo victima de la paz, y consumando noblemente una vida de heroismo y de caridad.

Celestial Isabel, que moras en los alcázaros de la divina paz por siglos eternos, compadeceos de nosotros, fluctuando en este mar borrascoso, furiosamente agitado por las pasiones guerreras; mirádonos con ojos de piedad y de misericordia. Si estando en la tierra fuisteis tan poderosa, que el Dios de los ejércitos jamás os negó la paz que le pedisteis para nuestros antepasados, pedidla tambien incesantemente para nosotros ahora, que sois más poderosa que entonces. Sois siempre ángel de la paz: alcanzadnos este celestial don en el tiempo y en la eternidad.

PANEGÍRICO

DE SAN ISIDORO, ARZOBISPO Y DOCTOR.

Dedit te in lucem gentium, ut sis salus mea usque ad extremam terram.

Te ha destinado para ser la luz de las naciones, á fin de que tú seas el salvador enviado por mí hasta los últimos términos de la tierra.

(ISAL. XLIX, 6.)

Cuando el Señor, cuya providencia vela de continuo sobre los pueblos que ha elegido para sí, se propone cambiar su posición y obrar en ellos una revolución feliz, escoge siempre algunos géneos privilegiados para que sean los instrumentos de sus altos designios, y los reviste de todas aquellas dotes que son necesarias para llenar cumplidamente la misión que les confía. Destinada estaba nuestra patria á ser con el tiempo una de las naciones más grandes del mundo, sobre todo, por su religión y constante fidelidad á la doctrina católica. Su Iglesia debía figurar un día con gloria en los fastos del cristianismo, como una de las primeras y más preciosas joyas de la Esposa del Cordero sin mancha. Después de las terribles crisis que venía atravesando la España; después de tantos siglos de persecución, de esclavitud y de males sin cuento, en que sucesivamente la alligieron romanos, griegos, cartagineses, vándalos, suevos, godos, y otros cien pueblos más que la invadieron, justo era que saborease al fin los dulces frutos de la paz á la sombra del árbol benéfico del catolicismo. Llegó el día tan deseado: nuestra patria iba á ser renovada en sus creencias, y de esta renovación iba á surgir un cambio prodigioso en sus leyes, en sus costumbres y en su civilización. Para eso era necesario un géneo que, alzándose como un astro luminoso, deramase por todas partes los más esplendentes rayos de santidad y sabiduría. Este géneo le halló España en el sábio y esclarecido arzo-

bispo de Sevilla, S. Isidoro, á quien el Señor llamó á tan colosal empresa, escogióle para labrar la felicidad de su patria.

¡España feliz! he ahí el Nód que te depara el Cielo, para que sea tu reconciliador en el tiempo de la indignación del Dios, á quien has hecho frente con tus delirios y aberraciones; el Moisés destinado á sacar á tus hijos de la dura servidumbre del arrianismo, y á ser el caudillo de una nueva generacion fiel á los verdaderos dogmas del Evangelio; el Samuel escogido para pronunciar desde el santuario los oráculos de vida eterna, y regir al pueblo según la ley santa del Señor; el hombre, en fin, á quien han sido confiados tus destinos, y que después de haber sido tu restaurador difundirá y extenderá los esplendentes rayos del humano y divino saber en todo el globo. He ahí descubierto el plan de nuestra marcha en el elogio del esclarecido Isidoro. Desarrollaré el yastísimo cuadro de sus virtudes, de sus trabajos literarios, de su celo incansable, de sus heroicos sacrificios, y de sus admirables acciones; todo ello en orden á la civilización religiosa y social del pueblo español y del mundo todo; y veréis que Isidoro, no solo engrandeció á su patria y contribuyó á su civilización, sino que derramó en todas las naciones de la tierra los resplandores de las doctrinas eminentemente sociales del catolicismo. Para el acierto pulamos los auxilios de la gracia: A. M.

Bien así como de tiempo en tiempo aparecen en el firmamento ciertos fenómenos, que, aunque pasan inadvertidos á la consideración de los géneos vulgares, llaman sin embargo la atención de los hombres reflexivos, que miran estos efectos como presagios de grandes acontecimientos, del mismo modo, de vez en cuando, surgen en la tierra algunos hombres, que si bien nada de particular ofrecen en los primeros albores de su vida, respecto de la gran mayoría del vulgo, hacen no obstante marcados con ciertos caracteres, que revelan al genio observador los sublimes destinos á que están llamados. Isidoro fué uno de esos hombres, que desde la cuna déjense ver embellecidos con signos inequívocos de su futura celebridad. Severiano, su padre, á quien algunos hacen hijo del gran Teodorico II, advirtió un día un ejemplar de abejas, que con extraordinario susurro bajaban y subían hacia el cielo; quiso inspeccionar la causa de semejante incidente, y vió lleno de asombro y de admiración, que aquellos animales, entrando y saliendo por la boca del niño Isidoro, habían formado un primoroso panel sobre su rostro. Este acontecimiento singular hizo pronosticar á aquel piadoso padre, que su hijo estaba destinado por el Cielo á enriquecer á su patria y al mundo todo con

las más suaves y exquisitas producciones del ingenio, y á derramar por donde quiera torrentes de ciencia celestial y divina.

El pronóstico no fué ideal. Colocado bajo la dirección de su hermano mayor, el glorioso san Leandro, fué tal su aplicación, que aún siendo muy jóven, se le vió perfectamente instruido en la gramática, lógica, aritmética, geometría y música; erudito en las leyes divinas y humanas; esclarecido en las doctrinas de los filósofos; sábio cual ningún otro en las letras griegas, hebreas y latinas; y perfeccionado en las ciencias de un modo tan inaudito, que S. Gregorio Magno, al leer una carta que el jóven Isidoro había escrito sobre la bienaventuranza, viéndola tan hermosada con sentencias de filósofos, con las flores de las santas Escrituras, con tan nutrida elocuencia y con tan vehemente estilo, vaticino, que los españoles tendrían en él un nuevo Daniel en la virtud, y un nuevo Salomon en la ciencia. Honradamente conmovido nuestro sábio jóven con el triste cuadro que ofrece á su vista el pais que le dió el sér, hasta el origen de los males y desgracias que lamenta su patria. Á su alta penetración no puede ocultarse, que el arrianismo era, entre todos los errores que á la sazón infestaban á nuestro infortunado suelo, el principal agente que sostenía las excisiones, el elemento destructor de cuantas mejoras pudieran ensayarse, el más poderoso obstáculo que se oponía á la marcha de la civilización; y armado con el celo que constituye el carácter de los varones apostólicos, disputa con los adalides de la secta, evoca conferencias públicas y privadas con sus más pertinaces defensores. Su sabiduría sólida é irresistible reduce á la nulidad las objeciones de los sectarios; su erudición superior á sus años pulveriza con maestría sus sofísticos raciocinios. Los impíos tiemblan, los incrédulos se llenan de despecho, los herejes se confunden. En vano se le amenaza, en vano se le libentan asechanzas; nada es capaz de amedrentar el ánimo del jóven atleta; por el contrario, su valor redobla en proporción que enredose el combate; y cuando más numerosos son los enemigos á que tiene que hacer frente, y más peligrosos los asaltos que ha de resistir, con mayor brío se arroja á la liza; y lanzando rayos de sobrehumana sabiduría que hieren la inteligencia, derramando torrentes de fuego que abrasan el corazón de sus contrarios, arranca de ellos el convencimiento, ó les obliga á enmudecer. El pueblo prorrumpe en aplausos al Salomon virtuoso que le ha dado el Cielo, para que Dios sea loado y glorificado en su siervo, y en los que él instruye y edifica.

Pero, si bien las ventajas que reportaba diariamente Isidoro le proporcionaban dulces satisfacciones, tambien le atraían la rivalidad y

enemistad de muchos, que, no pudiendo soportar la luz que vertía su extraordinario saber, cegábanse voluntariamente, y meditaban cómo podrían triunfar por la traición del que no podían vencer con el raciocinio. Isidoro no teme ni las amenazas, ni las asechanzas, ni los halcones, ni la persecución continua de que es objeto de parte de sus rivales; encendido en el fervor de padecer el martirio, está dispuesto á morir por nuestra santa y adorable religion. S. Leandro, emperá, recelando con fundamento, que pudiera malograrse aquel tierno arbusto, que en sus principios rendía ya tan copiosos y sazonados frutos, y atento á conservar para tiempo más oportuno los precoces talentos del que había de ser un día el sostén del catolicismo, y el más poderoso elemento de la civilización del pueblo español, procura reprimir su ardor juvenil, y reducéle á una estrecha reclusión, para libertarle de la venganza que meditaban tomar de él sus encarnizados enemigos. Obediente Isidoro á la voluntad de su hermano, sepúltase en la soledad del retiro; y olvidado enteramente de las rápidas y asombrosas victorias que había alcanzado, solo piouosa en adquirir nuevos y más vastos conocimientos. ¿Cómo se extasió su espíritu en la lectura de los santos Padres! ¿Cuál se embebe su alma en la meditación de las divinas Escrituras! No hay medio que no ensaye para llegar á poseer el mayor grado posible de ciencia.

Empero, no por esto descuida el cultivo de su alma con la práctica de las virtudes; muy al contrario, sirvese de la ciencia como de una escala para adquirirlas. Ascendido al sublime estado del sacerdocio, su virtud dejóse ver tan clara y luminosa, que los ministros del altar tuvieron en él el no poco que aprender y muchísimo que admirar. ¿Qué fervor en la celebración de los santos misterios! ¿Qué recogimiento y atención en los divinos oficios! ¿Qué solicitud en la predicación de la palabra evangélica! ¿Qué constancia en la instrucción de los fieles! Era un Samuel, cuya morada era el templo, cuya ocupación continua era consultar la voz del Señor y ejecutar sus divinos mandatos, siendo al mismo tiempo el oráculo del pueblo y un fiel intérprete de la voluntad del supremo sacerdote, cuyas veces representaba y de cuya misión estaba investido.

Entretando la silla arzobispal de Sevilla acababa de quedar vacante por la muerte del insigne Leandro. El católico Recaredo, deseoso de darle un digno sucesor, fija desde luego sus miras en su hermano Isidoro. En vano éste opone una tenaz resistencia; el pueblo le pide, el clero le insta, la nación le urge para que admita aquel espinoso cargo; y nuestro Santo, conociendo la manifiesta voluntad de Dios, inclina sus hombros, y anegado en humilde llanto recibe la unción

sagrada, y queda hecho pastor de aquella numerosa grey. ¿Cómo podré yo ahora hacerlos comprender la admirable conducta y los hechos prodigiosos, con que este doctor esclarecido interés su vigilancia celo en la reforma de las costumbres de su pueblo, en hacer que floreciese la pureza de la fé y de la disciplina, conformar las clases de la sociedad con las reglas de la santidad, y aparecer en todo como un modelo de los prebados perfectos? Si cuando jóven y sin misión alguna especial, desarrolló un celo tan ardiente á favor de la religion, y combatió los errores, extirpó los abusos, arrancó los vicios, desterró los excesos que se oponían á su progreso, imaginado lo que haría revestido ya de la dignidad episcopal, á cuyo carácter está ligado como uno de sus primeros y más graves deberes, el velar por la pureza del dogma, ser el custodio de la moral, el sostén de las buenas costumbres, el depositario y el defensor acórrimo de la verdad. Imposible es daros una idea de su incansable actividad.

Colocado en la atalaya, observa desde allí todos los movimientos del enemigo para impedir la menor sorpresa. Si la herejía intenta levantar la cabeza y sembrar de nuevo la cizaña en el campo de la Iglesia, Isidoro la sale al encuentro, la confunde y anonada. ¿Con qué destreza maneja la espada de la divina palabra, siempre que se trata de convencer al que se obstina en sostener principios erróneos! ¿Qué torrente de celestial sabiduría destilan sus lábios, cuando se propone esclarecer la inteligencia del que divaga en la tenebrosa noche de la duda! ¿Qué fuego tan activo envuelven sus raciocinios, toda vez que se ve precisado á hacer frente á los argumentos de algún ingenio súpil y caviloso! Con la maestría de un guerrero avezado al combate, sabe usar de toda especie de armas, segun que lo exige la clase de adversarios con quienes lucha. Á este le ataca con las autoridades de la sagrada Escritura, cuyos diversos sentidos desenvuelve tan luminosamente, que no deja lugar á la menor tergiversación: á aquel resiste con los nerviosos raciocinios de los santos Padres, cuya ciencia posee en tan alto grado que parece identificarse con ellos; y con tan poderosos auxilios cultiva, conmueve, sorprende y arranca el convencimiento de los entendimientos más tenaces. Teología, historia, filosofía, todo le es familiar á Isidoro, y de todo echa mano para defender los dogmas sagrados de la religion; y su instrucción variada reporta los más preciosos triunfos, arranca los más bellos laureles, y consigue los más felices resultados. Los más altivos cedros del error caen por tierra al eco atrozador de su voz poderosa. Gregorio Antesignano, obispo, de nación sirio, agudo, fácil en paralogismos y acostumbrado á arrebatar á no pocos hácia el abismo del error,

desafia á Isidoro á una pública disputa; nuestro Santo admite el reto, y ánte su profunda erudición, los vanos sofismas, los capciosos argumentos y las ingeniosas sutilezas de aquel desaparecen, al modo que las hojas secas de los árboles son arrastradas por el soplo de viento en tiempo de otoño.

Mientras así pelea contra los enemigos de la verdad, ni un momento descuida el cultivo de la buena semilla con respecto á la moralidad de su querida grey. Altamente penetrado de la necesidad de dar una dirección distinta á las vicladas costumbres de su siglo, acomete esta empresa con un fervor singular, resuelto á no levantar mano, hasta conseguir cambiar enteramente la faz de aquella diócesis que le estaba encomendada. Fiel imitador del divino Maestro, une admirablemente la severidad, que nunca transige con el pecado, á la afable confesionalidad, que está siempre dispuesta á simpatizar con el pecador; la justicia que demanda la expiación del delito con la piedad que perdona y abraza al delincuente. Aquí reprende, allí acaricia, ahora arguye, luego halaga; con la misma mano que castiga el crimen que se ensuabrece, levanta y ayuda á la debilidad que se humalla; terrible para el que se endurece en la obstinacion, es en extremo tolerante para el que reconoce sus extravíos. Con esta láclica prudente se hace respetar de los unos, se granjea la confianza de los otros: el discolor le teme, el dócil le busca, y todos á la vez encuentran en él un censor inflexible del vicio, un defensor acérrimo de la virtud, un freno para no incurrir en el mal, y un apoyo para sostenerse en el bien. Merced á su infatigable constancia la moral ganó un inmenso terreno; los vicios disminuyeron considerablemente, y en todas las clases se admiró una gran reforma.

Convencido de que la educacion de la juventud es el cimiento de todo lo bueno y útil en el orden social, la fuente de la prosperidad, la garantía de las leyes, la columna, en fin, del edificio publico, establece colegios, crea seminarios, en donde no solamente los jóvenes de su diócesis sino tambien de toda España se forman en letras y en virtud dirigidos por doctos y virtuosos profesores, bajo la inspeccion directa de nuestro Santo, que vela continuamente por esta grandiosa obra de su génio creador. ¿Y qué servicios tan importantes, qué ventajas tan positivas no ha reportado nuestra patria de esta institucion altamente civilizadora? Díganlo los Idefonsos, los Braulios y otros mil génios eminentes en ciencias y sanidad, que salieron de esos seminarios, y que á manera de soles benéficos difundieron por toda la tierra las más brillantes luces. No contento con esto promueve el concilio segundo hispalense, en el que sostiene la doctrina católica

contra los desmanes de los acéfalos, y preside con la autoridad pontificia el celeberrimo concilio cuarto Toletano, en el qual truenan contra los abusos introducidos en la disciplina; y con aprobacion unánime de aquella lustre asamblea, compuesta de sesenta y dos obispos, forma las más sábias reglas para el régimen de las iglesias, promueve mejoras considerables en la instruccion de los que aspiran al sacerdocio, fomenta la aplicacion al estudio de las ciencias sagradas, reprime con terribles anatemas la alevosia y el regocijo, y hasta se ocupa de lo concerniente á las formalidades con que debe procederse en la sucesion á la corona en la muerte de los monarcas españoles. Este concilio, que fué la norma de cuantos en lo sucesivo se celebraron, será para Isidoro un monumento eterno de gloria; pues su gran génio brilló extraordinariamente en él por lo acertado de sus disposiciones, y por los bienes inmensos que de él reportaron la Iglesia y la sociedad.

Mas tiempo es ya de completar la preciosa súplica del hombre insignia que hoy nos ocupa. Una vida tan fecunda en merecimientos era digna de ser coronada con una muerte gloriosa. Cuarenta años de obispado, en los cuales, además de lo mucho que ántes habia trabajado, se consagra sin reserva á dar impulso á la civilizacion del pueblo español, por medio de las verdades sociales y de la unidad católica, le hacian ya acreedor al eterno reposo de las almas justas. Se dispone á morir como tal, y al efecto busca el retiro de la soledad. Allí se entrega á la oracion y á los ejercicios de la piedad. Distribuye los caudales de su iglesia en manos de sus monesterosos; y cuando juzga próximo el postrer momento de su existencia, se hace conducir á la iglesia, y postrado en tierra envuelto en un cilicio, hace su confesion, pide perdon á los circunstantes, y recibe el pan eucarístico como viático para el gran viaje de la eternidad; y despues de haber recomendado á los obispos el cuidado de su iglesia y de sus polvres, despues de haber vaticinado el porvenir que esperaba al pais que le viera nacer, espira en el ósculo santo, y sube á ceñir la diadema de la inmortalidad de las manos de aquel Dios á quien tan grata ha sido su vida.

No creáis, empero, que con la vida terminase su inmarcescible gloria; el brillo de su grandeza no podía quedar sepultado entre el polvo de la tumba. El Señor no le habia elegido únicamente, para que engrandeciese á su patria y contribuyese á su civilizacion; si que tambien queria fuese un astro luminoso, que esparciese los resplandores de la doctrina católica en todas las naciones de la tierra. Isidoro llenó esta gran mision. No hay nacion que no se haya servido de sus vastos conocimientos; no hay lugar donde no hayan penetrado las

lucis de su sabiduría. Escribió veinte libros de los Orígenes ó Etimologías llenos de exquisita erudición, en donde trata de casi todas las ciencias humanas; hizo comentarios sobre los libros históricos del Antiguo Testamento, glosándolos con admirable unción y maestría; compuso un tratado muy curioso de los escritores profanos, y otro no ménos interesante de los escritores eclesiásticos; arregló la liturgia llamada después Muzárabe; formó una crónica desde Adán hasta el año 626 de la era cristiana, y la historia de los reyes godos, vándalos y suevos; dejó una preciosa colección de las decretales, que comprende los concilios griegos, empezando por el de Nicea, los de España, Francia y África, las cartas de S. Dámaso á Paulino de Antioquia, las de Siricio y sus sucesores hasta Gregorio Magno. Pero ¿quién es capaz de decir en breves palabras lo mucho que dió á luz su fecunda pluma? Puede decirse que escribió una completa librería, en la que nada tienen que desear los gramáticos, los filósofos, los teólogos, los canonistas y legistas, los cenobitas y ascéticos. La historia ha colocado su nombre al lado de los génius más eminentes de su época, y le ha prodigado los más lisonjeros elogios; los sábios le han reverenciado con entusiasmo, como una de las más resplandecientes autorchas del cristianismo; las universidades más célebres, las más insignes academias han consagrado á su memoria los más gratos recuerdos. Roma, que admiró sus luces, escuchó los oráculos de su sabiduría, y dió un testimonio inequívoco de su alta consideración poniéndole en el catálogo de los doctores de la Iglesia universal. En fin, el octavo concilio de Toledo le apellida doctor escogido, ornamento del cristianismo, y digno de ser nombrado con toda reverencia.

Después de esto, ¿quién no confesará, que Isidoro fué escogido por Dios para colocarle en el mundo como un faro luminoso, que derramase los resplandores de las doctrinas eminentemente sociales del catolicismo en toda la redondez de la tierra? Sus luces han penetrado por todas partes, y no podreis hallar un solo establecimiento científico en donde mil veces no se hayan consultado sus obras, ya para discernir cuestiones dogmáticas, ya para dilucidar puntos de controversia, unas veces para esclarecer hechos históricos, otras para conciliar dudas cronológicas, ora en lo perteneciente á ritos, ora en lo correspondiente á la disciplina, ó en otras materias. Gloríese, pues, España de este hijo suyo, y grabe en eternos caracteres el nombre de Isidoro arzobispo de Sevilla, modelo del obispado, báluarte de la verdad, martillo de la herejía, apoyo de la ciencia, sostén de la religión, consuelo de la humanidad, fomentador de las ver-

daderas luces y núcleo de la cristiana civilización. No olvide nunca, que él cooperó con su doctrina, con sus trabajos, con su asiduo y constante celo, á basar sobre la unidad católica los cimientos de nuestra unidad civil y política. Tenga siempre presente, que él fué quien promovió y presidió la ilustre asamblea en que se discutieron, redactaron y sancionaron las leyes, que, después de haber civilizado nuestro país, le elevaron á una altura envidiable á las demás naciones del mundo. Aprovechémonos todos de sus enseñanzas y de sus ejemplos. ¿De qué nos serviría haber nacido bajo el mismo cielo, haber respirado el mismo ambiente y haber tenido una misma madre comuna, si por no imitar su vida, no pudiésemos ser compañeros suyos en la mansion de la inmortalidad? España, que cuenta sus grandezas por las heroicas virtudes de sus hijos más que por las hazañas y ruidosas conquistas, se complacerá sobremanera en ver reproducidos en nosotros aquellos monumentos de santidad, que tanto enaltecieron su nombre en las pasadas edades. Sea, pues, Isidoro la norma de nuestras costumbres, copiemos en nosotros la imagen fiel de tan brillante original, y de esta suerte nuestro porvenir no será incierto, y si, por el contrario, segura é infalible nuestra eterna felicidad.

Isidoro glorioso, hijo predilecto de la ciencia y de la virtud, que el Señor comunica á los que como vos saben pedir y suplicar con espíritu devoto y humilde; sed nuestro padre y nuestro maestro desde el Cielo, como lo fuistéis de nuestros gloriosos antepasados en la tierra. Ilustrados, para no ser víctimas del error, y no consintais que los doctrinados en vuestra escuela nos extraviemos de la senda recta, que conduce á la triunfante Jerusalén de la gloria.

PANEGÍRICO
DE SAN ISIDRO LABRADOR.

Scriptis non animam docem.
Me cupio per suapte una buona animi.
(SAR. VII. 62.)

Admirable es Dios en la hermosa fábrica del universo; admirable en la inmensa grandeza de los cielos; en la asombrosa muchedumbre y variedad de las estrellas; en el rápido movimiento del sol y de la luna; admirable en la hermosura de la tierra, en la multitud de sus producciones, en la variedad de sus plantas, en lo sazonado de sus frutos, en la preciosidad de sus minerales, en el instinto de tantos vivientes que por todas partes la pueblan y habitan; admirable en los inmensos depósitos de aguas de que formó los mares, en la asombrosa elevación de sus olas, en sus perennes flujos y reflujo, en sus senos, sus playas y sus golfos; y en la infinita muchedumbre de sus peces; admirable en la fuerza incontrastable de los vientos; admirable en la actividad exterminadora del fuego, que consume y aniquila cuanto se le acerca. En una palabra, Dios es admirable en la creación de los cielos y la tierra, y de todos los elementos. Empero, aunque esta sea una verdad, evidente á cuantos tienen ojos para ver las obras maravillosas del Ser supremo, se presenta sin duda incomparablemente más admirable el Señor en la elección eterna de algunas criaturas, á quienes segregó de la masa común de los mortales para que sean agradables á sus divinos ojos, y alcancen llenos de méritos y virtudes un trono muy distinguido en la bienaventuranza.

¿Qué cosa á la verdad más maravillosa, que ver á los Fernando, Luises y Casimiro sobre el trono, lugar tan á propósito para llenarse de orgullo, tan humildes, tan dóciles, tan piadosos y caritativos? ¿Qué cosa más admirable que ver á los Daniel, José y Samuel en las cortes de los mayores príncipes, y rodeados de una inmensidad de negocios, con un espíritu de tranquilidad y retiro interior que pudieran envidiar los Arsenios, Pablos y Patomios? ¿Qué cosa más admirable que ver á un hombre sin literatura practicar la cien-

cia de los Santos, y llenar de una saludable confusión á los sábios del siglo? ¿Un hombre, que no contaba entre sus antepasados héroes famosos, célebres capitanes, ni otros personajes ilustres por las armas y las letras; pero que supo vencer los poderosos enemigos de su alma, y conquistar el reino de los Cielos? ¿Qué cosa, en fin, más admirable, que ver á un pobre labrador declarado patrono de la brillante corte de los monarcas españoles, venerado de los pueblos, colocado sobre los altares, y hecho digno objeto de la presente solemnidad? Ciertamente, hermanos míos, que aunque Dios sea admirable en sus Santos, lo es mucho más en Isidro, llamado por Dios á los rudos ejercicios de labrar los campos, y hecho una viva copia de Adán, sometido y obediente á los preceptos del Altísimo.

Celebrad vuestra dicha, hermanos míos, en tener á vuestra vista un Santo cuya vida podeis imitar; una vida en la que no hallareis las asombrosas penitencias de los anacoretas, ni los horribles tormentos de los mártires, ni los sudores y afanes de los santos Padres y Doctores. Empero, no tendreis ya pretexto para no ser santos ni en la falta de vuestros talentos, ni en la debilidad de vuestra salud, ni en que no os hallais con suficientes fuerzas para entogar vuestro cuerpo á manos de los verlugos. Isidro os enseña, que podeis ser santos como él, siendo casados, siendo labradores, siendo pobres, cuidando de vuestras casas, cultivando vuestros campos; pero siendo piadosos, afables, benignos, modestos, misericordiosos y mortificados. En una palabra, siendo hombres de bien, como lo fué Isidro, seréis santos. Hé aquí el verdadero carácter de S. Isidro: él tenía un alma buena, era un hombre de bien; y esto será el asunto de este discurso, y el objeto de vuestra atención. No penséis que es elogio poco correspondiente á las grandes virtudes de nuestro Santo; nada más común que llamarse los hombres *hombres de bien*; nada más raro, empero, que lo sean en realidad. Vosotros vereis en estas dos palabras un conjunto de acciones tan heroicas que, con dificultad, hallaríamos palabras con que explicarlas, si la divina gracia no nos asistiese. Pidámosla por la intercesion de la Virgen: A. M.

El hombre, para ser *hombre de bien*, ha de cumplir con ciertas obligaciones para con Dios, para con el prójimo y para consigo mismo; y para cumplirlas no basta las débiles fuerzas de la naturaleza y las escasas luces de la razon; el hombre, sin los auxilios sobrenaturales de la gracia, ni conoce á Dios, ni le dá el debido culto; ni es útil á su prójimo, ni le ama con verdadera caridad; ni subordina sus pasiones á la razon y á la ley, ni se gobierna por principios de probidad, de cas-

tividad, de humildad, ni de mansedumbre. Nosotros, que por una particular misericordia del Altísimo, nos hallamos ilustrados con las luces de la fé, creemos firmemente, que para ser un hombre lo que debe para con Dios, para con el prójimo, y para consigo mismo, esto es, para ser *hombre de bien*, debe de tener un espíritu de religion para con Dios, un espíritu de caridad para con su prójimo, y un espíritu de mortificación para consigo mismo. Esto es ser *hombre de bien*; esto es lo que fué S. Isidro; y esto es lo que debéis de ser vosotros.

El Santo debió al Cielo la gracia singular de haberlo cabido en suerte una alma buena. Tenia una condición dulce, suave y benigna; un génio dócil y tratable; una presencia modesta y amable, y una inclinación natural á la virtud. Aborrece las travesuras indecorosas de los otros niños, los juegos en que se ofende al virginal pudor, las diversiones nada honestas, que tanto suelen perjudicar á las almas en la infancia. No ignoraban sus cristianos padres esta bella índole y buenas inclinaciones del niño Isidro; y aunque por su pobreza no pudieron dedicarle á la carrera brillante de las letras en las universidades, cuidaron de ser ellos mismos sus maestros, instruyéndole sólidamente en los principios de la Religion y en las buenas costumbres. Sus frecuentes amonestaciones y, sobre todo, su ejemplo, se imprimían como en blanda cera en el dócil corazón de Isidro, y producían los más prodigiosos resultados. Nada deleitaba tanto al niño como la asistencia á las misas, la visita de las iglesias, la frecuencia en el rezo, y el repetir con sus padres la doctrina y las oraciones que le enseñaban.

No acontecia con Isidro y sus padres lo que tan frecuentemente lloramos en nuestros días, al ver muchos padres tan lastimosamente olvidados de las graves obligaciones que la ley santa de Dios les impone, y la naturaleza les inspira; y al observar hijos inobedientes, tercos y rebeldes á las instrucciones y ejemplos de sus padres. Toleran unos, que sus hijos se abandonen á una peligrosa ociosidad, y que en ella fomenten los vicios, como necesariamente ha de suceder á quien, omitiendo la grave obligación que todos tenemos al trabajo, no se dedica á una ocupacion honrosa. Procuran otros, que sus hijos trabajen aún desde su más tierna edad; pero omiten lastimosamente su competente instruccion, para que ofrezcan á Dios los trabajos con un espíritu de verdadera religion. De donde resulta, que unos, por no dedicarse al trabajo, y otros por trabajar sin espíritu y sin dirigirse á Dios, consumen los días de su vida, y se pierden miserablemente. No así obraron Isidro, ni sus padres. Estos, teniendo presente que Dios nos manda comer el pan con el sudor de nuestro

rostro, le destinaron á la agricultura desde su adolescencia. Mas al propio tiempo que le apartaron de la ociosidad con un trabajo honesto, le inspiraron máximas de religion para que con él sirviese á su Criador. Véraisle por tanto ofrecer á Dios sus obras por la mañana, visitar las iglesias de Madrid, asistir con devoción y recogimiento á la celebracion de la santa misa, y mantener siempre el espíritu en la presencia de Dios en medio de sus labores.

Cierto es, hermanos míos, que en aquellos tiempos, como en los presentes, no faltaron lenguas mordaces y malignas que criticaban su piedad, y le acusaban, de que por atender á las prácticas de devoción faltaba al cumplimiento de sus deberes. No faltaron, es verdad, personas que, aparentando celo, le acusaron á su amo de que acudia tarde al trabajo, por andarse visitando las iglesias; pero Dios volvió por la inocencia de su siervo, permitiendo que su mismo amo viese á dos ángeles, que con dos yuntas de bueyes auxiliaban á Isidro en el trabajo. Pasado de esta maravilla, y de haber visto en otra ocasion trabajar solo el ganado, comprendió la santidad de su labrador y la malignidad de sus calumniadores. No fué solamente este prodigio el que manifestó el espíritu de religion que animaba á nuestro Isidro; Dios nuestro Señor quiso tambien patentizarle con el siguiente milagro.

Regresaba el Santo desconsolado de su trabajo cierto día por no haber podido oír misa; llegó á las puertas de la parroquia de S. Andrés de Madrid, y con todo el afecto de su corazón se puso á orar; descendió sobre él el Espíritu del Señor, y le elevó en un éxtasis maravilloso, en que vió patente el Cielo, y celebrarse en él una solemnisima misa, á la cual asistían y ministraban los ángeles y los Santos; concluida, volvió á sus sentidos con indecible consuelo de su espíritu. Pero, ¿qué mucho que Dios favoreciese á su siervo con estos prodigios, si Isidro dirigía todas sus obras, todas sus palabras y todos sus pensamientos á la mayor gloria de su Criador? Cuando el Santo empezaba su trabajo continuaba su oracion, levantando los ojos y el corazón al Cielo para ofrecer á Dios aquellas fatigas en satisfaccion de los pecados del mundo. Cuando cesaba del trabajo proseguía en la oracion, dando gracias al Cielo por aquel alivio. En suma, cuando regresaba del campo, y cuando estaba en casa, cuando comía, cuando bebía, en todas partes y siempre Isidro era el mismo; esto es, en todo manifestaba su espíritu de religion para con Dios, en la frecuencia de Sacramentos, en la oracion continua, en la recta direccion de sus trabajos, en la asistencia al santo sacrificio de la misa y en la visita á las iglesias.

¡Qué vida, hermanos míos, tan inocente, tan justa, tan religiosa, tan digna de vuestra imitación! No, no se os exige que sacrifiqueis vuestros hijos sobre el monte, como Abrahán, solo se trata de que conozcáis á aquel gran Dios, que con su soberana providencia conserva y gobierna este mundo; que seáis agradecidos á los beneficios que tan frecuentemente recibís de sus liberales manos; que le ofrezcáis vuestros sudores y afanes en satisfacción de vuestros pecados; y que os ejerciteis en repetidos actos de virtud, creyendo en sus palabras, esperando en sus promesas, amando su infinita bondad, y viviendo siempre como Isidro en su presencia. No se os ordena hablar en los desiertos, vadear duras pieles de animales, comer insipidas yerbas; no, hermanos míos, solamente se trata de que, á imitación de Isidro, frecuentéis los Sacramentos, visitéis las iglesias, asistáis á las misas, y conozcáis que siempre y en todas partes estáis delante de Dios, que os ha de premiar ó castigar conforme fueren vuestras obras. Pero nada, nada es capaz de despertar á innumerables cristianos del funesto adormecimiento en que viven sumergidos, de la pavorosa estupidez é insensibilidad en orden á su destino eterno, y de la horrible indiferencia con que miran el Cielo y el Infierno. Doctrinas, pláticas, sermones, amonestaciones, consejos, libros, buenos ejemplos, representaciones, todo es inútil para muchas almas, poniendo á la Iglesia en la dura necesidad de compelerlos y llevarlos como por fuerza á la mesa del Señor. ¡Ah! ¡Cuán distantes se hallan estas almas del espíritu de religión que posó Isidro! No seáis vosotros, hermanos míos, de este número: ofrezcá vuestros obras al Señor como Isidro. Mas no os olvidéis al mismo tiempo de estar animados para con vuestros prójimos de un espíritu de caridad.

Esta virtud es aquel vínculo de perfección, como la llama el Apóstol, que nos une y enlaza, porque indudablemente la caridad es la más principal é importante de todas las virtudes. Esta preciosa virtud forma en el mundo un solo corazón y una sola alma de todos los hombres, á pesar de la diferencia de naciones, edades, sexos, condiciones y estados; porque la caridad es sufrida, es dulce y bienhechora; no se irrita, no busca sus intereses; no es temeraria, no piensa mal, todo lo cree, á todo se acomoda, todo lo espera y soporta todo. Destierra esta caridad del mundo, y vereis transformado el universo, y todo lleno de una espantosa confusión.

Vereis los hijos sin obediencia, los padres sin amor, los súbditos sin subordinación, los soberanos sin piedad, los pobres sin paciencia, los ricos sin misericordia; y, en una palabra, todos los pueblos ardiendo en el fuego de la enemistad, la inquietud y la discordia. La

caridad es la virtud que forma el carácter de un cristiano, de un hombre de bien, de S. Isidro. Teniendo presente el Santo aquel admirable consejo que dió el anciano Tobías á su hijo: *Si tuvieres mucho á tu abundancia; si poco, procura dar de buena gana aún de este poco que tuvieres, cercenala de su corto salario cuanto podria, para que participasen de él sus hermanos los pobres, cuidándose él á los límites de la mayor frugalidad.* ¡Qué bello espectáculo, hermanos míos, tan digno de la admiración de los ángeles se descubre en la caridad de nuestro Isidro! El Santo no desperdiciaba ninguna de muchas ocasiones se le ofrecían de ejercitarla. Fué convidado cierto día á comer en una solemne función de una cofradía, de la cual era individuo Isidro: tarda el Santo en concurrir al mediodía, porque antes muy ocupado reuniendo una gran tropa de pobres; llévalos consigo á casa del mayordomo, pero no cabían en ella por ser tantos: dicele que han comido ya los demás cofrades, y que solo se le ha guardado su parte. Venga enhorabuena esa parte, dice el Santo; y tomándola en sus manos, entra con ella en medio de sus amados pobres. Divide aquel poco de pan con sus benditas manos, y en ellas se multiplica de suerte, que sobra pan para todos los convidados. Ejecuta lo mismo con los demás manjares; come él, y comen abundantemente sus pobres; quedan todos satisfechos y aún sobra comida. ¡Oh, cuán prodigiosas son las obras de la caridad! ¡Cuán benéficas las entrañas de la misericordia!

Mas no os figureis que la caridad de Isidro se circunscribía á estos límites. Él amaba á todos los hombres, y á todos les procuraba algún socorro. Aún existen en Madrid los pozos que S. Isidro labró para la común utilidad. Perenne está la fuente de las cercanías de la Corte, que hizo brotar el Santo con el golpe de su atada, para refrigerar la sed de su amo, y para que todos los que hubiésemos de aquella agua glorificásemos á Dios, que tan admirable se manifiesta en la caridad de su Santo. Los hospitales le tuvieron por su auxiliar, los enfermos por su consuelo, los tristes por su alegría, los débiles por su fortaleza, los ignorantes por su maestro, los viciosos por su corrector, y los justos por su modelo. Los milagros que justificaron esta verdad fueron innumerables. Escuchad este solo. Muriósele á su amo, Ivan de Vargas, una hija muy amada, llamada Maria, y al regresar el Santo de su trabajo halló llena de dolor toda la casa, y los domésticos ocupándose en los preparativos para dar sepultura á la difunta. Comoviéronse las entrañas piadosas de nuestro Isidro al contemplar tantas lágrimas, al oír tantos clamores; y poniéndose en oración con grande fervor y espíritu, alcanzó de Dios el remedio de

aquella desgracia. Pasó adonde estaba la difunta; tocóla con su rostro, é inmediatamente la restituyó la vida con admiración y asombro de todos los circunstantes. Pero ¡qué mucho, amados hermanos, fuese caritativo con los hombres quien extendía sus limosnas hasta á los irracionales! Contempladle como se dirige al molino en un día de grandes nieves, y observando sobre unos árboles muchas aves, que no hallaban alimento por la demasiada nieve, condolióse de su necesidad, y sacando algunas porciones de trigo las derramó en el suelo, apartando con sus manos la nieve para que pudieran comer. Miradle empezar la sementera; pero soplando ántes parte de ella para que las hormigas y otros animalitos tuviesen su provision. Vaya esto, decía el Santo, para Dios, esto para nosotros, y esto para las avecillas y animalitos del Señor; porque cuando Dios dá, para todos dá, y cuando Dios amanece, para todos amanece.

Confieso que al pronunciar estas palabras el corazon se me conmueve. Yo veo la caridad de Isidro, y en ella una viva copia de la infinita caridad de nuestro Dios, que reparte su luz sobre los buenos y los malos, y que hace descender su lluvia, segun la expresion de la Escritura, sobre los justos y pecadores, y que atiende con admirable providencia á los hombres y á los brutos. Yo veo en Isidro un espíritu de caridad para con su prójimo; un espíritu que le hacia todo para todos. ¡Cuanto confusión para nosotros, hermanos míos! Isidro, repartiendo con una caridad heroica sus propios bienes, aunque cortos, á sus hermanos los pobres; y nosotros apeteciendo con una insaciable avaricia los bienes de los ricos. Isidro, procurando con su caridad la tranquilidad de todas las familias; y nosotros, con un genio indómito y alivo, desasosegando nuestras propias casas, inquietando é introduciendo la confusión en las familias ajenas. Isidro, atendiendo hasta á las avecillas del cielo y á las hormigas de la tierra; y nosotros, maldiciendo las aves, los animalitos y los hombres. ¡Ah! ¿Cuánto nos animará un espíritu de religion para con Dios como á Isidro? ¿un espíritu de caridad para con nuestro prójimo, como á Isidro? Cuando obtengamos un espíritu de mortificacion con nosotros mismos como Isidro.

Si, hermanos míos: la mortificacion es el único freno que doma las pasiones para que no se precipiten en el abismo de los vicios. El hombre sin mortificacion es como una fiera indómita por la corrupcion humana, que ocasionó en la naturaleza la culpa de Adán. Llena su mente de ignorancias y su voluntad de rebeldias contra la razon y la divina ley, apetece siempre lo deleitable á los sentidos; la mortificacion, empero, hace que el alma someta al cuerpo con todas sus

concupiscencias. Ya conoceréis, hermanos míos, que al hablaros de mortificacion no debéis entender que se trata solamente de cilicios, de disciplinas, de ayunos y de vigiliás, sino tambien, muy particularmente, del buen uso de aquella potestad, de aquel poder con que dotó Dios al alma, para que, sombiendo los apetitos desordenados de su cuerpo, sirvan el cuerpo y el alma á su Criador. Hablo de la paciencia en los trabajos, de la conformidad con la divina voluntad en la pobreza, en las enfermedades, en las calumnias, en las persecuciones. Hablo de la resignacion en la contrariedad de génios, en las tribulaciones del estado y del oficio, en la intemperie de los elementos, y otras miserias que abruman á la humanidad. Esta es la más apreciable, la más ventajosa y la más meritoria mortificacion; ésta es la que tuvo S. Isidro. No os figuréis, que porque era de unas costumbres irreprehensibles le faltaron mortificaciones de todas clases. Las tuvo con sus amos, con su mujer, con su familia, y con otras varias personas. Mortificaciones con su amo; pues extrañando éste, en cierta ocasion, lo mucho que habia cogido Isidro de su pequeña sementera, dióle á entender que lo habria hartado de la suya. Amargo trance, hermanos míos, para un hombre de bien, verso tratado de ladrón. Pero pensais que se conmovió Isidro? ¿Pensais que se encolerizó? Nada ménos. Con semblante sereno y corazon tranquilo, respondió á su amo: «No soy ladrón, ni Dios permita que yo me haga reo de tal pecado: su divina Majestad distribuye los bienes segun place á su adorable voluntad: El es quien me ha dado esta copiosa cosecha: su nombre sea bendito eternamente. Pero si usted quiere deponer toda sospecha, llévase enhorabuena todo el trigo, que yo con la paja tengo bastante.» Efectivamente, tomóse su amo todo el trigo, y el Santo, lleno de fé y confianza en el Señor, empezó de nuevo á aventar la paja. Relanse los otros compañeros de su simplicidad; pero en breve trocaron la risa en admiracion y asombro, viendo que lo que subia paja, bajaba trigo, hasta completar otra tanta cosecha como la antecedente. Así manifestó Isidro cuanto sabia mortificar sus pasiones, y la proteccion que Dios le dispensaba en premio de su sacrificio.

Mortificaciones con su mujer: no por la contrariedad de génios, no por la diversidad de pareceres, no por la falta de paz y amor. Nada de esto; pues ambos eran santos, y ambos amigos de Dios: sino porque el demonio, permitiéndolo el Señor, le tentó terriblemente acerca de la fidelidad de su mujer. Vivian los dos santos cónyugos en continencia y castidad: su mujer, Sta. Maria de la Cabeza, en un pueblo pequeño llamado Caraquiz, y S. Isidro en Madrid. Apareciósele

el demonio en figura de un labrador conocido y amigo suyo, y dijole con gran reserva y misterio, que su mujer vivia malamente divertida con los pastores de la orilla del Jarama, á quienes iba á visitar todos los dias. No le creyó el Santo desde luego, porque estaba íntimamente persuadido de la bondad de su esposa; pero fué tan fuerte la bateria que le asediaba el demonio, que determinó acecharla. Salio S. Isidro de Madrid, y ocúltose en el campo por donde le habia dicho que andaba su mujer; vióla, efectivamente, y que llevaba en su mano aceite y humbre; vióla llegar á la orilla del río, y que, haciendo la señal de la cruz, y extinguiendo sobre las aguas su manilla, pasó sobre ella á la otra parte para encender una lampara á María santísima, que se veneraba en una ermita allí erizida: ejecutado esto, volvió á pasar el río sin mojarse, como si caminara por tierra firme. El Santo, viendo este prodigio, quedó consolado, y dió gracias á Dios porque le habia librado de aquella terrible mortificación, dejándole ver por sus propios ojos la santidad de su mujer.

Mortificaciones con su familia: pues habiéndosele caído en un pozo y ahogándose un niño que tenía el Santo, adorando con resignación los juicios del Señor, se puso en fervorosa oracion; y acudiendo después con su mujer al brocal del pozo, vieron entumescerse maravillosamente las aguas, y que sobre ellas cubia el niño, á quien alargando los brazos sus buenos padres sacaron del pozo sano y bueno, alabando al Señor por sus misericordias. Mortificaciones, en fin, con los demás hombres, pues unos se burlaban de su piedad, otros se reían de su sencillez, otros insultaban su paciencia, y otros llegaron á injuriar públicamente su honradez, llamándole ladrón de la hacienda ajena. Fué el suceso de esta manera: dirigíase el Santo al molino con unos costales de trigo, y saliéndole al paso muchos pobres, les distribuyó gran parte del grano que llevaba, dividiendo tambien con las aves una regular porcion de suerte, que cuando llegó el molino era muy poca el trigo que llevaba. Mandó el Santo al molinero hacer harina, y salió tanta, que los que habian concurrido á moler creyeron les habia robado el trigo de sus costales. Así, se lo dijeron al Santo, pero él, sonriéndose y con un mansedumbre inalterable, les dijo: No he robado vuestro trigo ni robado á nadie lo que es suyo; dadme, si no queréis darme crédito, otro tanto trigo como yo traje, y llevaos la harina. Lleváronse la con afecto, y de aquel poco trigo que le dieron volvió á salir mucha más harina que del anterior. Reconocióla el Santo; y sin alterarse, como hombre que tenía enteramente sojuzgadas sus pasiones, se volvió en paz á su casa.

¿Qué os parece? ¿No es verdad, que tenía Isidro un espíritu de

mortificación consigo mismo, cuando no se alteraba ni irritaba con los malos tratamientos de sus amos, con las sospechas que concebía de su mujer, con los contratiempos de su familia, y con las atroces calumnias de los otros hombres? ¿No es verdad, que tenía un espíritu de caridad para con sus prójimos, á quienes socorría en sus necesidades espirituales y corporales, presentes y futuras, como habeis visto, extendiendo tambien su liberalidad á las aves del cielo y á los animales de la tierra? ¿No es cierto, que tenía un espíritu de religion para con Dios, frecuentando los Sacramentos, visitando los templos, oyendo misas, dedicándose á la oracion, y ofreciendo todas sus obras, palabras y pensamientos á la mayor gloria del nombre del Señor, como lo habeis oido? Luego es evidentemente verdadera mi proposicion, en la que afirmé, que habia sido Isidro un hombre de bien; esto es, un hombre adornado de un espíritu de religion con Dios; de un espíritu de caridad para con su prójimo, y de un espíritu de mortificación para consigo mismo.

Ahora bien, hermanos míos; ¿podremos asegurar, sin adularnos, que todos nosotros somos hombres de bien; esto es, hombres que ofrecen á Dios sus trabajos, que reconocen y agradecen los divinos beneficios, que frecuentan los Sacramentos, que visitan los templos, que asisten devotamente á las misas, que se dedican á la oracion, y cambian siempre en la presencia de Dios? ¿Hombres que aman á sus prójimos con una caridad verdadera, que socorren á los menesterosos, que consuelan á los afligidos, que enseñan á los ignorantes, que visitan á los enfermos, y son útiles al público con sus obras y sus palabras? ¿Hombres que mortifican sus pasiones, que las reducen á la obediencia de la razon y de la ley, sin alterarse ni encolerizarse con la pobreza, con las enfermedades, con los malos tratamientos, ni con las demás tribulaciones de la vida? ¡Ah, hermanos míos! Confesémoslo de buena fé, y no mintamos al Espíritu Santo. Todas pretendemos pasar por hombres de bien; pero pocos, poquimosos, vivimos de suerte, que lo seamos en realidad y en presencia de Dios. Las pasiones nos dominan, nos arrastran, nos pierden: la caridad cristiana se disminuye, y el espíritu de religion es desconocido. Pues, hermanos míos, abramos los ojos, y veamos cuán distantes nos hallamos de S. Isidro: acerquémonosle con la imitacion, y le experimentaremos nuestro protector. Sedlo, glorioso Santo, de estos vuestros devotos que os invocan, y se emplean en promover vuestros cultos sobre la tierra; bendicid sus campos, amparad sus casas, defended sus familias, y alcanzalles del Señor mucha salud y mucha gracia, para que todos os vean eternamente en la Gloria. *Amen.*

PANEGÍRICO
DE SAN JOAQUÍN, PADRE DE NUESTRA SEÑORA.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



*Laudemus viros gloriosos in generatione
sua: qui de illis non sunt, reliquerunt no-
men narrandi laudes eorum.*

Alabemos á los varones ilustres de gloria
en su generacion, los que de ellos nacieron
dejaron un nombre que haze recordar sus
alabanzas.

(ECCL. XLIV. 1 et 2.)

Si el elogio que debo hacer en este día, hubiera de establecerse sobre los mismos fundamentos que el que se hace de los héroes del siglo, y necesitara aquellas grandes cosas: ilustres acciones y ruidosos aplausos con que se celebra en el mundo su memoria, seguramente me veria reducido á la dura necesidad de no tener que decir, y deberia empezar el panegirico con aquellas lamentaciones tan frecuentes en boca de muchos oradores, cuando no hallan en la Escritura ni en las historias de la Iglesia acciones brillantes que llenen los sentidos, y los lleven á formar con facilidad las alabanzas. Pero no, hermanos; yo vengo á hablarlos de un santo, que para ser grande y presentarle á todas luces admirable, no necesita de aquel brillante aparato de grandezas, riquezas y glorias, con que los grandes hombres del siglo se presentan en el teatro del mundo. El generoso desprecio con que mira las ruidosas y frívolas grandezas, su vida oculta, pobre, triste y oscura; la decadencia de su familia, llena en otro tiempo de bendiciones y gracias; su incomparable sufrimiento en medio de los mas ingratos acontecimientos; y más que todo, los admirables desiguos de Dios sobre su grande alma, y la gloriosa eleccion que de él hizo la Providencia para cooperar á la generacion temporal de Jesucristo, y darle parte en los misterios de su amor, le han hecho más grande, famoso y admirable, que lo fueron los mayores héroes del mundo con todo el aparato de su brillantez y todo el trén de sus ruidosas grandezas. Nombremos ya á este ilustre santo:

el gran Joaquín, padre dignísimo de la dignísima Madre de Dios, es aquel hombre, que, aunque algun tiempo humilde, oculto y desconocido entre los hombres, fué despues el más glorioso de todos ellos. Semejante á aquellos planetas que el Señor tiene cerrados en los tesoros de su providencia, se vió este hombre singular como sepultado en la oscuridad de una penosa y triste vida, y en las tinieblas de una decadencia, que le confundia con los hombres más pobres, humildes y vulgares, hasta que las adorables providencias del Señor hicieron ver su empeño en la exaltacion de tan humilde hombre, y le elevaron al más alto grado de santidad, de mérito y de gloria, eligiéndole entre todos los mortales para padre de aquella santísima Virgen, á quien habian de aclamar bienaventurada todas las generaciones.

Pues ¿qué razon tendria yo para lamentarme ahora del silencio de los evangelistas ó historiadores, que nada nos dicen de la condicion y singular mérito de este hombre elegido? Con solo saber, que el eterno Dios se complació en preparar por su medio los caminos de Jesucristo, nos empeña á reconocerle superior á todo elogio; y nos lo presenta con una excelencia, origen sublime y fecundo de mil glorias capaces de apurar la elocuencia de los más sábios oradores del mundo. Lejos, pues, de quejarme, de que ni las Escrituras ni las historias ofrezcan accion alguna brillante y ruidosa sobre que fundar el elogio de este gran Santo; muy al contrario, me quejaré de la debilidad de mi elocuencia y de la cortejada de mi ingenio, el cual nunca podrá llegar á comprender y mucho ménos á explicar unas glorias, excelencias y prerogativas, que por grandes y subimes se pierden de nuestra vista. Veid, pues, hermanos míos á donde se dirige mi pensamiento, para hacer el elogio correspondiente á la magnífica piedad que hoy consagra á este gran Santo la presente solemnidad. La Madre del Salvador pedia en su padre, por un cierto inenarrable derecho y con una ventaja muy particular, aquellas tres perfecciones, que, segun el dictámen de los santos Padres, se requieren para la excelencia de una obra, y mucho más para la obra máxima de la Encarnacion, á saber: la nobleza de la disposicion; la perfeccion de la forma, y la recompensa á una y otra correspondiente; y de aqui tomo yo la gran razon para asegurarnos, que este excelso patriarca fué un héroe cumplidamente perfecto, por las nobles disposiciones con que fué prevenido para ser padre de Maria, y por la justa recompensa que mereció por tan dichosa paternidad; de lo cual podreis inferir, que Joaquín fué el mejor padre del mundo. Antes de presentaros las gracias, pidamos los auxilios de la gracia: *A. M.*

Si por los efectos podemos llegar al conocimiento de las causas, yo me prometo daros fácilmente una idea de la excelente perfección que le era debida á este ilustre patriarca, y con que debía ser honrada la gloriosa paternidad á que fué destinado desde la eternidad. El Autor supremo, habiendo resuelto en sus eternos decretos vestirse de la humana naturaleza, debía preparar una criatura que efectuase la generacion de aquella gran mujer, en cuyo seno había de obrar este gran prodigio y verificar los amorosos designios de su misericordia. Pues este Dios omnipotente, cuyas obras son hechas con infinita sabiduría, ¿qué no hará para engrandecer y glorificar aquella criatura privilegiada y tan dichosa? Seguramente, para efectuar tan digna preparacion, unirá en este grande hombre lo más noble, ilustre y esclarecido. Hará correr anticipadamente su sangre por las venas de tantos patriarcas, reyes y profetas, para que llegue aquí más preciosa. Hará que todos aquellos pontífices santos, sábios jueces, generosos capitanes, magnánimos conquistadores, que fueron la gloria y honor de la nacion judaica, formen su ilustre ascendencia, y preparen muy de antemano la gloria de su nacimiento. Porque quién entre los grandes del mundo no se valdría de esta sábia economía para prevenir á su madre un brillante origen? ¿Y podría faltar en Dios para glorificar el nacimiento de su augusta Madre, teniendo un poder infinito é infinitamente sábio? Confesemos, pues, que debían tener y tuvieron efecto, los justos deseos de ilustrar y ennoblecer sobre toda criatura á aquella mujer elegida, que había de ser como el fundamento y origen de su gloria humana; y que, efectivamente, unió en el padre de tan digna criatura toda la antigua gloria y grandeza de aquellos héroes famosos, tan ilustres por su nacimiento, tan grandes por su nombre, y tan beneméritos por su virtud.

Pero hay, hermanos míos, mucho más que admirar en este mismo orden. Hablarán con mucha razon los que dijeron, que los hijos son unas fieles y verdaderas imágenes de los padres; que se trasladan á los hijos los caracteres del padre; de suerte, que está demostrado por medio de las más sábias observaciones, que no solamente las costumbres y enfermedades naturales, sino también las pasiones é inclinaciones del alma se ven, de ordinario, copiadas fielmente en los hijos. Segun este indubitable principio, precisamente hemos de confesar, que habiendo Dios elegido á María para hacerla la criatura más cabal y perfecta, y un milagro que reuniese aún en su cuerpo todas aquellas perfecciones humanas que había borrado el primer pecado, contrajo un cierto género de obligacion de perfeccionar de tal modo á su venturoso padre, que pudiéramos decir con toda verdad, que

había engendrado una hija semejante á sí. Supuesta esta verdad, comprended, si es que podéis, hasta qué punto de nobleza y perfección llegaría esta preparacion; de qué género, de que costumbres, de que indole é inclinaciones estaría dotado este noble padre, si habla de serlo de una hija, que en costumbres, género, inclinaciones é indole, fuese la más perfecta de todas las criaturas.

Pero demos, hermanos, un paso más adelante, y de las dotes de la naturaleza pasemos á las de la gracia; y aquí hallaremos anexos motivos para exclamar, que Joaquín es el mejor padre del mundo. Esta obra es demasiado grande para ser ennoblecida con el solo aparato de las perfecciones humanas. No se trata aquí de formar una criatura que prepare habitacion al hombre de la tierra; el Dios del Cielo debe nacer de la hija de este padre. ¡Cuán justo, pues, y cuán decoroso era al mismo Dios, prevenir á esta grande alma con todas sus gracias y bendiciones! ¡Cuán preciosos debieron ser los dones que derramó sobre su espíritu! En la antigua ley, solamente los levitas elegidos del Señor podían llevar el Arca del Testamento; pero ¿con qué augustas ceremonias y solemnes consagraciones debían purificarse para ejercer con santidad y limpieza tan respetable ministerio? ¡Qué abstinencias! ¡Qué purificaciones! ¡Qué celo! ¡Qué integridad de vida! ¡Qué inocencia de costumbres debían tener! Y qué misteriosas preparaciones debían hacer los que eran llamados á la honra preciosísima de llevar y tener en su custodia al Arca santa del Señor! Pues bien; María santísima es la viva y verdadera Arca destinada para traer al mundo el Redentor del mundo; luego no podía su augusta madre engendrarla, llevarla consigo y tenerla en su custodia sin estar dispuesto y prevenido con una santidad y pureza la más perfecta. ¿Qué preparacion hubiera habido entre el ministro y el ministerio, si la gracia no hubiese purificado á tan digno padre aún de las manchas más leves, y no le hubiera enriquecido con la preciosidad de sus dotes?

Era preciso, que aquel gran Dios, que con admirable suavidad conduce á sus debidos fines aún las empresas más prodigiosas de su mano, condujese también á María segun el uso, leyes y dependencias humanas. Por más que la eleccion hecha en tan noble criatura para madre de Dios la sublimase sobre la gloria de todas las hijas, y aún la declarase reina de su mismo padre, era conforme al debido orden que algun tiempo estuviese sujeta á su cuidado, direccion y custodia, y fuese como una pequeña estrella que, poco á poco, creciera en su esplendor recibiendo las ilustraciones de este sol. ¿Y podréis imaginaros ahora á Joaquín, elegido y elevado á un empleo de

tanto honor, sin reconocerle dignamente dispuesto con el más rico caudal de gracias, virtudes y excelencias? (No era muy justo, que fuese magníficamente ennoblecido con toda la gloria de una salubridad y virtud divina, habiendo de educar á una hija, á la cual la salubridad y virtud de Dios imbian de elevar al último grado de la sanidad? Para levantar en medio del pueblo de Israel el famoso Tabernáculo del Testimonio, como el propio lugar en donde debía ser reconocida la infinita y excelsa majestad de Dios, juzgó conveniente el Señor elegir por su propia mano el artífice, dotarle de su espíritu, llenarle de su sabiduría, y de una maravillosa inteligencia en todo género de obras. Y no debía contraer este mismo empeño, cuando trataba de elegir un padre, y por decirlo así, un artífice, que engendrara y educara á María, predestinada desde la eternidad para nuevo y vivo Tabernáculo, en donde había de habitar corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y aquella inmensa majestad que no puede caber en la vasta dilatacion de los Cielos? Digamos, pues, que destinado á la educacion de la criatura más santa, debía ser el hombre más santo; y que él puso la semilla de aquellas virtudes que tanto glorificaron á la augusta condition de la hija. De él recibió aquel espíritu de retiro y soledad, que, segun el testimonio de David, la alejó del coquetaje y corrupcion del mundo; de él recibió aquel humilde conocimiento de sí misma, con que en medio de las más altas protestaciones del Cielo, que la aseguraban de una dignidad casi infinita, se reconocia indigna esclava del Señor, y que le mereció las más benignas atenciones del Altísimo; él le inspiró aquel heroico é inviolable pacto de virginidad, que fué la gran razon que la hizo fecunda de un hombre Dios; de él recibió, para decirlo de una vez, todo aquello que por grande y precioso la hizo objeto de maravilla y de amor al cielo y á la tierra. Es verdad, que la plenitud de gracia con que fué enriquecida desde el primer instante de su vida, fué la obra maestra y el precioso principio de sus altísimas virtudes, cuyo valor y sustancia no podian tener otro origen. Sin embargo, no se le puede disputar á Joaquin la gloria de haber tenido la direccion de tan grande obra, y haber promovido con la dulce influencia de sus cuidados y santidad de sus ejemplos el incremento de tan soberanas virtudes.

¡Gloria grande por cierto! ¡Honor inefable! ¡Incomparable fortuna! Pero ¿lo creeréis? No es esto aún lo que más nos descubrió la rara perfeccion y mérito de Joaquin. Si fué tan grande por las magníficas prevenciones con que le dispuso el Cielo para ser padre de María, precisamente ha de ser mayor por haber sido efectivamente padre de María. Este es el punto principal de su grandeza y el mejor trofeo

de su gloria, y una gloria que no se le comunicó á ninguna otra criatura. Dios, dejadme decirlo así, Dios no hubiera atendido dignamente al justo decoro de su augusta Madre, si este ilustre padre no hubiese sido santificado sobre todos los padres; de suerte que con la misma verdad que decimos, que María es la mejor y más perfecta entre todas las hijas, diremos tambien que Joaquin es el mejor y más perfecto entre todos los padres. Si, digámoslo sin temor, y digamos tambien que tuvo mucha razon para atribuirse aquella bella gloria que estaba reservada para su augusta hija, y que toda la Iglesia le había de consagrar como un digno tributo debido á la singularidad de su excelencia: *Ex hoc beatum me dicent omnes generationes*. Es verdad, alma nobilísima; por esto te aclamarán bienaventurado todos los siglos y generaciones; por esto celebrará el mundo toda la grandeza de tu mérito; por esto el Cielo y la tierra publicarán tu felicidad; por esto todos tendrán razon para aplaudirte dichoso, pues fuiste hallado digno de la incomparable gloria de ser padre de una hija de una dignidad casi infinita; pero sus aplausos serán siempre inferiores á los privilegios de tu fecundidad y á la grandeza de tu mérito.

Y ahora, ¿qué necesidad habrá de que yo os recuerde todas las acciones santas de este héroe incomparable, ni busque en sus virtudes el testimonio de su santidad? Sin embargo, para que no salgais disgustados de mi presencia, os diré con los santos Padres, que fué profundísimo en la humildad, altísimo en la contemplacion, ardentísimo en la caridad, ferrocísimo en la oracion, rigidísimo en la penitencia, sufrido en las injurias, en las tribulaciones pacientísimo, resignado y sometido á las más severas disposiciones de Dios; pero con tanta maravilla, que no dudaré aseguraros, que su heroica sumision á la Providencia y su humillacion en frente de las desgracias fué, principalmente, la virtud que le elevó al alto mérito, que le aseguró la más soberana exaltacion. Su fidelidad y justicia, en medio de la decadencia de su antiguo casa y de sus particulares infelicidades; su constancia entre las pruebas de una afrentosa esterilidad, nos muestran de un modo maravilloso, la magnificencia de su santidad y la singularidad de su mérito.

No es razon tocar de paso un punto que caracteriza la grandeza de este héroe. Su resignacion en medio de las penas más amargas es digna de toda nuestra atencion, de las más serias reflexiones y de las más encarecidas alabanzas. Porque, ¿cuánto, hermanos, no podemos decir de la suerte infeliz de este hombre pacientísimo, de su profunda sumision, y de la gloria tan justamente por ella merecida? Vivía Joaquin en medio de un pueblo, que, ingrato, indócil y mal con-

lento bajo el dulce y honroso yugo de la dominación del Señor, quedó en justo castigo sujeto á la más tiránica y soberbia servidumbre. Todas las desgracias de esta infeliz nación cayeron de un golpe sobre la pobre tribu de Judá, que las sentía en extremo. Su antigua superioridad sobre las demás tribus convertida en abatimiento; la larga posesión del augusto trono de Israel perdida y pasada á ruyes usurpadores; la nobleza de tantos héroes que ilustraron sus generaciones reducida al olvido y al desprecio; la unión antigua de las más brillantes familias, sostenidas con una perpetua alianza de potestad y de gloria, reducida á oscuras sombras de la pasada elevación; el abatimiento de la real familia de David, tan brillante bajo de sus santos y esforzados príncipes; eran dignos motivos que le hacían sentir el peso de la mano omnipotente y derramar lágrimas inconsolables. Pero, en medio de este desventurado pueblo y de esta infeliz tribu, venerad, hermanos, á Joaquín que respeta con profunda sumisión la severidad de la Providencia, que se hace superior por su constancia á toda la adversidad de tan amarga fortuna; que se impone la ley terrible, aunque necesaria, de sujetarse á los juicios de Dios; que á pesar de tan espantoso cúmulo de desgracias reconoce yadora su divina mano, sin rebelarse contra los decretos que le hacen sentir su enorme peso; porque él mira con espíritu tranquilo á Herodes, extranjero é impio, sobre el trono de sus mayores; sacrifica á Dios, lleno de religión todas las grandezas de la tierra; pasa gozoso sus días en la oscuridad de su estado y en el desprecio de la nación, sin despegar sus labios, aún para aquellas inocentes quejas que no son enemigas de una alma santa. Cotejad, hermanos, estos hechos con las promesas hechas á sus padres por boca de los profetas, y vereis si es necesaria una alma tan grande y una virtud tan heroica como la suya, para sostener la acerbidad de pruebas tan terribles, y triunfar de aflicciones de una situación tan infeliz.

Sin embargo, hermanos, no es esta á mi parecer la mayor prueba del heroísmo de sumisión de ese hombre incomparable. En medio de tan enormes desgracias, se veía penetrado de otra pena, que juntamente con el dolor le lavaba la ignominia, cual era verse comprendido en la maldición de Dios fulminada en la antigua ley contra los estériles. ¡Qué motivo tan asombroso de amargura, la más vehemente y dolorosa! La fecundidad en la antigua ley era la mayor gloria de los hombres. Una numerosa posteridad era frecuentemente el premio de insignes virtudes. Esta fué la magnífica recompensa que se le dió á Abraham, y de este modo le cumplió el Señor sus promesas. El admirable Joaquín lleva sobre sí el oprobio de la infertilidad en

el pacífico matrimonio de veinte años, se veía oprimido del peso de la maldición legal, que le hacía despreciable á todos los de su nación, y privado del mayor beneficio que se podía conceder á una tribu destinada á dar al mundo el deseado de las naciones. Reconocía haber llegado el tiempo de tanta fortuna. El abatimiento general de aquel pueblo, su ruina entera é irreparable, la salida del oetro de la tribu de Judá, trasladado á manos extrañas, le hacían entender, según las terminantes profecías, que aquella era la época segura del Mesías. Esta esperanza, que era generalmente para los judíos el gran motivo de la mayor consolación, causaba á Joaquín el más amargo y vivo dolor. Bien sabía que el Salvador de los hombres había de salir de su familia; pero tampoco ignoraba que su esterilidad le hacía absolutamente incapaz de contribuir á su nacimiento. En medio de una pencha tan terrible no esperéis de él aquellas impacientes quejas tan frecuentes en los afligidos mundanos, que en vez de adorar en sus desgracias los designios de Dios, gritan y elaman contra su providencia sin buscar otro consuelo que las lágrimas, la impaciencia y la desesperación; vedle, si, honrar al Señor con una perfecta sumisión, sostener los duros golpes de su pesada mano con una larga y constante resignación, que realiza magníficamente el mérito de sus virtudes.

Si tales fueron sus virtudes, juzgad por ellas cuán rico tesoro de gracias se le debió comunicar, y cuán digna la recompensa que se le debía conceder por una paternidad tan gloriosa y tan santamente desempeñada. Ya es hora que lleguemos á la última reflexion, y volvamos á aquella dignísima hija, que demasiado pronto habíamos perdido de nuestra vista. Considerad pues, hermanos, las obligaciones que había contraído con su santísimo padre, y el empeño en que estaba de desempeñarlas del modo más noble y generoso; qué luego os vereis en la necesidad de conocer, que él es honrado y recompensado con tales dones y gracias, cuales nunca llegará á alcanzar nuestra comprensión. Él fué, en cierto modo, espiritualizado de los divinos afectos de suavidad y dulzura que la admirable hija le inspiraba. Porque si esta fué árbitra soberana de todas las gracias, y podía comunicárs las libremente á quien fuese de su gusto; ¿no las habrá comunicado sin la menor reserva á su dignísimo padre, que despues de Dios era el primer objeto de su finísimo amor? ¡Ah! hermanos, si me fuera licito exponer dignamente el número, orden y excelencia de sus soberanas participaciones; ¡cuánto os admirarais al ver la grandeza y riqueza de este hombre santísimo! Aquella elegida prole, semejante á la aurora que se levanta para ocupar de instante en ins-

tante sitio más sublime, y resplandece con claridad más brillante, crecía á proporción del tiempo en gracia y perfección delante de Dios y de los hombres; y si es cierto que su gratitud, su obligación y su amor no la permitan crecer sin hacer participante de sus nuevas gracias á su amada padre, era preciso que no hubiese momento que no estuviese señalado con nueva recompensa. Calculad, pues, ahora á que suma ascenderían las gracias y dones que enriquecieron á esta alma nobilísima, ¡Tratar familiarmente con María! ¡Vivir juntamente con María! ¡Oh vida inefable! ¡Oh padre incomparable!

¿Con qué gloria, pues, no habrá sido recompensado en el Cielo? Pero entended, dichosos devotos, entendad para consuelo de vuestras esperanzas, que este padre, en medio de tanta elevacion de gloria, conserva la misma estimacion y confianza con la Reina su hija; suerte verdaderamente feliz, que debe unir á aquella exaltacion que le ha elevado sobre todos los santos, una absoluta autoridad para socorrer á los mortales. Yo, hermanos, me le imagino delante de Dios como otro Mardoqueo delante del rey Asuero, exáltado, no solamente por la importancia y fuerza de sus servicios al reino, sino tambien por el amor que la reina Esther manifestó tenerle. La fidelidad y conducta de Mardoqueo le merecieron sin duda distinguidos premios; pero no fué esta toda la razon de su engrandecimiento. Cuando el rey Asuero le reconoció por padre de la hermosa Esther, ya era árbitro de sus tesoros, de su gracia y de todo su corazon, no observó leyes ni medidas para honrarle. Dejó en sus manos todo su poder, le hizo dueño de su voluntad, y le admitió á la misma estimacion y confianza con que trataba á su bella hija. Pues ¿dejará de suceder esto mismo en el Cielo para glorificar al digno padre de la Reina de los Cielos? ¿Dejará Dios de conocer los respetos, la confianza y el amor de María á su dichoso padre? ¿Y podrá conocerlo sin honrarle con una franca donacion de aquella autoridad suprema que concedió á la santísima Virgen? Pida pues en hora buena, pida Joaquín aunque sea, como Mardoqueo, la salvacion de una nacion entera, que en sus manos tiene la autoridad para pedirla y la complacencia de Dios para conseguirla. En vano segun esto me distendria yo en referir aqui innumerables los innumerables prodigios con que en todo lugar y tiempo ha acreditado este poderoso abogado su benigno patrocinio á favor del cristianismo. Bastará decirlo que halló tanta gracia en los ojos de Dios, que á su arbitrio dispone de su omnipotencia.

Los que aspirais, pues, á los favores de este gran Santo, empeñadle con vuestra devocion; pero no os engañeis. No creais que ésta consiste en consagrarle pomposos aparatos y estériles demostracio-

nes de culto. La verdadera devocion á los santos es inseparable de la imitacion de sus virtudes. Imitad, pues, los bellos ejemplos que os ofrece, copiad la santidad y pureza de sus costumbres, emulad su celo, sollicitud y aplicacion al desempeño de las obligaciones que el Señor le impuso; y no dudeis que prevenidos de este modo os será muy fácil imitarle tambien en el amor y exactitud con que debéis atender á la instruccion, santificacion y salvacion de vuestros hijos. Dios os los ha dado para que bagais de ellos otros tantos predestinados. Este gran padre, padre dignísimo, santísimo y el mejor del mundo, os facilitará los auxilios de que necesitáis; y desempeñando con su favor tan santa y precisa obligacion, hallareis en él un protector benigno y magnífico, que alcanzará para vosotros y para vuestros hijos felicidades, bendiciones, abundancias, prosperidades, gracias y últimamente la corona de todas ellas, que es la eterna Gloria. *Amen.*

raciones por su patrono. En el admiramos el mártir, el soldado, el caballero; yo me limitaré en este panegirico á presentároslo como el modelo del caballero cristiano. Tres son los caracteres del verdadero caballero: justo, noble, fiel. Analicémos consecutivamente estos tres caracteres, que nos suministrarán asunto para breves reflexiones. Impléremos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

Es la justicia uno de los atributos de que más alarde hace el Señor, ya sea en las sagradas Escrituras, ya en el curso de su divina providencia. Y no solo la justicia es uno de los principales atributos de la divinidad; es además uno de los primeros elementos constitutivos de la sociedad. La justicia es la base y fundamento de los tronos y de las naciones, el lazo sagrado que une los pueblos á los príncipes, lazo que jamás se rompe impunemente; porque el Señor se ha reservado su día para vengarse de las injusticias de los hombres, y ni una sola quedará sin su merecido castigo. Aquí abajo mismo, la Providencia se vale del curso ordinario de los acontecimientos para dar ejemplos terribles de la divina justicia; y es el Señor tan celoso, que torciendo de propósito las leyes de la naturaleza, la ha trastornado más de una vez para imponer á los mortales un justo temor. Recorred los anales del mundo hasta nuestros días, y á cada paso encontrareis castigos, efectos de la divina justicia. Y no creáis que el Autor de la naturaleza, y fundador de toda sociedad, haya dejado pasar impunes los principios de justicia aplicados á la sociedad. La justicia divina aplicada á los principios de equidad social no se ha violado jamás impunemente; abrid las historias de todos los siglos, de todos los pueblos; registrad las cancellerías de todo el universo; consultad los archivos de las familias; y vereis que el castigo viene, tarde ó temprano, segun los altos juicios de Dios, á vengar los ultrajes hechos á la justicia, los atentados contra la equidad moral. La justicia es el sostén del trono, el sostén de la autoridad, el sostén de los pueblos, la base, vínculo y vida de toda sociedad. Considerémosla en Jorge respecto á Dios, respecto á la sociedad, respecto al prójimo en particular.

Destinado Jorge á ser un día un celoso defensor de la justicia, dispuso el Señor naciere de padres honrados y de noble familia en Capadocia, en la cual estuviere como vinculado el amor á la justicia. Recibió una buena educación en lo religioso, porque su familia profesaba públicamente la religion católica; en lo social, porque ocupando un rango distinguido en la sociedad se le imbuyeron, desde la infancia, los verdaderos principios sociales; en lo moral y filosófico,

PANEGÍRICO

DE SAN JORGE, MÁRTIR,

PATRON DE VARIAS ÓRdenes RELIGIOSAS MILITARES.



El Apostol de las gentes llama soldados á todos los cristianos. Muy usado es en las sagradas Escrituras el comparar la vida del hombre á la milicia. Y en efecto, gran paridad se nota entre ambas cosas. El soldado sirve á su rey, á su patria; el cristiano sirve á Dios. El soldado está subordinado, só pena de la vida á sus jefes; el cristiano está sujeto, só pena de pecado, tal vez de eterna condenacion, á sus mayores, á sus prebados. El soldado vive bajo una disciplina severa, que se apodera de su persona para que arregle á ella todas sus acciones; el cristiano vive bajo la ley del Evangelio, segun la cual debe dirigir todas sus acciones, deseos y pensamientos. Solo es recompensado el soldado fiel, honrado, valiente; y solo es coronado el cristiano que sirve á Dios con fidelidad, que le adora de todo corazón, que le defiende contra los impios, aun á costa de su propia vida.

Lo que os digo es tan óbvio y tan frecuente en las Escrituras, que mi lenguaje no es sino una tradccion, muy imperfecta todavía, de cuanto en ellas se contiene.

Os veo reunidos en este augusto recinto, nobles caballeros militares, para honrar con vuestra asistencia los cultos que vosotros y la Iglesia toda tributa al esclarecido caballero romano, al insigne jefe de las tropas del imperio, al invicto mártir S. Jorge. La vida de este héroe cristiano ha llenado de tal suerte de admiracion al mundo, que el origen de sus cultos se esconde en la antigüedad de la Iglesia. Su nombre es célebre en toda la cristiandad, en el Oriente y en el Occidente. Muchas iglesias le han tomado por su titular, muchas corpo-

porque se le inculcaron los fundamentos de la verdadera filosofía y de la sana moral. Justicia de Jorge respecto de Dios. Llegado á la plenitud de su juventud, y maduro en sus juicios y sentimientos, se penetró vivamente de la necesidad que le incumbía de llenar cumplidamente todos sus deberes para con Dios, como una deuda de justicia. La religión es el epíteto de todos los deberes del hombre para con Dios. Jorge se propuso desde luego seguir escrupulosamente todas las prescripciones, leyes, mandatos, costumbres ó tradiciones de la Iglesia. No había práctica y observancia religiosa que Jorge no cuidase de observar, según se lo permitían las circunstancias difíciles en que se encontraba. Perfección de su vida. Domaba la concupiscencia de la carne con toda suerte de maceraciones, ayunos, cilicios, tratamiento muy duro y áspero; respecto de su cuerpo. Retiro, oración prolija, meditaciones repetidas, contemplación asidua de los divinos atributos, respeto del alma. Una modestia y recato que edificaban aún á los mismos paganos; una moderación jamás desmentida en toda su conducta; silencio y exquisita prudencia en sus relaciones con el prójimo; caridad, amor á Dios, deseo de su propia santificación, y un anhelo continuo por perfeccionarse más y más. Hé ahí en compendio lo que Jorge hizo para llenar sus deberes para con Dios, por medio de la observancia fiel de nuestra santa religión.

Justicia de Jorge respecto de la sociedad. Justamente apreciado el mérito de nuestro Santo, junto con la calidad de su familia, fué elevado por el emperador Diocleciano á uno de los más altos puestos de la milicia. Defendió con honor el imperio, y en aquellas críticas circunstancias supo conciliarse el respeto, amor y veneración de todos; de suerte, que su reputación de soldado valiente, de prudente general, y de vencedor prudente se extendió por todo el Oriente, en donde ejerció muchos cargos á cual más delicados y difíciles. Sostuvo en todas partes el orden amenazado por las divisiones intestinas, y manifestó en todas ocasiones el mayor respeto por la justicia, y el mayor vigor en sostenerla. Dolería al emperador ó al senado las súplicas de los infelices oprimidos, cuando sus poderes no podían remediar las injusticias de que eran víctimas.

Elevado á la dignidad de uno de los consejeros del imperio, manifestó el mismo vigor y energía para defender al oprimido, al pobre, al pupilo, al desamparado, contra las injusticias, violencias y fraudes del turbulento dominador. Fué un consejero justo á la par que prudente y compasivo, según se lo dictaba un corazón de suyo inclinado á conciliar todos los intereses que no fuesen incompatibles. De-

fendió los derechos del César contra el espíritu de insubordinación y rebeldía. Abogó siempre por el respeto á las leyes y á los derechos establecidos. Promovió en cuanto estuvo de su parte la recta é imparcial administración de justicia, oponiéndose á toda infracción de la ley. Considerábase, no como legislador que dicta leyes, las muda, ó las hace callar á su arbitrio y conveniencia, sino como intérprete y aplicador prudente de ellas, como su ejecutor fiel é incorruptible. Teneis, pues, amados míos en el Señor, en el ilustre Jorge, el varón justo por excelencia. Jorge fué justo en sus relaciones para con Dios, y justo en sus relaciones para con la sociedad. Seamos nosotros, á su imitación, fieles y justos en el cumplimiento de nuestras obligaciones. Deberes no ménos sagrados nos unen á Dios, nuestro supremo Criador y Señor, y á la sociedad cuyos miembros somos. Habiéis visto cuán bien mereca nuestro Santo ser llamado el varón justo; os lo presentaré además como el varón noble.

Siempre fué la nobleza una de las primeras dotes del caballero. Alma elevada, corazón generoso, ingenio sutil, honrado proceder; estos son los distintivos que lo caracterizan. Y esto no es de nuestros días, no de los tiempos llamados caballerescos en la Edad media; esto es tan antiguo como la distinción de los ciudadanos en divisiones clasificadas, no por ser de otra ley, sino por la importancia social relativa entre los diferentes cuerpos del estado. No, plegue al Cielo, sea mi ánimo poslergar una clase de ciudadanos por preferir á la otra; ni las raíces del árbol se han de creer holladas porque en lo bajo de la tierra le procuran la vida, ni las ramas frondosas han de olvidar que deben la suya á las humildes raíces aunque nodosas, torcidas, deformes. Todo es necesario en un edificio; desde las peñas que se ocultan en los cimientos, hasta el bello mármol que adorna el frontispicio, ó forma en lo interior hermosos relieves.

Tocóle á Jorge en suerte el nacer de ilustre linaje; esto fué tenido siempre en las sagradas letras por favor del Cielo, y ¡ojala no hubieran abusado demasiado frecuentemente de ese favor los que vemos en ellas señalados! Pero no fué falta en el Señor, que ofreció y dió generoso un don que por culpa del recipiente pasó á ser daño; no fué culpa de Dios que el hombre ingrato y ciego hiciese de un beneficio su mayor agravio. Nacido noble, nuestro Santo procuró, desde los primeros años de su vida, formar su corazón á lo que exigían de él su profesion de cristiano y su estado de caballero. Vióse dueño de numerosos esclavos; valiéndose de la facultad que le permitían las leyes romanas, les dá libertad á todos por amor de Jesucristo; acto generoso que supone en él sentimientos elevadísimos de piedad, de

religion y de nobleza. Pero este paso no era el único que daba nuestro santo caballero en la heroica carrera que había emprendido. Viéndose en posesión de cuantiosos bienes, le vino muy desde luego al pensamiento, de que millares de pobres morían de hambre, de desolación y de abandono en sus dolencias. Jorge vendió cuidadosas posesiones, y distribuirle su valor entre los menesterosos de todas clases.

Disgracia grande fué por cierto para la posteridad la pérdida de casi todas las acias de la vida y martirio de Jorge. Este sensible extravío nos priva del conocimiento de un gran número de acciones generosas. Sin embargo, superando el odio y suspicaz crueldad de los satélites de la tiranía, que hacía desaparecer todo vestigio de lo que se pasó de grande y heroico en los mártires gloriosos, el celo y la solicitud de los antiguos cristianos ha recogido con escrupulosa piedad todo lo que se ha podido trasladar de cierto, acerca de un mártirio tan famoso por la suntuosidad y nombradía del santo personaje. En el Oriente como en el Occidente, se han difundido y conservado de siglo en siglo y de región en región preciosos monumentos, en que la tradición más universal que se conoce, ha consignado los hechos más brillantes de la nobleza y generosidad de Jorge. En uno de aquellos se ve al Santo todavía al frente de las tropas del Oriente, librando al oprimido de manos del opresor, y salvando generosamente y con peligro de su vida á una doncella caída entre las garras de una fiera pronta á devorarla. En otros se pinta dando la muerte á un formidable animal que ponía en la desolación toda una comarca. No es mi ánimo hacer en este lugar, señores, una disertación crítica sobre el verdadero significado de estos monumentos tradicionales, y de discutir si son hechos históricos revestidos de la autenticidad competente, ó si son alegorías significativas, para transmitir á la posteridad la memoria de acciones heroicas análogas, cuya explicación ó relación histórica no ha llegado hasta nuestros días. De todos modos es un hecho constante é innegable el culto antiquísimo de Jorge, como de uno de los más ilustres personajes, como uno de los celebres mártires, venerado en toda la Iglesia universal. Hástenos esto, católicos, para nuestro consuelo, pues que si no tenemos el de poseer una historia detallada de todos los hechos que hicieron famosa su vida, no se nos puede negar una tradición tan constante y tan universal, que nos lo testifica santo, noble, caballero y generoso. Pasemos á examinar rápidamente la fidelidad de Jorge, que es otro de los caracteres del caballero cristiano.

La fidelidad no solo es una virtud cristiana, y por consiguiente

una de las prendas que más adornan al cristiano caballero; es además una cualidad social de tanto precio, que no se han considerado bastante recompensa las riquezas, los honores, y los más altos puestos dados en su remuneración. La fidelidad puede tener por objeto, ó á Dios directa é inmediatamente, ó á la patria, ya considerada como nación, ó ya personificada en el sumo imperante, ó, en fin, á los deberes de su estado particular. Consideremos á Jorge bajo tres conceptos, como ciudadano, como alto funcionario del estado, como cristiano. Bajo todos estos tres conceptos nuestro Santo fué en verdad un varón eminentemente fiel.

Lo fué á los deberes de su estado. Y en efecto, católicos, el aprecio que se mereció de cuantos le trataban, es una prueba tan convincente, que inútil fué detenernos en ella; y así veamos como se comportó Jorge respecto de sus deberes como ciudadano. Los lazos que unen los miembros de una misma familia, son muchos más sagrados de lo que comunmente se piensa. Dios, que es el autor de la sociedad, es al mismo tiempo el fundador de la familia; y no hay que echar en olvido, que la sociedad humana, hoy tan extendida que cubre toda la superficie de la tierra, tuvo principio en una sola familia, en solas dos personas, Adán y Eva; y si se quiere, se formó después del diluvio universal de una sola familia, la de Noé, que sola se salvó del universal diluvio. Estas dos familias, hablando más rigurosamente, la primitiva familia, fué criada y sujeta á ciertas leyes, que imponían ciertos deberes y derechos. El círculo de éstos se ha ido extendiendo á medida que las familias crecían; y cuando éstas han tenido que reunirse muchas en un solo cuerpo, para proporcionarse la suma necesaria de derechos y de deberes recíprocos para su manutención, han dado origen á lo que llamamos un pueblo, una ciudad, una nación, más ó menos extensa. Todo esto se contiene bajo el nombre de sociedad. Claro está, que los deberes y derechos de ésta no son de origen distinto de los de la familia. Dios, que ha formado ésta, ha formado por consiguiente aquella, que no es sino la familia en una fase más complicada y diversa. Dios, que ha dictado leyes á la familia, las ha dictado también á la sociedad; y el solo cuerpo de sociedad que Dios se ha dignado formarse y escoger para ser depositario de sus sagradas voluntades y tradiciones, está basado por el mismo Dios sobre la constitución de la familia. Ábrase el Exodo, el Levítico, los Números, el Deuteronomio y los libros sagrados históricos, y á la simple vista se ve, que trata á su pueblo como á una gran familia, de la cual Él se declara Jefe inmediato, Padre, Señor, Legislador. En una palabra, los deberes del ciudadano, padre de familias, ó

súbdito, tienen la doble sancion de la ley divina y de la ley humana.

Ya tenemos visto, católicos, cuán justo era Jorge en el cumplimiento de sus deberes; claro está que fué un excelente ciudadano, fiel á todos los deberes de su estado, Porque, en efecto, desde el momento que lo reconocemos cristiano, justo y santo, necesaria é implícitamente lo reconocemos fiel á todos sus deberes como ciudadano ó hombre particular. Es grande el error de los que pretenden, que muestra santa religion es completamente indiferente á los derechos y deberes políticos. El hecho es que ella impone á todo cristiano la obligacion de ser buen ciudadano, fiel, obediente, amante de su patria, de su soberano, de sus leyes; amante de sus padres, de sus parientes, de su sangre en fin. La religion impone á todo cristiano la ley del agradecimiento á los bienhechores, el respeto á la autoridad y á todos sus superiores inmediatos; el respeto á la propiedad, á los derechos adquiridos segun la justicia. Todo esto se halló en nuestro Jorge como cristiano, justo y santo; Jorge fué un varon eminentemente fiel á su patria. La lealtad en Jorge no fué menos notable y heroica que su justicia y su nobleza. Tenia una patria y un soberano en la tierra; el imperio romano y el emperador. Pero tenia otra patria y otro soberano infinitamente superiores: la religion, la Iglesia y Dios. Fué leal á su patria, y la defendió á costa de su sangre y con peligro de su vida. Fué leal á su emperador, y le sirvió y murió bajo sus banderas; llenó cumplida y justamente todos los cargos que obtuvo. En el último, se aconsejó suyo, se partió con tanta integridad, y dió sus consejos con tanta franqueza y lealtad, que era mirado con razon por uno de los más leales y prudentes consejeros.

Pero el obedecido emperador Diocleciano, movido por las furias del averno, declaró la más sangrienta persecucion que imaginarse pueda á la Iglesia. Públicase en todo el imperio Romano su cruel edicto, léese para su ejecucion en el Consejo imperial de Capadocia en Oriente. Jorge lo oye; y viendo ultrajados por su emperador los derechos de Dios y de la Iglesia, volviendo en su espíritu la sententia apostólica: «Antes hemos de obedecer á Dios que á los hombres;» se levanta, é lleno de celo sagrado por Dios y su santa religion, salta en medio de la asamblea, rasga el edicto impio, y hace la más explícita confesion del cristianismo. Marcha en seguida á su casa; y para entrar de lleno en la sagrada milicia de Jesucristo vende, todo cuanto posee y lo distribuye entre los pobres; dá libertad ámplia y entera á todos sus esclavos; parte en seguida á donde estaba el em-

perador, solicita hablarle; éste, que todavia ignoraba lo que Jorge habia hecho en Capadocia, le manda entrar: Jorge le habla con santa libertad y energia, se declara cristiano, y pronto á derramar su sangre por Jesucristo Dios y hombre verdadero.

Diocleciano no cree á sus oidos ni á sus ojos; cree ser esto un efecto de furor ó de resentimiento; manda prender á Jorge y atormentarle para que desista. El Santo se juzga dichosísimo en confesar la fé de Jesucristo entre cadenas. Diocleciano le habla: trata de ablandarle, le acaricia, le promete admitirlo de nuevo á su gracia, si renegando de Cristo, ofrece incienso á los idolos. Jorge, horrorizado de tal propósito, le dice que le es imposible ser desleal á su Dios y á su religion; que solo hay un Dios verdadero y una religion verdadera; que los idolos no son sino tierra, basura, inmundicia. Que está dispuesto á dar mil veces su vida antes que faltar en nada á la santa religion y al culto del verdadero Dios. Que como vasallo leal ha servido á su emperador mientras éste no le ha ordenado nada contra el verdadero Dios; pero desde el momento en que aquél se ha declarado contra la santa religion única y verdadera, no es ya su emperador, sino un tirano, instrumento vil de Satanás; y que se estimará dichosísimo en verter su sangre en las aras del martirio. Diocleciano, herido en lo más vivo de su idolátrica corazón, manda apurar todos los recursos del arte para inventar los más atroces tormentos con que martirizar á Jorge, haciéndole padecer todos los dolores imaginables. Los satélites del tirano, que jamás son tan exactos como cuando se trata de ejecutar los planes del Infierno, no omitieron genero de suplicio para atormentar á Jorge. Azotes con varas, rasgar sus carnes con garfios de hierro hechos ascuas, despedazar su cuerpo con tenazas, atarlo á una rueda cubierta de hojas de cuchillo y puntas de hierro; meterlo en una caldera para tostarlo al fuego, y otros suplicios que la lengua y el corazón se resisten á enunciar. En medio de tal diluvio de tormentos, de los cuales el menor sobra para quitarle la vida, Jorge se vió milagrosamente salvo y sano, siempre impávido, siempre confesando en voz alta el poder de Dios y su bondad; y anunciando á sus mismos verdugos la fé, por la cual se gloribia de padecer. Perdonábalos de todo su corazón, y mirábalos como los instrumentos de la gloria que le preparaban. Por fin, el tirano, no pudiendo sufrir viviese por mas tiempo, y cerrando los ojos á tanta luz, atribuyendo todos los prodigios obrados á magia y encantos, le mandó cortar la cabeza; y el Señor, que queria llevárselo ya á premiarlo en su divina mansion, permitió que este golpe diese fin al ilustre martirio de su héroe. Jorge murió leal á su Dios, como

había vivido justo y generoso, dejando al caballero cristiano el más perfecto modelo que imitar.

Propúsame haceros ver á nuestro glorioso patron S. Jorge como el modelo del caballero cristiano: os lo he hecho ver como un varon justo; como un corazon generoso y noble; como un varon fiel y leal; de consiguiente encontramos en Jorge un modelo de justicia, un modelo de nobleza, un modelo de lealtad. Una de las mayores glorias del cristianismo es, la de presentar á la faz del mundo modelos acabados de virtudes en todos los rangos, en todos los estados, en todos países y en toda edad. De la manera que el sol es tan accesible á los más altas cumbres de las montañas como á las más humildes llanuras, así Dios, aunque de un modo inefable, se comunica á todos los hombres segun su relativa posición.

Si, pues, queráis honrar vuestro título de caballeros, tanto como el os honra, sed justos, generosos y fieles: practicad todas las virtudes cristianas; en ellas hallaréis el más sólido apoyo de vuestra nobleza é independencia; con ellas ilustraréis una y otra, añadiendo en vuestra persona y en las de vuestra familia, un timbre más á los gloriosos que heredasteis de vuestros antepasados.

Sed justos sin crueldad; sed nobles con humildad; sed fieles sin pasión. Así seréis verdaderos caballeros; así mereceréis justamente el hermoso título de nobles; así honraremos la memoria de vuestros dignos antepasados; así ilustraréis más y más vuestra alcurnia; así imitaréis en fin á vuestro glorioso patron san Jorge, durante vuestra mansion en esta tierra de combates y de batallas, para ser coronados despues con él en el Cielo, que es la mansion de los eternos laureles debidos con la divina gracia á vuestras victorias.

PANEGÍRICO I

DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Faciatis hominem ad imaginem et similitudinem vestram.
Magnatis al hombre á imagen y semejanza nuestra.

(Gen. 1, 26.)

¿No veis esos cielos hermosos, que con un silencio elocente están continuamente publicando la gloria de su Hacedor? ¿No veis esas esferas cristalinas, que rodando con uniforme movimiento sobre nuestras cabezas, son el embudo de la vista, la admiración de la mente, así por la firmeza é incorruptibilidad de su materia, como por la rapidez y celeridad de su curso? ¿No veis esos globos de luz, esos astros brillantes, que parece quieren desentajarse de sus centros, impacientes por alumbrarnos, obras de la mano omnipotente y rasgos delicados de su sabiduría y de su grandeza? ¿No veis la ligereza del aire, la firmeza de la tierra, la transparencia del agua, la voracidad del fuego, la preciosidad de los metales, la variedad de las plantas, la fragancia de las flores, la profundidad de los mares, la mole de los montes, con todo lo hermoso y peregrino que se contiene en el ámbito inmenso de esta prodigiosa máquina? Pues todas estas bellezas juntas, si bien fueron de la aprobación de Dios, no llenaron perfectamente su corazon. Faltaba todavía la obra más grande: faltaba todas las obras: faltaba un retrato de su divino ser, una imagen de su esencia, un espejo en que reverberasen sus infinitas perfecciones, y fuese como una cifra de todas sus maravillas: faltaba formar al hombre, mundo pequeño y maravilloso, rey de la naturaleza, príncipe y dominador del universo y sustituto del mismo Criador. Todas las otras criaturas no eran más que toscos vestigios, diseños imperfectos del artífice soberano: solo el hombre fué una imagen viva, el trasunto adecuado al divino original. Dotado de una alma excelente y noble, y mas potencias de esfera superior á todo lo cor-

póreo, material y terreno, llegó á participar de la inteligencia de los ángeles, y fué elevado á la contemplación de la esencia soberana.

Esto, que es propio del hombre entre todas las criaturas en el órden de la naturaleza, lo aplico yo en el órden de la gracia al inclito entre todos los santos, al justo por antonomasia, al glorioso, al excelso, al grande, al admirable patriarca S. José, cuyas glorias tengo yo de publicar esta mañana. Siempre he sido en el púlpito enemigo de comparaciones odiosas, porque el pesar los espíritus pertenece á solo Dios, que tiene en su mano el peso del santuario; pero S. José es una excepcion de esta regla, y la más severa critica no puedo justamente censurar el elogio relevante de un santo, que por su elección, su ministerio, sus enlaces, sus oficios, sus grandezas, excelencias, méritos y virtudes, forma un coro aparte entre los escogidos, y no hay quien pueda gloriarse de las augustas cualidades con que fué adornado este inclito de Israel. Por tanto, si los patriarcas, los profetas, los sacerdotes y reyes de la antigua alianza; si los apóstoles, los mártires, los doctores, las vírgenes del nuevo Testamento vinieron á ser por la gracia del Señor vestigios, rasgos y diseños de la santidad de Dios; José es una imagen hermosa, una viva semejanza de la Trinidad beatísima. Con efecto: ¿cuáles son los atributos principales de las divinas personas? El poder, la sabiduría y el amor: el poder que se atribuye al Padre, la sabiduría que se apropia al Hijo, y el amor que es peculiar carácter del Espíritu Santo. Pues yo digo con confianza: que José fué el más poderoso de todos los santos, el más sábio de los hombres, y el más amante de los justos, y por lo mismo, el más parecido á Dios entre todos los mortales. Á nuestra debilidad opono S. José un poder que la sostiene; á nuestra ignorancia opono S. José una sabiduría que la ilustra; á nuestra frialdad opono S. José un ardor que la inflama. Para que yo pueda publicar las glorias de este gran Santo con acierto, implorémos ántes los auxilios de la gracia por medio de su dignísima Esposa, saludándola reverentes: A. M.

Al decir que S. José es el más poderoso de los santos, no penseis, hermanos, que os lo quiero manifestar asombrado en sus obras, por medio de aquellos estupendos portentos que suelen llenar al mundo de pasmo y admiracion. No, oyentes míos: ceñido á una vida humilde, á una condicion privada, á un estado de oscuridad y pobreza, apenas se dejó conocer de los de su tiempo, y á nosotros, han llegado muy escasas las noticias, para tejerle un pomposo panegirico. El no edificó grandes templos al Señor como Salomon, ni venció robus-

tos Goliates como David, ni desquijarró leonas como Sanson, ni hizo bajar fuego del cielo como Elias, ni resucitó muertos como Eliseo, ni sacó de las peñas corrientes cristalinas como Moisés, ni detuvo al sol en su carrera como Josué, ni le obligó á retroceder como Isaías, ni obró otros prodigios de este género para sorprender al mundo. Nada de esto: contento con santificar su alma, aplicado á las obligaciones de su estado, retirado del comercio del mundo, sin tener parte en la copa encantadora, vivió consagrado al Señor en el templo de su casa; y si bien la caridad de que estaba lleno su corazon, como piadosa y benéfica le hacia partir con los pobres el fruto de su trabajo, pero no ejecutó acciones notables que le dieran á conocer como varon poderoso en obras y en palabras. Sin embargo de estas prevenciones, de esta oscuridad, pobreza y abatimiento, me ratifico en la proposicion asentada en el principio: que ninguno entre los santos igualó jamás á José en el poder. La prueba es tan constante y tan firme, como tomada del Evangelio, que en pocas palabras dá á este varon justo un género de omnipotencia. José ejerció un imperio casi absoluto sobre el Dios de los cielos y de la tierra. Ya está dicho: el niño Jesús, dice San Lucas, estaba sujeto á José. ¿Para qué necesitamos más testimonio de su soberania sobre todo lo criado? Para afirmar que un valido mancha con autoridad omnimoda sobre un dilatado reino, no basta saber que posee el corazon del príncipe y domina la voluntad del monarca? Ni es menester sacar á plaza los ejemplos del otro José con Faraon, ni de Amán con Asuero, porque en esto no hay disputa: pues tampoco la hay en que José excedió en el mando y dominacion de la naturaleza á todos los otros héroes famosos en santidad, cuanto él, más que todos juntos, ó por decirlo mejor, el sólo era el árbitro de la persona del soberano Hacedor del universo. Referir el Evangelista por menor su imperio sobre los elementos, decir que á sola su palabra, ó á una simple seña de su voluntad, el aire agitado con violencia arrancaba los robles y las encinas, ó arrojaba de su inquieta region globos encendidos como otros tantos astros sublunares; decir que el fuego deponía su voracidad y se respiraba como una aurora suaves; decir que la tierra perdia el equilibrio de su firmeza y temblaba como si fuera una paja; decir que el agua variaba su constante curso, y en vez de correr á los más profundos valles salta con rapidez á las más elevadas eminencias; decir que á su voz imperiosa se paraban las esferas, los planetas dejaban de brillar y mudaban de rumbo en sus giros y revoluciones; en una palabra, decir que la naturaleza toda esperaba sus órdenes para conservar ó alterar las leyes fijas por qué se rige; sobre ser una narracion prolija, no sería darnos todavia

una justa idea de la potencia y señorío de José; mas con solo decir que mandaba sobre Dios, entendemos en una sola palabra la extensión sin término de su grandeza.

Si, hermanos; el Verbo humanado estaba sujeto y rendido á la voluntad de José; aquel niño, á cuya imperiosa voz obedeció la nada y salieron del caos cuantas obras maravillosas del universo y con tocar los montes los reduce á humo y á pavesa; aquel niño, á cuyas plantas se postran humillados los cielos, la tierra y los abisnos; los demonios, los ángeles y los hombres; y adoran el sol, la luna y las estrellas; estaba sujeto á José, rendido á sus disposiciones, pendiente de sus cuidados, obediente á sus preceptos y entregado á su custodia. Este hombre dichoso se llevó la primacía entre todos los hombres; y el Padre eterno, mirando con complacencia los méritos de este gran Santo, le destinó para el oficio más honroso, más augusta, más autorizado y más alto que pudo darse á criatura. Sus heroicas virtudes atraerán la atención del Altísimo; su humildad, su obediencia, su desprendimiento, su caudal, su pureza y su inocencia, si no fueran méritos condignos, como se explican los teólogos, fueron muy congruentes para una elección tan particular y un destino tan sublime. Era preciso que en la tierra tuviese el infante Dios un custodia fiel que fuese oficio de padre, y para este noble empleo fue elegido S. José. Como el Verbo humanado se sujetó á las debilidades de la carne de Adán, una consiguiente que en su niñez padeciese los trabajos y flaquezas de la edad, y necesitase de brazos ajenos para caminar, y de ajenos sudores para sustentarse; y para estos ministerios fue destinado José. Cuando yo me figuro á Jesús al lado de José, ó bien en Egipto, ó bien en tierra de Israel, habitando la casa de un artesino, ayudando á su padre en sus pesadas faenas, y manejando las gruesas herramientas de un oficio mecánico, con aquellas manos delicadas que fabricaron el sol y la luna, admiro la bondad de mi Dios reducido por mi amor á tal estado; pero tambien me sorprendo la dignidad y fineza que usa con su querido José. En el vestir, alimento, ejemplo y educación no quiero ser deudor á nadie sino á José; y si éste tiene el título de padre sobre la tierra, quiere que tenga igualmente la autoridad y el derecho de tal. ¿Quién ha merecido jamás semejantes honores? ¿Hubo nunca hombre de tales presunciones, de tales timbres, de tales prerrogativas? ¿Qué ángel ejerció jamás tal género de potestad con el Dios de la gloria? Si estos espíritus celestiales le corrijaron en Belén, le asistieron en el desierto, le confortaron en su agonía, fueron acciones de ministerio y servi-

cio riguroso; pero las de José fueron de dominio y potestad paternal. Y un Santo que tanto pueda con el Creador del mundo, á quien Dios constituyó señor de su misma casa y príncipe de todas sus posesiones, ¿descansará sus beneficios, sus mercedes y sus gracias con sus apasionados, sus parciales y sus devotos? No, hermanos; fuera hacerle una gravísima injuria estrachar los senos de su liberalidad y beneficencia. No busqueis en los apuros otro protector más grande que este santo Patriarca. Para él no hay dificultad que se resista, obstáculo que no se venza, montaña que no se allane, nauclado que no se disipe, amargor que no se endulce, enfermedad que no ceda, contagio que no huya, peste que no se desvanezca, dolor que no se alivie, infortunio, calamidad ó miseria que no se rinda á su virtud, porque en el poder excedió á todos como en la sabiduría é inteligencia.

¿Quién os parece debe llamarse propiamente inteligente y sabio, y ser honrado con un título de tanta gloria? ¿Acaso el que consume largos años en adquirir una elocuencia brillante, un estilo pomposo y deleitable, una facundia y verbosidad que no tiene más fines que captar la atención y borrar los oídos con la dulzura de las palabras? ¿Acaso los que han dado nombre á las famosas academias y escuelas de la Grecia, y han dejado á la posteridad un número crecidísimo de partidarios, como herederos de su decantado magisterio? ¿Acaso los que han abandonado las sendas trilladas de la antigüedad, y han establecido nuevos sistemas y nuevos rumbos de filosofar en la composición de los cuerpos sublunares y en los giros y reacciones de las esferas celestes? Dejemos á un lado esta vana sabiduría del siglo, que no hace más que llenar el entendimiento de tinieblas y de orgullo; digamos en hora de la religión cristiana, que el verdadero sabio es el que se versa en los grandes misterios del cristianismo. El Apóstol, sobre haber sido uno de aquellos ángeles raros y sublimes que el Cielo produce de tarde en tarde, protesta que no sabe ni quiere saber más que á Jesucristo crucificado. Esta debe ser la teología de los hombres, la ciencia de los santos y el objeto primario de nuestro estudio. El conocimiento de Dios es el más noble entre todos los conocimientos; y cualquiera noticia que se alcance en orden á la divinidad, excede con ventaja incomparable á cuanto pueda adquirir la industria humana á costa de un trabajo importuno y de repetidas viglias.

Esto era preciso advertir para establecer con fundamento, que José fue el más sabio entre todos los mortales, porque ninguno llegó á la alta ilustración que tuvo este hombre del principio mismo de toda

sabiduría. Otros especularon la verdad en arroyos, éste en la fuente; aquéllos en la circunferencia, éste en el centro; aquéllos en sus obras; éste en su causa; y cuando todos los otros lograron unas noticias escasas, frutos tardíos de sus pesadas tareas, éste tuvo copiosas luces sin haberle costado trabajo alguno. Y sido Dios, como creador del mundo, pasamos á hablar del mismo según que le había de reparar; es constante que José, en este punto, tuvo una superior inteligencia comparable á la de los mismos ángeles. Á los justos y á los patriarcas, á David y sus descendientes, solo se hicieron anuncios y promesas; á los sacerdotes y profetas solo se les dió una luz diminuta y circunscrita en orden al Mesías que había de venir; pero José vivió con sus ojos y tuvo en sus brazos al prometido, y logró una luz de mediodía, y una plenitud de noticias en alto grado soberana. Se le dió un particular conocimiento en la comprensión de los misterios, como al antiguo José se le dió en la interpretación de los sueños.

Vedlo claro por los términos del Evangelio. Este santo Patriarca estaba perplejo sobre el preñado de María, lleno de ansias y de dudas, todo confuso y vacilante, indeciso, irresoluto acerca del partido que debía tomar en lance tan crítico y delicado, no atreviéndose á creer lo mismo de que no podía dudar, y contrastándose recíprocamente su entendimiento y sus ojos. Un edificio sacudido de horrosos temblores y una nave azotada de contrarios vientos no pueden expresar las azobras, las angustias, la turbación de su alma. Se le aparece el ángel del Señor, y le dice que continúa en la santa unión con su esposa, que el fruto de su vientre no es obra de varón, sino del Espíritu Santo, y el niño que ha de parir será el redentor de Israel; rayo luminoso que disipó sus tinieblas; revelación del Cielo que ilustró su espíritu, y le hizo penetrar los arcanos más escondidos en el pecho de Dios, la economía de la gracia, el orden superior de la eterna providencia, y los profundos misterios del divino Verbo que acababa de encarnarse. Ya sé que no quiso descubrir al mundo la novedad advertida en su esposa, y en esto se portó verdaderamente como prudente y sabio; pero esta sabiduría dictada por la piedad y la justicia había tenido ejemplares: la que recibió después no tuvo igual ni semejante. Desde aquel punto tuvo por cierto y como palpable cuanto los libros santos contienen acerca del libertador prometido á sus padres, y las antiguas esperanzas fueron en él una posesión perfecta. Ni el nacimiento pobre, ni la vida oscura y trabajosa de Jesús fueron parte para disminuir su constante fé y su firme conocimiento. Jamás dudó como Tomás, ni flaqueó como Pedro, ni vaciló

como los otros discípulos: dió un asenso tan pleno á las palabras del ángel, que toda la humillación exterior del Mesías, que tanto contrastaba al parecer con su esperada grandeza, no pudo arrancar la fé del corazón de este nuevo Abraham. Cada día echaba más hondas raíces en el alma de este justo, y mereció que el mismo hijo de Dios vivo, hecho ya también hijo del hombre, le llevase á toda su perfección y complemento. Este Maestro del Cielo, con quien frecuentemente trabajaba, era el sol que disipaba sus sombras, el oráculo que resolvía sus dudas, la fuente en que bebía las aguas cristalinas de doctrina celestial. El Verbo encarnado era quien le manifestaba los tesoros escondidos en la mente del Padre, las gracias y carismas que fluían del corazón amante del Espíritu Santo, y la resolución de él mismo de morir por el linaje humano; y él era, en fin, quien enriqueció su alma de unas noticias tan altas, que los ángeles le tuvierón envidia. José conoció desde luego la inocencia é integridad de María, sus grandes méritos y suprema elevación; conoció las particulares complacencias de Dios sobre esta excelentísima criatura, que la diestra soberana la protegía, y le hacía sombra la virtud del Altísimo; conoció que había llegado el tiempo de una paz general establecida por el mediador entre Dios y los hombres; conoció la defectuosidad de la Sinagoga, y que sobre sus ruinas había de erigirse un edificio eterno, cuya base y fundamento no era dable padeciese quebras en su firmeza; conoció la reprobación de los judíos, la vocación de las gentiles, la extensión del imperio de la cruz, que había de reinar por todo el mundo, y fijarse sobre las diademas de los príncipes más augustos. No hubo secreto que no penetrase, arcano que no descubriese, sombras que no disipase, profecías que no entendiese; y por lo mismo digo, que fué el más sabio de los hombres. Para alcanzar el don de la firmeza y estabilidad en la fé, que es el fundamento de nuestra santísima religión, no hay guía más segura ni maestro más ilustrado que el patriarca S. José; como igualmente lo es para obtener la reina de las virtudes, á saber: la caridad y el amor de nuestro Dios.

Tarde se hace, hermanos míos, para hablaros del amor de S. José; y me habré de reducir á breves cláusulas. Esta virtud excelente de la caridad, que según S. Pablo es el vínculo de la perfección, el distintivo y el carácter de los amigos de Dios, sin la cual ni los mismos ángeles fueron aceptos á sus ojos soberanos, era preciso, por flación necesaria, que estuviese muy de asiento en el corazón de este ínclito patriarca para ser, como fué, un santo de primera clase, ó por decirlo mejor, el más sublimado entre los santos. Sin esta joya, que es el complemento de la ley y el sello de la justicia, no hubiera sido ele-

gido para tratar tan íntimamente con Dios, porque al trono de la Majestad no asisten tan de cerca sino los serafines encendidos en amor. Pero ¿qué admirables croces no recibiría este mismo amor con el frecuente trato de aquel sol divino, que vino á la tierra para abrazarla en una viva llama? Trata Moisés con el Señor en la cima del monte entre nieblas y torbellinos, entre figuras y sombras, y sale tan inflamado de su presencia, que los israelitas no pueden sufrir los rayos y resplandores que despidе su rostro. Toca la Magdalena los pies del Salvador en casa del fariseo, y se le pega un divino fuego que la manda y la transforma de mujer en serafin. Hablan dos de los discípulos al maestro resucitado en el camino que guía al castillo de Emmaús, y sienten abrasarseles el corazón de suerte que no les cabe en el pecho. Pero ni los discípulos, ni la Magdalena, ni los Moisés, ni todos los escogidos pueden formar paralelo con nuestro glorioso Santo. Una conversacion pasajera, un ligero contacto, una vision breve y repentina no tienen nada que ver con el trato abierto, franco, continuo, familiar y doméstico del hijo de Dios con nuestro Patriarca. Comento con Jesús, durmiese con Jesús, abrazado con Jesús, y teniéndole á todas horas delante de sus ojos á este amabilísimo objeto, era indispensable recibir las más vivas impresiones del amor, los más dulces trasportes del cariño, los más íntimos toques de la divinidad, y un total olvido de todo lo terreno. José podía decir con toda verdad, que todo absorto, todo extático, todo arrebatado en Dios, ya no era él el que vivía, sino Jesucristo en él.

Solo el amor y caridad de la gloria me suministra una justa idea de la caridad y del amor de mi Santo. Porque si los bienaventurados con la vista del Cordero que está en medio de la celestial Jerusalén, salen fuera de sí mismos, se absorben y se anegan en aquel piélago inmenso de la bondad infinita; la vision intuitiva de Dios les arrebató tan fuertemente la voluntad, que es imposible dejar de ser atraídos de la hermosura divina con un ímpetu irresistible; y por lo mismo, el amor de la patria no tiene quiebras, ni menoscabo, ni alteracion, ni mudanza, ni se quiere otra cosa fuera del objeto dulcísimo que embriaga el corazón y todas las potencias; ¿no podemos decir lo mismo, guardada la proporción, del amor que tuvo José al Señor de los cielos y de la tierra, al Cordero immaculado, que vino á quitar los pecados del mundo? No estaba en la patria; pero era bienaventurado por una suerte admirable, como le llama la Iglesia: *Mira sorte bestior; no veía á Dios en sí mismo; pero le veía en otra naturaleza; y este era el objeto que le cautivaba el alma con una violencia, tanto más dulce cuanto más poderosa, y le tenía aprisionado con las cade-*

nas de Adán, con las fuertes lazadas de un amor indisoluble. Las criaturas todas, puestas en balanza con aquel hijo de la Virgen, que se gloriant de llamarle padre, eran pesadas, desahridas y molestas para él; todo lo que no era ver, hablar, servir, obsequiar y amar la prenda de la gloria que tenía en su casa, lo era amargo, violento é insufrible. Pero, acaso dirá alguno: la esposa, por lo ménos, no sería de impedimento á este hombre enajenado por la union estrecha, apreciada é íntima con su Dios? ¿Qué pensamiento es éste, oyentes? ¿A quién ha ocurrido idea tan fuera de propósito? ¡La luz ocasiona tinieblas! ¡La Madre del divino Verbo servir de estorbo á la contemplacion del mismo Verbo divino! ¿Cómo era dable? Muy al contrario: las virtudes de Maria eran para José espuelas que le avivaban, centellas que le encendian, cadenas que más le ataban, y poderosísimo iman que le impelia al amor del Hijo del eterno Padre. De ahí nació en José, aquel ansioso cuidado de salvar al divino Infante de las celadas y maquinaciones de Herodes; de ahí su abiecion y su pena cuando le perdió en el Templo; de ahí sus solitudes y sus esmeros en vestirse con decencia y con asco; de ahí sus tareas y sus vigilias para sustentarle con el trabajo de sus brazos y con el sudor de su frente; de ahí... Pero ¿á dónde voy? Los efectos del amor divino no pueden entenderse sino el que está huido de divino amor. El Espíritu Santo, que inflama los corazones, inflamó vivamente el de José y le comunicó sus ardores, así como el Padre le entregó las llaves de su poder, y el Hijo los tesoros de su sabiduría, y quedó hecho con esto una imagen perfecta de la Trinidad beatísima.

¿Y podré yo, mis amados hermanos, congratularme con vosotros de que sois imitadores del amor de nuestro Santo, copias de este perfecto original é imágenes de Dios vivo; que es ardentísima caridad? En un tiempo de tanta tibieza, flojedad y desidia, no he dicho bastante; en un tiempo de tanta nieve, de tanto hielo y de tanta malicia, ¿hallaré yo sobre la tierra aquella divina llama, aquel casto amor del Señor, que vá á la cabeza de todos los preceptos y de todas las promesas, y el que sólo nos hace santos en esta vida y nos ha de hacer felices en los dias de la eternidad? Entrémosnos por unos momentos en la gran feria del mundo, y hagámonos un breve análisis de los tratos y comercios de sus concurrentes; que á buen seguro que sea bien rara esta rica mercaderia del amor que se debe á Dios. ¿Por ventura aman á Dios todos aquellos Holatrás de los gustos y enemigos de la cruz de Cristo, de que tanto abunda nuestro infeliz y desgraciado siglo? ¿Aman á Dios los que tienen el pensamiento, la imaginacion y toda el alma ocupada en los negocios mundanos, sin dirigir

un afecto ni un suspiro al autor que les dió el ser y la vida, enteramente olvidados de su eterna salud, y miserablemente esclavos de apetitos infames? Aman á Dios los que echan á la espalda la observancia de la ley, los que atropellan los mandamientos más santos, los que sacuden con insolencia el yugo del Señor por vivir con la libertad y descenfren de su estragado corazón? Aman á Dios una caterva de pecadores perdidos, vasos de iniquidad y de ignominia, que desacreditan la religion que profesan? Aman á Dios los que viven una vida de Epicúros en regalos y deleites, en diversiones y pasatiempos, en juegos y en espectáculos, y en una total disipacion de espíritu, como si el amor de Dios se pudiese hermanar con los deseos y concupiscencias de la carne? Entremos en reflexion, y en juicio, hermanos míos: pongamos freno á la disolucion que tanto cunde y se propaga; huyamos el contagio del vicio, que tanto inician y apaga; apaguemos el fuego de la sensualidad, que tanto quema y abrasa; y ya que tenemos la dicha de ser cristianos, vivamos segun las santas leyes y la pura moral del cristianismo. ¿Cómo podremos gloriarnos de ser cordiales devotos y fieles discípulos del patriarca S. José, si tanto nos desviamos de la rectitud de la regla y de las lecciones de este excelente maestro? Si queremos merecer su poderosísimo patrocinio, estudiemos las acciones de su vida, que en todas hallaremos ejemplos de perfeccion y un modelo el más acabado de virtud y santidad. De este modo empeñaremos á este gran Santo en nuestro amparo y patrocinio, que sin duda es poderosísimo para todos sus devotos.

¡Oh glorioso Patriarca! pues tanto poder teneis con las divinas personas, alcanzados del Padre virtud y fortaleza para vencer las pasiones y triunfar de nuestros enemigos; del Hijo sabiduría ó inteligencia para conocer lo vano y lo falaz de los bienes engañosos del mundo; del Espíritu Santo amor y caridad sólida y verdadera para querer, amar, alabar y servir al sumo Bien en esta vida, y despues verlo y gozarle en la otra. *Amen.*

PANEGÍRICO II

DE SAN JOSÉ, ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Nemo maior est in terra sicut Joseph.
No nació en la tierra otro hombre semejante á José.

(EccL. XLII, 16.)

Nunca quisiera verme en el empeño de ser panegirista de los héroes más esclarecidos. Me hallo precisado á encomiar á aquel gran patriarca coronado con todas las bendiciones del Cielo, depositario de todas las gracias, querubín del místico Paraíso, flor de las vírgenes, honor de los patriarcas, cabeza de la sagrada familia de Dios sobre la tierra; custodio de la mejor arca, esposo de María, y padre legal de Jesús. ¡Cuántas ideas para formar su elogio! Prerogativas, glorias, grandezas, méritos, dignidad, justicia, virtudes, gracias, todo se reúne para formar á un hombre, á un solo hombre, á José... Este es el inclito varón á quien debo elogiar en este día.

Si tratara de seguir las reglas de la elocucion humana, buscara parte de sus glorias en los mausoleos de los reyes de Judá; removeria las cenizas de los principes de la casa de David; diria que por las venas de José circuló la sangre de los patriarcas, de los profetas, de los sacerdotes, de los magistrados y de los jueces de Israel; alabaria las cualidades de su espíritu, las bellas perfecciones de su cuerpo. Pero como orador cristiano, debo seguir otro rumbo en el panegirico de José, y aplicarle sin recelo las palabras con que el Eclesiástico describe la dignidad del antiguo: «No nació en la tierra otro hombre semejante á José.» Porque si el primero soñó que le adoraban el sol, la luna y las estrellas; al segundo le reverenciaron Cristo, sol de justicia, María, luna de gracia, y los apóstoles, estrellas resplandecientes, que brillarán en perpetuas eternidades; segun se llama en Daniel. El primer José guardó el pan de la tierra para sustentar á toda una nación; pero el segundo guardó el pan di-

vino para sustentar á todo el mundo. Todo el Egipto hincaba la rodilla reverenciando al primer José como segunda persona del reino; pero al segundo le obedecieron Jesús y María. Apliquémole, pues, las palabras del Eclesiástico: *Nemo natus est in terra sicut Joseph*; porque José fué superior en santidad; porque José fué superior á todos los hombres en dignidad. Hé ahí la idea de mi discurso. Los grandes méritos de José os demostrarán su santidad; sus excelentes prerogativas os manifestarán su dignidad. Imploremos la divina gracia por la intercesion de su Santa Esposa, saludándola con filial acatamiento. *A. M.*

San José, superior á todos los hombres en santidad: sus méritos lo prueban. Nadie que tenga abiertos los ojos á la luz de la fé, podrá dudar, que la nacion hebrea tuvo en la ambigüedad héroes eminentes en santidad. Enoch, hombre recto, anda por los caminos del Señor y siempre le complace. Noé merece por sus virtudes, que le elija el Señor para señal de reconciliacion en el tiempo de las venganzas. Abraham, padre de los creyentes y patriarca de los santos, aparece con las virtudes necesarias para tan brillantes caracteres. Isaac, objeto de los carinos de Dios, en el sacrificio á que se ofrece gustoso, figura al Redentor muerto en una cruz para salvar al género humano. Jacob, aün en sus tiernos amores á Raquel es tan justo, que simboliza en ellos los de Jesucristo á su Iglesia. Moisés, libertador de Israel y legislador del pueblo hebreo, aparece un verdadero profeta y fiel amigo del Omnipotente: Josué, en fin, se muestra fiel en la presencia del Señor; Samuel es amado de su Dios; David es cortado á medida del corazon divino. Isaías, Ezequías, Elias, Eliseo..... Basta.

Pues ved ahora el compendio de todos ellos, y admirad cómo San José, sobrepaja en santidad á todos esos admirables héroes. El facinorismo del Evangelio cuando describe su santidad, no me desmaya; solo dice: *Joseph cum esset justus*. Este es un estilo breve, pero superior á toda alabanza. Esta concision, que se guarda tambien en Maria, es muy gloriosa para José. El mismo silencio dice mejor lo que no se puede explicar con muchas palabras. José era justo, esto es decir, que era perfecto en toda virtud. Pero midamos la santidad de este siervo del Altísimo por principios del todo convincentes. José recibe la comision más importante y delicada de la Trinidad augusta. El Padre quiere entregarle su Hijo, el Hijo su Madre, y el Espíritu Santo su Esposa. Maria y José han de vivir, sinó en una carne, á lo ménos en un espíritu. El eterno Padre quiere que se llame padre de su Uai-

genito; el Unigénito quiere llamarse su hijo; y el Espíritu Santo parece quiera univocarse con José haciéndole esposo de su Esposa. Sobre estos fundamentos ¡qué cúmulo de heroismo, de santidad, de virtud no atribuyen los santos Padres á José! San Agustin le considera santificado en el vientre de su madre para más altos fines que Jeremías y el Bautista. El Crisóstomo, S. Bernardo y S. Bernardino forman un elogio tan expresivo de sus virtudes y méritos, que no sé si pueda decirse más. Creo que José, dice S. Bernardo, entre todos los hombres, se distinguió en la presencia de Dios; que fué intogérrimo en las costumbres, purísimo en su cuerpo, candidísimo en la virginidad, profundísimo en la humildad, altísimo en la contemplacion, ardentísimo en la caridad; y tal compañero de Maria, que fué muy semejante á Ella en todas las virtudes.

Nada hubo de ilustre en la nobleza, de hermoso en los cuerpos, de sublime en los espíritus, de perfecto en las virtudes, de admirable en la naturaleza y en la gracia, que Dios no le comunicase para el desempeño de su alto ministerio. Si os hubiese de hablar de los dones naturales, os diria que excedió á los escribas de la Sinagoga en la exposicion de sus dogmas; que penetró el sentido de las Escrituras; que supo todas las ciencias; que especuló todas las facultades; que alcanzó todas las artes liberales; y que estudió todas las mecánicas. Pero esto sería distraernos del asunto. Hablemos solamente de los dones de la gracia.

¿Qué campo tan dilatado se descubre! José fué confirmado en gracia como los apóstoles. Esta es la opinion de los más sábios doctores. Vió la esencia de Dios con aquella claridad que Jacob, Moisés y Pablo, y logró favores más particulares que los que han recibido los siervos del Altísimo. Este es el sentido de los autores más graves. ¿Cuántos, pues, serian las virtudes de este hombre incomparable! llamado de tantos favores? Yo creo que su pureza seria mayor que la de Abel y Elias; su fé más viva que la de Abraham, Isaac y Jacob; su castidad más púdica que la del otro José; su humildad más profunda que la de David; su caridad más ardiente que la de Tobias... Pero ¿á dónde voy?

Á los tres años de edad goza ya José del espíritu de la razon. La natural inclinacion al vicio se halla en él como sujeta, y su carne obedece á su espíritu. Él es la imagen del verdadero israelita. Con una fé viva cree los misterios del Mesías, y con una piedad santa los afirma. Jamás pueden hacerle vacilar en su fé ni las astucias de los escribas, ni los conatos de los fariseos, ni los ardidcs de cuantos sectarios despedazan y corrompen la respetable ley de Moisés. Siempre

firme, constante siempre en la creencia de sus padres, no hay fuerzas que puedan turbar á este jóven immaculado. En él resplandecen la mansolumbre, la prudencia, el agrado, la compasion, la piedad y el celo por la honra de Dios. Deslumbrá los ojos, enciende los ánimos y despierta la memoria de cuantos israelitas adoran al Altísimo. Esto es José en sus primeros años: veámosle en la plenitud de sus dias.

José, destinado desde la eternidad para esposo de Maria y padre putativo de Jesús, era muy justo que excelliese en las virtudes á todos los santos. Considerémosle en los ejercicios de tan sagrados ministerios. Aquí se me ofrecen rasgos de prudencia, de justicia, de misericordia sin igual. José vé á su esposa en cinta, sabe que no tiene parte en su preñado... ¡Qué virtudes no necesita para salir victorioso en tan críticas circunstancias! La justicia le dicta que la entregue al rigor de la ley; la misericordia le persuade á que Maria es pura, casta, santa, inocente; y la prudencia le sugiere el medio equitativo de dejarla occultamente. Esta resolución prudente le hace obedecer á que un ángel le declare el arcano más profundo, el misterio escondido á todos los siglos.

Prosigamos en la relacion de las demás virtudes siguiendo el curso de su vida. Obediencia de José. Un hombre de sangre real, de la casa y familia de David, un hombre que vela á su esposa Maria próxima á dar á luz al divino infante, obedece sin la menor réplica el edicto de un emperador gentil; y sin preguntar ni contradecir al ángel, se pone despues en marcha para Egipto con Jesús y Maria á la primera voz del Señor. Humildad de José. Un descendiente de los reyes de Judá, no se desdén de ejercitarse en un oficio mecánico para sustentar á la familia más poderosa del mundo. Virgindad de José. Él es el amado de los Cantares, ó por mejor decir, Jesús, verdadero amante; se apacienta entre las agueñas Maria y José. Fortaleza de José... Concretémos en una materia tan vasta y dilatada, y digamos únicamente, que José fué en sus palabras tan mirado, que ninguna salió de su boca que no fuese santa y buena. Fué hombre pacientísimo, diligentísimo en el trabajo, extremado en la pobreza, mansísimo en las injurias, testigo fidelísimo de las maravillas de Dios; insensible para la carne y para el mundo, vivo solo para Dios y para los bienes del Cielo, ajustado á la voluntad del Altísimo y siempre resignado en ella. ¿Os quedará alguna duda acerca de la superioridad que llevó José en todas las virtudes á los demás santos? Luego, José aventaja á todos los hombres en santidad. Lo habeis visto acreditado por sus méritos: lo veréis por sus prerogativas superior á todos en dignidad.

San José fué á todos los hombres superior en dignidad: sus prerogativas lo acreditan. Si entendiésemos las calidades que debía tener un digno esposo de Maria y un padre legal de Jesús, esto bastaria para hacer un digno concepto de la grande dignidad de José. Sobre este conocimiento no haríamos más que repetir las expresiones con que el Nazianzeno alaba las excelencias del esposo de su hermana Gorgonia: «Era esposo de Gorgonia, y no es menester decir más.» ¡Qué palabras tan expresivas para ponderar la dignidad de José! Era esposo de Maria y padre legal de Jesús: Aquí tenéis compendiada toda la grandeza de su elogio. La gloria y felicidad de ser padre de Jesús y esposo de Maria, encierran en sí un semillero de perpetuas alabanzas, y un principio para creer, que fué el más privilegiado de los hombres. Comparémosle con los primeros hombres de ambos Testamentos; subamos despues al Cielo; y hecho el cotejo, no hallaremos dignidad igual á la de José. Á Adán se le dió una esposa semejante á él; á José una esposa de quien canta la Iglesia, que ni ha habido ni habrá semejante. Á aquel se le concedió el privilegio de poner nombre á las criaturas; á éste el de poner nombre al Criador de todas ellas. Hasta las maldiciones y castigos de Adán fueron privilegios y bendiciones en José. Los profetas claman á Dios que envíe al Justo, y José tiene la dicha de verle en su casa. Moisés, es elegido para libertar al pueblo de Israel de la esclavitud de Egipto; José para libertar al Dios de Israel de la persecucion de Herodes. Moisés, para acercarse á la zarza, es menester que se quite el calzado; José no es menester que se descalce; antes bien, cuando intenta separarse de la zarza Maria, viéndola en cinta, le manda un ángel que no haga tal, porque lo que tiene en su vientre es obra del Espíritu Santo. El sol se para al imperio de Josué; y á la voz de José obedece el sol de justicia, Cristo Jesús.

¿Qué más? El más illustre de los reyes exclama en uno de sus salmos: «Tú eres mi Dios, porque no necesitas de mis bienes.» José, hijo de David, podia decir á Jesús: «Tú eres mi Dios, y te precias de que te sustente con el trabajo de mis manos.» Salomon el más sabio de los reyes, es escogido para edificar un templo, y colocar en él el Arca depositaria del maná, de las tablas de la ley y de la vara de Aaron. José tiene en su casa la verdadera Arca donde se guarda el maná de los escogidos, el supremo legislador, y el sacerdote sumo segun el orden de Melchisedech. Los demás caudillos, jueces, reyes, patriarcas y profetas de la antigüedad, son notablemente inferiores en dignidad á José; á aquellos si les hablaba Dios era por medio de sus ángeles; pero á José le habla el mismo Dios con familiaridad,

con agrado, respeto y amor. Si todavía no estais convencidos, dejando la antigüedad, compararé á José con los santos de la ley de gracia. Principiemos por el Bautista. Este precursor del Verbo, profeta y más que profeta, dá á entender al mundo, que ya ha venido el esperado de las gentes, señala á Cristo con el dedo, y dice, que él es solo su voz; pero José puede decir: «Yo tengo en mi casa al Mesias prometido, ha nacido de mi esposa, le estrecho entre mis brazos, y soy padre de Jesús; visto al mismo de quien el Bautista confiesa no ser digno de desatarle la correa del calzado.» De los apóstoles dijo el Señor, que eran bienaventurados, porque vieron y oyeron lo que desaharan muchas reyes y profetas; pero José es más bienaventurado, porque vió y oyó á Jesús, no tres años como los apóstoles, sino casi todo el tiempo de su vida. El mismo Señor llama bendito á Pedro, y le hace entrega de las llaves del Cielo, porque le confiesa hijo del Altísimo; cuánto no será el poder de José en el Cielo para introducir en él á sus devotos, siendo así que, no solo confesó á Jesús por hijo del Altísimo, sino que le crió y sustentó como padre, legal! ¡Qué honra para José! Aquel Dios, que sustentó á los hombres, que provee á los brutos, y dá de comer á las aves, pide alimento á José. ¡Ah! Gloríese en buen hora el Bautista por haberle bajado Jesús la cabeza para que derramase sobre ella el agua del Jordán; un Juan Evangelista, por haberse recibiendo en su pecho en la última cena; un Pedro, á quien alargó la mano para que no se hundiese en el mar; un Tomás, á quien mostró sus llagas para que las tocase; una Magdalena, á quien entregó sus pies para que los ungiese... Bastar todos esos privilegios se ven compendiados en solo José. Á él le entrega el niño Jesús, los pies, las manos, la cabeza, todo su divino cuerpo, para que le abrace, le acaricie, se regale con él. El regazo de José es muchas veces el lecho donde descansa y reconcilia su sueño el Hijo del eterno Padre.

No nos detengamos más en manifestar los privilegios de José sobre todos los hombres. Subamos al Cielo: sin duda también le hallaremos allí superior á los soberanos espíritus. Yo os le podría manifestar ángel de guarda; no solo de los hombres, sino del mismo Dios hecho hombre; arcángel encomendado, no de los reyes, príncipes y provincias, sino del Rey de los reyes y de María Reina de las criaturas; y le podría pintar como potestad, á quien tocaba mantener su propia dignidad de padre de Jesús; como virtud, que con su fortaleza venció grandes dificultades en el servicio de Jesús; como dominación, preservando del furor de los tiranos á Jesús; como trono, sosteniendo con sus brazos á Jesús; como querubín, guardando el

mejor Paraiso, María; como serafín enamorado de su Dios. Él fué más privilegiado que Rafael, más dichoso que Gabriel, de mayor dignidad que Miguel. ¿Qué más? Me haria interminable. Digamos, pues, que si las prerogativas de José nos le presentan mayor que todos los nacidos en dignidad, sus méritos nos acreditan, que fué mayor que todos en santidad. Luego, ninguno ha nacido como José.

¡Y cuánto deberá ser el valimiento de tan esclarecido y privilegiado Patriarca ante el divino acatamiento! Despues de María ningún intercesor más poderoso que José para conseguir á favor de los hijos de Adán gracias y mercedes. Cultivemos, pues, con solícito anhelo la sincera y cordial devoción á san José; procuremos imitar sus virtudes en nuestros respectivos estados, y segun alcancen nuestras débiles fuerzas animadas de la gracia; y estemos seguros de que así mereceremos el patrocinio del casto esposo de la Virgen en esta vida, y luego acompañar eternamente á Jesús, María y José en las mansiones de la gloria, que á todos os deseo.

PANEGÍRICO
DE LOS DESPOSORIOS DE SAN JOSÉ
CON LA SANTÍSIMA VÍRGEN.



Vici fidelium multum lausabiliter.
El hombre fiel será muy alabado.
(PROV. XXVIII. 20.)

Dicha grande es para el orador cristiano tener que hablar á sus oyentes del patriarca san José. Hay tanto atractivo en él, que muy hijos de encontrarse embarazado para hallar materia de que edificar á su auditorio, se le ocurre tanto que decir, que solo tiene el dulce trabajo de escoger entre tantas y tan misteriosas, y tan bellas y tan fragantes flores como nos ofrece ese místico vergel.

Los oradores sagrados, hallándose muy á sus anchuras en el vasto espacio que les presenta la vida del santo Patriarca, han podido recorrer el campo en variadas y numerosas direcciones, sin que las hayan recorrido todas. El tema que he escogido hoy para edificar más y más vuestra piedad, es la santa y virginal union de José con María, lo que de otro modo llama la Iglesia, y nosotros con ella: *Los desposorios de nuestra Señora con S. José.*

Hablaré para los que se hallan en el sagrado estado de la virginidad, pues que verán el mayor prodigio de ella en el fidelísimo y castísimo José. Hablaré para los continentes, pues que José fué un milagro de continencia. Hablaré para los casados, porque José fué el más perfecto y acabado modelo de casados. El asunto es árduo; la materia, aunque no difícil, es delicada; el objeto es santísimo, y su utilidad puede ser mucha. Puede ser mayor de la que pensais, si de vuestra parte estais animados de santos deseos, y si de la mia trato de hablaros con sencillez paternal, como cumple el hablar á almas devotas del santo Patriarca, y á la santa sencillez que se nota con admiracion suprema en toda la vida del santo esposo de María.

No es mi ánimo en este breve rato el presentaros este sagrado acto por lo que toca á María, sino solamente por lo que dice relacion á José. Mi ánimo es hacer ver en José un varon eminentemente fiel, el varon fiel por excelencia. José, fiel á la gracia, primera reflexion. José, fiel á su divina esposa, segunda reflexion. José, fiel al divino misterio, tercera reflexion. He ahí el objeto y division de este discurso. ¿En qué ocasion más propicia nos alcanzará gracias del Cielo la excelsa Virgen Madre, que cuando se trata de encomiar las virtudes del que fué su fidelísimo compañero y guardian en esta tierra de su peregrinacion? Digámosla, pues, con toda confianza: *A. M.*

Todo cuanto se correlaciona en la obra de la redencion es grande, es importante; tora, más ó ménos, de cerca á los eternos destinos del humano linaje. ¿Qué cosa, en apariencia más sencilla, que un jóven artesano, honrado, pero sin nombrada, que gana el pan que come trabajando en un humilde taller de carpintería de la pequeña villa de Nazareth? Contemplad á este virtuoso y humilde jóven. Su linaje es de David: él es descendiente de reyes y heredero legitimo de reyes. Las públicas calamidades de su nacion, las transmigraciones en masa de su pueblo á los campos de Ninive y Babilonia, las guerras posteriores, que hubieran hecho desaparecer del número de las naciones á todo otro pueblo, que no fuera el destinado para recibir en su seno al Mesias; todas están desgracias y las vicisitudes que se les han seguido; han hecho que su familia se vea desposeída de un título, que el Señor mismo le habia asegurado. Á pesar de esto, José, humilde, se considera como el último de los artesanos de una pequeña villa de Galilea. Trabaja, suda, se afana; cumple exactamente los deberes que la ley impone á todo verdadero israelita. Asiste al Templo, á la Sinagoga; lee y medita las santas Escrituras; espera con viva fé al Mesias prometido, cuyos tiempos estaban ya muy próximos. Su corazón es purísimo; su alma santísima; su cuerpo castísimo. Sus afectos no son sino los afectos de un corazón desprendido de todo lo terreno, y enteramente consagrado á Dios. Los sentimientos de su alma son los sentimientos más elevados, más celestiales, más divinos. En su cuerpo nada hay de desordenado; no le inquietan las pasiones; no le molestan los vanos deseos, ni turban la bella armonía de su naturaleza privilegiada los desarreglos de la fantasia. Todo, en fin, en José está perfectamente acorde. Dios, que tenia preparado á José para la última dignidad de esposo de María y padre putativo de su divino Hijo, le inspiró, desde sus más tiernos años, el amor á la santa virtud de la castidad virginal; y segun muy piadosa creencia, nuestro glorioso

Patriarca hizo voto de virginidad ó continencia absoluta por inspiración divina. Y este grande acto fué el que atrajo sobre José el colmo de toda bendición, el de ser destinado á ser esposo de la que, sin dejar de ser virgen, habia de ser madre de Dios. La elección de José para esposo de María fué tan extraordinaria y tan evidentemente inspirada del Cielo, que justo es os la referir.

Cuando llegó el día señalado en que María cumplió los catorce años de su edad, se juntaron los varones y descendientes de la tribu de Judá y linaje de David, de quien descendía la soberana Señora, los cuales estaban á la sazón en Jerusalén. Entre los demás fué llamado José, natural de Nazareth, porque era uno de los del linaje de David. Era entónces nuestro santo Patriarca de edad de treinta y tres años, de persona bien dispuesta y agradable rostro, pero de incomparable gravedad y modestia. Era deudo ó pariente en tercer grado de la santísima Virgen, de vida purísima, santa é irreprochable á los ojos de Dios. La santísima doncella María moraba en el Templo desde la edad de tres años. Los varones parientes de María, y José entre ellos, se congregaron todos en el Templo; hicieron oración al Señor junto con los sacerdotes, para que todos fuesen gobernados por su divino Espíritu, en lo que debían de hacer respecto de los desposorios de la doncella María, que á la sazón se hallaba huérfana. El Altísimo Dios habló al corazón del Sumo Sacerdote, inspirándole, que á cada uno de los jóvenes no casados allí congregados, se pusiese una vara seca en las manos, y que todos pudiesen con viva fé á su divina Majestad, declarase por aquel medio á quien habia elegido para esposo de María.

María no era una doncella del rango ordinario; velase en ella señales que la habian hecho admirar á todos los sacerdotes del Templo, que estaban edificadísimos de sus virtudes. La fama y renombre de su virtud se habia extendido por toda la Judea, y, en especial, los de la tribu de Judá, linaje de David; consideraban y miraban como el mayor honor de su tribu el tener por su parienta la niña, que era el embleso y admiración de todos. Sin atinar en que fuese la destinada á ser madre de Dios, presentaban en la tierna doncellita un no sé qué de divino, que se dejaba traslucir en su vida angélica. Todos, pues, y en especial los muchachos, deseaban tenerla por suya, no por una vana hermosura de cuerpo, sino por las calidades tan sobrenaturales que brillaban en ella. Esto explica y dá razon porque, cuando se trataba de colocar á María en el matrimonio, según lo disponia la ley, se tomaron tantas y tan extraordinarias precauciones; porque todos los parientes del linaje de David acudieron al Templo; porque el mismo Sumo Sacerdote, la mayor dignidad de entónces, presidió

en persona á la ceremonia preparatoria de los desposorios; y porque, en fin, quiso que un milagro indicase, de una manera irrefragable, el escogido del Cielo para esposo de María. Como esta doncella era un milagro de virtud y de prendas, le era conveniente un esposo de milagro, una elección de prodigio. En medio de esta pronupcion universal, uno solo parecia reconocerse como indigno de aspirar al objeto que cautivaba el amor y veneración de todos. El jóven José recordaba, que tenia hecho voto de castidad, y, de consiguiente, habia renunciado al estado ordinario del matrimonio; en humildad, por otra parte, le hacía reputarse indignísimo de ser ni aun criado de doncella tan privilegiada, mucho ménos esposo de criatura tan dichosa. Sin embargo, fuerza le es resignarse á lo que la voluntad del Señor le manda por boca del Sumo Sacerdote. Renueva entónces mismo sus votos, pónese con todos en oración, y al momento se vió florecer la vara de José, quedando secas las de los demás aspirantes. Con la señal del Cielo los sacerdotes declararon á José como el escogido para esposo de María; y José, dócil á la voz de Dios, aceptó el divino mandato, y se preparó para celebrar los desposorios. Llamaron los sacerdotes á María, que estaba en su retiro, para la ceremonia de aquéllos; salió la Virgen, escogida como el sol, más hermosa que la luna, y pareció en presencia de todos con un semblante más que de ángel, de incomparable hermosura, honestidad, y gracia. Los sacerdotes la desposaron con el más casto y santo de los varones, José. Al punto que el venturoso Patriarca se consideró como divinamente encargado de tan precioso tesoro, sintió que su alma adquiria un aumento extraordinario de gracia, y que se hallaba celestialmente auxiliado para cumplir con la alta misión á que Dios mismo le elevaba con señales tan extraordinarias.

Admirables son en verdad las disposiciones del Altísimo, en todo lo que concierne á la grande obra de la redención. Todo cuanto tiene ó debe tener inmolata relacion con el Verbo encarnado, lleva el sello de lo extraordinario, de lo sublime, de lo sencillo, de lo purísimo, de lo santísimo. Sabidas tenéis, católicos, las eminentes cualidades que tanto distinguiéron y ensalzaron á la bienaventurada Virgen Madre del Dios-hombre. Las que adornaron á su esposo S. José auron tambien en alto grado maravillosas. Él estaba consagrado á Dios por medio del voto de absoluta continencia. Sin embargo, Dios hace florecer su vara. Era pues evidente, que por estas señales de su voluntad, el Altísimo disponia, que hubiese un matrimonio verdadero, pero santísimo, pero castísimo: aún más: un matrimonio, ó que ambos consortes fuesen vírgenes y quedasen vírgenes. José s^o

desposaba con María para ser la guarda de su honor y el testimonio de su virtud excelentísima. Dios había predicho, que el Mesías nacería de una virgen, quedando ella virgen, y que sería todo por operación del Espíritu-Santo. Pero, como las cosas de Dios no han de ser conciliadas por los corazones incircuncisos, ni profanadas por la malicia de los instrumentos de Salauán, estas divinas y soberanas comunicaciones debían pasarse tan á escondidas de los hombres, y tan reservadas entre Dios y la feliz criatura, destinada á ser templo sagrado y teatro augusto de los más sublimes sacramentos, que ni aún José habría de saber aquello de que él no fuese parte activa o instrumento de la divinidad; mucho ménos las personas de fuera de la familia. Los secretos celestiales que se debían obrar en el seno de esta familia, debían ser guardados tan escrupulosamente como la sagrada virginidad. Con los desposorios, pues, José era á un tiempo padre de familias ante la ley, depositario fiel de los celestiales secretos, salvaguardia del honor de María, y el mayor domo de esta divina familia de Nazareth. Con esto tenéis explicado, en parte, el misterio de los desposorios de nuestra Señora con S. José, y conocida la delicada y árdua misión de nuestro Patriarca. Ahora bien, católicos, ¿qué grandeza de alma no era menester para corresponder fielmente á tan alta misión?

Celebra los desposorios, la santísima Virgen María se despidió del Templo no sin grave dolor de dejarlo contra su inclinación y deseo; pero así María como José acatan y veneran ante todo las disposiciones del Altísimo. Caminaron ambos santísimos esposos á Nazareth, su patria, en donde se establecieron, porque así conviene al cumplimiento de las profecías. José considera su esposa como un apoyo que Dios le dá para sostenerle en la virtud, y la mira como una maestra celestial, con que el Señor le ha favorecido para instruirle en los caminos de su divina ley. ¡Ejemplo admirable de humildad, modelo de perfectos esposos! María, la criatura más noble, y la que más elevada está entre todas las demás, se reconoce como sometida al esposo, que según la ley ha recibido. Manifiéstale secretos divinos, y hace el acto más meritorio de confianza en Dios, fiando su destino en el consorte que su paternal providencia le ha deparado. ¡Ah, católicos! ¿qué no me fuera dado el hablar de los ángeles, el entender de los querubines y el amar de los serafines! con cuál espiritual delicia me pondría á contemplar la admirable unión de voluntades entre José y María! ¡Quién fuera testigo de los altos misterios que acaecieron en la humilde casa de Nazareth! Dios reñaba en aquellos dos purísimos corazones; aquellos dos purísimos

corazones se amaban en Dios. La naturaleza vencida y sometida á unas voluntades que estaban fortalecidas con la gracia, cedía á ésta su puesto, y en aquellos dos extraordinarios consortes la voluntad de Dios solo vivía, obraba, guiaba.

Los sagrados desposorios que habían contraído José y María, muy lejos de entibiar su fervor, de vacilar en sus sanos propósitos, no hacían sino aumentar aquél, fortalecer éstos. Fueron unos desposorios los más perfectos que se hayan celebrado jamás en el mundo. El matrimonio de José y María fue un verdadero matrimonio, tanto más verdadero, cuanto más santo, más puro, más conforme al primer original modelo del Paraíso entre nuestros primeros padres; antes del pecado original é inmediatamente despues de su creación purísima. Así como en el principio de la creación del género humano, se celebró aquel primero y augustísimo matrimonio entre Adán y Eva en el Paraíso, así, como debida preparación de la era de la Redención, se celebró otro matrimonio no ménos noble y augusto entre José y María; tanto más noble y augusto, cuanto que, de una parte, jamás fué deslustrado ni empañado con el menor vapor impuro, y de otra parte, la santísima Virgen María excedía en dignidad á Adán y Eva, y el santo Patriarca les aventajaba en fidelidad y virtud. Grande es, católicos, y sublime la dignidad á que José fué elevado en premio de sus virtudes, y muy grandes y abundantes fueron estas cuando tan alta recompensa merecieron recibir. Le había predestinado el Señor para ser esposo de la que había de permanecer siempre virgen y ser madre de Dios, y le inspiró ese amor tan profundo y tan fuerte hácia la virtud de la virginidad. Le había predestinado el Señor para ser el padre putativo de Jesucristo, Dios-hombre, y le dotó de esa profunda humildad, de esa admirable prudencia y de ese exterior sencillez, modesto y grave, sin dejar de ser afable. Le había predestinado Dios para ser el mayor domo de la sagrada Familia, y Dios le erigió, aunque pobre, caritativo y desinteresado, pero muy ordenado en la pequeña administración de su oficio. Era nuestro Patriarca muy conocido por su habilidad y buen orden en todo, para que por sí mismo pudiera tomar á su cargo todo lo que concerniese á la manutención de la Familia santa. Quiso que José y solo José, remitiese todas las cualidades necesarias para el desempeño de su alta misión, para que solo él entendiera en esos grandes secretos que debían obrarse en el seno de esta divina Familia, de los cuales pendía la redención de todo el género humano. Permittedme el que para vuestra edificación me detenga á exponeros el misterio de este día en cuanto tenga relacion con nuestro intento.

Los santos desposorios fueron, pues, los que pusieron de manifiesto á José, y lo han hecho var como el más dichoso de los mortales y el más virtuoso de los esposos. Pero se os podrá ocurrir una dificultad: los desposorios de S. José con María parecen una ceremonia inútil, puesto que la santísima Virgen María, debiendo permanecer virgen, pudo permanecer en el Templo, en donde hubiera podido realizarse muy bien el misterio de la Encarnación. La respuesta á esta dificultad es muy obvia, y me prometo contribuirá no poco á vuestra edificación. La sabiduría del Señor lo dispone todo suave y convenientemente; todo lo que tiene relación con la obra de la Redención, lo ha ordenado de manera, que queden respetados los derechos que ella se ha dignado otorgar al hombre y á la sociedad. De ahí viene ese miramiento tan afable, esa condescendencia tan amorosa de Dios, que le hace someterse, por decirlo así, á las exigencias de nuestra debilidad. Dios se nos muestra Padre antes que Señor: la voz padre, la cualidad de padre, llevan consigo la idea y la realidad de amor, de solicitud, de atención, de ternura. Habiendo determinado el Señor poner en obra sus designios de humana redención, se ha acomodado en todo tiempo, lugar y circunstancia á nuestra capacidad de criaturas limitadas y llenas de imperfecciones. Decretado estaba, que el Mesías sería concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de una virgen, y que nacería de un seno virginal. Sin embargo, como la malicia humana había crecido tanto, necesario era tener oculto un sacramento que hubiera sido profanado; y así dispuso la divina Providencia, que la soberana doncella María apareciese en lo exterior como una doncella ordinaria, sin que nada de extraordinario se viese en ella. Porque una vez conocida la eminente dignidad de María, el demonio conocía que el que naciera de ella sería el Mesías prometido. Estaba predicho, además, que para satisfacer á la divina justicia del Padre, era menester que el Hijo, hecho hombre, padeciese, pues que solo los padecimientos de un hombre-Dios podían reparar las ofensas hechas á Dios; y para que padeciese, convenia que su divinidad quedase oculta bajo el velo de la humanidad. Uno de los grandes y tal vez de los mayores milagros obrados por el Dios-hombre es, el de tener constantemente ocultos los rayos y el fulgor de su divinidad, excepto en los cortos instantes del mozo Tabor.

Para que todo fuese, pues, ordenado convenientemente á los efectos é inexorables decretos, el Verbo divino, al hacerse hombre para redimir á los hombres, debia aparecer legalmente nacido como los demás hombres, esto es, de una mujer desposada. Los despo-

rios de la santísima Virgen con S. José tuvieron por fin especial y directo, el celar á los ojos del mundo y del demonio un parto virginal, un nacimiento divino. Jesús aparecía á la vista del pueblo como los demás hijos del pueblo nacidos de matrimonio. El gran secreto queda reservado, inviolablemente, entre los dos más augustos personajes que el mundo conociera, María y José; José y María adoraban al divino Infante como Dios que era; y Dios les tenía entredicho de no quebrantar por sí mismos el secreto real, el secreto divino, el secreto de cuya guarda fiel pendia la salvacion del linage humano: Cuánta virtud, cuánta humildad, cuánto desprendimiento del mundo y de sí mismo no eran necesarios á José, para tener constantemente guardado este secreto en el corazon! Veía cada dia, cada hora, siempre á su divina esposa María; conocía su altísima dignidad sobre todas las criaturas; sabía que era un templo mucho más augusto que el de Salomon, pues que ella lo era vivo y purísimo y de fábrica celestial, para contener viva, real y verdaderamente al Verbo encarnado, para nutrirle con su pecho, y reclinarle en su seno cuando niño, para cuidarle cuando jóven, para seguirlo cuando se digno aparecer maestro. Admiraba sin embargo José la profundísima humildad de esta Reina de los Cielos y tierra, que con la mayor exactitud hacia todos los afanes caseros como una mujer cualquiera; que se estaba continuamente humillando empleándose en quehaceres domésticos, sencillos, humildes, en la cocina, en la casa, en el taller, en la ropa, en la costura; y esto no una hora, no por pasatiempo, sino haciendo de estas ocupaciones un deber sagrado, y una necesidad que la pobreza de la familia hacía real, urgente, continua. Todo esto veía José, y á pesar de su profundo respeto por la Madre de su Dios, reina, señora y maestra suya, se veía obligado á dejar hacer todo lo que la purísima Virgen juzgaba necesario y útil: José admiraba en silencio, guardando en su corazon el secreto, veía el ilustre Patriarca cada dia, á todas horas, siempre, al divino niño Jesús. Sabía que era su Dios; que en aquella humanidad de infante se encorbaba todo un Dios humanado. Veía al divino Niño que padecía hambre y cansancio en la huida á Egipto; que el eterno Padre permitia que José careciese de lo necesario para que se lo procurase á la santa Familia con su trabajo; veía, observaba que el divino Niño en nada quería distinguirse aparentemente de los demás niños; que cuando más crecido este tierno Infante, le quería ayudar en su sencillo y humilde taller, segun su capacidad infantil; que más entrado en edad, este hermosísimo espejo en donde se retrataba toda la santísima Trinidad, este jóven que á todos cautivaba con sus gracias, quería ayudar á su pu-

tativo padre José según sus fuerzas. Todo esto veía nuestro gloriosísimo Patriarca de continuo; y sin embargo, ¡le era necesario dejarse servir y cuidar por todo un Dios! ¡Qué prueba tan terrible para que la humildad de José descendiese á tanta humillacion de parte de un Dios, á tanta dignacion para con él, el más humilde de los hombres! Lo era sin embargo forzoso á José, admirar todo esto en silencio, guardando en su corazón el secreto. José, pues, en virtud de sus desposorios santos, fué la salvaguardia legal del honor de Maria, el guardador de los secretos celestiales, el sostén de la santa familia, el varón fiel por excelencia.

Amados míos en el Señor, los que entre vosotros os hallais ligados con el santo voto de continencia absoluta, ó que la observais por razon de estado, en el glorioso patriarca José tenéis, á la vez, un modelo, un protector, un aliento que dá fuerzas. El santo Patriarca os alcanzará de la bondad divina socorros poderosos que os harán triunfar. Vosotros, los que os hallais en el santo estado del matrimonio, en José tenéis el modelo de la más perfecta castidad conyugal. Sus desposorios con la Reina de los ángeles os demuestran la santa alianza de la castidad con el matrimonio. Sin duda alguna el venerable sacramento del matrimonio os otorga muchos derechos; sin embargo, Dios bendice los matrimonios castos. Reconozcamos todos en el gran patriarca José el varón más humilde, el varón más casto, el varón más fiel. Regocijémosnos en el Señor de habernos dado un patriarca tan benigno, un protector tan poderoso, un modelo tan acabado. Aprendamos por el misterio de hoy á reverenciar el santo sacramento del matrimonio, y veneremos los desigños del Altísimo al presentárnoslo para nuestra edificacion y aumento de gracias. La Iglesia nuestra madre, al proponernos la festividad de los Desposorios sagrados de nuestra Señora con el santísimo patriarca José, ha querido enseñarnos, que la atencion en Dios de las almas y corazones de ambos esposos, son el primario y principal objeto del santo matrimonio.

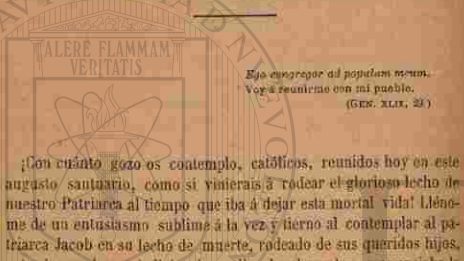
Y vos, benigno y humilde Patriarca, que fuisteis festigo tan privilegiado de los más grandes sucesos que para tan del género humano conocieron los siglos, vos, santísimo José, que tan fiel guardador fuisteis de los celestiales secretos; vos, castísimo y purísimo esposo, cuyo virginal corazón se dió á Dios, irrevocablemente, desde la tierra edad, alcanzados del trono del Altísimo esa humildad, que tan grato os hizo á los ojos de Dios y amable á los hombres. Alcanzados tambien el don del silencio prudente con que, evitando divagaciones peligrosas, moderemos nuestra lengua para que no publi-

que lo que descubierto dañe al corazón. Alcanzados, sobre todo, esa fortaleza incontrastable con que os hicisteis tan superior á las inclinaciones de la naturaleza.

Hacednos humildes, reservados, prudentes y castos, para que habiéndonos imitado en esta vida, merezcamos gozar de vuestra compañía en la Gloria.

PANEGÍRICO

DEL TRÁNSITO DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.



*Ego congrego ad populum meum.
Voy á reunirme con mi pueblo.
(GEN. XLIX, 29)*

¡Con cuánto gozo os contemplo, católicos, reunidos hoy en este augusto santuario, como si vierais á rodear el glorioso lecho de nuestro Patriarca al tiempo que iba á dejar esta mortal vida! Léno-me de un entusiasmo sublime á la vez y tierno al contemplar al patriarca Jacob en su lecho de muerte, rodeado de sus queridos hijos, entre los cuales se hallaba el que llevaba el nombre, y anunciaba la misión del que es hoy el objeto de nuestros filiales cultos. Nada triste, nada sombrío, ningún fúnebre pensamiento podía presentarse en aquellos solemnes momentos, en que el venerable anciano, el acogido de Dios para realizar en él y en su descendencia las promesas de la universal redención, se despedía de sus hijos con celestial calma, con magnanimidad de corazón, con tal dignidad y grandeza, que daba á conocer bien que el trance del morir nada de amargo podía tener para él, pues que solo era el momento de la suprema cita á que el Dios remunerador, que con tantas y tan íntimas comunicaciones le había favorecido, le llamaba para que descansara de sus fatigas en paz, y gozara á la sombra del trono de las misericordias de los inmortales ángeles, que habla cogido en los encuentros de su larga y penosa vida. En la muerte de este ilustre Patriarca todo es noble, todo grandioso, todo en extremo sentimental. Magnífico espectáculo el de un jefe de la más ilustre prosapia del mundo, que convoca á sus doce hijos, y con una gravedad imposible de describir, les comunicó aquella célebre profecía, que es el más magnífico testamento hecho por hombre mortal. Al acabarla de pronunciar, bendijo con majestuosa sencillez á sus hijos y en ellos á sus descendientes: *Ego con-*

grego ad populum meum, dijo el augusto Patriarca; voy á allegarme á mi pueblo; voy á reunirme con mi pueblo; y en seguida, juntado sus piés, y recogiendo sus manos, entregó su alma al misericordioso Señor, que tan familiarmente se había comunicado con él. ¡Muerte bendita, muerte santa, muerte pacífica!

Amados míos en el Señor; al hacerlos la descripción de los últimos instantes de la vida de Jacob, ¿no habeis notado la analogía más natural y misteriosa entre aquella grande alma, que, como llama purísima se apagaba por sí misma, y la de nuestro glorioso patriarca san José, en su glorioso tránsito? Patriarca aquél y cabeza del pueblo, á quien dió su nombre; patriarca éste y abogado del pueblo á quien dió nombre el que se dignó querer ser reputado hijo suyo en este mundo. Padre aquél de la numerosa y noble familia de los israelitas; padre éste de una familia todavía más numerosa, todavía más noble. Rodeado aquél en su lecho de muerte de todos sus hijos, de aquellos excelso varones, de quienes descendió una generacion innumerable como las estrellas del cielo, como las arenas del mar; rodeado éste del Mesías, centro y razón de existencia de toda esta ilustre generacion, y de la más excelsa de todas las criaturas, su esposa Maria, profetizando aquél á todos sus hijos, y comunicándoles su para siempre memorable testamento; teniendo éste á sus ojos el objeto de aquellas profecias, y la llave de todos los arcanos escondidos en aquel testamento. Bendiciendo aquél á sus hijos; trayendo éste para los suyos una bendicion mucho más excelente, mucho más bienhechora.

Séanos permitido á nosotros, católicos, el encomiar el glorioso tránsito del más ilustre y favorecido patriarca, presentándole á vuestra piadosa atencion con la muerte más feliz y deliciosa. La muerte más feliz y deliciosa comparándola con la de los demás santos; primera reflexion. El tránsito más feliz y delicioso considerado en lo que le precedió, acompañado y siguió; segunda reflexion. Os presentaré y analizaré ambas reflexiones, meditando con vosotros sobre ellas con toda la efusion de mi corazón: *A. M.*

¡Muerte! palabra aterradora, pensamiento funesto, voz salida del fondo del abismo. El hombre no nació para morir, sino que fué criado para vivir. Creacion, vida: hé aqui dos términos que se correlacionan reciprocamente: aquella supone ésta, y crear para morir es contradictorio. En el plan primitivo de la creacion, el hombre estaba destinado á vivir: la muerte le fué mostrada como pena, como sancion á la virtud, pues que se la reputó castigo del crimen. ¿Quién,

pues, ó qué fatalidad ha introducido la muerte en el mundo? ¿Qué genio malévoló ha interpuesto este fatal obstáculo entre el nacimiento y la eternidad de la vida?... ¿Quién?... ¡el pecado! Si, el pecado: la defecion de la criatura, su crimen. La criatura es, pues, quien ha criado, por decirlo así, la muerte. El Autor de la vida, el que es la vida por esencia, el que es la eternidad misma, no ha podido ser autor de la muerte. Muerte, mal: he aquí dos términos que se correlacionan; sin el mal no fuera conocida la muerte, y la muerte ha sido una sancion divina del castigo del mal. Y el mal, no viviendo sinó de la criatura, y la muerte no viviendo sinó del mal, criatura, mal, muerte, se correlacionan entre sí, tan fatalmente, como Dios, creacion, vida se correlacionan tan felizmente. La mision providencial de la muerte es, pues, el castigo del mal obrado por la criatura... Pero ¿qué espíritu me conduce, católicos, á hablaros de muerte y de mal en una solemnidad de nuestro Patriarca S. José, en que más que muerte lo que nos recuerda es triunfo, que fué más que triunfo, pues fué glorioso tránsito? Y en efecto, el tránsito de José nada tiene de semejante con la pena común de la muerte. La muerte se considera como una pena: el tránsito de José fué un premio; aquélla vá acompañada de tristeza: éste de alegría; aquélla nos hiere con alguna pérdida; éste nos acarrea una superior ganancia. Pero todavía más: analicemos las circunstancias que ó ocasionan ó acompañan, ó se siguen á la muerte, y veremos, que el tránsito de nuestro ilustre Patriarca, si es muerte, es la más gloriosa de las muertes; si es triunfo, es el más completo de los triunfos. Entre los diversos géneros de muerte vemos, que unas veces, y es lo más común, es la pena debida al pecado original; otras veces vemos, que es castigo de un crimen personal; otras veces es víctima de holocausto; otras veces, en fin, es víctima de amor divino. No es nuestro ánimo, ni al caso viene, que mencionemos los dos primeros géneros de muerte: solo examinaremos los dos últimos. Muerte ofrecida como víctima de holocausto. Desde el justo Abel hasta los santos Macabeos, hasta los niños inocentes, todos los que por la defensa de Dios y de la santa ley vertieron magnánimamente su sangre, fueron otras tantas víctimas santas, puras, propiciatorias. De estas muertes se había dicho: «Entregaron sus cuerpos á los tormentos para ser herederos en la casa del Señor.» La muerte en esos santos fué como el título legal de heredero del Cielo, sellado con sangre, y confirmado por la posesion de la herencia divina. Para esos héroes, la muerte es un pasaje, desde la orilla de esta vida á la opuesta de la eternidad, al través de un río de sangre. Muertes apetecidas y logradas como término feliz del divino

amor.—Elias y Enoch, arrebatados en su propio cuerpo desde el mundo al Cielo; los patriarcas Abraham, Isaac y Jacob, muertos abrasados en llamas de amor por el Dios que los guió, y que los guardó como á la niña de sus ojos; Moisés, David y los profetas, muriendo entre las dulces ansias de poseer al Mestas prometido, en todos estos bienaventurados patriarcas la muerte fué un deseo confirmado con una esperanza; y una esperanza fortalecida por la fé en el Dios fiel, cuyas promesas no deberian fallar jamás. He ahí, católicos, los dos géneros de muerte que Dios habia reservado á sus escogidos en el antiguo Testamento. El tránsito de José todavía fué más meritorio que el martirio de los primeros, y más dichoso que la muerte de los segundos. Pasemos á los fastos cristianos.

En el nuevo Testamento, y despues de la muerte de nuestro Redentor, encontramos tambien tres géneros de muerte: el sacrificio, la recompensa de la justicia, el premio del amor. El martirio es casi exclusivamente el género de muerte reservado á los cristianos de los tres primeros siglos, y casi á todos los que viven bajo la dominacion de los perseguidores de nuestra santa religion. Millares y millares de santas y puras víctimas, han sido inmoladas en las aras del humano poder á honor y gloria de Dios. En estos gloriosos mártires la muerte fué llave con que abrieron la puerta del Cielo, pues que el martirio les habia servido de escala para subir á él. En los justos de la nueva ley, ¿qué humano entendimiento podrá profundizar ni aún comprender las inefabables delicias de su muerte? Asíómbrahe el nuestro al considerar esas almas, que se salen de sus cuerpos, no hostigadas por los dolores y penas, sino á impulsos del divino amor. Para esas almas privilegiadas la partida de este mundo es, como la salida de una cárcel demasiado estrecha y gruesa para un espíritu á quien parece pequeño el espacio. ¿Es, acaso, pena la felicidad, y castigo la dicha? ¿Quién pensó atormentar con gozos, y castigar con laurelos? No, no; la muerte del justo es alegría para el Cielo y parabien en la tierra. La muerte del justo es la libertad del alma, y el sello del sacrificio. ¿Veis esa hermosa aveicilla encerrada en una jaula, que viendo un día la puerta abierta se vuela por los aires? No de otra suerte la casta paloma de Jesús, apenas ve abierta la puerta de su cuerpo por haber desechado la muerte los cerrojos, sítese, y levanta su vuelo hasta irse á anidar en el pecho de su divino esposo Jesús en el Cielo. ¿Quién es capaz de admirar debidamente la muerte de una María Magdalena, víctima del más encendido amor penitente? ¿de una Teresa de Jesús, víctima del amor más inocente? ¿de un Felipe de Neri, de un Luis Gonzaga, cuya sola enfermedad fué el morir se de

divino amor? Y estas muertes ¿se tendrán como pena? ¿podrán llamarse castigo? La muerte del justo es garantía para el alma y garantía para el cuerpo. La muerte del justo es muy aceptada al Señor, pues que El mismo la santifica. De estas dos muertes la primera es muerte de sacrificio, la segunda es muerte de amor. Ambas están simbolizadas en la muerte de Jesús, que fué muerte de sacrificio por amor. En nuestro ilustre Patriarca la muerte tuvo el mérito del sacrificio, siendo al mismo tiempo víctima del amor divino. Para que no le faltase el mérito del sacrificio, Dios dispuso, que padeciese crueles dolores y una larga enfermedad, segun el decir de una grave autoridad. «Queriendo nuestro divino Maestro llevar por el camino real de las tribulaciones, dice, al esposo de su Madre santísima José, á quien amaba sobre todos los hijos de los hombres; y desearo acrecentar en él los merecimientos y corona, ántes que se le acabase el término de morcería, le dió en los últimos años de su vida varias enfermedades y dolores vehementes, que le afligieron y extenuaron mucho.»

¡Ah católicos! ¿y cuán engañados vivimos, y cuán congn es la inadvertencia de todos los que fuimos llamados á la luz y profesión de la fé, y que nos gloriamos de entrar en los secretos de la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo, cuando lo buscamos y lo amamos solo como Redentor de las culpas, y no como Maestro de los trabajos! Á nuestro modo de ver y juzgar, ni María ni José debieron padecerlos; pero las miras de Dios son diferentes de las de los hombres. Cristo quiso que su Madre padeciese; y todos sabéis, que el título de Madre dolerosa es el que más le cuadra y conviene. En el bienaventurado José igual providencia se observa. El santísimo Patriarca padeció y sufrió mucho, aunque el Evangelio nada nos haya dejado escrito de sus padecimientos. Dios queria que mereciese con el continuo sacrificio de sí mismo; y para su mayor mérito y corona, le envió agudos dolores y enfermedades aflictivas, para que le sirviesen como de espadas de inmolación sobre el altar de su cuerpo. Tales son las miras de Dios, que quiso y dispuso que su Hijo padeciese, y que no se obrase la redención sin efusión de sangre. Desecemos gozar del fruto de la redención humana, y que se nos abran las puertas de la gracia, y por ésta las de la Gloria; pero atendamos también á seguir á Cristo en el camino de la cruz. No solo los trabajos y los dolores preparaban á José á la muerte de sacrificio; su amor al Señor era tan intenso y fuerte, que su vehemencia lo preparó también á una muerte de amor. Ni cómo era posible, que un cuerpo tan puro é inocente como el de José, que continuamente tenía

dilatante si al objeto de sus más celestiales amores, al divino Jesús, no se sintiese más y más herido del divino amor? Ni cómo era posible, que este amor, cual saleroso fuego, cual delicioso incendio, no se fuese acrecentando más y más á vista del pábulo divino que sin cesar lo alimentaba? ¡Ah, católicos! ¿Qué no me fuera dado en este momento el amor de los serafines y la ciencia de los querubines, para haceros penetrar y concebir todo lo que habia de sublime, de tierno y de heráico en este purísimo amor de José á su Dios, á su Salvador, al que de continuo tenía en su presencia! Necesario era un milagro para que el corazón de José pudiera soportar tales incendios sin consumir su vida. Y en efecto; José, cercano á su muerte, se sintió desfallecer de amor; y Jesús, que habia dispuesto que su muerte fuese muerte de amor, sin disminuir una sola centilita de tal incendio, le prestó y dió un milagroso concurso, para que su tránsito, aunque víctima de sacrificio y de amor, fuese, sin embargo, un tránsito suave, tranquilo, dulce. Y de aquí podeis inferir, que por más feliz y envidiable que haya sido la muerte de los mártires y justos, no puede compararse con el dichoso tránsito de José. Para vuestra edificación propia y á honra de tan gran santo, voy á haceros con la gracia de Dios, un bosquejo de de esa muerte tan dichosa.

Para formarnos una idea, la más aproximada que nos sea dado, del glorioso tránsito de José, creo oportuno el considerarlo en todas sus circunstancias. En lo que le precede, en lo que le acompaña, y en lo que le espera. Algo os he dicho de lo primero, pero no bastante, y aún está de un modo general y por vía de comparación. Restanos tratar del mismo glorioso tránsito considerado en sí mismo. Entraré, pues, en tan dulce é interesante materia. ¿Qué es la muerte? El eco de la vida. ¿Qué es la muerte del justo? El eco de la vida de un justo. ¿Qué es la muerte del héroe, del santo? El eco de la vida de un héroe, de un santo. La vida de un héroe hace la muerte del héroe; la vida de un justo hace la muerte del justo; la vida de un santo hace la muerte del santo. Séanos lícito el entrar respetuosamente en la consideración de la vida del Patriarca S. José, para sacar de ella motivos de engrandecimiento en el tránsito. Cuando me trasporto en espíritu á Nazareth, y contemplo en ella á ese noble descendiente de los reyes de Israel, á quien los trastornos y vicisitudes sociales han obligado á tomar el humilde oficio de carpintero, un religioso respeto me fuerza á inclinarme ante un hombre, cuyas apariencias son tan sencillas, y cuya misión es tan grande. La historia del pueblo de Dios me enseña, que el Mesías habla de nacer de la tribu de Judá, estirpe de David, y que, segun las profecias, los tien-

pos eran ya llegados, en que aquél había de aparecer humilde y desconocido entre los suyos. La genealogía, junto con la historia, me muestran á José, hijo de Jacob, como descendiente de Judá por la estirpe de David, desposado con una virgen de su misma tribu. La fé me enseña, por otra parte, que esta Virgen es la Madre del Mesías prometido, y que José le ha sido dado como el castodio de su honor y el esposo ántes la ley. Encóntrame además la fé, que en esta casa humilde de Nazareth, en la que habita aparentemente un honrado carpintero, mora el mismo Verbo encarnado. Jesús, Dios y hombre verdadero.

Desde este momento, todo cuanto veo en este pequeño y angusto albergue me inspira al mayor interés y respeto. Examino el interior de esta santa familia: José se halla, á los ojos del mundo, al frente de ella, y es considerado cabeza de la misma, según la ley. Á su lado está la santísima virgen María, la más noble entre todas las criaturas, la más elevada, la más gloriosa, la más inmediata al trono del Altísimo. Entre José y María veo con la mayor admiración al joven Jesús, que en su bellissimo cuerpo, de la más cándida adolescencia, esconde la suprema divinidad. Jesús, María, José: ved la más noble, la más augusta, la más santa familia que la tierra pueda sustentar. Feliz vos, oh Patriarca ilustré! á quien el Altísimo ha puesto al frente de la más divina compañía, en cuyos brazos se meció el divino Niño, y á cuyo cargo corrió el cuidado, defensa y sustento de la Reina de tierra y Cielos. Vida por cierto dichosa, católicos, la de nuestro Patriarca, viendo continuamente con sus propios ojos al Verbo encarnado, morador de su sencillo albergue, observando con religiosa atención sus acciones, edificándose continuamente con su divina presencia. ¿Qué entendimiento humano podrá comprender jamás, el cúmulo de gracias que se iba creciendo cada día, el torrente de delicias de que se iba inundando más y más aquel feliz corazón? ¿Quién llegará á conocer las luces divinas que, partiendo de un sol divino que tenía á su lado constantemente, le iluminaban? ¿Quién sentirá aquellos divinos ardores, en que continuamente se abrasaba sin consumirse aquel puro y tierno corazón? Ah, gloriosísimo abogado nuestro, José dichoso! ¿qué últimos momentos tan preciosos! ¡qué alma tan ricamente adornada! ¡qué corazón tan ardentemente inflamado! En vos los años, muy lejos de perder el verdor de la juventud, aumentaban vuestra lozanía de corazón entre las venerables cañas de la ancianidad. En vos palpita éste de divino amor, y lo que solo se advertía en vos era esa dulce inquietud de tener que separaros por la muerte de vuestra celestial Esposa y compañera, del Dios hombre,

que se quedaba en la tierra sin vos. Séanos permitido el penetrar con temor santo y reverente en el angusto aposento, en donde vá á exhalar su último suspiro nuestro amado Patriarca... ¡Qué espectáculo tan tierno, tan sublime á la par que majestuosamente sencilló! Jesús, María y José! El venerable Patriarca yace en un lecho pobre, sí, pero aliñado. Siente que el espíritu le vá faltando por momentos. El fatal momento de separarse de Jesús y de María va llegando, y es preciso resignarse á una separación tan dolorosa á su tierno corazón. María le consuela, con divina modestia le asiste, y le hace llevaderos los dolores de una enfermedad, con que plugo al Todopoderoso probarlo para su mayor mérito y corona. Jesús, con celestial cariño, le alienta y dá esfuerzos, encomiéndalo con filial afecto al eterno Padre, y hace que millares de ángeles descendan de las celestiales alturas, y se dejen var del angusto moribundo.

Nuestro santísimo Patriarca, divinamente confortado con tal celestial recreo, y profundamente reconocido al bondadoso Señor, que tan generosamente le favorecía, recogies en sí mismo, y, desde el fondo de su alma, daba continuas gracias á Dios por tan singulares beneficios. Pidió á la virgen María su bendición; la humildísima Virgen, esposa suya, suplicó á su divino Hijo se la diese al moribundo Patriarca; y el benditísimo le bendijo. ¡Ah, bendición augusta! bendición infalible, bendición prenda de la gloria, y aseguramiento de la eternidad bienaventurada! Tú llenas de consuelo á José y de gozo á María; tú eres la divina mensajera que abres el paso á esta grande alma, para que entre á gozar de los laureles de la eternidad; tú eres la más sublime recomendación que José pueda llevar á su entrada en el seno de Abraham. La gran Reina, maestra de la humildad, puesta de rodillas, pidió también la última bendición á S. José, como á su esposo y cabeza. No sin divino impulso el varon de Dios, por consolar á su prudentísima Esposa, la dió su bendición á la despedida. Dirigióse luego el varon de Dios á Cristo, nuestro Señor, y con la mayor reverencia le quiso hablar por última vez: el dulce Jesús, queriéndole manifestar todo el amor que le tenia y el respeto que le profesaba, le dijo: «Padre mió José, descansad en paz; á mis profetas y santos, que os esperan en el seno de Abraham, daréis las alegrías nuevas de que ha llegado ya su redención.» En estas palabras del mismo Jesús, y en sus brazos, espiró el santo y felicísimo patriarca José. Réstanos meditar sobre los instantes dichosos que se siguieron á la muerte del santo Patriarca.

San José fué trasladado al seno de Abraham, pero con la dulce esperanza de que, de allí á muy pocos años, gozaría de lleno de la

gloria del eterno Padre en la divina compañía de Jesús. En esta ilustre mansión esperó nuestro santo Patriarca la gloriosa resurrección de su hijo adoptivo Jesús, nuestro Salvador, y salvador suyo. Cuando Jesucristo, después de haber vencido al mundo, al demonio, y á la misma muerte con la suya propia, descendió al sagrado Limbo, sus primeras atenciones fueron las de llenar de gloria y dicha al que habia tenido en la tierra por padre legal, al santísimo patriarca José. Visitó pues, Jesús triunfante á José, y anuncióle que iba á subir con él al Cielo, siendo así uno de los privilegiados de la santísima compañía, y como el alférez de los ilustres escuadrones de santos y justos; que desde Abel hasta los santos niños inocentes de Belén, varían en el seno de Abraham, y formaban el noble cortejo de Jesús triunfante, y haciendo su entrada en el Cielo.

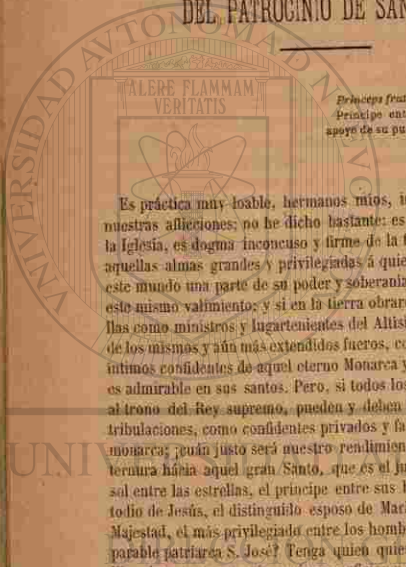
¡Cuán majestuoso y lleno de una divina satisfacción iba nuestro José en pios e inmediato al Salvador del mundo! ¡Cuán inefables delicias inundaban el alma grande de José al entrar en el empireo, y al ser presentado por el mismo Dios hombre al Padre eterno, que lo esperaba para galardónarlo! ¡Almas santas, y piadosas hijas del angusto José, salid del tabernáculo de vuestros cuerpos, y ved á este Patriarca, más noble y majestuoso que Salomón; venid, y vedle ceñido de la diadema de la inmortalidad; vedle revestido del celestial ropaje de la gloria con que le adorna el omnipotente Criador en el día de su entrada en el Cielo, y en el día del gran júbilo para su coronación; para ese corazón puro, casto, magnánimo, que tanto amor divino abrigó en sus ardorosos senos; para ese corazón, que tanta pureza supo conservar. Y en efecto: ¿quién de nosotros podrá conocer todo lo que sentiría el corazón de José, en el día en que, con Jesús en el pleno goce de la gloria que le estaba reservada? Figúrense por el amabilísimo Jesús, presentar á sus ámbrosiosos senos, y eterno Padre al humildísimo José, y decirle: «Ved aquí, Padre mio, al justo Patriarca, á cuya guarda y custodia me confiasteis durante mi mansión en la tierra. Este fué el guardián del honor de mi Madre, su sostén, defensa y ayuda en la vida social. Este el que, durante toda de treinta años, me la sostenido y á mi Madre con el trabajo de sus manos, pues que Vos, ¡oh Padre eterno! así lo habíais dispuesto para su mayor corona, y para mayor misterio de la Redención. Os lo presento pues, ¡oh Padre eterno! acompañado de mis méritos, que hago suyos, como Dios suyo; y de mis filiales solicitudes, porque vos os dignasteis que yo, como hombre, lo tuviese por paterno padre. Premiadlo pues, Padre mio, como sabéis; y que á vuestro hijo y al mio sea galardonado eternamente con el joyel de los

más preciosos laureles.» El Padre eterno recibe en su seno al angusto Patriarca, cómalo de celestiales distinciones, señátele uno de los elevados sitials del empireo; legiones de ángeles le felicitan; millares de santos le dán el parabien; y el humilde, el sencillo artesano de Nazareth, el gran patriarca José recibe de toda la corte celestial las más cordiales felicitaciones. Allí está amado de su putativo Hijo Jesús como lo era en la tierra; y es allí mucho más poderoso que en ésta. Su poder es mucho mayor de lo que podemos imaginar, porque ¿qué le podrá negar Aquel, á quien tuvo tantas veces reclinado en sus brazos? ¿qué le podrá negar Aquel, para cuyo sustento trabajó y sudó durante treinta años? ¿qué le podrá negar Aquel, por cuya guardia y custodia se fué huyendo precipitadamente á Egipto? ¿qué le podrá negar Aquel, cuya angusta Madre guardó, defendió, sostuvo durante tantos años? Católicos, acudid á José, nos dice el soberano dispensador de las gracias. Si el José de Egipto fué el mayordomo de Faraon, nuestro José de Maria es el mayordomo de Jesús. Si el José de Egipto proveyó de abundantes viveres los almacenes de Egipto, nuestro José de Maria es el tesoro de las arcas del Cielo. Acudid pues á él. No hay momentos más propicios para lograr favores que los de la despedida. ¿Y cuál más tierna que la de nuestro José?

Rodead, pues, el dichoso tálamo del angusto Patriarca; colocaos en torno de él, y contemplad en espíritu el feliz tránsito, objeto de estos cultos. Con lílial piedad esparcid flores de amor y de reconocimiento sobre su sagrada tumba, y no os separéis de ella hasta que su celestial alma os haya dado su paternal bendición.

¡Patriarca: excelso! acordaos de estos vuestros hijos: alcanzádes socorro en sus necesidades temporales, y gracia para poder reinar en vuestra compañía en la Gloria, que á todos os deseo.

PANEGÍRICO
DEL PATROCINIO DE SAN JOSÉ.



Princeps fratrum, stabilimentum populi.
Príncipe entre sus hermanos, y firme apoyo de su pueblo.

(ECCL. XLIV, 11.)

Es práctica muy loable, hermanos míos, invocar á los santos en nuestras aflicciones; no he dicho bastante: es doctrina universal de la Iglesia, es dogma inconcuso y firme de la fe y de la religion, que aquellas almas grandes y privilegiadas á quienes Dios comunicó en este mundo una parte de su poder y soberanía, conservan en el Cielo este mismo valimiento; y si en la tierra obraron prodigios y maravillas como ministros y lugartenientes del Altísimo, en la Gloria gozan de los mismos y aún más extendidos fueros, como cordiales amigos e íntimos confidentes de aquel eterno Monarca y Rey de los siglos, que es admirable en sus santos. Pero, si todos los escogidos que asisten al trono del Rey supremo, pueden y deben invocarse en nuestras tribulaciones, como confidentes privados y favoritos de aquel eterno monarca; ¿puedo justo será nuestro rendimiento, nuestra devoción y ternura hacia aquel gran Santo, que es el justo entre los justos, el sol entre las estrellas, el príncipe entre sus hermanos, el ángel casto de Jesús, el distinguido esposo de María, el más allegado á la Majestad, el más privilegiado entre los hombres, el excelso é incomparable patriarca S. José? Tenga quien quiera, yo se lo concederé liberalmente, tenga quien quiera su afición y su gusto; ponga su confianza en alguno de los patriarcas ó de los profetas, de los apóstoles, ó de los mártires, de los doctores ó de las vírgenes; invoque su nombre; que me incenso en sus aras; conságrale votos; elijale por su patron y abogado; yo alabaré este fondo de religion y piedad. Por lo que á mí toca, san José será siempre el predilecto. Me archaba la atención este dichosísimo Patriarca, que vió cumplidas todas las

promesas; este excelente profeta, que descubrió y tocó los misterios más escondidos; este primer apóstol y supremo ministro de la verdad revelada; este duplicado mártir del dolor y del amor; este doctor ilustrado en la escuela del Cielo; este virgen purísimo, rosa de suavidad y fragancia, azucena de candor y honestidad, y más limpio que el sol y las estrellas. Este ha de ser mi abogado, mi protector, mi padre, mi maestro y todas mis delicias. Bien merecerá mis elogios y alabanzas, hermanos míos, y vuestro amor y ternura un Santo tan grande por sí mismo y tan benéfico para todos. En sus prerogativas y excelencias no se le conoce igual; en su auxilio y patrocinio no tiene semejante. El es el más distinguido personaje del reino de los Cielos; él es el bienhechor singularísimo y el firme apoyo de todo el pueblo cristiano: dos proposiciones sencillas á que reduzco toda la idea del discurso. ¡Oh gloriosísimo Patriarca! para hablar con acierto de vuestras grandezas alcanzadme mucha gracia de vuestro Hijo y de vuestra Esposa. á la que saludamos con las palabras del ángel: *A. M.*

José fué un hombre raro y peregrino, adornado de tales dones, excelencias y privilegios, y tan rico en todo género de virtudes, que no se hallará hermosura, gracia y bendición del Cielo en una alma escogida per la mano de Dios, que no estuviese en José en grado soberano. No fué este justo como un ángel de inferior orden, ó de ínfima jerarquía, destinado á comunes y ordinarios ministerios; fué un espíritu elevadísimo de los que asisten al trono de la Majestad, familiar del Rey de la Gloria; un privado de la mayor confianza; un querubín con espada en mano para guardar el Paraíso de las delicias de Dios; y un serafín encendido en vivas llamas de amor, cuya actividad de rayos de claridad y de divino fuego; aun por reverberación ó por reflejo, no le puede sufrir la debilidad de nuestra vista. Verdad es, que fué hijo de Adán y rama de un tronco inficionado; pero bien presto le libertó la gracia de aquella mancha vergonzosa; y santificado cual otro Jeremías en el útero materno, cuando vió la luz del mundo, no salió como hijo de ira y de maldición, sino como fruto precioso del árbol de la vida, encanto de los ángeles, como asombro de los hombres, como ornamento del mundo. El Espíritu Santo, que le había destinado para esposo de su misma Esposa, y para guarda y custodia del divino Verbo, tomó el empeño de trazar en este lienzo púnceladas tan finas, rasgos tan delicados, que los hombres tuviesen siempre que admirar sus perfecciones, pero sin llegar jamás á comprenderlas. Él le buscó entre millares, y le cortó á medida de su

corazón, para manifestarle los arcanos de su pecho y los más escondidos misterios de su sabiduría. El derramó la gracia en sus labios, la miel y la leche en su lengua, la claridad en su frente, la modestia en sus ojos, la dulzura en sus entrañas, la limpieza en sus manos, y todas las bendiciones en su cuerpo y en su alma. Su corazón, criado para amar al sumo Bien, jamás recibió impresión bastada por parte de las criaturas, ni su voluntad se sintió tentada de objeto alguno embarazoso, que pudiera impedir ó retardar el vuelo de su espíritu. Fuera hacer un panegírico cansado y fastidioso si hubiese de señalar una por una las bellas flores de las virtudes, que se dejaban ver olorosas y fragantes en el huerto de su alma. Una humildad que sorprende, una modestia que encanta, una paciencia que admira, una pureza que arrebató, una austeridad que asombra, una devoción que arrastra, un silencio que edifica, una oración que enamora, un candor que embalsama; hé ahí unas pocas rasgas de tantos primores como contiene su glorioso retrato.

Y en verdad, que no era desmedido tal cimiento para la grandeza del edificio que se había de levantar sobre esta basa. Un hombre destinado por la Providencia para los empleos más altos y sublimes del Cielo y de la tierra, era preciso que estuviese prevenido, enriquecido y adornado de las prendas necesarias, á fin de desempeñar con honor y dignidad los delicados oficios de su noble y augusta comisión. El íntimo privado y consejero de un príncipe ha de ser sugeto escogido á pulso, de vasta capacidad, de superior talento, de exquisita prudencia, de profundo discernimiento, de fidelidad inviolable, de miras rectas, justas y equitativas; de espíritu despejado, resuelto, generoso, capaz de desenvolverse de los negocios más complicados, y sostener las más árdidas ó importantes resoluciones. Por falta de estas bellas cualidades se han visto mil trastornos y catástrofes en el mundo. En José no corrió peligro la elección; habiendo sido obra de un divino Consejo, no pudo estar expuesta á error, á engaño ni á desacierto. Santificado como Eléazar, para guardar el Arca de la alianza; luminoso como el sol, para ser tabernáculo de Dios vivo; protegido con la virtud del Alisimo, y entregado á los ángeles para que le guardasen; ¿qué piedra ofendería sus plantas?

Observemos la conducta del Eterno sobre este héroe de la fama. Un Dios había de encarnarse, rasgar los Cielos, bajar del sólo de su Gloria, vivir y conversar con los hombres. Una virgen había de concebir en sus entrañas á este divino Infante, le había de criar á sus pechos, y había de cuidar de esta preciosa víctima, que se había de inmolar sobre el Calvario. Estos altos Consejos de la eterna sabiduría

eran superiores á todas las luces criadas; el demonio no había de penetrar los velos de este arcano escondido; la inocencia de Maria se había de poner á cubierto de toda censura; el niño Dios había de tener un asilo y un lugar de refugio contra las maquinaciones de sus contrarios; el pueblo de Israel, supersticioso y grosero, había de ser inducido á la fé del Mesías con suavidad y sin violencia; y de tal suerte se había de desplegar el plan de esta divina obra, que sin dejar de ser un misterio, fuese al mismo tiempo un objeto accesible á toda razón ilustrada. ¿Qué dificultades no abrazaban todos estos extremos? Pero todas se vencieron, sustituyendo á la operacion de un poder absoluto el ministerio de un hombre, y de un hombre como José. De manera, que este santo Patriarca, con respecto á la Madre del eterno Verbo, había de ser un muro de defensa y una nube misteriosa que cubriese su honestidad, y la pusiese fuera de tiro á toda maledicacia; y con respecto al Hijo, había de asumir los oficios de ayo, de pedagogo, de conductor y de padre; y aún de sustentador y de amparo de aquella vida preciosa, de la cual pendía la salud del universo. ¿Pudo darse destino más glorioso y juntamente más crítico y delicado, comisión más soberana y al mismo tiempo más expuesta y peligrosa? Tener siempre á la vista una fuente cristalina y no aplicar jamás á ella la extremidad de los labios; poseer un huerto con mil frutos, y no alargar la mano para tocarlos; ¿no es un prodigio de la gracia? Tener á Maria por esposa y no tratarla sino como hermana; ó por decirlo mejor, como señora y como reina; ¿no es una maravilla y un milagro de superior orden? Llevar sobre sus hombros el peso de todo un Dios, y no quedar abrumado ni postrado su fuerza; ¿no es un valor á que se doblan las mayores columnas del firmamento? ¿Qué hombre tan cumplido y acabado! Ser digno esposo de la Hija del Eterno Padre, y custodio fiel del Verbo Dios humanado, son dos títulos tan sublimes, que á ninguno le competen, y ninguno pudo desempeñarlos sino solo san José. Vamos por partes, y prestadme una atención benévola.

Si se observa con reflexion una expresion profunda de S. Bernardo, se nos descubrirá un vasto campo á las grandezas de este inclito Patriarca. Era preciso, dice este padre, era indispensable que Maria se desposase con José. Pero ¿de dónde se saca esta consecuencia necesaria y forzosa? ¿Qué acaso en la numerosísima tribu de Judá y entre todos los descendientes de David, no habria sugeto digno de tan alto enlace y merecedor de dar la mano á Maria? ¿Faltarían almas grandes, espíritus sublimes, pechos generosos, jóvenes sobresalientes, varones esclarecidos, héroes privilegiados, capaces de

ejercer con dignidad y decoro, y desempeñar el carácter de esposos de esta gran Reina? No, hermanos, no le había competente; era necesaria una asimilación tan adecuada entre el esposo y la esposa, una correspondencia tan expresiva y tan viva entre las cualidades del uno y las cualidades de la otra, que apenas se distinguiesen. Alma de María, toda inocencia; alma de José, toda limpieza: corazón de María, todo divino; corazón de José, todo seráfico: voluntad de María, toda transformada en Dios; voluntad de José, toda entregada en manos del Señor; cuerpo de María, sagrario del Verbo eterno; cuerpo de José, trono del Verbo humanado: gémito, condición, deseos, afectos del esposo, unos mismos que los afectos, deseos, condición y gémito de la esposa; No se vió jamás tal conformidad, tal semejanza; por eso jamás se vió tal unión, tal paz, tal dulzura entre consortes. ¡Oh infortunada moralidad de José y de María! Tú me representas la casa de Dios y la puerta del Cielo: en ti habita una trinidad visible, digna de todo mi corazón y de todas las afecciones de mi alma; una madre que es la estrella de la mañana, un hijo que es el mismo sol de justicia, un padre, que aunque no lo es según la carne y en el orden de naturaleza, hace todas las veces, y ejerce con el divino infante los mismos oficios que si le hubiera engendrado de su propia sustancia. ¡Qué dicha, qué honor, qué distinción, qué inefable grandeza la de José! ¡haber obtenido sobre Dios un género de superioridad y dominio, que no se concedió á los mismos serafines! San Pablo prueba en la Carta á los Hebreos, que Jesucristo es superior á los ángeles por haber heredado un nombre más distinguido que todos ellos. ¿A quién entre los ángeles, dice el Doctor de las gentes, ha dicho jamás el Padre Eterno: Tú eres mi hijo, y yo soy tu padre? Por el contrario: á todos los espíritus celestiales mandó que se postrasen á sus plantas y le adorasen como á su rey y señor. Siguiendo este pensamiento del Apóstol, ¿no podré yo desear á todas las lenguas, tribus y naciones, á todos los héroes de uno y otro testamento, patriarcas, profetas, sacerdotes, apóstoles y doctores, á que me digan, si ha habido alguno entre todos, á quien el Dios de la Gloria haya llamado padre, á boca llena, á quien haya estado sujeto y obediente, á quien haya entregado su cuerpo, su alma, su vida, y de quien haya querido depender en el vestido, en el sustento, en la educación y disciplina y en todas las funciones humanas? ¡Ha habido alguno, con quien el Criador del mundo se haya hecho tan llano, tan familiar y doméstico como se hizo con José, sentándose á su mesa, comiendo en el mismo plato, limpiando el sudor de su frente, dándole estrechos abrazos y amorosos ósculos, sostenido en sus brazos, reclinado en su pecho, llevado

sobre sus hombros, colgado de su cuello, y aún trabajando en el oficio y taller de su padre? ¿A quién no pasma esta condescendencia, esta dignación, estas finezas? José le besa, le abraza, le acaricia, le arrulla, le pasea, le duerme, le despierta, le alimenta, le viste, le calza, le manda; y el niño Dios, la palabra eterna del Padre, tiene su gusto, sus delicias y su gloria con este varón escogido, con este hombre privilegiado, con este justo por excelencia, que puede llamarse en verdad el más grande entre los cortesanos del Cielo, y el príncipe entre sus hermanos; así como es el mayor apoyo y protector de todo el pueblo cristiano.

Para el feliz éxito en las pretensiones que se solicitan de un príncipe, no me deis sujetos de corto mérito; dadme personajes ilustres, grandes y poderosos, de toda satisfacción y confianza del soberano, que le penetren el gémito, le ganen la voluntad, le posean el corazón. Dadme un Joab con David, un Amán con Asuero, y otros validos de monarcas, que apenas se distinguen de los monarcas mismos. Pero, entre todos los hechos de este género, ninguno suministra idea más expresiva y más propia del alto grado de honor á que puede arribar un privado del soberano, cuando éste se empeña en honrarle y sublimarle, que el pasaje de Faraon con el antiguo José; pasaje bien sabido, pero que no quiero disimular ni omitir, por dar un vivo realce al argumento que voy tratando. Faraon, rey de Egipto, se despojó, si así se puede decir, de todos los derechos reales, y trasmitió todas las prerogativas del trono en su querido y confidente José, bien persuadido de que, teniendo á su lado un hombre de tantas bondades, de tantos talentos, de tanta comprensión, prudencia y sabiduría, no era dable ni que su corona vaciase, ni que su pueblo padeciese. Él le vistió de una riquísima estola, le puso en el dedo su régio anillo, le cubrió el cuello con una sarta de perlas, le hizo subir en un magnífico carro, le paseó por las calles y plazas de la corte, le presentó á un inmenso gentío, clamando elregonero en alta voz, que todos le reconociesen por gobernador y prefecto de toda la tierra de Egipto. Todo el Egipto, le dijo: está delante de tu presencia; dispón de él como gustares; tú serás el dueño de mi imperio, y yo solo te precederé en la majestad del solio. ¿Pudo darse demostración más expresiva, expresión más fina, fineza más cariñosa, cariño y amor más grande entre el señor y el vasallo? Pero ¿pudo darse intigén más adecuada, retrato más parecido entre José y José, entre aquel patriarca y el nuestro, entre el gran valido del rey de Egipto y el querido grande del Rey de Cielos y tierra?

Dejame hacer un breve paralelo entre los dos héroes, el de la

Ley y el de la Gracia, pues en él se interesa la gloria y el poder de nuestro Santo, y la piedad en consejo de sus devotos. Aquel José, con sus excelentes prendas, se ganó la voluntad de Faron; éste, con sus excelsas virtudes, robó el corazón al Altísimo; aquél manejó con destreza los grandes negocios, cometidos á su cuidado; éste desempeñó con honor los áridos ministerios á que le destinó la Providencia; aquél gobernó el palacio del monarca egipcio con una política sutil; éste gobernó la casa del Señor del universo con una prudencia consumada; aquél fué el intérprete de sus sueños; éste fué el descifrador de los misterios; aquél fué sumamente casto y no consintió en los viles halagos de su señora; éste fué tan puro como un ángel, sin atreverse á tocar á su propia esposa; aquél proveyó de granos á una provincia indigente y hambrienta; éste ofreció á todo el mundo necesitado el trigo escogido y el pan de vida eterna; aquél fué honrado por Faraon con cuantos honores caben en un rey de la tierra; éste fué honrado por Jesucristo con una munificencia propia del Rey de los Cielos. Todos los memoriales, demandas, súplicas y peticiones de aquellas gentes se remitan á José para el despacho: id á José les decía el sábio y prudente príncipe; y haced lo que él os ordenare. ¿Y quién podrá dudar que tal sea la conducta y el lenguaje mismo del Soberano del mundo con nuestro gloriosísimo Patriarca y sus cordiales devotos? Á mí me toca el dominio de cuanto existe; dirá seguramente el Verbo Hijo humanado, porque el Padre Eterno ha puesto en mis manos todas las cosas, y me ha dado un nombre sobre todo nombre; á cuya virtud y poder doblan las rodillas los Cielos, la tierra y los abismos; pero yo transiero con gusto mis legítimos derechos en la persona de José, que haga todas mis veces con poderes amplios é ilimitados. Á José he constituido gobernador de todos mis reinos; dispensador de todas las gracias, y firme esperanza de todo el pueblo. Así ha de ser honrado el que tanto honró mi nombre y promovió mi gloria. El que á mí me alimentó á costa de tantas lágrimas, fatigas y sudores, justo es que sea el sustento de los mendigos, pobres y monesterosos; el que á mí me vistió con tanto esmero y aseó, justo es que sea el que cubra á los desnudos y no desprecie la carne de sus hermanos; el que á mí me llevó sobre sus hombros, justo es que sea el apoyo de los desvalidos que no tienen donde reclinar la cabeza; el que á mí me libró de las furias del tirano, de las pesquisas de Herodes, justo es que sea la defensa de los perseguidos y odiados, y el amparo de la inocencia oprimida; el que á mí me presentó en el Templo y me ofreció como víctima de salud, justo es que sea el conductor de las almas que se consagran al Altísimo como

hostia de alabanza; el que siempre anduvo en mi compañía y en mi presencia arrebatado en soboranos éxtasis y abrasado en llamas de amor celestial y divino, justo es que sea el director de los espíritus dedicados á la oracion y al ócio santo de la vida interior contemplativa; el que oyó por tantos años la más alta doctrina salida de mi boca, justo es que la comunique á los que desean aprovecharse de su hermosura; el que tanto dolor sintió en mi nacimiento, circuncision, pobreza, destierro y en todos mis trabajos, justo es que sea el consolador de los afligidos, la alegría de los tristes, y enjague las lágrimas á cuantos sufren y padecen por mi causa; el que fué la lumbré de mis ojos, la guía de mis pasos y el salvador de mi vida, justo es que sea el puerto de salud y el muro de seguridad de todo el pueblo cristiano.

¿Qué os parece, hermanos, de este discurso? ¿Habrá alguno que le censure de infundado y de frívolo como parto de una imaginacion suelta y acalorada? Por los respetos de Abrahán hizo el Señor á su pueblo las más grandiosas promesas; por respetos de Lot preservó del incendio de Sodoma á la familia de este justo; por respetos de Moisés no acabó mil veces con los hebreos, gente de dura cerviz, de corazón incircunciso y protervo; y acaso lo que hizo el Señor por respetos de Abrahán, de Lot, de Moisés, y de otros muchos siervos suyos, que lo hará por los respetos de José, más fiel que Abrahán, más distinguido que Lot, más íntimo que Moisés y más querido y privilegiado que todos? Si se presta á la voluntad de los que le tomen, ¿no se prestará á la voluntad del que le nutre y sustenta? Es bien sabido el genio de nuestro Dios, su condicion generosa, las condescendencias que usa con aquellas almas santas en las cuales se complace. El gusta de comunicarles gran parte de sus tesoros, y entregarles las llaves de su omnipotencia para abrir y cerrar los Cielos á su voluntad y á su arbitrio. Á la voz imperiosa de esas criaturas la naturaleza se pasma y se suspende, los elementos se rinden, el aire se amansa, el mar se tranquiliza, las tempestades calman, el fuego pierde su voracidad, la tierra brota sus producciones, las nubes desfilan ríos saludables, huyen las infecciones, cesan los contagios, la muerte misma tiembla y restituye sus presas. ¡Oh Dios! si tan magnífico y como pródigo os mostrais con vuestros siervos, ¿descasareis vuestros dones con el tutor y defensor de vuestro divino Hijo, el dichosísimo S. José? ¿Quién duda que este Santo es de superior clase, de más alta jerarquía, y que forma un coro aparte entre todos los justos? Formar otro concepto fuera hacer agravio á la generosidad de tal Hijo y á los méritos de tal padre.

Acudid, pues, amados oyentes, acudid al Patrocinio de este gran Santo con una fe viva y luminosa en cualquier necesidad y trabajo. No temais que os desampare en la tribulación y en la angustia: es amigo fidelísimo, padre amantísimo, bienhechor generosísimo, y un patrono por todos lados cumplido, poderoso, solícito, interesado en el bien de sus clientes: acudid á él, que no seréis confundidos. En áridas navegaciones él es el piloto que dirige el rumbo; en violentas enfermedades él es el médico que propina el remedio; en tempestades deshechas él es el iris que serena los cielos; en voraces incendios él es la lluvia oportuna que apaga la actividad de las llamas; en las oscuridades del alma él es la luz que ahuyenta las tinieblas; en las ansiedades del espíritu él es el maestro que resuelve las dudas; en los asaltos del demonio él es el escudo que repele las flechas; toda la vida le experimentaréis ángel de gran consejo en vuestras resoluciones; y en la hora de la muerte un asistente inseparable del lecho, un enfermero invisible, pero solícito y cuidadoso, que no omitirá diligencia para vuestro consuelo; que aliviará los dolores del cuerpo, mitigará las congojas del ánimo, disipará los temores, difatará la esperanza, recibirá vuestro espíritu, le acompañará al tribunal de su Hijo, y os obtendrá una sentencia favorable. ¡Cuánto me complaceo al ver que la devoción del patriarca S. José vá tomando cada día mayores incrementos! Á este nuevo Mardoqueo se le tributan en estos últimos tiempos los honores de que careció en los primeros siglos; y por una providencia incomprensible, pero adorable, cuanto estuvo entonces desconocido y olvidado; ahora se ve aplaudido y glorificado. José es el Santo en todos los estados, clases y condiciones; todos acuden á sus aras, se postran á sus plantas, le consagran votos, le ofrecen sacrificios; y este protector universal, con un corazón de padre, á todos dispensa sus gracias, derrama sobre todos sus bendiciones, y nadie le invoca que no vuelva consolado.

Glorioso Patriarca, miradnos y consideradnos como á vuestros hijos adoptivos; atended á nuestras necesidades y á nuestras aflicciones; oíd nuestros votos, escuchad nuestras súplicas; y presentádnoslas al Padre celestial, atraed sobre nosotros las bendiciones que nos hagan con vos dichosos en el Cielo.

PANEGÍRICO I DE SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.

Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

El que guardare los mandamientos, y enseñare, será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATT. V. 19.)

¿Quién es este, amable y tierna juventud, á quien hoy ofreces tus votos y diriges tus súplicas? ¿Quién así obliga tu memoria y exige tus cultos? ¿Quién es sino aquel hombre bienaventurado, que despreciado de todo lo que es terreno, no se dejó manchar de la menor impureza, que jamás encaminó sus pasos á los bienes del siglo, antes bien los tuvo por falsos su esperanza? ¿Quién sino aquel héroe generoso de nuestra España, que, en frase del profeta, tuvo piés de hierro, ya para retirarse del mundo viviendo en medio de él, ya para obrar cosas grandes, súbitas y magníficas? ¿Quién sino aquel que, en efecto, llenó su vida con virtudes y terminó con maravillas, cuya memoria es y será de bendición para todos los pueblos y por todos los siglos? ¿Quién ha de ser sino José de Calasanz, cuyo nacimiento ilustre es gloria de Aragón, cuya inocencia, cual la de otro José entre los egipcios, no peligro entró los lazos más artificiosamente dispuestos, cuyo celo ilustró á la Italia, cuyos ejemplos forman el modelo de los ministros de la religión? José de Calasanz, azote de la proferna herejía, dalego violencia de los obstinados pecadores, copia adorable de la bondad divina, dulce encanto de las almas, atractivo suave de los corazones de los mortales para llevarlos á Dios, columna del místico fuego de amor con que guió á los extraviados; iluminó á los que andaban en tinieblas, y dió calor á los tibios; José de Calasanz, singular abogado de los atribulados, padre, en fin, y tutor de la niñez y juventud.

Este es, hermanos míos, el objeto de tan solemnes cultos: este el que hoy se propone á nuestra consideración é imitación, como digno

Acudid, pues, amados oyentes, acudid al Patrocinio de este gran Santo con una fe viva y luminosa en cualquier necesidad y trabajo. No temais que os desampare en la tribulación y en la angustia: es amigo fidelísimo, padre amantísimo, bienhechor generosísimo, y un patrono por todos lados cumplido, poderoso, solícito, interesado en el bien de sus clientes: acudid á él, que no seréis confundidos. En áridas navegaciones él es el piloto que dirige el rumbo; en violentas enfermedades él es el médico que propina el remedio; en tempestades deshechas él es el iris que serena los cielos; en voraces incendios él es la lluvia oportuna que apaga la actividad de las llamas; en las oscuridades del alma él es la luz que ahuyenta las tinieblas; en las ansiedades del espíritu él es el maestro que resuelve las dudas; en los asaltos del demonio él es el escudo que repele las flechas; toda la vida le experimentaréis ángel de gran consejo en vuestras resoluciones; y en la hora de la muerte un asistente inseparable del lecho, un enfermero invisible, pero solícito y cuidadoso, que no omitirá diligencia para vuestro consuelo; que aliviará los dolores del cuerpo, mitigará las congojas del ánimo, disipará los temores, difatará la esperanza, recibirá vuestro espíritu, le acompañará al tribunal de su Hijo, y os obtendrá una sentencia favorable. ¡Cuánto me complaceo al ver que la devoción del patriarca S. José vá tomando cada día mayores incrementos! Á este nuevo Mardoqueo se lo tributan en estos últimos tiempos los honores de que careció en los primeros siglos; y por una providencia incomprensible, pero adorable, cuanto estuvo entonces desconocido y olvidado; ahora se ve aplaudido y glorificado. José es el Santo en todos los estados, clases y condiciones; todos acuden á sus aras, se postran á sus plantas, le consagran votos, le ofrecen sacrificios; y este protector universal, con un corazón de padre, á todos dispensa sus gracias, derrama sobre todos sus bendiciones, y nadie le invoca que no vuelva consolado.

Glorioso Patriarca, miradnos y consideradnos como á vuestros hijos adoptivos; atended á nuestras necesidades y á nuestras aflicciones; oíd nuestros votos, escuchad nuestras súplicas; y presentádnoslas al Padre celestial, atraed sobre nosotros las bendiciones que nos hagan con vos dichosos en el Cielo.

PANEGÍRICO I DE SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.

Qui autem fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum.

El que guardare los mandamientos, y enseñará, este será tenido por grande en el reino de los cielos.

(MATT. V. 19.)

¿Quién es este, amable y tierna juventud, á quien hoy ofreces tus votos y diriges tus súplicas? ¿Quién así obliga tu memoria y exige tus cultos? ¿Quién es sino aquel hombre bienaventurado, que despreciado de todo lo que es terreno, no se dejó manchar de la menor impureza, que jamás encaminó sus pasos á los bienes del siglo, antes bien los tuvo por falsos su esperanza? ¿Quién sino aquel héroe generoso de nuestra España, que, en frase del profeta, tuvo piés de hierro, y para retirarse del mundo viviendo en medio de él, ya para obrar cosas grandes, subites y magníficas? ¿Quién sino aquel que, en efecto, llenó su vida con virtudes y terminó con maravillas, cuya memoria es y será de bendición para todos los pueblos y por todos los siglos? ¿Quién ha de ser sino José de Calasanz, cuyo nacimiento ilustra es gloria de Aragón, cuya inocencia, cual la de otro José entre los egipcios, no peligro entró los lazos más artificiosamente dispuestos, cuyo celo ilustró á la Italia, cuyos ejemplos forman el modelo de los ministros de la religión? José de Calasanz, azote de la proferna herejía, daleo violencia de los obstinados pecadores, copia adorable de la bondad divina, dulce encanto de las almas, atractivo suave de los corazones de los mortales para llevarlos á Dios, columna del místico fuego de amor con que guió á los extraviados; iluminó á los que andaban en tinieblas, y dió calor á los tibios; José de Calasanz, singular abogado de los atribulados, padre, en fin, y tutor de la niñez y juventud.

Este es, hermanos míos, el objeto de tan solemnes cultos: este el que hoy se propone á nuestra consideración é imitación, como digno

de aquel elogio que hace Jesucristo en su Evangelio, reduciendo la gloria de verdadera grandeza á la santidad y á la sabiduría verdadera. Cualquiera, dice Jesucristo, que se emplee en buenas obras, y así instruya á los hombres con su doctrina y ejemplo, este será grande en el reino de los Cielos. Tal es la idea más perfecta y conforme á la verdadera sabiduría. Y ciertamente: ¿de qué sirve la luz si no alumbrá? ¿De qué el ejemplo si no mueve á imitación? ¡Ah! ¿Qué bien entendido si José está máximal! ¿Qué impresión hizo en el semajante idea! Desde luego se propuso entrar en la casa de la sabiduría, penetrar en su interior, descubrir su espíritu; pero despues de haberse fundado en una vida irreprochable, empezó á enseñar la verdad á niños y adultos; mostrando con sus pasos el camino para seguirla; se resolvió á predicar la humildad, adhiriéndose, primero, con esta virtud; se animó á exhortar á la caridad, despues de estar ardiendo en el amor de Dios y del prójimo; y hé ahí su verdadero elogio. Ejemplar de santidad por sus virtudes; maestro verdadero, que enseñó á la niñez y juventud por su doctrina; empero, inculcando ésta y obrando aquéllas, siempre animado é impulsado de un amor grande para con Dios y para con sus hermanos; asuntó á la verdad que no es tan grato y bionero, como superior en un todo á mis talentos y fuerzas. ¡Ah! ¿Qué no posea yo una ciencia profunda y la más robusta elocuencia para alabar cual merece ser alabado el gran José de Calasanz! Pero me anima y decide el conocimiento, de que lo tierno y piadoso del objeto atraerá de tal modo hácia sí la atención de los que me escuchan, que quedarán sin accion para reparar siquiera en la forma irregular y en el modo desaliado con que me produzco: *A. M.*

No es la ciencia sino la virtud la que constituye á los hombres en la clase de héroes. De nada sirven las altas ideas, los conceptos sublimes, los pensamientos agudos, si el corazón se halla poseído de la iniquidad. Sin la religion son humo las academias literarias, la filosofía del buen gusto y las decantadas bellas artes. ¿De qué aprovechó á Salomón ser reconocido por el más sabio de los hombres? ¿De qué aquella erudicion profunda á Tertuliano? ¿De qué á tantos sabios del siglo el conocimiento de la antigüedad y de la historia? ¿De qué sino de un testigo el más convincente de su vanidad? ¿Qué consiguió la ciencia de los antiguos filósofos tan celebrada del paganismo? ¿Qué la elocuencia de los griegos? ¿Qué la erudicion de los romanos? ¡Ah! hermanos míos, todo se desvaneció como el humo fuertemente agitado por el viento, porque el principio de la sabiduria es el temor

de Dios, la pureza cristiana, la conformidad con las máximas del Evangelio; y todo lo que no sea la observancia de los divinos preceptos, una conducta irreprochable y una ciencia religiosa, es vana filosofía, es aire, es corrupción, es nada.

¡Oh! ¡Y qué bien descubrimos esta verdad en la vida de José de Calasanz! Desde sus tiernos años, empezó aquella alma grande á dar señales manifiestas de las virtudes con que había de enriquecerse. La modestia, la devoción á que atrae á los de su edad; la obediencia, la honestidad, son el carácter con que se oes manifiesta en sus primeros años, correspondiendo dócil á la cristiana educacion de sus padres, á cuya sombra iba apareciendo una luz, que prevaleceria contra las tinieblas del vicio y del error; á cuya sombra suscitaba Dios aquel sacerdote á medida de su corazón, que todos los días de su vida había de seguir á Jesucristo; y lleno del espíritu de inteligencia y de una caridad imponderable, había de entregar su corazón al cuidado de la inocente juventud para instruirle en la piedad y en las letras. Despues de una correspondencia tan fiel á la cristiana educacion de sus padres, ¿qué esperamos de nuestro Santo en el progreso de su juventud? ¿Acaso una soberbia vana, un lujo inasportable, un vil deseo de los deleites, carácter que, por lo común, distingue á la juventud de nuestros días? Nada menos que eso; si su niñez dió tan lisonjeras esperanzas, la juventud las confirmó.

Pero ¿qué peligro no corre esa llama del amor divino, que apenas ha prendido en los verdes años de José! ¿Qué peligro no le amenazó cuando el estudio de las humanidades, tiene que partir á la universidad de Lérida para emprender los estudios mayores, sabiendo de repente al mundo! ¡Oh! ¡harto sabéis vosotros, que, de ordinario, esta llama fácilmente á los primeros soplos tiembla, vacila y se apaga. Mas no recedais, pues conocia muy bien nuestro Santo la fortaleza de las pasiones en esa edad, y sabía qué él no poniese freno era dejar correr un caballo desbocado al precipicio; así, sin faltar á sus estudios, oraba con frecuencia, maceraba sus inocentes carnes con continuas y agudas mortificaciones, ayunaba continuamente; y de ahí nació aquella pureza santa que le equivocaba con los ángeles. Si, hermanos míos; nuestro Santo era puro en sus palabras, puro en sus obras, puro en sus pensamientos; y tan puro en los primeros pasos de su infancia como aún más allá de los últimos alientos de su vida. Pero ¿cómo no había de ser así el que tan familiarmente trataba con la Madre de Dios, á la cual profesaba la más tierna y acendrada devoción? ¿Se dignaría, acaso, esta Señora, de llegar al que se hallára enoñagado en el sucio lodazal de la sensualidad? No puede

zer. Feliz jóven, pues tan santamente prevenido podrás acometer con más valor los peligros á que necesariamente ván á exponerte tu ciencia, tu riqueza, tu fama y la nobleza de tu familia.

Doctorado José en jurisprudencia y cánones á la edad de veinte años, y desoso de emprender el estudio de la teología, pasó á la universidad de Valencia. Los enlaces de su ilustre familia le obligan á visitar á nombre de sus padres algunas de las personas más principales de la ciudad. Contaba entonces poco más de veintiun años; era jóven de gallarda presencia, cabello rubio, frente espaciosa, ojos vivos y modestísimos, manifestando en su alegría la inocencia de su alma. Tan bellas prendas personales cautivaron el corazón de una señora principal, que con la continuación de su trato llegó al extremo de apasionarse de él de un modo poco decoroso, viniendo por último, á declararle abiertamente su pasión. Horrorizado el castísimo José de tan vergonzosa tentativa, la elude y desprecia con la mayor constancia, y huye con más prontitud que el otro José de la antigua ley. *Dá gracias á Marta santísima, y renovando su virginal propósito, no solo deja de frecuentar para siempre la casa, sino que hasta huye de la ciudad: huye, porque sabe que esta fuga es valentía á los ojos divinos.* ¡Oh! ¡y qué acción tan generosa! ¡Que victoria tan completa! ¡Cuántos triunfos en un solo triunfo! ¡Y qué nos deberemos prometer de los primeros ensayos de este jóven!

Veo á José envuelto en un nuevo peligro, de que tal vez no podrá librarse tan fácilmente como de aquel lazo tendido á su inocencia. El Señor ha dispuesto de la vida de su madre y de su hermano mayor, que había de dar sucesion á su familia. Su padre le insta con este fin á que abandone sus estudios y vuelva á su casa. La corded de la edad y la utilidad en todos estados de las carreras á que se ha dedicado, son razones con que se desentramará José de la pretension de su padre; mas no sucederá así despues que, obtenido el grado de doctor en teología, y llamado por el obispo de Jaca por su extraordinario mérito en virtudes y ciencia, insiste aquí en su idea de que contriga matrimonio. ¡Oh, qué situacion más penosa para nuestro Santo! ¡Á qué nueva prueba se expone su virtud! Su alma siente dos distintas impresiones: por una parte, fiel á sus promesas, nada es capaz de hacerle olvidar su cumplimiento; por otra, sin convenir con los sentimientos de aquel á quien, despues de Dios debe su existencia, quiere no disgustarle. ¡Ah! ¡qué recurso le queda? Vuelo postrado en presencia de la Madre de Dios. Tú sabes, Señora, le dice, con cuanto placer de mí alma he hecho el sacrificio de mi virginidad; tú no ignoras con cuanto cuidado guardo esta inestima-

ble joya; no te es desconocido el conflicto en que en estos momentos me hallo; y ¿no he de experimentar tu tierna protección? ¡Ah! Tú, Señora, alcánzame de tu santísimo Hijo esta gracia.

Si, la conseguirás, virtuoso José; mas ¡por qué raro medio! Aquel Señor, que conduce las cosas con suavidad, ha herido gravemente á nuestro Santo, y los síntomas de la enfermedad que padece indican la brevedad de sus dias. Solo hay un medio de alcanzar la salud: propone á su padre consagrarse al servicio del Señor por el ministerio sacerdotal. Consiente aquí gustoso, y se restablece el enfermo contra el pronóstico de los médicos. ¡Oh! Si me fuera dado pódérsle manifestar luego que en cumplimiento de su voto, ha sido elevado al sacerdocio; ¡qué ardor, que aumento no recibe aquel fuego divino que arde en su corazón! ¡Qué mayores quilates no adquieren sus virtudes! ¡Ah! Ved que por ellas, aún no cuenta treinta años de edad, cuando es elegido teólogo y confesor del obispo de Jaca, examinador y director del clero, visitador y vicario general de Trempl. Vol que solo á su raro mérito y extraordinaria virtud podia confiarse aquella grande empresa de visitar y reformar los incultos, bárbaros y desenfrenados pueblos del Pirineo. Su amor y caridad ardiente era la que únicamente podia triunfar de los partidos en que se hallaba dividida la ciudad de Barcelona, sin otras armas que sus exhortaciones, sin otras amenazas que sus súplicas, su oración y rigidos mortificaciones, cuyas victimas no podian ménos de mover al Omnipotente. Pero su humildad no puede tolerar los tan bien merecidos aplausos que le prodigan, y la reputacion que le alcanzaron servicios de tan grandes consecuencias; y esta humildad es la que le determina á abandonar á España. Un impulso de la gracia le mueve interiormente á ello: continuamente le parece oír una voz de la divina Providencia que le conduce á Italia para los más grandiosos fines, y muéstrase decir á ella.

Pero, ¿en qué ocasion se presenta Calasanz en Roma? En el siglo, en que hombres impios dieron principio á su escandalosa apostasia por predicar y escribir contra las indulgencias, y la concluyeron por no reconocer ni Papa, ni tradicion, ni autoridad de Padres y Concilios; ni Purgatorio, ni Misa, ni Sacramentos, ni votos religiosos; ni devocion á los santos, ni culto á sus imágenes; ni veneracion á sus reliquias.... Jamás hubo herejía más universal; mejor diré, usando de la expresion de un orador moderno, la herejía, de aquel siglo fué una asquerosa compilacion y una indigesta raposida de todas las herejías; herejía que inundó la Alemania, la Dinamarca, la Suecia, la Polonia, la Ugría, la Francia, la Prusia, la Inglaterra, países todos

en donde la religión católica apostólica romana había florecido tantos siglos. En todos, ménos en España. ¡Con cuánto gozo lo digo, amada patria mía! yo te felicito por ello.

Se asocia Calasanz á la Congregacion de los Santos Apóstoles, cuyo objeto era buscar y socorrer á los pobres vergonzantes y atribulados; á la de la Doctrina cristiana, ocupada en enseñarla á los niños y adultos; en una palabra, en todos los lugares y corporaciones que tuviesen por objeto la beneficencia, allí hallareis á Calasanz. Su amor todo lo vence. Mas ¿de qué modo lo con qué arte? Yo os lo diré: su virtud no era de un exterior triste, áspero y nada jovial; su trato nada tenía de desabrido. El mismo Dios, para entrar en los corazones de todos, le había dotado de una figura interesante: y de él se verificaba lo que está escrito en los Cantares; que tenía en su lengua la suavidad de la leche y la dulzura de la miel. Copiaba en sí aquel admirable atributo de la divina bondad con que Dios á todos ama y á todos se hace amable, llegando á ser muy particular imitador de la caridad divina. Abrasado su corazón en el fuego de ella, se derretía y acomodaba á todos, tomando todas las figuras; como S. Pablo se hacía todo para todos por ganarlos á todos para Jesucristo.

¡Qué magnánimo y generoso se ostenta con los pobres! Él, antes de partir de su patria, los ha instituido herederos suyos, en tantos establecimientos pios como plantó y dotó suficientemente á costa de sus bienes. Él se constituye médico y enfermero de los dolientes: díjalo Roma cuando, al fin del siglo XVI, se extiende una enfermedad tan maligna y contagiosa, que difundió el terror, el repanto y la miseria por toda ella. Entregado á los atenciones más humildes de los hospitales, en compañía de los grandes varones y patriarcas S. Camilo de Lelis y S. Felipe Neri, vemos á José salir por las calles y plazas en busca de los enfermos, conduciéndolos sobre sus hombros á los asilos de la humanidad doliente, donde se junta toda especie de enfermedades y miserias; donde se ven espectros que horrorizan, cuerpos cubiertos de una sola laga, cadáveres vivientes, hombres sin señal de serlo; donde ve la triste imagen de la muerte, y á donde la caridad guía sus pasos. Á todo asiste, y parece que él solo basta para todos; no piensa en el peligro á que se expone de contrair la enfermedad, con tal que pueda dar algun alivio á los enfermos; quisiera remanir en su propia persona todos los trabajos de sus prójimos para librarlos de tanto padecer; y á imitación del apóstol S. Pablo, siente dentro de su corazón los dolores que los enfermos padecen en el cuerpo, los administra los santos sacramentos, recibe los últimos suspiros, no suspira y se regocia con tal que es-

ne sus almas para Dios. Él obrasado del fuego.... Basta, católicos: veo que me dilato demasiado al presentarosle como ejemplar de santidad por sus virtudes, cuando, en cumplimiento de mi empeño, he de manifestarosle maestro de la verdad, que enseñó á la niñez y juventud por su doctrina.

Los diferentes dones que hay en la Iglesia, están distribuidos entre los diversos miembros que la componen, según la secreta disposición del Espíritu, que inspira en donde quiere, y á cada uno se le ha dado una gracia particular según la medida del don de Jesucristo. Otros fueron llamados para enseñar en el sosiego del retiro, conservando una alma pura y sin mancha; que si se halláran en el siglo verían espirar su inocencia y apagarse su fé: otros al ministerio de la predicacion; resplandeciendo como astros brillantes por la enseñanza de la doctrina en medio de la corrupción del siglo, los que en el desierto caerían en la tibieza y abatimiento... Otros son destinados para evangelizar á los sencillos é ignorantes, que temerán enseñar la ley santa é immaculada del Señor á los príncipes y grandes de la tierra; otros, en fin, se obligaron á ponerse como muros de bronce en defensa de la casa de Israel, y resistir á los embates de las potestades del siglo. Tales son los diferentes varones que, guiados por el espíritu de Dios, formaron las diversas familias, que con sus virtudes y doctrina habian de embellecer el florido jardín de la Iglesia. Destinado por la divina Providencia para fundador de una de aquellas, José de Calasanz, cual águila, se remonta sobre estos encumbrados cerros del Líbano, y escogiendo lo más sobroso y sazonado de su fruto, forma un admirable conjunto de atenciones, para enseñar la virtud y las letras á la niñez y juventud desvalida. Con efecto; las continuas observaciones que había hecho este incansable obrero del Evangelio, le convinieron, inicialmente, de que el principio de donde procedían más generalmente los vicios de los hombres, no es otro que el de la ignorancia de la ley de Dios; conocia por allí la necesidad de acudir al socorro; y exhortado á los padres enviase sus hijos á la escuela, quienes se excusaban por no tener con qué pagar á los maestros. Se condolia de que en Roma hubiese lugar á dar semejante respuesta. Inquieto su corazón caritativo, recurre á toda clase de suplicas y corporaciones con este fin, y aunque aplaudido como laudable, todos se excusaban por falta de medios. Mas ¿qué mucho, Santo mio; si á ti solo, á tu cuidado se ha dejado el pobre? Si, tú eres el protector del huérfano, si no lo dadas; coteja estas divinas palabras, que resuenan en ti interior, con la voz que en España te llamó á Roma, con el sueño en que te viste rodeado de niños, y no consul-

tes más, pues la voluntad de Dios ha sido el constituirle maestro de la verdad para enseñarla á la tierra nueñez.

Nada, pues, le detiene; y sin anuncios pomposos, que prometen lo que no cumplen y efectúan lo que no debieran, sin llamar en su socorro á los grandes y poderosos y sus recomendaciones, para recibir en sus alabanzas y lisonjas el premio de su obra, guiado tan solo del espíritu de Dios, cuya voluntad conoce claramente, pone en ejecución tan grandioso é útil proyecto; abre sus escuelas en la parroquia de Sta. Dorotea, sita en uno de los barrios más necesitados de Roma, dándole nombre de Pías, así por su principal objeto, que es la enseñanza de la piedad y temor de Dios, como porque son instruidos los niños sin interés alguno. Desde la primera semana fué crecido el número de discípulos, á quienes enseñaba á leer, escribir, gramática, retórica y aritmética, proveyéndolos su caridad de cuanto necesitaban; inspirando en los niños, en esas tiernas plantas tan susceptibles de las buenas ó malas impresiones en sus primeros años, el amor á la virtud y el horror al vicio. Esta obra divina, progresando con extraordinaria rapidez, se abre paso por medio de la emulación de los unos, de las columnas de los otros, y de la rabia del Infierno. Es ya tan crecida la multitud que asiste á las escuelas de José, que es preciso llevarlas dentro de la ciudad, y establecer un método de vida entre los individuos de la corporación, que le nombran por su superior; y la santidad de Gregorio XV eleva esta congregación al grado de Religión, concediéndole todas las gracias, privilegios é innumerables que gozan las demás Órdenes religiosas, y dando á ésta el título de: *Clarísimo pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías*. Sería dilatarme demasiado si formara el empeño de describir los prodigios que obra el Señor, por medio de José, para la propagación de tan útilísimo instituto. Vuela por las vecinas provincias el nuevo Orden, y José tiene el placer de verle extendido en Italia, Polonia, Hungría, Bohemia y toda la Alemania. Su alma se siente regocijada en extremo al considerar, que en todas esas naciones dominadas por la herejía, la tierra juventud, objeto de sus caricias, adquiere el conocimiento de las letras humanas, librándolas de esa suerte de las sombras y tinieblas del vicio y del error en que yacían. Este consuelo, este deseo y su humildad le hacen renunciar constantemente las dignidades eclesiásticas: por dos veces el capelo, el arzobispado de Brindis y dos obispados en España; pues aunque virtuoso y hábil maestro de la verdad, quiere serlo en especial de la tierra juventud para ganarla para su Dios.

Para dar el último colorido á este elogio, no faltaba más que re-

presentársle recibiendo la recompensa de los santos, esto es, las persecuciones y las columnas; pero también tuvo el consuelo de experimentarlas. Confieso, hermanos míos, que aquí me rindo al peso y grandeza de mi asunto, pues las que sufrió en los últimos seis años de su vida, nadie, que no estuviere asistido de una fortaleza divina, las hubiera podido resistir: yo no tendría dificultad en manifestárosle como el Job de la nueva ley de gracia, según la bula de su canonización, con solo referir literalmente sus trabajos, pero no fué este mi objeto, y sería abusar de vuestra indulgencia. Solo os diré, que ya el Señor le había preparado una muerte verdaderamente preciosa por ser el fin de sus trabajos, la consumación de la victoria, la puerta de la vida y la entrada á una felicidad perfecta. Ya le había manifestado, en el curso de su enfermedad, en aquellos raptos y éxtasis, los tesoros de la Gloria, justo premio de sus heroicas virtudes y padecimientos; y haciendo correr á su vista aquel torrente de dolencias que inunda la ciudad santa, había dejado sintiese en su corazón estas consoladoras palabras: «Iniego, luego enjugaré tus lágrimas;» mas ahora, invocado el dulce nombre de Jesús y de María en su tránsito feliz, desprendida su alma de las mortales ligaduras, vuela á la celestial Sion, para ser recibido por grande en el reino de los Cielos, conforme á la promesa de Jesucristo en las palabras de mi tema, porque practicó la virtud siendo ejemplar de ella, y la enseñó como maestro de la verdad.

Así debió ser, católicos, porque ya oisteis que el gran patriarca san José de Calasanz, siendo niño, fué obediente á sus padres, dócil á sus maestros, é inocentísimo en sus costumbres; ya joven, retirado, mortificado con asperísimas penitencias, y escrupulosísimo profesor de la honestidad y pureza. Fué un ministro del santuario, humilde y abrasado de una ardentísima caridad; devotísimo de María, padre de los pobres y maestro de la tierra é inocente juventud; fundando un instituto admirable de instrucción pública, muy útil á la sociedad, que tantos frutos de virtud y santidad ha producido á la Iglesia y al Estado. No olvidemos, amados en el Señor, no olvidemos las instrucciones que nos dá S. José de Calasanz, y si nos gloriamos de ser devotos suyos, tratemos de formarnos según sus ejemplos.

Santo glorioso, tomad á vuestro cargo la salvación de los que os dedican estos cultos confiados en vuestra poderosa intercesión, y haced que todos imitemos vuestras virtudes. Negociad con el Dios de las misericordias nuestra bienaventuranza, para que, después de haberle alabado por haberos hecho tan santo en esta vida, le bendigamos y ensalcemos eternamente con vos en la Gloria.

PANEGÍRICO II
DE SAN JOSÉ DE CALASANZ, FUNDADOR.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



Omnia sunt facta sunt, ut omnia facerent auctores.

Me ha hecho todo para todos por salvarlos á todos.

(I. Cor. VII, 22.)

Si es cierto el dicho de un sábio, que «la gloria de los grandes hombres debe siempre medirse por los medios que emplearon para adquirirla;» indudable será igualmente, que la beneficencia es el camino más breve para subir á la cumbre de la gloria. Examinense todas las sendas que á ella conducen, y ninguna encontraremos tan recta y tan breve como el amor sincero y eficaz á nuestros semejantes; que nos impule á proporcionarles el bien posible. Todos los demás caminos son torcidos, escabrosos ó interminables; el hombre en ellos se fatiga, sueña y desmaya á veces antes de ver su término, si ya otras no le conducen á una gloria insubsistente y efímera, brillante, si se quiere, más parecida en un todo al resplandor de un rubí pagado, que apenas se deja ver, desaparece. Mas de esta gloria digamos que no lo es: «¿Quién mejor se concilia y lleva consigo, aun después de su muerte, el recuerdo de la admiración, el respeto y amor de los hombres, que quien emplea sus bienes, sus talentos ó su persona en beneficio de sus semejantes?» ¿Qué héroe más digno de celebridad y memoria que el hombre benéfico? La beneficencia diviniza al hombre. ¿Cuál es la causa de que hoy me escuchéis con tanta atención? Porque deseáis vosotros oír, y debo yo predicar, las glorias de un español ilustre, de un maestro sábio de la niñez, de nuestro compatriota S. José de Calasanz; hombre eminentemente benéfico, heróicamente caritativo, y tan alonto á la felicidad eterna como á la temporal de sus hermanos. La beneficencia, hermanos, entendiendo por esta palabra la caridad ejercitada con el prójimo, se puede revestir

de tantas formas, cuantos son los diferentes bienes de que es capaz el hombre, cuantos son los diversos males de que puede verse amenazado y oprimido. Todos, no obstante, así los males como los bienes, se comprenden dentro de dos círculos: la eternidad y el tiempo. Los bienes y males de la eternidad pertenecen al espíritu; tocan al cuerpo los bienes y males temporales: aquellos miran al hombre que ha de ser en la vida futura; éstos al hombre que es en la vida presente: los primeros le contemplan religioso; los segundos le consideran social. Así, pues, la beneficencia refluye en utilidad de la Iglesia ó del Estado, según los objetos eternos ó temporales que se proponga; y el hombre benéfico, siempre, bajo todo aspecto laudable y digno de gloria, merece bien de la religion ó de la pátria conforme á la clase á que pertenezcan los bienes que dispense, ó los males de que exima á sus semejantes. ¿Qué diremos pues? José de Calasanz, este hombre por excelencia benéfico, ¿de quién mereció mejor? ¿De la Iglesia ó del Estado? ¿Quién debe más á este noble aragonés? ¿La religion ó la sociedad? La obra principal de su beneficencia, las Escuelas Pías, ¿para qué son más adecuadas? ¿Para formar buenos cristianos ó para formar buenos ciudadanos? Hé ahí lo que yo no me atrevo á decir; pero sabrá sin duda hacerlo vuestra madurez y juicio. Me limitaré, pues, á recordaros los bienes espirituales y temporales que José de Calasanz dispuso generoso á la humanidad; vosotros luego determinaréis si debe aclamarse héroe de beneficencia religiosa, ó héroe de beneficencia social. He propuesto: implorad conmigo los auxilios soberanos: A. M.

Quando en un lienzo de muy limitadas dimensiones se pretende representar una historia muy complicada, preciso se hace, ó omitir muchos de los lances en ella ocurridos, ó tocarlos solamente con muy ligeras pinceladas allá á los tejos y entre sombras. De esta suerte me veo yo obligado á proceder en la historia de la beneficencia de Calasanz, bajo cualquiera de los dos aspectos con que debo presentarla. ¿Cómo, si he de hablar de las grandes ventajas espirituales que la Iglesia de Dios recibe de sus escuelas, me he de entretener en los demás actos con que atendió siempre, desde su niñez, á la salvación de las almas, mereciendo ya bien de la religion en sus primeros años? Yo, si, me ocuparía con gusto en pintaros á Calasanz, niño casi balbuciente, conquistando almas para el Cielo en las sencillas y energicas exhortaciones á la virtud, que dirigía á otros sus iguales y á los dependientes y criados de su casa. Yo os le haría ver en Lérida, Valencia y Alcalá, tomando por desahogo para volver á las fatigas

de sus estudios, le instruir en la doctrina de Jesucristo, é inbuir en los preceptos de la cristiana moral á los niños pobres y desvalidos, corrigiendo con la eficaz persuasiva de sus ejemplos, al mismo tiempo que con la gracia de sus palabras, la licencia de costumbres de muchos de sus compañeros, obrando una admirable reforma en la numerosa juventud que cursaba en aquellas universidades. Yo os lo presentaría, condecorado apenas con el sacerdocio, ejerciendo ya los más honoríficos destinos, desempeñando los cargos más espinosos cerca de prelados muy respetables, con grande provecho de las almas y con inmensa utilidad de la Iglesia. Allí, hermanos míos, le viésteis vosotros con suma prudencia reformar el clero de la diócesis de Albarracín, con sumo celo dirigir las Religiosas del mismo obispado, con eficaz asiduidad trabajar en las Cortes de Monzon (año de 1585) para la reforma del Orden de S. Agustín, con el más delicado acierto traer los planes de arreglo, de paz y de concordia del célebre monasterio de Monserrat; con todas estas virtudes á la par, acometer y dar cima á la árdua empresa de corregir y cortar los crímenes y escándalos públicos, comunes, inveterados en la dilatada comarca de Tremp. ¡Qué frutos tan copiosos no recogió la religión del celo, de la sabiduría, de la prudencia y de las fatigas de Calasanz! Pudieran hablar las diócesis de Lórida y de Úrgel, y todas le aclamarían un insigne bienhechor de la Iglesia, un hombre eminentemente benemérito de la religión de Jesucristo. Pero yo, católicos, no puedo detenerme más en estos sucesos. Bien que ellos demuestran los grandes servicios que hizo á la religión este glorioso Patriarca, los inmensos beneficios que á las almas dispensó; bien que ellos por sí solos bastasen para probar, que había ejercitado en grado heroico la beneficencia religiosa, queda aún por describir la empresa principal de su corazón benéfico, la obra grandiosa que acometió su caridad para bien de la Iglesia y de las almas. Si, hermanos míos, José de Calasanz abrió en Roma escuelas públicas gratuitas para la niñez y juventud, sin exclusión ni distinción de condiciones, cuya principal enseñanza es la religión y las buenas costumbres; y, secundariamente, las letras humanas, ó sea sus primeros rudimentos hasta las ciencias exactas, filosóficas y eclesiásticas. Esta es su obra peculiar, esta la especial empresa de su beneficencia; por la que dispuso incalculables bienes al cristianismo y mereció bien de la Iglesia de Dios. ¡Ah! había presenciado Calasanz triste y dolorosamente, los malos imponderables que causaba á la religión la ignorancia de sus sagrados dogmas, de sus altos misterios, de sus preceptos saludables.

Así en España, con motivo de los diferentes empleos que desempeñó, como en Roma, con ocasión de las varias piadosas confraternidades en que se alistó, había visto con sus ojos y palpado con sus manos, que la ignorancia de la religión era el gérmen de iniquidad que pervertía los corazones, fomentaba los vicios, sostenía los abusos, y canonizaba los escándalos. Cuando se disipaba esta ignorancia y le sucedía la instrucción religiosa, había visto reformarse el corazón humano, detenerse el torrente de las pasiones, extirparse el vicio, y brotar naturalmente la virtud. Pero llegaba muy tarde para ininidad de almas esta instrucción saludable. Perecían muchas eternamente victimas casi más que de sus crímenes, de su ignorancia de las verdades cristianas. La religión sufría estos terribles daños con descrédito, los lamentaba con amargura, los procuraba evitar con celo; mas no podía atajarlos como deseaba y convenía. El ánimo, mal formado en un principio, suele hacerse indócil é incorregible. ¡Oh! ¡Cuántas veces, acercándose Calasanz en los hospitales al lecho de los moribundos para prestarles los auxilios espirituales; cuántas, entrando en las cárceles públicas para dar consejos de salud y persuadir el odio al vicio, encontró personas incapaces de recibir los santos sacramentos, ámas que se habían abandonado al crimen por ignorar la religión! No era ya tiempo de inspirarles las altas verdades, de cuyo necesario conocimiento carecían; ó no se prestaban dóciles á recibir la instrucción, cuya falta les había hecho tomar la senda del Infierno.

Abra, pues, Calasanz sus escuelas: enseñe él y sus hijos en ellas con celo infatigable la religión y la piedad; y nacerán las virtudes, florecerá el cristianismo, se alegrará la Iglesia; se librarán de la perdición infinitas almas, y lograrán su eterna felicidad. Católicos; ¿no os parece que tales fueron los frutos que desde su principio produjeron las Escuelas Pías? ¿Doutarías, acaso, que estas prestan un servicio importantísimo á la Iglesia de Dios? ¿Qué formándose en ellas los hombres, desde su primera edad, buenos cristianos, son altamente benéficas á las almas? Yo os presentaré una sola prueba: la persecución cruel que ha declarado y sostenido contra ellas el Infierno. Ya en su nacimiento procuró sofocarlas, intentando la muerte de su fundador; transformado en horrible monstruo un espíritu maligno, le derribó violentamente de una escuela de mano, en que se apoyaba para colocar la campana de las Escuelas. No permitió el Señor se lograse el intento de Satánas; José, aunque gravemente maltratado de la caída, vivió no obstante todavía muchos años, y llevó adelante su benéfica institución, bien á pesar del abismo, que frustrado su pri-

mar proyecto, puso en ejecución cuantos medios pudo inventar su malignidad para destruir una obra, tanto más terrible para él, cuanto más útil era para las almas. Diatribas y calumnias de los extraños, fastidio, desaliento y desercion de muchos de los propios, fueron las primeras baterías con que pretendió arruinar el magnífico edificio; sembró después la discordia, fomentó locas ambiciones, enajenó voluntades de personas influyentes y autorizadas; promovió atropellos increíbles contra el autor del instituto; arrastró, por último, á éste hasta el borde del precipicio. Se gloríaba ya casi de haberlo destruído y aniquilado, tanto era el horror que desde luego contra él concibió; pero la mano de Dios estaba allí. Nó, no pereció la obra de Calasanz, porque era obra de Dios y de su Madre. El Infierno pudo gozarse en ver á Calasanz conducido ignominiosamente á los tribunales; pudo complacerse en presagiar la próxima destruccion de su obra; más no celebrará esta triunfo; se levantarán con gloria las Escuelas Pías, y todo el empeño de Lucifer por aniquilarlas, servirá solo para acrecentar la gloria de Calasanz, y manifestar al mundo cristiano, que ellas son altamente benéficas á las almas; que su autor ha merecido sobranancia bien de la Iglesia con tan grandiosa institución. Y qué, ¿podremos asegurar esto mismo de José de Calasanz con respecto á la sociedad civil? Este hombre, que tantos beneficios dispensó á la Iglesia de Dios, ¿se desentendió de hacerlos al Estado? ¿Fue ménos benemérito de la patria que de la religion?

Quisiera ser breve en esta segunda parte, y no podré serlo con facilidad, porque creen equivocadamente muchos, que un hombre virtuoso, un hombre dado á las prácticas del cristianismo, no puede ser un miembro útil á la sociedad. Este error debe combatirse; los ministros de la religion estamos obligados á hacerlo, y, afortunadamente, Calasanz es suficiente argumento para demostrar lo absurdo de esa calumnia vomitada por la impiedad contra el catolicismo. Por esta razon, aunque he omitido sin escrúpulo muchos de los servicios que prestó á la Iglesia; aunque nada he dicho de su celo por la conversión de los herejes, de su asiduidad en la administracion de los santos sacramentos, de su solícitud en promover la devoción de la santísima Virgen, y las prácticas de piedad, ejercicios que no desatendió en medio de las molestas fatigas del instituto; no puedo resistirme á pasar en silencio casi ninguno de los actos de su beneficencia exterior, de aquellos, quiero decir, que miran á la vida presente y rellejan de un modo material y sensible en el bien de la sociedad. ¡Cuán admirable no fué Calasanz en todas las épocas de su vida en esta beneficencia temporal! ¡Cuántos beneficios no dispensó á los pueblos

su caridad heroica! Hablen Peralta y Urgel, Ontaneda y Claverol, donde estableció de sus propias rentas y su legitima ricas Montes de piedad, que dolasen anualmente á cierto número de doncellas pobres, y distribuyesen dos veces al año grano y dinero á los indigentes y desgraciados. Hablen los hospitales y las cárceles de todas las ciudades en que por algun tiempo residió, donde distribuía largas limosnas á los infelices habilañores de aquellas tristes moradas. Hablen las Hermandades de los Santos Apóstoles, y de las Llagas de S. Francisco, que dedicadas al socorro de los pobres vergonzantes, enfermos y otros atribulados, fueron apenas conocidas por José, cuando tuvieron la dicha de contarle entre sus individuos, y multiplicados motivos de admirar y agradecer su generosidad y desprendimiento. Hable Roma, que experimentó su caridad y largueza, su fortaleza y resolucion en las horribles pestes de 1586 y 1634, y en la asoladora inundacion causada por el Tiber en 1598. Hablen, por fin, cuantos en su tiempo se vieron afligidos y de quienes tuvo noticia José; á todos ellos los amparó y socorrió por cuantos medios y arbitrios estuvieren á su alcance: ¡Oh! cuán benéfico fué para con los hombres este Patriarca! ¡Oh! ¡cuánto debieron los pueblos á Calasanz! Pero no dilatémos más el hablar de sus Escuelas. Descubramos la grandeza imponderable del beneficio que con ellas dispuso á la sociedad; manifestemos cuán bien mereció Calasanz de la patria con la institucion de sus Escuelas. V no penséis, hermanos míos, que pretendo yo ahora hacer su apologia, aunque no fuera esto en mí reprehensible, cuando el mismo Santo la hizo en tiempo oportuno con valiente energia y vasta erudicion. Pero está hecha ya en el ánimo con que las solicitaron y admitieron los pueblos, en el favor que les han dispensado constantemente los primeros poderes del Estado, en el respeto con que las han mirado las revoluciones mismas, que, á manera de torrentes, suelton, sin pensarlo, arrastrar entre sus impetuosas olas los más grandiosos edificios. Así que mi intento es solo elogiar al glorioso Patriarca, por el mérito que contrajo para con los pueblos en la fundacion de sus Escuelas. Efectivamente, con ellas atendió á la felicidad de los particulares, con ellas á la felicidad de los gobiernos. En las Escuelas Pías son admitidos los niños, sin distincion de clases ni condiciones: en ellas se sientan á recibir su instruccion, así el hijo del empleado público, como el del mendigo que pordioseara su mantenimiento. La instruccion que en ellas se dá, está basada sobre el Evangelio de Jesucristo. Hé aqui las dos circunstancias principales de ser tan beneméritos de los pueblos las Escuelas Pías. Con la educacion, que facilitan á las clases infimas y menesterosas, abren el

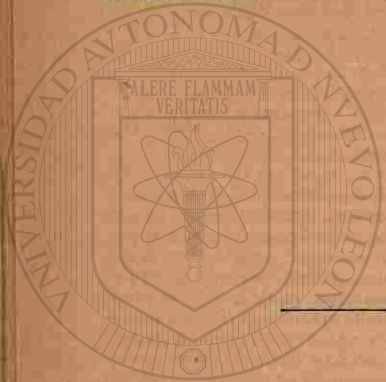
santuario de las ciencias á muchos talentos, que también brotan entre la desnudez y la miseria; rompen el dique de la ignorancia, que se oponía á que saliesen de su estado de abyección, y los sitúan en el camino que los puede conducir á los más elevados y honrosos puestos de la república. De ahí, ¡qué multitud de bienes para los particulares! ¡Cuántos ancianos que, nacidos en la pobreza y gastados sus años robustos en ocupaciones de poca utilidad, hubieran arrastrado una vez por muchos títulos miserable, la lograron medianamente cómoda, sostenidos por los hijos á quienes colocaron en mejor posición las Escuelas Pías! ¡Á cuántas viudas, que lloraban hasta la muerte la desolación en que las habían dejado sus esposos, otorgaron sus lágrimas después los hijos que en las Escuelas Calasanzianas se educaron! ¡Cuántos huérfanos, condenados por su desgracia á depender siempre del favor ajeno ó vender sus servicios á sus semejantes, instruidos por los hijos de Calasanz, hallaron el medio de vivir independientes, y de retribuir tal vez á las piadosas almas que los ampararon en su abandono!

Y la patria, ¿cuántos talentos ha utilizado con adelantamiento de las artes, honor de las ciencias y aumento de la pública riqueza! ¿Y qué diremos de los grandes crimenes de que preserva á los Estados, contribuyendo así á la positiva felicidad de los pueblos, la instrucción religiosa que se da en las Escuelas de Calasanz? ¿Qué es un país imbuido en la ignorancia sino un fago que abunda en reptiles ponzoñosos? Puede afirmarse, que para nada es buena la ignorancia, y á todo perjudicia. Es imposible que salga ninguna luz de las tinieblas, y no se puede andar por entre éstas sin extraviarse. Los siglos más ignorantes y rudos fueron siempre los más viciosos y corrompidos. Ahora bien; desterrada la ignorancia de las clases indigentes, las más predispuestas por su natural condición á precipitarse en los vicios, y á servir de instrumentos para la iniquidad, ¡qué considerable bien no reporta al Estado! ¡De cuánta mayor seguridad podrán gozar en sus haciendas y en sus personas todos los miembros del gran cuerpo político, hallándose imbuidos en el temor santo de Dios los que, por su posición miserable, son más tentados á arrebatarse los bienes y vidas de sus semejantes! ¡No es acaso la rectitud de la conciencia el más poderoso freno de las pasiones? ¿Qué diremos pues? ¿Qué José de Calasanz no ha merecido bien de los pueblos por la institución de sus Escuelas? ¿Qué debe más á Calasanz la Iglesia que el Estado? Vosotros resolveréis: por mi parte creo haber cumplido ya lo que os ofrecí, de proponeros los bienes espirituales y temporales que había dispensado José á la humanidad, para que decidieseis,

si se le debe acallar héroe de beneficencia religiosa, ó héroe de beneficencia social. Sin embargo, ya que al considerar las Escuelas Pías como útiles á la religion, hemos visto á su autor padecer persecuciones, ignominias y arreos con admirable fortaleza, véamosle también al considerarlas útiles á la sociedad en otra situación no ménos interesante, y que explica con un lenguaje elocuentísimo su ansia de servir al bien de los pueblos. Calasanz, ya lo sabéis, dotado de grande ingenio, habla cursado con suma aplicacion la literatura, la filosofía, la sagrada teología, el derecho civil y canónico en las más célebres universidades de España: de casi todas estas facultades habia recibido con aplauso la borla de doctor, y habia manifestado la profundidad de su ciencia en el desempeño de los cargos más espinosos que se le confiaron. Pues bien: este universal y aplaudido doctor, este hombre tan sábio, que hubiera podido leer cualquiera de las facultades mayores en las más concurridas Escuelas; que hubiera podido regir diferentes diócesis de España y de Italia, con que fué convidado; que hubiera podido tomar asiento en las más ilustres asambleas del mundo, en el sacro Colegio de Cardenales; no tuvo empacho ni reparo alguno en sujetarse á reformar el carácter de su letra para enseñar á escribir con perfeccion, cuando pasaba ya de los cuarenta años de su edad; ¡Oh Dios mío! ¡Calasanz, consultor y tédlogo de sapientísimos prelados; Calasanz, vicario general de la diócesis de Urgel; Calasanz, ayo del nepote del eminentísimo Colonna; Calasanz, propuesto por la majestad de Felipe II para el arzobispado de Brindis; formando con robusta mano los primeros trazos de las letras! ¿Y con qué fin? Para servir á la humanidad, para ejercitarse en una obra de pública beneficencia, que le ha de costar inmensos sudores, imponderables fatigas, indecibles trabajos y crueles persecuciones..... Cristianos; no quiero ser más molesto. Hacedis oído ya lo suficiente para resolver con vuestra madurez y juicio la cuestión que en un principio os indiqué. Cualquiera que sea vuestra resolucion, Calasanz resultará siempre un hombre eminentemente benéfico, heroicamente caritativo, y tan atento á la felicidad eterna como á la temporal de sus hermanos! ¡Bendición, gloria y alabanza al noble hijo de España, al insigne bienhechor de la humanidad, al projector de los párvulos, al maestro de la niñez, al preceptor de la juventud, al padre de los huérfanos; á José de Calasanz, que tan altamente mereció de la Iglesia y del Estado! ¡Sea bendita la Religion augusta, la Religion santa, que supo formar su corazon tan benéfico para consuelo de todas las clases de la sociedad!

Santo glorioso, comunica á todos tus hijos tu noble espíritu, para

que imitando tus ejemplos y siguiendo tus pasos, sean como tú beneméritos de la Iglesia y de la patria; y enseñando con celo la religion, la piedad y la virtud, juntamente con las ciencias humanas, formen de todos los niños confiados á su cuidado cristianos perfectos y buenos ciudadanos. Alcázanos tambien á nosotros la gracia de imitar tus ejemplos, para que tengamos la dicha de ser en tu compañía eternamente dichosos.



PANEGÍRICO DEL BEATO JOSÉ ORIOL.

Ordinavit in me charitatem.
Ordenó en mí la caridad.

(CANT. II, 4.)

Cuando voy á formaros el elogio de José Oriol, aturldido al ver en un solo hombre tantas maravillas, virtudes tan heroicas, obras tan raras y efectos tan admirables, no puedo ménos de preguntar sorprendido con los judíos enviados al Precursor, y atónitos de ver un hombre salido de la oscuridad y del desierto, para predicar con tanta energía en todos los pueblos: ¿Quién eres tú? Decidnos vos mismo, ¡oh gran José! ¿Quién sois vos? ¿Quién sois, que así de golpe entráis á la santidad por la parte más alta y heroica? ¿Quién sois, tan poderoso en obras y palabras? ¿Sois acaso Elias? Pues vuestro celo nos recuerda otra vez á este hombre bajado del Cielo; pero no para matar idólatras, sino para convertir obstinados. ¿Sois acaso profeta deparado para unos tiempos calamitosos, para ser la admiración del mundo? Decidnos vos mismo quién sois, para que pueda yo responder á mi auditorio.

Á esta admiración mía, señores, no he sabido encontrar otra salida y otra respuesta, que la que dió la Esposa de los Cantares para dar una idea de tantas maravillas y gracias como se hallaban en ella remidas: *Ordinavit in me charitatem*. Yo soy, parece que dice José Oriol, aquel hombre, en cuyo corazón la misericordia del gran Dios ha depositado con particularidad su amor y caridad, ordenándola de tal manera, que produjese con la más admirable armonía todos sus efectos. Así la caridad de José y sus efectos, principalmente el celo, que es el primero de ellos, os darán el elogio de nuestro Beato.

Espíritu divino, purificad mis labios para que no profieran sino palabras que sean dignas de Vos, bañándolas de vuestra santa unción.

á mayor honra y gloria vuestra y de nuestra inmaculada Madre, á quien decimos con el ángel: *A. M.*

Si el conocimiento de Dios es en el lenguaje bíblico la más consumada justicia, el conocerle y amarle debe constituir la más alta perfección de la criatura racional. No siempre el amor acompaña al conocimiento, aún cuando deba éste ser su verdadera y legítima consecuencia. ¡Cuántas veces el hombre, dotado de una inteligencia clara y capaz de comprender las grandezas de su Criador, se lanza, no obstante, á todos los excesos que le ofenden, y ni aún se cuida del cumplimiento de los más imprescindibles deberes que le impone su profesión de cristiano! Muy lejos de esto, nuestro Beato supo amar á Dios desde que tuvo un ser capaz de vislumbrar, aunque confusamente, la excelencia de aquel soberano objeto. Nace José en Barcelona: sus padres eran pobres, pero juntaban á su honradez el temor santo de Dios; y así, al salir de la infancia, procuraron su educación y le inspiraron la piedad. Desde entónces puede decirse, que empezó á amanecer la aurora de su santidad con los anticipados anuncios, de que había de lucir algún día en el Cielo de la Iglesia astro de primera magnitud, difundiendo sus benéficos influjos en nuestro venturoso suelo. En efecto; las bellas cualidades de su génio, dulce y amable, hermanadas con las buenas prendas de su espíritu, al paso que eran el encanto y hechizo de los que le trataban, le hacían con notoria preferencia recomendable á los demás muchachos de su edad y clase. ¡Qué gusto no sería verle, á pesar de sus pocos años, servir, cual otro Samuel, de monacillo en el templo, cumpliendo exactamente los cargos de su obligación! ¡Qué placer verle cual otro Tobias, dirigirse al altar, para ofrecer á Dios las primicias de su corazón! ¡Qué admiración verle cual otro Daniel, postrado delante al soberano Hacedor y divino dueño sacramentado, meditando las finezas de su amor; y confesando su bondad y misericordia! ¡Qué espectáculo, en fin, digno de Dios, de los ángeles y de los hombres, ver la candidez de la puerilidad unida con la prudencia de la vejez, en el que de antemano se iba disponiendo para el ejercicio de todas las virtudes! ¡Oh gran Dios, qué admirable sois con vuestros santos!

Pero, ¡qué confusión para vosotros, oh padres de familia, los que vivís descuidados ó poco solícitos de la educación de vuestros hijos, á quienes, sin atender á su mayor bien, permitís corran precipitados por los senderos de la perdición! Vendrá el día, en que se os pida estrecha cuenta de vuestro criminal descuido é indolencia.

José puso su mayor conato en conservar lozana la azucena de su

castidad. Constándole que no hay castidad sin buenas obras, ni obras buenas sin castidad, se porta muy recatado y prevenido en el trato con las mujeres. Y aunque alguna vez le pruebe el fuego de la tribulación, el Cielo mismo sale en su defensa con la inaudita maravilla, de extender José la mano sobre áscuas muy encendidas y sacarla sin lesión alguna. Con todo, no fiándose de sí propio, porque conoce la flaqueza humana y los continuos peligros que la rodean, procura castigar su cuerpo y reducirlo á la esclavitud. Y para esto, ¿de qué medios no se vale su ingenio á fin de despojarse del hombre viejo, y revestirse del nuevo en Jesucristo? ¡Ah! Como si fuera un grande pecador, como si su vida hubiera sido disipada por el vicio, del mismo modo se conduce en su rigurosa mortificación y penitencia. Las sociedades del Egipto y de la Tebaida no nos presentan más rigores en los Antonios, Pacomios é Hilariones, que los que dentro nuestros muros vieron los barceloneses con pismo y admiración. Ceñido su cuerpo con cilicios de hierro, azotado con ásperas disciplinas, postrado por muchas horas en el suelo en los fervores de la oración, y reclinado para tomar un breve descanso sobre desnudas tablas y una dura piedra; hé ahí el retrato de este penitente en quien no se conoce culpa particular, y que, émulo además de aquellos anacoretas, si no les excede, á lo ménos les iguala en la abstinencia y frugalidad.

Sentado en cierta ocasión á la mesa, una mano invisible le retira por tres repetidas veces el manjar apetecido. Los que se hallan allí presentes emudecen, sorprendidos de la novedad de tan extraordinario prodigio. Pero José, aunque parado en descifrar el misterio, conoce al punto que el Señor le llama por aquel medio á emprender otro género de vida, en que sirva en particular de eficaz ejemplo á sus amados barceloneses. Vosotros, pues, le veréis ya sin más dilación ni demora, obedecer fiel á los llamamientos del Cielo. Vosotros le veréis comer solo y retirado, tomando un poco de pan y agua una vez al día, y añadiendo solo en algunas festividades el plato de unas escasas yerbas, dispuestas sin el menor condimento. Puede decirse con toda verdad, que desde aquel instante fué su vida un perpetuo, riguroso ayuno, al que supo despues dar mayor realce y perfección.

Despues que José empezó la grande obra de su santificación sobre los cimientos sólidos de aquellas virtudes, ¿en qué otra cosa puso tanta solicitud y esmero, como en procurar la santificación del prójimo, y con ella promover la mayor gloria del Señor? Es constante y sabido, que lejos de haberle salido frustrados en tan amoroso empeño sus incessantes tareas y desvelos, logró verlos con indecible gozo

complidos. No es ménos notoria la loable y sincera emulacion con que muchos emprendieron el acreditarle su tierno afecto, veneracion y respeto. Atraidos del buen olor de su santidad, sorprendidos de la agradable fragancia de sus virtudes, y plenamente satisfechos de sus suaves y dulces frutos, ¿qué no haria su fineza para perpetuar su memoria? Le aclamaron, pues, desde sus primeros virtuosos ejercicios, con una voz general, por santo; grabaron su nombre en sus corazones, y calificaron su mérito con la gloria del verdadero honor.

Empero, ¡cuán ingeniosa y discreta, amados hijos míos, cuán prevenida no fué siempre la conducta de José, del modesto y humilde José! Por más que él se hallase en medio del delicado contraste de procurar la mayor gloria del Señor y de conciliarle otra gloria su virtud, hecho superior á sí mismo, y sin faltar á tan honesta y útil ocupacion, no se desvaneció con el incienso del aplauso, que á manos llenas le predigaba el agradecimiento. Por el contrario; él supo sacar de ahí un nuevo motivo de humillacion, altamente convencido, de que así como su pequeñez debia postrarse en el acatamiento de un Dios grande y magnífico, del mismo modo habia de tributarle su gloria en respeto á la que le corresponde como á supremo Rey sobre la tierra, y Dios grande sobre los Cielos, en su elevado trono. Así que, estimándose por polvo y ceniza y por un vil gusano, logró oportunamente conseguir, que cuanto más se abatiese con el desprecio de sí mismo, tanto más se levantase sobre el comun aprecio y estimacion; ensalzándole de un modo glorioso y honorífico la virtud, que con ser su premio, y rodeada de su honor, conduce á un tiempo á la cumbre del honor y de la gloria. Y si el justo, en expresion del Salmista, se regocija y gloria en el Señor con complacencia en la recitidad de su corazon, ¡con qué más relevante motivo no deberia complacerse José en la divina verdad, ya que habiendo alcanzado una gloria que rendia en honor de su Dios, juntamente habia merecido un honor que daba á Dios toda la gloria!

Animado del más inflamado deseo de poseer el sumo bien, corre con agigantados pasos, y se adelanta en la perfeccion, apenas se mira decorado con la dignidad de sacerdote. En un estado, en que los ángeles se reputarian por dichosos de tener el poder de Dios en sí vinculado, y á cuya singular prerogativa se muestra él fiel y obsesivo; en un estado, en que debe resplandecer la luz de la buena doctrina y la antorcha de una vida ejemplar; en un estado, en fin, en que rone las cualidades de padre y maestro, el que por su integridad debe ser sal que preserve de la corrupcion del vicio y del pecado; ¡qué abundante cosecha no promete en la viña de la Iglesia este

nuevo obrero inspirado por el Padre de familia! ¡Y qué frutos no deben igualmente esperarse del que como árbol, plantado á la orilla de las corrientes del Paraiso, empezó á dar flores y frutos, plantado como cedro en los atrios del Señor! Barcelona, la dichosa Barcelona, los vió, los cogió, y se saboreó en ellos con gusto y provecho. Sus moradores, que fueron abonados testigos de su vida pública, no ignoraron algunas particularidades de su vida privada. Ellos supieron, que, engolfado en las suaves consolaciones de su espiritin, se escondia cual humilde tortolilla en su nido, huyendo á la soledad de su escondido albergue. Ellos supieron, que, por un raro prodigio, no contento de haber sido por espacio de veinte y cinco años un Bautista en la mortificacion y penitencia, pasó toda una cuaresma sin otro alimento que la Eucaristia. Ellos supieron sus arrebatos, sus maceraciones y los fuertes combates con el maligno, de los cuales salia muchas veces con las señales del vencimiento. Ellos supieron.... Pero ¿qué más pudieron ellos sondear de su vida privada, si la tenia José en parte escondida en Jesucristo? Mas poco importa que el justo escondá en cuanto puede su virtud, cuando el Cielo la manifiesta. Por una adorable divina disposicion, era José destinado á continuar sus tareas y trabajos apostólicos en esta su amada ciudad; y aunque, llevado de su celo, se dirigiese á la metropoli del orbe cristiano, para pasar de allí á predicar el Evangelio en los paises bárbaros, donde apenas era conocido, le fué preciso volverse por mandato de la Soberana Señora, que en Marsella le honró con su presencia, llenándole con el restablecimiento de su salud de inexplicable gozo y alegría. Aquí pues, dentro el pátrio recinto, se le abre un dilatado campo, en que lucha atalid valerosa con seguridad del triunfo y del merecido premio. Aquí es donde convence la impiedad del mundo, destruye los ardidés de Satanás, y hurta los lisonjeros atractivos de la carne. Aquí es donde sigue las pisadas del divino Maestro de ser todo para todos, y de enseñar más que con la palabra, con el ejemplo. Un conjunto de virtudes sublimes, que rara vez aparecen entre el tráfigo, confusion y bullicio de populosas ciudades, forma luego la admiracion y aplauso de Barcelona.

Reproduzcamos, amados oyentes míos, aquellos remotos pasados tiempos, observadores de su apostólico ministerio; pero ántes, con arreglado método, examinemos el modo con que atiende en adelante al negocio de su santificacion. Figúrese un hombre dotado de abundantes ilustraciones, que pone su cuidado en agrandar á su Dios, y que anda de virtud en virtud, disponiendo su corazon en el lugar que escoge para esclarecerle. ¿Qué puntual diseño de nuestro José,

al tiempo que en Barcelona se dedica en bañar á su alma con las luces que espárese de su virtud y santidad? José, conocido de todos por humildad, piadoso, austero, casto, penitente, y por la oracion que ofrece al Señor desde su primera edad, es el que se adelanta en procurarse en toda ocasion familiar y siempre presente. El no puede dejar de tenerle fijo en su mente, porque le sigue y acompaña por medio de la oracion. Si tiene que celebrar el santo sacrificio de la misa, se prepara á los por tres cuartos de hora; y despues emplea media en dar al Señor las debidas gracias. Si reside en el coro, ¡qué modesto! ¡qué atento! ¡qué circunspecto! Si concluido el rezo se pone arrodillado delante del divino Sacramento, ¡qué extático! ¡qué recogido! ¡qué inflamado su rostro! Unas veces se eleva cual águila generosa á contemplar las divinas grandezas; otras se para en los atributos en que resplandece más la gloria del Excelsio; otras veces medita sobre los misterios de la creación, de la redencion del hombre, su regeneracion por el bautismo, y su reconciliacion por la gracia; sacando el fruto de su firme adhesion á esta y otras católicas verdades, que abiertamente cree, y en cuya defensa, si fuese diablic, daría toda su sangre. De este su continuo ejercicio de la oracion, nace aquel sereno semblante, aquella su tranquilidad y exterior alegría, indicio de la paz interior y gozo de su alma. La oracion es la que con poderoso atractivo lo conduce á la casa propia de la Oracion, donde parece que giro Felipe Neri retrata al vivo su espíritu, derramando copiosa semilla de ejemplar virtud. En una palabra, la oracion es la que difundida en su seno, le excita la llama que arde en amor de Dios, con las mismas ansias con que la Esposa de los Cantares andaba suspirando por su amado. ¡Qué no pueda ya ahora dolerme, y mucho ménos dilatarme en hablar de este amor por la estrechez del tiempo y sogno lo tiene establecido la costumbre del día! ¡Qué no pueda yo hacer presentos sus soliloquios, sus transportes, sus revelaciones, sus secretos, y los enlaces de su intima union y amistad con Dios! ¡Qué no pueda yo describir las aventuras que de continuo recibia de la perenne fuente de vida, salud y amor! A lo ménos séame concedido decir, que fué un amor puro, fraguado en la oracion, por la que rogaba él siempre amando, y amaba rogando á su Dios. Y como le constase que el Señor exige ser amado por sola su bondad, aborrecia otros amores, estrechándose más y más por la oracion con los vinculos de tan perfecto y casto amor.

Cristianos, por el amor que debéis á este mismo Dios, examinad allá en el fondo de vuestro corazon, si habeis cumplido con la promesa que le hicisteis por el bautismo de serle fieles, y de renunciar

á las pompas del comun enemigo. ¡Ah! yo me temo mucho de vuestra infidelidad, y que, seducidos del amor á los gustos y placeres de Babilania, habeis quizá por ellos abandonado las delicias de Sion. Poned en cotejo el amor del mundo con el amor de Dios, y vereis, que aquí, sin poder satisfacer el apetito, deja vacío el corazon, y que en el regazo del gasto se mezcla el disgusto y pesar; cuando por éste, lejos de experimentarse desazon, amargura ni disgusto, se prueba en el seno de la virtud, con dulce, bueno y suave es el Señor. Esta verdad la tenéis evidente en la vida de los santos. Temed, pues, que el mismo que ahora os llama y convida á la reforma de vuestras costumbres excitándoos al divino amor, no sea algun dia el fiscal que os acusa ánte el inexorable juez. Pero ya, amados oyentes míos, parece que llaman nuestra atencion los rápidos progresos que hace José en la ciencia de los santos, con conocido adelantamiento en su propia santificacion y en la ajena. En este tan laborioso ejercicio, que no interrumpen sus donas atareados desvelos, campa y sobresale aquel su fervoroso é incomparable celo, nueva llama del volcán de su caridad, que siendo menor en la intension por la diversidad de sus acciones, ó más bien de otras tantas centellas con que se comunica, es mayor en la extension por los muchos objetos que abraza.

No lo dudeis; pues José, á impulso de dicho celo, animado por la caridad y agraciado con singulárrimos dones por la benéfica mano del Omnipotente; ora se presenta á manera de un celestial médico, que trae el remedio, consuelo y alivio á Barcelona; ora de un celosísimo apóstol, que trabaja infatigable en su santificacion; esmerándose en ambos cargos con tan feliz éxito, que las enfermedades, crueles azotes de la villa, desaparecen al imperio de su voz; que los pecadores, primer blanco de sus pláticas y exhortaciones, se amedrentan, se enmiendan y hacen patente su conversion, huyendo del vicio como de la muerte, del pecado como de la cara de una y ennegrosa sierpe, y abrazando la amable virtud. Os parecerá tal vez, amados oyentes míos, ser sobremedera ponderado lo que os digo; más por lo que mira al poder grande que distingue á tan esclarecido Tau-máturgo, puedo aseguraros, que en lugar de encarcelarle me quedo todavia corto, excediendo él á todo encarcamiento. Trasladaos sinó con la imaginacion al lugar santo, que es la piscina donde tantos ván á restablecer su salud. ¡Qué prodigio! Á todas horas le buscan las gentes y encuentran el remedio en sus males, con solo hacer José la cruz en la frente de los dolientes, y profetir el nombre de la beatísima Trinidad. Los ciegos ven, los sordos oyen, los mudos hablan, los cojos andán y los paralíticos quedan sanos. ¡Templo santo,

que fuiste el teatro donde se obraron tan grandes maravillas! tú me infundes un superior respeto, que no puedo bien explicar, por la dicha de haber sido consagrado por el ministerio apostólico de tu humilde beneficiado, que en tí adelantó su mérito con inmortal gloria y honor.

Pero no nos detengamos, si queremos atenderle en otros lugares, á donde le lleva su celo para ejercitar su bien ordenada caridad. Abrasado siempre de una sed ardiente de procurar el alivio posible y útilidad de sus hermanos, busca oportunas ocasiones en que pueda verificarlo con los miseros y desvalidos. En los hospitales, en aquellas moradas tristes en que se oyen continuos lamentos de los que yacen postrados en el lecho del dolor, es donde tambien acude y se advierte ocupado nuestro Beato. Allí se condeula de sus males, los anima á tolerarlos con paciencia, y les enseña á ofrecerlos al Señor, llegando á tan alto grado su caridad, que muchas veces chupa la podre de sus llagas ántes de curarlas. En las cárceles visita los presos, y les persuade á conformarse con el destino á que les han traído sus delitos, y á ser en adelante ciudadanos honestos y útiles á su patria. En la casa de la Misericordia se explaya con la misericordia y consolacion. En el asilo de los pobres, considera en cada uno de ellos una perfecta imagen de Jesús, que vivió pobre y murió desnudo en una cruz. Siendo los pobres sus más allegados, les trata como hermanos; y como acostumbrado á expender con ellos las limosnas que alcanza, en términos de despojarse alguna vez de sus propios vestidos para cubrir su desnudez y miseria, llega hasta el punto de desprenderse del poco dinero que lleva, haciéndose voluntariamente pobre para ser rico con los bienes y riquezas que nunca le han de faltar. ¡Qué más! Busca él mismo á los pobres por la ciudad y les socorre, sin esperar á que le pidan lo que les tiene guardado en el archivo de su caridad, sucediendo en cierta ocasion, y en hora muy adelantada de la noche, andar cuidadoso en busca de alguno con quien repartir un real de plata, que por descuido habia quedado en su poder.

Y el que tan liberal y benéfico se porta en socorrer las necesidades corporales, ¿por ventura lo ha de acreditar ménos en socorrer las espirituales? Absorto mi ánimo se imagina con dulce placer contemplarle, particularmente al tiempo que se dedica á procurar la reconciliacion y salvacion de las almas. Engolfado en este amoroso ministerio, yo le descubro semejante al buen pastor que corre tras la oveja perdida, y no descansa hasta haberla recogido en su aprisco. Con estas mismas ansias se afana él y fatiga en busca de los pe-

cadores, ovejas perdidas y descarriadas del divino rebaño. Mas, ¡con qué alegría y gozo de su corazón, no rebosa su semblante, apenas tiene la venturosa suerte de encontrarlas! Y; con qué amor y cariño no les habla y amonesta! ¡Ah! cual otro Nathán, les reprende sus públicos deslices, dándoles en rostro con el inminente peligro de condenarse, y con la inevitable infelicidad, si no dejan sus desvios, de perder la felicidad eterna. Las dos famosas conversiones que pueden muy bien llamarse los más señalados triunfos, que entre otros alcanzó de des pisanos mal andantes caballeros, serán un eterno monumento de su celo, al paso que nos dan una convincente prueba de esta verdad. Cuando el vicio llevaba arrastrando á los miserables con acelerados pasos á su ruina, guiado José por la luz de un superior conocimiento, y sin que pudiesen contenerle ni lo arriesgado de la empresa, ni el menor humano respeto, se les presenta oportunamente, les descubre y afea sus premeditados torpes intentos; y como órgano fiel de aquella voz que derriba los altos cedros, corta la voráz llama y hace estremecer el desierto, consigue ¡oh singular prodigio de la divina gracia! que aborreciendo ellos la culpa, den luego con la penitencia el gozo grande que dice Jesucristo ha de haber en el Cielo por la conversion de un pecador.

Ahora, pues, amados oyentes míos, á vista de tan gloriosos y felices hechos, ¿no me diréis si può hallarse un celo más ardiente y una caridad más encendida, que el celo y caridad de José? Y por lo mismo, ¿no sería ya este laborioso é incansable ministro del santuario muy digno de la remuneracion concedida al siervo bueno y fiel, de entrar en el gozo de su Señor? Aquel Señor, que con ser fiel en sus promesas dá á cada uno segun sus obras la retribucion, no quiso diferirla por más tiempo con su querido siervo. Inclínadose, pues, benigno á satisfacerle el inflamado deseo que tenía con el Apóstol de deshacerse de su cuerpo, cambió su pasajera mansion con el descanso en los eternos tabernáculos. Pasó pues José Oriol de una vida frágil y perecedera á una inmortal vida, acompañado de su inseparable mérito. Y puesto que se habia mostrado tan conforme á la imagen del divino Redentor, fué muy propio le fuese parecido, cual inmolada víctima de caridad, en aquel su último tránsito, que si no lo causaron en un tofo, lo aceleraron á lo ménos los fuertes golpes con que poco ántes le habia apaleado Satanás; verificándose así, que á quien supo subir por la senda de la tribulacion á la cumbre de la santidad, le fué debido el glorioso ornamento de un con-digno y sublime galardón.

Hermanos míos, nosotros podemos lisonjearnos de ser sus devo-

tos paisanos; después que hemos oído la solicitud y cuidado con que procuró su santificación y la de su prójimo, ¿qué no deberíamos practicar para imitarle, que es el principal fin á que debe atender el cristiano en la festividad de los santos? Y siendo este el espíritu que anima á nuestra madre la Iglesia, no le corresponderíamos como buenos hijos, si nos portásemos tibios é indiferentes, y si, lejos de adoptarlo, le pospusiéramos tal vez al espíritu del siglo, prefiriendo sus máximas de corrupción á los modelos que aquélla nos propone en José de tan notoria utilidad.

A vos pues, oh Beato José, que eternamente feliz morador en la región de los vivientes, exigié de nosotros el culto que en este día os tributamos humildes y reverentes á vuestro elevado mérito, con la más firme confianza acudimos ahora á implorar la protección que tantas veces nos habeis dispensado. Haced que este pueblo siga las pisadas de vuestras virtudes, que esté sea el fruto que coja en su buen crédito y provecho, sin hacer caso de lo que no contribuya al interés único de su salvación. Esta es la principal gracia que os pedimos nos alcancéis del Todopoderoso, para que podamos algún día acompañaros en el descanso de la gloria. *Amen.*

PANEGRÍCO I DE SAN JUAN BAUTISTA.

Joannes est nomen ejus.

Juan Bautista es su nombre.

(Luc. 1, 63.)

El nombre solamente de algunos hombres forma su elogio. En vano nos valdríamos de los más ingeniosos rodeos de la elocuencia para manifestar lo que han sido y lo que han hecho, y fuera inútil estudiar el modo de producirse, para dar á conocer con una brillante idea la grandeza de sus acciones y el resplandor de sus virtudes. Esto sería estar dibujando siempre su retrato y no acabarlo jamás. Comunmente se cree, aumentar la gloria de los héroes que se celebran haciendo una pomposa descripción de sus maravillas; pero el elogio, cuanto más natural, hace más sublime la idea. Pronunciar su nombre, es acabar su panegírico.

No haya miedo, pues, de que yo os diga, hermanos míos, que el Precursor del Mesías se representa hoy como un profeta de la Judea; un hijo, que es el esplendor de los santos, la alegría de los ángeles, el silencio de los profetas y la voz de los apóstoles; un hijo, que creían ser un Dios, si él mismo no declarase que era un hombre. Yo me aparto de todos estos títulos, ó por decirlo mejor, los junto todos. El nombre de este niño es el de Juan Bautista.

En efecto; ¡cuántos prodigios me representa este nombre! Él me excita á la memoria la inocencia y la autoridad de José; la fé y el poder de Moisés; el celo y la piedad de Elías; y me representa, en fin, los privilegios más admirables y las más heroicas virtudes.

Los privilegios de Juan Bautista son los que forman su gloria: *Punto primero.*

La fidelidad con que Juan Bautista corresponde á sus privilegios forma su mérito: *Punto segundo.* Pidamos ántes los auxilios de la gracia: *A. M.*

En las sagradas Escrituras es donde busco los privilegios, que, al mismo tiempo que distinguen á Juan Bautista, forman su gloria. Privilegio en el acontecimiento de un nacimiento milagroso; privilegio en el conocimiento de los misterios más ocultos; y privilegio, en fin, en el testimonio que Jesucristo le dá. El primer privilegio de Juan Bautista es el de su milagroso nacimiento. Si es cierto, que éste es un presagio de lo que se ha de llegar á ser algun día, y de que por la grandeza presente se nos permite juzgar de la futura: ¿qué consecuencias tan prodigiosas son las que nos anuncian las primeras maravillas que precedieron y acompañaron á su nacimiento? Hagan en buen hora ostentacion de su nobleza los hijos de los príncipes, y alaben la sangre de que proceden, que Juan Bautista tiene más gloriosas ventajas. Los hijos de aquéllos nacen entre el oro y la púrpura: el resplandor que les rodea dá á entender, el papel tan grande que muy en breve han de hacer en el teatro del mundo. Las alabanzas les buscan, y el respeto; se les anticipa, los placeres y diversiones les esperan. El pueblo les contempla felices, porque parecen serlo. Pero ¿lo son? Nada ménos que eso. En medio de su mayor gloria, se levanta una espesa nube que oscurece su lustre; é hijos, como nosotros, de un padre prevaricador, ni aún un trono les libra de la desgracia. Ellos bien pueden ser virtuosos por inclinacion, pero tambien son culpables como nosotros por castigo: ni no son grandes á la vista del mundo, cuando ya son criminales á los ojos de Dios. No sucede así con Juan Bautista. Ninguna cosa se opone á su gloria. Los primeros dias de su vida son unos dias de claridad. Apenas abre los ojos á la luz, cuando cierra el corazón al vicio. Su nacimiento es la destruccion del crimen y el triunfo de la virtud. Aún diré más: estaba muerto al pecado antes de vivir en el mundo. Aún no habia formado la naturaleza un hombre y ya habia hecho un santo la gracia. Es un nuevo Jeremías, á quien llama el Señor desde el vientre de su madre; pero superior á aquel profeta, corresponde á la voz que le llama. Aún no podia pronunciar con su lengua las palabras, y ya se hacia entender por medio de señales.

Al privilegio de un milagroso nacimiento se añade el conocimiento de los más ocultos misterios. San Bernardo le distingue con esta bella señal: Juan Bautista es el primero que tuvo un completo conocimiento del Reino celestial. Antes de él habian recibido los hombres insignes favores de Dios; pero el conocimiento del Reino celestial, no se les concedió sino imperfectamente á sus débiles luces. ¿Qué hombres fueron tan grandes Moisés, Josué y Elias! Todo lo podian: todo lo conocian; pero ellos ignoraron lo que fuese el Reino cele-

tial, ó por lo ménos, no nos lo dieron á entender. Pero ¿qué digo yo? Desde el principio del mundo busco y no encuentro, entre los juecos, profetas y patriarcas, uno solo que hubiese hecho mención de este misterio antes de Juan Bautista. Todo mi trabajo acerca de este punto ha sido en vano. Juan Bautista fué el primero que lo conoció y lo dió á conocer. El primero que hizo oír aquellas magníficas y consoladoras palabras: haced penitencia, porque el Reino de los cielos se acerca. Aquel Dios, á quien no conocéis, y está ya en medio de vosotros, es un Dios de paz y de misericordia.

Si la suerte de Juan Bautista os ha parecido hasta aquí tan gloriosa: ¿cuánto mejor os parecerán los conocimientos que ninguno otro ha tenido para sobrepajar á los doctores de la ley antigua, instruir á los de la nueva, y, al mismo tiempo que era hombre, penetrar hasta la divinidad? Si: hasta la divinidad penetré. ¿Qué cosa hubo en Dios tan oculta y tan secreta, que no entendiese y explicase? Como más ilustrado y mejor instruido que los apóstoles, no mira él á Jesucristo como un conquistador de la tierra, sino que le mira y nos le anuncia como Hijo de Dios y Dios mismo, como eterno y nacido en tiempo, como impecable y cargado con los pecados de los hombres. Pero lo que llama de nuevo mi atencion es la particularidad, de haber sido un verdadero misterio en la religion cristiana. Él encierra en sí todos los demás que hay en ella. Los profetas le conocieron ya, cuando á los hombres no se les habia concedido esta gracia, y, sin embargo, le conocieron imperfectamente. Los cristianos le reverencian y no pueden comprenderle. Cuanto más procuran descubrirle, más oscuro é impenetrable les parece. Este es un laberinto en donde la razon se pierde, si la fé no la ilumina. Juan Bautista es el primero para quien este misterio parece deja de serlo. Este abismo de tinieblas, en donde se pierde y confunde el entendimiento humano, se le presenta claro y sensible. Á mi se me figura que vuestro espíritu os conduce ya á las riberas del Jordán. Ya os parecerá que estais viendo al Hijo de Dios á los piés de Juan Bautista: pero ¿qué espectáculo! Aquel Padre celestial despidió su voz diciendo: Vení ahí, ahí tenéis á mi Hijo querido: ese Hijo es el único objeto de mis complacencias. El Espíritu Santo descendió en figura de paloma... ¡Qué conocimientos! ¡Qué favores! ¡Ah! concebí, pues, lo que yo no puedo explicar: las palabras faltan á los conceptos. Un hombre bautiza á un Dios; y este hombre ve y conoce lo más secreto y lo más misterioso que hay en el órden de la gracia. Yo aseguro, que aún cuando hubiese hecho el elogio de muchos santos, no habria comenzado aún el de Juan Bautista. Para hacer dignamente el de su gloria, es

preciso servirme de las palabras del mismo Jesucristo. Este Señor, pues, le dá el testimonio ménos equívoco y más glorioso.

El tener de su parte la aprobacion de los hombres, es una ventaja que no siempre la produce el mérito. Los hombres se pueden engañar en el juicio que forman de los demás. Muchas veces sucede, que al ménos acreedor es el que tiene más panegiristas. No sucede lo propio con el testimonio que dá Jesucristo, porque la grandeza de la virtud gobierna siempre la de sus elogios. ¿Qué elogio, ni qué parecer más sincero y glorioso que el de la misma Verdad? Vosotros habéis estado en el desierto, decia el Salvador del mundo á los pueblos que le seguian, y habéis visto á Juan Bautista. ¿Corresponde su virtud á su reputacion? ¿Es acaso alguna débil planta á la cual un ligero viento agita y tuerce? ¿Un hombre semejante á aquellos á quienes tiranizan las pasiones, y se sepultan cobardemente en el centro de una vergonzosa ociosidad? ¿Cuántas son las maravillas que os han admirado? ¿Encontrareis acaso algún profeta como él? Por más grande que sea vuestra idea, nunca corresponderá al mérito de Juan Bautista. Este es superior á los profetas por la excelencia de su vocacion, por la singularidad de su ministerio, por la excelencia de sus virtudes, y por mil circunstancias que tiene y ningún otro las posee. Si, superior á los profetas. Pero aún digo poco: entre los hombres no hay ninguno que pueda ser comparado con él. La gloria que los otros tienen repartida entre sí, se halla reunida en él solo. ¿Qué gloria la de haber tenido á Jesucristo por panegirista! ¿Qué mérito el de haberse hecho digno de ello! La fidelidad con que Juan Bautista corresponde á sus privilegios, es la parte que nos resta.

Para corresponder Juan Bautista á sus privilegios, era menester que fuese un ejemplo de humildad, de celo y de constancia. Por su humildad, corresponde al milagro de su nacimiento: por su celo, á la extension de sus conocimientos; y por su constancia á los testimonios que le dió Jesucristo. Yo, desde luego, establezco su mérito sobre la humildad más profunda. Attendamos á sus primeros días, y veremos, que como superior á las flaquezas de la infancia y dueño de su corazón, sin conocer aún los primeros movimientos de él, se excelsa á su razon, triunfa de la naturaleza, y se forma y ejecuta el más heroico designio. El huir del mundo por necesidad, despues de haberse unido á él por flaqueza, es muchas veces una ambicion reñada. Se toma la mascarilla de la virtud por la virtud misma. La conducta de Juan Bautista me representa otra escena muy diversa. El dejar al mundo, ménos es por olvidarle que por no conocerle: ménos por evitar la persecucion, que por apartarse de los honores. En

efecto; sigámosle entre los horrores de su desierto. La humildad es la que le condujo á él, y la que le sostiene. En su penitencia hay un mérito mayor y más puro que el de la penitencia misma. Por más libre y austera que pueda ser, no me admira tantó como la humildad que le acompaña. La humildad que le quita del trato y conocimiento de los hombres, le dá un mérito cuyo precio solamente Dios conoce. Pero, cuanto más ingeniosa es la humildad para violentarse, otro tanto más atentos son los hombres para descubrirla. El nombre de Juan Bautista se perebió hasta en la oscuridad de su desierto. En las montañas de Judea resonaban ya sus alabanzas. Sus virtudes admiraban á la Sinagoga. Y se persuadian de que era el Mesias prometido á Israel. Para informarse por él mismo de todo esto, se disputaron los mayores personajes que habia en aquel tiempo. ¿Cuán dificultoso es el que permanezca la virtud á vista de unas señales tan lisonjeras! Juan Bautista no tiene más que hablar, porque, como árbitro de su suerte, solo su palabra basta para ensartarle al colmo de la gloria. En el concepto de los hombres era tenido por un Dios, y en boca de Dios era el más grande de los hombres. Pero ¿qué es lo que le dá la humildad? Decir que no era el Mesias, era hacer justicia á la verdad. Yo no tendré por virtud el haber desengañado á los pueblos crédulos. Mas tanearse uno por ménos de lo que es, despreñarse, abatirse y anonadarse, por decirlo así, en el sentimiento de su humildad, esto es un prodigio, y lo que justamente admiro yo en Juan Bautista.

Juan Bautista debia ser admirable en su celo, despues de haber sido singular en su humildad. ¿Cómo estaba, pues, la Judea cuando se propuso reformarla? Gozaba de una profunda paz, como que estaba sometida á las leyes de los Césares. Pero una paz como aquella no viene á ser otra cosa, muchas veces, que un profundo origen de vicios y de desdichas. La depravacion de las costumbres era general por toda ella. Ignorancia en los unos y supersticion en los otros. El pueblo grosero se empeñaba en el mal, porque no conocia el bien. Los grandes se habian hecho afeñados y lujuriosos, entregándose con otra tanta mayor libertad á sus pasiones en cuanto no habia ninguno que los repreñiese. ¿Qué remedio, pues, para tantos males? El celo de Juan Bautista: celo vehemente y lleno de fuerza, que persuade y atrae hácia sí á cuantos lo oyen; y celo, en fin, lleno de amor divino, que empeña y arrastra á todos los pueblos al desierto. Apénas se oye la voz de Juan Bautista, cuando ván con precipitacion á ponerse bajo el yugo de su obediencia. Nadie se puede resistir á sus órdenes, y se procura estudiar su voluntad. Por la conversion de los

pueblos se vió precisado á presentarse en la córte. Aquella, donde entonces residia Herodes, era más bien que nunca el centro del vicio. Habiéndose olvidado aquel príncipe de lo que se debía á sí mismo, olvidó tambien lo que debía á sus súbditos. Sus desenfrenadas deseos eran la regla de su conducta; y como lisonjeaba á sus pasiones un respetuoso silencio, se creia autorizado para satisfacerlas. Triunfata la lascivia, y la verdad no se atrevia á dejarse ver. Sin embargo, ella se manifestará, hermanos míos, por más tiempo que haya estado cautiva, y se hará oír hasta en el trono. Desde el silencio del desierto entendió Juan Bautista la deplorable situacion de la córte, e inmediatamente se trasladó á ella, se presentó delante del príncipe, y fijando su vista en él, le hace escuchar con una voz firme aquellas temibles palabras: «El fuego del amor que os une á la mujer de vuestro hermano, es un fuego criminal y delincuente. Mi respeto os agraviaría, y parecería ser demasiado fiaco si no me atreviera á decirlo.» Tal es el lenguaje de una santa libertad: lenguaje, por desgracia, muy desconocido. ¡Cuántos Herodes hay en el mundo! ¡Cuán pocos Juan Bautistas! Poquíssimos imitadores hay de su celo y aún ménos de su constancia.

Esta es entre todas las virtudes la más rara y apreciable. Una sola prueba suya basta para abatir el ánimo más grande. El corazón de nuestro héroe excede á los mayores encarecimientos. Ninguna cosa le intimida. Herodes se apodera de él y le sepulta entre los horrores de un oscuro calabozo. Llena de oprobios la inocencia, le condena Herodes sin otra causa que la de no haber querido oír de su boca la verdad. Pero vendi conmigo á aquella oscura mansion, y contemplareis un hombre libre á pesar de sus prisiones: éstas las convierte en una cátedra de verdad. Como que se me figura oír su voz, que exclama desde aquella tenebrosa caverna, y dice á Herodes: ¡Oh príncipe! dejad ese ilícito y detestable comercio; rompéd, rompéd las lazos que os atan, y abandonad esa vergonzosa pasion, que os hace amar lo que prohíbe y menosprecia todas las leyes. Jamás me harán adular estas fuertes cadenas, ni seré traidor á la verdad por vuestra indigna flaqueza. Vos sois dueño de mi cuerpo, pero no de mi espíritu. Mis prisiones forman mis delicias; mi cautividad constituye mi gloria; ó por decirlo mejor, ¿cómo he de ser yo cautivo, cuando tengo la libertad de instruiros? No, no hay que dudar: más firme será mi celo en persuadiros, que ingenioso vuestro furor en perseguirme. ¡Heróica é invencible constancia! Ella triunfará hasta de la misma muerte... Llega por fin el instante que Herodias esperaba como muy favorable á su venganza. Celebró Herodes con brillan-

tez el día de su nacimiento, y dispuso para éllo un suntuoso festin. Consiguó entusiasmarle en él la hija de Herodias por la suma ligereza y destroza delicada que manifestó en un baile. Herodes se creyó dichoso en ofrecerla lo que le pudiese. Aprovechata, cruel Herodias, de una ocasion que le proporciona la imprudencia. Pon, pon el colmo á tus desaciertos con la muerte de Juan Bautista. Pronuncia Herodias la fatal sentencia á nombre de su hija, y se ejecuta. En fin, muere Juan Bautista. Apartad, cristianos, apartad la vista del más horroroso espectáculo; dejad que el furor llegue á los últimos excesos; dejad que la inhumana Herodias se alabe de su victoria; mirad con horror aquellos ensangrentados cabellos, aquella extinguida vista, y aquel rostro pálido y desfigurado. Y dejada, en fin, que se atreva á insultar por una crueldad inaudita á su mismo enemigo, aún despues de muerto.

Instruidos ya del modo de obrar de Herodes, procuremos imitar á Juan Bautista, para que su gloria sea el objeto de nuestra admiracion; é imitemos su fidelidad, para que, algun día, participemos de la corona de que goza él en la eterna bienaventuranza. Amen.

PANEGÍRICO II
DE SAN JUAN BAUTISTA.

*Non surrexit inter natas mulierum ma-
ior Joanne Baptistae.*

No ha salido á luz entre las hijas de
mujeres alguno mayor que Juan Bautista
(MATEO XI, 14.)

Cuando unos hombres alaban á otros, no merecen mucha fé en sus alabanzas, porque, regularmente, nacen de ignorancia ó de pasión los encomios con que ensalzan al sujeto de sus panegíricos, y se dejan á un lado el mérito real y verdadero, que debe ser la única causa de los elogios. Sólo aquel Dios soberano, que habita en lo interior y más recóndito del alma, que registra con sus penetrantes ojos los senos más ocultos de nuestro pecho, es el que, cuando elogia, elogia con verdad, y el que puede dar un justísimo testimonio de cualquiera criatura.

Esto supuesto, bien puedo yo entrar con libertad en las alabanzas de aquel esclarecido Santo, cuyos cultos hoy solemnizamos. Si, el grande, el sublime, el inclito, el excelso, el incomparable Bautista, tuvo al mismo Dios por predicador de sus glorias, y esta basta para argüir con evidencia sus relevantes méritos y augustas prerogativas. Pero ¿qué elogio le dió el Salvador del mundo, y cómo manifestó su grandeza? No quisiera ofender las virtudes y excelencias de todos los demás santos; pero es cierto, que á éste le veo elogiado por la suma Verdad sobre todos los justos. Entre los nacidos de mujer, hé aquí las palabras de Jesucristo, no se ha levantado otro mayor que Juan Bautista. Patriarcas, profetas, justos de la antigua alianza, apóstoles, mártires y doctores del nuevo Testamento, por mucho que os haya privilegiado la bondad del Altísimo, no tenéis que ver con los privilegios de Juan. Éste se lleva la palma entre todos los escogidos, y luce con singulares brillos en el Cielo de la Iglesia como el sol entre los demás astros. No me gusta hacer en el púlpito comparaciones

odiosas, que de nada sirven para fomentar la piedad, ni ménos degradar á unos por elevar á otros; pero el testimonio tan auténtico del mismo Salvador á favor del Precursor sagrado me guía todo recto, y no me deja dudar, que Juan ha sido el mayor de todos los nacidos. Excedió á Abel en la inocencia, á José en la honestidad, á Moisés en la mansedumbre, á Fines en el celo, á David en la humildad, á Elias en la intrepidez, y á todos juntos en la grandeza de su alma y en el heroísmo de sus acciones. No es posible en breve rato tejerle un panegírico digno de su persona, y me habré de contentar con trazar algunos rasgos, por ver si puedo sacar á lo ménos un mediano retrato de un perfectísimo original. Sus excelencias y virtudes se llevarán particularmente mi atención esta mañana; porque quiero elogiarle de manera que os sirva también el elogio de modelo é instrucción. Digamos, pues, de una vez, que Juan Bautista fué el santo de los mayores privilegios, y el santo de las mayores virtudes: en lo primero admiraremos la potencia y la largueza de Dios; en lo segundo nos avergonzaremos de nuestra relajación y tibiezas. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

En la reparacion del mundo procedió Dios conforme á la creacion; porque si en la creacion formó una luz crepuscular, que distinguiera las sombras en que estaba envuelto aquel oscuro y tenebroso caos, y la formó ántes de la produccion del sol como precursora de este brillante planeta, tambien en la reparacion envió una antorcha encendida en caridad, que iluminase con sus rayos las tinieblas de la culpa que tentan ocupada la tierra, y preparase los caminos al verdadero Sol de la justicia y de la gracia. Juan fué encargado de Dios para dar noticia al mundo, como estaba ya dentro de Israel el Mesias esperado; y el fué el ángel de Malaquias, que Dios envió delante de su cara para anunciar á los hombres los misterios de salud. Un ministerio tan augusto era preciso que recayera en un sujeto capaz de desempeñarlo con honor, y adornado de aquellas sobresalientes prendas que pedía tan alto encargo. Porque no os figureis, hermanos míos, que Dios se portase en esta eleccion como aquel rústico labrador, que entrando á hacer leña en un vastísimo bosque, corta y despeza igualmente las encinas y los arbustos, las ramas verdes y las secas, los árboles derechos y los torcidos; sino como aquel sagaz y prudente artífice, que, determinado á hacer una estatua, busca con industria y con atencion la mejor planta, escogiéndola entre mil, que, aunque no sean despreciables, no son bastantemente dignas de su eleccion para la perfecta idea que tiene concebida.

Juan, pues, escogido entre millares de criaturas, formado á medida del corazón de Dios, prevenido con bendiciones de dulzura, recibió de la mano del Altísimo tanta copia de dones y carismas, que no le halló igual entre todos los mortales. Miradle desde luego en el seno de su madre, y le vereis distinguido con una singularísima gracia, que fué la gracia admirable de su santificación. Todos nosotros nacemos hijos de ira, porque la mancha del pecado la traemos heredada del primer hombre delincuente, y no bien tocamos los umbrales de la vida cuando ya incurrimos en el reato de la muerte. No así el Bautista: éste no necesitó del lavacro de la regeneración para unirse á los hijos adoptivos de Dios. El Señor le limpió de autemato, y Juan renació para el Cielo antes de nacer al mundo. ¿Cuántos prodigios me recuerdan la concepción y nacimiento de Juan! Zacarías era un hombre justo, pero de edad avanzada; Isabel su esposa era una santa, pero ya anciana é infecunda: bien desearan entrambos tener un hijo heredero de su piedad y de su sangre; pero las circunstancias no presentaban como posibles los deseos. Un ángel participó á Zacarías el nacimiento de Juan; pero, sobre decirse un ángel, no pudo resolverse á creerle. Como si á Dios le fuese imposible cualquier obra extraordinaria, dudó Zacarías cual en otro tiempo Moisés; mas si éste en pena de su incredulidad no llegó á entrar en la tierra de Promisión, aquél quedó mudo sin poder articular palabra por espacio de nueve meses, hasta que vio con sus ojos al niño prometido. Seis meses habían transcurrido desde la concepción de Juan, cuando el Verbo divino tomó carne en las entrañas de María; y queriendo encicueberle de dones el que venía á derramar sus gracias sobre la tierra, fué la Virgen á visitar á su prima. Lo mismo fué entrar María en casa de Isabel, que al punto sentir ésta una novedad en su vientre. El hijo que llevaba dentro no pudo contener su regocijo; y dando saltos de placer en el claustro de la madre, no sabía cómo explicar que el Mesías era venido. La presencia del Salvador llenó á Juan del Espíritu Santo, y este mismo Espíritu llenó á la madre después de llenar al hijo. Ya estaba impaciente por salir de aquella cárcel tenebrosa, y predicar al mundo las maravillas del Cielo.

Reparadlo bien; aún no nace, y ya habla con los saltos que le sirven de lengua; aún no se deja ver, y ya amenaza; aún no se le permite clamar, y ya se hace escuchar por el ruido de los hechos; aún no tiene vida, y ya predica á su Dios; aún no ve la luz, y ya señala al Sol en la persona de Cristo. Su nacimiento vá acompañado de mil prodigios: nace Juan, y saltándosele la lengua, á Zacarías, prorrumpe en alabanzas al Todopoderoso, y conoce que le ha nacido el grande

profeta del Altísimo: nace Juan, y nace de una madre estéril, á la enal Dios, por un milagro, hizo fecunda: nace Juan en los resplandores del día de la gracia, sin sentir las tinieblas de la noche de la culpa: nace Juan, y un conocimiento perfecto hermosa su alma; su entendimiento no está ligado con los lazos de la materia, sinó que surpa con anticipación la ternura y los embarazos del cuerpo: nace Juan, y su nacimiento es predichó y anunciado en diversas figuras y magníficos oráculos de los profetas: nace Juan, y se conmueve toda la Judea, todos los pueblos se llenan de admiración y de gozo: nace Juan, y el nombre que se le ha de poner lo haya un ángel del Cielo: no ha de llamarse Zacarías como su padre; Juan ha de ser el nombre de este dichosísimo niño, porque los méritos de los santos logran que reciban éstos el nombre de boca del mismo Dios: nace Juan, y todos se preguntan; quién será este niño tan amable, pues la mano del Señor está con él? En una palabra; el nacimiento de Juan no tiene semejanza después del nacimiento de Cristo. En otros santos celebra la Iglesia el día de su muerte, en que coronados de triunfos entran á recibir el premio de sus combates; pero del Bautista se celebra su natividad, porque en ella ya merece coronas inmortales.

Mucho siento que el Evangelio nos calle los hechos particulares de este grande hombre hasta su predicación, pues, seguramente, me prestarían abundante materia á un magnífico y pomposo panegírico; porque pensar que todo aquel aparato de maravillas que se vieron en su nacimiento, eran no más que flores cuyos frutos no hablan de llegar á sazón, ó que eran fundamentos desproporcionados á lo restante de la fábrica, sería un error, sabiendo que Dios fué el autor de tan nobles principios. Ya sé que S. Ambrosio es de parecer, que fué acierto del escritor sagrado pasar en silencio la infancia del Bautista, pues nada tuvo común con los embarazos y flaquezas de la edad; siempre fué adulto en el heroísmo, girando en la santidad y varón perfecto en la plenitud de la gracia. ¿Qué testimonio más auténtico dió el mismo Jesucristo á la persona de Juan, en el razonamiento que hizo á las turbas cuando le fueron á buscar al desierto! ¿Qué os parece, les dijo, que habeis ido á ver, cuando habeis ido á ver á Juan? ¿Por ventura una caña movida del viento? No penseis tal del Bautista: no es ese hombre de circunstancias, movable al viento de la vanidad ó de la lisonja como los hijos del siglo; es firme en sus consejos, invencible en sus empresas, inapeable en sus resoluciones, un peñasco que desafia el ímpetu de las más furiosas olas. ¿Acaso habeis ido á ver un hombre vestido con delicadeza? No buspéis en los desiertos santos getos de afeminación y mollicie; los que se tratan con blandura y son

idolátras del deleite y del regalo, buscados en las cártes y palacios de los grandes de la tierra; allí hallareis puestos en movimiento todos los resortes de la sensualidad para la satisfacción de sus nécios amadores; en Juan habeis de buscar la imágen de la penitencia y un vivo retrato de la austeridad y el rigor. ¿Acaso habeis ido á ver á algun profeta? Eso sí; él es verdaderamente profeta, y mucho más que profeta.

¿Qué os parece, hermanos míos, de esta recomendación y elogio de la persona de Juan hecho por el Dios de la verdad, en quien no cabe doblez, engaño ni lisonja? Ciertamente que Juan fué un profeta grande; jamás visto en Judea ni en Israel: solo él fué quien anunció presente al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo; Moisés; Isaías, Daniel, ¿qué hombres! los oráculos de su siglo, la admiración de los príncipes, los amigos, los consejeros enviados por Dios y descubridores de sus misterios; pero sus vaticinios miraban á los tiempos futuros, á una inmensidad de espacios, y estaban envueltos en una nube de oscuridad, que producía sombras en el entendimiento más claro. Juan es el único que profetiza sin tinieblas, el que vaticina sin velo, el que señala con el dedo al Salvador de las naciones. En medio de vosotros está, les decla á los judíos, el mismo que no conocéis, y que con tantas ansias esperáis. Ha venido despues de mí, pero es primero que yo; primero, porque él tiene ser desde la eternidad, y yo he nacido en los tiempos; primero, porque Él es el Señor de todo, y yo soy un siervo suyo; primero, porque Él es santo por esencia, y yo soy por naturaleza pecador; primero, porque Él es el fin de la ley y de los profetas, y yo soy un indigno ministro que le sirvo. Así dió el Bautista testimonio á la verdad y anunció á los judíos el Verbo encarnado y el Mesías prometido, y por lo mismo fué profeta y más que profeta; profeta, porque anunció como los demás á Jesucristo ántes que viniese; más que profeta porque, á diferencia de todos los profetas, vió presente al que ellos solamente desearon ver; profeta, porque reveló misterios ocultos; más que profeta, porque fué testigo ocular de lo que reveló; profeta, porque descubrió al Mesías escondido entre las sombras de la ley; más que profeta, porque dijo: Venid ahí, en medio de vosotros está, y no le conocéis; profeta, porque tuvo el don de profecía; pues vino con el espíritu y virtud de Elias; más que profeta, porque tuvo tambien el don del apostolado y aún ántes que los mismos apóstoles. Así se distinguió este hombre á todas luces grande entre todos los hombres; y la mano del Altísimo, que derramó en su alma con profusion el tesoro de sus gracias, le luzo el mayor de los nacidos, no solo en los privilegios que le concedió, sino tambien en las virtudes con que adornó su corazón.

Cuando loemos á oímos las vidas de los santos, regularmente prestamos una favorable atención á lo ruidoso de sus acciones; pero no por eso inclinamos el corazón á la imitación de sus virtudes. Verlos con una virtud soberana mandar á la naturaleza, imponer leyes á los elementos, trastornar el orden de las cosas, curar las enfermedades, dar piés á los tullidos, vista á los ciegos, lengua á los mudos, lanzar los demonios de los cuerpos, resucitar los muertos y obrar otros prodigios semejantes, en que nosotros no tenemos parte, todo eso nos causa una especie de admiración, asombro y embeleso; pero verlos muertos al mundo cuando éste se les muestra más halagüeño; retirados del comercio del siglo, sin querer tener parte en la copa encantadora; sepultados en el horror de una gruta ó en la oscuridad de un claustro; negarse á todo placer del sentido; privarse del sueño y del descanso; crucificar su carne con los vicios y concupiscencias, según el consejo del Apóstol; pasar los días y las noches en continuas vigiliás, ayunos, mortificación y rigor; esos ejemplos admirables que nos tocan de lleno, apénas nos impresionan; condicion triste de nuestra ruindad y flaqueza. Nos han dejado los justos un camino abierto y llano para arribar á la patria, y nosotros seguimos unas sendas escabrosas, que han de tener con precision un paradero fatal. Si se admiran las proezas de los santos, y no pasa de aquí la admiración, es una admiración estéril, que no produce frutos de salud, y una alabanza infecunda, que más nos servirá de confusión que de mérito. La Iglesia celebra las fiestas de los Santos para animar sus hijos á la misma santidad, pues podemos muy bien ser lo que ellos son si practicamos lo que ellos practicaron.

No apartemos la vista del objeto de estos cultos, que bien tendremos que admirar y que imitar en sus heroicas virtudes, puesto que toda la vida de Juan fué un modelo perfectísimo de toda justicia cristiana, modelo de penitencia, modelo de humildad, modelo de celo y de constancia. Los pecadores son los obligados á la penitencia, porque habiendo violado la ley, los fueros de la divina bondad, no les queda otro medio de satisfacerla sino por la vindicación voluntaria de sus propios pecados como por un sacrificio de expiación. Pero esto es el dolor, que estando obligados los pecadores al rigor de la penitencia, no la practican sino los justos. El Bautista confundió la relajación de los mundanos en este punto. Un hombre santificado y preservado de la culpa, hubiera podido vivir tranquilo en medio de las delicias de Jerusalén, sin tener que sepultarse en las grutas ni buscar el asilo de los montes; mas no fué así: ántes de conocer al mundo le abandonó; y en sus primeros años se retiró al desierto,

para dar á los monjes y anacoretas, que le habian de suceder en los siglos posteriores, reglas de inocencia, de desprendimiento, de austeridad y rigor. Él santificó la soledad con su presencia; y las fieras mismas pudieron aprender santidad y virtud de este inclito penitente. Sus ayunos fueron tan prolongados como sus dias; sus vigiliias continuas, su alimento el pan mezclado con lágrimas, su bebida el agua turbia de las lagunas; yerbas inspidas, un poco de miel silvestre, unos insectos tan regalados como las langostas eran todas sus delicias; su vestido una piel raída, su cama la dura tierra. su compañía bestias feroces: veintiocho años consumió en tales trabajos, muerto al mundo, viviendo para solo Dios, que era el exclusivo objeto de sus pensamientos.

Avergüencense los hijos del siglo, los delicados y melindrosos, que no tienen ánimo para mortificar la más ligera pasión, ni negarse á ninguno de sus gustos; y avergüencense igualmente los presuntuosos y soberbios, á quienes parece que todo se les debe, y que el mundo es poco para ellos, cuando el Bautista, siendo tan inocente, se trata con tanto rigor, y siendo tan grande, se reputa poco menos que nada. La virtud de la humildad se encuentra raras veces en el corazón de los mortales: cada uno quiere elevarse sobre sí mismo, tener los primeros asientos en los congresos como los fariseos, y ocultar los defectos y burlones que pueden menoscabar la alta opinion á que se aspira. ¿Qué lecciones tan contrarias nos dió el sagrado Precursor á estos hamos de vanidad, á estas torres de viento fabricadas sobre arena! El ruido de su fama corrió por toda la Judea y Palestina; los magnates de la Sinagoga entraron en recelos de si acaso Juan sería el mismo Mesias que se esperaba, y que tenia en expectacion al mundo. En consecuencia, se determinó en el gran Consejo de la nacion enviarle al desierto una solemne embajada, para que dijese abiertamente quien era. Buena ocasion se presentaba á Juan para revestirse con el carácter de Mesias, para venderse por el libertador de Israel, supuesto que á su respuesta se dejaba la resolucion de la duda. Otro ménos humilde que el Bautista se hubiera deslumbrado con una proposición tan lisonjera, y á poca costa se hubiera levantado con los aplausos de toda la Judea; pero Juan no es capaz de estas vilezas: conoce muy bien la portentosa distancia que media entre él y el verdadero Mesias, y responde llanamente á los sacerdotes y levitas enviados, que él no era el Mesias esperado, ni era Elias, ni era profeta, sino una voz que clamaba en el desierto, que disponia los caminos al que habia de venir; y qué, en efecto, era ya venido y moraba entre los hombres; que él no era digno de desatar las correas de su calza-

do; y que no era más que una menuda estrella, que se oscurece á la vista del verdadero sol. Así se portó este hombre, tanto más grande cuanto más humilde, y por lo mismo, elevó el edificio de su santidad á proporcion de los hondos cimientos, que abrió para la fabrica de su bondad. No puedo detenerme en otros pasajes de su vida ejemplarísima por no cansar vuestra paciencia; pero sabéis muy bien cuántas fueron sus protestas, sus quejas y humillaciones cuando en la ribera del Jordán quiso el divino Salvador, que el mismo Juan le bautizara y ejerciera una especie de superioridad sobre su sacratísima persona. No pudo contenerse el Bautista á esta dignacion del Hijo de Dios, y lleno de asombro exclamó: «Señor! Vos venis á mí para que os bautice, cuando yo debo ser bautizado por Vos. ¿No parece bien ni en Vos tanto abatimiento, ni en mí tanta elevacion.»

No nos cansemos, la vida de Juan es un modelo perfecto de todas las virtudes, modelo de penitencia, modelo de humildad, y, finalmente, modelo de celo y de constancia. No todo lo que parece espíritu viene de Dios: tambien viene á las veces mezclado con cierta percion de respeto humano, que le hace flaquear según la mudanza de las cosas, y cuya falsedad se descubre, sin que sean necesarias muy árdnas pruebas. Pero la constancia de Juan, sobre verse en el último apuro, no cedió á los más duros combates, ni dejó de insistir en los lanceos más apretados. Él habia venido á predicar el bautismo de la penitencia, á extirminar los abusos y los desórdenes, á intimar una ley de pureza, á dar la continencia poco conocida en una corte como la de Herodes. Este monarca era apasionado de Juan, le miraba con buenos ojos, y le oia con mucho gusto; pero, por otra parte, mantenía un comercio legítimo con la mujer de su hermano Filipo, escandalizando á todo el pueblo. ¿Quién sino un hombre como Juan era capaz de oponerse á los excesos de un príncipe como Herodes? Pero Juan se opone como un muro de bronce, y dice claramente al rey, que no le era lícito tomar por mujer á la que era su cuñada. ¿Pobre Bautista! ¿Qué has dicho? Bien caro te costará el desenganar: en las cortes de los reyes no se venden las verdades á bajo precio; la reprehension de los grandes á cara descubierta, si es efecto de celo y de intrepidez, tambien es causa de caer en su indignacion y en su desgracia. En efecto; Juan, el integérrimo Juan, que con una santa libertad y ardimiento no disimuló los excesos del príncipe, es encarcelado por mandamiento de Herodes, ligado con hierros y cadenas, y hecho victima de su celo. Y aún si hubiera aquí parido la persecucion del santo; pero Herodias, que le aborrecia de muerte por oponerse á sus torpezas, no perdió ocasion para acabar

de perderle. Ved el caso. Celebra Herodes el día de su cumpleaños con magnificencia y pompa: convida la grandeza del reino á los escraos y festines: una hija de Herodias llamada Salomé, danza con tal aire y gentileza, que prenda el ánimo del monarca, y éste le ofrece cuanto pidiere, aunque sea la mitad de su reino. La desenvuelta muchacha se informa de la malísima madre, cuyo parecer fué, que pidiese la cabeza del Bautista, como en efecto lo hizo. No dejó de turbar á Herodes semejante petición, porque estimaba en verdad al Precursor; pero no quiso faltar á su palabra ni disgustar á aquella iniqua y desvergonzada mujer; y mandando degollar á nuestro Santo, presentó la cabeza en un plato á la infame saltatriz. Este fruto tuvo Juan por anunciar las verdades; y más quiso morir, dice San Ambrosio, que ver los horrores de la lujuria; dando de este modo á los Cielos y á la tierra, á los ángeles y á los hombres, un testimonio de su constancia hasta el último aliento de su vida.

Este es, amados hermanos, el incomparable S. Juan Bautista, vuestro abogado y singularísimo patron y protector: muy imperfecta irá esta copia cotejada con su original; pero no se puede decir mucho en poco tiempo; además de que es he dicho bastante para que le reconozcáis por un santo de los mayores privilegios y de las mayores virtudes. No es menester recordaros los elogios con que le engrandecieron los padres S. Pedro Crisólogo, S. Agustín, S. Basilio y S. Cirilo. El uno dijo que Juan tuvo la ciencia, el fervor y la pureza de los ángeles; el otro, que era tan grande y perfecto, que pudo ser reputado por el mismo Cristo; este, que tuvo más luces que los evangelistas, más celo que los apóstoles, más constancia que los mártires, y que no era comparable sino á sí mismo; aquel, que llegó á tal término de perfección á que puede llegar un hombre. No es menester, digo, recordaros estos testimonios ni otros semejantes; pues estáis bien persuadidos del heroísmo de su santidad y de la grandeza y excelencia de sus méritos. Lo que yo os repetiré mil veces es, que le imiteis en las virtudes, que sigáis los pasos de su vida imaculada, que renunciéis el mundo y todas sus cosas, y suspiréis por aquella patria, que ha de durar para siempre en la eternidad de la gloria.

 PANEGÍRICO

 DE LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA.

*Decollavit eum in carcere.
Le cortó la cabeza en la cárcel.*

(MARC. VI, 27.)

Al formar el elogio del Santo cuya solemnidad se celebra en este día, mi imaginacion no puede reunir todas las ideas, y á mi lengua falta la propiedad de las palabras que demuestren la grandeza de aquél. ¡Juan Bautista! ¡Qué héroe tan asombroso! ¡qué espíritu tan grande! ¡qué alma tan elevada! Pero ¡qué caos de confusión á mi rudeza! La misma copia de sus luces me destimbra; la misma claridad de sus rayos me ciega; la misma gloria de su majestad me oprime; y la inmensa mole de su grandeza es un enorme peso que aboga la respiracion y me corta las palabras. ¡Qué os diré yo de un hombre tan extraordinario, del mayor de los nacidos, del jefe de los patriarcas, del corifeo de los profetas, del príncipe de los apóstoles, del ejemplar de los mártires, del padre de los anacoretas, del clarín del Evangelio; de un hombre que lo es todo junto, y en sola su persona reúne como en un punto de vista los prodigiosos caracteres de la gracia multiforme, justo, santo, dulce, amable, bondadoso, activo, eficaz, intrépido, prudente, discreto, firme, constante... ¿qué sé yo? Todo en él es grande: su inocencia me admira, su justicia me asombra, su penitencia me pasma, su celo me embelesa, su libertad me enamora, su pureza me encanta, todas sus virtudes me hechizan. Su predicacion hiere; su voz truenas; sus discursos centellean; su boca en vez de palabras despidе rayos, y reduce á cenizas el reino del pecado. Pero qué, ¿he de querer yo contar las estrellas al firmamento, y al aire sus imperceptibles átomos? ¿He de querer seguir todos los pasos de este velocísimo viento, y todos los vuelos de esta águila real y generosa? No esperéis imposibles, hermanos míos; yo me contentaré con una de sus acciones; un solo fragmento de este coloso

dará abundante copia á la construcción de mi discurso; me ceñiré solamente á los últimos periodos de este planeta, á las últimas llamaradas de esta agonizante antorcha, y á los postreros actos de la tragedia dolorosa de este héroe; y por decirlo de una vez, la degollación del Bautista será todo el argumento de esta oracion laudatoria, puesto que bajo de este respecto se celebran sus glorias en el día de hoy. En Juan Bautista vereis el predicador más acérrimo de la verdad, que la anunció con libertad generosa, y que por ella sufrió una muerte ignominiosa; por la verdad, que llevó en triunfo por los poblados y por los desiertos, por las calles y por las plazas, por las chozas y por los palacios, y que hasta en los gabinetes de los grandes y de los príncipes introdujo su resplandor y su gloria. Mas ¡ay de mí! que aun siendo el Bautista quien anuncia la verdad, no se oye esta voz del Cielo con aceptación y con gusto, y en vez de granjearse el amor, incurre en el odio del príncipe y paga con la cabeza el fervor de su celo. Todo está insinuado, nada más falta que hacer para el acierto que recurrir á la divina gracia: *A. M.*

¿De qué proviene que la verdad ha de ser tan aborrecida en el mundo? ¿Es posible que siendo una joya tan preciosa, nadie ha de querer llevarla por adorno de su pecho, y siendo una llama tan hermosa y agraciada, nadie ha de querer contraer alianza con ella? ¿Es posible que siendo la verdad hija del mismo Dios, no ha de hallar amadores que la estimen, la deseen y la soliciten? Pero ¿qué digo amadores? Los que fiene son contrarios de por vida, enemigos jurados que la persiguen, la abominan y la aborrecen de muerte, y siendo digna de todas las atenciones, solo logra un desprecio vil y un ultraje afrentoso. ¡Oh verdad soberana, espejo terso que representas la imagen como es en sí sin mezcla de adulacion ni lisonja! ¡Y qué mal te paga el mundo por tu claridad y limpieza! Te aborrece el usurero, porque condenas sus fraudes é injusticias; te aborrece el magistrado, porque reprendes sus sobornos y cohechos; te aborrece el poderoso, porque atacas su holgazanería y su indolencia; te aborrece el libertino, porque argües sus torpezas y sus escándalos; y te aborrecen todos los hijos del siglo partidarios del vicio y de la maldad, porque no puedes sufrir delante de tu rostro tales abominaciones. ¡Pobres predicadores de la verdad! ¡Y á qué peligros os exponéis! Yo veo á Ezequiel ultrajado, á Miqueas abofeteado, á Isaias aserrado, á Jeremias empuzado, á Elias espiado y acechado; voo á S. Pablo aborrecido por haber predicado al pueblo, á los sacerdotes y á los reyes la verdad lisa y desnuda, y no haber disimulado los desórdenes y ex-

esos de un mundo corrompido. Jamás se ha cogido otro fruto de sembrar esta semilla en una tierra ingrata sino abrojos, espinas y cambrotes.

Pero, si, digo; que, entre todos los nacidos, no ha habido hombre como Juan, tan amante de la verdad, tan intrépido en defenderla, tan celoso en colocar el trono de esta reina sobre las ruinas de su enemigo á pesar de las pruebas más amargas, no diré cosa que no esté apoyada en la historia sagrada y comuni sentir de los doctores. Juan Bautista vino al mundo á dar testimonio á la Verdad encarnada, que la Sinagoga no queria recibir, y sostuvo sus derechos con tanta entereza y libertad cual competia á su carácter. Fió un clarín sonoro que se oyó de todo el mundo, y un relámpago vivísimo, cuya luz brillante y encendida salió del Oriente y llegó al otro extremo del Cielo. El ruido de su fama corria ya por la Judea y Palestina; y los magnates de la Sinagoga entraron en recelo si acaso Juan seria el ángelo del Señor que se esperaba, y que tenia en expectation al mundo. En consecuencia de esto, se acordó en el gran Consejo de la nacion, enviarle al desierto una diputacion solemne para que dijese abiertamente quien era. Excelente ocasion se presentaba á Juan para revestirse con el pomposo carácter de Mesias, y venderse por el libertador de Israel; pues á sola su respuesta se dejaba la decision de la duila. Otro ménos sincero que el Bautista se hubiese deslumbrado con una proposicion tan halagüeña, y á poca costa se hubiera levantado con los aplausos de toda la Judea. Pero Juan, el integerrimo Juan, no es capaz de estas vilezas; su modestia se ofende del nombre solo de disfráz, de doblez y de impostura; conoce muy bien la portentosa distancia que media entre él y el verdadero Mesias, y responde llanamente á los sacerdotes y levitas enviados, que él no era el Cristo que se esperaba; sino una voz que clamaba en el desierto, que disponia los caminos al que habia de venir, y que, en efecto, era ya venido y habitaba entre los hombres; que él no era digno de desatar las correas de su calzado, y que no era más que una menuda estrella que desaparece á la vista del mayor luminar. ¿Oistes confesion más sincera y más ingenua? ¿Oistes testimonio más auténtico y más glorioso á favor de la verdad? Pues no temáis que este hombre se deje jamás cegar del humo del amor propio y de la propia excelencia, que tanto inflata y corrompe el corazon de los mortales. Él es luz clara, no hay duda; pero sabe que no es el verdadero sol: él es profeta grande; pero sabe que no es el Señor de la profecia: él es la voz del Verbo; pero sabe que no es el Verbo del Padre. Y si bien los judios se equivocan en su persona por las relevantes prendas que

le acompañan, bien presto los desengaña de estas erradas ideas y de una opinión que, por más fundada que sea, se opone directamente al candor de la verdad. En medio de vosotros, les dice con espíritu noble y generoso, en medio de vosotros está el mismo que no conocéis y con tanta impaciencia deseáis. Ha venido después de mí; pero es primero que yo; primero, porque Él tiene ser desde los días de la eternidad, y yo he nacido en medio de los tiempos; primero, porque Él es criador de todo, y yo soy una criatura que salió de sus manos; primero, porque Él es por esencia santo, y yo soy por naturaleza pecador; porque Él es el fin de la ley y de los profetas, y yo solo soy un mensajero que le anuncio, y un indigno ministro que le sirvo.

«Oh pregonero eterno de la verdad! En tu lengua está la miel y la leche: tus lábios, encarnados como una cinta de grana, destilan la mirra de la doctrina más pura. Escuchad, hermanos míos, sus palabras la primera vez que vió al Redentor, pues en ellas se cifra todo el fondo de nuestra religión santísima. «Hé ahí, les dice á los judíos señalando á Jesucristo, hé ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo;» profesión de fe la más augusta, conocimiento del Mesías el más iluminado, noticia del divino Verbo la más exacta, y que solo pudo revelar el Unigénito que está en el seno del Padre. Giegos judíos, no os fatiguéis en combinar los oráculos de los profetas; el vaticinio de Jacob, las semanas de Daniel, ni la época precisa de la venida de vuestro libertador: miradle delante de vuestros ojos: Juan os lo señala y no miente: ese es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. ¿En qué escuela ha aprendido este hombre el arcano escondido en los siglos? ¿En qué academia ha oído estas lecciones de altísima sabiduría? ¿Qué volúmenes ha revuelto un solitario toda su vida habitando los montes, metido en las grutas y cavernas en compañía de las fieras? Sin embargo, Juan lo dice; no se busque otro oráculo, ni más firme, ni más seguro.

Adelantemos y sigamos á este obrero infatigable, ó bien á las riberas del Jordán, campo abierto á la espada de su celo, ó bien á la capital del reino, bello teatro al arbor de su espíritu. Un hombre como el Bautista, santificado en el útero materno, recibido en los brazos de María, prevenido con bendiciones de dulzura, criado con la leche de la piedad, apartado del mundo antes de conocerle, llevado á la soledad por una fuerza superior que le movía, negado á todos los halagos del sentido y de la carne, consumido á fuerza de rigores, elevado por la contemplación hasta el tercer Cielo; un hombre que subió sobre los querubines y voló en alas de los vientos, puesto alo-

ra de repente en medio del lujo y del libertinaje, entre gentes disolutas y licenciosas, entre tropas atolondradas de engañadores y de engañados; cómo era posible contuviese los ímpetus de su celo, y que su voz, que era voz del Señor, que conmueve las soledades y los desiertos, emudeciese en el lugar de la abominación y en la pestilente cátedra y asamblea del desorden? Este gran profeta del Altísimo, que vino con la virtud y espíritu de Elias, me le figuro yo encendido con el fuego de aquel profeta de Dios, hecho todo llamas, respirando incendios, y ardiendo su corazón como un volcán contra todos los enemigos del nombre del Señor; é intimar á todas las gentes, sábios é ignorantes, ricos y pobres, jóvenes y viejos, casados y vírgenes, la ley de la penitencia, el bautismo de las lágrimas, la mortificación de los sentidos, la renovación del espíritu, la negación á los gustos terrenos, el amor á la virtud, y la reforma indispensable de una vida tumultuosa y desarreglada, que conduce necesariamente á la muerte y perdición.

«Pueblo reprobado por perverso y por ingrato! oye los clamores de este ángel, y lléate de confusión: «Maldita estirpe de vboras; quién os pondrá á cubierto contra la ira de Dios que os amenaza?» Generación de Abraham depravada y adúltera, raza de David expurea é ilegítima, la santidad de vuestros padres, en vez de aprovecharos, será la condenación de vuestra conducta; la ciudad santa será pasada con el arado si no conoce el tiempo de su visitación; el pueblo escogido será el oprobio y juguete de las naciones si no se convierte al autor que le crió; la circuncisión de la carne será la señal de vuestra reprobación, si no la acompañáis con la circuncisión del corazón y del alma: ni la ley escrita en tablas de piedra os justificará, si no la lleváis grabada en lo interior de vuestro pecho. Ídólatras postrados ante falsas divinidades, blasfemos que escupís contra el Cielo y conculcáis el nombre santo de Dios; perjuros que abaiscáis del vínculo más sagrado de la religión para hacer prevalecer el dolo, el fraude y la mentira; impíos, afeminados, sacrilegos, libertinos, toda casta de prevaricadores, que tenéis irritada la justicia divina, haced frutos dignos de penitencia, porque la segur está puesta á la raíz del árbol, y será cortado y arrojado á las llamas. Así clamaba este clarín sonoro de la verdad. ¿Qué os parece, hermanos, de este ardimiento? No hubo vicio, escándalo, ni desorden que no sintiese el azote de su lengua. Jerusalén ambiciosa, ciudad loca, altiva, deshonesta y profana, tú recibiste los rayos de claridad que despedía de sí este luminoso sol; ¡ojalá que te hubieses aprovechado de sus luces! Señores insolentes, caballeros envilecidos, nobles afeminados, ricos crueles, mer-

caderos tramposos, sacerdotes avaros, damas escandalosas, mujeres mundanas, doncellas libres, hijos desobedientes, padres descuidados, amos insufribles, criados infieles; todos, todos vosotros oísteis el sonido de esta voz de verdad y desengaño, que resonaba sin cesar por las calles y por las plazas, y cuyos ecos llegaron, finalmente, hasta los oídos del mismo Herodes.

Herodes.... ¡Ah, hermanos míos! No quisiera acordarme de este malvado, ni hacer la pintura de ese impío y escandaloso príncipe por no ofender el recato; pero las glorias del Bautista me obligan á manchar el papel y la lengua con los borrones de sus torpezas. Era este Herodes, por sobrenombre Antipas, hijo de Herodes Ascalonita, de aquel Herodes cruel, que ensangrentó bárbaramente su espada en millares de víctimas inocentes sacrificadas á sus tomares. Ocupaba el trono de Judea sin más derecho que la violencia y las tramas de su padre favorocidas de los romanos. Su espíritu relajado, su condición sanguinaria, su génio despótico, enemigo de todo yugo y de toda ley, formaban un monstruo de la humanidad lleno de todos los vicios. Su pasión dominante era una pasión bastarda, un apelo lascivo, una propensión violenta y desenfrenada hacía el otro sexo, que no es menester nombrarla para concebir su horror y su delito. Su soberanía, su poder, su majestad y sus riquezas le abrían paso franco al logro de sus deseos, sin que hubiese víctima reservada para el torpe sacrificio de su lujuria; pero como este vicio, cuanto tiene de tirano tanto tiene de caprichoso, dió en amar con desenfreno á la misma mujer de su hermano Filipo, con tal publicidad y semejanza, que escandalizaba á todo el pueblo. Herodias era semejante á Herodes en el nombre y en los hechos: imperiosa, desenvuelta, descarada, más gustaba de un amante adúltero, osado y atrevido, que de un marido legítimo, benigno y bondadoso. ¿Qué escándalo para el pueblo bajo un amancebamiento público en personas de esta clase! En medio de este comercio incestuoso mantenía Herodes (¿quién lo creerá!) estrecha amistad con el Bautista: había formado un alto concepto de Juan, le oía con sumo gusto, y honraba su persona con mil demostraciones y elogios. No había para Herodes un pequeño más poderoso que el Bautista, ni cosa de mayor complacencia que escuchar los discursos del sagrado Precursor llenos de unción y de espíritu; y como las invectivas de nuestro Santo no habían tocado hasta entónces directamente á su persona, las celebraba como donaires y gracias. ¡Triste condicion de la humana flaqueza! Todos gustan que se corrija á los otros, y nadie quiere recibir la correccion en si mismo. Pero vive Dios, que Juan, este ministro fiel, este pro-

feta incorrupto, este predicador integérrimo no conocerá los respetos humanos, ni hará excepcion de personas. Él ha venido al mundo á predicar el bautismo de la penitencia, á exterminar los desórdenes y los abusos, á intimar la ley del candor y de la pureza sin distincion de clases ni condiciones, y por lo mismo, basta á la persona del monarca tocará con su vara de hierro, y la quebrantaré como un vaso de barro.

¿Á qué riesgos no está expuesto un soberano tiranizado de sus pasiones! ¿Quién tendrá ánimo para argüir sus extravíos y sus excesos? Cuantos aduladores cercan su persona, otros tantos enemigos conspiran á su ruina. ¿Quién sinó un hombre como Juan era capaz de oponerse á los desórdenes de un príncipe como Herodes? Pero Juan se le opone como un muro de bronce, y dice claramente al rey, que no le era licito poseer por mujer á la que era su cuñada. ¡Pobre Bautista! ¿Qué has dicho? Bien caro te costará el desengaño: no se venden las verdades á bajo precio: la reprension de los grandes á cara descubierta, si es efecto del celo y de la intrepidez, tambien suele ser causa de incurrir en su indignacion y su desgracia. Juan, el impertérrito Juan, no disimula los delitos del príncipe, y con una libertad generosa le arguye por su infame concubinato; y vedle al punto aborrecido de Herodes y de toda la corte, puesto en prisiones cruces, atado con grillos y cadenas, tratado como un famoso delincuente, metido en una cárcel indigna, sin otro delito que su inocencia. La persecucion del hombre justo la enciende una oculta mano: Herodias, la infame y cruel Herodias, que aborrecia de muerte al censor de sus torpezas, no desperdició ocasion para acabar de perderle. ¡De qué horrores no es capaz un amor mundano y ciego, cuando halla embrazos al logro de sus deseos! El pasaje es bien sabido, y lo referiré literalmente como lo refiere S. Marcos.

Celebró Herodes los dias de su nacimiento con pompa y magnificencia real, convidando toda la grandeza á los sarras y festines, y una hija de la malvada Herodias danzó con tal airo y gentileza, que prendió el ánimo del monarca, quien le ofreció cuanto pudiese, aunque fuera la mitad de su reino. ¿Qué peligró esta muchacha? ¿Por ventura algún matrimonio honroso, según la condicion de su clase? ¿Acaso algunos dijes, aderezos y joyas conforme al gusto de su sexo? Nada ménos. La desenvuelta jóven se informa de la maldita madre, y ésta no tiene vergüenza de sugerirle, que pida la cabeza del Bautista. ¿Qué atentado! ¿Qué atrocidad! Herodes se turbó á semejante demanda; si fué con ánimo sério aporradado de su promesa, ó fué por trama y colusion artificiosa urdida de antemano, no es fácil pe-

netrarlo; lo cierto es, que un amor irritado, cubierto con el velo del juramento y de una falsa política, pudo más que toda la fuerza de la justicia y de la verdad. Juzgó indecoroso faltar á su palabra, ó por decirlo mayor, le faltó ánimo para disgustar al objeto idolatrado; y mandando degollar á nuestro Santo, presentó la cabeza en un plato á la infame saltatriz: hecho el más indigno que conoció el mundo, y merecedor de los anatemas del Cielo y de la tierra. ¡Balle diabólico, danza nefanda, tripudio impudente, cena cruel, espectáculo horrendo, espectadores malvados, presidente iniquísimo! no hay voces para expresar vuestro crimen; la tierra abierta está pidiendo venganza de la sangre del inocente. Mirad un poco, devotos del gran Bautista, mirad un poco aquella cabeza sagrada y digna de eternos laureles, presentada en triunfo á una mujer vilísima; mirad aquel rostro pálido y desmayado, más por el rigor de sus penitencias que por el corte de la espada; mirad aquellos ojos cetrados, no por temor de la muerte, sino por horror de la injuria; mirad muda aquella boca de oro, que pronunció los oráculos del Cielo; mirad aquella lengua de un ángel, órgano del Espíritu Santo; insultado por la maliciosa Herodias, y traspasada con la aguja de sus cabellos de miedo que no vuelva á reprender su abominable comercio; mirad, finalmente, la catástrofe lastimosa de aquel convite nefando y la ira de Dios sobre todos los partícipes del delito; y temed el castigo que acompaña á la culpa y al pecado. Herodes, vencido por Aretas, despojado del reino por el emperador Caligula, después de haber andado prófugo de unas provincias en otras con sus infames amigas Herodias y su hija, murieron todos tres desgraciadamente, cubiertos de oprobio é ignominia. Solo el Bautista, que entonces fué el desgraciado, es ahora el glorioso y el feliz, adornada su garganta con un collar de margaritas preciosas, coronadas sus sienes con una diadema inmortal, unido íntimamente al Cordeiro de Dios, á quien tanto glorificó en este mundo, y hecho el dispensador de divinas mercedes para favorecer y consolar á sus devotos.

Congratulémonos en el Señor, hermanos míos, regocijémonos y alegrémonos en este día, pues la Degollación de Juan, así como fué para el mayor acrecentamiento de gloria, será para nosotros una prenda de felicidad, si imitando la pureza de su vida, practicamos todo lo posible para parecer ante la divina gracia como sinceros y verdaderos hijos de nuestro degollado protector.

PANEGÍRICO DE SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA.

*Vidit illum discipulum quem diligebat
Jesu.*

*Vio al discipulo amado de Jesús.
(JOAN. XXI, 20.)*

El Espíritu Santo, que es el dador de las gracias, y que reparte sus dones en quienes se complace su voluntad soberana, gusta de hacer el elogio de sus favorecidos, y darlos á conocer al mundo por aquellos mismos rasgos que El se ha dignado grabar en el espíritu de sus siervos. Á Job se le califica de sencillo y recto, varón de penas y dolores; á Abraham, de obediente y fiel á las promesas, que esperó contra la misma esperanza; á José de honrado y casto; á Simeon, de justo y timorato; á Natanael, de verdadero israelita, en quien no se hallaba dolo; al Bautista, de precursor del Mesías y el ángel que preparó sus caminos; á Pedro, de piedra fundamental de la Iglesia y pastor de las naciones; á Pablo, de vaso de elección y doctor universal de las gentes. Pero ¿á qué me canso! Todas las almas grandes que Dios cortó á medida de su corazón y llenaron cumplidamente los designios de su providencia, tienen una marca de distinción con que el mismo Señor las señala y las honra, y nos las presenta á la vista para que alabemos su bondad y las maravillas que obra en sus escogidos. Juan, el apóstol evangelista, Juan es conocido, antonomásticamente, por el discípulo á quien amaba Jesús. ¡Qué palabra tan breve! Pero ¡qué grandezas no encierra en el fondo de la letra! Cayó esta mina; jamás agotareis sus tesoros: surcad este pléyago; jamás hallareis márgenes á la inmensidad de sus aguas: contemplad este abismo; jamás podreis medir su profundidad y altura. El discípulo á quien amaba Jesús. ¡Oh dicha inefable! ¡Oh gloria soberana! Mi lengua gusta de repetir la expresión, pero mi entendimiento no le puede dar alcance.

Mas ¿casó todos los demás apóstoles y discípulos fieles no eran amados del Salvador, dotados de sabiduría é inteligencia, enriquecidos de dones y carismas del Cielo, sublimados al más alto orden del sacerdocio y episcopado, condecorados con los dictados más pomposos, pastores de las almas, columnas del cristianismo, maestros de la religion, padres de la Iglesia, doctores de la ley, con plenitud de potestad para disponer de la naturaleza y dispensar los misterios de la gracia? Si, hermanos míos: ¿quién podrá negar esta verdad? Pero ¿á quien amaba Jesús con particulares señales de ternura y de cariño, era á este apóstol dichoso, á este hijo del trueno. Yo le contemplo con tales ventajas, prerrogativas y distinciones en el colegio apostólico, que no fallaré á la verdad, ni usaré de exageracion ó de hipérbole, si digo: que fue como el sol entre los astros, como el oro entre los metales, como el diamante entre las perlas, como la rosa entre las flores; porque todo esto y mucho más abraza el singularísimo título de discípulo amado. Desentrañemos estas profundas palabras, y preparemos el plan del presente discurso en gloria de nuestro Santa, reduciendo la materia á dos sencillas proposiciones, que formarán las dos partes de este panegirico, y explicarán los dos principales caracteres del amor de Jesús para con este apóstol privilegiado. Digo, pues, que el Salvador amó á S. Juan Evangelista con un amor el más tierno y con un amor el más generoso. Por su afectuosidad y ternura hizo de él la mayor confianza: por su generosidad y largueza derramó sobre él la plenitud de sus dones. En el afecto de Jesús se llevó la primacía, y en los dones de Jesús el mayorazgo. En dos palabras: fue el privado del Rey de la Gloria, á quien su Majestad amó firmemente, y á quien favoreció magníficamente: *A. M.*

¿De qué aprovechan todas las glorias del mundo sin el amor de Dios? Las riquezas, los honores, los gustos, las dignidades, la nobleza, la hermosura, la ciencia y todos los bienes criados, si están separados del amor divino, ¿qué son sino tormento y afliccion del espíritu, opresion y congoja del alma, vanidad de vanidades y todo vanidad? Solo el amor de Dios es un bien sólido, bien real y verdadero: fuera de él nada hay que merezca este nombre. ¡Dichosas las almas á quienes Dios ama, á quienes mira con agrado y complacencia! Estas llevan el sello de la felicidad grabado en su misma frente, y son dignas de eternos elogios, porque el mismo amor divino las renueva y embellece, las engalana y adorna, y forma un hermosísimo cuadro, en que se dejan ver los delicados rasgos del pincel soberano. Esta es la diferencia entre el amor de Dios y el de los hombres; el amor de

los hombres supone amabilidad y atractivo en el objeto querido; pero el amor de Dios infunde y crea esta misma amabilidad atraente: los hombres aman lo que les parece bueno; pero Dios hace bueno lo que ama; no elige á los idóneos, sino que eligiéndolos los hace idóneos.

Pero ¿quién será el privilegiado de quien podamos afirmar, que es querido y amado del Señor? No sabe el hombre si es digno de amor ó de odio; todos sus pasos son resbaladizos, sus acciones equivoacas, sus providencias timidas, y su corazon inexcrutable. Ni limosnas, ni cilicios, ni oraciones, ni retiro; ni la vida, al parecer más ajustada y más santa, asegura del amor de Dios. Á san Pablo, vaso de eleccion, espíritu más grande que el mundo, superior á todas las pasiones, nada le reprendia su corazon; y sin embargo, no sabia si Dios le amaba, y si era justo delante de él. Pues, ¿quién levantará el dedo y dirá resueltamente: yo soy querido de Dios? ¿Quién lo ha de decir, hermanos míos? Solo el discípulo prodilecto, solo el evangelista Juan. Éste, sin rebozo, sin recelo, sin titubear ni detenerse, se canoniza á sí mismo: Yo soy el discípulo amado de Jesús. ¿Creeiais una expresion tan abierta, si no estuviera por medio el Espíritu Santo que gobernaba su pluma? Jamás le vereis nombrarse en el Evangelio ni el hijo del Zebedeo, ni el dedo del Salvador, ni con su propio nombre de Juan; siempre con el singular caracter de discípulo amado. ¡Oh privilegiado y favorecido discípulo! ¿cuánto te envidio tu felicidad y tu dicha! Pero ¿cómo amaba Jesucristo á este distinguido apóstol? Con un amor lleno de afectuosidad y ternura. Desde que le llamó para el apostolado en el mar de Tiberiades, hasta que espiró en la cruz por el remedio del mundo, jamás le vereis separado de este íntimo secretario de sus consejos. Tenia este apóstol dichoso en su cuerpo y en su alma tal conformidad y semejanza con Jesucristo, que no extraña que le amase tanto el divino Salvador. En su cuerpo era hermoso y agraciado, en sus ojos recatado y modesto, en sus palabras prudente y comedido, en sus modales atento y cortésimo, en su genio pacífico y bondadoso; sus pocos años le añadían amabilidad y gracia; su humildad era excelente, su mansedumbre admirable, su paciencia á toda prueba; y su pureza virginal ponía el sello á todas las virtudes, y daba un bello lustre á las demás perfecciones. En él no se veían ni tenacidad de juicio, ni resabios de envidia, ni humos de soberbia, ni sombra de avaricia, ni humor áspero y desabrido, que turbase la caridad y la paz; dócil, humilde, callado, obediente, rendido, pero, sobre todo, casto y puro en alto grado, ¿qué mucho que el Salvador le mirase con ternura y parcialidad de afecto, estân-

do adornado de aquellas prendas que tanto enamoran al Dios de la verdad, al Cordero inmaculado, y al Santo de los santos? A una simple voz de Jesucristo deja las redes, deja á los padres, deja al mundo y todas sus esperanzas, y se alista gozoso en la escuela de un hombre que no conoce, y de quien probablemente no podía prometerse más que miserias, pobreza y trabajos. Los hombres necesitan de varias pruebas en la amistad de otros hombres: las señales mienten, las expresiones engañan, las promesas no aseguran, y las palabras, agasajos y ofrecimientos no pasan las más veces de los labios. Pero Jesucristo, que es la sabiduría de Dios, no está expuesto á errores ni á engaños: con una simple ojeada de su entendimiento penetra el fondo del corazón, y prevé el fruto que ha de dar el árbol. Por lo mismo, admite desde luego á Juan á una amistad estrechísima y á una cordial confianza, que no halló igual entre los santos.

No hablo cosa que no añanze sobre la infalibilidad de la Escritura. Si Jesucristo ha de hacer patentes las señales de su divinidad, y los caracteres de su misión en las bodas de Caná convirtiendo el agua en vino, Juan ha de presentarle el prodigio. Si Jesucristo ha de curar á la suegra de Simón de unas calenturas ardientes, Juan ha de ser testigo de la milagrosa operación. Si Jesucristo ha de resucitar á la hija del príncipe de la Sinagoga, Juan ha de hallarse presente, y ha de ver con sus ojos levantarse la difunta del féretro. Si Jesucristo ha de pasar á Samaria á predicar el reino de Dios y su justicia, Juan ha de marchar delante á preparar comida y hospedaje, y ha de ser el aposentador del Rey de los Cielos. Si Jesucristo quiere anticipadamente; quitar el escándalo de la cruz, y mostrar algunos destellos de su gloria en su propia carne pasible, Juan ha de ser convidado á la fiesta, y ha de ser espectador de las maravillas del Tábor. Si Jesucristo ha de celebrar la Pascua de los judíos y los grandes misterios de la nueva religión, Juan ha de preparar el Cenáculo y aderezar la pieza con gusto decoro. Si Jesucristo profiere aquellas tristes palabras: «Uno de vosotros me ha de vender y entregar;» todos se encogen de hombros, y hasta el príncipe de los apóstoles no se atreve á preguntar por el traidor y el pérfido, y hace señas á Juan para que lo pregunte. Si Jesucristo en la agonía de su oración se aflige, se conturba, se entristece y suda sangre por la vivísima aprehension de los tormentos que le esperan en su pasión dolorosa, Juan ha de asistir á la trágica escena, y ha de dar testimonio á la verdad. No hallaré milagro de Jesucristo, ó acción ruidosa de Jesucristo, obra distinguida de Jesucristo, en que no le acompañase el querido del alma: en las ciudades, en los desiérrtos, en el monte, en el Cenáculo, en el

Huerto, de día, de noche, á todas horas, comiendo, velando, reposando y padeciendo, siempre vá á su lado este discípulo fidelísimo como compañero indiviso, como sombra inseparable del cuerpo. Ni Juan podía vivir sin Jesucristo, ni Jesucristo parece que se hallaba con gusto sin la persona de Juan. ¡Oh Dios, y cuán estrechamente aprisionan las cadenas de vuestro divino amor!

El corazón de Juan, herido y lastimado con las agudas flechas del amor al divino Maestro, es un volcán que no respira sino incendios, que no arroja sino incendios, que muere si cesan los incendios. Jesucristo, prendado de esta pasión amorosa, no quiso defraudar sus deseos y sus ansias, pues, además de aquellas ternuras y muestras de cariño que le daba de continuo, quiso admitirle á la más íntima comunicacion, y al más estrecho abrazo de confianza que pudo haber en aquella altísima y benignísima majestad. Ya entendéis que os voy á hablar del delicioso pasaje de la noche de la última Cena. Cuando todos los discípulos sentados á la mesa estaban presenciando la institucion de aquellos nuevos y tremendos misterios con admiracion y asombro, sin atreverse á levantar los ojos; y cuando todos ellos estaban sorprendidos de aquellas novedades y maravillas, temblando al oír de la boca del Salvador, que entre ellos había un traidor que le había de vender; el discípulo amado nunca más amado que en este lance, muy quieto, muy tranquilo y sosegado se reclinó á dormir un dulce sueño; pero ¿sobre qué lecho? ¡Oh santo Cielo! sobre el sacralísimo pecho de Jesús. No me vengan ahora los críticos á notar esta accion de poca urbanidad y cortesía; ¿quién le ha puesto jamás leyes al amor? ¿Quién ha sido consejero del Señor de la gloria? Si Él quiere que el amado descanse en su propio seno y tome posesion de su mismo corazón; ¿quién pondrá cortapisa al ardor de su cariño? ¡Oh Dios mio, adorable y soberano dueño! ¿Qué condescendencia es esta? ¿Qué dignacion es esta? ¿Qué bondad, qué misericordia es esta? El Bautista no se atrevía á tocar vuestra sagrada cabeza; Tomás tocó vuestras llagas con temor y temblor; la Magdalena se tuvo por feliz con asirse de vuestros pies; la Esposa de los Cantares, tan favorecida y confiada, suspiraba por besar vuestros labios, y pedía con impaciencia que la pusierais como sello sobre vuestro brazo, como sello sobre vuestro corazón; pero este favor y esta gracia había de tener su cumplimiento en el discípulo amado. Si, hermanos míos; Juan deseara en el corazón de Jesús como en un lecho de flores, Ángeles del Cielo, venid á ver este espectáculo; venid á guardar el sueño al privilegiado amante. Pero nó, no necesita de guardias ni centinelas; el Omnipotente le protege con sus alas, y le hace sombra

la virtud del Altísimo. Él se deleita con el amado y le comunica sus dones; amor de Jesucristo con Juan el más afectuoso y tierno, y al mismo tiempo el más generoso y magnífico.

El amor del mundo, regularmente, es falaz y fermentido; promete mucho y dá poco; tiene la lengua larga y las manos cortas, las expresiones huecas y pomposas, las obras fallidas y vanas. Solo Dios es leal y verdadero amante; sólo Dios es magnífico y dadivoso; no hay acción que no recompense, obra que no galardone, aflicción que no consuele, nulidad que no disipe, lágrima que no enjugue, trabajo que no corone. Los que sirven á este legítimo dueño, reciben tantos favores y regalos, tantas gracias y misericordias, que se ven precisados á llamar con el profeta: «Señor, tus amigos son honrados con exceso, y más vale un día en los átrios de tu casa, que millares en los tabernáculos de los pecadores.» ¿Cómo se portó Jesucristo con su discípulo Juan, y cómo le pagó el amor que profesaba al divino Maestro? Escuchad á S. Bernardo. Lo que el Unigénito hijo de Dios bebió en el seno de su eterno Padre, bebió Juan en el pecho del Verbo. Para Juan no hubo arcano reservado, secreto encubierto, ni misterio escondido; todo abierto y franqueado, todo patente y accesible á la sublimidad de sus luces, á la ilustración de su entendimiento y á la facilidad de su lengua. Las maravillas que vio Pablo en el tercer Cielo, no era lícito al hombre preferirlas; pero lo que no era lícito al hombre Pablo, era lícito al águila Juan, contemplador de la luz eterna, sin pestañearle los ojos ni turbársele la vista. Como Jesucristo dió á Juan su mismo corazón cuando le recostó en su pecho; le hizo tesorero y dispensador de todas sus riquezas. Le esta mina inagotable sacó aquellos altos conocimientos con que, en sentir del Damasceno, excedió á los patriarcas, superó á los profetas, y se elevó sobre los mismos apóstoles. En este espejo clarísimo vió y entendió los más profundos arcanos, la altura de la divinidad, la emanación y distinción de las personas, la unidad de la esencia, la identidad de los atributos, la generación del Verbo, la procesión del Espíritu Santo; el orden de la Providencia, la economía y dispensación de la gracia, la elección de los escogidos, la reprobación de la Sinagoga, la fundación de la Iglesia, la abolición de las antiguas ceremonias; la perpetuidad del nuevo sacerdocio, el cumplimiento de las profecías, la redención del género humano, la vocación de las gentes, la predestinación de los santos; lo pasado, lo presente, lo futuro. La firmeza de la fé y sus oposiciones; el imperio de la cruz y sus contrastes, los esfuerzos del Infierno para arruinar esta fábrica, y la virtud del Excelso que sostiene la grande obra de

sus manos. En fin, Juan bebió en el seno del Unigénito lo que éste bebió en el seno del Padre. Abrid el libro de su Evangelio; ¿qué hallareis? Un volumen de pocas páginas; pero más sacramentos que sílabas, más misterios que letras. ¡Oh favorecido discípulo! cuánto te debemos! ¿Cuán obligados estamos á tanta luz y copia de verdades como nos has manifestado! ¿Y cuánto te enriqueció el Señor de la gloria en cuyo pecho descansaste!

Ya no extraño, hermanos míos, que S. Pedro Damiani, sobrecojido de asombro en vista de la alta sabiduría de este apóstol, le llame la lengua del Espíritu Santo, cedro del Paraíso, sol del mundo, ornamento del orbe, clarín del Cielo, autórea de los hombres, espejo de los ángeles. Ya no extraño que S. Juan Crisóstomo diga, que los espíritus celestiales cursaron la escuela de este supremo maestro, y no supieron muchas cosas hasta que las aprendieron de la boca de Juan. Con efecto: en el Apocalipsis que escribió en la isla de Patmos y dirigió á las iglesias del Asia, Efeso, Esmirna, Pérgamo, Sardis, Tiatira, Laodicea y Filadelfia; en este libro cerrado, se contienen tantos misteriosos enigmas, tantos arcanos impenetrables, tantas visiones y revoluciones, tantas noticias de superior orden privativamente comunicadas á la mente de este profeta, que los intérpretes y santos Padres no han podido hasta ahora apagar este abismo profundísimo en toda la extensión que abrazan sus vaticinios. Sus epístolas canónicas son el magisterio de la moral, el resumen de la ley de amor, y la regla de las costumbres. En ellas lienen todos los estados: sus respectivas instrucciones y prescriptos los términos de sus deberes: los prelatos, de prudencia; los súbditos, de subordinación; los eclesiásticos, de buen ejemplo; los seglares, de aprovechamiento; las casadas, de concordia; las vírgenes, de pureza; las viudas, de recogimiento; los ancianos, de gravedad; los jóvenes, de sumisión; los príncipes, de justicia; los súbditos, de fidelidad; los enfermos, de paciencia; los ricos, de misericordia; los pobres, de conformidad; los agraviados, de mansedumbre; los pecadores, de penitencia; los inocentes, de humildad, gratitud y acción de gracias; respirando por todas partes la paz, la unión y caridad fraternal, y tantas llamas de dilección y de amor, que se ocha de ver, abiertamente, estar fundidas y fraguadas en un pecho lleno de celestial y divino fuego. Empeñado el Salvador en dar á este discípulo prodigioso el más fino testimonio de su amor, enriqueció su alma con el espíritu de sabiduría é inteligencia, y le comunicó sin reserva los más sublimes y preciosos dones.

Pero faltaba todavía poner el sello á sus finezas; y para verificarlo,

le entregó su propia Madre, y transfirió en la persona de Juan todos los cariños y los derechos de hijo. Solo este apóstol sagrado tuvo constancia y firmeza en la deshecha tormenta que levantó el Infierno contra el Redentor del mundo; y cuando todos los discípulos le abandonaron, este fiel amigo no desamparó á su Maestro hasta el último aliento. Fijo como un peñasco al pié de la cruz, presencia la más dolorosa tragedia de los siglos; y si bien su corazón murió tantas veces cuantas miraba al Cordero inocente sacrificado á la malicia del mundo, su fidelidad y su amor no le permitían desviarse un momento del amado. Glavado en el madero el Hijo de Dios, padeciendo horribles tormentos y martirios, debilitadas las fuerzas, pálido el rostro, levantado el pecho, y á punto de agonizar y morir, dispuso su testamento. Á Pedro le encomendó la Iglesia; al ladrón le dió el Paraíso, las vestiduras á los soldados, la sangre á los pecadores; el cuerpo á la tierra, el alma á su eterno Padre; pero le restaba una alhaja de su mayor cariño, objeto de todas sus atenciones, imán que le arrastraba el corazón y le partía las entrañas, la Reina de los Cielos y de la tierra, su santísima Madre; y esta joya inestimable la entregó al amado y escogido discípulo. ¿Qué se podrá añadir á este favor y á esta gracia? No se encontró en todo el mundo sugeto de mayor confianza para depositario de este riquísimo tesoro que el evangelista Juan; y éste se vió revestido del carácter y derechos de hijo de Maria por una suprema adopción, en la que entraron todos los hombres representados en la persona del discípulo amado. Desde aquella hora tomó Juan á su cargo el cuidado de la Madre de Jesús y Madre suya; pero ¡con qué solicitud y con qué esmero! Él la sirvió toda la vida; pero ¡con qué fidelidad, con qué cariño! Él la trataba de continuo; pero ¡con qué atención, con qué respeto! Él la consultaba en sus dudas; pero ¡con qué subordinación, con qué reverencia! Él se miraba en su rostro como en un espejo; pero ¡con qué honestidad, con qué decoro! Él la amaba más que á su alma; pero ¡con qué desinterés, con qué limpieza! Él era el ayo de esta princesa, el ángel de su custodia, el sacerdote de este sagrario, el conductor de esta Arca del Testamento, y jamás la perdió de vista hasta que subió á los Cielos á sentarse á la diestra del Hijo que salió de sus entrañas. ¡Dicha incomparable de Juan, en la que no tuvo igual ni semejante! Jesucristo le amó con un amor parcial y privilegiado, lleno de ternura y confianza, con un amor de magnificencia y largueza generosa.

Os he dado un toscó diseño de este discípulo amado: no puedo dilatarme más en sus elogios, porque no es justo abusar por más tiempo de vuestra paciencia. Sus tareas apostólicas, su predicación evan-

gélico, sus gloriosas conquistas, los ópinos frutos de su celo en las Iglesias del Asia, sus frecuentes y estupendos milagros, su martirio en Roma, su destierro á Patmos, su vida prolongada por una centuria, su muerte tranquila y placida en la paz y ósculo del Señor; todo fué admirable; todo asombroso y peregrino; todo merece nuestra admiración y nuestras alabanzas, aunque no todo pueda ser imitado por nuestra flaqueza. No podemos aspirar á ser apóstoles como Juan, ni evangelistas como Juan, ni doctores como Juan, ni profetas como Juan; pero podemos y debemos ser discípulos fieles del Redentor como este dichoso Santo. En mi mano está el ser amigo de Dios, decla el grande Agustino. Como yo dé mi corazón al Señor, estoy cierto que Él tambien me dará el suyo. No se hace sordo el esposo á los gemidos del alma que desea ser su esposa; siempre está pronto á recibirla, como quiera ella, sinceramente, descansar en sus brazos. He dicho si quiere sinceramente, porque no basta una voluntad indecisa y fluctuante; ha de ser eficaz y resuelta. El amor de Dios real y verdadero excluye toda falsedad y perfidia: el amor de Dios sólido y firme excluye toda volubilidad ó inconstancia: el amor de Dios activo y laborioso excluye toda flojedad y tibieza: el amor de Dios fino y apreciativo excluye toda afición á otro objeto que diga contrariedad, oposición al supremo y soberano dueño. Ni deleites del mundo, ni ambiciones del mundo, ni intereses, ni honores, ni glorias del mundo, no se pueden hermanar con el amor de Dios. Pidamos, pues, al Señor, que encienda en nuestros corazones esta dichosa llama de su divino amor, que es el que hace santos en esta vida y bienaventurados en la eternidad de la Gloria.

de la abnegación evangélica en todo su esplendor: *Et cum gloria suscepisti me.* Punto segundo. *A. M.*

PANEGÍRICO
DE SAN JUAN DE LA CRUZ, FUNDADOR.

Ad nihilum reductus sum... et cum gloria suscepisti me.
Yo quedé aniquilado, y me ocupaste con gloria.

(PSALM. LXXIII, 32. et 24.)

La abnegación evangélica es una virtud que el mundo ignora ó menosprecia, aunque la religión la aconseja y premia. Sin ella toda santidad es errónea, porque la que es verdadera no tiene otra base ni fundamento.

Para dar una idea del mérito y frutos de la abnegación evangélica, basta nombrar al solitario contemplativo, al doctor sublime, al dichoso reformador, que, en el siglo XVI, se dignó la Providencia unir á Sta. Teresa con los vínculos respetables de la caridad, del ministerio y de la gloria; es decir, á san Juan de la Cruz; quien se santificó por la abnegación, y encontró en ella misma la recompensa de su santidad.

¡Ah! exclamaba él: ¿quién podrá dignamente expresar, ni practicar, fielmente, todo cuanto comprende la eminente ciencia de la abnegación? Ella sola es la que camina por las sendas de una piedad sólida, y la que sabe santamente renunciarse y anonadarse. De este anonadamiento, pues, nace el silencio de las pasiones, y del silencio de las pasiones la tranquilidad, el reposo y la paz del alma.

¿A proporción de cómo voy yo tomando las expresiones de S. Juan de la Cruz, ¿no veis ya en ellas una exacta pintura de su vida? Si, hermanos míos; cuanto dice de la abnegación debo yo aplicárselo á él mismo. En ella reunió todos los sacrificios, y con ella recogió todos los consuelos. El mérito de la abnegación evangélica en todo su heroísmo: *Ad nihilum reductus sum.* Punto primero. La recompensa

Virtudes que la abnegación purifica, acciones que dirige, escritos que inspira y sentimientos que consagra, son los diferentes puntos que se presentan á la vista para formar el elogio de S. Juan de la Cruz. En sus virtudes se halla la práctica de la abnegación; en sus acciones el espíritu; en sus escritos la reunión de su doctrina; y en sus sentimientos se admira la perfección que exige: hé ahí á lo que yo llamo el mérito de la abnegación evangélica en todo su heroísmo. ¿Qué es abnegación? Una renunciación de los placeres, de los intereses y de sí mismo. Así la define nuestro Santo. Pero no son todavía sus principios los que yo debo exponer; son sus virtudes las que debo caracterizar. Todas ellas se mueven por el resorte de la abnegación. Esta virtud, precisamente, es la que distingue á nuestro Santo entre todos los demás; así como entre todos ellos distingue la obediencia á S. Mauro, la pobreza á S. Francisco de Asís, la predicación á Sto. Domingo, la humildad á S. Francisco de Padua, la caridad á S. Juan de Dios, la confianza á san Cayetano, y la dulzura á S. Francisco de Sales. Mas en la virtud de la abnegación solamente, cuántas virtudes se encuentran reunidas! La Iglesia nos enseña, que el amor de la abnegación constituye, con especialidad, el mérito de Juan de la Cruz; y nos advierte también, el nuevo lustre que recibe este mérito por la reunión de todas las virtudes. En efecto; tanto cuanto el amor propio engendra pasiones y vicios, otro tanto más bien hace producir la abnegación semillas de virtud y santidad. De aquí salen, como de su origen, la vanidad, el interés, la venganza, la incredulidad. De ésta, como de su principio, nacen la humildad, el desinterés, la paciencia. *La f.*

¿Qué humildad se descubre en nuestro Santo! Él es un apóstol, pues imita sus trabajos; un doctor, pues reúne sus luces; un serafín, pues manifiesta su amor. ¿Y qué juicio hace de sí mismo? Que es un hombre de bajo nacimiento, sin talentos y sin autoridad; un pecador, á quien el Cielo affige y castiga. Son sus propias expresiones. ¿Y quién se las dicta? La humildad. Á esta virtud, la más bien reflexionada, unia la fé más viva; y esta misma fé le hacía envidiar la suerte de los mártires. Ella fué la que imprimió en él un respeto inalterable á los misterios sagrados. *Yo no necesito pruebas de credulidad,* decía con motivo de un milagro; *la fé no tiene mérito: cuando la razón humana percibe las cosas.* La que tuvo siempre nuestro héroe fué la que mantuvo su esperanza; ésta fué la que le animó en sus

trabajos y le hizo decir: Yo no espero de los hombres la recompensa de lo que hago por Dios. Máxima, que en todos tiempos dará á conocer, que á la extension de su esperanza solo la puede igualar la de su caridad; caridad tan ardiente por su Dios, como activa por sus hermanos. Las pruebas parlantes de su amor eran el fervor sin escrupulo que le animaba, el desinteresado celo que le dirigia, los santos deseos que le hacian sentir todos los instantes que le retardaban la posesion de su Dios. Su caridad para con sus semejantes se manifestó cuando, por medio de una imprevista encadenacion de acontecimientos, fué llevado á uno de aquellos asilos que la caridad abre á la pobreza enferma. Allí se reproducía de mil diversas maneras la imagen de las miserias humanas. Allí solicitaban todas las atenciones del celo las multiplicadas miserias, no siendo muchas veces recompensado sino con ingratiitudes y malos tratamientos. Allí las amargas quejas del dolor se mezclaban con las del descontento, y hacian del ministerio más laborioso el ménos consolativo. Allí se comunicaban las enfermedades que se deseaba curar, y venia á ser muchas veces el sufrido asistente víctima de la que intentaba extinguir.

Si á Juan de la Cruz prestaba alas la caridad para volar al socorro de la humanidad afligida, la penitencia le suministraba armas para combatir sin cesar contra sí mismo. ¿Cuántas piadosas estratagemas inventaba para reducir á servidumbre la naturaleza, siempre muy tarda en comparacion de sus deseos para acrecentar las impresiones de la gracia! Al amor de la Cruz, de la cual era discípulo y apóstol, fué al que debió el ilustre renombre que le distingue en la Iglesia. Por la austeridad de su penitencia conservó hasta el sepulcro la más delicada y preciosa de las virtudes. Bajo mil formas diferentes, procuraba la tentacion fuese su corazón accesible á los seductores atractivos de la sensualidad. Mas no, fisonjera pasion, no conseguirá vencerle aunque tengas la dicha de atacarle. Con facilidad triunfa de los peligros el que sabe triunfar de sí mismo. De ahí provino aquella obediencia respetuosa y universal que se impuso nuestro Santo, hasta en los empleos de mando y superioridad. De ahí aquella fuerza sobrehumana, que le hizo, por decirlo así, el desinteresado espectador de sus propios males. La corona de Juan de la Cruz se compone de todas las virtudes.

Bajo la enseñanza de maestros hábiles, habia hecho ya en las ciencias tan rápidos como brillantes progresos, y la benéfica Iglesia le habia abierto las puertas del santuario. Indeciso, al principio, sobre su vocacion, suplicó al Cielo le concediese el acierto que necesitaba; y siendo oidos sus ruegos, le manifestó Dios lo que debía abrazar.

¡Oh santo Carmelo! Tú solo eras el interesado en su corazón. El reconocimiento le debía fijar entre tus discípulos, especialmente consagrados á la gloria de Maria. Por una especie de retribucion debía á esta Señora el sacrificio de su libertad, respecto de la era deudor por dos veces de la conservacion de su vida. Siempre contemplativo y solitario, estaba reducido á una estrecha y miserable celda. Su ocupacion era un continuo combate entre los sentidos, el espíritu y el corazón. Entre las viglias, los ayunos y las oraciones, concebía el proyecto más grande y heroico, El discípulo de S. Alberto y de S. Simon Siok, pensaba serlo de S. Bruno. Mas no eran estos los designios de Dios para con él. Por aquel tiempo tenia alborotada á la España, á la Iglesia y al universo el nombre de una virgen, que reunia en sí la inocencia de Susana, el fervor de Esther, y el heroismo de Judith; de un espíritu vasto y sólido, un ingenio sublime y luminoso, una alma grande y heroica, un carácter firme y activo, un corazón generoso, sensible, noble y único. Sus deseos, sus conocimientos, sus empresas y sus resultados sorprendian, admiraban y arrebatában. De su limpia, delicada é ingeniosa pluma salian rasgos luminosos, efusiones piadosas, trasportamientos amorosos. Aún no he dicho quien es la restauradora del Carmelo; pero al verme bosquejar su retrato conoceréis no puede ser otra que Sta. Teresa. Esta Santa, pues, conocía la reputacion de Juan de la Cruz, sus virtudes y proyectos. Vióle la Santa, le habló, y le admiró. ¡Oh padre mio! le dijo, deja esas fervorosas ideas, que más bien son para ti una tentacion que una vocacion verdadera. No haya miedo que encuentres en la cartuja de Segovia una segunda Tebaida. El Cielo te llama á otra parte; quiero decir, al Carmelo, que nunca abandonarás. En ti se cifra su gloria. Tan deudor eres á tus hermanos como á ti mismo. Tú serás entre ellos un apóstol no ménos que un santo. La Iglesia, que sostiene mis proyectos, favorecerá tus empresas. Tú estás destinado para hacer por tu sexo lo que yo he hecho por el mio. Sobrelle ti fundo mis esperanzas. Á ti te toca llenar sus miras. Empezemos la obra de Dios, y dejemos el suceso á cargo de la Providencia.

¿Podría desconocer nuestra Santa la voz del Cielo en las expresiones de Teresa? No, por cierto. Obedeció; y desde aquel mismo instante empezó ya la reforma del Carmelo... Mas; ¿qué digo yo? ¿Acaso necesitaba éste de reforma? ¿Han consultado la historia y la verdad aquellos, que se han atrevido á pintarla en el estado más deplorabile? No, por cierto: el Carmelo no se parecia á aquellos rios cuyas aguas pierden su pureza á proporcion de como se alejan de su origen; tenia sus privilegios, pero ningún abuso. El designio de Juan

de la Cruz, no era tanto el de restablecer el Carmelo en su primera perfeccion, cuanto el de darle el mérito de una perfeccion nueva. Su idea se reducía á componer una sociedad de hombres contemplativos, resueltos á menospreciar el mundo y vivir en la austeridad.... Lo primero que hizo fué, enarbolár el estandarte de la Reforma. ¡Oh Durvela, oh lugar distinguido, en donde mostró nuestro Santo la imágen y la esperanza de un Orden, que iba á dar tantos santos á la Iglesia! Yo te doy mil parabienes por poseer las primicias de tan inestimable fruto.

Yo anuncio, hermanos míos, el principio de un Orden, cuyos rápidos progresos merecian fijar aquí mi atencion y la vuestra. Pero desaparezca por un instante á vuestra consideracion la cuna del renaciente Carmelo. Antes de relatar los sucesos de nuestro Santo ocupémonos de sus obras. Pocos santos doctores hay que no se apliquen á aclarar algún dogma de la religion, ó alguna virtud del Evangelio. San Juan de la Cruz trata de la ciencia, casi ignorada, de la abnegacion. Él supone, desde luego, que la imperfecta bienaventuranza que se puede adquirir en esta vida, consiste en la contemplacion del soberano Bien. Esta contemplacion, pues, es la dichosa escala por donde sube el hombre á aquella perfecta felicidad de que gozan los santos en el Cielo. El alma mundana se lisonjea de llegar á la union divina disfrutando de los bienes de la tierra: los busca y los posee; y esta misma posesion la parece una felicidad. ¡Pérdida ilusion! exclama nuestro Santo; ¿cuánto se aparta del reposo que busca por estos caminos tan extraviados! ¿Y querrá esta alma imperfecta, continua, redoblar sus esfuerzos para adelantar en las sendas de la justicia y de la verdad? ¿Pensará conseguirlo? No, por cierto. Sus imperfecciones sirven de obstáculo á sus sucesos.

Para formaros una idea exacta de los sentimientos de nuestro Santo medita estas palabras, que hemos tomado de él mismo: *Pall, Accetemi pro te*. Observador Dios de sus combates, le preguntó, ¿qué recompensa queria por sus trabajos? Sufrir, Dios mio, le respondió, y ser menospreciado por Vos. Los oprobios y las aflicciones son la corona que promete el Evangelio sobre la Tierra. No podía ser otra la que lisonjase la santa ambicion de nuestro Santo. Tomás de Aquino pidió por recompensa la posesion de su Dios; Juan de la Cruz la de los padecimientos y menosprecios. Este es el tiempo y el heroísmo de la abnegacion. ¡Oh Cielo, oh tierra! Vosotros sois los que parece os habeis unido para llenar sus miras. El primero, para experimentarlas con las privaciones, las sequedades, las turbaciones y los remordimientos. La segunda, para levantarle una multitud de enemigos.

que cada uno por su parte ataque su reposo, su reputacion y hasta su vida. En esta alternativa de combates sensibles y despreciativos adoraba á su Dios, y le presentaba el homenaje de todo su sér. Dispuesto para todos los contrastes de la vida, conceptuaba como la mayor dicha tener más enemigos y más contradicciones que sufrir, y estar expuesto á oprobios más grandes. Jamás alcanzaron sus enemigos á la extension de sus deseos. Pero después de haber considerado en san Juan de la Cruz el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo, ya es tiempo de que manifestemos en él la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor.

La abnegacion purifica las virtudes de Juan de la Cruz, dirige sus acciones, inspira sus escritos y consagra sus sentimientos. Ved ahí el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroísmo. La abnegacion unió á sus sentimientos una gloria, cuyo resplandor penetra el fuego de la tribulacion; unió á sus escritos una gloria, cuya luz disipa las tinieblas del error; unió á sus acciones una gloria, cuya brillantez hizo caer las armas de la venganza; unió, en fin, á sus virtudes una gloria, cuyo reluciente reverbero triunfó de la revolucion de los siglos. Ved ahí á lo que yo llamo la recompensa de la abnegacion evangélica en todo su esplendor. Cuando el justo es acusado, calla. Cuando es provocado, disimula. Cuando es ofendido, perdona. El ejemplo de S. Juan de la Cruz vá á justificar esta doctrina. Él fué acusado, en efecto; fué insultado; fué ofendido. Pero, ¿quiénes fueron sus acusadores? ¿quiénes sus enemigos? Unas manos respetables y estimadas le descargaron los primeros golpes de que fué víctima. La Reforma del Carmelo en su origen, no habia motivado resentimientos. Como nunca se habia sospechado que pudiera ser temible, jamás se habia pensado en contradecirla. Así, pues, se levantaba y multiplicaba, y todo el mundo se interesaba por ella. Las cortes de Madrid y Roma parecia que estaban dispuestas mas bien á favorecerla que á combatirla. Ocupaba entónces Pló V el trono apostólico, y la Reforma del Carmelo era una obra muy conforme á los designios de este santo pontífice. En Madrid tenia las riendas de la monarquia española Felipe II, que, tanto con su autoridad como con su poder, se declaró á favor de la Reforma. Estos favorables conceptos despertaron las sospechas, hicieron percibir los peligros, y prepararon la tempestad. En una obra tan apreciable solo advertian los discípulos del Carmelo que no querian ser reformados, un menosprecio de sus privilegios, fruto de un fervor indiscreto y de un celo desasossegado.

Cubierto de oprobios, cargado de prisiones y despojado del hábito característico de la Reforma, fué llevado S. Juan de la Cruz á una

dura y horrorosa cautividad. Juan de la Cruz cautivo! ¡Oh gran Dios! ¿A Ti es á quien confió su causa y la de su Orden. Santa Teresa vivía aún, y llegó á saber su desgracia. Gemía y condenaba á sus enemigos, pero inútilmente. Nada le sirvió llevar hasta el trono sus quejas y sus lágrimas: en vano imploró la protección y amparo de Felipe II, porque todo correspondía á sus deseos con debilidad, y la persecución subsistía. ¿La persecución? ¿qué expresión es esta que se me ha escapado? Yo la retracto. Nuestro Santo me lo ordena. Con ménos rigor miraba él á sus jueces. Penetremos con nuestro espíritu la tenebrosa cárcel en que estaba encerrado. ¡Ah! mucho ménos nos admirarán las cadenas que le sujetan que las virtudes que muestra. Desde la oscuridad de una profunda gruta en que se hallaba, no se le oía proferir contra los que le habían condenado el más leve motivo de queja. No se atrevía á decir si ellos estaban animados de un verdadero celo, ó el suyo era obra de la pasión. Propendía á justificarlos, porque les quería; procuraba excusarlos, porque les respetaba. Los mismos sentimientos oponía á nuevas durezas y rigores. Así que, el teatro de sus humillaciones vino, al fin, á ser el de su gloria; pues, aquellos mismos que contradecían sus proyectos los adoptaron, favorecieron y protegieron. Desengañados, al fin, sus enemigos, no dudaron en declararse los admiradores de su santidad, injustamente escarmentada, constantemente sostenida y generalmente triunfante. El Cielo mudó el lugar de su esclavitud en un lugar de consuelo y de delicias. En el más violento choque de los combates que le presentaron los hombres, oyó una voz milagrosa que le dijo: *Yo estoy contigo para librarte*. Oyóla, y se cumplió la promesa. Rompiéronse sus cadenas y quedó libre repentinamente. La Virgen Santísima, su constante protectora, se le apareció en medio de sus penas, y del seno de la nube en que iba, salió otra agradable voz que le repitió: *Sigúeme*. Lo hizo así, y quedó resuscitado por medio de un prodigio á sus discípulos, á la Reforma y á sí mismo. ¿Con cuánto respeto iban sus hijos á presentarse á él! ¿Con cuántas demostraciones de amor le recibieron! ¿Con cuántos honores le distinguieron! La abnegación, pues, añadió á los sentimientos de nuestro Santo una gloria, cuya brillantez excedió al fuego de las tribulaciones. Yo añadiré, que la abnegación aumentó á sus escritos una gloria, cuyo resplandor disipó las tinieblas del error.

Á fines del último siglo apareció en Francia el Quietismo, hereja tanto más temible, en cuanto se presentaba cubierta con la máscara de la piedad, y bajo la protección de la elocuencia. Para refutarla no se necesitaba más que exponer con precisión los principios sábios,

reflexionados, sólidos y ortodoxos de Juan de la Cruz. Sin embargo, tuvo valor esta hereja para armarse de objeciones especiosas, y producir las obras de Juan de la Cruz en justificación de los errores que condena. Cuestionaban, y se separaron dos hombres inmortales por sus talentos y por sus escritos. El uno de los ilustres rivales, era más profundo en sus obras; el otro, más brillante; el primero, más sublime; el segundo, más delicado en sus ideas; ambos, oradores, teólogos y controversistas; el obispo de Meaux con más fuerza; el arzobispo de Cambrai con más unión. Opuestos uno y otro en el modo de pensar, sobre la materia más delicada y abstracta, tuvieron á grande honor seguir el dictamen de nuestro Santo; y apelado á su autoridad, pretendían defender su doctrina con igual fidelidad y suceso... Pero los sucesos solo pertenecen á la verdad, y ésta triunfa por la doctrina de Juan de la Cruz, que es la luz decisiva que disipa todas las tinieblas. Bossuet meditó la doctrina de nuestro Santo. Después de un maduro exámen, le llama un *Contemplativo sublime*, capaz por sí solo de confundir á todos los falsos místicos; un *santo*, un *doctor*, á cuya observadora consideración se ilumina aquella noche oscura donde el alma, que está alimentada con la fe, se pierde dichosamente en el seno de la divinidad. ¿Con cuánta exactitud le defende de la sospecha de favorecer los errores que se adornan con un nombre tan respetable! Sentencia la Iglesia, y triunfan los dos rivales con mucha gloria de Juan de la Cruz: el uno, honrado de haber vencido, no tanto por su interés, cuanto por el de la verdad; el otro, además de su renacimiento por la confesión de su error, por su sumisión. Esta decisión de la Iglesia es tan honrosa á la doctrina de nuestro Santo, como lo fué á Santo Tomás la solemne decisión del Concilio de Trento. La abnegación, pues, añade á los escritos de nuestro héroe una gloria, cuya luz disipa las tinieblas del error; aumenta además á sus acciones una gloria, cuya brillantez derriba las armas de la vananza.

Del sèlo pontificio emanó un decreto que separó los dos Carmelitos. Este decreto, pues, había exigido en el nuevo un nuevo régimen. Conviene llegar al origen de este acontecimiento, tanto por la gloria de Juan de la Cruz, como por la de su Orden. El sábio y virtuoso Doria, que la gobernaba entonces, había formado un tribunal compuesto de seis hombres los más distinguidos de la Reforma, para que sentenciasen, definitivamente, sobre todos los puntos contestables. Nuestro Santo era la cabeza de él. Á vista de este reglamento se commovieron los espíritus. Hasta las mismas hijas de Santa Teresa, que no tenían á su madre por guía, se declararon contra una

obra, que miraban como un abuso. Doria apeló á la decision del príncipe. Creía detener la insubordinacion por la autoridad de Felipe II; pero todo fué en vano: la indocilidad se valió de sus recursos: llevó hasta Roma sus causas y su justificacion. Admite Sixto V las quejas y las favorece. Muere este pontífice, y Gregorio XIV dá nuevas órdenes. Juntase un capítulo general... Nuestro Santo se estremecia á vista del cisma que amenazaba al reciente edificio de la Reforma. ¿Qué hará para atajar el peligro? Emplear cuantos medios dicta la prudencia y el celo. Una lengua interesada le acusó, de que él era el autor de la intriga y el móvil del cisma. ¡Cuán sensibles no son los golpes descargados por una mano á la cual estimamos! Cuanto más sensibles le eran á nuestro Santo, otro tanto más mérito procuraba tener para con Dios. Aunque públicamente se le privó de sus empleos, haciéndole blanco de España y de la Iglesia en un lugar de destierro: aunque por una determinacion poco reflexionada, se pensaba sacrificarle en las misiones de las Indias, no condesciende su corazon un juicio tan riguroso, cuyos motivos tal vez serian legítimos. Yo he procedido mal, exclamaba, pues que he sido condenado; mis hermanos me conocen mejor que yo á mí mismo. Su virtud sale por garante de su inocencia y mi prevaricacion... Vosotros, autores de estas penas y espectadores de sus virtudes; vosotros, digo: ¿cómo habeis desechado la impresion que hace sobre vuestros corazones el heroismo de su penitencia? Sorprendidas, desengañados y confundidos, os avergonzais de no haber penetrado desde luego el velo que cubría á vuestra perspicaz atencion esta alma grande y miravillosa. Vosotros habeis retembalar con vuestros gritos todos los lugares de la Reforma que repudian vuestra injusticia. Mas ¿qué tan honrosa es para nuestro Santo esta reparacion!

¿De cuánta complacencia me sirve considerarle en el desierto de Penúela! Sus humillaciones se vuelven homenajes. Tanto el superior como los súbditos que componen aquella respetable casa, honran en él á un padre, á un maestro. Pero no debía gozar mucho tiempo de su gloria. ¡Ah! Ya habeis llegado vosotros, tristes momentos, en los que el Cielo, más riguroso que los hombres; acabará con las pruebas más terribles el sacrificio de Juan de la Cruz: ya habeis llegado. Agobiado de males, y como una victima lánguida y extenuada, no es ya su cuerpo otra cosa que una pura llaga. Á los rigores de una enfermedad la más complicada, se juntaron los de un superior insensible. Todo se renuncia para representar en él la imagen de Jesucristo paciente, crucificado, desamparado y hecho un hombre de dolor. Pero, ¡oh imprevista mudanza! Habiendo llegado á noticia del supe-

rior que en la provincia de Andalucía presidia la Reforma, las injustas vejaciones que experimentaba nuestro Santo, acudió inmediatamente allá lleno de indignacion. Con suma veneracion y tristeza, fija sobre él su vista, y dijo: «Que venga todo el pueblo á admirar el prodigio de santidad que tiene la felicidad de poseer este retiro, y el espejo de paciencia que me admira tanto cuanto más me aflige.» Á vista de este glorioso testimonio, olvidó su superior el encono; y se retractó de su mal juicio, postrándose á los pies del Santo. El mismo Dios se deleitó en coronar con los más singulares favores al héroe y al modelo de la abnegacion... Al instante le rodeó una resplandeciente luz. Como profeta, anunció el tiempo en que se habian de romper los lazos de su mortalidad. En esta disposicion, oró, perdonó, exhortó y espiró.

Quando el mundo no teme ya en los escogidos de Dios los ejemplos que le condenan, no tarda mucho en cambiar la envidia en veneracion. Al instante concede á la santidad toda la gloria que ha intentado quitarla. Parece que con el resplandor de sus auxilios, la indemniza de la injusticia de sus preocupaciones. La vida de Juan de la Cruz fué una série de prodigios, ignorada hasta entonces porque él así lo habia querido. Pero en el instante mismo en que este hombre de abnegacion cayó bajo los últimos golpes de la muerte, todo se mudó sobre la tierra. Conternados los pueblos, juntaban sus lágrimas con las de sus discipulos. Los tristes honores que se ofrecian á sus cenizas, se interrumpian con los brillantes elogios que la voz pública concedia á sus virtudes. Entónces fué cuando salieron del seno del olvido aquellos milagrosos acontecimientos que estaban sepultados, y con los que habia sido su ministerio tantas veces favorecido. Entónces se acordaban de haberle visto caminar sobre las aguas como á otro S. Pedro, y haberle hallado vencedor de la muerte bajo las ruinas de un edificio desmoronado y deshecho. Entónces se citaban y ratificaban los magníficos testimonios que habia dado de él Sta. Teresa.

Hermanos míos, imitemos las virtudes de S. Juan de la Cruz. La vida de los santos sirve de regla para la conducta de todos los hombres. San Juan de la Cruz tuvo el mérito de la abnegacion evangélica en todo su heroismo. Abrazemos, pues, la practica de la abnegacion en todo cuanto sea útil. Ella fué la que purificó sus virtudes, la que dirigió sus acciones, la que inspiró sus escritos, la que consagró sus sentimientos. En la practica de la virtud jamás concedamos nada al amor propio. Nunca sea la vanidad el frívolo motivo de nuestras acciones. No nos hagan perder nuestros talentos la modestia, que real-

za siempre los más brillantes sucesos. Pensemos ventajosamente de los demás, y tengamos por lo que hace á nosotros sentimientos humildes. Puede ser que no se nos conceda, como á S. Juan de la Cruz, recoger la recompensa de la abnegación evangélica en todo su esplendor; pero si no triunfáremos con brillantez de las tribulaciones, tendremos el mérito de sobrellevarlas sin zozobra. Si no confundimos de un modo luminoso el error y la mentira, tendremos el mérito de evitar con horror las seducciones de ella. Si no anonadamos con claridad las imputaciones de la calumnia y de la venganza, tendremos el mérito de perdonar con generosidad las malas voluntades y los atentados. En fin, si no nos adquiriéremos un renombre, que penetre con resplandor ja oscuridad de los siglos, tendremos el mérito de una virtud, que, practicada con fervor y con constancia, nos lleve por los pasos de S. Juan de la Cruz al reino de los Cielos.

PANEGÍRICO

DE SAN JUAN CRISÓSTOMO, OBISPO Y DOCTOR.

*Puit vix potens lo sapere, et sermone.
Fuit un varon poderoso en obras y en
palabras.*

(Luc. xxiv, 40.)

Santidad y doctrina: santidad, que embellece el alma de méritos y el corazón de virtudes; doctrina, que llena el entendimiento de luz ó infunde al labio elocuencia; santidad, que, combatiendo inexorable todos los apetitos de la naturaleza, todos los afanes del corazón, hace al hombre superior á sí mismo, despreciando los bienes terrenales, y por lo tanto, mejor dispuesto á la adquisición del saber, y más ávido de los ricos tesoros de la sabiduría; doctrina, que, iluminando el espíritu de una luz, tanto más intensa cuanto más vacío lo halla de afectos mandanos, le abre el seguro camino del eterno principio de todas las verdades; santidad, que, á fuerza de agonias, de privaciones y de ayunos, se procura á sí misma el fin venturoso; doctrina, que ansiosa de celo por el verdadero fin del hombre y los medios de alcanzarlo, amuestra hácia un grande objeto á los que la rodean; santidad, que, aunque humilde, ofreciéndose siempre majestuosa á todas las miradas, obliga dulcemente á amar la virtud, hasta por los malos; doctrina, que, confundiendo la ignorancia y el vicio con su esplendor benéfico, conduce eficazmente á las buenas obras, hasta á los más tibios; esos son, carísimos hermanos, las señales con que nuestro Redentor, así como formó la angusta idea que quiso ofrecernos de sí mismo y de su misión en la tierra, así, del propio modo, formó y nos puso el invariable modelo de lo que son y deben ser entre los fieles aquellos, que escoge para representantes suyos en su Iglesia, quiero decir, los obispos: ordenados para el gobierno de la redimida grey: santidad y doctrina, que constituyen la gloria de la Iglesia, la defensa de los fieles, y la inmortal auréola de los pastores;

santidad y doctrina, que simboliza aquella real matrona, que vestida del sol y coronada de estrellas, enamora el Cielo y la tierra con su majestuosa belleza en el Apocalipsis. ¿Y cuál de las innumerables iglesias no ostenta cada día en sus propios obispos, hermanadas la santidad sublime y la maravillosa doctrina? ¿De qué silla episcopal deja de derramarse este olor de virtud, que santifica, y esta luz de saber, que tanto enseña? Pero tú, sobre todas, reina del Bósforo, tú, sobre todas, alza el erguido la altiva frente, y desafiando segura á todas tus hermanas, di el nombre de Juan Crisóstomo; pues que si desapareció ya la gloria de tus Constantinos y de tus Teodosios; si tu frente, ornada un tiempo de la imperial diadema, está ahora empañada con la indigna venda otomana; si los ángustos piés, que, temblando, besaron tantas provincias á ti sujetas, se ven ahora aberrojados por el ignominioso cepo del cinco Mahoma, la gloria de santidad y de doctrina con que te ilustró tu Juan Crisóstomo, subsiste todavía, y seguirá viviendo por todas las generaciones eternamente en la Iglesia. Sea de ello una prueba esta fiesta con que le obsequiais. ¡Ojalá pudiera yo, hermanos míos, colmar vuestra devoción según me siento arrobado! pero el asunto es superior á todas las alabanzas; y ya que de todos modos algo debo decir, consentid que os lo presente como un santo de pureza sin igual en sus juveniles años; un santo lleno de inextinguible fervor en el sagrado ministerio; y un santo dotado de una paciencia á toda prueba en las persecuciones. ¡Oh gran Santo y precioso obispo! commémicame un destello de aquel fuego con que tan docientemente desde la cátedra de la verdad hablabais; y si de ello no soy digno, haced gracia á la piedad de este mi auditorio á vos devoto. A. M.

Familia insigne por nacimiento y por ilustres hazanas de los antepasados en la guerra; admirada en la paz, fecunda en riquezas, y temida por sus alianzas de parentesco; un padre esclarecido por bellicosos sucesos y por militares distinciones, y por desgracia fallecido ántes de que el hijo le conociese su ingenio agudo y sublime, tan fácil en aprender como ardoroso en el estudio, y una indóle viva e impetuosa; además, superior á los jóvenes á él iguales en condición y fortuna; tal fué, hermanos carísimos, el ancho campo que desde luego debo abrir, para pintaros las virtudes del Crisóstomo; situación bien difícil y peligrosa, mucho más que la de una vida consagrada exclusivamente al trabajo, ó á una soledad siempre libre de ocasiones. Por lo visto; qué ideas, naturalmente hablando, podrían brotar de la mente; y qué deseos del corazón en presencia del bello

cuadro que ofrece una vida, que proporciona los medios de satisfacer todo deseo, y que alimenta las ilusiones del fausto, de la vanidad y de los placeres; ideas y deseos que tanto agitan los ánimos, aún de aquellos que no tienen los medios de llenarlos? Mas la bella alma de Juan, viendo solo en todo eso apariencias, miseria y amargura, aprendió temprano á menospreciar, aún ántes de conocerlos, semejantes bienes, que parecía haberle concedido Dios con el único objeto de ver triunfar en Crisóstomo las altezas de la gracia. Cierto es, que Antusa su madre, jóven viuda de veinte años, y de notable aspecto, requerida para nuevo enlace, cerrando los oídos á cuanto no sea la voz de un vivísimo amor materno, fortificado por la luz del Evangelio, todo lo desatiende y tiene en ménos, para dedicarse exclusivamente al cuidado de sus tiernos hijos; y si la madre de Samuel, separándose de su hijo, lo consagró al santuario en prenda de gratitud al Señor, Antusa, victoriosa asimismo de la debilidad del sexo, y de los halagos de la juventud por amor de sus hijos, se inmola á sí propia en holocausto santísimo de continencia; y cierto es, igualmente, que Juan, respondiendo á la piedad de la madre, y animado de análoga pureza, se consagra á su vez á nuestro Señor Jesucristo. No viva como Samuel á la sombra del tabernáculo; no se aparezca rodeado del silencio del santuario; mas ¿qué importa? Bien sabe hallar el silencio y el tabernáculo en medio de las distracciones de la ciudad bulliciosa, y en el mismo fausto del hogar. ¿No es condición del santuario, que el hijo de un renombrado general, vista un grosero sayo, atrayendo sobre sí la burla y el sarcasmo? ¿No es ocupación del tabernáculo, que un jóven de precoz ingenio, cual lo es Juan, maestro en las humanas letras, robustecido el espíritu en la filosófica disciplina, sobresaliente á todos sus compañeros, desplegando en los argumentos de los ejercicios pedagógicos una feliz elocuencia, que admira á los iguales, arrebatada á los maestros y enajena los corazones; experimento enojado á las alabanzas, olvide por humildad su propio mérito, desprecie el inmenso caudal de conocimientos que posee, y, lleno de Dios, profiera el estudio de las Escrituras, leyéndolas y meditándolas día y noche, hasta retener largos pasajes de memoria? ¿No es propio del santuario que Juan, huyendo todo trato social el tiempo que pasa fuera del aula, todas las horas que no dedica á la Iglesia, se encierre en su aposento, y allí, solitario, divida sus pensamientos y afectos entre las meditaciones más profundas y las más fervorosas oraciones? ¿No es una virtud hija del tabernáculo, que Juan, sóbrio en sus comidas, recatado en su porte, escaso en sus palabras, ostente una severidad de costumbres y un rigor de

vida digno de veneración en un anciano morador del claustro, mientras se ve por ello acusado de insociable y salvaje?

Y aún cuanto llevamos manifestado no es sinó el principio de aquella su incomparable limpieza. Y sin detenernos en la virtud, que aunque altísima y sublime, es muy común en los héroes de Cristo, que en tolo panegírico deba casi tomarse por sobreentendida, menciono la pureza, puesto que sin su candor ninguna otra virtud es cándida, ni sin su belleza ninguna otra virtud es bella; pureza, que en Juan fué realmente angelica por la celosa custodia de los sentidos, por virginal castidad de pensamientos y afectos; pureza, cuyo severísimo rigor en Juan fué señalada por varios escritores como orgulosamente austero. Añadid, carísimos hermanos, la absoluta privación de todo recreo, aún del más inocente; añadid la piadosa y constante conferencia con S. Basilio, aya de los mejores medios de santificarse á sí propio; añadid el ardentísimo deseo de abandonar su hogar y huirse al desierto; añadid el entregarse sin cesar á la penitencia en todos los actos de su vida, que se reducía á una virtud continuada. Imaginaos ahora, hermanos míos, qué suavísimo contento el del corazón de la madre ante la santidad del hijo; y de qué goce y dulzura palpitaría el de Antusa al recoger en su hijo tan copiosos frutos de sus desvelos! No sabré deciros si presa de sublime veneración contemplando extática á su Juan como un raro don del Cielo, mientras parecia amarlo con maternal cariño cual hijo, más bien en su corazón lo reverenciaba cual ángel del Paraíso; pero si puedo asergeraros, que desde el instante que descubri en Juan el proyecto de huir al desierto con su amigo Basilio, aterrada no halla paz, angustiada no duerme, no come afanosas; y, finalmente, cediendo al más acerbo dolor, con lágrimas en los ojos y suspiros en el labio, arrojase al cuello de Juan, y sollozando exclamó: Dulcísimo hijo mio, hijo más de mi corazón que de mis entrañas, solo Dios es testigo de cuanto te amo y de lo que me cuestas; ni tú lo ignoras, que bien claro te habla mi virjez, que por tí me es más grata que el más rendido esposo, y el continuo sollozo que mi habla turba, y esto llanto tan amargo que me mancha. Tú, que eres mi única y cumplida merced por todas mis privaciones; ¿vás á prepararme ahora da eriel aislamiento? Viuda una vez de mi amado esposo; ¿he de quedar también viuda de mi hijo? ¡Oh Juan mio! si las lágrimas de una madre... quiere continuar, pero cae desmayada en los brazos de su hijo. Quézás esto os parezca, hermanos míos, una importuna demora á la santidad á que Juan es por Dios llamado; pero vosotras, madres que me estáis escuchando, no dudó perdonais de todo corazón á Antusa

este exceso de maternal ternura; ni tampoco vosotros, hermanos míos, acusareis á nuestro jóven héroe, si vencido del natural cariño cede á las súplicas de aquella madre, á la que es deudor de esa santidad que tanto la halaga.

Cede; pero crece más y más la austeridad de su vida: cede; más convierte la soledad del hogar materno en la soledad del desierto: cede; pero son mayores los rigores de la penitencia: su alimentación no es ya templanza, sino continuado ayuno; en descanso no es sueño, sino vigilia interminable; su cama no colchon ni tablas, sino el duro suelo. Cede; pero por poco tiempo. Tal género de vida, aunque tan áspero, no le complace del todo; y á la vuelta de algunos años, abandonando por fin la casa paterna, se esconde en los vecinos montes á dar nuevo pábulo á sus virtudes y padecimientos. No ve ejemplo de santidad que no se afane en imitarlo, ni rigor que no practique, ni penitencia que no haga, ni cueva donde no se oculte á orar, á meditar, á entregarse á la flagelacion ó al llanto.

Mientras tanto, un ilustre congreso de prelados pone sus miras en Juan para ordenarle obispo, cuando el héroe, amonestado con tamaña elevacion, se esconde, burla las pesquisas, y justifica su conducta con la publicacion de una obra sobre el sacerdocio; en la cual, deramando nueva y clarísima luz sobre la grandeza de los órdenes sagrados, y desarrollada la perfeccion de las virtudes que la Iglesia, junta con la gloria de Dios y la índole del santo ministerio reclaman de los sacerdotes; no permite discernir cual sea más sublime ó portentoso, ó la humildad de Juan, que rechaza la estola, ó la elocuencia de Juan, que su estima y santidad proclama. Mas depón tanta resistencia, oh Juan; júntese el celo sacerdotal con tu pureza: la voz de tu obispo te llama al santuario.

El espíritu de actividad que constituye el celo evangélico, y que á los hombres apostólicos inflama, aparece definido en las sagradas páginas un espíritu único en su fin, que es la gloria de Dios, multi-forme en sus cargos ó empleos, fecundo, benéfico y hacedor de todo bien (1). Caridad para enseñar, fuerza para contener, piedad para auxiliar, energía para resistir; valor para repeler, humildad contra los insultos, paciencia en los cuidados, las vigiliás y el trabajo; todo lo abarcó ese espíritu que resalta en el carácter del Crisóstomo, quien con su levantado corazón todo lo abraza, con intenso celo á todo ocurre, con arrelatadora elocuencia todo lo ilustra. El excesivo rigor de sus penitencias ya le ha llevado á restaurar un tanto la

quebrantada salud en Antioquia, donde Melecio le nombrará diácono, y Flaviano, su sucesor, le ordenará sacerdote, destinándole á predicar la palabra de Dios, cargo hasta entonces únicamente desempeñado por los obispos. No bien se aparece Crisóstomo en la cátedra sagrada, no bien se oyen los acentos de su voz, cuando toda Antioquia resulla pendiente de sus labios y compungida con su decir. La claridad de sus discursos ilumina los entendimientos, y todo afecto se humilla ante la uncion de sus discursos. Y cómo oponerse al imperio de una santidad, que, primero, se ofrece ella misma como ejemplo, y luego se sujeta á los preceptos? ¿Cómo resistir á una caridad, que habla en el exclusivo beneficio de los que escuchan? Extincion de odios, reconciliacion de enemistades, acrecentamiento de fervor, abominacion de la culpa, amparo de la pobreza y de la viudez, junto con la expansion de todas las virtudes; tales son los óptimos frutos del ardor de Juan, que es todo para todos hasta perder el aliento.

Mientras tanto el pueblo de Antioquia, ciegameste instigado, insulta la majestad del monarca, que iracundo, amenaza desde la metrópoli una exemplar venganza; y pasando los ciudadanos de la ira y del arroyo al temor y espanto, caen en la consternacion más aflictiva. ¡Ay de los desdichados si no fuera por el Crisóstomo! Él solo, impassible en el común y universal abatimiento, vuelve con sus palabras la calma á los desmayados corazones, levanta los ánimos; y apoyándose en las circunstancias, invita al pueblo á la compuncion, y á implorar del Señor el perdon de sus desmanes; y dejándolo postrado á los pies de los altares, corre el Santo, amante de su patria, á deponer sus lágrimas á los pies de los ministros del monarca; los que, vencidos por su elocuencia, desarmar el enojo del príncipe, quien devuelve la paz á Antioquia.

Pero más ancho campo abre Dios al celo de Juan en la silla episcopal de Bizancio. La ciudad, reina de Oriente, anhela para su obispado al más venerable de los sacerdotes, y hé aquí á Juan en Constantinopla. Comienza la santificacion de su grey mediante una completa reforma, en la que suprímida la pompa de adornos, el aparato de criados, el lujo de la mesa, hace del episcopado el celestial espejo de una voluntaria desnudez, mucho más admirable y magnífica que todo el fausto de la grandeza. Alza elocuente su voz, robustecida por el ejemplo; é inflamada su lengua por el fuego de la caridad, vibra contra el lujo, y corrige y merigera. Los ahorros del obispo proporcionan patrimonio á los pobres, alimento á las vírgenes, auxilio á las viudas, y asilo á los párvulos. Siempre está pro-

to y dispuesto á enseñar á su grey; además de las públicas y victoriosas homillas, llama á si cuantos conoce más necesitados de doctrina; y la quietud de su aposento, el silencio de la noche y las horas del sueño, todo lo consagra á la enseñanza privada. Estudia afanos las necesidades de su pueblo, recorre su vasta diócesis, erige hospitales, asiste á los pobres; y de todos esos cuidados amorosamente celoso, ni confiado más que en sí mismo, él en persona auxilia, sirve, santifica y consuela. Reserva los más vivos cuidados y las más enérgicas exhortaciones para su clero, que con cariño á su alrededor llama; y tan dulcemente acaricia, con tal persuasion aconseja, con tanta emociion flora, suplica y declama, que á la anhelada perfeccion los guía. Ningun género de miseria le arrodra ni le aqueja; las familias divididas miran en él su ángel de paz, devolviéndoles la tranquilidad; los oprimidos hallan en él su infatigable protector y patrono; las oscuras é infectas cárceles lo ven animoso, entre el hedor y los horrores, calmar la desesperacion y derramar consuelos entre las almas frías y laceradas. No hay ríña ó disputa sino que siempre fácil, siempre empuente, no acuda á ganar nuevas palmas su triunfadora elocuencia. Arranca suspiros del pecho y llanto de los ojos en sasp lácticas, en las cuales desciende patética la verdad desde la mente al corazón, y lo conmueve. En las epístolas de diferentes géneros, la lucidez, el candor, la facilidad, la prontitud, la gracia, templada con la fuerza de los argumentos, y los afectos ya simples, ya vehementes, deleitan con toda clase de sabores, y profundamente arrebatan. Si habla de compuncion ó de recogimiento del alma hácia Dios, lo donoso del estilo, las melancólicas tintas de las figuras, los éxtasis del alma, y el fuego de los deseos recuerdan á Jeremías, que más distante y más enamorado de su Jerusalén, pida llorando á las ingratas márgenes del Góbar su majestuosa belleza, y su regeneracion suspirando invoca. Si escribe de los misterios ó de la verdad revelada, sus conceptos é ideas manan del Cielo, y arrebatado como Pablo, para contemplar los dilatadísimos horizontes de la luz increada, en el vigor de las sentencias, en la valentia del estilo, en la elevacion de las imágenes, en la sublimidad del pensamiento, se asemeja al robusto Isais, á cuya divina fecundia, enforcidos los impios por su propia derrota, mejor respuesta no hallaron que una cruel sierra que lo parió por medio. Y cuando trata de la virginidad, ¿no son lirios donde paco el eterno Cordero en cada palabra, á cuya lectura síéntase el alma como arrebatada y de aquella angélica virtud embelesada? Y cuando enseña á las viudas; ¿no arma al sexo débil con aquel valor, que hace tan veneradas é insig-

nes las Judiths en el hogar doméstico y en el campo, ó las Anas en el retiro y en el santuario?

Mas la Santa Jerusalén no se reedifica sin que la envidia del samaritano perturbe sus trabajos; y es menester que cuando el hebreo, arquitecto ingenioso y desarmado se entretiene con la paleta construyendo arcos, aparezca también á un tiempo guerrero intrépido, blandiendo la espada para rechazar el asalto de los enemigos. Con igual celo el Crisóstomo, mientras amaestra y regenta á su grey, se ve al mismo tiempo obligado á combatir los alevés lobos. Llamo lobos á los herejes, que bramán alrededor blasfemias y errores; y Juan con invencible dialéctica los confunde; lobos son los anomeos, cuyos delirios Juan destruye en victoriosas contiendas; lobos son los hebreos, cuya pertinacia quehranta Juan con argumentos irrefutables; lobos son los enemigos de la vida monástica, cuyos solismos Juan descubre con maravillosa sagacidad. Per difíciles que sean las disputas, por sórtos que sean los obstáculos, por grave que sea la prueba, Juan nada teme, habla con libertad, magnánimo desafia, é invencible jamás se arredra. Es una columna de hierro, que nada dobla; es un muro de bronce, que no cede á ningún embate: columna de hierro en corregir la vida demasiado muelle de algunos monjes, que ántes servían de escándalo que de edificación á su pueblo; muro de bronce en condenar los juegos y los espectáculos corruptores de las sanas costumbres; columna de hierro en sacar á plaza las viriandades de las más ilustres matronas, convertidas en hornos de impuras llamas; muro de bronce en anatematizar la avaricia, el lujo, la dominacion y el orgullo de los grandes, bajo cuyo yugo gimen oprimidos los ciudadanos y esquilados los pobres. ¡Y todos esos grandes son los validos de la corte y los consejeros del trono! ¿Qué importa al Crisóstomo reprimen severamente á la emperatriz en persona y así como en público aplaude la edificante piedad de que sea digna, así también vitupera en ella cuanto debe.

El héroe mundano decae en la adversidad; el héroe cristiano gora en las persecuciones, y en las penas se cruce y triunfa: hé ahí las ideas del Crisóstomo. Venganza de la emperatriz Eudoxia, enojo de los grandes, intrigas de los monjes desatentados, celos de los obispos; finalmente, coligados todos esos elementos contra él, se empeñan en arrojarlo de su sede y expulsarlo de la ciudad: ya está firmado el decreto; ya los sayones circuyen iracundos el templo para arrancar de allí al gran sacerdote; mas el pueblo, todo reunido en la iglesia, amenazador y lloroso, forma con sus pechos fuerte valladar á su

propio padre, á su pastor, pues quiere defenderle á toda costa. Hijos de la filosofía, ¿qué hariais vosotros en igual ocasion? Prudencia humana, ¡ah! cuánto abusarías de un favor popular que te brinda con justa defensa y triunfo! admira al héroe del Evangelio y avergüénzate... Juan, humilde, abraza á sus sacerdotes, dá el último adios á las vírgenes allí congregadas, recomienda su grey al clero, besa anegado en llanto el suelo y el altar, y saliendo, para impedir tumultos, por una puerta excusada, se entrega en manos de los soldados, y parte. Parte, y véase con él la gloria, la honra de aquella ilustre metrópoli: parte, y por calles, templos y plazas cuando una negra melancolía; en todas las frentes se retrata la tristeza, á la que desdeñosamente contesta la atmósfera, que, condensada en nubarrones, lanza destructor granizo; y también la tierra, que en aquella misma noche sacude con horrible fragor la ciudad conternada. Parte, y con él el apoyo de los ancianos, el consuelo de las viudas, el pan de los hambrientos, la defensa de los huérfanos, y el cuidado de los enfermos, que á su robado padre inconsolables lloran. Parte, y con él la seguridad de las vírgenes, la paz del santuario, la elocuencia del púlpito, la virtud del episcopado y la santidad de los altares. Solo, en medio de tan espantosa tormenta, el Crisóstomo aparece sereno y fuerte en Jesucristo: plácido y majestuoso se enaltece en sus cadenas, mejor que un monarca en su sòlio; y ya está meditando nuevas conquistas para la Iglesia con la conversion de los bárbaros, en cuya compañía se encuentra para terminar su preciosa vida.

Mientras tanto los leopardos armados, como decía el mártir Ignacio hablando de sus verdugos, han conducido, ó más bien, arrasado al Crisóstomo hasta los últimos confines del imperio. ¡Dios mío! ¡cuántas penas, cuántos sufrimientos! Caminar errante de Europa al Asia, de provincia en provincia, de Bitinia á Capadocia, de Pitiunta á Cuuso, pequeña y desierta aldea en las soledades del penásoco Tauro; completa privacion de todo en una edad avanzada y débil; un clima siempre inconstante y molesto; miserables chozas sin cava; terrible morada sin cesar amenazada por las hordas de los Issauros, que todo lo llevan á fuego y á sangre; extramada pobreza: hé ahí, carisimos hermanos, la suerte del más grande, del más elocuente y del más santo entre todos los obispos. ¿A quién no enajena y conmueve? ¿qué alma deja de sublevarse á la vista de aquel esqueleto de un hombre ya macerado por la penitencia, y ahora consumido por la fiebre y sin medicinas, débil y sin reposo, sediento, moribundo y sin consuelo? Contempladle: no vierte ni una lágrima, no le oíríais jamás un simple lamento si no le oprimiera el ferviente llan-

to y los hondos suspiros por su amada grey, que dejada presa del cisma, conserva tanto más presente en su corazón, cuanto más de ella dista.

Las calamidades de su Iglesia le hacen florar la desgracia de tanta gente bárbara que fuera de ella se halla. ¡Oh portentos de la caridad evangélica! Solo, desvalido, enfermo y abandonado, á todas esas gentes, con su levantado corazón, abraza el Crisóstomo, y á todas socorre. Envía apóstoles á los fenicios, obispos á los persas; por el conócen á Jesucristo y son regenerados por el bautismo los nómadas oscitas, que habituados á no bajar nunca del caballo, aprenden á postrarse ante la cruz. He esta manera, los acerbos dolores de un obispo perseguido y errante se convierten en mayor gloria para la Iglesia, y acrecientan sus triunfos. Mas la tenaz envidia no se muestra aún satisfecha, y nuevo rayo es lanzado de la corte contra el Crisóstomo. No bastan los horrores de Cincuso, porque no bastan á acabar con su existencia. Sea, pues, desterrado de nuevo á Pitiuma sobre el Ponto. Dos desalmados verdugos lo arrancan de su misera choza. Sométese el héroe; y sin fuerzas y devorado por viva fieltre, emprende sin embargo el viaje entre los dolores y los insultos. El valor es auno, pero las fuerzas faltan: ó detenerse un instante, ó el Crisóstomo sucumbe y fallece.

Ánimate, ¡oh Juan! que este es el postrero de tus padecimientos. Mañana gozarás del premio; así te lo dice el mártir S. Basilio, á quien está consagrado este templo, donde la perfidia de tus enemigos, dejándote necesario reposo, se ve obligada á poner término á tu martirio. Aquí, en efecto, siente el Crisóstomo decaer sus fuerzas; pero revisiéndose al momento de una quietud majestuosa, que solo pueda comunicar la virtud evangélica, pasa tranquilo del desierto á la Gloria. Á la Gloria, de que el Altísimo quiere ofrecer á los hombres una insigne imagen en la triunfal traslación de sus cenizas á Bizancio.

(Santo prodigioso y admirable por vuestra pureza, vuestro celo y paciencia, tomad á vuestro cargo la salvacion de los que os dedican estos cultos contados en vuestra poderosa intercesion, y haced que imitemos vuestras virtudes. Negociad con el Dios grande en misericordias nuestra bienaventuranza, para que despues de alabarle, ensalzadlo y engrandecirlo por haberos hecho tan santo, le alabemos y glorifiquemos eternamente con vos en la patria celestial.

PANEGÍRICO I DE SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR.

*Quis infirmatur, et ego non infirmor?
¿Quién enferma, y yo no enfermo?
(H. A. LOS CORINTIOS, XI, 29.)*

¿Qué respetable es la verdadera virtud! No es enfadosa, rústica ni desabrida; no es desdénosa, imprudente, adusta, seca ni desapacible. Aborrece, si, la ostentacion, el fausto y el artificio; es enemiga de todo engaño; y nunca puede asociarse con la mentira. Majestuosa en su noble simplicidad, se muestra humilde; pero esto es, precisamente, lo que acrecienta su hermosura. Es verdad que ignora esos aires de cortesania mundana, que tanto desdican de su sinceridad; pero tambien es cierto, que nada omite para dar al Criador y á las criaturas lo que les compete; que siempre atiende á dar honor á Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. El hombre virtuoso, dice el Profeta, conserva su corazón en la ley de Dios, y la tiene delante de sus ojos. La única regla de su conducta es la voluntad del Señor su Dios; el modelo que se propone es Jesucristo crucificado; el Evangelio es su ley, y las Vidas de los santos su escuela. En imitar á los escogidos y amados de Dios en su santidad consiste todo su estudio; piensa en la muerte, en la eternidad y en el Cielo; se consuela con las verdades eternas de nuestra santa y adorable religion; y ocupado de continuo en amar á Dios y á los suyos, se alimenta del amor divino, vive de la fe, y es el justo tan elogiado en los libros santos.

He ahí, hermanos míos, el retrato de la verdadera virtud, segun san Pablo. De él se valen los ascéticos para exhortar á los hombres á considerar la virtud como es en si misma, y no como el mundo la pinta. Yo me aprovecho del mismo retrato para daros á conocer al héroe de vuestra devocion, al padre de los pobres enfermos, al hombre caritativo, que el Cielo presentó en Granada, al español más benéfico que ha dejado verse en la tierra, al verdadero amigo de sus

semejantes, al grande, al esclarecido y admirable san Juan de Dios, cuyo solo nombre revela toda su virtud, todo su mérito, toda su grandeza. ¿No puede asegurarse, que cuanto se enuncia de la virtud se predica de este Santo prodigioso? En este discurso lo vereis. San Juan amó á su Dios cumpliendo con sus divinos preceptos. Por amar de Dios amó también á los hombres con una caridad tan acendrada, que bien podia decir á todos como san Pablo: *quién de vosotros enferma, y no enfermo yo en él?* Está indicada la materia que le elegido para formar el panegirico de san Juan de Dios con provecho de vuestras almas. Dios quiera favorecerme con su gracia. A. M.

Siendo concebidos en pecado, todos nacimos esclavos del demonio, hijos de maldición y objeto del furor divino. Pero los cristianos renacimos en las saludables aguas del bautismo, y, desde entonces, gozamos la preciosa libertad de hijos de Dios, adquirimos derechos á la herencia eterna de la Gloria, y entramos á ser miembros del cuerpo místico de la Iglesia, de la cual es *cabeza* Jesucristo, *cuello* su santísima Madre, y *pie* los santos padres y doctores escogidos por el Espíritu santo para regirla y gobernarla. Ved ahí nuestra dicha, los títulos de nuestra nobleza y nuestra incomprendible dignidad. El nacimiento ilustre, la familia distinguida, las alianzas honoríficas, los puestos elevados, la fortuna brillante, los empleos brillantes y lucrativos, los nombres magníficos, y toda esa grandeza ampulosa que tanto se aprecia entre los mundanos; ¿qué viene á ser sin las virtudes cristianas? Nada. Llenos están los Infiernos de esos dichosos del mundo, de esos héroes de la fábula, de esos empujados, que se han dejado ver sobre la tierra. Pero ¿han sido felices tan siquiera en ella? No, carísimos hermanos. Los monarcas más poderosos no han podido impedir que nazcan las cruces en los mismos regios alcázares, sembrados sembrado Dios en todas partes. Solo la virtud cristiana puede convertir en flores las espinas, los trabajos en delectaciones, la tribulación en gozo, la penitencia en consuelo. La virtud sola, auxiliada de la gracia, tranquiliza el espíritu, dilata el corazón, desvanece los espantos, disipa los temores y hace gustar al alma una alegría pura, precursora de la que gozan los bienaventurados en la Gloria. Bórense en hora buena los mundanos de la modestia, de la circunspeccion, de la vida penitente y fervorosa de un virtuoso y timorato; llamen iluso, fanático y preocupado á un buen cristiano; y juzguenle con la sabiduría nécea é insensata del mundo; que al fin todos vendrán á confesar, que solo son dichosos los que aman á Dios y cumplen con sus preceptos.

Hablem sinó los hechos: preséntese san Juan de Dios á la consideración de los sensatos: examinen su vida prodigiosa, siganle en todas sus pasos; y si en su juventud le encuentran disipado, admiren su conversión, vean su asombrosa penitencia, mediten sobre el amor divino, que abrasaba su corazón, fijen su atención en sus virtudes heroicas; y digan si no es cierto, que los que desprecian las pompas y vanidades del mundo por seguir á Jesucristo, son los verdaderos grandes, ricos y poderosos de la tierra. Es educado nuestro Santo en el temor de Dios: le enseñan sus padres á huir del pecado; pero él huye de la casa paterna, sienta plaza de soldado y se perverte. En la licencia militar el error era su padre, la disolucion su madre, la maldad su compañera. Este jóven inexperto se desboca, se precipita, comete un delito de esos que en la milicia se castigan con la pena de la vida, y es justamente condenado á la horca. Pero Dios le mira desde el Cielo, la Providencia le tenia destinado para ilustrar al mundo con sus virtudes, y dispone que no se ejecute la sentencia de muerte en nuestro Juan, sinó que sea arrojado ignominiosamente del cuerpo y entregado á los remordimientos del crimen. Aquí puede decirse que principia la vida santa de este nuevo Pablo, de este Agustín convertido, de este Bruno penitente.

San Juan de Dios, ilustrado con las luces de la fé, mira sus pecados como los miraron san Pedro y la Magdalena, las Pelagias y Egipcacas, los Ciprianos y otros mil y mil santos, que asombraron al mundo con sus penitencias. En la soledad de su corazón estudia al hombre, y conoce lo que es cuando, presa de sus pasiones, condena las máximas del Evangelio, se fabrica una especie de religion acomodada á sus sentidos, y vive sin fe, sin devocion y sin piedad. Á los pies de Jesús crucificado comprende, que los gustos, alegrías, diversiones, felicidad y riquezas de los mundanos, son nombres espiciosos propios para enganar á los mortales; y con la gracia que le iluminaba los detesta, los abomina, los relega al olvido de un desprecio eterno, y dice á su Dios como el publicano del Evangelio: Señor, pequé, tened misericordia de mí.—Entonces el Dios de los humildes infundió en su siervo la gracia que santificó á la Samaritana, á Zaquero, á la pública Pecadora, á la Mujer adúltera, al buen Ladrón, y á cuantos le invocaron humildemente. El espíritu consolador inflama el corazón de nuestro Santo, le llena del amor divino que hizo un serafín de la Magdalena; y después de haberle dirigido para hacer una confesion general muy dolorosa, le presentó al mundo como á los apóstoles en Jerusalén el día de Pentecostés. No se contentó Juan con confesar, detestar y arrepentirse de sus culpas y

pecados: la llama del amor divino le devoraba; amaba á su Dios y Señor con un amor tan fervoroso, que deseando acreditarlo con pruebas ciertas y positivas, marchó al África á dar su vida por Jesús, á sufrir y padecer los dolores y tormentos del más cruel martirio, creyendo que así podría demostrar la sinceridad de su conversión, y el amor que tenía á Jesucristo. Llegó á Ceuta, encontró á un caballero portugués con su mujer y cuatro hijas sumidas en la mayor miseria; y no solo se ofreció á servir de criado á aquella pobre familia, sino que movido de aquel fondo de compasión y caridad que formaba su distintivo y carácter, se puso á trabajar de peon en las obras públicas para ayudar con su triste jornal á aquellos necesitados. Aquí se descubre el terreno en que este santo prodigioso habria de manifestar sus virtudes dependientes del entrañable amor que tenía á Dios y á los hombres. Esta caridad ardiente le dió á conocer la voluntad de su divino Redentor; y por cumplirla, se retiró á España y llegó á Gibraltar. Caminando cierto día hácia el interior de la nacion católica, encontró á un niño hermosísimo que caminaba con los pies descalzos. Era Jesús, que mostrando en su mano una granada abierta, de cuyo centro salía una cruz, le dijo: Juan de Dios, Granada será tu cruz; y al punto desapareció. ¿Quién será capaz de haceros percibir el dulcísimo consuelo de que fué inundado en esa ocasión este prodigioso Santo? Es verdad que entonces no comprendió el misterio; pero tambien es cierto, que se acrecentó en su alma el amor celestial que infunde el Espíritu santo en los corazones de los justos, y que va no tenia otros pensamientos que los que tiene un verdadero penitente, un hijo de la gracia, que hace ángeles de pecadores.

Llega por fin á Granada San Juan de Dios. Asiste á un sermón, que predicaba el venerable Ávila, llamado el *apóstol de Andalucía*; y el Señor encendió en su corazón un arrepentimiento tan vivo y una contrición tan perfecta de sus pecados, que llenó la iglesia de sollozos y gritos descompasados. Salíó á las calles y plazas; y como si fuera un frenético, por todas partes iba gritando y diciendo á voces: *¡Señor! misericordia; Señor! misericordia*. Todos creyeron que habia perdido el juicio: le tuvieron por loco; le tomaron por su cuenta los muchachos y gente de la plebe; y bien comprendéis cómo le tratarían. Pero San Juan de Dios amaba á Jesús, vivía en los brazos de la penitencia; y el sufrir desprecios, baldones, oprobios, afrentas, dolores y trabajos era lo que deseaba su alma atribulada con el recuerdo de sus pecados. Loco, loco he sido, efectivamente, en haber pecado y ofendido á mi Dios; loco soy en no convertirme produciendo frutos dignos de penitencia; merezco todo cuanto se me haga su-

frir; atormentad, herid y despreciad á este miserable merecedor de las penas del Infierno. Así se explicaba públicamente San Juan de Dios por todos los puntos de Granada, ofreciendo un espectáculo tan extraordinario, que llamó la atención de las autoridades, las cuales llevaron al Santo á presencia del venerable Ávila, para que examinase su espíritu y viese cómo debería tratarse á un hombre tan raro y singular. El gran maestro, conocedor de espíritus, quedó admirado de la heroica simplicidad del humilde penitente; alabó á Dios por los adorables desiguos de su providencia; consoló á Juan, exhortándole á que pusiese toda su confianza en la infinita misericordia del Dios, que habia muerto por nosotros en una cruz afrentosa; le mandó que se abstuviese de aquel género de mortificación, ordenándole que cesase en su aparente demencia; y San Juan de Dios quedó consolado, sumiso y obediente á la voluntad de Dios manifestada por su ministro.

Repentinamente se notó en el Santo una mudanza asombrosa; la que dando á conocer á todos los motivos verdaderos de sus extrañas humillaciones, principiaron á venerarle y á tenerle por lo que era; por un asombro de penitencia. Creció la admiración de los grandes y poderosos, de la nobleza y de la plebe, al observar que San Juan de Dios se presentaba como el modelo y ejemplar más edificante de la caridad, de la compasión, piedad y misericordia; y, efectivamente, este era el terreno en que el Omnipotente quiso dar á conocer á siervo fiel entregado á su servicio. La caridad es el complemento de la ley, segun San Pablo: ella hace suave el yugo de Dios y ligera su carga; es el alma, la vida y la fuente de todas las virtudes; y sin ella, ni la fe, ni la profecía, ni el martirio tienen precio delante del Señor. La caridad es en el órden la última de las virtudes teologales, pero es la primera en la perfección y la más excelente de todas; porque á todas las manda, á todas las perfecciona, á todas las mueve, á todas las dirige y todas las sirve; pudiéndose asegurar, que en donde reina la caridad están todas las virtudes, y aún Dios mismo, porque Dios es caridad, segun San Juan Evangelista. La caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera; es benigna y apacible y se alegra de la verdad, repugnándole la envidia, la ambicion, la soberbia y la maldad. La caridad... pero al describirla se me figura que hago el elogio de San Juan de Dios, porque esta reina de las virtudes parece que fijó su asiento en este Santo maravilloso, y que en el quiso darse á conocer á los mortales. Amó San Juan de Dios á su Dios con toda su alma, con toda su mente, con todas sus potencias y sentidos; llegando á ser este amor divino el distintivo de este Santo, el móvil de todas

sus acciones, el alma, la vida y el corazón de esto serán encarnado. De ahí el verso en San Juan de Dios vivas, latentes y palpitanes todas las doctrinas de los santos Padres en orden á la caridad. Si San Agustín dice, que el hombre, compuesto de alma y cuerpo, es de dos maneras objeto de la caridad, en San Juan de Dios deja verse que la caridad socorre al hombre en sus necesidades corporales; que le viste si está desnudo; que le alimenta si está hambriento; que le visita si está en la cárcel; y que le ayuda, le asiste, le sirve, regala, consuela y socorre si está enfermo. Si la caridad, dice otro santo Padre, sirve de ojos al ciego, de manos al manco, de piés al paralítico, y es un remedio universal á las enfermedades del cuerpo igualmente que á las del alma; si la caridad alumbrá al hombre que vive en las tinieblas de la ignorancia, alienta al que desfallece de pena y llena la alegría, la paz y el consuelo á los desolados; ¿no se ven, se palpán, se sienten y se perciben todas estas cosas en San Juan de Dios? Vede en aquella pobre casa que alquiló en Granada, para recoger á los pobres enfermos que encontraba abandonados en las calles, y en el caritativo cuidado y diligente solicitud con que los asistía, socorria y atendía, y conoceréis que San Juan de Dios, semejante á la gallina amorosa que tanto se afana por sus polluelos, no pensaba más que en llamar, buscar y recoger enfermos y necesitados para socorrerlos, cuidarlos y ampararlos. Conoceréis que su caridad eximia le hacía mirar su pobreza evangélica como un manantial inagotable de riquezas, y que con ella no dudó emprender la obra más colosal que en aquellos tiempos tuvo lugar en la España: pues sabido es, que de aquel primer asilo de los pobres enfermos se hizo á impulsos del celo de San Juan de Dios el hospital más grande y famoso de toda Europa. Comprenderéis también, que un Santo, encendido y abrasado en amor de Dios y de los hombres, es el más á propósito para fundar, como nuestro Santo fundó, la Religión de la Hospitalidad, que Dios suscitó para renovar en él y en sus hijos la caridad fervorosa de los primitivos siglos de la Iglesia; y no extrañareis, que tan benéfico y humanitario instituto se haya extendido por todos los ángulos de la tierra, siendo el asombro y admiración, no solo de los fieles, sino hasta de los mismos ímpios, que habiéndose declarado contra las órdenes monásticas, respetaron la esclarecida de San Juan de Dios, tipo, modelo y ejemplar de toda obra inspirada, dirigida y consumada por la caridad. Seguíd los pasos de este singular hijo de la caridad, y le vereis salir de su hospital para ir á socorrer á los pobres vergonzantes, á amparar á las doncellas pobres, á sacar con sus santas industrias á las mujeres perdidas del infeliz estado de la

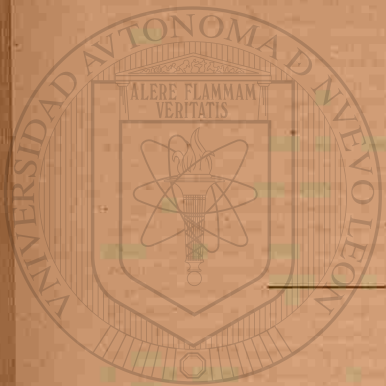
culpa al dichoso de la gracia, y tomar sobre sí la solicitud de todos, como san Pablo, á quien siempre imitaba diciendo á todos sus semejantes: ¿Quién de vosotros enferma, y yo no enfermo con él? *¿Quis infirmatur, et ego non infirmor?*

Hombre de este temple, formado en la escuela de Jesús, y dirigido por su santo espíritu, no podía obrar ni vivir sin pensar de continuo en su Dios, sin alimentarse de la oración, manjar de los santos, como lo aseguran los santos mismos. Siempre oraba san Juan de Dios, puesto que nada hacía sino pidiendo, suplicando y alabando á su divino Redentor. De ahí el haberle dotado Dios del don de la más alta contemplación, el haberle favorecido con las mayores gracias, el haberle dispensado el don de profecía y de milagros, y el haber merecido que se le apreciase en una ocasión María santísima, y le dijese: *Juan, por las espinas y trabajos merecerás la corona de gloria que mi Hijo te tiene preparada en el Cielo.*

Encontró un día San Juan de Dios un pobre, que, al parecer, estaba para espirar: cargó con él, le llevó al hospital, lavó los piés, y al ir á besárselos, como acostumbraba, vió que los tenía tñadratos como los de un crucifijo: levantó los ojos para ver al pobre, y halló que era Jesucristo, que le decía: Juan, todo lo que haces con mis pobres lo recibo yo como si lo hicieras conmigo mismo: cuando tú lavas sus piés lavas los míos; cuando curas sus llagas curas las mías. Dicho esto desapareció el pobre divino y celestial, dejando á San Juan de Dios cercado de una llama tan resplandeciente, que los enfermos, asustados, creyeron que se había prendido fuego y que arría el hospital. Después de esto principió á enfermar de amor este santo esclarecido: dijo entonces su vista en el Cielo, se preparó con los santos sacramentos; y encomendando su espíritu en manos del Señor, murió como santo, y los ángeles le introdujeron en la patria del descanso eterno; en donde por los siglos de los siglos será dichoso y feliz por haber sido virtuoso.

He concluido; pero no bajaré de este púlpito sin exhortaros á hacer aplicaciones para que me digáis, si puede enunciarse de la virtud alguna excelencia que no haya manifestado nuestro Dios en este su santo Siervo. Si no tenemos en él el modelo y ejemplar más á propósito para convertirnos al Señor; confiar en su piedad y misericordia; emprender con su gracia el viaje del Cielo por el camino de las virtudes; y prometernos de la bondad inmensa de nuestro Dios aquella gracia eficaz, que hizo tan santos á los apóstoles, tantas veces reprendidos de terrenos y carnales por nuestro divino Salvador y Maestro. Si en estos tiempos se desprecian las aseveraciones teóri-

cas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traído á este santo templo. No perdáis de vista á San Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalén de la Gloria, que á todos deseo. *Amén.*



PANEGÍRICO II

DE SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR.

Ordinavit in me charitatem.
Ordenó en mí el amor.

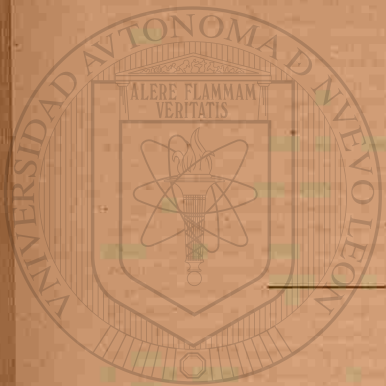
(CANT. II, 4)

¡Cuán raras son las obras de la caridad que, fijando sobre sí las esperanzas del mundo; se arraiga al mismo tiempo las gracias del Cielo! La apariencia de los sentimientos no siempre lleva el sello de la sinceridad. Es una caridad política, á la cual mueve el interés; una caridad ostentosa, cuya vanidad corrompe el mérito; una caridad que sorprende al mundo, porque no sabe conocer la falsedad ni la hipocresía. El mundo es el centro de la ilusión. La verdadera caridad es pura en sus motivos, sublime en sus designios, desinteresada en su conducta, humilde en sus sucesos; y hace igualmente el elogio, tanto de la religión que la inspira, cuanto del héroe que la practica.

Todavía no he citado á S. Juan de Dios, pero ¿será necesario nombrarle para quien reconozca su carácter? Como modelo, apóstol y víctima de la caridad, la consagró sus trabajos, encontró en ella su gloria, y parece que la ofreció todas sus virtudes. Si reflexionamos acerca de sus acciones y sentimientos, hallaremos, que la caridad misma se tomó el cuidado de formar su corazón. Al oír su voz todo lo dejó, todo se atrevió á emprenderlo, y todo consiguió realizarlo. O por decirlo mejor, el Cielo fué quien llamó á nuestro Santo al ingrato y penoso ministerio de la caridad; dirigiéndole y señalando sus pasos con el resplandor de sus milagros. *Ordinavit in me charitatem.*

La caridad que Dios inspira fué su vocación. La caridad que Dios anima fueron sus empresas. La caridad que Dios corona fué su recompensa. Os lo demostraré despues de implorar los auxilios de la gracia por la intercesion de la Santisima Virgen: A. M.

cas, y se piden hechos positivos que afecten á los sentidos, hechos irrefragables os he propuesto. Meditadlos en el hombre virtuoso que nos ha traído á este santo templo. No perdáis de vista á San Juan de Dios, pues que él os señala la senda recta que conduce á la celestial Jerusalén de la Gloria, que á todos deseo. *Amén.*



PANEGÍRICO II

DE SAN JUAN DE DIOS, FUNDADOR.

Ordinavit in me charitatem.
Ordenó en mí el amor.

(CANT. II, 4)

¡Cuán raras son las obras de la caridad que, fijando sobre sí las esperanzas del mundo; se arraiga al mismo tiempo las gracias del Cielo! La apariencia de los sentimientos no siempre lleva el sello de la sinceridad. Es una caridad política, á la cual mueve el interés; una caridad ostentosa, cuya vanidad corrompe el mérito; una caridad que sorprende al mundo, porque no sabe conocer la falsedad ni la hipocresía. El mundo es el centro de la ilusión. La verdadera caridad es pura en sus motivos, sublime en sus designios, desinteresada en su conducta, humilde en sus sucesos; y hace igualmente el elogio, tanto de la religión que la inspira, cuanto del héroe que la practica.

Todavía no he citado á S. Juan de Dios, pero ¿será necesario nombrarle para quien reconozca su carácter? Como modelo, apóstol y víctima de la caridad, la consagró sus trabajos, encontró en ella su gloria, y parece que la ofreció todas sus virtudes. Si reflexionamos acerca de sus acciones y sentimientos, hallaremos, que la caridad misma se tomó el cuidado de formar su corazón. Al oír su voz todo lo dejó, todo se atrevió á emprenderlo, y todo consiguió realizarlo. O por decirlo mejor, el Cielo fué quien llamó á nuestro Santo al ingrato y penoso ministerio de la caridad; dirigiéndole y señalando sus pasos con el resplandor de sus milagros. *Ordinavit in me charitatem.*

La caridad que Dios inspira fué su vocación. La caridad que Dios anima fueron sus empresas. La caridad que Dios corona fué su recompensa. Os lo demostraré despues de implorar los auxilios de la gracia por la intercesion de la Santisima Virgen: A. M.

Siempre fiel el Señor a su Iglesia, nunca dejó de tener sobre ella designios misericordiosos. En cuál de las vocaciones de los santos manifestáronse sus misericordias con más brillantez que en la de San Juan de Dios? El día de su nacimiento parece que presagiaba ya las maravillas que la Iglesia podía esperar de él. La cuna de los príncipes es el primer teatro de su debilidad; pero la de nuestro Santo lo fué de su gloria. Un nuevo profeta le anunció; un ministro, divinamente inspirado, aseguó, que en los decretos eternos estaba destinado san Juan de Dios para venir á ser el protector y el padre de los pobres. Pero, antes de admirar la fidelidad del Santo, observemos la conducta de Dios para con él; los ejemplos edificativos que le mostró, las revelaciones imprevistas que le suscitó, y las particulares gracias con que le colmó. Tales son las miras que preparan y deciden la vocación de nuestro Santo. Su caridad es inspirada por Dios. El ejemplo es un maestro poderoso y lleño de imperio, sobre todas las edades huyire; pero en la juventud encuentra más docilidad, y casi siempre hace sobre ella impresiones más fuertes y durables. Nuestro Santo le halló muy persuasivo; en la edificante conducta que ofrecieron á sus reflexiones los sábios y virtuosos autores de sus días, incapaz aún de experimentar sus vehementes impulsos, estudiaba ya sus útiles lecciones. Una probidad cierta y segura, unas costumbres irreprehensibles, unos cristianos sentimientos, son solamente las riquezas que recoge para su hijo el padre de Juan de Dios. Contento con una decente posición social, y poco coloso de una prosperidad dañosa, supo, hasta en las ocasiones más deplorables, hallar recursos para socorrer la indigencia, y asilo para los afligidos. Su corazón era ingenioso para suministrarles más allá de sus esperanzas y de sus deseos. Casi se puede crear, que los tesoros se multiplicaban entre sus manos caritativas. Estos generosos sentimientos de un padre misericordioso, los veía crecer nuestro Santo, animados por los tiernos cuidados de una madre, cuyo nombre nos callan los historiadores, aunque le consagran á la inmortalidad con el de madre de los pobres.

Movido Juan de Dios de tan admirables ejemplos; ¿cómo era posible que no los abrazase y estuviese penetrado de ellos? ¡Ah! los elogios, que con la voz del reconocimiento prodigaban los infelices á sus padres, le parecían otros tantos motivos para merecer por las mismas acciones iguales recompensas. Los ejemplos que fijaban su atención formaban sus sentimientos. Apenas se conoció á sí mismo cuando advirtió, que la mayor felicidad consistía, no en la grandeza, ni en la opulencia, sino en el delicado placer de hacer felices á otros.

¡Oh Religión santa! ¡Oh Iglesia de Jesucristo! ¡Cuánto te debes prometer de una caridad, cuyos primeros ensayos parece que están anunciando una virtud consumada!

Mas ¿qué imprevisto acontecimiento trastornó, al parecer, los proyectos de Juan de Dios, engañó la esperanza de los pobres, y se opuso á las miras de la Providencia? Apenas salió de las tinieblas de la infancia, cuando, como otro José, fué arrancado del seno de una familia llorosa y dolorida. El Cielo lo permitió, para abrir á Juan de Dios la carrera por donde debía de caminar. Era menester que expuesto á todos los rigores de la pobreza, probase por medio de una útil experiencia los horrores y lústimas de semejante estado; y que conociese por la caridad que se ejercía con él, la obligación que tenía de ejercitarla con los demás. Aquel es más sensible á la miseria humana, que por sí mismo ha sido la víctima de ella. Pasó nuestro Santo de estado en estado, y en todas partes fué digno de elogios, en todas superior á su humilde fortuna: hasta la misma envidia le respetaba. La virtud brilla en medio de las tinieblas... Yo veo á su mérito en disposición de proporcionarle un enlace tan blasonero como inesperado. Mas no, gran Dios; no es por el camino de los honores, ni de las riquezas por donde queréis dirigir á este vaso de elección; es por el de las contrariedades y por el de los reverses de la fortuna. Cuando parece que más bien le alejas de Ti, sabrás unirte lo estrechamente. Haz que tocado con tu mano aprenda á conocer tus designios, respetarlos y conformarse con ellos. Llegará tiempo, en que sea un gran pecador, para más bien ser después un hombre de caridad. En los peligros de la guerra le esperas: el héroe prepara al santo. Consideradlo entre los dios más grandes principes de la cristiandad, atrayéndose ya las atenciones de toda la Europa. Carlos V y Francisco I se habían empeñado en unas guerras casi siempre renacientes. España vió á Juan en el sitio de Fuentesrabia, animado de un valor noble é intrépido, estimulado por la gloria de la patria, que le hizo arrostrar los peligros y menospreciar la muerte. La verdadera virtud hace siempre á los hombres tales como lo deben ser. ¡Dichoso el si, inaccesible su corazón á los sentimientos del temor; lo hubiera sido igualmente á las impresiones del escándalo! Mas ¡ah! cuán dificultoso es en medio de la licencia de las armas escuchar siempre la voz austera del deber! Presentóse la seducción, y se entregó á ella; olvidóse de su piedad, trocósele el corazón; y degenerando su santidad, cayó como hombre miserable. Ya no era Juan de Dios el mismo que antes. Pero, aunque la flaqueza tenga sobre él algunos derechos, no los conservará por mucho tiempo: la reflexion le atraerá bien pronto el

arrepentimiento; los remordimientos seguirán á su delito. é iluminándole el Cielo, le moverá la gracia. Herido y atemorizado como otro Saul, percibía, bañado en su sangre, la horrorosa imagen de la muerte. El sepulcro se le abrió á sus ojos... ¡Qué objetos tan tristes! Una seria reflexión sobre sí mismo le puso en claro toda la vergüenza y el delito de sus extravíos. Agitado y lleno de turbación, gemía, suplicaba y se mudaba. Improvisamente se le vió renacer á la virtud y á la vida. Mas ¡ah, hermanos míos! ¿Era acaso necesario, que escapase de este peligro párs que entrase en otros mayores? Aunque lleno de gloria tocó el instante de la muerte, le faltaba todavía llegar á sus puertas, lleno de terror, de ignominia y deshonrado. Los santos siempre tienen enemigos. Acaeció, pues, un robo, y al parecer recalan sobre S. Juan de Dios los indicios de tan odioso crimen. Sospechaba en él la desconfianza, le acusaba la calumnia, y le condenaba la injusticia. ¡Santidad, gran Dios, cuidad de su vida! Vos sois el protector de la inocencia; á Vos, y no á otro, toca el defenderla. Apenas pasó un corto tiempo, cuando se observó á nuestro Santo, que caminaba por instantes á expiar en un suplicio infame, un delito que no había cometido. Mas no perecerá; se reconocerá el error, y triunfará la verdad. Descubrióse el delincuencia, y se le castigó, quedando justificada la inocencia. Los enemigos de nuestro Santo vinieron á ser sus admiradores. Llenó la Providencia sus designios; y, por medio de las gracias más singulares, condujo al héroe de la caridad al término de su vocación. Hasta ahora, hermanos míos, habeis visto en nuestro Santo un hombre, á quien una mano invisible condujo por sendas desconocidas. Había adorado los designios del Altísimo sin percibirlos. Todo se cambió. Á los ojos de este nuevo profeta se descubrieron los misterios de lo futuro. Bajo de una imagen sensible, fué instruido de las pruebas que le esperaban, de los trabajos que le llamaban, de las dificultades aunque gloriosas empresas á que el Cielo le destinaba. Él sabía todo cuanto había de suceder; y con esta cierta ciencia, se inflamaba su celo y se trasportaba su caridad. La divina Providencia le prometía menos revases de los que él deseaba.

Los grandes corazones forman siempre vastos proyectos. Si alguna vez no tienen la gloria de la ejecución, logran, á lo ménos, el mérito del deseo. Los de Juan de Dios no habian sido, desde luego, conformes con las secretas miras que el Cielo tenía sobre él. Clamaba por el martirio cuando le preparaban para el apostolado. Santamente ansioso para derramar su sangre por la gloria de Jesucristo, huía de su patria, y se lisonjaba de hallar en los crueles discípulos de Mahoma unos enemigos irreconciliables del nombre cristiano; unos tira-

nos favorables á sus generosos designios. Vencedor ya de la peligrosa tentación que le presentó un fio, dispuesto á colmarle de beneficios, huyó de sus ruegos y de sus lágrimas, surcando, tan pronto sobre un débil barquichuelo las olas de la mar, como viéndose en Argel y en Túnez, en cuyas capitales hubiera querido atacar al mahometismo, predicar el Evangelio, enarbolar el estandarte de la cruz, hallar mazmorras, hogueras, calalsos y hasta la misma muerte. Pero ¿qué voz es la que se percibe? *Juan de Dios: Granada será tu cruz...* Juan de Dios! ¿Qué nombre este tan admirable! El Cielo es quien se lo dá. *Granada. ¿Qué teatro! El Cielo es quien se lo designa. Granada será tu cruz.* ¿Qué destino! El Cielo es quien se lo concede... Escucha Juan de Dios, escucha y obedece. Olvidate del Africa, no te acuerdes de sus tiranos ni de sus suplicios. Tu muerte no es necesaria á la Religion; pero tu vida es muy preciosa á la Iglesia. No serás mártir de la fé; pero lo serás de la caridad. Granada te ofrece una carrera penosísima, inmensa y dilatada. Muda de resolución; camina bajo la protección del Dios que te guía, y emprende lo que quieras. Tú no morirás en los tormentos; vivirás, empero, entre los sufrimientos. Cuanto más prolongado es el martirio, más perfecto es el sacrificio. Iluminado, pues, nuestro Santo acerca de su vocación, no aspiraba ya á otra cosa que á cumplirla. Marchó inmediatamente hácia Granada, cuyo nombre tenía para él mil atractivos. En ella encontró cruces que sobrellevar, ya que esto era el colmo de sus deseos; y si el ministerio que más lisonjé á su corazon es el de socorrer la indigencia, conseguirá, igualmente, ser el padre de los pobres.

Obstáculos sin cuento se oponen á sus designios. Empero, muchas de las contradicciones que experimenta nacen del singular artificio que inventa su humildad. Un pretendido delirio le acarrea insultos públicos. El discípulo de la Cruz se atrevió á imitar esta santa locura; locura respetable, pero que le atrajo sobre su conducta mil sospechas inicuas. Accion digna de un héroe evangélico; en la que ahoga la religion las últimas semillas de amor propio. ¡Oh Dios mio! permíteme que tu siervo sufra los viles tratamientos de la más negra calumnia, para que del seno de las humillaciones salga su gloria más pura y más brillante. En el mismo Granada le prepareste un defensor, un panegirista... Los hombres virtuosos siempre se interesan por los triunfos de la virtud.

Poseía entonces Granada un hombre poderoso en obras y en palabras; prodigio de penitencia, gloria del sacerdocio, edificación de la Iglesia por sus virtudes, su apoyo por su celo, su oráculo por su doctrina; en suma, á Juan de Avila, varón de ingenio vasto, profun-

do y universal; director prudente, pero firme; predicador célebre y digno de serlo; apóstol de la Andalucía, respetado en toda España, conocido del universo; hombre de consejo y de autoridad, cuyos dictámenes adoptaban los príncipes, de cuyas luces se aprovechaban los sábios, y á quien Sta. Teresa miraba como su defensor, y le consultaba como á su guía y su modelo... Nada más propio que un santo para formar la santidad. Juan de Dios necesitaba un hombre tan universalmente acreditado como éste, para justificar las misteriosas sendas de su piedad, y para desengañar á aquellos á quienes una apariencia poco favorable tenía sorprendida la decision. Los hombres condenan muchas veces lo que debieran admirar. Presentóse nuestro Santo en el tribunal de su juez, y sentenció Ávila. En su conducta descubrió el espíritu del Evangelio; lo aplaudió y admiró. Como apologeta elocuente de la santidad, disipó las preocupaciones, confundió á los censores, y aseguró el respeto público á aquel contra quien habia visto levantarse los príncipes, los magistrados, el mundo y el Infierno. En este caso ¿qué podrían contra sus empresas los enemigos de su virtud?

Intenta levantar un edificio vasto é inmenso, proyecto digno de un rey poderoso, y, acaso, superior á las fuerzas de muchos príncipes reunidos, y abrir á la miseria enferma y abandonada un asilo contra las injurias del tiempo y contra las humillaciones de la pobreza; pero todo esto sólo, sin recursos, sin proteccion. ¡Hombre temerario! exclamaba la prudencia humana, siempre desconfiada y temerosa; ¿á dónde te arrastra la indiscrecion de tu caridad? ¿Bastará ella sola para realizar tus designios? ¿Cuáles son tus riquezas? ¿Cuáles son tus protecciones? Responde que Dios es tu apoyo; pero eso es tentar su providencia. La confianza es una virtud, la presuncion un delito. Más vale no comenzar una obra que abandonarla despues de haberla empezado. Juan no se cuida de esas murmuraciones; emprende su obra, y levanta á la caridad un monumento, que no debe ser sepultado sinó con la destruction de los siglos.

Apénas se hubo abierta este asilo á la indigencia, cuando se vieron en él todo género de enfermedades. Teatro público de toda clase de miserias y de toda especie de misericordias, velanse en él espectros horriblos de cuerpos, que no formaban más que una sola llaga: miembros mutilados; bustos animados; el conjunto de todos los males; el aparato de operaciones más sangrientas que las del suplicio; la triste imágen de la muerte, que se reproduce bajo mil formas diferentes; y hasta la muerte misma, vencedora muchas veces contra los socorros y los esfuerzos del arte. Juan

de Dios se encerró, y se propuso vivir y morir en tan triste lugar. ¿Qué sentimientos tan heroicos! vosotros oyentes, los desentranareis aún mejor en su conducta. ¿Á qué especie de trabajo especialmente se dedicó? Á todos, y para todos bastaba. Era el hombre de todos los cuidados, de todos los empleos; tan codicioso de las humillaciones, como atento para excusárselas; á los demás. Nunca se detuvo en asistir y manejar á toda clase de enfermos, aún con el evidente peligro del contagio de sus males. Pero participar de las penalidades de sus hermanos era harto poco para su ardiente caridad; hubiera querido librarlos de ellas á trueque de reunirlos todas en su persona. Repartidos igualmente sus cuidados y asistencia entre todos aquellos que la Providencia le habla confiado, parecia que se multiplicaba su prudente actividad; y eran sus trabajos tan universales, que ninguno se escapaba de sus diligentes cuidados. El tiempo del descanso interrumpia las ocupaciones de los demás; las de Juan de Dios eran continuas. El día no las veia empezar; la noche no las veia concluir. Negarse solamente al descanso era su herencia; preferir los enfermos cuyos males eran los más contagiosos, era su mayor privilegio; ir más allá de sus deseos, era su estudio... De esta manera consiguió la sabiduria de su conducta ganarse todos los corazones. El consolar de esta suerte á los pobres y á los enfermos es el verdadero elogio de la caridad más perfecta; es una gloria única tal vez á nuestro Santo. Su caridad, pues, fué una caridad: á la cual Dios anima, á la cual Dios sostiene, una caridad, en fin, á la cual Dios corona.

La reputacion de nuestro Santo empezó á trascurrirse desde las tiemblas de su establecimiento. Ya le contribuian todos los corazones con el lisonjero homenaje del reconocimiento. Los pobres publicaban los continuos y generosos esfuerzos de su caridad; los ricos se apresuraban á porfía á facilitarle recursos. Ya se construía un edificio más dilatado; y este edificio fué la cuna de una nueva Orden. En efecto; apénas tomó el asilo de la caridad una forma consistente, cuando se vieron acudir para fomentar su celo discípulos fervorosos, indiscretos censores en otro tiempo de su conducta. En él se formaron por sus cuidados y ejemplos los Arias, los Ávilas, los Velascos y los Martinos; hombres cuyas virtudes son bien notorias, y cuya celebridad permanece todavia entre sus imitadores. Allí fué donde empezó esta Orden célebre; esta Orden, cuyos trabajos no tienen otro objeto que el alivio y la asistencia de los pobres; esta Orden, que, extendida por el recinto de una sola ciudad, de un solo reino, debia llevar muy en breve el nombre y la gloria de su santo fundador hasta los climas

más remotos. Los admirables trabajos de los discípulos eternizarán los del legislador; y los lugares más distantes del mundo que no habían conocido al padre, le conocerán en la persona de sus hijos.

No tardó en llevar el nombre de nuestro Santo hasta la còete el espíritu de esa caridad siempre activa é inagotable. Si no hubiera escuchado más que su humildad, se hubiera negado á la gloria que le llamaba; pero los intereses de los pobres triunfaron de sus repugnancias. Hasta los pies del trono es siempre apóstol; el apóstol de la caridad. Los santos no varían en sus sentimientos. Comunica éstos nuestro Santo á la corte. Se presenta en ella; y llegó ésta á ser tan generosa y caritativa, que casi topó en prodigalidad. La caridad no obra ménos milagros que el celo. ¿Qué miramiento, ó por mejor decir, que respeto no tributó Felipe II. á nuestro Santo? Logró el príncipe verlo, como deseaba, y le habló con bondad; pero ¿qué digo yo con bondad? vió satisfechos sus propios deseos; aplaudió su caridad; se declaró protector de su establecimiento; le enriqueció; le colmó de beneficencias. Nuestro Santo obtuvo más sin pedir, que pudiera haber deseado lograr la ambición más desmedida. No se olvidó el hombre humilde de lo que era en medio de toda esta gloria; desde las humillaciones pasaba á los honores, y sostenía su brillantez desde los honores pasaba á las humillaciones, y ballaba en ellas sus delicias.

Mas en este mismo instante me detiene un nuevo círculo de maravillas, Juan de Dios es un nuevo Elias; tanto á su voz como á la de aquel profeta se hacían sensibles los inanimados séres. Habla Elias, y hace brotar un fuego vengador; habla Juan de Dios, y hace que suspenda el fuego su actividad. No muy distante de la casa á que nuestro Santo acababa de echar los fundamentos en Granada, conservaba esta ciudad con reconocimiento otro asilo de los enfermos, cuyo establecimiento, á más de dilatado y rico, era obra digna de la magnificencia de los más poderosos monarcas. En sus principios habia tenido á los reyes de España por fundadores, y logrado que fuesen sus protectores por el discurso de muchos reinados... Pero ¡qué desgracia! en un instante creyó perder el fruto de tantas liberalidades y de tantos años... Cae una centella, comunicase el fuego, y tomaron un cuerpo increíble, causan las llamas repentinamente los más horribles estragos. Todo perecia, todo se arruinaba; por cuantas partes se miraba, no se veían más que escombros y cenizas. Juan, menospreciando su vida, se arrojó en medio de las encendidas ruínas; por entre aquellos volcanes de llamas, corría hácia los tristes parajes donde el incendio más violento desolaba, trastor-

aba y consumía. Firme, intrépido é invencible, exhortaba, animaba y socorria; y en un solo hombre parecia que se veían muchos Juanes de Dios. El únicamente, no percibía el peligro que todo un pueblo temía para con él. Mas ¡oh desolacion! Ya le habian perdido de vista las personas que atentamente le seguían; ya no se veía más que un fúero destructor cada vez más vivo y general. Los pobres creían haber perdido á su padre; ¡Qué lágrimas y qué suspiros! Las expresiones más enérgicas serían muy débiles para representar el vivo dolor de que Granada estaba penetrada. Así los grandes como los poderosos, los ricos como los pobres, y, en una palabra, todo el pueblo, confundían sus gritos y sus sollozos. ¡Qué espectáculo tan tierno! Ya no existe aquel hombre, decían, á quien los mismos ángeles habian visto como envidiosos de su caridad, ofrecerse á dividir con ellos sus trabajos. Feneció ya. ¡Oh! de cuánto sentimiento nos hubiera ahorrado, si, escuchado ménos á su celo, hubiera consultado más bien á nuestros temores! Consultado, pueblo justamente afligido, que aún existe Juan de Dios; triunfó del más terrible elemento. El incendio se ha extinguido: los enfermos vuelven á ser socorridos. Aplaudió la victoria de aquel cuya pérdida llorais. El Cielo le conserva por la gloria de la religion. Sea, pues, para siempre la época de su triunfo grabada en todos los corazones, escúlpase en vuestros fastos. La Iglesia misma celebrará este milagro admirable y único. Por ella conocerá la posteridad más remota el poder de nuestro Santo. En todos los siglos se dirá, que un hombre guiado por la caridad fué superior á la muerte misma. Se dirá, igualmente, que las llamas que abrasaban su corazón, apartaron, extinguieron y anonadaron las llamas que debían consumir su cuerpo.

¡Qué tejido de maravillas, me suministra aún el poder de nuestro Santo, si no fuera preciso compendiar su relato! Entre ellas veremos, que las rápidas aguas del Genil respetaban á este nuevo Moisés; y que la muerte misma confesaba la victoriosa fuerza de este Eliseo. Más poderosa que los cetros y las coronas, la caridad de Juan de Dios veía huir delante de sí todos los azotes y miserias de la humanidad. Su poder siempre es un poder benéfico. Su caridad alivia á los enfermos, su paciencia les sufre, su poder les cura; y la maravillas que han ilustrado su vida, se perpetúan despues de su muerte.

Mas ¿qué es lo que he dicho? ¡Juan de Dios débil, abatido, moribundo!... ¡oh día desgraciado, oh acontecimiento fatal! Ya vá á cubrirse con la tierra la más perfecta imagen del Dios de las misericordias. Pobres de Cristo, corred, venid á recoger los últimos suspiros de vuestro bienhechor. Su salvacion y vuestros

intereses son los objetos que le impulsan, y en los que únicamente se ocupa. Fijos sus ojos en la Cruz, pide protectores y socorros para vosotros al Cielo. No parece sino que se ha olvidado, de que os deja en sus hijos otros tantos padres que tiernamente os alivien. Desde el lecho en que está postrado, lleva vuestras misorias y sus ruegos hasta los pies de los altares. ¡Ah! el altar viene á ser su sepulcro. Ora, suplica y espira. Figúrase la consternacion de Milán con la muerte de S. Ambrosio, y el abatimiento de la Turena con la pérdida de S. Martín, y conoceréis la fiel imágen del duelo y de la desolacion que se esparció por Granada con la muerte de nuestro héroe. La Iglesia perdió en él, digámoslo así, un Santo, que era su ornamento y su gloria. Los pobres reclamaron en él un Santo, que era su apóstol y su padre. Todos los estados perdieron en él un Santo, que era su consejo y su modelo.

Desde luego se puede asegurar, que los mayores obsequios de los reyes no igualan á la pompa fúnebre que el reconocimiento creyó que debía á los preciosos restos de Juan de Dios. Mas bien era una fiesta brillante que un espectáculo lúgubre y triste. Le lloraban y le invocaban. Los sentimientos y los elogios manifestaban ya el principio de la celeridad de su culto. En medio del público dolor quedaba un doble motivo de consuelo; el poder de la intercesion de Juan de Dios en el Cielo, y su espíritu en la tierra. En él perdieron los pobres un padre, que siempre se compadecerá de ellos, y que les dejó muchos padres en la tierra.

Hermanos míos; ¿cuando caminaréis vosotros por las huellas del santo legislador, cuyo triunfo celebra la Iglesia en este día? ¿No ha de tener imitadores más que entré sus discípulos? Aprended de nuestro Santo el heroísmo de la caridad, caridad que Dios inspira, que Dios sostiene, que Dios corona sobre la tierra y en el Cielo. Esta morada es la que á todos os deseo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE
de los
PANEGÍRICOS
en honor de los
SANTOS
que continen este segundo tomo.

	PAG.
PANEGÍRICO de San Estanislao de Kostka	1
I, de San Esteban, protomártir.	44
II, de San Esteban, protomártir.	21
de San Eaganio, arzobispo y mártir.	29
de Santa Eulalia, de Mérida.	38
de Santa Eulalia, de Barcelona.	47
de San Felipe, apóstol.	56
de San Felipe Benicio.	62
de San Felipe de Jesús, protomártir mejicano.	74
de San Felipe Neri.	82
de San Félix, Africano, diácono y mártir, apóstol de Gerona.	91
de San Félix de Cantalejo.	100
de San Félix de Valois.	109
de San Fermín, obispo de Pamplona y mártir.	118
de San Fernando, rey de España.	127
de Santa Filomena, virgen y mártir.	135
de Santa Francisca, viuda romana.	145
I, de San Francisco de Asis.	154
II, de San Francisco de Asis.	163
de las Llagas de San Francisco de Asis.	173
de San Francisco de Borja.	181
de San Francisco Carnecelolo, fundador del Orden de Clérigos regulares menores.	192
de San Francisco Javier.	200
de San Francisco de Paula, fundador.	211
de San Francisco de Sales, obispo.	220
de San Francisco Solano.	239
de San Froilán, obispo de Leon.	237
de San Fructuoso, obispo de Tarragona, y de sus diáconos Augurio y Elogio, todos mártires.	245
de San Fructuoso, arzobispo de Braga.	253
de San Frutos.	261
de San Fulgencio, obispo.	269
de San Gabriel, arcángel.	276

intereses son los objetos que le impulsan, y en los que únicamente se ocupa. Fijos sus ojos en la Cruz, pide protectores y socorros para vosotros al Cielo. No parece sino que se ha olvidado, de que os deja en sus hijos otros tantos padres que tiernamente os alivien. Desde el lecho en que está postrado, lleva vuestras misorias y sus ruegos hasta los pies de los altares. ¡Ah! el altar viene á ser su sepulcro. Ora, suplica y espira. Figúrase la consternacion de Milán con la muerte de S. Ambrosio, y el abatimiento de la Turena con la pérdida de S. Martín, y conoceréis la fiel imagen del duelo y de la desolacion que se esparció por Granada con la muerte de nuestro héroe. La Iglesia perdió en él, digámoslo así, un Santo, que era su ornamento y su gloria. Los pobres reclamaron en él un Santo, que era su apóstol y su padre. Todos los estados perdieron en él un Santo, que era su consejo y su modelo.

Desde luego se puede asegurar, que los mayores obsequios de los reyes no igualan á la pompa fúnebre que el reconocimiento creyó que debía á los preciosos restos de Juan de Dios. Mas bien era una fiesta brillante que un espectáculo lúgubre y triste. Le lloraban y le invocaban. Los sentimientos y los elogios manifestaban ya el principio de la celeridad de su culto. En medio del público dolor quedaba un doble motivo de consuelo; el poder de la intercesion de Juan de Dios en el Cielo, y su espíritu en la tierra. En él perdieron los pobres un padre, que siempre se compadecerá de ellos, y que les dejó muchos padres en la tierra.

Hermanos míos; ¿cuando caminaréis vosotros por las huellas del santo legislador, cuyo triunfo celebra la Iglesia en este día? ¿No ha de tener imitadores más que entré sus discípulos? Aprender de nuestro Santo el heroísmo de la caridad, caridad que Dios inspira, que Dios sostiene, que Dios corona sobre la tierra y en el Cielo. Esta morada es la que á todos os deseo.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE
de los
PANEGÍRICOS
en honor de los
SANTOS
que contiene este segundo tomo.

	PAG.
PANEGÍRICO de San Estanislao de Kostka	1
I, de San Esteban, protomártir.	44
II, de San Esteban, protomártir.	21
de San Eaganio, arzobispo y mártir.	29
de San Eaganio, de Mérida.	38
de Santa Eulalia, de Barcelona.	47
de San Felipe, apóstol.	50
de San Felipe Benicio.	62
de San Felipe de Jesús, protomártir mejicano.	74
de San Felipe Neri.	82
de San Félix, Africano, diácono y mártir, apóstol de Gerona.	91
de San Félix de Cantalejo.	100
de San Félix de Valois.	109
de San Fermín, obispo de Pamplona y mártir.	118
de San Fernando, rey de España.	127
de Santa Filomena, virgen y mártir.	135
de Santa Francisca, viuda romana.	145
I, de San Francisco de Asis.	151
II, de San Francisco de Asis.	163
de las Llagas de San Francisco de Asis.	173
de San Francisco de Borja.	181
de San Francisco Carnecelero, fundador del Orden de Clérigos regulares menores.	192
de San Francisco Javier.	200
de San Francisco de Paula, fundador.	211
de San Francisco de Sales, obispo.	220
de San Francisco Solano.	239
de San Froilán, obispo de Leon.	237
de San Fructuoso, obispo de Tarragona, y de sus diáconos Augurio y Elogio, todos mártires.	245
de San Fructuoso, arzobispo de Braga.	253
de San Frutos.	261
de San Fulgencio, obispo.	269
de San Gabriel, arcángel.	276

	PAG.
PANEGÍRICO del Beato Gaspar de Bono.	283
» de Santa Genoveva.	292
» de San Gerónimo, doctor y fundador.	300
» de San Gerotón, obispo de Segovia.	309
» de San Gil, abad.	316
» de San Gregorio Magno.	324
» de San Gregorio Nariencano, obispo y doctor.	331
» de San Gregorio Tanmaturgo.	340
» de San Hermenegildo, rey de España y mártir.	348
» de San Hilario, obispo y doctor de la Iglesia.	360
» de San Hipólito, mártir.	368
I, de San Ignacio de Loyola, fundador.	377
II, de San Ignacio de Loyola, fundador.	386
» de San Ildefonso, obispo.	395
» de San Indalecio, mártir.	403
» de Santa Inés, virgen y mártir.	410
» de los Santos Inocentes.	420
» de Santa Isabel, reina de Hungría.	429
» de Santa Isabel, reina de Portugal.	438
» de San Isidoro, arzobispo y doctor.	444
» de San Isidro, labrador.	458
» de San Joaquín, padre de Nuestra Señora.	468
» de San Jorge, mártir, patron de varias Órdenes reli- giosas militares.	478
I, de San José, esposo de María Santísima.	487
II, de San José, esposo de María Santísima.	497
» de los Desposorios de San José con la Santísima Vir- gen.	504
» del Tránsito del Patriarca San José.	514
» del Patrocinio de San José.	524
I, de San José de Calasanz, fundador.	530
II, de San José de Calasanz, fundador.	542
» del Beato José Oriol.	551
I, de San Juan Bautista.	561
II, de San Juan Bautista.	568
» de la Degollación de San Juan Bautista.	577
» de San Juan, apóstol y evangelista.	585
» de San Juan de la Cruz, fundador.	594
» de San Juan Crisóstomo, obispo y doctor.	605
I, de San Juan de Dios, fundador.	615
II, de San Juan de Dios, fundador.	623

ORATORIA SAGRADA,

Ó SEA:
BIBLIOTECA SELECTA

PREDICADORES.

Constará esta obra de cuatro partes, independientes entre sí, que se expendrán por separado.

Se han publicado:

PRIMERA PARTE.

Diccionario apostólico moral.—Consta de 12 tomos.—Comprende 705 sermones completos, y dispuestos de modo que con ayuda de los títulos, planes, divisiones, pasajes y figuras de la Sagrada Escritura y Sentencias de los Santos Padres, debidamente ordenado todo en el índice de materias, pueden sacarse miles de discursos, repertorios íntegros para *Cuaresma, Adviento, etc.* y un *Flores Sanctorum* más completo que todos los conocidos hasta el día.

12 tomos á 15 reales tomo en rústica; 18 reales encuadernado en tela; 20 reales en pasta.—Los 12 tomos: 180 reales en rústica; 216 en tela; 240 en pasta.

SEGUNDA PARTE. ®

Tesoro Mariano: Consta de 7 tomos.

TOMO I.—*El Jardín Mariano;* ó sea, María Santísima simbolizada por las Flores.—31 discursos á propósito para el mes de Mayo.—9 reales en rústica; 12 reales en tela; 14 reales en pasta.

TOMO II.—*La Virgen de Nazareth;* 31 discursos á propósito para el mes de Mayo.—9 reales en rústica; 12 reales en tela; 14 reales en pasta.

TOMO III.—*La verdadera devoción á la Santísima Virgen;* ó sea: Discursos morales, en los cuales, con el ejemplo de la Madre de Dios, se nos enseña lo que debemos practicar.—31 discursos

á propósito para el mes de Mayo; y que pueden tambien servir para Adviento, Cuaresma, Novenario, etc.—13 reales en rústica; 16 reales en tela; 18 reales en pasta.

Tomo iv.—*Novenarios para las principales festividades de la Santísima Virgen y Septenarios de los Dolores.*—14 reales en rústica; 17 reales en tela; 19 reales en pasta.

Tomo v.—*Las Virtudes de María Santísima;* 31 discursos propios para el mes de Mayo.—9 reales en rústica; 12 reales en tela; 14 reales en pasta.

Tomo vi.—*Panegíricos sobre los Misterios de María Santísima;* 40 discursos, que pueden tambien servir para el mes de Mayo.—11 reales en rústica; 14 reales en tela; y 16 reales en pasta.

Tomo vii.—*Panegírico sobre las distintas advocaciones con que se honra generalmente á María Santísima;* 50 discursos.—14 reales en rústica; 17 en tela; 19 en pasta.

De esta segunda parte se pueden adquirir el tomo, ó tomos que se quieran, aisladamente, puesto que el material de cada tomo es completo, independientemente de los demás tomos.

Para los SS. Eclesiásticos ó Seminaristas que no les venga bien el desembolso de una vez del valor total de esas dos partes publicadas, declaramos permanente la suscripción á ellas: es decir, *con respecto á la primera parte,* bastará pagar un tomo por adelantado; esto es, al tomar el primer tomo, además del valor de este tomo se pagará el del segundo, que no recibirá hasta pagar el tercer tomo, y así sucesivamente. En cuanto á la segunda parte, pudiéndose tomar los tomos aisladamente, no hay que satisfacer nada por adelantado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

